EL HEREJE

Apuntes sobre John William Cooke

Miguel Mazzeo



Al Fondo a la Derecha

EL HEREJE

Apuntes sobre John William Cooke

Miguel Mazzeo



Al Fondo a la Derecha

El hereje

Apuntes sobre

John William Cooke

Miguel Mazzeo

Al Fondo a la Derecha

Colección

Ensayos meridionales

La editorial y sus autores reciben

mensajes de texto de los lectores

a través de Whatsapp.

Desde Argentina al: 11 25677388

Desde el exterior al: 54 911 25677388

Mazzeo, Miguel

El hereje : apuntes sobre John William Cooke / Miguel Mazzeo. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Daniel Adolfo Sorín, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-88-1380-6

1. Ensayo Político. 2. Ensayo Histórico. 3. Peronismo. I. Título.

CDD 320

José Cubas 3471 (C1419), Buenos Aires, Argentina.

www.alfondoaladerecha.com.ar

Diseño de tapa e interior:

Al Fondo a la Derecha Ediciones

Foto de tapa: Sara Loetscher, bajo licencia libre de uso de Pixabay.

Con revoluciones superficiales no pueden remediarse problemas profundos.

John William Cooke (1955)

Cuando no hay política, la politiquería aparece en su reemplazo.

John William Cooke (1962)

Como los burgueses se mueven en la superficie de las cosas, ven las cosas pero no las relaciones entre las cosas.

John William Cooke (1964)

... sentimos la íntima proximidad de lo que estaba perdido en las brumas del tiempo o disperso en un catálogo de anécdotas inconexas y falseadas. Se vuelven vivas y reales las hazañas de Tupac Amaru, las esperanzas de tantos alzamientos de indios, negros, mulatos y zaparrastrosos que oligarquías crueles y rapaces ahogaron en sangre.

John William Cooke (1968)

Prólogo a esta edición

Un texto imprescindible

Los buenos ensayistas huyen de los lugares comunes, de las frases hechas, incluso del sentido común como de los mismos fantasmas. Pero hoy malvivimos una pandemia: la holgazanería intelectual.

El recordado Ricardo Piglia escribió en Respiración artificial: “Hay pocas ideas en las universidades (hay pocas ideas en todos lados, Wittgenstein tuvo dos en toda su vida) pero todos creen que eso que piensan es una idea. Ideas pocas, hipótesis originales escasísimas, oro fino; el robo es el fantasma que recorre las universidades europeas (y no sólo europeas)”.

Algunos argentinos creen que han elaborado una idea original cuando pontifican con una sonrisita en sus labios que entender al peronismo es imposible. No es otra cosa que la justificación de su pereza y desidia. Ciertamente el problema no es que el peronismo sea inentendible, el problema es que es peligroso entenderlo.

No era holgazán John William Cooke, y no lo es Miguel Mazzeo. Y, además, eso que tienen sí son ideas.

De cuna radical, Cooke fue un peronista de las tres banderas. Es bueno recordar, no solo a los jóvenes, sino también a los desmemoriados: justicia social, independencia económica y soberanía política. El peronismo de las tres banderas —para algunos el genuino peronismo, para otros una desviación izquierdista— es, para este escriba, un animal imposible. Imposible porque en la práctica política siempre terminó en una encrucijada de hierro: bajar sus banderas o superar La comunidad organizada.

La comunidad organizada fue la versión peronista del frente nacional. En el mundo —afirmaría Perón en el Congreso de Filosofía de 1949— gana terreno la idea de la colaboración social. “La llamada lucha de clases, como tal, se encuentra en trance de superación.”

Por esas comarcas transitaba también Arturo Jauretche. Enojado hasta los tuétanos con el líder, le escribía a Cooke: “Éramos un partido con todas las condiciones deseadas por los teóricos de la revolución nacional, proletariado unido a las clases progresistas, es decir a los sectores del capitalismo vinculados al desarrollo del mercado interno”.[1] El problema es que esas clases “progresistas” se habían plegado al golpe con tal de no tener los trabajadores como socios. El reemplazo de la lucha por la solidaridad de las diferentes clases no ha sido refrendado por la historia ni aquí ni en ningún sitio, ni ayer ni hoy.

Podemos sostener sin ninguna duda la hipótesis que, hacia el final de su vida, también para Cooke el peronismo de las tres banderas era un animal imposible. Pero es materia para la discusión entre especialistas en qué momento, cuándo se produjo el punto de inflexión de su pensamiento con la adopción del materialismo dialéctico como instrumento de análisis de la realidad.

Quizá cuando —echado de las listas para las elecciones de 1952— se enfrenta con la burocracia desde su exilio en el semanario De Frente. O durante la heroica y caótica resistencia peronista. Posiblemente durante su estadía militante con los barbudos cubanos.

Una digresión al paso, Cooke definió lo burocrático como un estilo que presupone “operar con los mismos valores que el adversario, es decir, con una visión reformista, superficial, antitética de la revolucionaria”. Y luego, por si quedaran dudas, completa que el burócrata “afirma que el peronismo no debe ser ‘clasista’, porque confunde la composición policlasista del Movimiento con su

ideología, considerando que existen ideologías ‘policlasistas’ o ‘neutras’.”[2]

Luego del golpe del 55, en las profundidades del abismo, Juan Perón pensó en la insurrección. Trabajó con todos (con Cooke, con Kelly, con Leloir); pero fundamentalmente con la izquierda que comandaba John como punta de lanza y organizadora de la resistencia, porque los tiempos necesitaban y favorecían a los más combativos. Cuando fue evidente que la insurrección era imposible (tanto para John como para Juan) el ala izquierda tuvo menos que aportar, y el juego fue otro.

Nuestra especulación es que Cooke, sabiendo que la insurrección inmediata conduciría al fracaso, convencido de que la masa votaría a Frondizi —a cualquiera que le sacase a los dictadores de encima—, estando seguro de que Frondizi no podría cumplir el pacto (por eso incluyó las cláusulas más duras), estando en un momento de avance de las luchas obreras, John creyó que hacia fines del 58 o principios del 59 los sectores combativos se encontrarían con mejores perspectivas.

Pero se produjo la derrota del Lisandro de la Torre.

Y no porque fuera una derrota, no porque la burocracia sindical se saliera con las suyas, sino porque Perón lo dejó de lado. Le soltó la mano. Porque digámoslo: la dura realidad es que su capital político era tributario del de Perón.

Suele hablarse de la toma del Lisandro de la Torre con tono épico y aliento emocionado. Se la reivindica sin reflexionar en sus agudas consecuencias que llegan, incluso, hasta fines de la década de los 60. Me refiero a su influencia en el segundo gran avance de las masas populares en el siglo XX, el Cordobazo.

Mazzeo lo interpreta de manera brillante: “La experiencia de la toma del Frigorífico y la huelga hizo un gran aporte a la deconstrucción del nacionalismo como ideología de la unidad nacional y de la colaboración entre las clases antagónicas. Al tiempo que contribuyó a forjarlo como un motivo de discordia entre ellas y como un componente imprescindible de la subjetividad plebeya en la lucha de clases en un país periférico”.

Como nada hay más presente que el pasado, volvamos por un momento al pacto Perón-Frondizi. ¿Estaba mal firmarlo? ¿Era una traición, como afirmó la línea diamante, liderada por Cesar Marcos y Raúl Lagomarsino? Es discutible, el que esto borronea piensa que no fue un error, el error (o la traición si nos ponemos dramáticos) sería no entender con quién se firma.

Mao Zedong se alió con Chiang Kai Shek, esa alianza entre los comunistas y el Kuomintang se iba a romper una vez derrotado el enemigo común, el Imperio del Japón. Durante la alianza ni los partidarios del Gran Timonel ni los nacionalistas olvidaron sus diferencias.

Se puede, según las circunstancias (circunstancias que solo quedan claras en el diario del lunes) pactar o no pactar, en lo que jamás debe caerse es en no comprender con quién se traba alianza.

La realidad es siempre endiabladamente compleja. Para no equivocarse, o hacerlo menos veces, no debemos buscar en el pasado respuestas literales; porque en el instante en que suceden los hechos no sabemos si esas respuestas corresponden a idénticas circunstancias. Lo que necesitamos es un método, un sistema de pensamiento. Si el método es correcto, nos brindará las preguntas adecuadas.

En este sentido, El hereje es un texto imprescindible.

Daniel Sorín,

Buenos Aires, marzo de 2021.

---

1 Carta a Cooke fechada el 15 de octubre de 1956; citada en Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, pp. 131 y ss.

2 Apuntes para la militancia, en John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011.

Prólogo a la primera edición

¿Quién fue John William Cooke?

Durante muchos años Cooke, alias “el Bebe”, ha sido algunas fotos, algunos artículos escritos por periodistas o militantes, alguna frase famosa, el recuerdo de quienes tuvieron el privilegio de conocerlo, un puñado de cartas, alguna mención a Alicia Eguren, unos pocos textos que apelan a su recuerdo o investigaron una parte de su vida. En resumen, un cargamento valioso que sobrevivió a varios naufragios y que, de tanto en tanto, emerge en la cresta de la ola sin más explicación que la propia tozudez de sus ideas.

Corresponde a Eduardo Luis Duhalde el mérito de haber reunido casi todos sus papeles conocidos y de haber publicado sus Obras completas.

Corresponderá a Miguel Mazzeo el mérito de convertirse en un guía lúcido y sagaz para acompañarnos a conocer su recorrido.

Miguel, a quien Nuestra América debe una obra excepcional que nos permite acercarnos a José Carlos Mariátegui, no improvisa con Cooke. Lo ha venido rastreando desde hace muchos años. Compiló artículos que aportaban diferentes miradas sobre el personaje en: Cooke de vuelta. El gran descartado de la historia argentina (La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1999) y también publicó algunos de sus trabajos inéditos o poco conocidos en: John William Cooke. Textos Traspapelados (1957-1961) (La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2000). Es decir, se ocupó de su legado en tiempos en que, en las nuevas generaciones, la sola mención del peronismo remitía al menemismo, es decir, a un pasado cercano y oprobioso. Pero su vinculación con Cooke no se reduce a la preocupación de un investigador serio que elude las tentaciones marquetineras. Porque Miguel, como Cooke, ha estado más preocupado por la revolución que, por ser considerado un

intelectual de izquierda, o un mascarón de proa presentable para esconder tripulaciones y destinos poco recomendables para el pueblo. Hay una sintonía en sus herejías.

Miguel nos ayuda a reconstruir el camino de Cooke y mi primera reflexión es que ese camino fue muy distante del que suele imaginarse en los laboratorios del pensamiento de izquierda, pero también del que muchos militantes de izquierda suelen recorrer en la vida real.

Si se piensan los recorridos militantes desde el laboratorio, se supone que el marxismo sería el grado universitario, o el posgrado de la formación intelectual.

La realidad no se compadece de los laboratorios y, habiendo asistido al recorrido de cinco generaciones de militantes, me parece más atinado asegurar que lo más frecuente es el camino inverso, donde el abuso de las terminologías marxistas por parte de jóvenes inquietos sea posteriormente aplacado y reemplazado por versiones discursivas mucho más potables para su inserción laboral o institucional.

Cooke eligió no transitar el crecimiento programado de los laboratorios, una ficción educativa, o la más frecuente declinación de los ímpetus revolucionarios. Su recorrido fue diferente.

No lo dice Miguel, pero me gustaría agregarlo. El recorrido de Cooke se parece al de José Gervasio Artigas, que primero se sintió gaucho e indio, habitante de las tierras libres de la Banda Oriental, y después se fue haciendo revolucionario.

En tiempos más recientes, el camino de Cooke se puede emparentar con el de

Hugo Rafael Chávez Frías, que siendo bolivariano incorporó al marxismo como segunda lengua. Los dos se apropian de ese lenguaje ya curtidos por las conspiraciones revolucionarias y modelados por una profunda vivencia y compromiso con las luchas, los deseos y los sueños de los más humildes.

Cooke y Chávez empalman con los mejores aportes del pensamiento marxista (o de los marxismos); ellos fueron capaces de leer, discernir, criticar, advertir lagunas y valorar cumbres, sin más pretensiones que las de contar con una herramienta más eficaz para trabajar y comprender mejor lo que desde el inicio de sus trayectos venían haciendo. Por eso fueron brillantes y su legado intelectual y político seguirá sobreviviéndolos.

Basta recorrer las páginas de El Hereje para comprobar la vigencia de un pensamiento político que atraviesa un tiempo viejo en que el peronismo fue “el hecho maldito del país burgués” (esa definición le pertenece a Cooke) y un tiempo nuevo en que el peronismo se ha ido convirtiendo en el acertijo más complicado del proceso revolucionario argentino. No podrá hacer una revolución quien no invoque su herencia (el 17 de octubre del 45, Eva Perón, la Resistencia Peronista, el ascenso insurreccional de la década del 70), pero tampoco podrá hacer la revolución quien se asocie a sus herederos formales: el Partido Justicialista (PJ) que, a semejanza del Partido Revolucionario Institucional (PRI) Mexicano, se ha convertido en la mejor garantía de consolidación del proyecto capitalista, el más eficaz bombero, el más lúcido intrigante y desarticulador de la unidad popular.

El pensamiento político de Cooke trasciende al destino de la identidad política a la que nunca renunció: el peronismo. Y otra vez vuelve a parecerse a Chávez, cuyo pensamiento sobrevivirá al destino del chavismo.

Esta comprobación no lo desvincula de su momento histórico y de las luchas y los sueños de hombres y mujeres de su tiempo. No habría Cooke sin su sorprendida asistencia al 17 de octubre de 1945; no habría Cooke sin su

vinculación con la vanguardia obrera de la Resistencia Peronista; no habría Cooke sin su vivencia de la Revolución Cubana.

Por el contrario, la vigencia de su pensamiento radica en que su experiencia formativa fue forjada y sus conclusiones políticas más profundas fueron elaboradas en las cocinas de la lucha de clases de su época. Y no estaba allí por casualidad, fue llevado por sus fervores militantes, por su compromiso con las causas populares.

Me parece un acierto de Miguel haber insertado en su libro las “Notas para una biografía de Alicia Eguren”. No conocí a Alicia, pero sí a otras personas, sobre todo compañeras, con quienes había compartido militancia. Por sus comentarios, puedo asegurar que su presencia podía generar distintas percepciones, menos indiferencia. Se parecía en eso a lo que se decía de Eva Perón.

En la década del 70 nos llegó el rumor de que aquella famosa carta de Juan Domingo Perón con motivo del asesinato del Che, y que tanto nos enorgullecía, la había escrito Alicia, y que “el Viejo” la dejó correr, sin desautorizarla. ¿Falsificarle una carta a Perón? Esa mujer era capaz de todo. Y ese todo incluía enfrentar los prejuicios moralistas de la época y llevar la subversión a la cama y a la pareja.

Está claro que John y Alicia fueron mucho más que la suma de las partes y entre los dos, potenciándose, sobreponiéndose a sus miedos y a sus mandatos de origen, construyeron un dúo extraordinario. Por eso, tampoco habría Cooke sin Eguren.

“Alicia era muy buena militante, la mejor”, me dijo un revolucionario cubano que la conoció bien.

En política quizás su diferencia más marcada con Cooke fue que el Bebe, aun advirtiendo los límites de Perón, siempre albergó la esperanza de que, estalladas las contradicciones del movimiento, “el Viejo” terminaría acompañando la opción elegida por las fuerzas populares, por los trabajadores. Alicia llegó a redondear una opinión diferente, tal vez porque contó con la ventaja de sobrevivir a su compañero y de poder presenciar las decisiones que tomó Perón después de su regreso al país. O siempre lo pensó, o terminó por convencerse. Pero, por una razón u otra, ella no tuvo dudas sobre a qué intereses de clase respondería finalmente Perón.

Quizás el hecho de que una figura como Alicia Eguren movilice tantos buenos recuerdos entre los veteranos de la Revolución Cubana, y que su nombre se les haya escapado a las nuevas generaciones que se reivindican nacionales y populares en la Argentina, no sea una mera casualidad. Que se reivindique al Tío Cámpora, cuya mayor virtud fue la fidelidad a Perón, y no a la “infiel” Alicia, es un signo de estos tiempos donde la historia se repite como farsa.

Desde el mismo momento en que la bota del invasor español pisó América para iniciar el saqueo y el genocidio, se inició un combate sistemático contra toda expresión de continuidad histórica y de valorización de saberes de los pueblos originarios. El invasor pretendió asegurar su dominio dejando en blanco la memoria de los pueblos de la misma forma en que se resetea un disco rígido.

Atravesando distintas etapas históricas, hay una matriz de pensamiento eurocéntrico que sigue fiel al mandato original. Nos sigue diciendo que no hubo un pasado ni tampoco hay un presente posible por fuera de la iluminación civilizatoria europea. Apenas somos el desierto, la barbarie, las masas incultas manipuladas por astutos caudillos, los eternos alienados que se aferran a ilusiones fracasadas de antemano.

Cooke va construyendo otra mirada. Su punto de partida no es la barbarie sino las revoluciones inconclusas. Y desde allí puede emparentarse con José Carlos Mariátegui, que ubica los embriones de socialismo en el ayllu incaico y, treinta años después de su muerte, puede asociarse a Hugo Chávez, que reivindicó el árbol de las tres raíces: Simón Rodríguez, Simón Bolívar y Ezequiel Zamora.

El punto de vista que asume Cooke incorpora las luchas de su época en el proceso de resistencia y de búsqueda de liberación que lleva siglos. Como bien apunta Miguel, en esa trama va inserta la experiencia de poder de los trabajadores peronistas, "un entarimado histórico que contribuyó a que los trabajadores desarrollaran el sentido de clase y la conciencia de sus potencialidades, condición necesaria para el desarrollo de una ideología revolucionaria". Se estaba muriendo Cooke cuando Carlos Olmedo, uno de los más lúcidos revolucionarios de la generación del 60 y un hombre cercano a John y Alicia, advirtió que esa experiencia de poder "incompleta", "ilusoria" o "acotada", había sido vivida como una realidad por los trabajadores argentinos. Y que esa subjetividad era lo suficientemente potente para ir por más.

En Cooke la reivindicación de las experiencias populares, aun de las experiencias frustradas o inconclusas, va acompañada de un detalle que no es menor. El ojo está puesto en el pueblo, en los trabajadores, en su experiencia política, en las modificaciones en su conciencia, en su actividad y procesos organizativos. En resumen: en lo que ese tránsito significó para el conjunto de las clases oprimidas y explotadas. Cooke no se confunde con el resto. Conoce como nadie las limitaciones de la burocracia política y sindical del Movimiento Peronista y de la reconvertida burguesía nacional en burguesía local. Las ha padecido siendo delegado de Perón, esforzándose en la ímproba tarea de sostener una unidad de fuerzas que marchaban hacia su antagonismo. Años después, Raimundo Villaflor concluiría que aquella unidad no solo era imposible, sino que era también una utopía reaccionaria.

Como bien apunta Miguel, para Cooke, la Revolución Cubana fue la confirmación de certezas que venía masticando desde hacía tiempo. Varias

décadas después de su muerte, la Revolución Bolivariana volvía a poner blanco sobre negro aquellos debates que desvelaron a Cooke y a partir de los cuales terminó fijando algunas de sus posiciones más emblemáticas. La Revolución Bolivariana nos recordaba que “para quien quiera tener Patria el único camino posible es el socialismo” y nos traía de nuevo a Cooke.

Miguel afirma acertadamente que Cooke “muere en las vísperas” y eso le da pie para abordar la importancia que tuvo su desafortunada ausencia para el proceso revolucionario argentino de la década del 70. Agregaría también otras tempranas y desafortunadas ausencias como las de Carlos Olmedo y Sabino Navarro. Y para ser justos, con implicancias opuestas, el demorado fallecimiento de Juan Perón. Las revoluciones las hacen los pueblos, pero azarosas circunstancias que hacen a la sobrevida o temprana desaparición de dirigentes o cuadros revolucionarios suelen tener mucha incidencia. Las experiencias de las revoluciones cubana y bolivariana, que nos brindan un material muy valioso para sacar conclusiones políticas, confirman la importancia de estas circunstancias azarosas.

Pensando en las continuidades de Cooke en los diversos colectivos militantes, la confirmación sobre una de ellas me llegó en forma inesperada. Estaba conversando con Fernando Martínez Heredia en La Habana, en 2013 y la conversación rumbeó hacia mis primeras experiencias militantes. Le estaba comentando de las Fuerzas Armadas Peronistas (las FAP), cuando me interrumpió sorpresivamente

—Cooke.

—Sí, claro, Cooke.

Después empezó a contarme de aquellos años épicos de principios de los 60, que

había conocido a John y Alicia, que eran parte de “la mesa del Che”. Fernando tenía autoridad para decirlo. Él mismo era un hombre del Che. Es decir, era parte de una forma particular de ser revolucionario en el seno de la experiencia de la Revolución Cubana. Y esa forma particular de ser revolucionario en pensamiento y ejemplo ha dejado un legado que sobrevive al tiempo y se actualiza ante cada dificultad que surge, en cada momento de crisis.

Incluiría en la línea sucesoria de Cooke a quienes fueron protagonistas de la gran rebelión popular de 2001, que permitió desalojar al gobierno de Fernando De la Rúa; y de entre todos ellos y ellas, elegiría la figura de Darío Santillán, a quien tuve el privilegio de conocer. Darío, que caminó las mismas calles que Raimundo Villaflor (y por parecidos motivos), fue asesinado el 26 de junio de 2002 en Avellaneda, en la zona sur del conurbano bonaerense, el gran bastión de más de cien años de luchas obreras y populares.

En la Argentina de hoy los intereses populares y las esperanzas revolucionarias lo tienen en frente a Mauricio Macri y a los dueños del país, dispuestos a ejercer sin intermediarios el poder político apelando a las mismas recetas económicas que denunciara Rodolfo Walsh en la Carta a la Junta de Comandantes: baja de salarios, endeudamiento externo, incremento de la desocupación, relaciones carnales con Estados Unidos, apertura de los mercados. Esta época aciaga se completa con un horizonte donde se recorta un posible retorno del Justicialismo, como último garante de la continuidad de la gobernabilidad capitalista.

En Nuestra América las mejores esperanzas revolucionarias juegan su destino en los países del ALBA, en particular en Venezuela y Bolivia, dos procesos revolucionarios que están pagando el duro precio de desafiar al Imperio y a las burguesías locales.

John William Cooke y Alicia Eguren viven en las luchas que retoman el viejo camino de la unidad y protagonismo popular y del enfrentamiento sin claudicación por una Patria Grande Latinoamericana, Libre y Socialista.

Quiero agradecer a Miguel Mazzeo su enorme esfuerzo por ayudarme a recuperar a un Cooke muy parecido al que pude intuir por los relatos de mis compañeros de Berisso de la década del 70, en los cuales también aparecía con frecuencia el recuerdo del Vasco Ángel Bengoechea.

Creo que incluirme en la línea sucesoria de Cooke es una exageración del autor que puede disculparse porque, aun a los intelectuales críticos, lo subjetivo —en nuestro caso una prolongada y cálida amistad— puede nublarle la mirada.

Conocer a "El Hereje" aportará a la tarea de recuperar nuestro pasado, sobre todo a las nuevas generaciones, desde una mirada desprovista de toda apelación folklórica o manipulación interesada. Abordar su camino desde el pensamiento crítico, es hacerle justicia a su nombre, pero también a su ininterrumpida búsqueda con vocación revolucionaria.

H. Guillermo Cieza,

La Plata, 16 de abril de 2016.

Presentación

La esencia del espíritu —pensó para sí mismo— es elegir aquello que no mejora nuestra posición sino

que la torna más riesgosa.

D. H. Lawrence

En los últimos años se han publicado algunos trabajos centrados en la figura de John William Cooke. Muchos más se refieren a él de modo indirecto. En efecto, la copiosa y despareja literatura sobre las décadas del 60 y el 70 en la Argentina no podía soslayar a Cooke. Con el transcurso de los años y de los libros se fue ratificando su condición de precursor de lo que, para muchos y muchas, constituyó un verdadero oxímoron: la izquierda peronista o el peronismo revolucionario. La amalgama, por lo inviable, imprudente o incomprensible resulta fascinante, sobre todo para quienes no vivieron el tiempo en el que se expresó como fuerza social y política concreta y potente.

Hacia 1962 Cooke utilizó el concepto "izquierda nacional", sin importarle demasiado la disputa por la paternidad del mismo, sostenida por Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos. Cooke habló de izquierda nacional no tanto con el objetivo de delimitar un espacio político-ideológico, sino para nombrar una función que una parte de peronismo venía ejerciendo en la práctica, pero sobre la cual venía omitiendo una definición. Esta fórmula no debería exigir mayores explicaciones. ¿Puede haber una izquierda anticapitalista, con posibilidades de masificarse, con incidencia en la lucha de clases y, al mismo tiempo, desvinculada de lo nacional, desarraigada? ¿Puede una fuerza social y política transformadora desenvolverse en el vacío histórico? Nos referimos a lo nacional como sistema de hegemonía y como emplazamiento de las prácticas contrahegemónicas.

En este sentido, consideramos que la forma “nación” no debería ser considerada como una “derivación” necesaria del capitalismo. Puede ser una forma de representación de lo común plebeyo o popular. Pensamos en la experiencia histórica, en la cultura, los intereses, los sentimientos y en la vida práctica de las clases subalternas y oprimidas. Pensamos en la proyección de un espacio utópico de y para los de abajo. El “amor a la tierra” es secundario, por su vaguedad y por bucólico. La fórmula “izquierda nacional” también suele remitir a la figura del oxímoron, por lo menos para una parte de la izquierda argentina.

Pero el asunto no concluye ahí. La figura de Cooke también comenzó a ser reclamada como precursora de lo que, para muchas personas constituyó (y constituye), además, otro verdadero oxímoron: una “izquierda popular”. Otra aleación de singular atractivo porque, en las últimas décadas, especialmente en la Argentina, la izquierda radical no ha logrado suscitar la adhesión de las “amplias masas”. Ha sido inusual el maridaje entre las organizaciones de izquierda y el conjunto de las clases subalternas y oprimidas; por diversos factores que van desde la capacidad hegemónica de las clases dominantes y la consolidación de alternativas intrasistémicas hasta las deficiencias propias de los espacios políticos, sociales y culturales que se asumen como críticos y transformadores. En relación con estas falencias, cabe mencionar algunas “de fondo” a modo de ejemplo: el hecho de fundarse en una racionalidad inadecuada; la incapacidad de escapar de la geocultura heredada y de sus modelos de solución que no solucionan; el olvido de que el capitalismo es un sistema productor y reproductor de hombres y mujeres y no solo de mercancías. Hombres y mujeres que, desprovistos de su ser y confeccionados para decir amén, naturalizan las relaciones de producción, dominación y explotación junto con la discriminación, el racismo, el machismo, la destrucción de la naturaleza, etcétera.

La preocupación por el pasado relativamente reciente —en particular por aquellas décadas de radical y masiva impugnación a una diversidad de órdenes — no se ha limitado a los ámbitos académicos; por el contrario, se ha puesto de manifiesto en espacios políticos y culturales más sensuales, pasionales y

concurridos. Esta circunstancia favoreció el rescate de una figura histórica por largo tiempo desterrada, descartada, secundarizada y devaluada. O, si se prefiere, tergiversada y arbitrariamente recortada. Al final, Cooke, sus avatares y sus anomalías, se convirtieron en tema de artículos y libros, de monografías y ensayos, de tesis de grado y posgrado, y también de documentales y programas de televisión. Tampoco pudieron escapar a la superficialidad típica de las formas del periodismo más comercial y estandarizado, con sus yuxtaposiciones de datos inconexos.

Sin lugar a duda, el aporte más relevante para la consolidación y el avance de los estudios y las reflexiones "cookistas" fue la publicación de las Obras Ccmpletas de John William Cooke. Cinco tomos lanzados por la editorial Colihue de Buenos Aires que vieron la luz entre 2007 y 2011. En el plan inicial se anunció un sexto tomo (textos inéditos) que hasta ahora (inicios de 2021) no llegó a aparecer. La compilación de las mismas estuvo a cargo de Eduardo Luis Duhalde (1939-2012), quien supo compartir ámbitos de militancia con Cooke, a mediados de los 60. Se trata de un aporte inmenso, insoslayable para militantes populares e investigadores. Nos sentimos orgullosos por haber contribuido con algunos textos inéditos de Cooke que, por azares del destino y también por obstinada predisposición, tuvimos la posibilidad de hallar.[3]

Como puede deducirse de lo antedicho, el autor de este libro no ha permanecido al margen de las preocupaciones mencionadas y supo producir algunas escrituras sobre Cooke e incentivar otras tantas. Este trabajo retoma, ordena y desarrolla algunos textos escritos entre 1990 y 2015. Los más formales, los que fueron publicados en libros, revistas y páginas web, figuran en la bibliografía que se cita al final. Los otros textos, los informales: clases, charlas, conferencias en alguna Facultad, Departamento o Instituto en las Universidades de Buenos Aires, La Plata, La Pampa, Mar del Plata, Rosario, Tucumán; en algún centro cultural del conurbano bonaerense o en ámbitos de formación política de diversas organizaciones populares; apuntes dispersos de un seminario de grado en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa), etcétera; de algún modo, también han sido incorporados a este nuevo trabajo. Es inevitable que se filtren en sus páginas. De ahí, posiblemente, su carácter desparejo en el acento, el estilo, la forma de argumentar. De manera abrupta pasamos del modo distintivo de un

artículo periodístico al de un ensayo; de los matices cercanos a un inventario de las formulaciones cookistas a otros que buscan interpretarlas y problematizarlas; del tono coloquial y de la fluidez de una narración que proviene de la desgrabación apenas retocada de alguna charla o clase a un registro mucho más cercano a la monografía, sin dudas más tedioso pero, tal vez, menos sospechoso desde el punto de vista epistemológico.

• • •

Todos los textos, en mayor o menor medida, han sido reescritos para esta versión con el fin de suministrarles un orden mínimo y alguna coherencia y para evitar las reiteraciones, las metáforas más sobresaltadas, las excesivas rupturas del sentido y para podar el follaje superficial, entre otras irregularidades. También para dotarlos de un soporte heurístico, no por mera erudición, sino por honestidad intelectual y para incentivar lecturas más edificantes e irremplazables, por ejemplo: la de la obra de Cooke. Somos conscientes de que, en muchos pasajes de este trabajo, pasamos por alto algunas de las leyes formales que la retórica convencional suele prescribir. El poeta Paul Valery decía: “La forma cuesta cara”. Y tenía mucha razón.

De todos modos, creemos que hemos logrado conservar la impronta militante y “pedagógica” (y algo axiológica, por cierto) con la que fueron concebidos originalmente los textos que se congregan en este libro. Como se sabe, el ensayismo genera textos susceptibles de reescrituras, propias y ajenas. El ensayismo tolera, y hasta promueve, la confección de palimpsestos literarios.

Intentamos aquí un ensayo político que aspira a servir como una introducción general al pensamiento y a la obra de Cooke. No se trata de una biografía política convencional, más allá de las referencias biográficas que irrumpen en este trabajo a modo de hitos que van hilvanando el relato. Ya existen aportes en esa línea.[4] Convocamos a una reflexión sobre una serie de problemáticas axiales de la historia y el pensamiento político argentino, relacionadas principalmente

con la nación y el socialismo. Proponemos, además, algunas hipótesis para pensar procesos políticos e ideológicos relevantes del siglo XX, sobre todo los que tienen lugar en la Argentina, entre las décadas del 40 y el 70.

Desde fines de la década del 80 y principios de la del 90 a la actualidad, fueron muchas las personas que contribuyeron a la producción de los materiales que componen este libro. En actividades públicas, en entrevistas y en conversaciones personales más o menos fortuitas, cuyo recuerdo (y registro en algunos casos) atesoro como un bien preciado, compañeros que ya no están, como Sebastián Borro, Fermín Chávez, Envar "Cacho" El Kadri, Avelino Fernández, Aldo Ferraresi, Abel Alexis Lattendorff, José Luis Mangieri, León Rozitchner, Manuel Suárez y Miguel Unamuno me contaron sobre Cooke y su trajinar. (También sobre Alicia Eguren, su compañera de vida y militancia, a quien consagramos un capítulo de este libro).

Fueron igual de valiosas las entrevistas y conversaciones más o menos informales con Roberto Bardini, Gerardo Bavio, Aldo Casas, Isidoro Gilbert, Manuel Gaggero, Eduardo Gurrucharri, Carlos Lafforgue, Jorge Rulli. Todos, en alguna medida, aportaron materiales, recuerdos personales y reflexiones inestimables. El testimonio de Aurora Venturini, fallecida en 2015, fue indispensable para reconstruir la infancia y la adolescencia de Cooke.

Por aquellos años, también supieron colaborar con mis inquisiciones cookistas diversas personas: Daniel Campione, Axel Castellano, Guillermo Caviasca, Juan Carlos "Negro" Cena, Francisco "Pancho" D' Agostino, Graciela "Vicky" Daleo, Gabriel Fernández, Horacio González, Claudia Korol, Néstor Kohan, María Pía López, Sergio Nicanoff, Juan José Olivera, Celina Rodríguez, Esteban Rodríguez, Gabriel Rot, Diego Sztulwark y Natalia Vinelli. Más recientemente, se sumaron Carlos Castro (director del documental Alicia y John, el peronismo olvidado, un material que consideramos imprescindible)[5], Jorge Falcone, Francisco "Pancho" Farina, Nadia Fink, Hernán Ouviña, Mariano Pacheco, Pablo Solana, Fernando Stratta, Marco Teruggi, Mabel Thwaites Rey y mis estudiantes de la UNLa que asistieron en los últimos años al seminario de grado

sobre intelectuales y política en Nuestra América. Y aunque no todos y todas hayan estado o estén ahora de acuerdo con mis puntos de vista, no por eso mi gratitud se acorta. Todo lo contrario.

Sin la colaboración de Roberto Baschetti, sin su proverbial generosidad, hubiera sido casi imposible dar con una parte de los trabajos de Cooke y con casi todos los trabajos sobre Cooke. Además, su tarea de recopilación de documentos de la izquierda peronista posee una relevancia historiográfica y política inestimable. Sin sus afanes, hoy careceríamos de los registros de una parte importante de la cultura política popular. De esa parte de la cultura política popular que produce textos “al pie del cañón”, “al aire libre”, y que, justamente por este hábito, suele ser menos sistemática y, por ende, está más expuesta a las prácticas de encubrimiento (o destrucción) del poder y es menos proclive a los archivos.

El historiador Ernesto Salas fue una fuente imprescindible, casi un “oráculo”, sobre temas vinculados a la Resistencia Peronista en general y a Cooke en particular. Aunque haya pasado mucho tiempo, no puedo dejar de reconocer sus orientaciones. No solo me ayudaron sus investigaciones, sino también algunas conversaciones informales y sus clases, las que presencié con fruición siendo alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires hacia fines de la década del 80.

Hace muchos años, H. Guillermo Cieza y Jorge Pérez me sugirieron, a modo de hipótesis política y existencial, posibles líneas de continuidad militante respecto de Cooke. De ese modo tan poco académico pero tan significativo, supieron incentivar mi interés por su figura. Ambos coincidieron en que Raimundo Villaflor fue el primer hito importante en esa línea de continuidad. Sin desmerecer a otros compañeros y otras compañeras, siento que hago justicia si los agrego a ellos dos como hitos ulteriores en esta línea.

Finalmente, mis compañeros y compañeras de militancia, a lo largo de las últimas tres décadas, de modos a veces oblicuos, pero siempre cariñosos y

perspicaces, me comprometieron a repensar a Cooke desde unas coordenadas específicas, signadas por un horizonte emancipador y creador de nuevas realidades: “contramoderno” o “transmoderno”, anticolonial, antiimperialista, anticapitalista, desmercantilizador, antipatriarcal, ecológico, no centrado en el Estado y socialista. De ese modo me ayudaron a comprenderlo y, mal que mal, a reinventarlo.

---

3 Vale decir que buena parte de los textos que componen este libro fueron producidos antes de la publicación de las Obras completas. Para facilitar la lectura de este trabajo y para incentivar la lectura de los trabajos de Cooke, hemos optado por remitir siempre a las Obras completas, salvo en los casos de los trabajos de Cooke que no aparecen allí. Citamos siempre el título original del trabajo y remitimos luego al tomo correspondiente. Las Obras completas, compiladas por Eduardo L. Duhalde, están organizadas del modo que sigue: Tomo I, Acción parlamentaria, Buenos Aires, Colihue, 2007. Tomo II, Correspondencia Perón-Cooke, Buenos Aires, Colihue, 2008. Tomo III, Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos, Buenos Aires, Colihue, 2009. Tomo IV, Artículos periodísticos, cartas y documentos (1947-1959), Buenos Aires, Colihue, 2010. Tomo V, Peronismo y revolución, Buenos Aires, Colihue, 2011.

4 Entre otros pueden verse: Goldar, Ernesto, John William Cooke y el peronismo revolucionario, Buenos Aires, CEAL, 1985 y “John William Cooke. De Perón al Che Guevara”. En: revista Todo es Historia, Nº 288, junio de 1991; Galasso, Norberto, Cooke: de Perón al Che (Una biografía política), Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1997; Sorín, Daniel, John William Cooke. La mano izquierda de Perón, Buenos Aires, Planeta, 2014; Baschetti, Roberto: “John William Cooke: una historia de vida y lucha”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999; y también en: Cooke, John William, Obras completas, Tomo I [Acción parlamentaria], Buenos Aires, Colihue, 2007. [Eduardo Luis Duhalde compilador]. Para el caso de Alicia Eguren de Cooke, puede consultarse: Seoane, María, Bravas. Alicia Eguren de Cooke y Susana Pirí Lugones. Dos mujeres para una pasión argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

5 Alicia y John, el peronismo olvidado. Año: 2009. Dirección: Carlos Castro. Guion: Graciela Maglie y Carlos Castro. Intérpretes: Carlos Portaluppi (John William Cooke) y Ana Celentano (Alicia Eguren). Duración: 81 minutos. Producida por el Centro Cultural “Caras y Caretas”.

Introducción:

herramientas de trabajo

No es sin riesgo que nos identificamos con el otro: podemos perdernos en él.

León Rozitchner

La materia prima que nutrió la vida de Cooke fue la acción política. La trama ideológica, rica y profunda, se fue confeccionando al calor de las luchas sociales y políticas, no con materiales teóricos ni académicos. Para ser más exactos, deberíamos decir: no "exclusivamente" con este tipo de materiales porque, como podrá verse, estos estuvieron presentes y fueron insumos muy significativos, para nada desechados.

En el pensamiento (y en la praxis) de Cooke, la gesta de la clase trabajadora y el pueblo argentino adquieren singulares fisonomías a la luz de V. I. Lenin, Georg Lukács, Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, Jean Paul Sartre, Ernesto Guevara, entre otros.

La palabra de Cooke nos trae siempre el eco de estallidos y de profundos desgarramientos. Es una palabra fundacional en un doble sentido. Por un lado, refleja un proceso personal, relativamente individual, de formación de una conciencia revolucionaria y socialista. Esto, en su tiempo, básicamente significaba: anticolonial, antiimperialista, anticapitalista. Por otro lado, da cuenta de unos procesos colectivos que van en el mismo sentido, y de una síntesis que delineó una tradición política controversial, maldita, más que olvidada. Una tradición plebeya y socialista.

Cooke logró sobrepasar las limitaciones de los fundamentos positivistas que subyacían a varias filosofías políticas argentinas, desde el liberalismo al marxismo. Nunca pasó por alto que el plano de lo “objetivo” es un plano histórico: es acción, deseo, sangre, sueños. Cooke captó lo real como síntesis de múltiples determinaciones y de la unidad de contrarios; captó, en fin, el carácter dialéctico de la realidad social. Para Cooke las ideas no eran objetos que se explicaban en forma extrínseca; el pensamiento no era entendido como contemplación, sino definido a partir de su aspiración a la eficacia política y de sus efectos concretos en la producción de acontecimientos. Superó, de este modo, el pensamiento binario de algunos sectores de la izquierda argentina. No analizó apariencias. No se demoró en superficies. Evitó los encapsulamientos. Se detuvo en los claroscuros de la experiencia histórica popular y chapaleó en su lodo.

Que este gesto haya provenido de un hombre que nunca abjuró de la identidad, o mejor, de la “sensibilidad” peronista, sigue siendo para muchos y muchas un misterio sibilino, impenetrable; y algunos y algunas persisten todavía en la búsqueda de ese supuesto punto de ruptura en la cadena semántica. El hecho de reivindicar a Cooke, todavía hoy, sigue siendo motivo para que, desde la vieja izquierda (la izquierda dogmática y unidimensional, signada por el purismo teórico y el iluminismo), se nos tilde de “populistas” o de “bonapartistas”, se nos interpele con barbijo y se desaprueben nuestras credenciales marxistas.

Corresponde hacer aquí algunas aclaraciones impostergables. Este intento de recuperación de la figura de Cooke no parte de la necesidad, que hace un tiempo se puso de manifiesto en algunas organizaciones políticas, de lavar un pasado de desaciertos y dogmatismos y de fundar la política (actual) sobre nuevas bases históricas y nuevos imaginarios. Una actitud que, cabe señalar, puede considerarse positiva y hasta muy respetable. Tampoco parte del folklore típico —y a esta altura, indigerible— de exmilitantes y simpatizantes de lo que fue la izquierda peronista; que hoy se reciclan en el Estado, la academia o, simplemente, en la “vida privada” y lejos de toda praxis radical. Quienes, por otra parte, parecen conocer muy poco a Cooke; o, si lo conocen lo suficiente, tienden a preferirlo prócer, fetiche o mera excusa para sus ejercicios periódicos de nostalgia, dado que no tienen ningún interés en hacerlo partícipe de una nueva

identidad gestada al calor de los conflictos y las luchas sociales y políticas actuales.

En la última década, asistimos al resurgimiento de una cultura política que se identifica con la tradición nacional-popular, pero que hasta ahora no ha logrado reactualizarla. Sin dejar de rescatar los núcleos de buen sentido de esa cultura, creemos que sus exponentes, en buena medida, se han quedado varados en la superestructura, han exagerado y deificado lo parcial y lo coyuntural. En lugar de hacer la crítica radical de todo lo que existe, se han dedicado a hacer una crítica de una parte de lo real. La limitación principal es que, consciente o inconscientemente, se basan en conceptos retóricos y burgueses de lo nacional y de lo popular. Conceptos que remiten a correlaciones de fuerza desfasadas y que desde hace ya mucho tiempo fueron integradas por las clases dominantes. Entonces, nos encontramos frente a un modo de decir y actuar anquilosado, que se refleja en producciones, acciones y discursos (castrados y ornamentales) y que deriva en el ensañamiento con espantajos y con enemigos inexistentes. Un modo que reemplaza el pensamiento crítico por los rituales y la iconografía del peronismo y que, en los últimos tiempos, ha desarrollado sus versiones más "setentistas" (que incluyen también a Cooke).

Sus cultores no entienden —o no quieren entender— que ha cambiado el sentido de la rebeldía, la provocación y la transgresión, incluso el sentido de lo obsceno. Y es que, como militantes, muchas personas ya no buscan su materia política, dramática y épica en la clase trabajadora y en el pueblo, sino en el Estado. Rebeldes de antaño son ahora renegados, aunque no se asuman como tales. El peronismo sigue siendo un hecho maldito, pero ya no para el "país burgués". Hace mucho tiempo que el peronismo es una compuerta. En el mejor de los casos, tal como ocurrió en la última década, podrá constituirse alguna corriente dizque "progresista" en su seno de frente político burgués, pero no mucho más. Una corriente que no excederá las que Rodolfo Walsh caracterizaba hace cincuenta años como prácticas vandoristas: "oponer empresario bueno a terrateniente malo" e identificar "industria con liberación nacional".[6]

Es de una enorme candidez suponer que el peronismo se ha “regenerado”, ha retomado “la senda histórica” y ha dejado atrás las mutaciones de las décadas del 80 y del 90 y el “accidente” menemista. Es injustificable sostener que el peronismo se ha recuperado de su “final inglorioso”, como decía Cooke. El peronismo es hoy, de arriba a abajo, una realidad de “elites” autorreferenciales y competitivas centradas en la construcción de poder estatal (que no tienen ningún interés en modificar radicalmente las relaciones de fuerza en la sociedad); una realidad de opresión, desposesión y alienación que padecen las clases subalternas y oprimidas; una realidad caracterizada por la fragmentación, la falta de identidades liberadoras y de proyectos que les asignen protagonismo histórico.

Hace mucho tiempo que el peronismo dejó de ser el ámbito de una identidad colectiva emancipadora, contenedor de franjas que disputaban —muchas veces de manera espontánea— algunos de los modos y los sentidos al capital. Hace mucho tiempo que el peronismo dejó de ser un campo de prácticas de lucha y una cultura (en rigor de verdad: una contracultura) que permitían formas reales de “empoderamiento”.¿Qué “modelo ideal” propone el peronismo en la actualidad? ¿Qué es lo posible y lo potencial en la realidad del peronismo de hoy?

Pensar, hacer una política revolucionaria, una política radicalmente transformadora de la realidad, exige colocarse por fuera del universo peronista actual. Lo máximo que puede dar ese universo es una gestión progresista del ciclo, un modelo de regulación del capitalismo argentino, pero no una praxis orientada al cambio radical. Si los trabajadores sostienen proyectos que no les pertenecen, indefectiblemente perderán capacidad de acción.

En ese sentido, oportunistas políticos de toda laya y cuadros de las clases dominantes que consideran al discurso externo peronista —el “discurso público” del peronismo— como el más viable para establecer mediaciones jerárquicas tienden a predominar en un espacio de mistificación exagerada de lo nacional y popular, y nos mortifican con sus performances bizarras. El verdadero oxímoron

de nuestros días es el “peronismo de base”.

El peso del paradigma populista como ideología (a pesar de que sus basamentos materiales y políticos desaparecieron hace mucho tiempo), la impronta de una tradición nacionalista “culturalista”, un nacionalismo retórico, de peña folklórica y, en muchos casos, el cargo público y el afán de ascenso social, funcionan como taras gnoseológicas, producen anomia de los sentidos y hacen imposible una aproximación lúcida a tan versátil y aceitado aparato de poder de las clases dominantes.

En líneas generales, queremos destacar que los intentos de recuperar la figura de Cooke desde un proyecto que no cuestiona los fundamentos que sostienen las formas actuales de dominación y que acepta los consensos naturalizados por el poder y las formas del Estado liberal —un proyecto burgués, pro-capitalista— carecen de fundamentos sólidos. Buscan fagocitar a Cooke y despojarlo de sus anomalías. Intentan adaptarlo a sus sistemas de legitimación del orden neodesarrollista. Al tiempo que proponen unos alcances muy limitados (meramente superficiales) de lo nacional-popular, empequeñecen y tergiversan la figura de Cooke, alterando el sentido de sus palabras y sus acciones. Porque Cooke no fue un político orgánico de la hegemonía burguesa. Cooke optó por la “Gran Política” (que es la antítesis del fetichismo del poder y de la “alienación política”) y quedó radiado del campo de tolerancia del poder dominante. Cooke no buscó darle una salida burguesa a los problemas planteados por la lucha de clases en la Argentina de la década del 60 del siglo pasado. Cooke se diferenció de la política tendiente a la absorción de las contradicciones de clase y optó por la que buscaba suprimirlas a favor de la clase trabajadora. Otorgó preeminencia a la contradicción, no a la identidad.

Cooke fue un antiimperialista apasionado. Esto quiere decir: hasta las últimas consecuencias que la definición acarrea. De hecho, su socialismo está fundado en esa pasión antiimperialista. Porque como le decía a Perón en carta del 18 de octubre de 1962: “O se entiende el problema antiimperialista, o no se entiende” (Obras completas, Tomo II, p. 576). Si se entiende el problema antiimperialista,

hay que asumir todas las exigencias. Ir a fondo. No se puede ser antiimperialista a medias, retórico. No se puede ser antiimperialista y pro-capitalista, defensor de modelos neo-desarrollistas, extractivistas, “capitalistas del sur”, etcétera. Creemos que vale la aclaración, en medio de tanta retórica nacionalista que convive impertérrita con los alineamientos con los designios imperiales.

En La lucha por la liberación nacional, un trabajo que Cooke presentó en el Congreso de la Liberación Nacional, realizado en 1959 en Buenos Aires, afirmaba: “En primer plano aparecen indisolublemente unidas, la cuestión nacional y la cuestión social. Una no puede resolverse sin la otra” (Obras completas, Tomo V, p. 177). Y agregaba más adelante: “La verdadera disyuntiva es entre una política reformista y una política revolucionaria, entre una política de grupos y una política de masas” (Obras completas, Tomo V, p. 195). ¿Acaso en este, nuestro tiempo, es posible escindir lo nacional de lo social? ¿Es posible la soberanía nacional sin el despliegue del poder popular? Por otra parte, si cabe hablar de una disyuntiva diferente a la que proponía Cooke, no sería otra que la que opone una política conservadora y reaccionaria a una política reformista. Una disyuntiva que nos coloca un escalón por debajo, nos conmina a una “política de grupos” y nos obliga a resignar cualquier proyecto transformador.

Respecto de lo anterior, en Apuntes para la militancia —que reúne trabajos de 1964 y 1965— y en relación con los peronistas que lo tildaban de comunista o trotskista, decía Cooke: “Yo siempre comienzo por ahorrarle las pesquisas ideológicas: soy enemigo del régimen capitalista y creo que está agotado en el país” (Obras completas, Tomo V, p. 300). Más claro imposible. Y si el régimen capitalista estaba agotado a mediados de la década de 1960, cabe preguntarse: ¿Acaso el proceso histórico del último medio siglo modificó esta situación en sus aspectos sustanciales?

En Peronismo y revolución, de 1966, Cooke afirmaba: “Esta es la gran ausencia que encontramos en todos los ‘desarrollismos’: ignoran el problema imperialista” (Obras completas, Tomo V, p. 71). también, explicaba —en sintonía con los mejores aportes de la Teoría de la Dependencia— que cuando el

desarrollismo mencionaba el tema del imperialismo, cuando reconocía el hecho imperial, se refería a las formas antiguas —por ejemplo: “agro-importadoras”— y no a las que revestían actualidad, las formas reales y vigentes. Y más adelante, concluía con una caracterización que sigue resultando válida para nuestro tiempo:

El desarrollismo se apoya en una serie de falacias: la de que toda inversión equivale a desarrollo; la de que toda industria es factor de crecimiento autónomo; la de que las ganancias empresarias se transforman en inversiones; la de que el capital extranjero cumple la función de la “acumulación primitiva” con que contaron las potencias adelantadas.

Las “burguesías nacionales” ya no son contradictorias con el imperialismo (Obras completas, Tomo V, p. 73).

¿Qué decir hoy, desde la Argentina y desde Nuestra América, respecto de las funciones históricas de los neo-desarrollismos y las “burguesías nacionales”? La incompatibilidad estructural entre la soberanía del mercado y el capital, y la soberanía popular es cada vez más explícita.

La militancia dizque “nacional y popular” actual debería estar a la altura de esta definición cookista, debería asumir las consecuencias prácticas de la simbología y el “panteón” que defienden. Porque el saber político de Cooke no es un saber que pueda eludir las consecuencias (y tolerar las imposturas ideológicas).

A diferencia de otras figuras políticas e intelectuales por lo general asociadas al “pensamiento nacional” o al “pensamiento nacional y popular” (por cierto, también valiosas a su modo, como pueden ser Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche), Cooke no es mito acomodable a las ambiciones de los políticos burgueses del peronismo actual, de quienes conciben al peronismo como una

ideología del poder adaptable a cada momento histórico. No lo fue antes, mucho menos ahora. Esta índole también traza un grado de desemejanza con otras figuras que pueden considerarse (con razones de fuste) más cercanas: Juan José Hernández Arregui o Rodolfo Puiggrós, por ejemplo.

Nosotros partimos de otro lugar. Nuestras referencias políticoemocionales son otras. Aspiramos a un sincretismo revolucionario. Retornamos a Cooke en función de nuestras luchas presentes y de nuestras representaciones del cambio radical futuro. Queremos saldar cuentas con el pasado para poder abrir las puertas del futuro. Queremos que las fuerzas del pasado sirvan para instigar futuros distintos. Desde estos emplazamientos lo resignificamos, desde el conflicto social y los sueños colectivos de los de abajo. Entonces, lo sentimos compañero en las luchas populares actuales. Y, como a él, nos gusta la naturalidad de la pelea de las bases y nos perturban los críticos perfeccionistas, que teorizan desde algún pedestal, desde la angustia, el exilio cósmico y las “dachas” de creatividad. Lo sabemos necesario de cara a la elaboración de un proyecto político popular. Aunque, vale aclararlo, somos absolutamente conscientes del fin de la “época universal” de Cooke. El tiempo ha transcurrido y la realidad histórica actual nos plantea situaciones mucho más complejas que las de hace 50 años.

Además, es imposible soslayar el hecho de que Cooke se formó y se consolidó como intelectual orgánico en un momento de lucha y organización popular, en una etapa de constitución de voluntades políticas revolucionarias y en el marco de un movimiento de masas. Esto, por lo menos parcialmente, constituye un elemento que podríamos denominar de “antivigencia” de Cooke. No solo por el carácter irrepetible de su tiempo, sino porque nuestro tiempo es bien distinto al suyo en aspectos fundamentales. No nos brinda las mismas posibilidades vitales. Por ahora.

En su “Prólogo” a la primera edición de la Correspondencia Perón-Cooke, Alicia Eguren decía que los aportes teóricos de Cooke se derivaban de su “praxis apasionada e ininterrumpida” y confiaba en que serían retomados, “no con

curiosidad exegética, sino como herramienta de trabajo” (Obras completas, Tomo II, p. 17). Todo lo que aquí pueda designarse como exégesis, ya sea con censura o aprobación, es mero efecto colateral. Cooke nos interesa como herramienta de trabajo.

Por el simple hecho de apilar años de intercambios y debates en torno a su figura, sabemos que miradas de lo más antagónicas podrán considerar a nuestro trabajo una operación de rescate de Cooke desde y para la cultura marxista. Por supuesto, el “desde”, a su vez, no está exento de convertirse en objeto de cuestionamientos y refutaciones. Seguramente algunos y algunas verán una completa arbitrariedad, fruto de un subjetivismo galopante o similares patologías. Otros y otras creerán que existen elementos que justifican dicha operación y, casi misericordiosos, podrán hablar de un intento similar al de la generación cubana del Centenario respecto de José Martí. Esto es: recuperar (que es una forma de redimir) a una figura “nacionalista” y “patriótica” para una cultura de izquierda y marxista. En realidad, estamos convencidos de que Cooke estaba inmerso en esa cultura de izquierda y marxista y no por eso fue menos “nacionalista” o “patriota”, por lo que tal operación de rescate y recuperación resulta absolutamente innecesaria. Tal vez las páginas que siguen contribuyan a demostrarlo.

---

6 Walsh, Roldolfo, ¿Quién mató a Rosendo?, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 2015, p. 122.

Breve nota sobre

herejes y heterodoxos

Lo más elevado del hombre carece de forma, pero se debe evitar configurarlo de otra manera que no sea mediante acciones nobles.

Goethe

Los herejes están siempre fuera de línea. Descolocados. Deben soportar —y refutar— una y otra vez a fariseos que tratan de mostrarlos en flagrante contradicción con la fe que profesan con el fin de condenarlos y expulsarlos del reino; o con el propósito de eliminarlos de la faz de la tierra. Deben soportar a pontífices retorcidos. A santos fanáticos. A jefes crípticos y crueles. La cruz, la hoguera, el destierro y el olvido han sido los destinos más reiterados para los herejes. También el desierto, en el mejor de los casos. Les fueron reservados los castigos más severos. En la estructura del infierno (o del abismo) descripta en la Divina comedia, Dante Alighieri les reserva el círculo sexto, donde se padecían fuegos de intensidades proporcionales a la gravedad de la herejía perpetrada.

Hubo un tiempo en que la música litúrgica no podía tener más que una línea melódica. Si la composición tenía alguna línea más se la consideraba una herejía. Claro está, cuando se aceptan múltiples líneas se abren las puertas a la riqueza melódica. Eso, precisamente, era lo que querían y quieren evitar a toda costa los que administran un dogma. De algún modo, la herejía siempre se pensó (y se combatió) como una desmesura y una lujuria del pensamiento, de la acción y del método. “Un vicio del pensamiento”, para usar una expresión del propio Cooke.

Norberto Galasso habla de una “vocación sensual” que dominaba a Cooke. Esa vocación se expresaría en una combinación de discusiones en vigilias

extenuantes, naipes, poemas, aventuras.[7] Creemos que corresponde señalar una fuente mucho más determinante de una sensualidad específicamente política: la predisposición herética de Cooke, los oficios heréticos (y no los "santos oficios") que Cooke asumió a lo largo de su vida militante y que le permitieron captar algunas dimensiones afectivas y no ascéticas de la política. Algo que desde las concepciones pragmáticas y administrativas de la política se suele considerar despectivamente como "bohemia política". En algún sentido la opción por la sensualidad es siempre una opción política por todo lo que está en juego: el goce, el usufructo real del objeto. Nada más y nada menos. Confundir la sensualidad con recreaciones, ocios y afeites (o adicciones y extravagancias) es una simplificación. Contraponer la sensualidad al "temperamento", la risa a la lucha, es un ademán reaccionario. En el trajinar político de Cooke se puede percibir el goce, la seguridad que emana de la certeza respecto de su deseo y del coraje de seguirlo, la felicidad proveniente de la lucha por un mundo justo e igualitario.

El término "hereje" proviene del griego hairetikós. El peruano Augusto Salazar Bondy recordaba que, desde el punto de vista etimológico, "hereje"/"herético" quiere decir 'el que elige', 'el que escoge', "el que opta por una verdad libremente".[8] Es hereje quien decide seguir sus propias opiniones, a pesar de los riesgos. En una de sus últimas cartas a Perón, en enero de 1966, Cooke le expresa: "Por decir la verdad, éramos herejes" (Obras completas, Tomo II, p. 625). Muchas veces —en política, y en el peronismo particularmente— la herejía tiene que ver con hablar claro; con dejarse llevar por la pasión, la combatividad y el entusiasmo; con no disimular los propósitos; con dejar de lado las astucias tácticas; con el rechazo de la obsecuencia, la obediencia ciega y la adoración.

De algún modo, el hereje es siempre un creador (heresiarca) o seguidor de nueva doctrina, por eso, también, está expuesto al dogma. Porque las proposiciones heréticas no se corresponden necesariamente con los sistemas heterodoxos. No existe ninguna incompatibilidad entre herejía y dogmatismo. Si una herejía no se desarrolla dialécticamente corre el riesgo de transformarse en dogma. Pasó con el cristianismo. Pasó con el comunismo.

Existen diccionarios en los que los términos “hereje” y “heterodoxo” son presentados como sinónimos. No es así. Como se sabe, los diccionarios suelen ser colecciones de inexactitudes y falacias. Se puede ser hereje y dogmático. No fue el caso de Cooke, que fue hereje y heterodoxo. Él estuvo en desacuerdo, fue disidente, distinto, irregular y disconforme. Y su herejía también supo ser dialéctica, estuvo siempre abierta a los desarrollos políticos. Por eso también fue una herejía colectiva, nunca ejercida en soledad. A decir verdad, las herejías individuales suelen ser estériles. Dice Fernando Buen Abad Domínguez: “El hereje ha de saber siempre que es imposible reemplazar a las masas; que solo en su seno podrá desarrollarse útilmente porque la importancia histórica de sus herejías se desprenderá de las necesidades internas de la lucha colectiva”.[9]

Los herejes buscan desbaratar alguna legitimidad, atentan contra el poder instituido, sea grande o pequeño. De este modo, portan una función redentora. Esa es la función que está en el centro de la herejía. La que genera rechazos y adhesiones. Horacio González explicó:

Al revés de los que se imaginan que se dirigen desde una intemperie iluminada a trastocar las cosas grises de un estado de cosas visualizado a la distancia, Cooke no puso distancia, elaboró el derecho propio a estar en diferencia, pero en el corazón mismo de lo que quiso transformar. En vez de ser el que tenía que negar un nombre propio preexistente que debía estallar por desuso histórico, fue el que invocó ese nombre propio como su identidad previa y partir de allí proclamó mutaciones.[10]

El mismo Cooke sabía definirse como un “opositor interno”. He aquí una descripción sintética y clara del camino herético y heterodoxo de Cooke. Herético y heterodoxo respecto del peronismo “oficial”, respecto del “populismo” —utilizado este concepto a lo largo de este libro en un sentido bien diferente del que usualmente le asigna la derecha— porque propuso salirse de ese campo, excederlo en sentido revolucionario; porque consideró que era factible, en la Argentina, una política popular que fuese algo diferente al

populismo. Herético y heterodoxo respecto del socialismo y del marxismo (dogmático y no tanto), porque, lejos de todo ideologismo, tomó como punto de partida la experiencia histórica de la clase trabajadora y del pueblo, y las ocasiones en las que no experimentaron una inferioridad colectiva; y desde ese emplazamiento perseveró en la apelación a Perón (finalmente apeló al mito Perón) al tiempo que abrazó horizontes de cambio social radical. Cooke no asumió el peronismo desde la superestructura.

Desde fines de la década del 50 repudió toda unidad idealizada y la convivencia con burgueses y burócratas. Asumió el peronismo desde las bases, desde las diversas instancias que congregaban voluntades unificadas de transformación social radical; voluntades plebeyas que aspiraban a la autonomía, al autogobierno. La que finalmente coaguló como secuencia cookista típica nos propone una inclusión plena en la experiencia popular, con sus “anomalías”, para trascenderla e integrarla como momento.

Se trata de un camino que, como puede inferirse sin mayores dificultades, también era contrahegemónico e implícita y explícitamente gramsciano. Ese camino remite a roles más complejos que los que puede llegar a asumir un “opositor interno” que habita una determinada institución.

También podemos deducir de la frase de González una explicación de por qué Cooke rechazó la cómoda opción por la apostasía o por el cisma. Él podía renunciar a una “Iglesia”, de hecho lo hizo, lo que no podía era renunciar a una “fe”. Una “fe” derivada de una experiencia popular sincrética y de una identidad cuyo núcleo se gestó al calor de la lucha de clases.

Porque el peronismo estuvo en exceso respecto de Perón. El peronismo, alguna vez, supo retorcerse amorfo y rococó. Habilitó los sueños de paraísos colectivos, los peregrinajes políticos energéticos, la búsqueda de la emoción. Y Cooke es quien mejor lo demuestra. En la carta que le escribió a Perón el 30 de septiembre de 1962, desde París, Cooke decía: “Soy parte del peronismo y el peronismo es

parte de mí mismo" (Obras completas, Tomo II, p. 549). Es el peronismo como hecho de masas, como experiencia plebeya, lo que forma parte de Cooke.

Entonces, a no confundirse: ese "corazón mismo de lo que quiso transformar" del que habla González era básicamente identidad colectiva, experiencia histórica de lucha popular (o campo de prácticas de lucha) y, por qué no, cultura. Un mundo compartido, un amasijo plebeyo de cuerpos. No era aparato, ni estructura, ni institución, ni parafernalia de dispositivos. Mucho menos podían ser las formas mistificadas y ajenas a la realización popular. No se puede afirmar que Cooke se precipitó en un "optimismo ilusorio", o que "se tragó" una "apariencia de rebeldía popular", o que creyó en un modelo basado en la complicidad con el sistema de dominación, fantasmagorías típicas del peronismo, según la visión de León Rozitchner.[11] Se podrá decir esto de otros peronistas, en otros contextos históricos, pero no de Cooke.

Como veremos, en algún momento de su trayecto Cooke abandonó a Perón como referente estratégico y como modelo político. Porque procuró derivar estrategias de situaciones que para Perón eran estrictamente tácticas. Lo intentó primero siendo delegado de Perón, en tiempos de la Resistencia Peronista, con marchas y contramarchas, desde 1956 hasta principios de 1959. Volvió a probar con el denominado "giro a la izquierda" del peronismo, que fue de 1962 al frustrado retorno de Perón, a fines de 1964. Luego desistió definitivamente. Pero no llegó a romper abiertamente con el General. Esto no se explica ni por lealtades ni por empecinamientos. Hay modos muy diversos de ejercer unas y otros. Cooke no rompió abiertamente con Perón porque no quiso perder la interioridad necesaria para construir la eficacia de una política revolucionaria. Sabía que de nada sirve la pureza en las regiones exteriores porque desde allí no se superan las prácticas espontáneas, no se logran las sincronías colectivas ni se cumplen funciones de esclarecimiento. ¿Cómo convertirse en puente sin asentarse firmemente en dos orillas? Cooke no quiso replicar el camino de la izquierda tradicional; el camino incontaminado de la soledad ineficaz y abstracta que no trastoca ninguna objetividad.

Esa interioridad, la inmersión en las luchas populares, ese habitar los pliegues íntimos e impuros del mundo plebeyo, era la llave para salir de la “farsa salvaje” (en términos de Arthur Rimbaud), para superarla colectivamente. Además, en ese tiempo, no era tan sencillo desprenderse de Perón sin que la “fe”, de alguna manera, terminara resentida. Porque guste o no, el nombre de Perón (el nombre de un proscripto y un desterrado) seguía estrechamente asociado a ese campo de prácticas de lucha de los de abajo. Seguía siendo el vector principal para la articulación de una totalidad, con enormes capacidades para dotar de potencia a esa totalidad o para conjurar esa potencia. Claro está, los costos y los riesgos eran muy altos. La promiscuidad se presentaba como inevitable. Ya no solo con la burocracia, sino también con Perón.

El Cooke maduro no invocará teorías idealistas o sistemas preconstituidos. No se creerá poseedor de ningún saber cerrado. Será un teórico heterodoxo, sin “una” teoría concebida como un sistema acorazado o una arquitectura gloriosa. Cooke no se dedicó a edificar catedrales. Por cierto, Cooke jamás quiso crear una teoría propia; no pretendió inventar conceptos y categorías, sino explicar críticamente la realidad para trascenderla revolucionariamente. Su pensamiento estuvo siempre abierto a la dinámica de los acontecimientos. Fue “dialéctico” en sentido estricto, siendo que la dialéctica no puede ser una teoría y está mucho más cerca de ser una lógica de la sociedad como totalidad.

Desde distintos campos teóricos y políticos (simplificando mucho podríamos decir: desde dos “Iglesias”: el populismo y el marxismo) se acusó a Cooke de adhesión pertinaz a una doctrina contradictoria. La pertinacia en el “error en materia de fe” es, precisamente, uno de los rasgos más característicos de las herejías. O se lo consideró como la manifestación “impura” de diferentes arquetipos. Por eso planteamos que Cooke fue un hereje de diferentes “iglesias”. Imposible eludir la tentación de decir: Cooke fue el “hecho maldito”, le fait maudit, de ambas.

---

7 Galasso, Norberto, Op. cit. p. 8.

8 Salazar Bondy, Augusto, Entre Escila y Caribdis, Reflexiones sobre la vida peruana. Hacia el socialismo peruano. Testimonios, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1973, p. 151.

9 Buen Abad Domínguez, Fernando: “Una herética necesaria”. En: Falcone, Jorge, Canto hereje, Buenos Aires, Ediciones Baobab, 2005, p. 11.

10 González, Horacio citado por: Duhalde, Eduardo Luis: “Prologo: El doble retorno de Cooke”. En: Cooke, John William, Obras completas, Tomo V., Op. cit., p. 5.

11 Véase: Rozitchner, León, Perón entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012, pp. 35 y 41.

Prolegómenos

Entretanto, a cobijo de unas alas de nieve, crece el niño maldito, ebrio en la luz del día, y en todo lo que come y en todo lo que bebe halla un dejo de néctar y un dejo de ambrosía.

Charles Baudelaire

John William Cooke, alias “el Gordo”, alias “el Bebe”, nació en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, el 14 de noviembre de 1919. Sus padres fueron Juan Isaac Cooke y María Elvira Lenci, quienes se habían casado en la misma ciudad, en febrero de ese mismo año. La comadre que asistió al parto en la amplia casona de la calle 50 entre 4 y 5 se llamaba Honoria Bossi de Contarelli. John fue el primogénito. Algunos años más tarde, nacieron sus hermanos: José Luis, Carlos Federico y Jorge Félix. Ellos no tuvieron actividad política destacada pero, a instancias de John, supieron colaborar en algunas gestiones, sobre todo en las décadas del 50 y el 60.

El apellido Cooke remite a la “verde Irlanda”. Existe evidencia de que su abuelo, Jenaro William Cooke Arosamena, llegó a la Argentina hacia fines del siglo XIX. Una versión sostiene que había nacido en Panamá (que, en realidad, era todavía Colombia) y que su familia, de origen irlandés, había pasado un tiempo en los Estados Unidos. No se sabe a ciencia cierta si el padre de Jenaro era irlandés o norteamericano de origen irlandés. Otra versión muy difundida sostiene que el bisabuelo de John, el marinero Isaac Cooke, era irlandés y que había llegado a los Estados Unidos en el auge de la inmigración irlandesa de mediados del siglo XIX. Allí se casó con la colombiana Carmen Arosamena, la madre de Jenaro, portador de un nombre y una cuota de sangre latinos. Aunque hay que tener en cuenta que los nombres latinos no son del todo extraños entre los irlandeses “puros”.

Tampoco poseemos información sobre la actividad desarrollada por la familia Cooke en Panamá (Colombia). Lo cierto es que, en la ciudad de La Plata, el abuelo de John estableció un consultorio que lucía en su fachada un cartel rotundo y presuntuoso: “Jenaro Cooke, dentista norteamericano”.

Otra versión indica que Jenaro Cooke era en realidad Genaro Cucci o Cocci, que había nacido en Italia y que, previo paso por los Estados Unidos —donde aprendió el oficio de mecánico dental—, llegó a la Argentina, y allí modificó levemente el nombre, el lugar de origen y la profesión. Podría decirse que todos los artificios estuvieron en función de una estrategia meramente comercial. En efecto, la procedencia norteamericana, a diferencia de la italiana, podía asociarse con mayor facilidad a cierta eficacia operativa, algo que, tratándose de un dentista, no constituye un asunto menor. Esta versión nos fue revelada por Fermín Chávez a fines de la década del 90, y comentaba Chávez que, a su vez, le había sido referida muchos años antes en una conversación personal con el historiador René S. Orsi, quien conocía a John (y a su familia) desde los años de la militancia universitaria en La Plata. Nunca tuvimos la posibilidad de corroborarla o refutarla. No se conocen datos sobre la abuela paterna de John.

María Elvira, su madre, era una mujer joven descendiente de una familia uruguaya, afincada en la ciudad de La Plata. Sus encantos fueron mentados en esa urbe durante largos años.

John pasó parte de su infancia en la casa de una vecina ilustre: doña María Hegoburu de Oyhanarte. Doña María era viuda de Don Juan Oyhanarte, un periodista y dirigente de la Unión Cívica Radical (UCR) de la localidad de Rojas, provincia de Buenos Aires. Por causas políticas, Oyhanarte fue asesinado a los 34 años en 1896; el mismo año en el que se suicidó el creador y primer caudillo de la UCR, Leandro N. Alem. Oyhanarte había lanzado el periódico La Verdad y formaba parte del núcleo fundacional de la UCR. Las causas de fondo de su asesinato no pueden desvincularse de la táctica “revolucionaria” sostenida por la UCR en aquellos años que contemplaba la utilización de la acción armada contra el régimen oligárquico. Por cierto, Juan Oyhanarte fue baleado en la

puerta de su propia casa y falleció en los brazos de doña María que, más tarde, se trasladó a La Plata, donde sostuvo la publicación del periódico La Verdad hasta 1916, cuando la UCR llegó al gobierno nacional de la mano de Hipólito Yrigoyen.

Las puertas de la casa de Doña María estaban abiertas de par en par para los chicos y las chicas del barrio quienes, seducidos por la personalidad de esta mujer admiradora de la pedagogía del suizo Enrique Pestalozzi (1746-1827), pasaban largas horas en su compañía. Doña María apañaba sus travesuras. Para ella, devota acérrima de los modos pestalozzianos, la actividad era una ley de la niñez. Se oponía a suministrar conocimientos preconstruidos y buscaba generar oportunidades de aprendizaje. No aceptaba los métodos que separaban la "escuela" de la vida.

Por las tardes aletargadas del verano, John y sus cómplices solían alterar la siesta de los vecinos con un espantoso chirriar de patines. Otras alternativas eran: robar frutas en quintas cercanas, arrojar piedras en la propiedad de algún vecino antipático, o leer a Agatha Christie en las elásticas ramas de la higuera de Doña María. Entre los copartícipes se hallaban Aurora Venturini, Salvador y Marcos Anglada y Pedro Catella. Este último sería, años después, el primer esposo de Alicia Eguren.

Toda la familia Cooke estaba vinculada a la Unión Cívica Radical. Juan Isaac, el padre, era abogado y se desempeñó durante la década del 20 en el Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires; luego, en la década del 30, fue diputado nacional. El tío Jenaro también vinculado a la UCR, ocupó diversos cargos políticos.

En contra de lo que muchas veces se supone, los Cooke no eran históricos radicales yrigoyenistas del ala "principista" del partido. Por el contrario, pertenecían al ala más conservadora de la UCR, identificada con la figura del ex presidente Marcelo T. de Alvear y, desde el año 1935, políticamente integrada al

régimen de la Restauración Conservadora iniciado en 1932, enmarcado en la denominada “Década Infame”. Los Cooke de La Plata eran auténticos “cajetillas”, habitués del Jockey Club de La Plata y de la rambla de la ciudad de Mar del Plata en sus postrimerías como balneario de las “clases altas”.

Hacia 1938, después de cursar estudios en el Colegio Nacional, John ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Allí inició su actividad política en la Unión Universitaria Intransigente (UUI), vinculada la UCR, y en la Federación Universitaria de La Plata (FULP). Puede ser, entonces, que a comienzos de la década del 40, Cooke haya iniciado su participación en espacios políticos cercanos a la línea yrigoyenista, o en agrupaciones donde intervenían radicales de esa extracción. Existe una lista de candidatos de la UUI para las elecciones del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad La Plata de junio de 1941. Está encabezada por José Armando Caro y Cooke figura como candidato a primer vocal.

Por esos años su padre fue diputado nacional. John colaboró con él y, como empleado del Congreso Nacional, se familiarizó con la tarea parlamentaria y la función legislativa. Antes se desempeñó como cronista deportivo en un diario cuyo propietario era su propio padre: El Plata. En 1941 la familia Cooke decidió mudarse a la ciudad de Buenos Aires.

Aunque no abundan, existen más datos sobre la adolescencia de Cooke. Pero creemos que no importan demasiado a los fines de este trabajo. Por cierto, esa información no está exenta de algunos costados literarios. Por ejemplo, la primera novia, “Inesita”, fulminada por la leucemia a los 18 años y la tristeza infinita de John; su efímero trabajo a modo de subterfugio en una escribanía en la Provincia del Chaco; sus nunca confirmadas afecciones físicas: poliomielitis, hipogonadismo; sus indudables cigarrillos y chocolates, el póquer, la afición por Estudiantes de La Plata, etcétera. Pero no caben aquí tantos ejercicios literaturizantes.

El póquer merece una excepción. Varios testimonios coinciden en señalar que Cooke fue un gran jugador de póquer. Sea el póquer abierto, el cerrado o el surtido, entre otras variantes, el juego no tenía secretos para él. Como es básicamente un juego de apuestas, Cooke jugaba por dinero y, casi siempre implacable, no hacía más que acumular deudores morosos. Para el escritor Ezequiel Martínez Estrada, por su carácter sajón (por la vía norteamericana), era un juego "lacónico": "El póquer es taciturno, serio, categórico", afirmaba. Pero Cooke también era un gran jugador de truco y puso en evidencia su destreza en el arte mañoso del juego criollo en las temporadas que pasó en prisión. En lo atinente al truco, Martínez Estrada decía que era un juego "dialéctico, para locuaces", un juego en el que se integraban el azar, la astucia, la adivinación, la audacia y la prudencia. Este autor llegó a sostener que el truco era "la forma inferior de la payada y la forma superior de la política criolla".[12] Se suele decir: el jugador es el juego. Cooke jugaba muy bien al póquer y al truco.

Desde el punto de vista político, el estudiante Cooke era colaboracionista y aliadófilo. Esto quiere decir que deseaba fervientemente que la Argentina abandonase su posición neutral en la Segunda Guerra Mundial y que se sumara al bando de Gran Bretaña y los Estados Unidos. John era abiertamente liberal, pro-Occidental y así persistirá, por lo menos hasta el año 1942 o 1943. Sustentará las mismas posiciones que su familia. Por ejemplo, en 1940, su tío Jenaro acusaba a Raúl Scalabirini Ortiz de "nazi". Lo que derivó en un duelo. Comenta Galasso que:

El Bebe —consustanciado con su tío, no solo afectiva, sino políticamente— no sospecha que ese escritor, enemigo de los ingleses, cuya espada hiere el antebrazo de su pariente, se constituirá, años después, en uno de sus compañeros más queridos y admirados en la lucha común por la liberación nacional.[13]

En efecto, el estudiante Cooke estaba lejos, muy lejos, del radical yrigoyenista, filo-forjista, filo-revisionista, nacionalista democrático, que algunas versiones plantean, más por dar crédito a las presunciones o por afinidad a cierta "hermenéutica lineal" que por rigor histórico. Ese Cooke remite a una

construcción retrospectiva. La responsabilidad recae, en buena medida, en Alicia Eguren, su compañera de vida y de militancia política. Alicia en sus “Notas para una biografía de John”, publicadas en 1971 —John murió el 19 de septiembre de 1968— en la revista Nuevo Hombre, construye este perfil inexacto.[14]

Durante el período que va desde el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 hasta el 4 de junio de 1943 se produjeron cambios profundos en la Argentina. La economía dejó de girar en torno al tradicional modelo agroexportador y comenzó a consolidarse un modelo de acumulación basado en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Empezó a perfilarse el protagonismo histórico de sectores de la burguesía industrial nacional (incluyendo sectores de lo que Eduardo Basualdo denomina la “oligarquía diversificada” [15]) y de la clase trabajadora. Lenta e inexorablemente, la conciencia social fue adquiriendo un sesgo pro-industrial.

En el plano estatal se desarrollaron un conjunto de modalidades de intervención y surgieron nuevas instituciones. El Estado comenzará a jugar un papel regulador del mercado interno e impulsará las actividades industriales a través de la protección arancelaria, la promoción de las inversiones y la orientación del crédito. El Estado adquirirá gradualmente un rol clave en el marco del proceso de acumulación y en la construcción de la demanda, a través de su presencia en la producción de bienes y servicios y a través de la gestión monetaria y fiscal. Asimismo, estos cambios ejercen su influencia en las identidades y en las lógicas de la acción colectiva.

Asistimos, básicamente, a un cambio en la relación entre la sociedad y el Estado. El vínculo establecido a partir de la década del 30, con sus tensiones pero también con sus momentos de retroalimentación y complementación y sus nuevos espacios de exigencia, será diferente al vínculo que caracterizó al período previo. Lo que se puede percibir en la década del 30 es un proceso de “autonomización” relativa del Estado, que plantea situaciones cada vez más alejadas de la instrumentación directa —y grosera— por parte de las clases dominantes.[16] Por supuesto, cambios de tal magnitud nunca podrían haber sido

abruptos. La década del 30 remite a un tiempo de transición, donde lo viejo convive con lo nuevo. Un tiempo de crisis en múltiples planos.

Las representaciones del país edificadas y difundidas por las clases dominantes y, por lo general, aceptadas pasivamente por las clases medias, se deterioraron, entre otros motivos porque se trataba de representaciones cargadas de falsedades, basadas en fetiches y mitos elitistas. Comenzaba a ser cuestionada la imagen del país próspero, granero del mundo, socialmente abierto y dinámico, ubicado el camino del progreso indefinido, blanco, europeo. Afloró la vulnerabilidad "estructural" del país, su carácter atrasado, deformado, dependiente, incompleto, periférico; su condición latinoamericana y mestiza. Cayó la máscara del "crisol de razas" y comenzó a aparecer el rostro real: el "crisol de racismos".

En 1942 Cooke estableció un vínculo político-intelectual determinante en su vida. Por intermedio del escritor y crítico de cine Hellen Ferro conoció a César Marcos, un militante nacionalista de sólida formación intelectual (autodidacta) cercano al grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, fundada, por Jauretche entre otros militantes yrigoyenistas y nacionalistas, en 1935) y al Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas. Fundado en 1938, presidido por Alberto Contreras durante décadas, este Instituto fue el ámbito más representativo de la historiografía revisionista argentina.

Raúl Lagomarsino señaló: "Cesar y Cooke se interesaron uno en el otro. César le empezó a dar literatura y se pasó de revoluciones, lo hizo marxista. El Bebe le tenía un respeto tremendo a Marcos".[17] Pero, además, en noches interminables de póquer, cigarrillos y Whisky, de filosofía, historia y política, se fue construyendo una amistad que duraría más de una década y que se resentirá poco después de que Cooke se convirtiera en el delegado de Perón.

Marcos, además, había sido suboficial y se desempeñó como empleado en la Dirección de Archivos del Ejército. Al producirse el golpe de Estado del 4 de junio de 1943, por sus contactos con el Ejército, Marcos fue designado por el

gobierno militar al frente de la Dirección General de Espectáculos y se hizo cargo del Instituto Cinematográfico del Estado. A partir del vínculo con Marcos, Cooke comenzó a asumir posturas nacionalistas desde el punto de vista político y revisionistas desde el punto de vista historiográfico. De este modo, Cooke se anticipaba al peronismo; pero claro, no tanto como los forjistas.

El golpe militar del 4 de junio del 1943 puso fin al régimen de la restauración conservadora y oligárquica. Dentro del elenco militar que asumió el gobierno comenzó a emerger la figura del Coronel Juan Domingo Perón, el referente político de un grupo de militares que sustentaban ideas nacionalistas e industrialistas, que consideraban que el Estado debía jugar un rol estratégico fundamental, que abogaban por un "pacto social" con la clase trabajadora; es decir, una integración subordinada de la misma que garantizara el "orden social". Este grupo se nucleaba en la logia militar conocida como Grupo de Oficiales Unidos (GOU).

En poco tiempo, Perón se convirtió en el hombre fuerte del gobierno militar. Concentró funciones importantes: Secretario de Trabajo y Previsión, Ministro de Guerra, Vicepresidente. Perón gana voluntades. Sumó poder.

Como parte de su estrategia política, Perón buscaba establecer vínculos con dirigentes de los partidos políticos tradicionales, principalmente de la UCR bonaerense. Intentaba sumar apoyos sólidos para su proyecto. En ese contexto, Juan Isaac Cooke se convirtió en Ministro de Relaciones Exteriores, en agosto de 1945, y asumió la tarea de contrarrestar las presiones del embajador norteamericano Spruille Braden. Cooke se desempeñó como secretario y asesor de su padre. Existe una foto publicada en la revista Crisis en 1974 en la que Cooke —con tan solo 25 años— está junto al Canciller (su padre), almorzando con ese emblema del imperialismo norteamericano que fue el embajador norteamericano Spruille Braden. En este proceso y en estas funciones lo sorprendió la crisis de octubre de 1945.

Nos referimos a la ofensiva política contra Perón que tiene como vértices al embajador Braden; a las grandes corporaciones empresariales (Sociedad Rural Argentina, Unión Industrial, Cámara de Comercio) y a la oposición política partidaria nucleada en la Unión Democrática (UD). Ofensiva política que llevó a la renuncia de Perón a todos sus cargos, a su salida del gobierno, y a su posterior detención el 12 de octubre.

El 17 de octubre Cooke está en la Plaza Mayo. Como Scalabrini Ortiz, también él vive la experiencia directa de la "muchedumbre heteróclita" y del "subsuelo de la patria sublevado". Como Juan José Hernández Arregui, se suma a la "muchedumbre abigarrada que marchaba como un sonámbulo invulnerable". Como Jauretche quiso ser parte del "fuenteovejuna". También a él, como a Leopoldo Marechal, desde algún punto cardinal, le llegó "un rumor, como de multitudes". Hasta ese momento el peronismo venía constituyéndose "desde arriba", desde las cumbres del aparato del Estado. A partir de la masiva movilización del 17 de octubre, también comienza a constituirse "desde abajo". Tan desde abajo que Scalabrini Ortiz tiene que decir "subsuelo", expresión más poética que, por ejemplo, "capa freática". Como acontecimiento fundacional del peronismo también hay que contar un "hecho de masas" insoslayable. El pensamiento político de Cooke se conformará al calor de esa contradicción constitutiva del peronismo.

En las elecciones presidenciales de febrero de 1946, la fórmula Perón-Quijano se impone a la fórmula Tamborini-Mosca, de la UD, por un margen no demasiado abultado. Perón se convierte en presidente de la Nación. Con 25 años, John William Cooke es elegido diputado nacional por la Capital Federal. Sin lugar a duda, llega al Congreso y a los escenarios más rutilantes de la política argentina de la mano de su padre, siendo prácticamente un desconocido.

En ese preciso instante comienza la historia que más nos interesa.

---

12 Véase: Martínez Estrada, Ezequiel, La cabeza de Goliat, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 184-188.

13 Galasso, Norberto, Op. cit., p. 10.

14 Véase: Eguren, Alicia: “Notas para una biografía de John”. En: revista Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 9, del 15 al 21 de septiembre de 1971, p. 10.

15 Véase: Basualdo, Eduardo, Estudios de Historia Económica Argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad, Buenos Aires, FLACSO-Siglo XXI, 2006.

16 Véase: Campione, Daniel: “Del intervencionismo conservador al intervencionismo populista. Los cambios en el aparato del Estado: 1940-1946”. En: revista Taller, Vol. 2, N.º 4, agosto de 1997.

17 Testimonio de Raúl Lagomarsino. En: Cichero, Marta, Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez sobre violencia política, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 140. La autora, a partir del testimonio de Lagomarsino, agrega que Marcos “Escribía muchísimo. Empezó con discursos para coroneles […] discursos para la Cámara (como asesor de Cooke, cuando la oposición al Acta de Chapultepec), notas sin firma en De Frente, en publicaciones de la Resistencia, en libros ajenos. Precursor de los modernos escritores-fantasma”. [p. 148].

El diputado

Existen efectivamente en nuestras sociedades relaciones establecidas que son materialmente imposibles de modificar si se las afecta solo en parte…

Piotr Kropotkin

El primer peronismo (1945-1955) fue la expresión política de una alianza social heterogénea. Ese rasgo “genético” tuvo correlatos en lo ideológico, tanto en las diferentes (y contradictorias) formulaciones como en la vaguedad e indefinición favorecida desde la cúpula. Los intereses inmediatos de la clase trabajadora, pero también los de una burguesía nacional (sin descartar a sectores de la oligarquía diversificada) inicialmente ligada al desarrollo del mercado interno, sumado a los objetivos de una parte del Estado —particularmente los de un sector de las Fuerzas Armadas que aspiraba al desarrollo de una industria pesada para lograr el autoabastecimiento en materia de armamentos y garantizar, de ese modo, la “defensa nacional”—; hicieron que el primer peronismo desarrollara un nacionalismo popular y un antiimperialismo “pragmáticos” o “espontáneos”. Esta es una caracterización que propone Cooke en diferentes momentos de su trayectoria política. Primero lo hizo en forma indirecta y en lenguaje gauchipolítico; por ejemplo, en su conferencia titulada “Perspectivas de una economía nacional”, dictada en El Centro Universitario Argentino (CEA) en 1947, donde señaló que, con las medidas nacionalistas impulsadas por Perón, comenzaba a desarrollarse en el país una “conciencia económica propia”. Confiaba en que a partir de ella se iría conformando una doctrina sistemática, “al tranco”, y a la “criolla” (Obras completas, Tomo IV, pp. 48 y 49).

Luego, apelará a formas más precisas. Por ejemplo, en La lucha por la liberación nacional, de 1959, sostendrá que este antiimperialismo práctico y asistemático del primer peronismo —sin dudas limitado y contaminado con partículas reaccionarias de nacionalismo clerical y/o filo-fascista— expresaba una tercera etapa del antiimperialismo en la Argentina, después de la primera etapa

“romántica”, representada por la figura de Manuel Ugarte, y de la etapa “parcial, inorgánica y sentimental” representada por el radicalismo yrigoyenista (Obras completas, Tomo V, p. 176).

Hacia fines de la década del 50 comenzará a delinear una cuarta etapa, donde el antiimperialismo se constituye en el núcleo de una política de corte emancipatorio, es decir, socialista.

Pero volvamos atrás. Cooke fue uno de los pocos dirigentes peronistas que, por aquellos años, intentó convertir estos gestos aislados en un corpus ideológico coherente, transformando el agradecimiento de los pobres a Perón y a Eva Perón en poder popular, el odio a la oligarquía y el repudio de la hipocresía burguesa en praxis revolucionaria. Cooke consideraba que al peronismo le faltaba una doctrina. Comparaba esa experiencia con la de otros movimientos políticos nacionalistas de Nuestra América, en Bolivia o en Perú.

Cooke abrigaba la certeza de protagonizar un proceso de importantes transformaciones en el país. Sabía también que se desenvolvían en el marco de la institucionalidad vigente y que la profundización de ese proceso, que él llamaba Revolución Peronista o Revolución a secas, no podía tener otras coordenadas que las provistas por la legalidad.

En ese sentido, Cristian Leonardo Gaude inscribe la actuación de Cooke en el Parlamento en los marcos de un “republicanismo popular”. Este autor plantea:

La libertad como no dominación, el reconocimiento del pueblo como actor virtuoso de la política, el poder público institucionalizado y la preeminencia de lo social sobre lo individual son los rasgos esenciales del republicanismo popular, y tales características podemos identificarlas en las expresiones de John William Cooke en el Congreso de la Nación.[18]

El diputado Cooke es secretario del Bloque Peronista y miembro del Consejo Superior del Partido Único de la Revolución. Preside además la Comisión de Asuntos Constitucionales, la Comisión Redactora del Código Aeronáutico y la Comisión de Protección de los derechos de autor. Se desempeña como miembro informante de las comisiones de las que forma parte, interviene en diferentes discusiones y debates. Presenta diferentes proyectos; por ejemplo, un proyecto de Reforma Constitucional en coautoría con César Guardo, quien presidía la Cámara. César Marcos es su principal asesor y contribuye con la elaboración de proyectos y discursos. A pesar de ser el diputado más joven, Cooke es uno de los animadores principales en la Cámara.

El 28 de junio de 1946 les responde a los diputados radicales que plantean su disconformidad bajo la forma de una cuestión de privilegio con motivo de la decisión de la presidencia de ubicarlos a la derecha del recinto.

Un mes después impulsa la derogación de la ley 4144, ley de extrañamiento de extranjeros, más conocida como Ley de Residencia, sancionada en 1902 y redactada por el Senador Miguel Cané, el autor de Juvenilla. Cooke expone argumentos que demuestran la inconstitucionalidad de dicha ley a la que considera “uno de los zarpazos más grandes de la clase dominante argentina” (Obras completas, Tomo I, p. 66). Para él la ley expresaba la respuesta paranoica de la clase dominante frente al desarrollo en el país del movimiento obrero organizado a comienzos del siglo XX. En su intervención, identifica un componente específicamente autóctono (nativo y criollo) de la democracia. Algo que podríamos denominar —inspirados en José Carlos Mariátegui— como “elementos de democracia práctica”. Lejos de todo telurismo, pero destacando la materialidad del territorio y en respuesta a los planteos de la inteligenza argentina, afirma que “de nada hubiese valido la traducción de Rousseau; nada hubiese significado la doctrina de los enciclopedistas, si el hijo de la tierra no hubiese tenido profundamente arraigados en su espíritu los conceptos que dichas teorías preconizan”. Entre otros “conceptos prácticos” Cooke señala el desprecio de las leyes injustas y el sentido de la amistad, la libertad y la igualdad (Obras completas, Tomo I, p. 75). Si nos adelantamos y consideramos sus posiciones en

la década del 60, podemos conjeturar que lo mismo tuvo que haber pensado respecto de la “traducción” de Carlos Marx.

Asimismo, sus palabras parecen inspiradas en Martínez Estrada. Y, aunque no lo cita, es muy probable que Cooke haya leído Radiografía de la Pampa, un libro de 1933 o La Cabeza de Goliat, de 1940. Para caracterizar a la democracia argentina apela a imágenes gastadas por Martínez Estrada: la llanura, el horizonte ilimitado, el viento peinando los pastizales; también a la soledad —o al miedo a la soledad— y a la eternidad.

Cooke impulsará poco después el Proyecto de Ley que disponía la construcción de un monumento a Lisandro de la Torre, en la ciudad Rosario, en la Provincia de Santa Fe.

Tiene luego una activa participación en el debate sobre la iniciativa para la sanción de una ley de Represión de actos de Monopolio o tendientes al monopolio. En su intervención Cooke vincula los monopolios al imperialismo y recurre a Karl Marx, a V.I Lenin, a Rudolf Hilferding y Karl Mannheim, para fundamentar su posición. Caracteriza a la Argentina como un país semicolonial y propone la nacionalización de aquellos servicios que resultasen estratégicos para la soberanía nacional.

Cooke realiza una crítica al liberalismo económico y al fundamentalismo de mercado porque considera que la tendencia a la concentración económica y a la conformación de monopolios es inherente a la economía capitalista “desregulada”. Para él, el libre juego de la oferta y la demanda “no era juego ni libre” (Obras completas, Tomo I, p. 92). Entendía que el monopolio era un poder económico que se traducía directamente en poder político, y que le permitía a la gran burguesía “reinar directamente”, anulando la autonomía relativa del Estado. Era la forma que encontraba el capital para convertir su poder sobre el proceso de producción en poder político. Y su campo de acción no solo dependía de su inmenso poder material y político, sino también del colonialismo intelectual de

las elites locales del mundo periférico que adherían a teorías y doctrinas afines a los monopolios; es decir, teorías y doctrinas que abonaban la dependencia. Por ejemplo, la teoría neoclásica, cuyos fundamentos se encargó de refutar en el recinto en diversas oportunidades.

Cooke se muestra partidario del fortalecimiento y la intervención del Estado y de la planificación económica. En líneas generales, los planteos del diputado giran siempre sobre la idea de un Estado fuerte cuya función es contrarrestar el poder de algunos intereses particulares en el ámbito de la sociedad civil.

Cooke es la voz de los sectores minoritarios en el peronismo, incluyendo a grupos de derecha como la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), que se oponen a la ratificación por parte del Congreso Nacional de la adhesión del gobierno al Acta de Chapultepec y la Carta de las Naciones Unidas. Para el joven diputado, la unidad latinoamericana aparecía como la necesaria estrategia frente a un enemigo común, el imperialismo norteamericano, y como camino autónomo en el marco del mundo bipolar de la segunda posguerra. La tesis reivindicada por el vehemente legislador sostenía que, en la tarea en pos de su emancipación definitiva y su grandeza futura, Nuestra América no podía contar sino consigo misma, y que la "ayuda" de las grandes potencias siempre respondería a sus propias conveniencias.

En la fundamentación de su voto contra la aprobación del Acta y la Carta, en la sesión del 30 de agosto de 1946, Cooke atacaba el "sofisma" de la igualdad jurídica de los Estados porque servía para ocultar las desigualdades en planos más sustantivos y menos formales; entre otros, el plano material, económico. Con una dosis de irreverencia —uno de los sellos distintivos e inalterados durante su labor parlamentaria y durante toda su trayectoria militante—, afirmaba que las cláusulas de los tratados eran los peores enemigos de la fraternidad de los pueblos. Decía Cooke:

Acción práctica de solidaridad y efectivo respeto de las soberanías es lo que

requieren los pueblos de América y no sistemas moral-jurídico-declarativos [...]. Más que sistemas normativos, los países latinoamericanos necesitan del desarrollo del mutuo respeto, la no gravitación del saldo de la balanza de pagos en los movimientos políticos internos e internacionales y la solidaridad no coercitiva. Sobre estas bases ha de edificarse el destino de América, que yo preveo feliz a plazo no muy largo. [...]

Yo creo que las actas de Chapultepec son un peligro y no una esperanza para los pueblos de América. Sin que esto importe creer que no tienen ellos la fe necesaria en un destino común, porque a través del tiempo y de los años va adquiriendo cada vez más fuerza la frase histórica de la Reforma Universitaria en el Manifiesto de los Hombres Libres: Nuestras verdades son, y dolorosas, de todo el continente.

En cuanto a la Carta de las Naciones Unidas [...] Yo considero personalmente que su estructura es violatoria de elementales principios de derecho internacional y de convivencia (Obras completas, Tomo I. pp. 97 y 98).

Una digresión: nótese la reivindicación que Cooke hace de la Reforma Universitaria de 1918. Un posicionamiento en el que persistirá a lo largo de toda su vida. Por supuesto, se trataba de una visión aislada y hasta repudiada en el marco del peronismo, que, aun considerando sus expresiones políticas más radicalizadas de las décadas del 60 y del 70, sostuvo, en líneas generales, una postura antireformista. Por cierto, los ideales más ambiciosos de la reforma del 18, sus ímpetus democratizadores de la sociedad, el conocimiento y el poder, se fueron degradando con los años. La opción por una universidad de y para la clase trabajadora y el latinoamericanismo inicial —representados en la figura de Deodoro Roca— fueron perdiendo terreno a favor de los aspectos vinculados a la autonomía y el cogobierno que terminaron reducidos a meros formalismos que no hicieron más que reeditar las tradicionales formas del elitismo. Finalmente, el “reformismo” se delineó como una corriente que, consciente o inconscientemente, sostuvo la idea de la universidad como una isla democrática e ilustrada al margen del resto de la sociedad.

Cooke percibía la potencialidad de una síntesis entre algunos elementos de las tradiciones inauguradas por el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 y el 17 de octubre de 1945. Él estuvo en desacuerdo con la política universitaria del peronismo. Si bien celebró y alentó todo aquello que contribuía a la masividad y a la gratuidad de los estudios superiores, supo cuestionar la organización federacionista desde arriba (concretamente: la creación de la Confederación General Universitaria, CGU) para disputar con la FUA, el tenor oficialista y despolitizador, la clausura de los locales de la FUA en 1954, entre otros aspectos que iban en contra de la esencia del proyecto reformista de 1918. Más allá de que Cooke reconocía y repudiaba las posiciones liberales y elistas de organismos como la FUA y la FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires). Por aquellos años, se hizo común el término “fubista” como expresión para descalificar a estudiantes que obraban a espaldas a los intereses nacional-populares y que, por lo general, consideraban poco menos que execrable la condición de peronista, especialmente en la universidad. Esta situación se modificó a comienzos de la década del 70.

En el artículo “17 de Octubre”, publicado en la revista Soluciones, año I, Nº 2, del 15 de octubre de 1959, Cooke explicaba:

La Reforma fue un movimiento por la unidad latinoamericana para la emancipación continental, con el estudiantado actuando junto a las masas enterradas en la esclavitud colonial. Pero disminuida su dinámica inicial, traicionada por muchos dirigentes, los estudiantes se vieron arrastrados a posiciones cuya formulación era izquierdista pequeño-burguesa, pero cuya trascendencia práctica resultaba en un aporte a los engranajes del imperialismo. Así, no resulta extraño que hayan colaborado en la agitación para derrocar a Yrigoyen, o que no hayan advertido qué es lo que pasó el 17 de octubre o cuáles fuerzas inspiraban el golpe septembrino de 1955. Pero ya hace mucho tiempo que se advierte el empeño de muchos por encauzar al estudiantado en el movimiento popular, que necesita de ellos.

[…] El 17 de octubre fue la rebelión, en carne y hueso, de ese pueblo a cuyo fantasma hablaban los lenguaraces políticos y en cuya representación decían actuar. Y vino para quedarse… (Obras completas, Tomo IV, p. 120).

Años más tarde, en la carta a Perón del 18 de octubre de 1962, dirá que el 17 de octubre de 1945 fue “un viraje de la Historia, pero no un bautismo de sangre” (Obras completas, Tomo II, p. 550). Sin dejar de reconocer la importancia del acontecimiento, Cooke evidentemente comenzaba a percatarse de sus limitaciones como antecedente de y para una política revolucionaria.

El 17 de octubre de 1945 suele confundirse con el momento en que se manifiesta descarnadamente la supuesta “esencia” del peronismo, su identidad consumada e inalterable y el abanico de posibilidades de desenvolvimiento posterior. Es el origen que sobrepuja y condiciona el devenir. A partir de esta instancia fundante y constitutiva, comenzó una historia en la cual los acontecimientos que el peronismo generó, directa o indirectamente, no estaban en condiciones de contradecir esta esencia, esta identidad, estas posibilidades. De este modo, origen, verdad y ser se identifican en un acontecimiento.

Pero como sabemos (gracias a Michel Foucault, entre otros), lo que se encuentra en los inicios de los procesos históricos no es la identidad sino la discordia. La discordia de las palabras que suelen expresar intereses (de clase, por ejemplo) diversos y/o antagónicos. No existen destinos necesarios labrados por orígenes metahistóricos. Sospechamos de las esencias y nos interesan más los accidentes, los acontecimientos, en los cuales los de abajo se pronuncian. Esto fue básicamente el 17 de octubre: un lugar de pronunciamiento. Quienes padecieron largos años de oprobio se pronunciaron ese día, pero... ¿qué dijeron? No lo sabemos a ciencia cierta porque quedó oculto. Lo dicho siguió siendo parte de un subsuelo que no se sublevó junto a los cuerpos. Las víctimas fueron, entonces, una presencia sin palabras. Produjeron un punto de inflexión en la historia argentina, pero parece que no dijeron nada. O mejor: lo que dijeron quedó cubierto. Pusieron sus anhelos, sus esperanzas, sus historias de lucha cotidiana y sus cuerpos descamisados un instante, pero las palabras las pusieron otros... Los

anales de los pobres suelen estar vacíos, decía un poeta inglés.

Como ocurre con todos los acontecimientos, sobre el 17 de octubre de 1945 se encabalgan múltiples discursos. ¿Cuáles fueron estos discursos? ¿Quiénes los produjeron? Para algunos sectores de la izquierda argentina, el 17 de octubre fue una manifestación de lúmpenes organizada por la policía. La izquierda se desprendía así de las reivindicaciones nacionales, antioligárquicas y antiimperialistas. Conceptualizaba discursos y no hechos. Para la vieja Argentina oligárquica no había dudas: el 17 de octubre fue el “aluvión zoológico”, la invasión bárbara, un fenómeno insalubre. Lectura de victimario. En manos de la burocracia política y sindical del peronismo, ese día adquiría nuevas significaciones e incidencias y, en última instancia, servía para abonar las posiciones más reaccionarias. El 17 de octubre se reducía al “día de la lealtad”. Una lealtad que negaba la lucha de clases concreta y que implicaba acatar objetivos e intereses que, si bien coyunturalmente podían ser presentados como afines, en última instancia eran ajenos (y opuestos) a los de la clase trabajadora argentina. Lealtad significaba congelar los acontecimientos, delegar la autonomía, no ir más allá del 17 de octubre de 1945.[19]

En todo caso, para Cooke, el 17 de octubre de 1945 valía como punto de partida, pero no como punto de llegada. Más adelante, en la década del 60, comenzará a percibir el peso que conservaba esta visión “oficial” en el seno del peronismo, y sus efectos ideológicos y políticos contrarios a cualquier proceso de radicalización. No asumirá el lugar del intelectual que trata de dotar retrospectivamente a la clase trabajadora de discursos “redentores”. Sí intentará organizar, en sentido revolucionario, los contenidos simbólicos puestos en juego por el pueblo (en el 17 de octubre del 45 o en la Reforma Universitaria de 1918) y, sobre todo, buscará destruir los discursos oportunistas. Su propósito no resultó tan descabellado: “Fusiles, machetes, por otro 17”, corearon cientos de miles de argentinos poco después de la muerte de Cooke.

Pero volviendo al debate sobre Chapultepec, cabe agregar que Cooke entendía que el destino común de Nuestra América presentaba un cúmulo de dificultades,

particularmente el rol de las oligarquías locales, "umbilicalmente" unidas al imperialismo. Reconocía, además, otros elementos que conspiraban contra la unidad: la actitud de quienes se dejaban seducir por las falsas promesas del imperialismo (incluyendo una parte de la izquierda argentina) y el militarismo. Para él no había opción: estaba absolutamente convencido de que valía más el trabajo paciente y los enormes sacrificios, que aceptar las aparentes ventajas de "continuar figurando en los planes estratégicos del imperialismo". Por otra parte, confiaba en que el peronismo se iba consolidar, más temprano que tarde, como la vanguardia de un movimiento antiimperialista de proyección continental. Esta confianza era compartida con otros sectores del peronismo y se reflejó, por ejemplo en la creación de la Asociación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS) que, en la línea de la "tercera posición", intentó influir en los sindicatos de algunos países de Nuestra América.

En el fragor del debate, Cooke mostró su independencia de criterio. Y dejó entrever una visión geopolítica que partía del reconocimiento del hecho imperialista, un hecho integral de dimensiones materiales, políticas y culturales. Asimismo, su concepción geopolítica no solo tomaba en cuenta a los Estados como actores principales, sino también a los pueblos.

Cooke no votó igual que el grueso de su propia bancada. Además de él, solo otros seis parlamentarios peronistas no avalaron el tratado. No dispensaba "votos de confianza" a diestra y siniestra. No estaba de acuerdo con el lugar común que planteaba que votar a favor era ratificar la confianza en el Poder Ejecutivo.

En septiembre de 1946 su rúbrica apareció en el Proyecto de resolución: Hogar nacional de los judíos, y en el Proyecto de Declaración: Gestión ante el gobierno de España para que se conmute la pena a muerte de condenados por actividades políticas. Se trataba de militantes republicanos, encarcelados por la dictadura fascista del Generalísimo Francisco Franco.

Además, el 5 de diciembre participó en el debate sobre la ratificación legislativa

de decretos leyes referentes al régimen bancario y a las organizaciones económicas. Aquí propuso la nacionalización de los depósitos bancarios como indispensable complemento de la nacionalización del Banco Central, el control estatal del crédito y la repatriación de la deuda externa. Sostuvo la necesidad de contar con instrumentos de intervención económica en el marco de un Estado fuerte y con principios sólidos de nacionalismo económico. Decía: “La deuda externa ha sido fomentada por países de penetración imperialista en nuestro continente, porque muchos gobiernos endeudados han sido arcilla en manos de los fuertes consorcios internacionales” (Obras completas, Tomo I, p. 112) También tuvo cruces antológicos con el diputado Silvano Santander, de la Unión Cívica Radical.

El 27 de marzo de 1947 presentó un informe sobre el Presupuesto general de gastos y cálculo de recursos para 1948 y sobre Financiación del Plan de Gobierno 1947-1951. Se trataba, básicamente, de un debate sobre el Primer Plan Quinquenal. Cooke defendía el Plan, criticaba nuevamente las ideas liberales y librecambistas. En particular, las ideas expuestas en textos como Camino de Servidumbre de Friedrich August von Hayek. Y aprovechó la ocasión para defender nuevamente el intervencionismo estatal. Expuso:

Intervención ha habido siempre en este país y sobre todo en los gobiernos anteriores a la revolución. El intervencionismo no es nuevo. Lo que es nuevo es el intervencionismo a favor de la clase necesitada y el intervencionismo por medio de la planificación, porque puede haber intervencionismo sin planificación y lo ha habido en este país (Obras completas, Tomo I, p. 112).

En ese entonces, prácticamente, dictaba una clase de economía política en el parlamento argentino. Hablaba como el buen profesor que era. Afirmaba:

El siglo XIX marca la muerte del liberalismo y lo marca en lo conceptual con las ideas de List, pero, sobre todo, en la realidad de los hechos económicos, con el proceso de concentración de capitales que viene a dar plena ratificación a las

teorías que combaten ese sistema de libre-cambio. [...] Voy a establecer la necesidad de la intervención estatal provocada por el fracaso del libre cambio, cuyos factores actúan en su contra, por medio de las organizaciones monopolísticas que engendrara la revolución industrial. Quienes mejor han estudiado el proceso son los marxistas. Aunque no se acepten sus conclusiones es evidente que el análisis es certero. Marx no alcanza a contemplar el pleno florecimiento del monopolio, pero lo intuye, lo ve en su nacimiento y acierta en sus predicciones. Y Engels, que sí alcanza su predominio al final en el siglo pasado, al prologar la tercera edición de El capital, lo hace notar como reconocimiento a quien fuera su maestro (Obras completas, Tomo I, p. 146).

Luego citó a Ludwig Von Mises, a John Maynard Keynes, denunció los lugares comunes del liberalismo económico, sus mistificaciones. Por ejemplo, sobre la "igualdad de oportunidades", sostenía:

La famosa igualdad de oportunidades de las viejas teorías es un mito, que solo aparece en tránsito fantasmal de formulación teórica. Yo quisiera que alguien les dijese a los obreros de Tucumán, a los mensús, a las clases proletarias, que tienen igualdad de oportunidades, porque nadie les impide veranear en Mar del Plata o especular en la bolsa (Obras completas, Tomo I, p. 146).

Siguiendo con su accionar como diputado, el 31 de julio de 1947 presentó un proyecto de ley sobre indemnización de las víctimas de errores en materia judicial.

El 25 de septiembre intervino en el debate sobre la Revisión del tratado de paz celebrado por las Naciones Unidas con la República de Italia. Exigió una paz honrosa para Italia. Como en el debate de las Actas de Chapultepec y San Francisco, volvió a mostrarse escéptico respecto del rol benéfico (para los pueblos) que pudieran jugar los organismos internacionales creados después de la Segunda Guerra Mundial.

Pocos días después, presentó un proyecto de ley sobre créditos para ayuda y fomento a editoriales argentinas.

El 2 de junio de 1948 propuso la inserción en el Diario de Sesiones de documentos relacionados con la actuación del gobierno de Rosas en el conflicto de las Malvinas. Esta iniciativa de Cooke generó un áspero debate, centrado en la controversial figura del Brigadier General Juan Manuel de Rosas, con los diputados opositores Ernesto Sanmartino y Luis Dellepiane, ambos de la UCR. Vale recordar que Dellepiane había sido un hombre de FORJA, gran amigo del poeta y compositor Homero Manzi, solo que, en 1945 y a diferencia de la mayoría de sus compañeros que se plegaron al peronismo, él optó por retornar a las filas de la UCR.

A fines de ese mes, el 30 de junio firmó el proyecto de declaración en el que solicitaba al Poder Ejecutivo Nacional la revisión de tratados relativos a la internacionalización de los ríos argentinos. Y, junto a los diputados oficialistas Ernesto Palacio y Joaquín Díaz de Vivar, presentó el proyecto de ley: Conservación de cosas muebles e inmuebles de interés histórico, arqueológico, paleontológico o artístico.

Por otro lado, el 3 de septiembre firmó una declaración donde manifiestaba su repudio a la maniobra imperialista tendiente a internacionalizar la Antártida Argentina.

Ese año, junto al diputado Ricardo C. Guardo, impulsó el proyecto de Reforma de la Constitución Nacional. Cooke planteaba el fracaso de la Constitución de 1853, su carácter caduco, obsoleto. Para él, la vieja Constitución reflejaba la falta de confianza “en lo nacional, en lo nativo, en la capacidad del hijo de la tierra” (Obras completas. Tomo I, p. 169). Esa falta de confianza de la que hablaba Cooke no era más que un abierto desprecio que partía del culto a valores

universales abstractos: el progreso, la civilización, el librecambio, entre otros. Cooke también consideraba que esa Constitución liberal había servido para justificar las grandes entregas de la soberanía nacional (Obras completas. Tomo I, p. 177). Nuevamente insistía en los elementos democráticos “espontáneos”, en los valores solidarios presentes en las praxis de los sectores populares, en la “cultura criolla”. Unos elementos que los Constituyentes de 1853, junto a los intelectuales argentinos más notables en la mitad del siglo XIX —como Juan Bautista Alberdi y Domingo F. Sarmiento, admiradores de lo europeo y lo norteamericano—, pasaron por alto a la hora de buscar basamentos orientadores de las nuevas instituciones. Un dramático desajuste entre el espíritu democrático e igualitario del pueblo y unas instituciones (un Estado) y unas elites cultas que recurrían a fórmulas ajenas y a materiales inadecuados.

Asimismo, en su proyecto, Cooke propuso incorporar los derechos del trabajador, la elección directa de los senadores (con acortamiento del mandato), del presidente y el vicepresidente, la derogación de la prohibición de reelegir al presidente, la abolición del artículo 26 de la Constitución de 1853 (libre navegación de los ríos) al que considera lesivo de la soberanía nacional, etcétera. En ese entonces, planteó que “dos cosas son inexorables en los movimientos transformadores: tiempo y sangre” (Obras completas. Tomo I, p. 177). Las dos, tiempo y sangre, inseparables. Años más tarde, Perón retomará esta proposición y la reelaborará como una fórmula de elementos dicotómicos, entre los que había que optar: el tiempo o la sangre. Se sabe, Perón se mostrará partidario del tiempo. Finalmente, cabe señalar que, en el marco de la presentación del proyecto de Reforma constitucional, Cooke protagonizó un nuevo debate sobre historia y política, ahora con el diputado Nerio Rojas, de la UCR.

También en septiembre de 1948 impulsó un homenaje a Juan Bautista Alberdi. Se trata de la figura del panteón liberal de mayor aceptación entre los nacionalistas y los revisionistas. Sobre todo el “viejo Alberdi”, el hombre de la Confederación de Paraná, el opositor a Bartolomé Mitre y al centralismo porteño, el crítico de la Guerra del Paraguay.

Poco después participó de la sesión donde se debatió el Proyecto de ley que declaró caduca la concesión otorgada a la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires y donde se propuso su disolución. La temática le permitió ratificar su fe antiimperialista, denunciar el grado de subordinación material y cultural propiciado por las clases dominantes argentinas:

He dicho varias veces que para la interpretación de la realidad argentina no puede uno basarse en los métodos y en los procedimientos clásicos impuestos por los europeos. Esto es válido no solo en lo político, en lo social y en lo económico. Podemos decir, con una afirmación que encierra el más profundo criterio antiimperialista, que América Latina solo puede ser descifrada en su propia clave (Obras completas, Tomo I, p. 329).

Su proposición no es solo antiimperialista, va más allá: roza la crítica al sistema capitalista y cuestiona toda mirada romántica e ingenua respecto del capital y su función.

En 1949 planteó una cuestión de privilegio con motivo de algunas opiniones vertidas en la Cámara de representantes de la República Oriental del Uruguay. Entendía Cooke que los conceptos manifestados en el parlamento uruguayo (concretamente una crítica al gobierno de Perón) violaban el principio de no intervención y el de autodeterminación. La actuación de Cooke terminó redondeando otra pieza discursiva antiimperialista: hablaba de los métodos económicos y culturales de dominación a los que recurre el imperialismo.

Somos una voz rebelde en América. Felizmente no somos la única voz, pero sí el único caso en que la rebeldía está en la Casa de gobierno, en el Parlamento y en todos los sectores de la opinión (¡Muy bien!). El único caso en que el pensamiento antiimperialista tiene una afirmación concreta en conquistas públicas (Obras completas, Tomo I, pp. 371-372).

Le reprochaba a los legisladores uruguayos que hubieran elevado una voz indignada para criticar a un gobierno que, como el de Perón, puso coto al avance del imperialismo y garantizó algunas condiciones de igualdad y libertad para su pueblo, y que no hubieran obrado del mismo modo cuando se fusilaron obreros en Bolivia o cuando, en diversos países de la región, se expulsaron diputados por ser comunistas. Dijo Cooke al final: “Las tacuaras de antes las reemplazamos hoy por una comunión ideológica: el pensamiento antiimperialista” (Obras completas, Tomo I, pp. 371-373).

En la sesión del 7 de septiembre de 1949, adhirió a un homenaje al Dr. Adolfo Saldías, autor de la obra Historia de la Confederación Argentina y considerado uno de los precursores de la escuela historiográfica revisionista.

Luego participó en la conferencia para declarar a 1950 como Año Sanmartiniano. Nuevamente reivindicó el revisionismo histórico y aportó argumentos tendientes a vincular a San Martín con Rosas. Cooke insistía en demostrar el vínculo de amistad —y, sobre todo, político— que los unió a ambos. Sostenía: “El primer gobernante argentino que reconoció cuál era el verdadero valor de la obra del general San Martín fue Juan Manuel de Rosas, que en todos sus mensajes anuales a la Legislatura recordaba los grandes servicios prestados por el Gran Capitán de los Andes” (Obras completas, Tomo I, p. 379). En una sesión que derivó prácticamente en un debate político-historiográfico, intervinieron los diputados José Pérez Martín, Absalón Rojas, Luis Dellepiane y Federico Fernández de Monjardin.

A partir de este momento, las intervenciones de Cooke en la Cámara se fueron espaciando hasta llegar al final de su mandato.

En 1950, presentó el Proyecto de declaración (suscrito), sobre la vigencia efectiva de las leyes que beneficiaban al personal de empresas periodísticas. También solicitó una moción para presentar una nota referente al Proyecto de Ley sobre las islas Malvinas. Nuevamente tuvo lugar otro debate de tinte

historiográfico. El tema central fue el Tratado Arana-Southern de 1849 que puso fin al bloqueo inglés contra la Confederación Argentina (un año después se firmó el tratado Arana-Lepredour con Francia). Cooke no perdió oportunidad para hablar sobre Rosas. Quería refutar la versión que sostenía que Rosas había sido el artífice de la inclusión en el tratado con Gran Bretaña de una reserva sobre las islas Malvinas.

El 19 de junio de 1950 presentó un proyecto sobre organización de academias de cultura e investigaciones científicas, que reglamentaba el funcionamiento de las academias oficiales y de las instituciones pos universitarias. Allí, Cooke realizó una crítica a la intelectualidad divorciada del pueblo. Escribió:

Nosotros repudiamos también a esos intelectuales, que solamente se dedicaron a copiar con más o menos éxito las producciones intelectuales de Francia o de algún otro país de moda. Entendemos que el país no es lo que los académicos han creído en algún momento, un ámbito ideal de desarrollos racionales, sino que, por el contrario, creemos que la cultura es también vivencia, es también pueblo, es también tierra, es también hombre (¡Muy bien! ¡Muy bien!). (Obras completas, Tomo I, pp. 394 y 395).

El 16 de marzo de 1951 pronunció un discurso en el debate sobre el caso La Prensa. Defendió el proyecto de expropiación del diario La Prensa. Planteó la confusión entre libertad de prensa y libertad de monopolio:

Nosotros creemos en la libertad de prensa, de la prensa independiente y la ideológica, de la equivocada y de la que está en la verdad; pero en lo que no creemos es en el derecho de estas empresas mercantiles y capitalistas para procurar que los resortes del Estado se pongan al servicio de sus intereses cada vez que hay cuestiones gremiales en juego. [...] Nosotros sabemos que, para el imperialismo, el principio de la libertad de comercio, el principio de la libertad de concurrencia, el principio de la libre actividad privada y el principio de la libre empresa son todos fantasmas y mitos que a la larga sirven para acentuar

cada vez más la desigualdad que ya existe entre países coloniales y semicoloniales (Obras completas, Tomo I, pp. 398 y 399).

No deja de ser sorprendente la entera vigencia de este discurso de Cooke de 1951 en la Argentina (y en buena parte del planeta) de 2016. El 10 de mayo participó en el Homenaje a la memoria del poeta Homero Manzi, fallecido un año antes. La intervención de Cooke fue impecable: propuso algunas líneas para un análisis de la poética de Manzi, citó versos de sus principales composiciones; estableció un vínculo entre Manzi, Evaristo Carriego y Jorge Luis Borges. Cooke consideraba que Borges, como escritor, desempeñaba una función de primer orden: la de otorgarle una significación universal a lo local. ¿Supo alguna vez Borges que el diputado peronista Cooke lo colocaba en ese pedestal?[20] Al final del Homenaje a Manzi, aludió a la poesía de Charles Baudelaire y se refirió a la muerte como una “vieja capitana” (Oh mort, vieux capitaine, il est temps! Levons l’ancre!). Un tema que retomará, muchos años después, en su trabajo publicado póstumamente e inconcluso: Apuntes sobre el Che. Menos de un mes antes de morir, Cooke volverá a frecuentar la figura del poeta combatiente derrotado, condenado a habitar —endemoniado y trágico— el mundo burgués. El poeta que llama a la Muerte para que se lo lleve de una buena vez al cielo o al infierno (lo mismo daba).

El 14 de junio presentó el proyecto de declaración (suscrito) en solidaridad con el pueblo de Puerto Rico y con César Albizú Campos, líder de las luchas por la independencia de su país, encarcelado en 1950, quien finalmente fue indultado en 1965 y falleció poco después. Ese mismo día participó en un debate sobre la asignación de recursos para la Fundación Eva Perón (recursos provenientes de la multa impuesta a la sucesión Bemberg), y sobre la exención de impuestos a la Fundación.

El 5 y 6 de julio propuso una ley orgánica de elecciones nacionales.

El 11 de octubre rechazó el pedido de licencia formulado por el presidente Perón

con motivo de las elecciones presidenciales en las que volvía a ser candidato, habilitado por la nueva Constitución de 1949. En su intervención, Cooke expuso una escueta síntesis de la historia del fraude en la Argentina. Planteó que el peronismo estaba asociado a la transparencia electoral y que Perón era la mejor garantía de unas elecciones limpias. Por lo tanto, consideraba que no tenía sentido un pedido de licencia.

Hasta aquí lo que corresponde a su labor parlamentaria, por lo menos la más visible.

La única mancha que tiene en su desempeño como diputado, reconocida por él mismo, tiempo después, fue haber votado a favor de la Ley de enseñanza religiosa (católica) obligatoria en las escuelas públicas. Justamente él, que fue toda su vida un ateo confeso. Esta ley le transfería un poder material e ideológico enorme a la Iglesia, la fortalecía como aparato ideológico del Estado. El Estado nacional le servía en bandeja las conciencias del grueso de la población, en especial la de las clases populares. La ley fue derogada por la Cámara de Diputados en mayo de 1955, en el marco del enfrentamiento entre el gobierno de Perón y la Iglesia Católica. Pocos meses antes de la derogación, el gobierno había sancionado las leyes de Divorcio Vincular y de Profilaxis, con gran escándalo para la Iglesia y la feligresía católica.

Años más tarde —precisamente el 8 de julio de 1964, durante el gobierno semidemocrático de Arturo Illia—, en una audiencia convocada por la Comisión de la Cámara de Diputados que investigaba los contratos petroleros firmados durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), tuvo lugar el siguiente intercambio:

Schaposnik: ¿Usted estuvo en contra de la enseñanza libre?

Cooke: Sí

Schaposnik: Consecuentemente con la posición de su época universitaria…

Cooke: En efecto, aunque esa línea sufrió una interrupción cuando en 1946 voté por la ley de enseñanza religiosa. Fue una decisión basada en las necesidades políticas que entonces tenían prioridad, pero siempre me quedó la duda de si había procedido en la mejor forma.[21]

Al margen de este “desliz”, el lenguaje, las citas, el universo de referencias a los que recurrió Cooke en sus intervenciones parlamentarias no eran habituales, ni en el peronismo ni el ámbito del Congreso; y, en buena medida, no eran habituales en el ámbito de la política argentina. Cooke desplegó un conjunto de recursos parlamentarios. Citaba autores diversos, incluyendo autores marxistas, hablaba de los explotadores, de las masas oprimidas, de las clases dominantes, de la formación de una conciencia pública nacional en materia económica, de oligarquías portuarias, de colonización cultural, de cifras históricas a descifrar, de paradigmas y de sofismas. No se cansó de denunciar al imperialismo, buscó exponer con claridad sus lógicas, sus efectos sobre un país periférico como la Argentina.

En casi todas sus intervenciones incorporó una narración histórica y un marco de referencia conceptual, en una Cámara de Diputados en la que, cabe la aclaración, había varios historiadores: Ernesto Palacio, Emilio Ravignani, Fernández de Monjardin, Gabriel del Mazo, para citar solo a los “profesionales”.

Cooke habló de Rosas, una y otra vez. También de Alberdi y de Alem. De Augusto César Sandino, de Yrigoyen, de Mariano Moreno, de José Gervasio Artigas y de Manuel Dorrego. Remitía a diversas teorías, ora con el objeto de criticarlas, ora para fundamentar sus propias posiciones. Citaba a Giambaptista

Vico y a Scalabrini Ortiz. En sus intervenciones no dejaba de lado al profesor de historia argentina, de historia económica mundial, de teoría política, de derecho constitucional. Al contrario, lo exponía entero, porque no hacía otra cosa que “profesar” los principios en los que creía.

Era consciente de su carácter atípico. Al final de una de sus más potentes intervenciones antiimperialistas dijo: “Recién ahora se dicen estas cosas en el parlamento argentino”. Optimista, atribuía la novedad al hecho de que “recién se está formando el clima” (Obras completas, Tomo I, p. 329). Vale agregar que después, muy pocas veces se dijeron cosas parecidas en el Parlamento argentino.

Pero además Cooke era un orador excepcional. Su expresión poseía una inusual cadencia. Se diferenciaba del estilo tan empalagoso como indigente en materia de ideas de la mayoría de los legisladores. Combinaba argumentos sólidos y punzante ironía, las convicciones y los ideales con la claridad expositiva. Sabía vapulear con la palabra, pero también con su actitud exuberante y romántica sin florituras, a veces arrogante. Su talento retórico lo tornaba imprescindible en la batalla verbal. E incluso, en el fragor de alguna polémica de elevado voltaje, no se privó de brabuconadas tales como desafiar a duelo a los diputados opositores como Arturo Frondizi, Oscar López Serrot o Manuel Sarmiento.

---

18 Gaude, Cristian Leonardo, El peronismo republicano. John William Cooke en el Parlamento Nacional, Buenos Aires, Universidad Nacional de General de General Sarmiento. Instituto de Desarrollo Humano. Licenciatura en Ciencias Políticas, 2014, p. 87.

19 Creemos que no es arbitrario afirmar que el 17 de octubre de 1945 fue un episodio más en la historia de las luchas populares en Argentina. Concretamente, un capítulo en el que la clase trabajadora apoyó a un líder carismático y nacionalista-burgués, en defensa de sus conquistas corporativas recientes y en oposición a un país que los marginaba social, política y culturalmente. En la

jornada del 17 de octubre de 1945, en Buenos Aires, Berisso, Ensenada, San Miguel de Tucumán, entre otras ciudades del país, se produjeron ataques a los símbolos que externalizaban relaciones de dominio y explotación: "iconoclasia laica", como la llaman algunos historiadores (Daniel James, por ejemplo), claras manifestaciones de irreverencia clasista, desde las patas en las fuentes a los corpiños a modo de estandarte; o las agresiones a todo objeto o persona que tuviese tufillo a liberal o a "cajetilla". Consideramos que una tarea indeclinable de estos tiempos consiste en alentar las reapropiaciones plebeyas y populares del 17 de octubre de 1945, básicamente aquellas que resalten su núcleo de enfrentamiento social y lo restituyan como acontecimiento histórico funcional a las luchas presentes y futuras. Se trata de devolverle el 17 de octubre de 1945 a la clase trabajadora y al pueblo, para lo cual es fundamental mostrar las derivaciones funestas y reaccionarias de los relatos oficializados.

20 Eduardo Luis Duhalde sostenía que Cooke era un "admirador temprano de Gramsci y Borges al mismo tiempo". Véase: Duhalde, Eduardo Luis: "Introducción". En: Cooke, John William, Obras completas, Tomo I, Op. cit., p. 10.

21 Cooke, John William, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, p. 85.

En el llano

Cuando no se está seguro de nada, lo mejor es crearse deberes a la manera de flotadores.

Julio Cortázar

En el marco de un movimiento donde primaba la verticalidad, la obsecuencia y la burocratización, donde los dirigentes tendían a ser cada vez más inmóviles, inseguros y dogmáticos, Cooke no fue elegido Convencional Constituyente en 1949 y no renovó su banca de diputado en el parlamento nacional. Paradójicamente, un año antes había presentado junto a Guardo uno de los proyectos de reforma más interesantes y había integrado la Comisión de Asuntos Constitucionales. El resto de su vida recordará esa circunstancia como un acto de suma injusticia. Tampoco aceptará dirigir el periódico Democracia porque, según diversos testimonios, no quería el destino de cortesano que Raúl Alejandro Apold[22] le tenía reservado. Varias versiones afirman que fue Eva Perón en persona la que le hizo el ofrecimiento para dirigir Democracia.

Otras figuras, que pueden considerarse la contracara exacta de Cooke en múltiples aspectos, comenzaron a incrementar su poder dentro del peronismo. Los más representativos: Raúl Mendé, Ministro de Asuntos Técnicos y Armando Méndez de San Martín, Ministro de Instrucción y Justicia. “Ministros adulones”, “raras mezclas de servilismo y prepotencia”, según el testimonio de quien fuera amigo y confesor de Eva Perón, el Padre Hernán Benítez.[23]

Mientras Cooke planteaba la necesidad de formar militantes críticos, responsables y autónomos, ampliando los marcos teóricos y conceptuales de referencia, Mendé creaba la Escuela Superior Peronista, cuyo objetivo principal, en los términos del propio fundador, era “ensañar a amar a Perón”.[24] También lanzaba la revista Mundo Peronista, una publicación panegírica en una categoría

rayana a lo obsceno. Encarcelado después de la caída de Perón, no tuvo pruritos a la hora de autopostularse para Ministro de Asuntos Técnicos del nuevo gobierno militar encabezado por el general Eduardo Lonardi. Por su parte, Méndez de San Martín, nublado en su obsecuencia, impulsaba el adoctrinamiento desde el Estado, alejado de cualquier idea concientizadora y liberadora de la educación.

Marginado del parlamento, desde espacios extra institucionales, Cooke alentará los esfuerzos por dotar al peronismo de un corpus ideológico coherente, de una “doctrina” sistemática.

Entonces, se volcará de lleno a sus clases de Economía Política y Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, al estudio de la historia argentina en el marco del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, del cual fue designado vicepresidente en 1954.

Pero no se desentendió del todo de la gestión. A instancias del gobierno, en diciembre de 1952, viajó a Viena para participar del Congreso Mundial de los Pueblos por la Paz, organizado por el Movimiento Internacional de los Partidarios de la Paz. Cooke fue el representante oficial del gobierno en una delegación compuesta básicamente por dirigentes e intelectuales del PCA (o de “compañeros de ruta” del PCA) entre los que se destaca Ernesto Giuidici, una figura relevante del Movimiento Por la Paz en Argentina, junto a los escritores María Rosa Oliver y Alfredo Varela.

Vale aclarar que Giudici fue, además, uno de los intelectuales más lúcidos con los que contó el PCA a lo largo de toda su historia. De sólida formación teórica, alejado del dogmatismo, Giúdici estaba marcado a fuego por los tópicos más radicales del movimiento de la Reforma Universitaria de 1918: el antiimperialismo, el latinoamericanismo. Tópicos que se verían reflejados en su libro Imperialismo inglés y liberación nacional de 1940 y que, en buena medida, no iban a estar en sintonía con la línea adoptada por el PCA en las décadas

posteriores, salvo en coyunturas muy particulares. Años más tarde, como veremos más arriba, Giúdici volverá a coincidir con Cooke en otros emprendimientos.[25]

Existe un dato que no podemos pasar por alto. El viaje de Cooke a Viena coincidió con un corto período de acercamiento del PCA al peronismo impulsado por el Secretario de Organización, Juan José Real, en momentos en que Codovilla (el hombre fuerte del PCA) se hallaba en la URSS. En el marco de este proceso, el PCA apoyó diversas iniciativas peronistas, entre otras, la de conformar un frente popular contra el golpismo, la oligarquía y el imperialismo. El "viraje" fue breve, Codovilla regresó a principios de 1953 y en una reunión del comité central ampliado del mes de febrero, Real fue expulsado.

Entre otras tareas, Cooke explicó en Viena la postura "tercerista" del peronismo.[26] En el Congreso estableció diversos contactos, especialmente con la delegación de China Popular. Evidentemente, Perón ya veía en Cooke una figura adecuada para los nexos con el mundo comunista, para profundizar las relaciones con la Unión Soviética. El interés de Cooke por los temas de política internacional se acentuó en estos años. Jean Paul Sartre también participó del Congreso y fue una de sus figuras más destacadas. Horacio González sostiene que Cooke tomó de Sartre; más específicamente, de la lectura que Sartre hace de Baudelaire, la idea del hecho maldito.[27] La célebre sentencia de Cooke que plantea que "el peronismo es el hecho maldito del país burgués" tiene fuentes sartreanas.

Lo principal en esos años de relativo ostracismo político es que Cooke se dedicó a darle cuerpo a un original proyecto político-periodístico a través de la revista De Frente.

Fundada y dirigida por Cooke, la revista De Frente apareció semanalmente y en forma ininterrumpida entre el 11 de marzo de 1954 y el 9 de enero de 1956, cuando fue prohibida por la Revolución Libertadora (Fusiladora). Fueron 95

números en total. Luego, en 1957, aparecieron dos más, con otro formato, otro contenido, en un contexto signado por la clandestinidad más absoluta y la abierta resistencia a la dictadura militar.

En su época "legal" la revista comenzó con 48 páginas, llegó a tener 52 y después del golpe del 1955, bajó a 32. En su tapa rezaba el slogan: "Testigo insobornable de la realidad mundial" y si bien los editoriales se caracterizaban por su tono marcadamente político, en sus páginas se trataban los temas más diversos. Entre otras secciones aparecían: 1) Política internacional. 2) Actualidad, donde se cubría la labor parlamentaria y también aparecían temas históricos que, a todas luces, eran "inactuales". 3) Mujer, una sección que no se apartaba de un modelo que oscilaba entre lo patriarcal y lo frívolo: modas, recetas y poesía, amor adolescente y cómo comportarse en la mesa. También el vértigo del strass, los tailleurs, los gorros medievales, los zorros, los encajes y las últimas noticias de Cocó Chanel. 4) Astrología, con sus típicos horóscopos y predicciones. 5) Enigmas, donde aparecen tratados temas del siguiente tenor: "El maleficio de Tutankamón", "El vudú", "¿Quién entregó el secreto atómico a Stalin?", "¿Son marcianos Yanquis o Rusos los platos voladores?", aunque también aparecen en esta sección temáticas y tratamientos menos bizarros como, por ejemplo, "Vida de Sandino" e "Interpretación del Encuentro entre San Martín y Bolívar". También figuraban secciones como "Lo bueno y lo malo en el éter", "Cine", "Teatro", etcétera.

De Frente era una publicación independiente del oficialismo, y como proyecto reflejaba la predisposición autónoma y el espíritu crítico de Cooke. Representaba, además, un paso en la consolidación de sus posiciones latinoamericanistas y antiimperialistas.

Una de las primeras notas editoriales de la revista afirmaba que el problema de América Latina no era un asunto de efemérides, sino que se trataba de un problema latente, motivo de lucha cotidiana, y agregaba que: "De Frente está al servicio de esa causa. Sus columnas reflejan los problemas, el sentir y el pensar de los países latinoamericanos. Somos profundamente argentinistas. Y, por eso,

americanistas”.[28] Más adelante, proponía una crítica al nacionalismo de derecha que también ejercía su influencia ideológica en el seno del peronismo:

Entendemos que un nacionalismo miope, que no ve más allá de las fronteras argentinas, es un nacionalismo cerril y aborigen, que no sirve a ninguna causa noble. Latinoamérica, continente económica y socialmente “sumergido”, solo podrá salir de su actual situación en la medida en que tome conciencia de la necesidad de unirse y actuar cohesivamente.[29]

Ahora bien, el latinoamericanismo y el antiimperialismo de De Frente, ergo, el de Cooke, se enmarcaban en ese momento en una concepción poli clasista o, si se prefiere, “burguesa”. El fervor nacionalista, el odio a los imperialistas y a los “cipayos” vernáculos, opacaban las contradicciones de clase. Desde De Frente, se denunciaban los intereses de la United Fruit en Guatemala y se condenaba la invasión norteamericana de 1954 que derrocó al presidente Jacobo Arbens, que venía implementando algunas políticas contrarias a los intereses de los Estados Unidos; políticas democráticas y defensoras de la soberanía. De hecho, se puede afirmar que la agresión norteamericana a Guatemala reforzó el sentimiento latinoamericanista y antiimperialista de Cooke y de otros militantes nacionalistas y peronistas.

Pero, por otro lado, con tono macartista, en la revista se hablaba de la “infiltración comunista en los gremios” y, con argumentos abiertamente antiintelectuales, se cuestionaba la presencia gremial de la izquierda blandiendo la figura del trabajador argentino como una pobre víctima de los enredos de la dialéctica y otras “abstracciones”, retomando por un lado la tradicional noción populista que considera al pueblo como víctima inocente de una sinrazón y, por el otro, la dicotomía filosóficamente derechista que contrapone realismo/abstracción revolucionaria.

En este aspecto, De Frente no se apartaba del tono que caracterizaba al discurso peronista oficial. Por ejemplo, en su Congreso de 1950, la CGT aprobó una

resolución que encomendaba a los sindicatos y al conjunto de la clase trabajadora la "eliminación" de todos los ámbitos de conducción "de los elementos comunistas francos o encubiertos", en razón de su "perniciosa influencia".[30]

Sin dudas, las posturas de la izquierda argentina, principalmente la del Partido Socialista Argentino (PSA) y la del Partido Comunista Argentino (PCA), eran cuestionables y, muchas veces, repudiables, dada su tendencia a la participación en los bloques políticos oligárquicos y/o pro-burgueses y por "deducir" el socialismo del desenvolvimiento de los principios liberales y democráticos, pero no precisamente desde el lugar que alimentaba el oscurantismo reaccionario.

Por esos años, Cooke adhería a la idea de la existencia de "dos imperialismos": el que hablaba de la civilización occidental y cristiana, y el que hablaba de la dictadura del proletariado. Equiparaba a los gerentes norteamericanos con los comisarios soviéticos.[31] Frente a "los imperialismos", sostenía que la alternativa eran los "movimientos nacionales liberadores", en los que, por supuesto, incluía al peronismo. Apelaba al sentido negativo del concepto de utopía (como lo inviable, lo imposible de realizar) para referirse al marxismo. En lo esencial, no se salía del discurso de la Tercera Posición. Incluso reivindicaba "el profundo anticomunismo"[32] del pueblo latinoamericano. Pocos días después del golpe de Estado, en unos de sus últimos números antes de ser prohibida, De Frente titulaba: "La persecución sin medida empuja a los obreros hacia el comunismo".[33]

Opiniones similares habían sido vertidas por Cooke en la Cámara de Diputados en las sesiones del 5 y el 6 de julio de 1951 durante el debate sobre la Ley Orgánica de Elecciones Nacionales.[34] En ese entonces preguntaba: "¿A dónde van a ir los obreros? ¿Al comunismo? Es decir, a la lucha de clases, a la conquista violenta del poder para establecer la dictadura del proletariado ejercida por la Vanguardia, o sea el Partido Comunista" (Obras completas, Tomo I, p. 413). Cooke desechaba esta alternativa porque consideraba que el comunismo, al igual que el capitalismo, afirmaba lo internacional sobre lo nacional.

Años antes, en 1947, también en la Cámara de Diputados, había planteado: “Si no queremos caer en la necesidad de llegar al Estado comunista o de llegar a otro tipo de Estado, de carácter totalitario, es preciso que nuestros sistemas económicos, sin llegar a la socialización, encuentren en sí mismos las formas que les permitan cumplir los fines sociales del Estado” (Obras completas, Tomo I, p. 147). Cooke se centraba en la defensa de la función social del Estado en el marco de una economía capitalista. En su proyecto de Reforma Constitucional de 1948, hablaba de humanizar al capital y de la necesidad de un acuerdo entre capital y trabajo. Una idea que terminará plasmada en la Constitución de 1949. Por aquellos años, todavía definía al peronismo como un partido de “integración nacional” que servía de instrumento político de los trabajadores para el logro de sus reivindicaciones.

Vale aclarar que en esta etapa de De Frente, Cooke intentó reafirmar la fe anticomunista pero buscando despegarse del discurso clásico del imperialismo aunque, como vimos, sin desprenderse del todo del énfasis macartista.

Ahora bien, en estas posiciones subyacía la percepción de que Nuestra América se encontraba ad portas de un proceso revolucionario. O sea, había una coincidencia de fondo respecto de la irreversibilidad de una revolución social. El asunto, para un sector del nacionalismo y del peronismo, consistía en ganarle de mano al comunismo, “hacerlo antes”, con estilo original, ajustándolo a la propia realidad. Una fórmula ambigua en exceso, que terminó conteniendo posturas contradictorias.

Desde fines de la década del 50, cuando se tornó imperiosa la necesidad de diferenciarse de las discursividades “occidentales y cristianas” promovidas por la Doctrina de la Seguridad Nacional, con inocultable arraigo en el seno del peronismo, Cooke propondrá una resignificación positiva del concepto de comunismo o comunista. En este nuevo contexto, en pleno clímax de la Guerra Fría, el anticomunismo se convertirá en el componente principal del discurso reaccionario y prooccidental. Las palabras cobraban otros sentidos y había que

ser muy cuidadosos a la hora de nominar.

Además, la Doctrina de la Seguridad Nacional adquirirá en la década del 60 un grado de elaboración más sofisticado y se convertirá en la ideología predominante en diversas instituciones, particularmente en las fuerzas de seguridad. Es más, esta doctrina inspirará todo un nuevo entramado institucional represivo. Por su parte, los medios de comunicación monopólicos contribuyeron a convertirla en el sentido común de una parte importante de la sociedad. Tampoco hay que olvidar que esta doctrina contaba con el soporte material (incluyendo lo relacionado específicamente con lo militar) de la principal potencia imperialista del planeta.

Cooke, ya instalado en Cuba, intentó arrojar un poco de luz sobre este asunto. En carta del 24 de julio de 1961 le dijo a Perón:

Cuando Ud. planteó en un documento, el dilema: o nosotros o los comunistas, cualquiera que no esté en la estratosfera entendió: o revolución social y liberación nacional dirigida por nosotros, o vendrán los comunistas a dar las soluciones. Pero extrañamente, sintomáticamente, los dirigentes tradujeron: “Para que no vengan los comunistas hay que dejarnos a nosotros que nos hagamos cargo de ellos”. “Entréguennos la manija, y los tesoros espirituales y materiales que tanto aman quedarán a salvo”. De una frase y un planteo revolucionario se convirtió en todo lo contrario (Obras completas, Tomo II, p. 490).

Como se puede apreciar, su posición de 1961 difiere notablemente de la que sostuvo pocos años antes.

Blandir el fantasma del comunismo, apelar a su amenaza permanente, era un gesto característico de Perón. El General solía presentarlo como un “mal

mayor", como la cifra de una revolución social, caótica y cruenta, evitable únicamente por los oficios contenedores del peronismo. La burocracia y los sectores más conservadores del peronismo reproducían este gesto. El contexto de la Guerra Fría ofrecía el escenario perfecto para estos ejercicios de manipulación espectral, para la concepción que consideraba que al enemigo se lo vencía a través de "demostraciones y maniobras", o la idea de "la fuerza suplantada por la figura, el hecho por la intención, el golpe y la batalla por la amenaza", como diría León Rozitchner.[35]

A comienzos de la década del 70, Perón apeló a las "avanzadas estratégicas", al comunismo y a los fantasmas "propios" agazapados en los sindicatos, las universidades y los suburbios.

En términos de Rozitchner, la avanzada estratégica "no es la manifestación de lo que Perón quiere expandir, sino que les está mostrando claramente lo que solo él puede contener". Lo que significa que Perón (y no tanto "el peronismo", como decía Rozitchner) jugó con las "'avanzadas' de su propio movimiento: con las 'organizaciones especiales', brazo armado del peronismo, [...] con Cooke, con el socialismo, con la violencia de la 'resistencia'".[36]

El problema, para Perón y para la derecha en general, era que esas avanzadas no tenían ningún carácter fantasmagórico. No eran meros espectros fácilmente manipulables. Eran manifestaciones bien reales y texturas reveladoras que expresaban una experiencia histórica de lucha de la clase trabajadora argentina. Esas manifestaciones y texturas no eran ajenas a la lógica de los conflictos sociales. Representaban cabalmente toda una época. Por eso, precisamente, Perón fracasó en el intento de contenerlas. Sin dudas, incluyó esas avanzadas en su juego político, pero él no las creó.

Volviendo al tema del Comunismo, Cooke, buscó demostrar que el local (el PCA, principalmente) había sido inconsecuente con sus ideales, es decir: que el comunismo no había sido verdaderamente comunista y que los sectores

combativos del movimiento peronista habían sido, en la práctica y espontáneamente, más revolucionarios. Cooke retomó, de esta manera, la vieja idea de Scalabrini Ortiz que planteaba que, en la Argentina, los comunistas "somos nosotros"; es decir, los nacionalistas y los antiimperialistas consecuentes.

Porque, además, Cooke marcó las diferencias del comunismo autóctono (en general el comunismo "efectivo" o "espontáneo" de Nuestra América y el Tercer Mundo) con el comunismo de la Unión Soviética y las denominadas "democracias socialistas". Y cargó las tintas en aspectos notables; por ejemplo, en el hecho de que "nuestro comunismo" sería indefectiblemente la expresión de movimientos de masa y no de cenáculos de intelectuales o de sectas copiadoras de recetas. Sería un comunismo (o un socialismo) connotado.

Creemos que lo que importa es el fondo de la autodefinición, más allá de los rótulos. Para Cooke ser comunista o socialista significó una opción política diametralmente opuesta a la de Perón. Fue una opción por la fuerza, los hechos, los golpes y las batallas. Por la resistencia, las retaguardias y el poder popular. Por el riesgo. Sin paternalismos, sin simulaciones, sin representaciones raquíticas, sin conciliaciones de clase, sin equilibrios sociales. Volveremos sobre este tópico más adelante, en reiteradas ocasiones.

Pero, indudablemente, en De Frente Cooke no supera las limitaciones de lo que generalmente se designa como "nacionalismo populista". No utilizamos aquí el concepto de populismo/populista en su versión teóricamente más andrajosa, es decir, la que lo considera un tipo de régimen político cuyo rasgo más notorio es su oposición a las lógicas institucionales (burguesas). Tampoco recurrimos a él como categoría analítica. Apelamos a su sentido más amplio, que remite a una herramienta organizacional "para sincronizar grupos de intereses divergentes", aplicado a los movimientos políticos que no se basan en una clase social específica y que "gozan del apoyo de la masa de la clase trabajadora y/o el campesinado, pero que no es resultado del poder organizacional autónomo de ninguno de estos sectores".[37]

Este sentido del concepto impone la siguiente pregunta: ¿cuál es el límite de las demandas sociales que puede representar una fuerza política popular sin diluir sus contenidos más radicales? El populismo, entonces, puede ser considerado como una estrategia para diluir los contenidos populares más radicales en una totalidad que los incluye pero que los subordina a través de significantes flexibles, laxos (más que "vacíos"). Se trata, lisa y llanamente, de una estrategia de "regulación" de la lucha de clases y, por lo tanto, de "polarización social" limitada y controlada. Primero, a través de la negación de los vasos comunicantes (y de las "contradicciones principales") que existen entre los campos en los que el populismo suele dividir a las sociedades. Luego, a través de la apelación a significantes aptos para la articulación interclasista y no intraclasista (a nivel de la clase trabajadora). Nos referimos a los vasos comunicantes fundados en la aceptación del sistema capitalista y en diversos aspectos de la institucionalidad y la lógica estatal burguesa.

Ernesto Laclau, en su libro La razón populista[38], desarrolla el tema de la constitución de lo político (en el populismo) por la lógica de la representación de un amplio arco de reivindicaciones de diversos sectores con predominio de uno de ellos y un antagonista externo. La cuestión central es qué sector predomina y si se incluyen o no en ese arco las reivindicaciones de algunas fracciones de la clase dominante, y si se garantiza o no la reproducción del conjunto de esta. En ese espacio se juega la diferencia entre lo popular y lo populista. Entonces, exceder el populismo es garantizar el contenido clasista (en sentido amplio, dando cuenta de la heterogeneidad del universo plebeyo y popular) de esa alianza, pero depurándola de contenidos procapitalistas y de "significantes burgueses".

De algún modo, creemos que este es el sentido que el mismo Cooke terminó asignándole al populismo, por ejemplo, en Peronismo y revolución, de 1966.

Pero el antiimperialismo de Cooke, reflejado en las páginas de De Frente, era todavía "atemperado". Era un antiimperialismo de "baja intensidad".

En el marco de estos lineamientos generales De Frente analizaba, entre otras cosas, la Ley de Radicación de Capitales Extranjeros. En una nota sin firma y con inocultables sonoridades que se adelantaban al desarrollismo, se puede leer lo siguiente:

La verdad es que los capitales no son ni buenos ni malos. Son sencilla y llanamente: ‘capital’. Vale decir, un elemento de la producción, necesario para que la riqueza colectiva rebase el ámbito de lo potencial para asumir formas tangibles y comprobables. El problema, pues, no reside en el capital en sí, sino en los intereses que exige para radicarse. Si este interés es meramente económico, la cuestión se reduce al análisis de la tasa exigida. Si el interés es político, el capital que lo exige deja de ser un instrumento de trabajo y desarrollo económico del país que lo acepta para transformarse en un vehículo de penetración que niega la independencia y la soberanía nacional, y por ende, los derechos económicos de la ciudadanía y del trabajo. El peligro o la ventaja, pues, de la radicación de capitales extranjeros en América, está en el interés que exigen. Si es un interés económico, su aceptación o rechazo debe fundarse en el análisis de las ventajas o desventajas económicas que devienen de su radicación. Si es un interés político, el rechazarlo es no solo mantener la independencia y la soberanía nacional, sino librar de hipotecas ilevantables el porvenir de la nacionalidad.[39]

En concreto, la posición de De Frente y de Cooke consideraba que el capital extranjero no constituía un problema si el Estado nacional conservaba el control de los principales dispositivos económicos y financieros. Otra clara postura desarrollista avant la lettre, por lo menos en su formulación. Por cierto, se trataba de una apuesta ingenua que no daba cuenta de la naturaleza del capitalismo en general y del capitalismo periférico en particular.

Inicialmente el peronismo no alentó las inversiones de capital extranjero en las ramas industriales, pero reconoció su peso específico en la estructura económica argentina y no se planteó la nacionalización de esas ramas. Casos como las

empresas alemanas nacionalizadas después de la Segunda Guerra Mundial fueron excepcionales. Según Eduardo Basualdo, “el objetivo prioritario era consolidar la burguesía nacional y buena parte de la oligarquía diversificada, por considerarla parte integrante de aquella”.[40] Basualdo considera que el peronismo, a través de medios e instrumentos diversos, puso fin a la matriz primario exportadora (aunque sin cuestionar la propiedad de la tierra), estatizó la infraestructura básica, modificó los “términos financieros” y los precios relativos entre industria y agro. Podemos agregar que el desarrollo económico y la prosperidad social que beneficiaba especialmente a las clases populares, sobre todo a la clase trabajadora, se sostenían en el ahorro interno y en el bienestar popular y no en un “derrame” que, en última instancia, siempre es acrecentador de las desigualdades. La estrategia de crecimiento fue “hacia adentro”, sobre todo durante el primer gobierno de Perón. No era poca cosa, en un país de la periferia capitalista, que venía de ser una factoría dependiente.

Basualdo añade un dato (en sentido estricto, una hipótesis) que vale tener presente de aquí en más. Dice: “En todo caso el ‘contenido oligárquico’ de la política peronista radica en el salto cualitativo que registró la oligarquía diversificada como fracción empresarial industrial, excluyendo al resto de la oligarquía, exclusiva o principalmente terrateniente”.[41]

En otro artículo de De Frente, también sin firma, que llevaba el sugerente título: “Obreros conscientes y capital manicurado”, se afirmaba que, en la Argentina, en la década del 40, se cumplieron los pasos previos para una industrialización a gran escala. Dice el artículo en cuestión:

Esta nueva etapa del desenvolvimiento nacional, según las bases logradas en los últimos años, deberá ser obra conjunta del capital y del trabajo. [...] El capital debe contar necesariamente con la colaboración del trabajo. [...] En cuanto al trabajo, su responsabilidad correrá pareja con sus aspiraciones. Así como la industrialización ensancha el mercado y la ampliación de este eleva automáticamente el “Standard” de vida colectivo, así también será el aporte del trabajo, el factor decisivo de la conquista. Tal vez resulte conveniente en este

caso que la parte obrera y los sindicatos reflexionen sobre las proyecciones de la transformación que se plantea. Las disputas de salarios por sí solas no resuelven ningún problema.[42]

Vemos claramente como De Frente proponía “cortarle las uñas al capital” o, en todo caso, limárselas (tanto al capital nacional como al capital extranjero). La regulación económica y la “humanización” del capital eran los ejes del proyecto “popular” a mediados de la década del 50. De Frente abogaba por una “economía social” y criticaba las versiones “crudas” e “insensibles” del capitalismo. En materia de expropiaciones, propugnaba una línea muy selectiva. Cooke todavía no rompía con la política basada en las posibilidades de una alianza entre capital y trabajo, colocaba las contradicciones de clase en segundo plano y las subordinaba a la contradicción Nación/Imperio o, mejor dicho: Estado-Nación/Imperio. Todavía no promovía una ruptura radical con los intereses y valores de la burguesía (la nacional, incluyendo la oligarquía diversificada, y también la transnacional).

De todos modos, su mirada sobre los asuntos económicos y sobre la problemática geopolítica de Nuestra América, pese a las limitaciones señaladas, se diferenciaba notoriamente de la del peronismo oficial, más provinciana, estrecha y oportunista. Además, De Frente se opuso a la firma de un precontrato de explotación petrolera con una empresa subsidiaria de la Standard Oil de California. Consideraba que sus términos lesionaban la soberanía nacional. Nuevamente Cooke ponía en evidencia su independencia de criterio respecto del gobierno peronista, en un tema por demás sensible. Pero corresponde aclarar que Cooke se opuso a los contratos petroleros firmados con la “California”, no precisamente con fundamentos económicos, políticos e ideológicos radicales. De hecho, Cooke se limitó a cuestionar los términos puntuales que conceptuaba como los más nocivos para la soberanía nacional. Entonces, la imagen de un Cooke que se opone a los contratos petroleros con fundamentos ideológicos cuasi socialistas remite a una extrapolación.

Desde las páginas de De Frente, Cooke realizó, también, las primeras críticas a

la burocracia política y sindical. En 1954, la revista identificaba una "peligrosa inclinación" en muchos dirigentes sindicales. Con regular insistencia, en diversas notas y artículos, dejaba en claro que el dirigente que ascendía iba descubriendo un nuevo mundo. La crítica inicial a la burocracia se limitaba al cuestionamiento de las pautas de consumo suntuario y ostentoso del dirigente. La fórmula era: Orion, Chesterfield, bote, lo que significa: un sombrero caro, cigarrillos importados y un auto lujoso o, por lo menos, de dimensiones considerables.

El trayecto del burócrata se equiparaba al de un personaje femenino de un conocido tango: "Estercita", la pebeta (muchacha) más linda de Chiclana que, encandilada por las luces del centro, se olvida rápidamente del barrio, de sus orígenes proletarios y abjura y reniega de sus antiguas relaciones, de la familia, de las amistades, de con quienes había compartido los padecimientos derivados de su origen social. La separación (escisión) del dirigente respecto de las bases y sus intereses era concebida superficialmente, más como una cuestión de hábitos (de malos hábitos) que como una cuestión ideológica.

De Frente denunciaba a la casta de "dirigentes que no dirigen" y agregaba que sus flaquezas y traiciones servían para allanar —otra vez— el camino a los comunistas. Más allá de la reiteración del tópico macartista, no dejaba de destacar que el perfil de los dirigentes sindicales peronistas tradicionales, burocratizados, contrastaba con el perfil de los sacrificados y, en el plano personal, honestísimos dirigentes comunistas. El burócrata se definía por su distancia, cuasi física más que ideológica, respecto de las bases. El burócrata era, ante todo, un sujeto ocioso, frívolo, malversador de una representación y de un ethos del trabajo en beneficio propio.

En este contexto, el propósito de Cooke de dotar al peronismo como totalidad de un corpus ideológico general, básico y relativamente coherente —pero todavía sin las profundizaciones, quiebres y recortes que ensayaría poco más tarde—, resultaba una empresa inviable; por diversos motivos, entre otros: Cooke no era parte de una elite política e intelectual con fuerza dentro del movimiento

peronista, sino más bien una rara avis, una expresión aislada y autónoma.[43]

Por otra parte, dicho proyecto generaba rechazos que expresaban posiciones de clase y, además, el principal locus de enunciación política del peronismo era el propio Perón, cuya preponderancia provenía de su capacidad de sintetizar contradicciones apelando a formulaciones vagas y ambiguas. Para sus fines políticos, la "Doctrina Justicialista" o las "Veinte verdades del peronismo", alcanzaban y sobraban. De haberse concretado tal objetivo, posiblemente no hubiera avanzado más allá de una ideología superficial y presuntuosa al estilo de la Alianza Popular Revolucionaria Latinoamericana (APRA) del Perú.[44] Un mero cambio de máscaras.

De todos modos, el antiimperialismo del joven Cooke constituía un elemento clave para comprender su posterior derrotero político ideológico, más allá de sus limitaciones iniciales, fundamentalmente la de colocar el eje en la articulación "externa" de la Nación dejando de lado el componente clasista interno. Al modificarse algunas condiciones históricas, la pervivencia de algunos fundamentos iniciales puso en evidencia la existencia de un campo propicio para plantear la necesaria articulación entre Nación y componente interno, entre nación y clases subalternas y oprimidas, entre Nación y socialismo.

La opción y la tarea que Cooke finalmente asumió, como veremos más adelante, fue la de darle cuerpo ideológico a un movimiento revolucionario radical, que pretendía integrar a una parte importante de la base popular del peronismo pero que lo excedía. Un cuerpo ideológico que ya no iba a estar basado en la articulación y en la síntesis de las contradicciones encarnadas en la figura de un caudillo carismático, sino en la "superación dialéctica" motorizada por la lucha de masas que buscará superar la etapa del "antiimperialismo práctico" iniciada por Perón. Cooke se enfrentará al clásico dilema de los nacionalismos populistas: superar los límites del propio programa o retroceder.

Algo de esto se preanuncia en los artículos que De Frente dedicó al suicidio de

Getulio Vargas, presidente de Brasil. El primero se tituló: “Segundo acto del drama” y fue publicado en el número 25, del 26 de agosto de 1954; el segundo, “Vargas muerto puede hacer la revolución que no hizo en vida” y fue publicado en el número 26, del 2 de septiembre de 1954; el tercero, “El ejemplo de Brasil”, publicado en el mismo número que el anterior. En este último hay sentencias lapidarias respecto de las limitaciones de los gobiernos nacionalistas-populistas. Afirmaba Cooke: “Con revoluciones superficiales no pueden remediarse problemas profundos”, o: “la transacción, el pacto con las fuerzas antirrevolucionarias, solo conduce al desastre”.[45]

Para él, el drama de Vargas mostraba que la conquista del gobierno no alcanzaba para resolver las cuestiones de fondo, que la única forma de combatir a “los poderes” era con el respaldo activo de la clase trabajadora, con la movilización popular. Cooke consideraba que el meollo de ese tipo de drama histórico radicaba en el hecho de que los anhelos revolucionarios de los pueblos no encontraran a los conductores que estuviesen a la altura de las circunstancias que presentaban las encrucijadas históricas. Aparecía aquí la maniobra que luego será característica de Cooke y que consiste en identificar situaciones de desfasaje y de falta de correspondencia, en señalar las desproporciones —un tema que trae de nuevo a Baudelaire— entre lo que “es” y lo que “puede ser”; siempre pensando el “poder ser” en función de los intereses populares. En la entrelínea, se puede percibir que, cuando De Frente/Cooke hablaban del Brasil de Vargas, estaban hablando, también, de la Argentina de Perón. Por cierto, Perón era admirador de Vargas, desde los tiempos del Estado Novo.

En ese sentido, es importante detenerse en el título del segundo artículo: “Vargas muerto puede hacer la revolución que no hizo en vida”. ¿Pensaba Cooke lo mismo respecto de Perón en 1954? ¿Lo pensó una década después, ya con Perón exiliado en Madrid?

Entonces, Cooke estaba anticipando una problemática que será el eje de su reflexión y su praxis política en los años venideros; en concreto, las limitaciones de los movimientos políticos de carácter nacional-burgués, las deficiencias

congénitas que les impedían llevar las tareas antiimperialistas hasta sus últimas consecuencias.

Comenzaba a percibir que, si bien estos movimientos podían llegar a producir alteraciones significativas en la dominación imperialista, estaban lejos de desplazar el eje de poder y de romper la conexión subordinada con el imperialismo y el capital transnacional. A pesar de los avances y logros que podían exhibir, en ningún caso el sistema económico interno llegó a adquirir la autonomía necesaria para autorreproducirse y, además, no se logró una disponibilidad independiente del orden estatal.

Desde el llano, lejos de los espacios de poder más expectantes, Cooke comenzó a erigirse en referente para una generación de militantes jóvenes que, entre otras cosas, cuestionaban diversos aspectos del peronismo, sobre todo después de la muerte de Eva: algunas de las políticas impulsadas por el Segundo Plan Quinquenal, el sentido del Congreso Nacional de la Productividad, las prácticas burocráticas del sindicalismo peronista tradicional. En forma paralela, estos y estas jóvenes comenzaban a identificarse con un nacionalismo y hasta un socialismo con contenidos revolucionarios. Por ejemplo, Agustín Tosco, en buena medida un representante de esta generación, sostenía:

Todos éramos peronistas en esa época, nuestro grupo tenía inclinaciones hacia el socialismo, el ejemplo de Argelia, la línea de Cooke en la escena nacional. Vivíamos el final del peronismo con las grandes huelgas de los metalúrgicos, de los ingenios azucareros, los contratos petroleros, que representaron un cambio en el viejo modelo peronista. Hay que recordar que la primera generación de peronistas, es decir, los afiliados más antiguos, eran los más agradecidos, pero los “chicos”, ya acostumbrados a los beneficios obtenidos, eran más revoltosos. Así surgió la generación del 53. Esa división generacional en nuestro gremio se producía paralelamente en la CGT nacional, donde si bien predominaba la tendencia ortodoxa, se advertía asimismo una línea rebelde bajo la influencia de Cooke, en forma de generaciones que entraban a los sindicatos en una etapa de crisis del modelo peronista inicial.[46]

Cooke recuperó protagonismo político a partir de los bombardeos a la Plaza de Mayo del 16 junio de 1955. Cuando los aviones de la Marina de Guerra, desde un cielo plomizo y cómplice, arrojaron varias toneladas de bombas sobre la población civil indefensa. Cuando las tropas de la Infantería de Marina descargaron sus ametralladoras, también sobre la Plaza de Mayo, generando desconcierto y pánico. En esa jornada, Cooke vacía tres cargadores de su pistola calibre 45 tirando sobre la posición de los marinos insurrectos.[47]

El intento golpista dejó un saldo de más de trescientos muertos y más de mil heridos. Y recubrió a la ciudad con una capa de silencio. Días más tarde, Perón le ofreció a Cooke el Ministerio de Asuntos Técnicos, el mismo que había ocupado el servil Mendé. Cooke rechazó el ofrecimiento; algo absolutamente lógico si se consideran las críticas de De Frente al perfil "tecnocrático" que había adquirido el gobierno peronista en su última etapa, en particular al equipo económico conducido por el ministro Alfredo Gómez Morales.

Años después, en 1964, Cooke se referirá a un artículo suyo en De Frente: "La ilustre cofradía de los técnicos" y recordará que hacia los años 1954 y 1955 supo imputarle al equipo económico de Perón el "aferrarse a criterios exclusivamente técnicos, despreciando palabras como 'soberanía', 'sentimientos populares', etcétera". Dejará bien sentada su posición respecto de la técnica y la política. "No hay decisiones técnicas, las decisiones son políticas; y el rol de los técnicos no es adoptar decisiones de política general. No se puede dejar en manos de técnicos las cuestiones políticas".[48]

Al desestimar el cargo que se le ofrecía, le decía a Perón que era tiempo de la política y no de la técnica. Sí aceptó de inmediato y sin titubear el cargo de Interventor del Partido Peronista de Capital Federal, que era una cáscara vacía, un sello de goma, un instrumento que había que reconstruir de cero y cuyas funciones debían reconsiderarse a la luz de la nueva situación política. Sus colaboradores más cercanos fueron César Marcos, Raúl Lagomarsino, Héctor Saavedra, Héctor Tristán (alias el Worker)[49], entre otros. También convocó a

Jauretche.

La revista Cara y Ceca entrevistó al flamante interventor partidario el 19 de agosto de 1955. “Con Cooke, el peronismo metropolitano parece haber adquirido juventud y ritmo revolucionarios. Es suficiente una breve visita a la sede de Riobamba 273 para comprobarlo”, dice el texto que introduce la entrevista. Luego Cooke hablaba de convocar a los más capaces política y moralmente, de conformar un partido con militantes sinceros y convencidos… “¡No queremos a nadie que no esté aquí por sus convicciones!” (Obras completas, Tomo IV, p. 80).

Perón percibió, en ese momento crítico, que no contaba con un aparato político con capacidad de movilizar, un aparato representativo de los sectores populares, ágil, eficaz, preparado para dar respuestas rápidas en una coyuntura histórica por demás complicada. Advirtió, tarde, que las mediaciones políticas del peronismo dejaban mucho que desear y que resultaban absolutamente ineficaces en esa coyuntura. El sindicalismo, por obra y gracia de una lealtad dogmática hacia Perón, estaba prácticamente paralizado. Por su alto grado de subordinación al Estado, se encontraba imposibilitado de tomar cualquier tipo de iniciativa. Cooke intentó revertir esta situación. Convocó a jóvenes, a trabajadores, a peronistas de base, pero el proceso de reorganización se vio interrumpido por el golpe de Estado.

El 31 de agosto, el peronismo convocó a un acto en apoyo al gobierno. Cooke estaba en el palco y fue uno de los oradores. En su alocución puso el énfasis en la movilización popular y alentó la iniciativa de las bases. Perón pronunció su célebre discurso del “cinco por uno”. Dijo:

A la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente [...] Hemos de reestablecer la tranquilidad, entre el gobierno, sus instituciones y el pueblo, por la acción del gobierno, sus instituciones y el pueblo mismo. La

consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, ¡caerán cinco de los de ellos![50]

En ese momento, Cooke estimó que las duras palabras de Perón estaban en sintonía con las suyas. Pero el General no acompañó esas palabras con las acciones correspondientes. Y, posiblemente, eran inviables dadas las características de las estructuras políticas y sindicales —y de la subjetividad colectiva— del peronismo en esa coyuntura. No estamos hablando de réplicas incendiarias, sino de auspiciar la organización autónoma de los trabajadores, de favorecer el desarrollo de fuentes no estatales del poder constituyente. Al decir de Julio Godio: “Solo Cooke intentó dar a su alocución un sentido movilizador, al tiempo que extendía el carácter de la conjura no solo a la oligarquía sino al conjunto de la gran burguesía argentina”.[51]

El 16 de septiembre de 1955, Cooke estaba reunido con otros dirigentes en un local del partido en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires. Portaba una ametralladora, pero no llegó a usarla. Su idea era que los trabajadores ocuparan las plazas y repartirles armas, crear milicias obreras, convocar a los jóvenes que habían pasado por el Servicio Militar: las cuatro clases de conscriptos dados de baja con anterioridad a 1955 que tenían una mínima experiencia militar. Perón, se opuso. Del mismo modo que se opuso, pocos años antes, a una sugerencia similar de Eva Perón, cuando se produjo el intento de golpe encabezado por el general Benjamín Menéndez.

El 19 de septiembre Perón renunció a la presidencia, no quiso pelear, se negó a movilizar. Negoció su salida con las Fuerzas Armadas. Abandonó. Y no se produjo ningún alzamiento espontáneo y masivo. La respuesta frente a esta situación fue la única posible: el desbande. Perón inició su periplo por Paraguay, Panamá, Caracas, República Dominicana, España… Y su exilio de 17 años. Casi dos años después, exiliado en Caracas, Perón le dirá al empresario Jorge Antonio a modo de autocrítica:

El pueblo argentino no difiere fundamentalmente de los demás pueblos; está formado por hombres y mujeres con las mismas virtudes y los mismos defectos y, en consecuencia, no le podemos pedir que esté formado de santos y héroes. Frente al ataque de la reacción y a la traición de las fuerzas armadas o su defección, se limitó a esperar. Es indudable que los dirigentes no tuvimos bien en claro lo que ocurría y en muchos casos no estuvimos a la altura de nuestra misión. Un pueblo sin dirigentes tarda en reaccionar. Los pueblos reaccionan por ideales inmediatamente o si no lo hacen después por desesperación.[52]

Uno de los jefes militares del Golpe, el general Eduardo Lonardi, se hizo cargo del gobierno. Representaba a sectores nacionalistas-católicos y antiliberales. Apelando al slogan “ni vencedores ni vencidos”, intentó una política de acuerdos con algunos actores del gobierno derrocado, básicamente con los sindicatos. Lonardi y sus aliados militares y civiles buscaron reformular la alianza peronista sin Perón, recomponiendo los vínculos con la Iglesia.

La actitud claudicante de la cúpula de la CGT se puso de manifiesto en el comunicado emitido el 24 de septiembre de 1955:

En momentos que ha cesado el fuego entre hermanos, por sobre todo se antepone la Patria; en consecuencia, la Confederación General del Trabajo se dirige una vez más a los trabajadores para significarles la necesidad de mantener la más absoluta calma y continuar sus tareas; cada trabajador debe permanecer en su puesto, por el camino de la armonía, para mostrar al mundo que el pueblo afianza la paz espiritual necesaria para promover la grandeza de la nación.[53]

Pero el proyecto de Lonardi no generó las adhesiones necesarias en las Fuerzas Armadas y entre los partidos políticos antiperonistas. La posición de Lonardi era por demás endeble y debió renunciar a la presidencia a menos de dos meses de asumir, el 13 de noviembre de 1955, desplazado por los sectores militares y civiles liberales que, con inocultables ansias revanchistas, llegaban con la firme determinación de borrar compulsivamente al peronismo de la memoria y la

conciencia colectiva.

---

22 Raúl Alejandro Apold fue director del noticiario de Argentina Sono Film (1946) y Director General de Difusión de la Secretaría de Informaciones de la Presidencia (1947-1948). Luego pasó a ocupar el cargo de Subsecretario de esa dependencia.

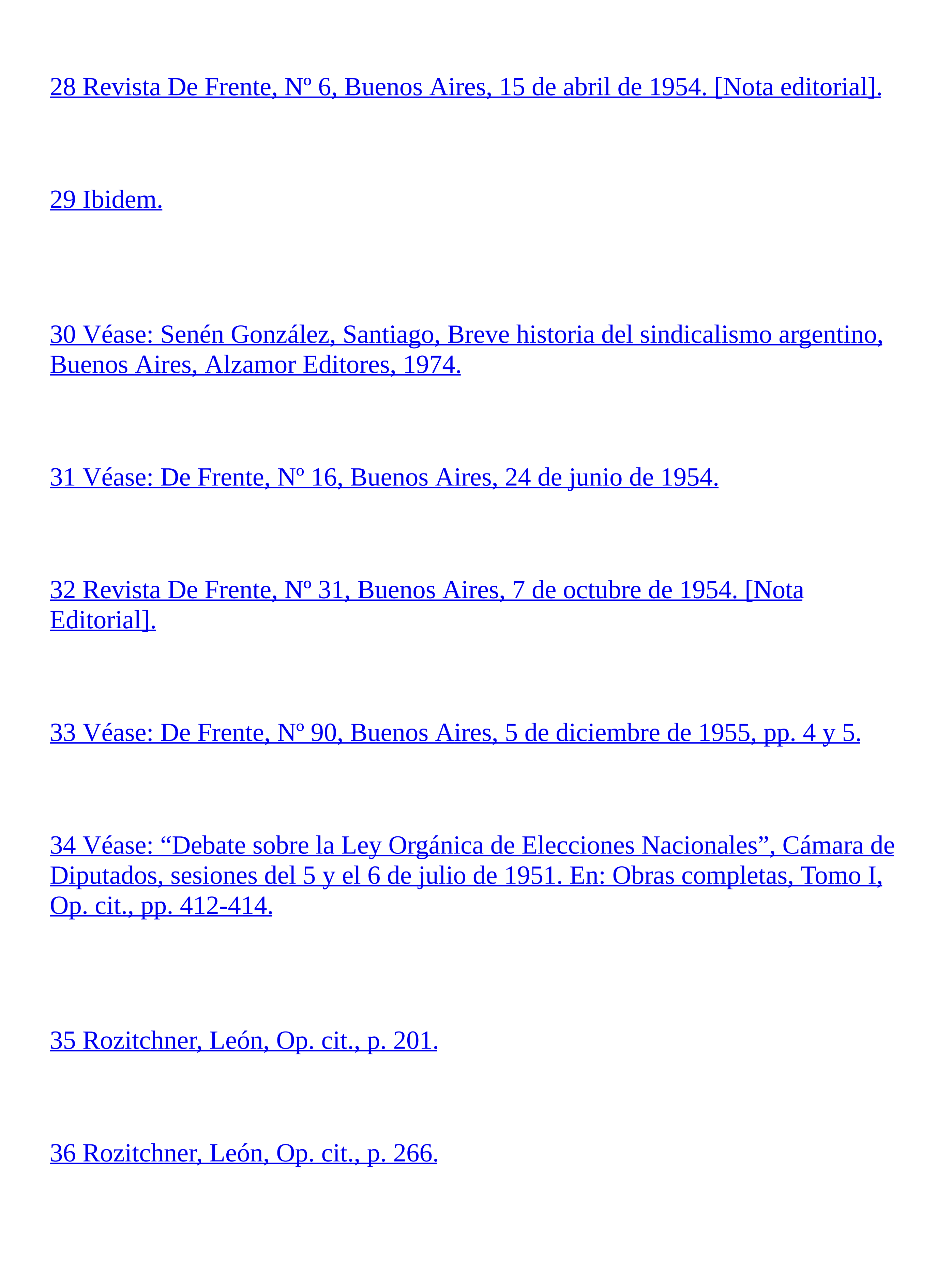
23 Véase: Cichero, Marta, Op. cit., p. 37.

24 Ibidem, p. 41.

25 Mucho más cerca de José Carlos Mariátegui que de Victorio Codovilla, lo más difícil de explicar es la permanencia de Giúdici en el PCA hasta el año 1973.

26 Véase: "J. Cooke, Frontini y Esquivel, delegados argentinos, proclamaron en Viena la pasión antiimperialista de nuestro pueblo y sus deseos de paz", Nuestra Palabra, 23 de diciembre de 1952. Citado por: Petra, Adriana, Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Doctorado en Historia. Tesis Doctoral, 2013, p. 210.

27 González, Horacio, "Presente de Cooke en la historia de las ideas argentina". Cuaderno de Cátedra Nº 1. Cátedra Libre John William Cooke, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario, 22 de septiembre de 2003, p. 27.



28 Revista De Frente, Nº 6, Buenos Aires, 15 de abril de 1954. [Nota editorial].

29 Ibidem.

30 Véase: Senén González, Santiago, Breve historia del sindicalismo argentino, Buenos Aires, Alzamor Editores, 1974.

31 Véase: De Frente, Nº 16, Buenos Aires, 24 de junio de 1954.

32 Revista De Frente, Nº 31, Buenos Aires, 7 de octubre de 1954. [Nota Editorial].

33 Véase: De Frente, Nº 90, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1955, pp. 4 y 5.

34 Véase: “Debate sobre la Ley Orgánica de Elecciones Nacionales”, Cámara de Diputados, sesiones del 5 y el 6 de julio de 1951. En: Obras completas, Tomo I, Op. cit., pp. 412-414.

35 Rozitchner, León, Op. cit., p. 201.

36 Rozitchner, León, Op. cit., p. 266.

37 Véase: Hoftadter, Richard, “Estados Unidos”. En: Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest (Compiladores), Populismo. Sus significados y características nacionales, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1970, p. 40.

38 Laclau, Ernesto, La razón populista, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

39 Revista De Frente, Nº 1, 11 de marzo de 1954, p. 7. No sabemos si el artículo es de Cooke, que tenía por costumbre no firmar sus artículos en De Frente.

40 Basualdo, Eduardo, Op. cit., p. 47.

41 Ibidem, p. 48.

42 Revista De Frente, Nº 7, Buenos Aires, 22 de abril de 1954, p. 37. Sección Economía.

43 El peronismo, a diferencia de lo que ocurrió, por ejemplo, con el nacionalismo populista en Bolivia (Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, entre otros), no contó con una elite intelectual sólida puesta a construir un relato político. En el caso de Bolivia, sectores de la pequeña burguesía urbana, criolla o mestiza, elaboran el imaginario del nacionalismo populista desde la década del 30. En este caso existe, además, un desarrollo previo de esta corriente, un importante nivel de inserción en instituciones o medios de comunicación. Cuando el nacionalismo populista adquiere peso político y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) llega al gobierno en la década del 50, estos intelectuales van a ser los principales funcionarios del gobierno.

44 La Alianza Popular Revolucionaria (APRA) fue fundada por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre en México en el año 1924. Inicialmente constituyó una amplia corriente de opinión continental que convocaba a la lucha antiimperialista y a la unidad latinoamericana. Asimismo, favorecía políticas económicas nacionalistas y la reforma agraria, además de la internacionalización del Canal de Panamá. En la década del veinte contó con la adhesión de los principales intelectuales y dirigentes antiimperialistas de América Latina (entre otros, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, etcétera), muchos se alejarán del APRA hacia el fin de la década, por su carácter "pequeño-burgués" y por las actitudes oportunistas de Haya de la Torre. En 1931 el APRA peruano se convirtió en un partido político convencional e inició una larga transición hacia posiciones cada vez más conservadoras y pro-occidentales.

45 Revista De Frente, N.º 26, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1954. [Nota editorial].

46 Funes, Susana y Jáuregui, Rubén, "Agustín Tosco, dirigente sindical revolucionario". En: Hechos y Protagonistas de las Luchas Obreras Argentinas, Año 1, N.º 6. Buenos Aires, 1984. Citado por: Licht, Silvia, Agustín Tosco y Susana Funes, Historia de una pasión militante. Acciones y resistencia del movimiento obrero (1955-1975), Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 25 y 26. Años más tarde Tosco dirá que después del golpe de 1955: "Junto con John William Cooke intentamos algunas formas de defensa concreta de las conquistas obreras, aunque no tuvimos éxito. La derrota estaba decidida de antemano". En: Amantea, Adriana; Lanot, Jorge y Sguiglia, Eduardo, Agustín Tosco, conducta de un dirigente obrero, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984. Citado por: Licht, Silvia, Op. cit., p. 28.

47 Véase; Galasso, Norberto, Op. cit., p. 44.

48 Se trata de la ya mencionada audiencia del 8 de julio de 1964, convocada por la Comisión de la Cámara de Diputados que investigaba los contratos petroleros. En: Cooke, John William, Peronismo e integración, Op. cit., p. 22.

49 Muchos hombres cercanos a Cooke han ejercido funciones análogas a la de un secretario. Tanto a Adolfo Cavalli, a su hermano Jorge, a Leopoldo López Forastier o a Santiago Sarrabayrouse se les ha adjudicado la función de secretarios de Cooke. Héctor Tristán fue mucho más que eso. Es muy probable que Cooke identificara en él una síntesis ideal: un compañero trabajador, sólido desde el punto de vista ideológico, político y ético. Una síntesis que percibirá luego en hombres como Aparicio Suárez, Domingo Blajakis o Raimundo Villaflor.

50 Perón, Juan Domingo: "Cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos", [discurso pronunciado desde los balcones de la Casa Rosada el 31 de agosto de 1955]. En: El pensamiento del peronismo, Buenos Aires, El Ateneo, 2010, p. 113

51 Godio, Julio, La caída de Perón, Tomo II, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 150.

52 Carta de Juan Domingo Perón a Jorge Antonio. Caracas, 23 de mayo de 1957. En: Antonio, Jorge, ¿…Y ahora qué?, Buenos Aires, Ediciones Verum et milita, 1966, pp. 336-352.

53 Véase: Comunicado de la CGT del 24 de septiembre de 1955. Tomado de: Gasió, Guillermo (Investigación. Diálogos. Edición con la colaboración de Camila Charvay), Miguel Gazzera: Memorias de las 62 organizaciones peronistas (1957-1974), Buenos Aires, mimeo, s/f, p. 10.

El golpe de 1955

y sus consecuencias

Llegamos con el Bebe a Santa Fe y Junín y vimos que en los balcones la gente brindaba con Champán y súbitamente Buenos Aires pasó a ser una ciudad extranjera. El cielo entero se nos vino encima.

César Marcos

El golpe de Estado de 1955, sobre todo a partir del mes de noviembre y del reemplazo del general Lonardi por el general Pedro Eugenio Aramburu, asumió como uno de sus principales objetivos la "desperonización" de la Argentina y la destrucción del poder de las organizaciones sindicales. Propiciaba, además, un retorno a la institucionalidad previa al decenio peronista y un acercamiento estrecho al Bloque Occidental.

La clase obrera, que se había expresado mayoritariamente a través del peronismo, perdió repentinamente toda posibilidad de representación institucional y quedó marginada de la maquinaria estatal.

Entre otras perspectivas posibles, el antiperonismo puede verse como la forma ideológica y política que asumió una ofensiva antiobrera que le permitió a distintos sectores patronales obtener el consenso en las capas medias y en los partidos tradicionales. Este carácter de "reacción burguesa" asumido por la Revolución Libertadora (Fusiladora), que llevó a Cooke a describirla como un "festín de la revancha oligárquica", tuvo varias e importantes consecuencias para el peronismo. En primer lugar, a partir de 1955, en el peronismo en general —y en Cooke en particular— se fue consolidando una "visión clasista del enemigo". Las nuevas condiciones contribuyeron a que las oposiciones políticas se

representaran como oposiciones sociales, de clase.

La moción cookista que subsumía la lucha de clases en la antinomia peronismo-antiperonismo tuvo visos de verdad durante el período posterior al Golpe de 1955. Y consideramos que es sumamente difícil refutar su importancia como "vivencia" de una parte grande de la clase trabajadora argentina. Pero es inexacta para otros períodos históricos, anteriores y posteriores. Además se contradice con la interpretación, también cookista aunque posterior, del peronismo como un ámbito más de la lucha de clases. Esto es, el reconocimiento de la lucha de clases al interior del peronismo.

Por otra parte, la dura represión desatada por la dictadura militar, junto a las formas de opacidad social promovidas, alteraron en las bases y en algunos dirigentes del peronismo la clásica concepción del Estado como árbitro. El peronismo como movimiento político se había estructurado desde el Estado (más allá de los "hechos de masas" que influyeron en ese proceso constitutivo, por ejemplo, el 17 de octubre de 1945) y la clase trabajadora mantuvo estrechos vínculos —de subordinación, en líneas generales— con este durante más de diez años. La Revolución Libertadora (Fusiladora), brutal y despiadada, junto con la displicencia hegemónica de las clases dominantes argentinas, contribuyeron decididamente a que el Estado dejara de ser concebido como el democrático y acogedor locus en el que una pluralidad de grupos con intereses diversos ejercía lícitamente sus presiones y en donde la clase trabajadora contaba con las prerrogativas del amparo oficial (que, claro está, no es lo mismo que el poder).

El Estado ratificaba ahora, principalmente a través de sus facetas represivas, su condición de instrumento, estructura y relación tendiente a reproducir la hegemonía de la clase dominante y su sistema de explotación. Este cambio en la forma específica, en los roles y en la percepción del Estado —por supuesto, nada había cambiado respecto de su forma más general y su naturaleza más profunda — a partir de un cambio en las relaciones de fuerza, implicaba reconocer, por lo menos para un sector muy activo del peronismo, que el ciclo de la conciliación de clases estaba agotado y que ahora la clase trabajadora debía organizarse

“desde abajo”.[54] El “despotismo estatal” de la Revolución Libertadora (Fusiladora) no era otra cosa que uno de los requisitos necesarios para la recomposición del “despotismo de fábrica”.

Ricardo Sidicaro sostiene que, a partir de 1955, “se clausuró un período en la historia del Estado y si bien sus funciones y estructuras institucionales no registraron mayores cambios, sus orientaciones políticas perdieron la dirección y la estabilidad de la década peronista”.[55]

Por su parte, Ernesto Salas afirma que en este período, que para él concluye en el año 1960, se desarrolla una “intensa democracia de base popular, cuyo centro fue la experiencia cotidiana en las fábricas y los comandos clandestinos de la llamada Resistencia Peronista”.[56]

Es lógico que una resistencia colectiva genere algún tipo de democracia no formal, de práctica horizontal y confederada. Porque la resistencia es, por definición, una experiencia descentralizada y localista. La unicidad es ímproba y las formas centralistas y verticales se tornan ineficaces. La cifra de toda resistencia es la voluntad y todo lo que de ella se deriva, por ejemplo el riesgo (la sangre); o la duración (el tiempo). Perón sabía de esto último.

La Resistencia Peronista fue, en buena medida, una respuesta clasista espontánea y, más allá de las luchas específicamente obreras, más allá de la infinidad de acciones moleculares (directas, espontáneas, violentas e individuales), más allá del “elogio del método” (que colocaba a la ideología en un plano secundario), más allá de la “mística del caño”[57], debe analizarse como un período de profundo debate ideológico y político en ámbitos de la clase trabajadora y el pueblo en general. No es casual la importancia que adquiere la palabra escrita, bajo la forma de correspondencia. La Correspondencia Perón-Cooke es solo una muestra de ese universo político-postal. En una carta sin fecha (probablemente de julio de 1957) Cooke le dijo a Perón: “Su escritura tiene un poder mágico” (Obras completas, Tomo II, p. 217).

La Resistencia Peronista posee una dimensión literaria, textual, caligráfica, muchas veces omitida en los testimonios de sus protagonistas y en las lecturas más convencionales, que tienden a considerarla como un momento de "acción pura" no atravesada por la ideología (y la palabra). A esta dimensión se le suma otra usualmente reconocida: la clandestinidad. Por eso las claves secretas, la proliferación de textos apócrifos, la búsqueda de medios alternativos a los caligráficos para la reproducción de la palabra (mimeografía, reproducción fotostática), el desarrollo de la criptografía y el "misterio" (en el sentido teológico, sobrenatural) de las letras. Una auténtica gnosis plebeya. Por eso Perón sugería emplear tinta "simpática", más conocida como tinta-limón.

Entre otras cuestiones, lo que podemos detectar en esos debates es una percepción de la insuficiencia de la "organización", la "doctrina" y la "mística" que para Perón ya habían logrado sus formas acabadas y que, consideraba, eran el legado más importante que le había hecho al pueblo. Con Perón alejado del país, la clase trabajadora y el conjunto de las clases populares comienzan a discutir cómo administrar esa herencia, cuáles eran sus sentidos posibles, para qué servía esa herencia (cuáles eran sus alcances).

Pero la Resistencia Peronista también posee una dimensión oral, por ejemplo "el boca en boca"; una dimensión gestual y, finalmente, una dimensión radiofónica. En los años 1957 y 1958 se multiplicaron las radios clandestinas de onda corta. La más celebre, sin lugar a dudas, fue la Radio Justicialista, operada por Aparicio Suárez. Este era un suboficial que participó en la toma del Regimiento 3 de Infantería durante el alzamiento del 9 de junio y logró escapar a los fusilamientos. Después de desarrollar diversas tareas en el contexto de la Resistencia Peronista, murió, ciego y enfermo, preso en la cárcel de Devoto. Cooke lo consideraba un verdadero héroe del pueblo y, años más tarde, le dedicó sus Apuntes para la militancia.

La Resistencia Peronista como experiencia colectiva contribuyó decididamente a que una franja no poco importante de la clase trabajadora argentina se deslastrara

de la artificialidad de los encuadramientos verticales y se reencontrara con su potentia. Y se volvió cada vez menos encuadrable en el sentido militar o eclesial.

Del mismo modo, los diversos relatos sobre la Resistencia Peronista resaltan, con razón, la espontaneidad inicial de las acciones, el estado de insurrección popular. Pero no deberíamos pasar por alto una dimensión organizativa, relacionada con la búsqueda, desde abajo (e inevitablemente fragmentada), de los formatos y los procedimientos más adecuados para la nueva coyuntura. Sin ir más lejos, valen como ejemplo la proliferación de Comandos, de grupos, la primera organización de la Juventud Peronista, entre otros.

El nacionalismo "populista" y el antiimperialismo, aclimatados a la Resistencia Peronista y resignificados por ella, permitieron que Cooke arribara a una encrucijada. El camino elegido lo conducirá al nacionalismo revolucionario que, a su vez, será el emplazamiento principal sobre el que se fundará su idea socialista y revolucionaria.

En ese sentido, hacia 1972, Alicia Eguren en su "Prólogo" a la primera edición de la Correspondencia Perón-Cooke, escribió:

Cooke concebía el naciente movimiento de la resistencia, no como un espantadero para lograr la libertad de los jerarcas y el restablecimiento de la democracia burguesa, sino como el inicio de la lucha revolucionaria de las masas bajo el signo mayoritariamente peronista del justicialismo que acababa de fracasar en el poder y que avanzaba hacia el socialismo que, de manera intuitiva, asumían las masas… (Obras completas, Tomo II, p. 16).

El contexto de la Resistencia Peronista también condicionó los debates en el seno de la izquierda tradicional, concretamente en el PSA y el PCA. En los años posteriores a la caída del peronismo, se inició para esta izquierda una etapa

signada por la crisis política e ideológica que llevó a una profunda autocrítica a partir de la cual, por lo menos una parte de la misma, asumió que la matriz liberal compartida con las clases dominantes y los frentes políticos burgueses constituía un lastre histórico que explicaba los errores cometidos y la incapacidad de generar vínculos orgánicos con los trabajadores, con las clases subalternas y oprimidas. Un lastre que había que erradicar definitivamente para llegar a ser alguna vez una “izquierda revolucionaria”. Este antiliberalismo fue delineando un marco mucho más favorable para el encuentro con el peronismo que aparecía, y en alguna medida era, lo más parecido a una antítesis de la Argentina liberal.

Desde el punto de vista ideológico, la ambigüedad característica del discurso peronista oficial comenzó a reflejar la existencia de fuerzas internas antagónicas en el seno del Movimiento. Comenzó a perder su capacidad articulatoria de antagonismos sociales irreductibles. Por un tiempo, Cooke vio en esa capacidad un signo de cohesión ideológica del peronismo y una fortaleza. Luego de la experiencia de la Resistencia Peronista, solo verá un terrible vacío. Entonces, queda claro que, si hablamos de un proceso de radicalización política e ideológica en Cooke, en un sector de la dirigencia política y sindical y en las propias bases del peronismo, la Revolución Libertadora (Fusiladora) por un lado, y la democracia de base en las fábricas y los comandos clandestinos por el otro, deben ser considerados como punto de partida ineludible.

Algunos años más tarde, en 1964, Regis Debray, que por entonces era uno de los principales teóricos del castrismo y la Revolución Cubana, veía el proceso que se venía dando en el peronismo del siguiente modo:

La definición de clase del peronismo se ha visto retardada. [...] pero finalmente ha terminado por aparecer a pesar de Perón: en general la burguesía industrial no quiere saber nada con él y el proletariado argentino continúa esperando su regreso. Pero debido a todas las traiciones de la “burocracia sindical” de la C.G.T., principal fuerza de acción del peronismo, la idea de los procedimientos insurreccionales toma cada vez más fuerza en su base, en los sindicatos y

principalmente en la juventud obrera peronista que ha vivido su propia experiencia política sin Perón después de 1955 (golpe de Estado peronista de 1956 y 1960, terrorismo, Uturuncos, torturas, asesinatos, encarcelamientos, represión continua desde 1955, huelga insurreccional 'Lisandro de la Torre' en 1959, etcétera) pero con Cuba como referencia y punto de comparación...[58]

A modo de síntesis sobre el ciclo histórico que inaugura el golpe de 1955, podemos decir que, en las décadas siguientes, los sectores sociales y políticos que conformaron la alianza antiperonista y derrocaron al gobierno de Perón, fracasarán rotundamente en la construcción de un consenso alternativo. Serán incapaces de integrar a aquellas franjas de la clase trabajadora y de los sectores populares que habían obtenido alguna cuota de protagonismo durante el período 1945-1955. El corolario fue una situación de inestabilidad y crisis ininterrumpidas. Y de sistemática violencia estatal e institucional.

Las Fuerzas Armadas, inicialmente, intentaron jugar un rol "arbitral", desde las bambalinas, sin ocupar el centro de la escena política. Así fue entre 1955 y 1966; durante la dictadura de la Revolución Libertadora (Fusiladora) con Eduardo Lonardi (1955) y Pedro Eugenio Aramburu (1955-1958), durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), en el interregno de José María Guido (1962-1963) y durante el gobierno de Arturo Illia (1963-1966). Ese rol, y el proceso de politización que inevitablemente entrañaba, y las diversas posturas frente a la "cuestión peronista" terminaron deteriorando el principio de verticalidad y quebrando la cadena de mandos. En septiembre 1962 y en abril de 1963 se produjeron enfrentamientos al interior de las Fuerzas Armadas. Por un lado los "azules", por el otro los "colorados". Los primeros, profesionalistas, legalistas e institucionalistas, buscaban una integración "controlada" del peronismo a la vida política argentina. Los segundos, más proclives a los regímenes de fuerza, expresaban un antiperonismo visceral.

Cooke en la "Conferencia en Córdoba: Universidad y país", del 4 de diciembre de 1964, dijo que "la diferencia entre un militar colorado y un miliar azul consiste en que el colorado es un cipayo y un verdugo las veinticuatro horas del

día y todos los días, mientras que el azul es un cipayo y un verdugo solamente cuando hacía falta” (Obras completas, Tomo III, p. 152). Finalmente, después de algunas escaramuzas que no llegaron a ser combates abiertos, se impuso el bando azul.

La Doctrina de la Seguridad Nacional, con su planteo central de la guerra contrarrevolucionaria anticomunista, terminó de cohesionar a las Fuerzas Armadas. Le asignó nuevos y trascendentales roles: la “misión de salvaguardar el estilo de vida occidental y cristiano”, nada más y nada menos. Suministró una ideología, una estrategia y nuevas tácticas. Delineó un enemigo: el enemigo interno. En 1963 la editorial Pleamar publicaba el libro del general Osiris Villegas, Guerra revolucionaria comunista.

Luego, a partir del golpe de 1966, las Fuerzas Armadas asumirán un rol protagónico y buscarán imponer por la fuerza un proyecto de dominación estable, un modelo económico favorable a los intereses de los sectores más concentrados de la burguesía transnacional, un cambio en las estructuras materiales, sociales y culturales del país. La respuesta popular tornó inviable este proyecto.

---

54 Véase: Gil, Germán Roberto, La izquierda peronista (1955-1974), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989, especialmente las páginas 14, 21, 22 y 26.

55 Sidicaro, Ricardo, La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001), Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001, p. 31.

56 Salas, Ernesto, “Cuando John William Cooke fue acusado de traicionar la

revolución”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 28.

57 El término “caño” se utilizaba para designar a un tipo de explosivo artesanal confeccionado, por lo general con un caño de metal con tapas enroscadas en sus extremos.

58 Drebray, Regis: “El castrismo: la gran marcha de América latina”. En: revista Pasado y Presente, Año 2, Nº 7-8, Córdoba, octubre de 1964-marzo de 1965, p. 157.

Cooke delegado de Perón:

un ejercicio imposible

Fue, de momento, un estudio. Escribí silencios, noches; anoté lo inexpresable. Fijé vértigos.

Arthur Rimbaud

Poco después del golpe de 1955, César Marcos, Raúl Lagomarsino y otros militantes y dirigentes peronistas crearon el Comando Nacional Peronista. Cooke se incorporó de manera casi inmediata. El Comando era un aparato político destinado a coordinar las luchas contra la dictadura militar en el marco de la proscripción, la represión y la clandestinidad. Pretendía unificar y conducir a las distintas fuerzas peronistas que, por cuenta propia y con absoluta escasez de recursos, se lanzaron a la lucha contra la dictadura y por el retorno de Perón. Mientras que sectores de la burocracia sindical y política del peronismo trataban de acomodarse a la nueva situación sin ruborizarse y muchos ex obsecuentes se esforzaban por lavar su pasado peronista, el Comando era el ámbito de las personas más "leales", de quienes habían llegado al peronismo por convicción, sin oportunismos de ninguna especie.

Marcos se refirió al impacto del golpe del 1955 y al "espíritu" de los Comandos y de la Resistencia Peronista en general:

El mundo que conocíamos, el mundo cotidiano, cambió por completo. La gente, los hechos, el trabajo, las calles, los diarios, el aire, el sol, la vida se dio vuelta. De repente entramos en un mundo de pesadilla en el que el peronismo no existía [...]

Unos cuantos locos sueltos comenzamos a escribir en las paredes y a llenar los mingitorios de grafitos, con un logotipo tan fascinante y poderoso como el perfil del pez de los primitivos cristianos:



¡Las cocinas que hemos conocido! Alegres, limpitas, con su heladera en un rincón, la mesa con el hule… Y el mate o una cervecita helada… los verdaderos fortines del Movimiento Peronista. Allí nos reuníamos, en el ámbito mimético de las cocinas, donde todos son iguales y se confunden, donde nadie llama la atención.[59]

Cooke se convirtió en uno de los hombres más buscados por el gobierno militar, que lo consideraba un importante "jerarca del régimen depuesto". Su amigo, el historiador revisionista José María Rosa, le ofreció refugio en su departamento de la calle Cangallo 2269, en el centro de la ciudad de Buenos Aires, hasta que una delación permitió que la policía lo detuviera un 20 de octubre de 1955. Cooke y también Rosa, por encubridor, terminaron presos en la cárcel de la Avenida Las Heras.

Cooke fue acusado de enriquecimiento ilícito por una comisión que investigaba el patrimonio de los ex legisladores peronistas y por participar en la quema de las iglesias el 16 de junio de 1955. Pero él no poseía más bienes que su departamento y sus libros; no tenía otros ingresos más que los que obtenía como docente y periodista y, desde De Frente, había criticado con dureza la quema de las iglesias. También se lo acusó, como a tantos, de traición a la patria y asociación ilícita.

Como vimos, el 13 de noviembre el general Lonardi fue desplazado del poder por el ala ultraliberal y más antiperonista de las Fuerzas Armadas. El general Aramburu ocupó la presidencia de la Nación mientras el contralmirante Isaac F. Rojas conservó su cargo de vicepresidente. Dos días antes, el 11 de noviembre, se había puesto en funcionamiento la Junta Consultiva que había sido creada el 28 de octubre. Presidida y controlada por Rojas, e integrada por representantes de los partidos políticos partícipes del golpe[60], la Junta Consultiva pretendía erigirse en un remedo de poder legislativo, una especie de organismo de contralor político que le otorgaba al régimen cierto barniz institucional. Por cierto, su constitución no hizo más que acelerar el desplazamiento de los

sectores nacionalistas católicos encabezados por Lonardi.

Ya con el tándem Aramburu-Rojas en el poder, se derogó la Constitución de 1949 y se disolvió la Fundación Eva Perón y el Partido Peronista. Los miembros de este último fueron inhabilitados para ejercer la función pública y las representaciones sindicales. La Confederación General del Trabajo (CGT) fue intervenida por decreto y la dictadura colocó a un marino, el capitán de navío Alberto Patrón Laplacette, al frente de la misma. Los comandos civiles de la Revolución Libertadora (Fusiladora) ganaron la calle, tomaron los sindicatos a punta de pistola. Américo Ghioldi, dirigente del PSA, sentenció: “Se acabó la leche de la clemencia”.

También se disolvieron las comisiones internas de fábrica y los ex funcionarios y los dirigentes políticos y gremiales, los delegados y militantes de base vinculados con el gobierno peronista se convirtieron en objeto de intensas persecuciones. Se dictó el decreto 4161, un engendro jurídico aberrante que prohibía nombrar a Juan Domingo Perón y a Eva Perón y hacer referencia o exhibir de simbología asociada al peronismo, fotos, retratos, imágenes. El decreto establecía lo siguiente:

Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronistas, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones “peronismo”, “peronista”, “justicialismo”, “justicialista”, “tercera posición”, la abreviatura “P.P.”, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales o fragmentos de las mismas denominadas “Marcha de los muchachos peronistas” y “Evita capitana”, la obra o fragmentos de la misma “La razón de mi vida”, los discursos o fragmentos del presidente depuesto y su esposa, etcétera.[61]

El decreto, en su afán delirante de inculcar el olvido colectivo del peronismo por medio de la violencia simbólica y en su firme propósito de establecer la muerte

civil de un conjunto extenso de dirigentes políticos y sociales, apelaba a un fetichismo extemporáneo: un fetichismo jurídico premoderno, libre de las "sutilezas metafísicas" y las "argucias teológicas" del fetichismo jurídico moderno (Marx dixit). Al mismo tiempo, ponía de manifiesto una opción por las formas del pensamiento mágico. Este decreto hallará continuidad, y en 1963 se "complementará" con el 2.713 que castigaba el "elogio" al peronismo.

De forma paralela, proliferaron las comisiones investigadoras. Se crearon más de cincuenta. Poco ajustadas al derecho, las comisiones obligaban a los acusados a demostrar su inocencia. Eran culpables hasta que se demostrara su inocencia.

En enero de 1956, Cooke fue trasladado al penal de Ushuaia, "la Siberia argentina", también llamado el "Alcatraz argentino" o el "Sing Sing argentino", reabierto por la Revolución Libertadora (Fusiladora).

Allí padeció condiciones de encierro muy duras, pero pasó buena parte del tiempo escribiendo en su celda: instrucciones, planes, cartas, etcétera. Lo más importante: se las ingenió para mantener contactos con el mundo exterior, especialmente con aquellos espacios que se enfrentaban a la dictadura militar.

En mayo volvió a ser trasladado. Su nuevo destino fue la Unidad 2, el penal ubicado en la intersección de la Avenida Caseros y la calle Pichincha, en la ciudad de Buenos Aires. Cooke se encontró allí con Esteban Rey, Antonio Cafiero, Augusto Vandor, Miguel Gazzera, entre otros dirigentes políticos y sindicales. Este último, histórico dirigente del gremio de los obreros fideeros, entrevistado años más tarde por Guillermo Gasió, recordaba:

Con ironía, yo le decía a Cooke "¡Aquí hay peronistas para todos los gustos!". Era una cárcel grande. Allí estaba Alejandro Leloir que había sido Secretario General del Partido, (José Emilio) Visca, (Antonio) Cafiero, Amado Olmos,

(Andrés) Framini y varios metalúrgicos. No recuerdo situaciones tensas, pero eran posiciones muy distintas. A pesar de eso, se hicieron todos muy amigos en la cárcel.

Visca y Cooke eran el día y la noche. Visca, un facho de aquellos, venía de los conservadores mendocinos, y Cooke de la intelectualidad de izquierda peronista. Visca vivía de día y Cooke de noche, con innumerables reuniones en distintos pabellones de la cárcel.[62]

Enrique Oliva, ex colaborador de Cooke, refiere una situación que tuvo lugar en la cárcel de Caseros. Un guardiacárcel se le acercó al Bebe y le preguntó con sorna:

—¿Con esa panza pensabas hacer la revolución?...

Rápido de reflejos, Cooke contestó:

—No sabía que para ser revolucionario había que ganar un concurso de belleza…

La respuesta le granjeó una inmediata sucesión de culatazos en las costillas. Cooke no se amilanó e increpó al agresor:

—Tirá hijo de puta, tirá…[63]

También su nombre era motivo de escarnio, los uniformados le hacían notar lo impropio que resultaba el “John William” para un nacionalista. Pero Cooke no se inmutaba y volvía a desafiarlos.

También en enero de 1956, el Comando Superior (Perón, Cooke, Marcos, Lagomarsino) lanzó las Directivas Generales para todos los peronistas (Obras completas, Tomo II, pp. 650-653). Junto con las Instrucciones Generales para los dirigentes (Obras completas, Tomo II, pp. 658-666), constituyen los documentos más representativos de la Resistencia Peronista, de su línea dura e intransigente. Perón no participó de la elaboración de estos textos que, reproducidos hasta lo indecible, circularon copiosamente con su rúbrica, pero jamás los desautorizó; y, si nos atenemos a expresiones suyas inmediatamente posteriores, en cartas y otros documentos, podemos decir que los asumió y que “cabalgó” sobre ellos durante un período. Lo más probable es que estos documentos hayan sido elaborados por Cooke, Marcos y Lagomarsino. A través de ellos se convocaba a la desobediencia civil y a realizar todo tipo de acciones violentas.

Las Directivas Generales para todos los peronistas comienzan por definir al justicialismo como una “revolución social”. Afirman que el error del justicialismo fue creer que la revolución social podría realizarse incruentamente. Por lo tanto, consideran que las nuevas circunstancias caracterizadas por la proscripción, la persecución, los asesinatos y fusilamientos, otorgan legitimidad a los métodos violentos, a la desobediencia civil y a las acciones vindicativas. Las Directivas abogan por una “revolución social de proporciones definitivas.” Luego ponen de manifiesto —y alientan— el desinterés de los peronistas en los caminos institucionales y los medios electorales (Obras completas, Tomo II, pp. 658-666).

Pocos meses después, las Instrucciones generales para los dirigentes endurecen aún más la línea intransigente y convocan abiertamente a “hacer la resistencia”, que conciben del siguiente modo:

Esa lucha ha de ser sin cuartel y sin descanso. Todos, en todas partes y en todo lugar, deben realizarla empleando las armas del pueblo, es decir: saboteando el trabajo, la producción, el orden y el acatamiento. Esta forma de lucha llamada resistencia civil, tiene sus características originales. En primer término se trata de una acción subrepticia e insidiosa, en la que es menester pegar "cuando duela y donde duela", sin ofrecer blanco alguno a la represión de la tiranía. (Obras completas, Tomo II, p. 658).

Las Instrucciones generales para los dirigentes, además de impulsar las más variadas formas de resistencia civil y la organización clandestina del pueblo, promovían el paro general revolucionario con el fin de lograr la paralización total del país, y la "guerra de guerrillas". En relación con esta última, afirma el documento: "Contando con el apoyo de la población, la guerra de guerrillas es de una efectividad aplastante y realizada en todas partes es invencible" (Obras completas, Tomo II, p. 662).

Debemos considerar especialmente estos documentos (y, por supuesto, la experiencia de la Resistencia Peronista en su conjunto) a la hora de analizar la opción por la lucha armada en las décadas del 60 y el 70, desde los espacios que asumían la identidad peronista o que proponían un diálogo con esta. Son materiales imprescindibles para comprender su naturaleza y su lógica más profundas, para dar cuenta de la experiencia histórica (popular) que determinó esa opción, ese camino, sin caer en los enfoques simplistas y reaccionarios de las teorías conspirativas o superestructurales que no se apartan de las coordenadas impuestas por la usualmente denominada "moral burguesa".

En los primeros días del mes de junio fueron detenidos Marcos y Lagomarsino. Ese mismo mes, el día 9, se produjo el alzamiento liderado por el General Juan José Valle, secundado por el General Raúl Tanco y el Teniente Coronel Oscar Lorenzo Cogorno. Cooke estaba al tanto y confiaba ciegamente en que el mismo lograría sus objetivos. Varios testimonios coinciden en señalar que Cooke había organizado el penal para una posible toma (desde adentro) que él mismo dirigiría. Pero el movimiento fracasó y el gobierno militar fusiló a los

responsables directos, oficiales y suboficiales y, en los basurales de José León Suárez y en la Unidad Regional de Lanús, hizo lo propio con grupos de civiles.[64]

Al descubrirse la conspiración de Valle, la Gendarmería se dirigió sin dilaciones a la celda donde se encontraba Cooke, quien junto a otros dirigentes fueron ubicados en el paredón de fusilamiento. El cura Iñaki de Aspiazu —capellán carcelario y antiperonista rabioso— les leyó fragmentos de la Biblia y les tiró agua bendita. A partir del 10 de junio, en Caseros, hubo simulacros de fusilamientos. Lo mataron diez, cien veces. Querían doblegarlo, destruirlo moralmente. No lo lograron. La actitud de Cooke en prisión lo pinta por entero. Hasta el mismo Juan Ovidio Zabala, responsable del sistema penitenciario en tiempos de la Revolución Libertadora (Fusiladora) y luego funcionario del gobierno de Frondizi, reconoció su entereza y valentía años más tarde. En agosto fue trasladado nuevamente a Ushuaia. En octubre lo llevaron nuevamente a Las Heras.

Cuando Guillermo Gasió le preguntó a Miguel Gazzera sobre el recuerdo que tenía de Cooke, este le respondió:

¡Ah! Fue un excelente dirigente, un hombre de convicciones, de izquierda, de una conducta intachable; él mismo se disciplinaba con algún obstáculo. Lo pude apreciar bien en la cárcel. Cooke era de los que vivían de noche, con una gran disciplina. En la cárcel uno se desviste. Allí, como se diría ahora, todos somos transparentes, uno es transparente para un lado o para el otro. De manera que si usted me pregunta cuándo, cómo y dónde lo conocí de veras a Cooke, yo le digo que lo conocí en la cárcel. Allí, la simulación no tiene lugar, los miedos se expresan, las convicciones y la certeza hacen que uno vea si un hombre viene siempre caminando en la misma dirección, con la frente alta y sin estar arrepentido de nada. Ese era el caso de Cooke. Yo creo que fue uno de los dirigentes mejor formados ideológicamente, más sustentado, con gran conducta, muy organizado, marchando sobre sus convicciones.[65]

En uno de los momentos más álgidos, en noviembre de 1956, Perón, desde Caracas, nombró a Cooke su primer “delegado” y también, su “heredero”; algo que hizo por primera y única vez en su vida. Vale tener presente, además, que Perón temía por un ataque y tenía información fidedigna de un plan para asesinarlo en el exilio. Por cierto, el 25 de mayo de 1957 se produjo un atentado es su contra en Caracas, sin consecuencias.[66]

La nota del nombramiento decía:

Al Dr. John William Cooke, Buenos Aires.

Por la presente autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En este concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía. En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y, sus decisiones, tienen el mismo valor que las mías. En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke, el mando del movimiento. En Caracas, a los 2 días de noviembre de 1956. (Obras completas, Tomo II, p. 646).

Cooke reapareció y pasó a ocupar un lugar político central cuando el verticalismo del peronismo se deterioró y llegó a su rango más bajo (como consecuencia de la proscripción y el exilio forzoso de Perón) y cuando la iniciativa pasó a las bases. El encanto de la Resistencia Peronista tal vez pueda sintetizarse en esta última circunstancia. A partir de ese momento, Cooke, por temperamento reacio a los encuadramientos verticales, quedó identificado con “las bases”. Por esto, entre otras cosas, Cooke puede ser recuperado hoy desde una nueva radicalidad política.

Se convirtió así en el transmisor de la palabra pública de Perón. Eran los tiempos

en que el General exiliado no se cansaba de señalar sus grandes coincidencias con Cooke, uno de los pocos dirigentes políticos del peronismo; joven, además, que con su actitud frente al golpe había demostrado poseer cantidades suficientes de "óleo sagrado de Samuel".

Perón consideraba que el "perfil" de Cooke era el más adecuado para las circunstancias que se vivían. En Carta a Alejandro Leloir, ex presidente del Partido Peronista y un hombre políticamente enfrentado a Cooke, el General le dijo:

El doctor Cooke fue el único dirigente que se conectó a mí y el único que tomó abiertamente una posición de absoluta intransigencia, como creo yo corresponde al momento que vive nuestro movimiento. Fue el único dirigente que, sin pérdida de tiempo, constituyó un comando de Lucha en la Capital que confió a Lagomarsino y Marcos mientras él estuviera en la cárcel.[67]

El 14 de septiembre de 1956 Perón le escribió a Cooke: "Nuestras ideas se han cruzado en el aire, parecen las mismas. Nuestra unidad doctrinaria hace milagros y los hará aún más en el futuro..." (Obras completas, Tomo II, p. 30). El 3 de noviembre le manifestó: "Las ventajas de nuestra común doctrina se evidencian aquí, pues de un mismo modo de ver, fluye una manera similar de apreciar y de esta un modo común de resolver" (Obras completas, Tomo II, pp. 39 y 40).

Un nuevo traslado se produjo el 15 de noviembre, el flamante destino: la ciudad de Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz, en los confines de la Patagonia. En el penal, entre varios ex funcionarios y dirigentes del peronismo, se encontraba el empresario peronista Jorge Antonio. Años más tarde, en 1966, en una especie de libro de memorias prematuro (el autor falleció en 2007), titulado ¿…Y ahora qué?, Antonio contará que en la cárcel supo desarrollar la capacidad de identificar a sus compañeros por sus pasos; una habilidad característica de las personas ciegas. Decía que los pasos de Cooke "parecieran ser los de alguien bailando un lentísimo bolero, con una cabeza femenina apoyada sobre su

hombro, arrastrando sus pies al andar”. Y comparaba esos pasos con los del Mayor Carlos Vicente Aloé, “firmes y rítmicos”; con los de Guillermo Patricio Nelly, quien “anda ruidosamente”, con firmeza y espectacularidad; con los de Jorge Farías Gómez, “que camina un poco burlonamente”; con los de Ramón Cereijo, “que camina como si tuviera temor de hacer notar su presencia”.[68]

El 17 de marzo de 1957, Cooke, junto a José Gregorio Espejo, Kelly, Pedro Andrés Gomis, Antonio y Héctor J. Campora se fugaron a Chile. El episodio posee ribetes cinematográficos, tanto por la sustancia como por la forma: con mujeres —amparadas en los roles característicos que la sociedad patriarcal les asigna: madres, hermanas, esposas— que lograron ingresar a la cárcel armas y otros instrumentos disimulados en objetos triviales, con empleo de disfraces, con utilización de somníferos, con guardias sobornados o solidarios con los prófugos, con travesías nocturnas por lugares inhóspitos, con accidentes imprevistos, crisis nerviosas, etcétera, prácticamente se hacen presentes todas las convenciones del subgénero de las “fugas”.[69]

Una vez en Santiago de Chile, y con el asilo concedido, Cooke constituyó la División de Operaciones de la Resistencia y, poco después, el Comando Adelantado junto a Gomiz, Espejo, Ramón Prieto, Saúl Hécker, entre otros. Pero, además, hay otro dato que no deberíamos pasar por alto: la heterogeneidad de los perfiles individuales de los prófugos era una pintura exacta del peronismo: dos dirigentes sindicales, un activista del nacionalismo de derecha, un empresario, un político (ex diputado y futuro presidente de la Nación) y un político intelectual de izquierda.

En marzo y abril de 1957, Héctor Tristán, Fermín Chávez y Mario Massouh consiguieron una imprenta en la ciudad de Avellaneda, en la Provincia de Buenos Aires, y lograron editar dos nuevos números de la revista De Frente. Recordemos que la revista había sido prohibida por la dictadura militar a comienzos de 1956. En su último número “legal”, el 93, aparecía en la tapa el retrato de su director con un título lacónico: “John William Cooke, prisionero de guerra de la ‘Revolución’”.

Este relanzamiento de De Frente de 1957, ahora en versión reducida (contaba solo con cuatro páginas) y clandestina, tenía un objetivo central: difundir las directivas del Comando Superior de cara a las elecciones de convencionales constituyentes. En abril de 1957, la dictadura militar convocó a elecciones de convencionales constituyentes para reformar la Constitución. Esto era: suprimir de un plumazo la carta peronista de 1949 y poner nuevamente en vigencia la de 1853. Se estableció como fecha para las elecciones el 28 de julio.

La edición de De Frente y la elaboración de artículos para una gran variedad de periódicos clandestinos como El Guerrillero, El Lujanense, Línea Dura, Norte, Palabra Argentina, Palabra Prohibida, Rebeldía o Soberanía, eran las tareas específicas desarrolladas por el Centro de Escritores, Intelectuales y Artistas del Pueblo (CEIPAP), reunido alrededor de José María Castiñeira de Dios. En el marco de la Resistencia Peronista, el CEIPAP revestía como “organización paralela” y Cooke, en el “Informe General y Plan de Acción” de agosto de 1957, sugería que podía servir para generar la adhesión de intelectuales y artistas. Un año después, las detenciones y los allanamientos paralizaron al CEIPAP. Por lo general, se considera al periódico El 45, editado por Jauretche, la primera publicación de la Resistencia Peronista. Aunque no adhería a los términos de la “línea dura”.

La lista de publicaciones clandestinas, además de las arriba citadas, que llegaron a tener grandes tiradas es muy extensa. Se puede incluir a otras como: Aluvión, Campana de palo, Chuza, Clamor, Combate, Doctrina, El 17, El Grasita, El Hombre, El Líder, El peronista, El Soberano, Lealtad, Palabra Prohibida, Palabra Obrera, Revolución Nacional, Pero… que dice el pueblo, Sangre Nueva, Santo y Seña, Volveremos, entre otras.

Desde las páginas de la ahora clandestina De Frente se llamaba a votar en blanco o con una boleta con la inscripción: “asesinos”. Estos dos números de la revista contrastan en múltiples aspectos con los que aparecieron entre 1954 y 1956.

En los dos números de abril de 1957 la revista se autodefine como: "órgano del Movimiento Peronista en el tercer año de la ocupación de la antipatria" y asume un carácter absolutamente político con predominio del tono consignista. Pasa a funcionar como un medio para hacer llegar las directivas de Perón y/o su delegado a las bases del peronismo. El primer número da cuenta de la fuga de Cooke del penal de Río Gallegos:

Entre tantas noticias adversas que nos brindan diariamente los órganos de la "cadena" robada al pueblo, tuvimos hace días la grata nueva de la evasión de nuestros compañeros confinados. El regocijo popular se hizo potente y general, y entre los cuadros dirigentes de nuestro Movimiento tuvo eco especial el nombre del Dr. John William Cooke, cuya posición de intransigencia y lealtad revolucionarias es de todos conocida.

Precisamente en estos días se había desatado contra el Dr. Cooke una intensa y bien orquestada campaña de desprestigio. Diferentes personajes ligados al "solanismo" y a los llamados "lomos negros" (nacionalistas de "Azul y Blanco") se han dado a la tarea de acusar a Cooke de "comunista".

[...] John William Cooke no es comunista; la gente sabe perfectamente que el ex director de "De Frente" es nacionalista peronista. Sus editoriales en la revista que los "usurpadores" le quitaron ponen bien en claro su pensamiento. Pero eso sí: Cooke es peronista revolucionario y eso les preocupa más que otra cosa.[70]

En la carta al padre Hernán Benítez (el amigo y confesor de Evita) del 6 de noviembre de 1956, Perón asumía los términos de Las Directivas y las Instrucciones. Desde Caracas, el General defendía la línea insurreccional y consideraba que la misma estaba en la propia naturaleza del desarrollo histórico. Terminaba su carta pidiéndole al sacerdote: "Le ruego que salude de mi parte a todos los amigos y compañeros que luchan por la causa que es de todos y les

diga de mi parte que jamás he de volver a pedirles que eviten las violencias como sabía hacerlo desde la Casa Rosada".[71]

Pero no todos los peronistas estaban de acuerdo con esta línea. Muchos apostaban a una estrategia más "política". Sin ir más lejos, el mismísimo ex confesor de Evita, quien estaba poco menos que horrorizado ante los métodos propuestos por Perón en su carta.

Benítez, con absoluta franqueza, en su respuesta del 28 de diciembre de 1956, calificó a las Directivas y a las Instrucciones como una muestra de infantilismo y perversidad que destilaban "demencia", "desbordada subversión", "sabotajes", caos, violencia, destrucción. Mostraba su preocupación por el costo humano de la línea intransigente y temía por las respuestas represivas de la dictadura. Le lanzaba a Perón la siguiente preguntaba: "¿Podría alguien tomar en serio la orden —no sé si grotesca o irónica— de constituirnos los peronistas en sectas secretas de encapuchados, para sentenciar a muerte y matar gorilas a más y mejor?".[72]

En una nueva carta del 14 de abril de 1957, le dijo que los héroes y los idealistas del peronismo se movían entre "pesados cardúmenes de cagones". Y que el peronismo (y Perón) antes que alentar insurrecciones, se debían una profunda autocrítica. Benítez se mostraba partidario de un Perón "renunciador, visionario, magnánimo y humilde" y no del Perón vengativo que se traslucía en sus últimas cartas. Planteaba la necesidad de incorporar a los intelectuales, a las clases medias, y confiaba en que la recomposición del peronismo (concebida como una depuración de sus peores taras) vendría desde las bases.[73] También veía en la línea insurreccional un camino que podía conducir a la conformación de un partido clasista, eventualidad a la que se oponía. En algunos aspectos, la formulación de Benítez estaba a tono con la idea del "Frente Nacional", pero, en su caso puntual, no derivó en un apoyo a Fronzidi.

Perón le respondió el 19 de mayo de 1957. Le dijo que volvería "renunciador,

visionario, magnánimo y humilde". Parecía conceder. Pero, al mismo tiempo, ratificó las posiciones centrales de la carta anterior: "Nuestro objetivo inmediato es el aniquilamiento del enemigo", "el estado insurreccional de nuestra gente es excelente", se debe batir a la dictadura "mediante millones de pequeños combates".[74] En otra carta del 4 de septiembre de 1957, Perón le hizo saber a Benítez:

El compañero Doctor John William Cooke, tomará la conducción desde Chile y se encargará de reemplazarme. El mantiene permanente contacto conmigo y sus decisiones son las mías. Así lo hemos hecho saber a todos los organismos partidarios y agrupaciones sindicales.

Le ruego, en consecuencia, que haga saber a todos nuestros amigos y compañeros esta decisión, a los fines de una conducción más ajustada a la realidad y necesidades actuales. El Doctor Cooke comunicará en el futuro las decisiones y directivas del Comando Superior Peronista y él debe ser obedecido. Nadie más puede invocar esa autoridad y menos aún mi nombre para el manejo y conducción de nuestras fuerzas.[75]

El 14 de enero de 1958 Benítez le escribió por última vez a Perón: "¿Qué ha hecho Usted, mi General? ¿Cómo ha podido caer en semejante abismo? ¿Usted, precisamente Usted, a quien aterró el abismo y lo derrocó del poder y lo arrojó al destierro? Convertido Usted en pregón de crímenes y muertes, ¿no ve que está creando el más profundo e insalvable abismo en toda la historia argentina?".[76] Perón no le respondió.

Benítez consideraba que la renuncia de Perón en 1955, el hecho de haber desistido a dar la pelea, se debía a su incapacidad (el pánico) para actuar frente a la profundización de las contradicciones sociales y políticas en la Argentina, frente a la polarización que su propia política había contribuido a generar (el abismo). Ahora bien: ¿qué pretendía Benítez de Perón? El sacerdote se ubicaba en una aporía típica del nacionalismo populista, de los reformismos o de los

“progresismos” de Nuestra América. Porque si le reprochaba a Perón el hecho de no haberse “jugado por el pueblo” en 1955, debía aceptar que esa circunstancia exigía la profundización de las contradicciones, implicaba tensionar más, radicalizar el proceso. Pero si quería que Perón jugara un rol armonizador e integrador, debía reconocer que eso significaba dar marcha atrás en muchas de las políticas favorables a los intereses de los trabajadores.

Jauretche, más cercano a las posiciones “pacifistas” de Benítez y en desacuerdo con los comandos, también se oponía a Cooke. El viejo nacionalista, el fundador de FORJA en la década infame, por quien Cooke guardaba un profundo respeto y una gran admiración intelectual, comenzaba a cuestionar, abiertamente, la conducción de Perón. Jauretche estaba vinculado a John y a su familia desde principios de la década del 40. Estaba en condiciones de reconocer las capacidades de Cooke. El “Querido Gordo” con el que Jauretche iniciaba sus cartas a Cooke era una señal de una relación muy cercana. En la carta del 15 de octubre de 1956 lo elogiaba y aprovechaba para criticar a Perón: “Es la primera vez que se fija en alguien que vale y debe ser porque no está en libertad de acción”.[77] Obviamente, se refería al respaldo otorgado a Cooke por parte de Perón.

Pero Jauretche tampoco estaba de acuerdo con la táctica insurreccional. Creía que esta era inconducente y acusaba a los dirigentes peronistas que la impulsaban −Cooke entre ellos− de sacrificar a los militantes en forma estéril. Por otra parte, al igual que Scalabrini Ortiz, consideraba al voto como la única arma, junto a la “resistencia pasiva”.

Después del golpe de 1955, Jauretche había apostado a consolidar la posición de Alejandro Leloir —enemigo político de Cooke— y a gestar una nueva conducción local independiente del caudillo proscripto. Para Cooke, Perón seguía siendo el único factor de cohesión y unidad en una coyuntura caracterizada por la presencia de fuerzas centrífugas.

En una carta al padre Benítez, Jauretche expuso su desacuerdo con las directivas del Comando Superior. Sostuvo que la dictadura militar indefectiblemente saldría favorecida en una “carrera de jacobinos”, desestimaba los métodos “terroristas”, se oponía a los planteos “clasistas” del Comando Superior, al tiempo que se perfilaba como un promotor temprano de la idea de un “Frente Nacional”, integrado por los trabajadores y las clases medias.[78] Una idea que, en su caso, tenía un significado político bien concreto, que era la apuesta a favor de una alianza con grupos neoperonistas, con sectores nacionalistas católicos que respondían al General Justo León Bengoa, ex ministro de Lonardi, y con el frondicismo.

Jauretche, además, se aproximaba a las tesis “etapistas” que sostenían que, en Nuestra América, era inviable una revolución socialista y que las circunstancias exigían el desarrollo de una lucha nacional de la clase trabajadora en alianza con las clases medias y con la “burguesía nacional”. Un planteo compartido por el nacionalismo populista y los partidos comunistas. Para Jauretche, el problema era la disolución del Frente Nacional que alguna vez logró estructurarse en torno al peronismo. Una visión nostálgica, o mejor: idealista, que solo podía percibir entes estáticos. Esta visión se ponía de manifiesto en su insistencia respecto de la necesidad de sumar a las Fuerzas Armadas y a la Iglesia. Decía Jauretche: “Éramos el partido con todas las condiciones deseadas por los teóricos de la revolución nacional, proletariado unido a las clases progresistas, es decir a los sectores del capitalismo vinculados al desarrollo del mercado interno”.[79] Con relación a las Instrucciones dijo que “tienen la misma puerilidad de las instrucciones anarquistas y comunistas de la época romántica: proletariado solo contra ejército, clase media, burguesía y aristocracia, etcétera, y los medios tácticos aconsejados corresponden al mismo estilo mental. Macaneo trozco-malatestista de quien, por otra parte, no cree en el planteo social revolucionario”.[80]

Para Cooke, ese Frente Nacional ya existía y era el propio peronismo. Luego, el problema era la invalidad de ese Frente en las condiciones de la Argentina de fines de la década del 50. Finalmente creía, por lo menos en ese tiempo, que Perón podía ser ganado para un planteo revolucionario.

Como señala Daniel Sorín: “El razonamiento de Jauretche chocaba con la realidad. El peronismo no prescindió de la burguesía, sino que la burguesía prescindió del peronismo”.[81]

La posición por asumir frente a las elecciones de convencionales constituyentes generó uno de los primeros cortocircuitos entre Cooke (como delegado) y Perón. Las directivas de Perón ya comenzaban a ser contradictorias. Por un lado, el exiliado General propiciaba el voto en blanco o anulado y, por el otro, la abstención. Cooke, que venía orientando los esfuerzos y las instrucciones políticas hacia la primera opción, se enteró de una directiva de Perón, que llegó a la Argentina desde Caracas a través del ex diputado peronista Eduardo Colom, que sostenía que quien concurriera al comicio respaldaba a la Tiranía y que votar era traicionar al pueblo. Cooke le dijo a Perón que, en las condiciones impuestas por la clandestinidad, era imposible rectificar en pocos días una línea de trabajo de meses. También le expresó que el exceso de directivas (para colmo de males, contradictorias) era una de las calamidades más terribles que afectaban al peronismo.

Cooke consideraba que el repudio a la Convención Constituyente podía expresarse por igual recurriendo al voto en blanco, a la abstención o a la anulación del voto. No veía inconvenientes en que se promovieran una u otras, pero le parecían contraproducentes los alineamientos rígidos y la descalificación entre ellas. Las diferentes alternativas eran una cuestión menor, lo importante era evitar la división del peronismo. Pero otros dirigentes no lo interpretaban así. El mismo Perón, sin ir más lejos.

A pesar del fraccionamiento del peronismo en distintas posturas: abstención, anulación, voto por la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) y voto en blanco, el hecho más destacable fue que 2.119.147 de sus más fieles seguidores optaron por la última alternativa. La UCRI obtuvo 1.821.459 votos y la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP),

2.117.160 votos. Se registró un alto nivel de abstenciones, aproximadamente un 10%, situación más marcada en algunas provincias.

Cooke realizó un balance moderadamente optimista de las elecciones. Consideraba una verdadera hazaña haber logrado que más de dos millones de ciudadanos y ciudadanas votaran blanco, pero no dejaba de reconocer la fuerza del resto de los partidos en conjunto. Asimismo, percibía que la semilegalidad había potenciado a la "línea blanda" del Movimiento y que este contexto más permisivo no había sido suficientemente aprovechado por la "línea intransigente" para extender lo que llamaba el "aparato subversivo".

Para Cooke, tanto el proceso electoral como el resultado de las elecciones, por encima de las conclusiones más apresuradas y de la fortaleza aparente del peronismo, planteaban serios inconvenientes de cara a las elecciones presidenciales de febrero de 1958. Veía una pléyade de dirigentes ávidos de traficar con los votos peronistas y constataba lo inadecuado de las estructuras clandestinas del Movimiento en función de las necesidades de las luchas sociales y políticas que se avecinaban. Consideraba, por otra parte, que la organización sindical no estaba en condiciones de sostener una huelga general revolucionaria y de ofrecer un factor insurreccional sólido. Además, vislumbraba que Frondizi, líder la UCRI, a diferencia de las elecciones de julio, iba a contar en las presidenciales de febrero de 1958 con más argumentos para obtener votos de los peronistas. Frondizi y la UCRI, a diferencia de Ricardo Balbín y la UCRP, aparecían como críticos de la dictadura militar, más proclives a la integración del peronismo.

El discurso asumido por Frondizi después de las elecciones de 1957 se centró en la idea del "Frente Nacional". Establecía un recio vínculo entre los votos en blanco (del peronismo) y los votos afirmativos contra la Convención Constituyente (los votos de la UCRI). Sostenía que ambos, en definitiva, constituían una única y clara manifestación de repudio al continuismo de la dictadura, al "continuismo oligárquico". De este modo, Frondizi, a pesar de los

guarismos, se presentaba como el verdadero vencedor y le adjudicaba a su proyecto el respaldo de la friolera de 4 millones de votos. En forma paralela, hacía pública su confianza en que la actitud pasiva —aunque justificada y hasta reverenciada— que había reflejado el voto en blanco en las elecciones de 1957 se convertiría en gesto positivo en las elecciones presidenciales de febrero de 1958.

Rogelio Frigerio, uno de los principales cuadros intelectuales del proyecto de Frondizi, comenzó a visitar asiduamente al delegado Cooke en las diversas cárceles que lo alojaron.

De este modo, la coyuntura planteaba una opción de hierro: la insurrección inmediata o un acuerdo político. En el "Informe General y Plan de Acción" que envía a Perón el 28 de agosto de 1957, Cooke sostenía:

Estamos en presencia de dos frentes, el oligárquico y el popular, de valor número casi equivalente; pero el primero de ellos tiene, además, la fuerza de las armas; por lo tanto, es ridículo pensar en la insurrección después de unos comicios que han favorecido a la Tiranía y le han dado aliento para llevar adelante su plan político.

[...] Cerrado el camino insurreccional inmediato, no podemos pensar en mantener la unidad mediante un nuevo voto en blanco que dé el triunfo a la Tiranía. Hay que buscar una solución de tipo político. (Obras completas, Tomo II, p. 252).

Más adelante, se preguntaba respecto de la existencia de condiciones para una insurrección y concluía lapidario:

… todavía no hemos alcanzado una conciencia insurreccional que haya prendido en el movimiento como única salida, ni el grado de descomposición de nuestros enemigos indica que su capacidad de resistencia y de lucha se haya rebajado de una manera sustancial. (Obras completas, Tomo II, p. 294).

En términos más clásicos, Cooke decía que no estaban dadas las condiciones objetivas y tampoco las subjetivas. Asumía entonces la opción por el acuerdo, pero sin engullir el embuste frondicista del "Frente Nacional". No abjuraba del camino insurreccional, pero apostaba a un período de semilegalidad que debía servir para generar las estructuras adecuadas y superar las debilidades organizativas del Movimiento. "La insurrección no es posible en este momento; pero sí la política insurreccional", decía en su carta a Perón del 28 de agosto de 1957 (Obras completas, Tomo II, p. 302). Se dejaba de lado la idea de una insurrección inmediata y se optaba por una política insurreccional de largo aliento. Se corría el eje de las acciones de los comandos clandestinos a las luchas gremiales politizadas. De esta manera, Cooke comenzó a concebir la insurrección como la culminación de un largo proceso de acumulación política; una "política insurreccional de masas", no de pequeños grupos aislados según sus propios términos, no como un hecho único, rotundo y espectacular, o como una variable del pustchismo.

Perón, rigurosamente pragmático, era escéptico respecto de los planes de largo plazo de Cooke. Podría decirse que Perón era escéptico respecto de cualquier plan de largo plazo. No lo abrumaba el largo plazo, no le producía ninguna ansiedad intolerable, pero confiaba en el tiempo, más que en los planes. En líneas generales, Perón aprobaba los planes de Cooke, pero lo invitaba a aplicarlos, o a "ejecutarlos", utilizando un término propio del léxico castrense del General. Y el principal problema era que la aplicación de los planes de Cooke exigía de parte Perón un conjunto de acciones, palabras y de gestos políticos que el General evadía sistemáticamente.

Entre fines de agosto y principios de septiembre de 1957, el interventor de la CGT convocó a un congreso al que concurrieron los gremios normalizados. Al

no reconocer el oficialismo a la mayoría peronista, el congreso se fracturó: por un lado quedaron “las 62 organizaciones” (peronistas y comunistas), y por el otro “las 32” (los gremios “democráticos” u oficialistas). Poco más tarde los sindicatos comunistas se separaron de las 62 y constituyeron “las 19” o el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS), una corriente pequeña, pero importante.

En el campo del sindicalismo, la normalización de los gremios posibilitó la emergencia de una nueva camada de dirigentes peronistas jóvenes y combativos, la “línea dura”: Sebastián Borro, Jorge Di Pasquale, Andrés Framini, Atilio López, Amado Olmos, Gustavo Rearte, Felipe Vallese, entre otros, muchos de ellos cercanos a Cooke. Aunque también aparecían hombres como José Alonso, José Ignacio Rucci y Augusto T. Vandor, que luego serían los referentes más conspicuos de la burocracia sindical y la derecha peronista. Claro que en ese contexto inmediatamente posterior a la caída de Perón no era tan sencillo establecer líneas divisorias al interior de esa camada. Todos eran parte del proceso de la Resistencia Peronista. Los viejos dirigentes, aquellos que habían hecho la experiencia del peronismo en el gobierno, se mostraron altamente inadecuados e incompetentes para las nuevas condiciones, prácticamente desaparecieron de la historia.

En el año 1957, en la provincia de Córdoba, los sindicatos más combativos reunidos en un plenario nacional de delegaciones regionales de las 62 organizaciones, elaboraron el “Programa de La Falda”, que sintetizaba la experiencia de las luchas sindicales de los últimos años y que proponía definiciones antioligárquicas y antiimperialistas.

Entre otros ítems que merecen ser subrayados, el programa aprobado en La Falda incluía: el “control estatal del comercio exterior sobre las bases de la forma de un monopolio estatal”, la “liquidación de los monopolios extranjeros de importación y exportación”, el desarrollo del mercado interno, de la industria liviana y pesada, el aumento de los salarios y del consumo popular, la “expropiación del latifundio” y la “extensión del cooperativismo agrario”, el

“control obrero de la producción”, la participación de los trabajadores en la planificación económica y en la dirección de las empresas (públicas y privadas), la “libertad de elegir y ser elegido sin inhabilitaciones” (y sin proscripciones), la “solidaridad de la clase trabajadora con las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos”, etcétera.[82]

En forma paralela se constituyó la Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista (JP) de la que participaban Carlos Caride, Envar El Kadri, Norma Kennedy, Gustavo Rearte, Jorge Rulli, Héctor Spina, Felipe Vallese, entre otros y otras. Este colectivo intentó una unificación de diversos grupos de la juventud.

A comienzos de 1960, el militante de la Juventud Peronista Maximiliano Mendoza fue arrojado con vida desde un tercer piso del Departamento Central de Policía. Este hecho aberrante aceleró los tiempos y el grupo asumió la necesidad de realizar acciones armadas. Meses más tarde se producirá un asalto a la guardia de una obra de construcción de viviendas destinadas al personal aeronáutico en la localidad de Ezeiza, en la provincia de Buenos Aires. En 1961 lanzarán la revista Trinchera. En 1963 surgieron el Movimiento de la Juventud Peronista (MJP) y la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), nucleamientos encabezados por El Kadri y Rearte respectivamente.

---

59 Testimonio de César Marcos. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 149.

60 5Integraban la Junta Consultiva: la Unión Cívica Radical, representada por Oscar Alende, Juan Gauna, Oscar López Serrot y Miguel Ángel Zabala Ortiz; el Partido Socialista, representado por Americo Ghioldi, Alicia Moreau de Justo, Ramón Muñiz y Nicolás Repetto; El Partido Demócrata Nacional, representado por José Aguirre Cámara, Rodolfo Coromina Segura, Adolfo Mugica y Reinaldo Pastor; el Partido Demócrata Progresista, representado por Juan José Díaz Arana, Luciano Molinas, Julio Argentino Noble y Horacio Thedy; el Partido Demócrata Cristiano, representado por Rodolfo Martínez y Manuel Ordoñez y la

Unión Federal, representada por Enrique Arrioti y Horacio Storni. Fueron excluídos el PCA y, obviamente, el Partido Peronista.

61 Citado en: Cichero, Marta, Op. cit., p. 79.

62 Testimonio de Miguel Gazzera. En: Gasió, Guillermo, Op. cit., p. 13.

63 Además de Enrique Oliva, la anécdota es relatada por Antonio Cafiero. Véase el documental de Carlos Castro, Alicia y John el peronismo olvidado (2009). Entre otros detalles menores, Cafiero relataba, además, que la celda de Cooke era un centro de actividades conspirativas.

64 Para el caso de los fusilamientos de José León Suárez, la referencia imprescindible sigue siendo el clásico de Walsh, Rodolfo, Operación Masacre, mientras que, para el caso de Lanús, la principal fuente secundaria es la investigación de Polese, Rubén Adrián, Vencedores Vencidos. La resistencia peronista en el partido de Lanús, Buenos Aires, El Colectivo, 2014.

65 Testimonio de Miguel Gazzera. En: Gasió, Guillermo, Op. cit., p. 20.

66 Una bomba explotó en el auto en que se movilizaba Perón. Pero el General no estaba en él. El chofer resultó herido levemente. El atentado derivó en la expulsión del embajador argentino en Venezuela, Federico Toranzo Montero.

67 Carta del general Juan Domingo Perón a Alejandro Leloir del 10 de marzo de 1957. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 151.

68 Antonio, Jorge, Op. cit., p. 15.

69 Para una reconstrucción de la fuga del penal de Río Gallegos, véase los testimonios de Guillermo Patricio Kelly, Jorge Antonio y Fernando Torres. En: Cichero Marta, Op. cit., pp. 197-204. También el citado libro de Jorge Antonio, ¿…Y ahora qué?

70 “Un saludo al compañero Cooke”. En: De Frente, N.º 1 [Segunda época], marzo-abril de 1957, p. 2. [Sin firma].

71 Carta de Juan Domingo Perón a Hernán Benítez del 6 de noviembre de 1956. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 297.

72 Carta de Hernán Benítez a Juan Domingo Perón del 28 de diciembre de 1956. En Cichero, Marta, Op., cit., pp. 323-337.

73 Carta de Hernán Benítez a Juan Domingo Perón del 14 de abril de 1957. En Cichero, Marta, Op. cit., pp. 297-311.

74 Carta de Juan Domingo Perón a Hernán Benítez del 19 de mayo de 1957: En: Cichero, Marta, Op. cit., pp. 311-321.

75 Carta de Juan Domingo Perón a Hernán Benítez del 4 de septiembre de 1957. En Cichero, Marta, Op. cit., pp. 322 y 323.

76 Carta de Hernán Benítez a Juan Domingo Perón del 14 de enero de 1958. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 339.

77 Carta de Arturo Jauretche a John William Cooke del 15 de octubre de 1956. En: Cichero, Marta, Op. cit., pp. 134 y 135.

78 Carta de Arturo Jauretche al Padre Hernán Benítez, del 25 de julio de 1956. En Cichero, Marta, Op. cit., pp. 103, 104 y 105.

79 Carta de Arturo Jauretche a John William Cooke del 15 de octubre de 1956. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 132.

80 Ibidem, p. 134.

81 Sorín, Daniel, Op. cit. p. 305.

82 Véase: "Programa de La Falda. Plenario nacional de delegaciones regionales de la CGT y de las 62 organizaciones. La Falda, Córdoba. 1957". En: Baschetti, Roberto, (Recopilación y prólogo), Documentos de la Resistencia Peronista. 1955-1970, Buenos Aires, Puntosur, 1988, pp. 66-69.

De la encrucijada táctica

a la definición de una estrategia

Toda elección es un reto a lo vago, a la maldición, al infinito. Los hombres necesitan puntos de apoyo, quieren la certeza cueste lo que cueste, incluso a expensas de la verdad.

Emile Ciorán

Como delegado, Cooke se enfrentó tanto a los sectores moderados, políticos y sindicales del peronismo —esto es: la línea "blanda"—; como a una parte de los más duros de los duros: la línea "diamante" —como la definió Lagomarsino—, representada por algunos comandos.

Después de la Convención Constituyente de Santa Fe de 1957, Cooke fue uno de los artífices de la firma del pacto con Frondizi, que había retirado a los convencionales de su partido de dicha asamblea, deslegitimándola aún más de lo que ya estaba. A través del pacto, en líneas generales, Perón se comprometía a instruir al peronismo a través de sus directivas para que votase a favor de Frondizi. Este último, por su parte, prometía una amnistía para los peronistas, la anulación de la legislación represiva, la devolución de los sindicatos, el restablecimiento de la CGT y la legalización "gradual" del peronismo.

Esta posición −votar al candidato de la UCRI− enfrentaba a Cooke con Marcos y Lagomarsino, que propugnaban la abstención (la "Gran abstención") y la insurrección como única posibilidad y que persistían en continuar con la línea intransigente e incluso profundizarla. Hubo un tiempo en el que, al decir de Ernesto Salas, Cooke fue acusado de traicionar la revolución[83], fue tildado de "blando". La intención de Cooke era lograr la complementariedad entre los

comandos (el aparato clandestino) y el movimiento semilegal, pero fracasó sistemáticamente en su intento por conciliarlos. Las diferencias no solo respondían a aspectos tácticos. Comenzaban a pesar las disputas menores, los choques de egos, las rencillas personales. El mar de fondo era la imposibilidad del liderazgo delegado, con el agravante no menor de la distancia. Era la dificultad de sobrellevar la carga de haber sido investido por Perón. Diez años más tarde, Cooke expresará, de modo terminante (y absolutamente consciente) esta desventaja. En una carta de enero de 1966 le dirá a Perón: “Yo no puedo hablar ‘como’ Perón, de la misma manera que no puedo suplantar a Perón en su liderazgo de las masas” (Obras completas, Tomo II, p. 628). Pero, en un primer momento, creyó que podía decir la palabra definitiva en nombre de Perón.

En ese sentido, Salas afirma:

En cuanto a los “comandos de la resistencia”, la orden de Perón fue resistida por muchos de ellos. El abandono del votoblanquismo significaba, para ellos, el abandono de la línea de intransigencia llevada hasta ese momento. Entre ellos, el Comando Nacional Peronista desobedeció abiertamente las indicativas lanzadas por el Comando Táctico de John William Cooke y organizó abiertamente una campaña para el voto en blanco.[84]

Marcos y Lagomarisno se opusieron duramente al Comando Superior (a Perón y a Cooke), al que le adjudicaban una orientación “centrista”. Marcos le escribió a Lagomarsino el 8 de octubre de 1957: “Contra viento y marea, a riesgo de perder gente, a pesar de que aparentemente existen otros frentes de lucha más interesantes, nuestro único objetivo actualmente es la guerra al Comando Superior”. En la misma carta le decía que el “El Gordo no entiende nada”, y que “El Gordo no es de tiro largo, ni es orgánico, ni mucho menos tiene ninguna idea concreta de la realidad”.[85]

Marcos volvió a escribirle a Lagomarsino, cuatro días más tarde, y agregó:

El Gordo no es idiota. Si el viera realmente cómo es el proceso y el desarrollo del movimiento de masas, no se jugaría a la salida electoral. Lo que pasa es que ignora las leyes y las normas del movimiento insurreccional. Y como las ignora, no las ve desarrollarse clara y rotundamente con el rigor y la precisión que nosotros la percibimos.

Por eso, finalmente, no cree en la insurrección popular como único camino. [...]

Entonces ¿en qué cree? Cree en un futuro disociado de este presente. Un futuro hecho por el C.S. en base a formulaciones subjetivas, desconectadas de la realidad de hoy.[86]

Marcos arremetía contra su viejo amigo y compañero. Repentinamente descubrió en Cooke a un sujeto ignorante, a un intelectual pequeño burgués, a un creador de superestructuras burocráticas y formalistas; lo acusó de querer “embellecer” a Frondizi, y otras linduras por el estilo. Se refería a él sarcásticamente como el “Gran jefe transcordillerano” (recordemos que Cooke se instaló en Chile después de la fuga del penal de Río Gallegos) o el “Doctor”. El apodo “Gordo” pasó a tener otras connotaciones, menos cariñosas.

En términos muy similares se expresó en el documento titulado Del obscuro instinto de las masas que le envió a Perón como versión alternativa al Informe general y plan de acción de Cooke, y que Perón no respondió. Marcos consideraba que el “desencuentro teórico-doctrinario entre el pensamiento y la terminología de la Conducción y la actitud de las masas” se explicaba por las limitaciones de quienes asumían la responsabilidad del mando (léase: Cooke), dado que estos eran: “exponentes de una mentalidad de las clases medias”, o eran “profesionales” o entraban “en la típica clasificación de intelectuales”.[87] En una farragosa combinación de anarquismo y nacionalismo, Marcos proponía un culto de la acción directa espontánea, un clasismo simplista centrado en

elementos accesorios, una apología de la irracionalidad de las masas (de su "obscuro instinto"). Para Marcos, Cooke era el exponente de una dirección centrista, que le abría la puerta a los "blandos".

Evidentemente, hay diferencias que van más allá de la cuota de fervor puesta en juego en relación a la línea insurreccional o a la vía legal que, en última instancia, podían derivarse de situaciones y/o lecturas coyunturales. Es claro que hay otras cosas en juego, más íntimas y tortuosas. No es casual que la ruptura entre ellos tenga lugar cuando Cooke se convirtió en delegado y en interlocutor privilegiado de Perón.

En medio de ese desconcierto generalizado, de dudas y vacilaciones, el cura Benítez acusó a Cooke de querer entregar el peronismo a Frondizi.

Por su parte, Jauretche y Scalabrini Ortiz se acercaron al frondizismo. El pacto Perón-Frondizi hizo que coincidieran con Cooke, pero lo que para este último era una concesión táctica, circunstancial y onerosa, para los viejos forjistas revestía carácter estratégico y depositaban grandes expectativas en sus efectos. Jauretche vio en el pacto un rasgo de lucidez política, de Perón y de Cooke. Y en una carta del 9 de agosto de 1957 le hizo saber a Cooke que el pacto le parecía una política correcta, al tiempo que le recomendaba cuidarse de los trotskistas y superar el espíritu sectario.[88]

En 1957 Jauretche y Scalabrini Ortiz asumieron posiciones "concurrencistas", apoyaron a la UCRI en la Constituyente y comenzaron a colaborar con la revista Que —en algunos aspectos comparable a de De Frente, y no solo desde lo formal—, orientada por Frigerio. Scalabrini Ortiz incluso llegó a ser uno de sus directores durante un breve lapso. Por supuesto, apoyaron la candidatura de Frondizi en las elecciones de 1958 y le dieron letra filo-peronista a la campaña presidencial.

Similar fue el caso de Prieto, ex colaborador de Cooke en el Comando Adelantado, protagonista de las negociaciones que derivaron en la firma del pacto con Frondizi. Ya con Frondizi y Frigerio en el gobierno, Prieto se convirtió en uno de los principales detractores de Cooke, como quedó reflejado en su libro El pacto (Buenos Aires, En Marcha, 1963) y en su "Análisis crítico" a la Correspondencia Perón-Frigerio, 1958-1973 (Buenos Aires, Macacha Güemes, 1975). Prieto, un personaje mínimo, en sus testimonios se atribuye roles destacados en el proceso que derivó en la firma del pacto. Prácticamente se presenta como un factotum del mismo, se jacta de sus capacidades de incidir en las decisiones de Perón, al tiempo que intenta desdibujar el papel de Cooke.

Años más tarde, Prieto juzgará retrospectivamente a Cooke como un hombre cercano a "la posición típicamente anarquista del 'cuanto peor, mejor'…", como un utópico "en materia político social", que después del año 1958 no hizo más que deslizarse por "un tobogán que lo condujo a la provocación en los episodios del frigorífico Lisandro de la Torre y lo arrastró luego al liderazgo formal de la izquierda declamativa y, finalmente, a la servidumbre del castrismo de exportación".[89] Por su parte Cooke, tempranamente, catalogará a Prieto como un agente del frigerismo infiltrado en el peronismo. También es el caso de Emilio Perina. Pero estos últimos, a diferencia de Jauretche y Scalabrini, se pasarán al bando desarrollista. Muy poco tiempo después, otros importantes dirigentes del peronismo seguirán por la misma senda. Gomis, compañero de Cooke en la fuga del Penal de Río Gallegos y por un tiempo su asesor en asuntos gremiales, levantará una importante huelga petrolera realizada en oposición a los contratos de Frondizi. Antonio Carulla, de la Unión Tranviaria, prácticamente saboteará la huelga general de enero de 1959 y retaceará el apoyo a la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre.

Finalmente, el pacto Perón-Frondizi se celebró en Caracas, los primeros días de 1958. En representación de Frondizi firmó Frigerio. Cooke estuvo presente, intervino en las negociaciones y fue uno de los firmantes del pacto. También estaba presente Alicia. A sabiendas de que era un simple formulismo, se comprometieron a mantener en secreto el pacto. El Comando Superior Peronista hizo llegar las instrucciones a los peronistas, convocándolos a votar por Frondizi. Aclaraba que era una forma de repudiar al "Grupo de Ocupación", un

acto de “táctica política” que no implicaba depositar expectativa alguna en Frondizi. En las elecciones presidenciales, la Fórmula Frondizi-Gómez (UCRI) obtuvo 3.983.478 votos —peronistas, en un alto porcentaje—, mientras que la fórmula Balbín-Del Castillo (UCRP), se quedó con 2.526.611 votos.

El 23 de enero de 1958, una rebelión cívico-militar derrocó al dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez. Perón y Cooke se refugiaron en la embajada de la República Dominicana. Como era usual la asociación entre el peronismo y el perezjimenismo, un grupo enardecido amenazó con tomar la embajada. A instancias del embajador, Perón logró salir en un avión especial rumbo a Ciudad Trujillo. Cooke llegó unos pocos días más tarde.

El nuevo destino seguramente le pesaba a Cooke. En efecto, a sus ojos, los anfitriones de Perón no hacían más que desacreditarlo. Además, estaba convencido (con razón) de que Perón de ningún modo era asimilable a dictadores como Pérez Jiménez o Leonidas Trujillo. Pero el General parecía no percatarse de tales desemejanzas. Con la caída de Trujillo, en 1960, era lógico que la España de Francisco Franco no desentonara como nueva estación del exilio.

---

83 Véase: Salas, Ernesto, “Cuando John William Cooke fue acusado de traicionar la revolución”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit. pp. 27-48.

84 Salas, Ernesto, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Tomo I, Buenos Aires, CEAL, 1990, p. 57.

85 Carta de César Marcos a Raúl Lagomarsino, del 8 de octubre de 1957. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 159.

86 Carta de César Marcos a Raúl Lagomarsino, del 12 de octubre de 1957. En: Cichero, Marta, Op. cit., pp. 162 y 163.

87 Véase: Cichero, Marta, Op. cit., p. 172.

88 Carta de Arturo Jauretche a John William Cooke del 9 de agosto de 1957. En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 136.

89 Prieto, Ramón: "Análisis crítico". En: Correspondencia Perón-Frigerio, 1958-1973, Buenos Aires, Macacha Güemes, 1975, pp. 15 y 16.

Aquí están, estos son,

los fusibles de Perón

La burocracia, en efecto, es el Otro erigido en principio y en medio de gobierno.

Jean Paul Sartre

Al poco tiempo de asumir Frondizi la presidencia de la Nación, los viejos forjistas —Jauretche, Scalabrini Ortiz— debieron reconocer que el "desarrollismo" estaba muy lejos de ser la encarnación del frente nacional y popular antiimperialista que imaginaban. El idilio con el frondizismo, compartido con otros sectores de izquierda y progresistas, se acabó abruptamente con el lanzamiento de un paquete de medidas antinacionales y antipopulares. En especial con la firma de los contratos petroleros y también con la sanción de una nueva Ley de Enseñanza que favorecía a la Iglesia Católica. Este último asunto dividió al estudiantado durante meses. Hubo fuertes enfrentamientos entre los defensores de la educación laica y los partidarios de la educación libre (religiosa) finalmente beneficiados por Frondizi. Este conflicto constituyó una instancia de politización de toda una generación.

Por cierto, Perón y Cooke nunca habían creído en Frondizi. No cabe situarlos entre los que se sintieron "estafados" por Frondizi. No sufrieron ningún tipo de desengaño político. Nunca le pidieron peras al olmo. Cabe el contraste con el PCA que, en su diario La Hora, el día de la asunción de Frondizi, no había ahorrado hipérboles y tituló: "El pueblo entró al gobierno".

En junio de 1958, el peronismo retomó la línea intransigente y ratificó un perfil opositor que se irá profundizando aceleradamente. En noviembre, el gobierno decretó el estado de sitio... Pero Cooke estaba políticamente desgastado. La

semilegalidad también se lo devoraría a él. El territorio político que instituyó la semilegalidad promovió a dirigentes que eran la antítesis exacta de Cooke. Él no encontró un espacio para desplegar una acción política que preservara la línea intransigente, pero sin abrirle las compuertas a la línea blanda. Tal vez ese espacio era inviable en el peronismo de la segunda mitad de la década del 50.

Según Ernesto Salas, Perón "deseaba que fuera Cooke quien, en el terreno de las operaciones, recibiera la críticas, preservando su imagen de las posibles divergencias que ya se iban perfilando en el movimiento: Cooke pasó a ser el fusible de Perón, quien, al mismo tiempo, lo instaba a que no actuara como jefe de una facción, sino de todo el movimiento".[90] Algo absolutamente imposible, aun para el dirigente político con más discernimiento y audacia que podamos concebir.

Perón supo, desde el momento en que lo firmó, que si el pacto con Frondizi no suministraba los réditos políticos suficientes, el que pagaría los costos sería el delegado. Pero el juego era claro para ambos. Cooke también lo sabía. No ignoraba que las alas que el General le había prestado eran las de Ícaro. Era absolutamente consciente de su condición de "fusible", de pieza intercambiable, y no estaba dispuesto a tomar iniciativas que contribuyeran a debilitar el liderazgo de Perón. Por cierto, tampoco lo haría después, en otros escenarios.

Por ejemplo, en la carta del 7 de junio de 1958, Perón le escribió:

Si esto llega a fallar, sus enemigos han de otorgarle a usted toda la responsabilidad y es seguro que lo anularán y destruirán. No olvide que ellos han tendido sus líneas por si esto falla, preparando en sus diarios y revistas un ambiente propicio para poder decir, en el momento oportuno, que usted es el inspirador de los acuerdos y responsable del fracaso (Obras completas, Tomo II, p. 365).

El mismo día, pero en otra carta, Perón le comunicó su decisión de formar un "equipo de ejecución". Unos pocos días más tarde, el 18 de junio, le escribió: "No vaya a creer que pienso que usted no anda bien, todo lo contrario, comete errores, en mi concepto atribuibles a su falta de experiencia, pero para eso estoy yo y, si me hace caso, no tenga la menor duda de que todo saldrá bien" (Obras completas, Tomo II, pp. 374 y 375). Cooke, gradualmente, comenzaba a ser relevado de sus funciones.

Mientras, Cooke se mantuvo al frente de la División Operaciones, como encargado de las acciones insurreccionales, pero las funciones políticas quedaron en manos de una Delegación del Consejo Superior. El enfrentamiento entre Cooke y la Delegación fue inevitable. Y muy desgastante para el primero, lo que se puede apreciar en la correspondencia con Perón.

Poco después, Perón creó el Consejo Supervisor y Coordinador del Peronismo, integrado por: Carlos V. Aloé, Rodolfo Arce, Oscar Bidegain, José Constantino Barro, Juan Carlos Brid, Manuel Damiano, Delia D. de Parodi, Adolfo Phillipeaux, Alberto Rocamora, Ceferino Rodríguez de Copa, Pedro San Martín, María Elena Solari de Bruni, Fernando Torres, Julio Troxler. El Consejo limitaba aún más el margen de maniobra de Cooke. En sus cartas de los últimos meses del año 1958, Perón no ahorró las críticas hacia el Bebe. Le señalaba sus errores de conducción, le echaba en cara el pacto con Frondizi, cuestionaba el papel de algunos de sus colaboradores. Una típica maniobra indirecta de descalificación. Atrás quedaba el tiempo de la "consustancialidad", de la "unidad de concepción" que obraba milagros.

En diciembre de ese año, Perón, prolongando el tono de reproche, insistió en la necesidad de salir de la inacción y en tomar la iniciativa descargando una acción organizada contra el gobierno de Frondizi.

A comienzos de 1959 se produjo la huelga de los trabajadores del gremio la carne (los del Frigorífico Nacional[91]) y la toma del Frigorífico Lisandro de la

Torre en el barrio porteño de Mataderos, a raíz del anuncio de privatización por parte del gobierno. A fines de 1958, Cooke había decido abandonar el exilio uruguayo y asumir los riesgos de la clandestinidad en la Argentina: entendía que la huelga requería su presencia en el teatro de operaciones.

A pesar de que Sebastián Borro, uno de los principales dirigentes del conflicto, respondía al Comando Nacional (a Marcos y Lagomarsino); aunque se le negó la posibilidad de hablar en una asamblea, Cooke apoyó el conflicto y contribuyó con la organización de una huelga general de la que participaron las “62” y el MUCS, retomando así una línea insurreccional. Redactó, además, la proclama del 17 de enero, donde planteó:

Esta huelga es política, en el sentido de que obedece a móviles más amplios y trascendentes que un aumento de salarios o una fijación de jornada laboral. Aquí se lucha por el futuro de la clase trabajadora y por el futuro de la nación. Los obreros argentinos no desean ver a su patria sumida en la indignidad colonial. [...] En un país sometido al capital foráneo, no hay posibilidades de desarrollo nacional. Tampoco puede existir una justa participación de la clase trabajadora en la conducción política, ni en el reparto del producto social (Obras completas, Tomo IV, p. 117).

A las versiones oficiales que acusan a los huelguistas de utilizar métodos “subversivos”, y que abierta o subrepticiamente pretendían justificar una dura represión, Cooke les respondió:

Si los medios de lucha que ha usado (la clase trabajadora) no son del agrado de los personajes que detentan posiciones oficiales, les recordamos que los ciudadanos no tienen la posibilidad de expresarse democráticamente y deben alternar entre persecuciones policiales y elecciones fraudulentas [...] No sé si este movimiento nacional de protesta es subversivo, eso es una cuestión de terminología, y en los países coloniales son las oligarquías las que manejan el diccionario (Obras completas, Tomo IV, p. 118).

La intervención irascible y desmedida de las fuerzas de seguridad —que no vacilan en ingresar al Frigorífico con blindados— hizo que el conflicto se extienda por todo el barrio de Mataderos —solidario con los trabajadores del frigorífico— y las zonas aledañas. El pueblo del barrio de Mataderos se enfrentó a los tanques, a los carros de asalto y los bastones de la Guardia de Infantería, a las armas largas de los agentes de civil de la División Investigaciones, a los policías que cabían en más de veinte ómnibus. De este modo, el pueblo del barrio de Mataderos escribió con los actos heroicos de la humanidad común una de las páginas más épicas de la Resistencia Peronista y de la resistencia popular contra la opresión.

La experiencia de la toma del Frigorífico y la huelga hizo un gran aporte a la deconstrucción del nacionalismo como ideología de la unidad nacional y de la colaboración entre las clases antagónicas. Al tiempo que contribuyó a forjarlo como un motivo de discordia entre ellas y como un componente imprescindible de la subjetividad plebeya en la lucha de clases en un país periférico.

En este contexto, Cooke comenzó (condicionan jóvenes dirigentes sindicales combativos. Incluso en esas circunstancias se volvió a hablar de “cookistas” o de “cookismo”, pero ahora la definición adquiría contornos más precisos. Por ese entonces, tomaron contacto con Cooke dos hermanos preadolescentes, Fernando y Juan Manuel Abal Medina, movilizados por el conflicto. Pero la huelga fracasó y Cooke debió exiliarse en el Uruguay.

El Consejo Supervisor y Coordinador sostuvo públicamente que la huelga había sido organizada por un sector del peronismo aliada a los comunistas y que Cooke carecía de autoridad dentro del Movimiento. Lo calificaron de “loquito y terrorista”. Lo enlodaron hasta lo indecible. Intentaron demostrar que el delegado, y por lo tanto la huelga general, habían sido desautorizados por Perón.

Pero lo cierto es que Cooke actuaba en consonancia con las directivas de Perón. No se apartaba ni un ápice de las mismas. En la carta del 18 de enero de 1959, desde Ciudad Trujillo, Perón le decía: "Debemos levantar la más grande agitación y producir los mayores bochinches mientras Frondizi esté en Estados Unidos. En ello coincido totalmente con Usted, 'hay que hacer en grueso'...".[92]

Pero el delegado era consciente de que el Consejo Supervisor y Coordinador actuaba contra él al amparo de posiciones concedidas y de conceptos vertidos, también, por el propio Perón. Cooke se lo hizo saber en la carta del 5 de febrero de 1959:

Los peligros inherentes a mi actividad, las medidas que diariamente se toman contra mi familia y mis amigos, todo eso son riesgos que siempre he corrido con plena conciencia y forman parte de lo que debe soportarse cuando se lucha por una causa como la nuestra. Pero las puñaladas por la espalda, desde el propio Movimiento, al amparo de posiciones otorgadas por Ud., eso ya es otra cosa, y no puedo silenciar mi enérgica protesta (Obras completas, Tomo II, p. 439).

El General no le respondió. Sobrevino un silencio intenso. La correspondencia se interrumpió por un tiempo largo. Perón volvió a escribirle recién a fines de julio de 1960, en un contexto totalmente distinto, para fijar su posición —favorable, aunque como siempre ambigua— con relación al proceso revolucionario que se desarrollaba en Cuba.

Después de 1959, Cooke comenzó a perder gravitación política. Dejó de ser el delegado de Perón y fue reemplazado en sus funciones por el Consejo Supervisor y Coordinador del Movimiento. Oculto en la estancia de su amigo Facundo Larguía, en Arroyo del Medio, provincia de Santa Fe, o un pequeño chalet en la localidad de Wilde, en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, mantendrá contactos con distintos dirigentes políticos y gremiales del peronismo y la izquierda. Tratará de reformular la línea intransigente e insurreccional, línea que Perón ya había abandonado y en la que nunca confió demasiado. Este puede

considerarse como el momento exacto en el que Cooke, objetivamente, deja de reconocer a Perón como su jefe político, como lo que Cooke denominaba en una carta al General del 11 de agosto de 1964: “Un dispensador de mandatos y posiciones” (Obras completas, Tomo II, p. 581). Y aunque no duda de la talla de su liderazgo y sigue depositando expectativas en un hipotético rol revolucionario de Perón… ¿Puede sostenerse que esas expectativas se traducían en un reconocimiento hacia el General como referente estratégico después de 1959 0 1961? Nosotros creemos que no. En todo caso, se puede afirmar que Cooke abrigó durante un tiempo la expectativa de que Perón abrazara una estrategia revolucionaria, que la dinámica de los acontecimientos y de las luchas populares lo condujera gradualmente hacia la misma.

En la correspondencia —que continuará, aunque con baches sintomáticos— Cooke prácticamente abandona la fórmula: “mi querido jefe”, por: “mi querido General”. Se dirige a Perón como “jefe” por última vez el 18 de octubre de 1962. Perón, por su parte, abandona la formula “mi querido amigo” y comienza a llamarlo “mi querido Bebe”. Cooke es frontal. Perón, cuanto más familiar, más lejano. Como propone Horacio González, tal vez Perón comience a llamarlo “Bebe” en plena desavenencia política, como una forma de decirle a Cooke que infantiliza el análisis político.[93] Agregamos nosotros: Perón se colocaba en un plano superior, “adulto”, como una forma sutil de descalificar los planteos de Cooke, tratándolos como sonajeros políticos.

La primera carta en la que Cooke lo llama “mi querido General” es del 11 de septiembre de 1960. Esa carta inicia un monólogo de Cooke. Durante cuatro años se suceden varias cartas de Cooke sin respuesta de Perón, desde Buenos Aires, La Habana, París. Perón, por fin, le responde el 25 de agosto de 1964.

Cooke desentraña el juego de Perón: oportunista, pendular, estratégico, instrumental, según los diferentes puntos de vista. Aprende que nunca conviene escuchar o leerlo literalmente.

En 1961 Alberto Campos asume las funciones de delegado personal. Perón se va distanciando lentamente, sin hacer demasiado ruido, de la línea intransigente. Entonces se acerca a Oscar Albrieu, Leónidas Saadi, Atilio Bramuglia, Antonio Cafiero, Raúl Matera... Alberto Itube, designado por Perón como jefe del Consejo Coordinador y Asesor, tratará por todos los medios a su alcance de dejar en claro ante la "opinión pública" que el peronismo estaba definitivamente en la legalidad.

Y en ese mismo tiempo, Cooke le plantea a Perón que en el Movimiento coexisten distintos proyectos. Vislumbra la lucha de clases al interior del peronismo y a Perón como el conductor táctico de estrategias opuestas.

Ernesto Goldar hace referencia a la realización de una asamblea clandestina en Buenos Aires, a fines del año 1959. Se trataba del Congreso de la Liberación Nacional, un hito fundamental en el proceso de transición político-ideológico de Cooke y, por ende, en la conformación de lo que denominamos "cookismo". Goldar sostiene que en este Congreso:

Cooke define claramente el programa. Su intervención es rica y abarcadora. Trata sobre la lucha contra Frondizi, la táctica de alianzas, el Frente de Liberación, la crítica de los partidos tradicionales y del reformismo, el problema militar, los antagonismos de clases, la misión del proletariado, el plan y el método para la toma del poder.[94]

Pero será más adelante cuando desarrollemos diversos tópicos de la intervención de Cooke en este Congreso.

---

90 Salas, Ernesto, “Cuando John William Cooke fue acusado de traicionar la revolución”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 35.

91 Existía también la Federación de la Carne, que nucleaba a los trabajadores del sector privado. El Sindicato del Frigorífico Nacional nucleaba a los trabajadores y a las trabajadoras del sector estatal, específicamente del Mercado de Liniers y del Frigorífico Lisando de la Torre.

92 Carta de Juan Domingo Perón a John William Cooke, Ciudad Trujillo, 18 de enero de 1959. Se trata de una carta que no figura en Perón-Cooke. Correspondencia, Tomo I y II, tanto en las ediciones de Papiro (1972) como en la de Parlamento (1984-1985). En el tomo II, en ambas ediciones, se pasa de una carta fechada el 14 de enero a otra del 5 de febrero de 1959. Tampoco figura en: Cooke, John William, Obras completas, Tomo II [Correspondencia Perón-Cooke], Buenos Aires, Colihue, 2008. [Eduardo Luis Duhalde compilador]. Original en el archivo de Héctor Tristán. Gentileza de Fermín Chávez. Publicada en: Mazzeo, Miguel, John William Cooke, Textos Traspapelados (1957-1961), Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000.

93 González, Horacio, “Presente de Cooke en la historia de las ideas argentina”, Op. cit., p. 28.

94 Goldar, Ernesto: “John William Cooke. De Perón al Che Guevara”. En: revista Todo es Historia, N.º 288, junio de 1991, p. 24.

El contexto estructural:

“racionalización” y Resistencia

Cuanto más comprenden que el comportamiento del vencedor está penetrado tanto de sentimientos de culpa como de debilidad, tanto más se tiñe la resistencia con una idea de venganza.

Max Horkheimer

Los orígenes del peronismo están enmarcados en una etapa de acumulación capitalista basada en la ampliación del mercado interno que generó un cambio cuantitativo y cualitativo en la situación de la clase trabajadora argentina. Esta etapa se caracterizó por un incremento constante del nivel ocupacional y salarial, por una tendencia a la homogeneización de los salarios entre los diferentes sectores de la clase trabajadora y por el alto nivel de sindicalización. El peronismo del año 1945 se correspondía con un modelo de acumulación y con una particular alianza de clases en el poder.

El modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), iniciado en la década del 30, profundizado y socialmente reformado en la década del 40, se basaba en la acumulación extensiva de capital a través de la incorporación de mano de obra al proceso productivo y la obtención de plusvalía absoluta. Se expresó, cuando alcanzó cierto grado de desarrollo, en una alianza política de clases integrada por la burguesía industrial nacional (y sectores de la oligarquía diversificada), un sector del Estado, principalmente las Fuerzas Armadas, y los trabajadores. La alianza confrontó con el proyecto de la burguesía agraria terrateniente y la injerencia imperialista, pero no atacó las bases materiales de su poder: la propiedad de la tierra y los medios de producción. Además, los trabajadores ocuparon un lugar subordinado y la redistribución del ingreso no se apartó de los formatos capitalistas. Consistió, por lo tanto, en una redistribución por la vía del consumo popular y no por la vía de la socialización de los medios

de producción y la democratización en el terreno de la producción, es decir: en el núcleo mismo del proceso de generación de la riqueza.

El historiador Daniel James, en una de sus principales obras, recupera el testimonio de un trabajador que, sin demasiadas sutilezas, decía: “Con Perón éramos todos machos”.[95] Aunque el peronismo no se propuso alterar sustancialmente las relaciones sociales capitalistas, generó un marco político que modificaba las relaciones de fuerza en la sociedad. Esto se podía apreciar en las fábricas, en los barrios, en el campo (tengamos en cuenta, por ejemplo, los alcances del Estatuto del Peón), en los lugares públicos, en algunas instituciones, etcétera. Sin la pretensión de eliminarla, el peronismo había desvirtuado la coacción económica, había menoscabado el “despotismo de fábrica”. Por eso, entre otras cosas, comenzó a delinearse como “el hecho maldito del país burgués”, como decía Cooke.

Existen interpretaciones de la historia económica argentina (y de la historia argentina en general) que presentan una marcada tendencia a “embellecer” a la burguesía nacional de los años 40. En líneas generales tienden a plantear que sus posibilidades fueron coartadas por las políticas implementadas después de la caída de Perón. Sin dudas, en la comparación con las burguesías industriales de otros países de Nuestra América, la burguesía industrial argentina sale favorecida (la excepción puede ser Brasil). Pero esa ventaja parcial no es suficiente para asignarle roles vanguardistas. Habría que relativizar sus posibilidades y ser más prudentes a la hora de especular respecto de sus malogradas proyecciones. La caracterización de este “actor” propuesta por Eduardo Basualdo nos parece más cercana a la realidad:

Las empresas que debían ser la vanguardia de la industrialización, condición ineludible para consolidar el capitalismo de Estado que proponía el peronismo, en realidad constituyeron un conjunto numeroso de firmas que apenas logró una raquítica incidencia en la producción clave, debido a la escasez de recursos disponibles para llevar a cabo los grandes emprendimientos.[96]

La caída del peronismo coincidió con una etapa de expansión imperialista caracterizada por un cambio en la composición y orientación de la exportación de capitales basada en la exportación de tecnología, y por la integración horizontal y vertical del capital transnacional.

A nivel local, este proceso se puede relacionar directamente con la implementación de las políticas desarrollistas y la paulatina transnacionalización de la economía argentina. Coincidió, fundamentalmente, con la disolución de la alianza peronista de 1945 y con la estructuración de una nueva (pero inestable) alianza de clases en el poder.

Durante el período 1957-1961, el sistema capitalista en la Argentina sufrió un proceso de transformación y se produjeron cambios en el modelo de acumulación. El Estado conservó una presencia importante pero se orientó básicamente a la seducción del capital extranjero (con el fin de favorecer las inversiones directas en las ramas industriales pesadas), a la construcción de los marcos jurídicos y políticos más adecuados, y al desarrollo de incentivos necesarios para que este pueda desenvolverse sin trabas. Este proceso estuvo en correlación con la situación que atravesaba el capitalismo mundial, donde las multinacionales buscaban instalarse en diversos países periféricos con el fin de producir bienes de consumo durables y abastecer a esos mismos mercados.

Si bien el proyecto desarrollista no se planteaba un abandono de la matriz sustitutiva de importaciones (de hecho, hubo una clara apuesta a su profundización), sí se modificaron algunas pautas de su funcionamiento previo. El bajo nivel de las inversiones y el estancamiento relativo de las exportaciones de productos primarios dificultaban el acceso a los insumos que exigía la expansión de la industria. Desde comienzos de la década del 50 era posible detectar un problema en la economía argentina: no se podía sostener el proceso de industrialización pagando los insumos (combustibles, bienes de capital) con las exportaciones agropecuarias. El desarrollismo pretendió resolver este problema apostando al capital monopólico transnacional, principalmente norteamericano.

En ese sentido, y según Ernest Mandel:

La creciente exportación de elementos de capital fijo [...] conduce a un creciente interés por parte de los grupos monopolistas más poderosos en la industrialización del tercer mundo. Después de todo, no es posible vender máquinas a los países semicoloniales si no se les permite usarlas. En último análisis es esto —y ningún tipo de consideración política o filantrópica— lo que constituye la raíz principal de toda la “ideología desarrollista” que ha sido fomentada en el tercer mundo por las clases gobernantes de los países metropolitanos.[97]

El capital monopólico transnacional adquirió así una función dominante en la formación económico-social argentina. La acumulación de capital pasó a ser intensiva, basada en la extracción de plusvalía relativa a partir de la sustitución de mano de obra por capital. Así lo expresa Mónica Peralta Ramos:

La política de ampliar la acumulación mediante la creación de un mercado interno a través de una política redistributiva tiene sus propios límites. Esta política distributiva, indispensable en un momento determinado para evitar la crisis y ampliar la acumulación, se torna en un segundo paso en el propio obstáculo de esa acumulación, en la medida en que trae aparejada una disminución importante de la tasa de ganancia del capital industrial. Para restituir la ganancia a sus niveles anteriores se hará necesario reemplazar mano de obra por capital y se pasará entonces a la tercera fase de la acumulación caracterizada por la explotación intensiva de la mano de obra.[98]

Más allá de que el desarrollismo no modificó la estructura dependiente de la Argentina, por el contrario, la profundizó, se puede decir que impulsó una modernización relativa del capitalismo argentino. Por cierto, desde fines de la década del 50 se elevó la composición orgánica del capital por la vía del uso

intensivo de la capacidad instalada, del aumento de la productividad y la incorporación de bienes de capital y nuevas tecnologías. Este modelo, con altibajos, se mantendrá hasta el golpe de Estado de 1976.

Este cambio en el modelo de acumulación contribuyó a que la extracción de plusvalía relativa se convirtiera en la modalidad dominante del proceso de acumulación de capital en la Argentina. De esta manera, se produjo una generalización social del sistema del capital y de la contradicción capital-trabajo. Los corolarios más importantes de esta nueva situación excedieron el plano de lo estrictamente material, tuvieron proyecciones sociales y políticas, influyeron en las identidades colectivas. En concreto, sin caer en simplismos deterministas y en exégesis economicistas, creemos que influyeron y condicionaron en el proceso que pondrá en evidencia las limitaciones del nacionalismo populista y que potenciará sus contradicciones. Desde el punto de vista ideológico y político se produjo una bifurcación: un camino conducirá a formatos desarrollistas (en sus distintas versiones, "democráticas" o "autoritarias") y otro, a versiones radicalizadas, socialistas o filo-socialistas.

Asimismo, este cambio en el modelo de acumulación alteró sustancialmente el rol de la burguesía nacional. Algunos sectores perdieron incidencia en el marco de la economía nacional y poder político (la "raquítica incidencia" de la que hablaba Basualdo). Se trata de una franja de la burguesía que persistirá "nacional" y que en los años posteriores se opondrá a este proyecto. Otros sectores, concretamente la oligarquía diversificada, se vincularán estrechamente al capital transnacional o profundizarán los vínculos preexistentes. Claro está, el proyecto no contará con la adhesión de la clase trabajadora.

Las políticas que apuntaban a conciliar capital y trabajo se tornaron cada vez más inviables. Salvo casos puntuales de lucidez extrema, los sectores más débiles de la burguesía nacional, aun los más vinculados al mercado interno y los menos vinculados a la oligarquía diversificada y al capital extranjero, coincidieron inicialmente con los objetivos de quienes derrocaron a Perón, entre otros: recuperar rentabilidad empresarial, reducir los salarios reales, reducir el

gasto estatal.

En síntesis, este proceso, y la realidad que generó en el plano material y social, negó el despliegue de las condiciones “estructurales” para una alianza como la del año 45; esto es, una alianza del capitalismo urbano con los asalariados.

La nueva etapa del desarrollo capitalista argentino exigía imponer una “organización científica del trabajo”, una “racionalización”; pero esta requería, a su vez, determinadas condiciones políticas, dado que las políticas de racionalización pretendían imponer una dinámica en la cual el aumento del valor de los medios de producción debía estar por encima del valor de la fuerza de trabajo. Las modalidades del proceso, los elementos que lo impulsaban —principalmente los sectores más concentrados de la oligarquía diversificada—, el capital transnacional, o aquellos elementos que lo retrasaban —en particular la resistencia obrera identificada con el peronismo proscripto—; tuvieron una relación directa con el régimen político.

El intento de reformular las bases del capitalismo argentino tiene orígenes que se inscriben en los últimos años del decenio peronista, pero durante esa etapa la naturaleza del régimen tornó inviable la imposición del nuevo modelo. Después del golpe de 1955 se avanzó en esta dirección, pero tanto las debilidades del gobierno militar a la hora de ampliar su legitimidad como la Resistencia Peronista —que ofreció una valla de contención— permitieron una aplicación muy limitada y parcial.

Los factores que explican esta parcialidad (y las actitudes de los empresarios, el Estado y el movimiento obrero) varían según el período que tomemos como referencia: 1952-1955, 1955-1958 o 1958-1961.

A comienzos de la década del 50, en el marco del gobierno peronista, los

empresarios, y en menor medida el Estado, iniciaron los primeros intentos de “racionalizar” la producción y de reestructurar el equilibrio de fuerzas en la clase trabajadora. El Congreso Nacional de la Productividad de 1954 buscó darle una forma institucional a dichos intentos.

Pero si bien el peronismo en el poder (en esa etapa) estaba de acuerdo con los sectores que pugnaban por la “racionalización” y por un nuevo rol del Estado tendiente a la regimentación social, al mismo tiempo no podía dejar de dar cuenta de la oposición a la misma por parte de ciertos trabajadores que invocaban su adhesión a un régimen que, aunque no cuestionaba al capitalismo, concebía a la empresa como una “comunidad” y se oponía al poder coercitivo de la autoridad empresaria. La oposición a las fórmulas “racionalizadoras” del capitalismo argentino aparecía así, en parte, justificada por la retórica oficial.

Daniel James señala que la oposición se tradujo en no cooperación y no tanto en acciones huelguísticas.[99] Así, los trabajadores resistieron oponiéndose a los nuevos esquemas de incentivos. Los empresarios utilizaron como estrategia el pedido de revisión de las cláusulas de los contratos que reglamentaban las condiciones de trabajo. Pero, sin quitar importancia a las cuestiones aludidas, debemos señalar que el obstáculo más efectivo a la “racionalización del trabajo” provino de las comisiones internas de fábrica. En el Congreso Nacional de la Productividad, si bien no se cuestionaba a las comisiones internas, las patronales se quejaban amargamente de la indefinición de los límites de sus atribuciones en los lugares de trabajo. Hasta 1959, las comisiones internas (legales primero, semiclandestinas o clandestinas desde 1955) constituyeron el principal impedimento para la imposición de la “racionalización del trabajo”.

Por otro lado, el período 1955-1958 está signado por el persistente accionar del Estado en el intento de revertir la distribución del ingreso, incrementar la productividad y la rentabilidad empresarial, para lo cual resultaba indispensable avanzar en la “racionalización del trabajo”. La dictadura militar creaba las condiciones para utilizar la fuerza del aparato estatal contra los trabajadores y el movimiento obrero, especialmente contra las comisiones internas. La

“racionalización del trabajo” buscaba avanzar a través del manejo patronal de la movilidad obrera, implementando esquemas de incentivos y tratando de eliminar las oposiciones. No fue más allá de metas cortas porque la Revolución Libertadora (Fusiladora) compartía las inclinaciones de la burguesía agraria terrateniente y, fundamentalmente, porque los trabajadores iniciaron la lucha defensiva: la Resistencia Peronista. Esta, con sus acciones de sabotaje, con sus actividades “insurreccionales”, con sus huelgas y sus redes de comisiones internas semiclandestinas o clandestinas, pilares de las luchas obreras de la época, se combinaron con una reivindicación política fundamental: el retorno de Perón. Esta era la línea intransigente. Vale tener presente que, a pesar de la intensa represión, durante 1956 lograron constituirse cuatro centrales obreras clandestinas: la CGT Única e intransigente, el Comando Sindical, la CGT de Emergencia y la CGT “Negra”. En 1957 se unificarán bajo el rótulo de CGT “Auténtica”.

Pero la situación cambió a partir de 1958. Con Frondizi asistimos al intento más claro y coherente de racionalización del sistema como una de las precondiciones tanto para la reconstrucción de los beneficios empresariales como para alentar a las nuevas inversiones del capital y el desarrollo de las ramas pesadas. Después de las diez millones de jornadas de trabajo perdidas y de las derrotas de 1959 —represión, listas negras, despidos masivos, descabezamiento de los gremios más combativos y el Plan Conintes[100], y en particular la ya citada huelga del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre[101]—, se quebró la resistencia iniciada en 1956. Las comisiones internas dejaron de ser un instrumento operativo.

Entonces, a partir de 1960 se firmaron nuevas cláusulas en los convenios. Esto significó la posesión por parte de las patronales de criterios formales y legales con los cuales medir la actividad de los delegados, la restricción de las posibilidades de acción de los trabajadores, la introducción de disposiciones que eliminaban los obstáculos a la producción y a la “racionalización del trabajo”. De este modo, comisiones internas y representantes de fábrica terminaban incorporados como último eslabón de una jerarquía de instancias estructuradas.

Finalmente, cabe señalar que lo que terminó de facilitar la imposición de la fórmula racionalizadora fue su aceptación por parte de la dirigencia sindical; por lo menos de los sectores con más peso.[102] En concreto, la dirigencia sindical aceptó las nuevas cláusulas en los convenios. Esto favoreció la institucionalización del movimiento obrero aunque a costa de la disminución de los salarios y del empeoramiento de las condiciones laborales; asimismo, por un lado debilitó al poder gremial en las fábricas (sobre todo el de las corrientes más combativas) y, por el otro, fortaleció a la burocracia sindical, específicamente a las “estructuras” y a los “aparatos” sindicales. A partir de 1961 estaban dadas las condiciones para el enfrentamiento entre las burocracias y las bases.

Cooke percibió, a comienzos de la década del 60, que estos cambios alteraban la vieja estructura sindical que había sido la base de la Resistencia Peronista. Si en algún momento pensó en reformular la línea insurreccional a través de la politización de las luchas gremiales (la insurrección como el corolario de las luchas de los trabajadores), comprendió poco después que eso no sería una tarea sencilla y de rápida concreción.

Este proceso condicionó la evolución político-ideológica de Cooke, quien captó su lógica y previó sus consecuencias inmediatas. En concreto: percibió que este proceso, y las nuevas condiciones estructurales que generaba, negaban las posibilidades tanto para la conformación de una alianza de clases como la del año 1945, como para el desarrollo de una política insurreccional en el corto plazo.

Recurriendo a los términos de Alberto Belloni, podríamos decir que Cooke realizó el necesario “análisis objetivo de las fuerzas en presencia” y comprendió “que la cobertura ideológica general que fue el peronismo se dio, precisamente, como manto doctrinal que conformaba, aparentemente, a obreros y patrones, por la bonanza económica en que se vivía”. Belloni sostenía —¡ya en 1959!— que esta situación había concluido y que tendían a reaparecer las ideologías “naturales” que reflejaban las condiciones sociales de cada sector.[103]

Por cierto, creemos que la pérdida del poder personal de Cooke se relaciona con este proceso, del mismo modo que la profundización y el perfeccionamiento de las funciones “simuladoras” de Perón.

---

95 Véase: James, Daniel, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976), Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

96 Basualdo, Eduardo, Op. cit., p. 52.

97 Mandel, Ernest, El capitalismo tardío, México, Ediciones Era, 1979, p. 65.

98 Peralta Ramos, Mónica, Acumulación de capital y crisis política en Argentina (1930-1974), México, Siglo XXI, 1978, p. 102.

99 Véase: James, Daniel: “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”. En: revista Desarrollo Económico, V. 21, N.º 83, octubre-diciembre de 1981

100 El plan Conintes (Conmoción Interna del Estado) fue aplicado por Frondizi con el aval de las Fuerzas Armadas. El mismo unificaba el mando de las fuerzas represivas en diferentes zonas operacionales bajo el mando de un oficial del Ejército. Paralelamente estableció tribunales militares para juzgar delitos catalogados como “subversivos” o “terroristas”, sometiendo al personal civil de la administración pública y a los trabajadores y trabajadoras de los Ferrocarriles al Código de Justicia Militar. Fue una respuesta del gobierno de Frondizi, de las Fuerzas Armadas y de las clases dominantes a la Resistencia Peronista. Inspirado en las tácticas aplicadas por el ejército colonial francés en Argelia (la “Escuela Francesa”), el Plan Conintes constituye un hito en las políticas represivas

implementadas en la Argentina. Se lo puede catalogar como un antecedente del terrorismo estatal implementado por la última dictadura militar.

101 Véase: Salas, Ernesto, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Tomos I y II, Op. cit.

102 Arturo Frondizi apostó a la "integración" de la clase trabajadora. Fiel a los horizontes generales del "desarrollismo", legalizó su accionar gremial y buscó el acercamiento al peronismo. En las elecciones de marzo de 1962 quedó demostrado que su proyecto de "integración social" conducía inexorablemente al triunfo electoral del peronismo.

103 Belloni, Alberto, Del anarquismo al peronismo. Historia del Movimiento Obrero Argentino, A. Peña-Lillo Editor, Colección La Siringa, Buenos Aires, 1960, p. 69.

Agregaba Belloni: "El Frente de clases, el Frente Nacional de 1945, se ha deshecho y el baluarte fundamental del peronismo es hoy la clase trabajadora. La preponderancia ideológica de ésta última, en la reconstrucción de un Frente Nacional de la nueva época, debe evidenciarse de manera bien clara. Y no será ocultando el hecho de que en el peronismo actuaban grupos diferentes —como la burguesía industrial, la Iglesia, el Ejército, la clase media, etcétera— como podrá contribuirse a reconstruir el movimiento revolucionario" [p. 71].

En busca de una nueva amalgama:

Nacionalismo marxista.

Columnas de Liberación Nacional

Tengo un fuerte deseo.

Y mi deseo, porque es fuerte, entra en la sustancia del mundo.

Fernando Pessoa

Entre julio y septiembre de 1957, Cooke colaboró con la revista Nacionalismo Marxista. Columnas de Liberación Nacional. La publicación, orientada a temas culturales, históricos, políticos y teóricos, aspiraba a ver la calle cada quince días. Como su título lo indica, buscaba en primera instancia favorecer el encuentro entre nacionalistas y marxistas, y —como objetivo más ambicioso y a largo plazo— realizar una síntesis entre nacionalismo y marxismo. Su existencia fue efímera, pues solo logró aparecer en tres oportunidades: el 14 de julio, el 4 de agosto y el 1 de septiembre de 1957.

El fundador y director de Nacionalismo Marxista fue Eduardo Astesano, un intelectual que, al igual que Rodolfo Puiggrós, provenía del PCA y se había acercado al peronismo. Entre los colaboradores de la revista se destacaban: Remigio Alderete, Victorio Belavita, Ernesto Bustamente, Elías Castelnuovo, Antonio Castro, Fermín Chávez, J. Díaz Arroyo, Alba W. Méndez, Antonio Nella Castro, Juan Pablo Oliver, Darío Pretto, Arturo E. Sampay, Domingo Sueiro, Benjamín Villafañe, Juan Vigo y, por supuesto, John William Cooke. También aparecieron en la revista textos de Carlos Marx, Paul Sweezy, Gamal Abdel Nasser, Juan B. Justo, Manuel Ugarte, Ales Bebler y Wladislao Gomulka.

En la contratapa del número 3, se presentaba el sumario del número siguiente, que jamás apareció. La primera nota del número nonato se titulaba “Carlos Marx”, y su autor era el historiador Ernesto Palacio, quien escribió el libro La historia falsificada, simpatizante explícito del fascismo en su juventud, ex diputado peronista y compañero de Cooke y Alicia Eguren.

En el número 1, un artículo de Fermín Chávez: “Nacionalismo y marxismo”, constituye toda una declaración de principios y, prácticamente, oficia de presentación de la revista. El autor, un historiador nacido en la provincia de Entre Ríos, peronista de extracción nacionalista, se refería al contexto que comenzaba a hacer posible el diálogo entre nacionalistas y marxistas, algo impensado unos años antes. Concretamente, el acercamiento era visto como resultado de los cambios en las concepciones de unos y otros; cambios favorecidos de modo indirecto por la política que había instaurado la Revolución Libertadora (Fusiladora). En este artículo, particularmente, se refleja el acercamiento al marxismo desde el nacionalismo:

Frente al marxismo, los nacionalistas hemos asumido casi siempre una actitud de total incomprensión. Y no es extraño que así sucediera. El nacionalismo de nuestros maestros estuvo mezclado en sus orígenes con elementos francamente conservadores y algunos ocultamente liberales. [...] Habíamos nacido antimarxistas; y se sabe cómo los antimarxistas se desembarazan del pensamiento marxista, combatiéndolo sin comprenderlo u oponiéndose estérilmente a un marxismo simplificado y deformado. Pero todo esto es pasado y no presente...[104] (Itálicas en el original).

Chávez reconoce como principal “aporte” del marxismo el “planteo” de la lucha de clases. En este sentido cabe señalar que Nacionalismo marxista reflejaba un cambio de posición en muchos intelectuales y militantes provenientes del nacionalismo, específicamente el de los peronistas (pero no exclusivamente) que comenzaban a cuestionar lo que juzgaban como fundamentos conservadores, idealistas, folklóricos o pseudo románticos del nacionalismo, entre otros, la idea que sostenía que la lucha de clases (o la dialéctica) era un “invento” de algún

agente extraño o de una mente trasnochada y destructiva. También cuestionaban la idea que tendía a considerar como “foráneo” a todo aquello que se contradecía con los intereses de las clases dominantes.

En ese sentido, en La lucha por la liberación nacional (recordemos: un documento de noviembre de 1959), Cooke decía:

El marxismo ha analizado el problema, pero no lo ha creado, porque la lucha de clases no es una teoría, sino un hecho. Esto, que ha sido reconocido por la extrema derecha más esclarecida de los países europeos, constituye una herejía para la oligarquía argentina que, siempre “idealista”, sostiene que la lucha de clases es producto de la prédica de los demagogos y los comunistas y no una resultante del régimen social. Algunos pequeños maccarthys infiltrados en el movimiento popular difunden estos puntos de vista, contribuyendo a sembrar el divisionismo (Obras completas, Tomo V, 185).

No muchos años antes, en 1953, el sacerdote Hernán Benítez realizaba una “autocrítica” que giraba sobre tópicos similares. Decía que el nacionalismo argentino tradicional se caracterizaba por ser más retórico que político y por ser un nacionalismo de “niños bien”. Paralelamente, insistía en que no había que “tenerle miedo a las consecuencias de nuestras propias premisas sociales...”.[105]

Los “maccharthys” de los que hablaba Cooke tuvieron una presencia persistente en el peronismo, conformaron grupos y tendencias heterogéneas de extrema derecha: neo-fascistas, clericales, antisemitas, ortodoxas, antinorteamericanas o pronorteamericanas (invariablemente antimarxistas), místicas, sacrificiales, combativas, marciales, vitalistas, organicistas, de clase media o plebeyas. En carta a Perón del 24 de julio de 1961, Cooke identificaba “grupitos minúsculos de aspirantes a Nietzsche de cuarta categoría que, a nombre del peronismo gritan cosas como ‘sotanas, botas, y chiripá’, persiguen estudiantes judíos, y delatan a los que presumen son marxistas”; y preguntaba: “¿Para qué queremos esa escoria?” (Obras completas, Tomo II, pp. 495-496).

Precisamente, uno de esos “grupitos” atentó contra su vida dos años más tarde, con más precisión el 27 de diciembre de 1963, una noche en la que Cooke estaba reunido con un grupo de integrantes del Instituto Histórico Juan Manuel de Rosas en un restaurante de Buenos Aires ubicado en la calle Hipólito Yrigoyen 581. Junto con él estaban presentes: Alberto Contreras, Jauretche, José María Rosa, entre otros. En medio de la cena irrumpió violentamente un grupo de jóvenes armados. Uno de ellos se adelantó y apuntó directamente al pecho de Cooke. Alguien, un comensal de identidad desconocida, pero audaz, solidario y rápido de reflejos, logró desestabilizar al tirador y la bala terminó pegando en una columna. Hubo más disparos, botellazos, revuelo de mesas y sillas, y hasta desprendimiento de mampostería. Los atacantes se replegaron. Solo hubo heridos leves.

Poco después se supo que los agresores pertenecían a la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN), un “grupito” ultranacionalista vinculado con el sacerdote Julio Ramón Meinville, miembro de la arquidiócesis de la ciudad de Buenos Aires, defensor inflexible de los principios de Santo Tomás de Aquino e ideólogo de grupos antisemitas y de extrema derecha.

Meinvielle no solo oficiaba de mentor en materia de cosmovisiones generales; pretendía ejercer un liderazgo en todos los planos y no se privaba de asumir funciones directivas. Por lo tanto, es muy probable que él mismo haya sido quien concibió y dio la orden de atentar contra Cooke.

A fines de la década del 50, Meinvielle había sido uno de los principales mentores del Movimiento Nacionalista Tacuara (MNT), liderado políticamente por Alberto Ezcurra Uriburu. Pero a comienzos de la década del 60 se distanció de esta organización porque consideraba que se estaba “peronizando” y, en simultáneo, estaba siendo copada por ideas “trotskistas y ateas”, introducidas por algunos militantes influenciados por la Revolución Cubana.

Pero además, Meinvielle tampoco compartía el punto de vista de otros referentes intelectuales de Tacuara como Jaime María de Mahieu, un francés de antecedentes filo-fascistas que llegó a la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de su vida, De Mahieu mantuvo vínculos con espacios neofascistas, como la revista Dinámica Social, pero se lo suele recordar por ser uno de los defensores de la tesis que sostiene que los Caballeros Templarios arribaron al continente americano antes de Cristóbal Colón.

El tema es que Perón tenía una gran estima por este personaje y lo designó como Secretario Nacional de la Escuela Superior de Conducción Peronista. En el Congreso Nacional de Filosofía en Mendoza, en 1949, De Mahieu, presentó un trabajo y fue uno de los representantes de la "filosofía argentina". Pero para Meinville de Mahieu era un… ¡comunista!, sobre todo por sus "ideas favorables a un Estado y una economía comunitarios". Más allá de estas exageraciones, el proceso de radicalización política del nacionalismo argentino era bien real.

Por cierto, de las brigadas sindicales del MNT se desprenderá en 1961 el Movimiento Nueva Argentina (MNA), encabezado por Dardo Cabo[106], que se definirá como nacionalista-peronista. Años más tarde, el MNA se encargará, por ejemplo, de la seguridad de Isabel Perón en su gira política de 1965, que tenía como objetivo principal respaldar Ernesto Corvalán Nanclares, candidato de Perón a la gobernación de la provincia de Mendoza, enfrentado a Alberto Serú García, el candidato de Vandor.

Y también al año siguiente, el 28 de septiembre de 1966, tres militantes del MNA participaron del "Operativo Cóndor", que consistió el secuestrar un avión de pasajeros en pleno vuelo, desviarlo hacia las Islas Malvinas, ocupar Puerto Stanley (Puerto Argentino) durante varias horas y enarbolar la bandera argentina. Por otro lado, Dardo Cabo fundó en 1970 la organización Descamisados, que terminó fusionándose con Montoneros; y también lanzó la revista El Descamisado. Cabo fue asesinado por la última Dictadura Militar en enero de 1977.

Pero en 1963, del tronco principal del MNT se desprendió el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), que asumió posturas filo peronistas y un nacionalismo revolucionario que se radicalizará vertiginosamente hacia la izquierda. Sus principales referentes fueron José Luis Nell Tacci y Joe Baxter. El 29 de agosto de 1963, el MNRT protagonizó el asalto al Policlínico Bancario.

En cambio, la GRN se definió a favor de la consigna: "Dios, Patria y Hogar". Una sola circunstancia sirve para caracterizar con rigurosidad el perfil desquiciado de este grupo: en 1964 la GRN se desvinculó de Meinville porque consideraba la posibilidad de que el cura tuviera remotos orígenes familiares judíos.

En ese sentido, Roberto Bardini afirma:

Desde la publicación de su primer libro, Concepción católica de la política (1932), hasta su última conferencia, "Civilización cristiana versus comunismo" (1972), dictada en México durante el VI Congreso de la Liga Anticomunista Mundial, Meinvielle proyectó su pensamiento durante cuarenta años e influyó sobre cuatro generaciones de nacionalistas: los simpatizantes de los golpes de 1930 y 1943, los partidarios de la Revolución Libertadora de 1955 y los grupos juveniles de la década del 60. Entre sus seguidores se cuentan militares, profesionales civiles —especialmente abogados— y estudiantes secundarios y universitarios.[107]

Asimismo, Meinvielle había sido autor de libros como El judío en el misterio de la historia (1959), El comunismo en la revolución anticristiana (1961), El poder destructivo de la dialéctica comunista (1962), entre otros títulos del mismo tenor, por lo general publicados por el sello editorial Theoria.

El cura escribía cosas como estas:

Para preparar su punto crítico, el comunismo necesita operar en la sociedad que quiere transformar en comunista, haciéndose pasar como no comunista y aun anticomunista. Ya se sacará la careta en el momento oportuno. Y así se presentará como paladín de la liberación nacional, o de la democracia contra la dictadura, o del antiimperialismo, o de la paz, etcétera. Importa saber detectar a tiempo la maniobra táctica y estratégica del comunismo porque luego, cuando alcanza el punto crítico que le permita dar “el salto” y apoderarse del poder público, es muy difícil desalojarle. El reciente caso de Cuba así lo manifiesta una vez más.[108]

… o como estas:

El comunismo es cosa diabólica y está conectado necesariamente con el satanismo. Y así como todo el curso histórico de la bondad de los hombres se orienta en definitiva a la edificación del Cuerpo Místico, también la malicia de los siglos cristianos, naturalismo, liberalismo, comunismo, conduce a la admiración pública y universal de Satán.[109]

El modelo político que reivindicaba Meinvielle era el de la ciudad católica medieval. Consideraba que todo lo que llegó después en la historia significó decadencia y degradación, en particular los hitos como la Reforma, la Revolución Francesa y la Revolución Rusa.

Cooke sabía de la presencia de estos grupitos, o similares, en el seno del peronismo. Sin ir más lejos, él había compartido la labor parlamentaria con otro cura, el Padre Virgilio Filippo, diputado peronista en 1946 y autor del prólogo al libro de Carlos Silveyra El comunismo en la Argentina, dedicado al Coronel Carlos H. Rodríguez, uno de los organizadores de la Sección Especial Contra el

Comunismo. Por supuesto, conocía a muchos miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN). Y algunos —solo algunos— de sus compañeros del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones históricas comulgaban con ideas muy afines.

En Peronismo y Revolución, Cooke afirmaba:

La derecha nacionalista, desde el paternalismo más o menos corporativista hasta las expresiones del fascismo más primario, refuerza las posiciones de la derecha peronista y, aprovechando la invertebración ideológica y práctica de la burocracia, ha logrado en los últimos tiempos penetrar en el seno del Movimiento y constituir un sector que en la superestructura tiene una gravitación que no guarda correspondencia con su falta de representatividad del sentir de las bases (Obras completas, Tomo V, p. 52).

Pero ni en sus premoniciones más pesimistas, Cooke hubiese podido imaginar el peso que esos “grupitos” adquirirían años más tarde en la sociedad argentina y, particularmente, en el seno del peronismo. Como efecto de la lucha de clases y las pujas de poder al interior del peronismo, y también porque Perón se dedicó a alentarlos con palabras y gestos que habilitaban identificaciones con el peronismo desde posiciones reaccionarias y ultraconservadoras.

Cooke no sospechó la seducción que ejercerían sobre una franja del activismo político lo que él llamaba con absoluta certeza “consignas de la edad piedra”. No asistió al encumbramiento del “Brujo” José López Rega, al surgimiento de la Triple A, o de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), inspirada por Carlos A Disandro, profesor de Griego y Latín de la Universidad Nacional de La Plata, quien tenía contactos con Perón. Cooke tampoco llegó a conocer los pasquines ultraderechistas como El Caudillo, Patria Peronista o Primicia Argentina.

Sí llegó a presenciar el "giro a la izquierda" de alguno de aquellos "aspirantes a Nietzsche", por ejemplo, los sectores que se desprendieron, "por izquierda", de la organización derechista Tacuara. Cooke vio en la historia de Nell Tacci un caso representativo de toda una generación y lo explicó del modo que sigue:

La trayectoria de Nell ejemplifica la de muchos jóvenes que iniciaban su vida política hace más o menos una década, en medio de las frustraciones de una Argentina manejada por una minoría rapaz. Debo omitir referirme al complejo de circunstancias que llevó a un sector de la juventud a ver en las organizaciones nacionalistas de extrema derecha el camino para terminar, por medio de la acción directa, con este estado de cosas. Pero, en la medida que lo impulsaba un auténtico fervor popular y patriótico, fueron percibiendo la naturaleza de ese nacionalismo violento, reaccionario y folklórico, que tras el fuego de su retórica no ofrecía un programa revolucionario sino saldo y retazos ideológicos trasplantados de los fascismos europeos. Sus núcleos paramilitares, lejos de ser dispositivos de combate revolucionario, eran engranajes del establishment, que fustigaban al imperialismo pero lo servían en una práctica inspirada en las consignas del "occidentalismo" y orientada por energúmenos de sacristía rezagados del milenio corporativista, nostálgico medievales y agentes de los servicios de información.[110]

No es fácil evitar la asociación de estos "energúmenos de sacristía" con personajes del perfil de Meinvielle o Ezcurra Uriburu.

Para Cooke, las circunstancias que explican el devenir político-ideológico de Nell Tacci son las mismas que condicionaron el suyo propio. Más allá de que Nell haya pertenecido a una generación más joven, más allá de que el punto de partida haya sido diferente. Agregaba Cooke…

Nell, ligado directamente a la lucha de la masa trabajadora y capaz de asimilar críticamente los datos de la realidad contemporánea, fue uno de los primeros en tomar conciencia de que, en nuestras naciones dependientes, no hay

nacionalismo de derecha posible, y con ese punto de partida, concluir que a esta altura ni siquiera es posible el nacionalismo burgués.[111]

Después de la acción del Policlínico Bancario, Nell Tacci integró una delegación argentina que viajó a China y otros países del “campo socialista” y/o del tercer mundo. Allí estaban el salteño Armando Jaime, Jorge Rulli, entre otros. De este modo, en los términos de Cooke, Nell Tacci completó con esta experiencia el “tránsito” hacia posiciones más radicales, de izquierda. Luego se radicó en Uruguay, donde se vinculó con Raúl Sendic y con la organización Tupamaros.

Cabe destacar que muchos militantes del MNRT, una vez disuelta la organización, optaron por sumarse a las Fuerzas Armadas Peronistas-Peronismo de Base (FAP-PB), una organización que, como veremos, se caracterizará por una impronta cookista bien nítida. Sin embargo, no fue precisamente el caso de Nell, quien se sumó a Montoneros. El 20 de junio de 1973 fue baleado en Ezeiza. No murió, pero quedó cuadripléjico; y el 10 de septiembre de 1974 optó por dejar de sostener esa forma de sobrevida.

Existen otros elementos que resultan insoslayables a la hora de explicar estos cambios en el nacionalismo argentino. Específicamente para el caso de Tacuara, Eduardo Galeano señalaba un cambio en su composición social desde comienzos de la década del 60, cuando comenzaron a sumarse a la organización jóvenes de la clase trabajadora y de la clase media baja de los suburbios. En esas circunstancias, los apellidos patricios comenzaron a perder presencia; dejaron de acercarse a la organización quienes solo pretendían defender la enseñanza “libre” (religiosa) o canalizar su agresividad hacia los miembros de la colectividad judía, trabajadores y/o militantes “comunistas”. En su artículo “Los jóvenes fascistas descubren su país”, de 1967, decía Galeano:

A partir de los 60, ciertos autores nacionalistas de izquierda habían empezado a atraer la atención de algunos dirigentes medios de Tacuara; el proceso mismo de acción y lucha se encargará del resto: al enfrentarse con los enemigos reales de

la revolución nacional, del brazo de los militantes sindicales peronistas, algunos jóvenes fascistas derribarán los mitos que antes veneraban y se radicalizarán en dirección inversa. El antisemitismo y el anticomunismo sistemáticos, que les ofrecían chivos emisarios sucedáneos de los enemigos reales, dejarán de serles necesarios en la medida en que, al profundizarse, el proceso mismo descubrirá a sus ojos los verdaderos factores de la crisis y el sometimiento del país.[112]

Entonces, el proceso histórico argentino —incluyendo sus “frustraciones”—, la lucha de la clase trabajadora y las luchas del tercer mundo, la experiencia de la Revolución Cubana; constituyen los hitos que explican la radicalización política de toda una generación, que incluía a importantes franjas del activismo nacionalista y que, a la vez, dan cuenta de su acercamiento al marxismo. Para el resto, no había muchas alternativas. No fue casual que hayan terminado como cruzados o asimilados a los organismos represivos del Estado.

Para Nacionalismo marxista, la condición de posibilidad de este encuentro entre el nacionalismo (peronista o filo-peronista) y el marxismo, al que se veía como una encrucijada políticamente necesaria, exigía que los nacionalistas argentinos se acercaran a las masas y dejaran de ser “burgueses” y que los marxistas argentinos se acercaran a la nación “como hecho histórico”.

Los nacionalistas debían dejar de lado el culto a los héroes (o a los “gauchos embalsamados”) y, en general, sus visiones puramente idealistas de la historia. Debían desprenderse de sus concepciones sociales y políticas elitistas y paternalistas y buscar la sustancia plebeya del nacionalismo, la única válida.[113] Debían reconocer que el pueblo era una totalidad compleja y diversa, pero que excluía a las clases y sectores cuyos intereses y valores eran incompatibles con los de la clase trabajadora. En concreto: debían reconocer que las clases dominantes y las elites políticas y culturales argentinas carecían de una auténtica conciencia nacional y, sobre todo, de intereses nacionales. Asimismo, debían acercarse al marxismo, no solo para dar cuenta de los “factores materiales” y enriquecer así el análisis histórico, no solo porque el hallazgo de una sustancia plebeya los comunicaría forzosamente con las visiones clasistas, sino como

medio para desarrollar un antiimperialismo legítimo, solo factible si se sostiene en “las masas” que, en algunos artículos de la revista, aparecen asociadas de manera exclusiva a la clase trabajadora.

Finalmente, los nacionalistas debían superar sus visiones centradas en la “Patria Chica” y asumir la tradición latinoamericanista, reconociendo a Nuestra América como la “Patria Grande”. Así, debían buscar en la historia de Nuestra América la fuente de inspiración; dado que, en buena medida, se trataba de una historia de resistencia plebeya y popular al colonialismo y al imperialismo y, por lo tanto, ofrecía el terreno adecuado para la articulación entre el nacionalismo y el marxismo.

Los marxistas, por su parte, debían desprenderse de los paradigmas eurocéntricos, de las visiones unidimensionales combinadas con la impronta de la más rancia tradición liberal local: el iluminismo, el positivismo y sus secuelas; en fin, debían deslastrarse de todo aquello que había contribuido a imposibilitar una aproximación sensible y lúcida al peronismo como movimiento político-social y, sobre todo, como realidad de masas. Los marxistas no vieron el universo que bullía “por abajo”, no vieron potencialidades, itinerarios latentes o, lo que es peor, si percibieron ese universo, lo desecharon por “bárbaro”, “inculto” e improductivo en función de la fidelidad platónica a ciertas ideas y esquemas prefabricados. El peronismo, de alguna manera, aparecía como el acontecimiento que volvió a los marxistas argentinos menos marxistas. Tempranamente, hacia el año 1938, Mao Tse-Tung se había preguntado si los comunistas podían ser patriotas, si eran compatibles el patriotismo y el internacionalismo. Para el líder de la Revolución China no solo podían, sino que debían serlo. El patriotismo comenzaba a ser concebido como la aplicación del internacionalismo en la guerra de liberación nacional.[114] Nacionalismo marxista constituyó una de las expresiones locales —también precoz— de ese tipo de concepción.[115] Los efectos de los planteos centrados en las vinculaciones entre socialismo y patria —como el de Mao— comenzaron a hacerse sentir en la izquierda argentina, en el nacionalismo y en el peronismo después del triunfo de la Revolución China y, sobre todo, hacia fines de la década del 50 y comienzos de la del 60, con la emergencia del llamado tercer mundo y con el auge de los procesos de descolonización de Asia y África. La Revolución Cubana, claro está,

profundizó estas tendencias.

De modo excéntrico, ese largo recorrido no hacía más que sugerir un retorno a las raíces: “Habrá Patria para todos, o no habrá Patria para naides”, rezaba un lema artiguista.

La clave antifascista de buena parte de la izquierda argentina hacia mediados de la década del 40 y el lógico rechazo de las tendencias nacionalistas de derecha, que recibieron el espaldarazo del golpe de 1943, no hicieron más que reforzar los lazos que vinculaban a la primera con la tradición liberal. La caracterización del peronismo estuvo condicionada por esta visión distorsionada. En diciembre de 1945 Codovilla fijó la que sería la posición del PCA: “Batir al naziperonismo” fue la consigna. Pero la situación cambiaría drásticamente a fines de la década del 50. El antifascismo comenzó a resignificarse en códigos antiimperialistas. La “revolución” recuperaba las posiciones perdidas en la década anterior frente a la “lucha por la paz”. Una buena parte de la militancia comunista, en particular sus cuadros intelectuales, se sentirían interpelados por este nuevo contexto, lo que también los llevó a reflexionar sobre los efectos de la línea anterior.

Pero volviendo a Nacionalismo marxista, cabe destacar que la revista criticaba principalmente la matriz antiplebeya compartida por nacionalistas y marxistas. La revista, entonces, se presentaba como un ámbito más para ese encuentro entre nacionalistas y marxistas, un ámbito que lo impulsaba y lo celebraba.

En la carta a “Jorge Uzabel” (José María Castiñeira de Dios), del 2 de septiembre de 1957, Cooke opinaba: “Dígale a Fermín que su artículo de “Nacionalismo marxista” me parece excelente, de una lucidez que hace mucha falta en el movimiento para que la gente no se enrede con problemas chicos ni plantee erróneamente las líneas tácticas y estratégicas” (Obras completas, Tomo IV, p. 90). Era 1957 y Cooke todavía sostenía que lo que inhibía al peronismo de cumplir su misión nacional liberadora era la falta de una conducción “adecuada”. Aún no hablaba de conducción “revolucionaria”, sino que definía al peronismo

como un movimiento de integración nacional y, en forma contradictoria, insistía en que debía ser el instrumento político de la clase trabajadora.

Para explicar este acercamiento también deberíamos tener en cuenta la visión del "enemigo" y la tradición de "inversión simbólica" característica del peronismo desde el 17 de octubre del 45 hasta los años 70. A principios de 1957, desde Azul y Blanco, una publicación nacionalista antiperonista, se identificaba al peronismo como una "tendencia izquierdista-trotskista".[116] Muchos sectores persistían en este tipo de calificativos, entre los cuales el más común fue el de "comunista". Tengamos en cuenta que: "cabecitas negras", "descamisados", "bárbaros", etcétera, originalmente fueron epítetos con connotaciones peyorativas y denigratorias, lanzados al movimiento popular desde distintos sectores (incluso desde la izquierda), que fueron resignificados positivamente por el peronismo y se convirtieron en marcas de autopercepción que contribuyeron a la formación de una conciencia política plebeya/popular. Lo mismo sucedió con la acusación de "izquierdistas" o de "zurdos", a partir de 1955, por lo menos en un importante sector del movimiento peronista, que convertiría ese "estigma" en emblema identitario.

Nacionalismo marxista no fue una iniciativa aislada, por el contrario, reflejaba un proceso de confluencia real, de conversiones cruzadas de nacionalistas y marxistas. Por ejemplo, Jorge Ricardo Massetti o Rodolfo Walsh provenían de la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN); Juan Gelman del PCA (Artesano y Puiggrós también, pero su conversión fue anterior, como la de Jorge Abelardo Ramos, proveniente del trotskismo). Y ese proceso estuvo signado por: a) el desarrollo de una conciencia antiimperialista que no podía soslayar las herramientas brindadas por el marxismo; b) un alza excepcional de la lucha de clases que era inseparable de la experiencia de la Resistencia Peronista y c) la consolidación de una matriz política plebeya y antielitista.

En las últimas páginas, en cada uno de los tres números publicados, aparecen documentos políticos —sin firma— que desarrollan el mismo tema: la actitud a seguir en las elecciones para la Convención Constituyente de 1957 y la

necesidad de conformar un Frente Nacional. Los planteos, aunque se haya sostenido el voto en blanco, son los de un sector del nacionalismo y el peronismo (los ex forjistas Jauretche y Scalabrini Ortiz, por ejemplo) cercanos al frondizismo. Esta posición se despliega con absoluta transparencia cuando se afirma que el Frente Nacional tiene un ala legal de "clase media nacional" y ala ilegal con apoyo de las "barriadas obreras"; cuando se defiende el voto en blanco pero no se cuestiona el concurrencismo "para declarar ilegal la constituyente"[117];cuando se habla de reducir las viejas contradicciones a integrar a todos los sectores antiimperialistas; cuando en el tercer y último número, se sostiene la consigna: "Intransigencia en la formación de la vanguardia y máxima flexibilidad en la formación del Frente Nacional".[118]

---

104 Chávez, Fermín: "Nacionalismo y marxismo", en: revista Nacionalismo Marxista. Columnas de Liberación Nacional, Año 1, N.º 1, 14 de julio de 1957, p. 2.

105 Benítez, Hernán, La Aristocracia frente a la revolución (pasajes seleccionados), pp. 113, 114 y 203. En: Releyendo al Padre Hernán Benítez, Ediciones Felipe Varela, Buenos Aires, s/f pp. 5 y 10.

106 Dardo Cabo era hijo del dirigente metalúrgico Armando Cabo, figura destacada de la Resistencia Peronista, luego estrecho colaborador de Vandor. Más adelante volveremos sobre la figura de Armando Cabo. Junto con Dardo Cabo, figuran entre los fundadores del MNA los siguientes nombres: Antonio Arroyo, Edmundo Calabró, Andrés Castillo, Rodolfo Pfaffendorf y Americo Rial.

107 Bardini, Roberto, Tacuara. La pólvora y la sangre, México, Océano, 2002, p. 45. Comenta Bardini que: "Julio Ramón Meinvielle, nacido en 1905, ingresó en el Seminario Pontificio de Villa Devoto y se ordenó sacerdote en 1930. Escribió en diversas publicaciones nacionalistas (Criterio, Crisol, Nueva Política, Sol y

Luna) y en 1945 creó la revista Presencia, donde redactó varios artículos contra Perón. Ese mismo año abandonó su trabajo parroquial para dedicarse a estudiar, escribir y dar conferencias, mientras se desempeñaba como capellán de la Casa del Retiro Espiritual, fundada en 1795 y ubicada en el barrio de San Telmo". p. 45. Meinvielle murió en 1972, en Buenos Aires, atropellado por un auto.

108 Meinvielle, Julio, El poder destructivo de la dialéctica comunista, Buenos Aires, Teoría, 1962, p. 70.

109 Ibidem, p. 81.

110 Cooke, John William: "El caso Nell, clave para el proceso político argentino". En: Baschetti, Roberto, (Recopilación y prólogo), Documentos de la Resistencia Peronista. Op. cit., pp. 268 y 269.

111 Ibidem.

112 Galeano, Eduardo, Nosotros decimos no, México, Siglo XXI, 2003, p. 141

113 Cabe señalar que, en el seno del peronismo, en las décadas del 60 y el 70, se desarrollarán corrientes nacionalistas reaccionarias y filofascistas, pero con perfiles netamente plebeyos. Ese será el caso de Comando de Organización (CdO). Véase: Denaday, Juan Pedro: "Comando de Organización: un peronismo plebeyo, combativo y nacionalista (1961-1976)". En: Quinto Sol, Vol. 20, N.º 1, enero-abril de 2016.

114 Mao Tse Tung: “El papel del Partido Comunista de China en la Guerra nacional” (octubre de 1938). En: Mao Tse-Tung, El libro Rojo, Buenos Aires, Hyspamérica, 1998, p. 72.

115 Vale tener presente que, a comienzos de la década del 70, el director de Nacionalismo Marxista, fue uno de los adalidades a la hora de plantear asociaciones entre Mao y Perón.

116 Citado por: Gil, Germán Roberto, La izquierda peronista (1955-1974), CEAL, Buenos Aires, 1989, p. 13.

117 “Frente Nacional en el voto en blanco”. En: revista Nacionalismo Marxista. Columnas de Liberación Nacional, Año 1, N.º 1, 14 de julio de 1957, p. 30.

118 1- En: revista Nacionalismo Marxista. Columnas de Liberación Nacional, Año 1, N.º 3, 1º de septiembre de 1957. p. 32.

En busca de nuevos interlocutores:

Las revistas Soluciones y

Coincidencia para la liberación nacional

La idea de una conquista "prematura" del poder político por la clase trabajadora se presenta como un contrasentido político, que tiene su origen en aceptar un desenvolvimiento mecánico de la sociedad y en suponer un momento determinado para el triunfo en la lucha de clases, pero al margen e independiente de esa lucha.

Rosa Luxemburgo

Hacia fines de 1958, después de lo que el PCA y otros sectores (en particular los más combativos del peronismo) denominaron "la traición de Frondizi", se produjo un acercamiento entre Cooke y el Partido. Hablamos concretamente de un acercamiento a nivel de dirección, puesto que podemos identificar vínculos a nivel de las bases en la experiencia de la Intersindical de 1957. En relación con estos contactos, Cooke le había comentado a Perón en abril de 1957:

Es inevitable cierta promiscuidad entre nuestros obreros y los comunistas, tanto en la fábrica como en las cárceles. Ellos predican ahora la unión sagrada contra la oligarquía. Lo de Braden es un poco difícil de explicar, por cierto, pero Ud. sabe que ellos no son muy escrupulosos en materia de explicaciones y mientras Codovilla sigue tratando al peronismo de "régimen corporativo-fascista", los militantes de base adoptan una postura afectiva hacia los nuestros (Obras completas, Tomo II, p. 78).

En 1958, durante un tiempo, se barajó la posibilidad de que Perón se instalara en

Brasil. Cooke se entrevistó con Luis Carlos Prestes, legendario líder del Partido Comunista Brasileño (PCB), quien le garantizó que el comunismo brasileño no se plegaría a la campaña antiperonista que podía llegar a desatarse en el país, y que seguramente recibiría un aliento importante desde la Argentina. Años más tarde, desde Cuba, en la carta a Perón del 3 de marzo de 1962, Cooke identificará Partidos Comunistas cercanos al peronismo.

En primer lugar, el de Brasil porque "siempre entendió al peronismo". Cooke tomaba en cuenta que la relación de Prestes con el PCA había sido conflictiva desde siempre. Por ejemplo, en la década del 20, la Internacional Comunista (IC) impulsaba la línea de "clase contra clase" y calificaba al "prestismo" como una forma de "socialfascismo".[119] Años más tarde, Prestes criticó duramente al PCA por apoyar a la Unión Democrática en 1946[120] y mantuvo contactos estrechos con Puiggrós, ex intelectual del PCA que, como vimos, se acercó tempranamente al peronismo. Por esos años de la inmediata segunda posguerra, el PCA estaba influenciado por los planteos del secretario del PC norteamericano, Earl Browder, promotor de una alianza con la "burguesía democrática" en contra del fascismo superstite. Prestes, distanciándose nuevamente del PCA, tampoco comulgó con el browderismo.

Luego, Cooke consideraba especialmente al Partido Comunista del Paraguay (PCP) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV). El primero porque era "partidario de los caudillos populares" y el segundo porque también era "caudillista y defensor de la tradición". Además, porque sus principales dirigentes, los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, tenían arraigo popular y no confrontaban con los grupos "progresistas antiimperialistas". Cooke vaticinó que estos partidos crecerían y se desprenderían del lastre del "dogmatismo" y del "empaque escolástico" (Obras completas, Tomo II, p. 510).

La mencionada huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, en enero de 1959, constituyó un momento favorable para estrechar los vínculos entre Cooke y el PCA. En ese contexto, un sector del PCA, cuya figura más emblemática era Héctor P. Agosti, planteó la necesidad de editar un periódico representativo de

ese nuevo espacio de diálogo político. Previamente, desde el PCA, se habían establecido contactos con sectores disidentes de la UCRI (que se habían apartado del frondizismo, “desilusionados” y “traicionados”), encabezados por Ismael Viñas y Ramón Alcalde. La iniciativa de Agosti fue aceptada al interior del partido. El mismísimo Vittorio Codovilla adhirió al proyecto, aunque algunos dirigentes manifestaron su desacuerdo; tales fueron los casos de Gerónimo Arnedo Álvarez y Rodolfo Ghioldi, este último representante del antiperonismo más visceral y consecuente al interior del PCA.

Fue Ismael Viñas el encargado de establecer contacto con Cooke. El PCA designó a Ernesto Giudici como responsable del proyecto y al periodista Isidoro Gilbert como su ejecutor. Este último, cuatro décadas más tarde, refería lo siguiente: “Vamos a Montevideo y hacemos la entrevista con Cooke… Planteamos un semanario, Soluciones, era una cosa unitaria, de izquierda, amplia, que incorporaba a todas las fuerzas y referentes de la izquierda”.[121] Se decidió que Ismael Viñas fuera el director de la publicación. Jorge Cooke (en representación de John), Ricardo Caballero e Isidoro Gilbert, integraron el consejo de redacción. Alicia Eguren y Héctor Tristán participaron activamente de las negociaciones.

Durante el tiempo en el que Cooke estuvo instalado en Montevideo, el contacto más directo con la revista se realizó a través de Alicia. Luego Cooke se trasladó a Cuba —en abril de 1960— y comenzó a enviar desde allí sus colaboraciones.

El semanario Soluciones fue vocero del voto en blanco en las elecciones de 1960. Al respecto, rememoraba Gilbert: “Recuerdo que el día que se decidió esto hablé con Jorge Cooke y él me dijo: ‘Hablé con mi hermano y me dijo que descorchara una botella de champán’, porque era la primera vez que el PC votaba en blanco”.[122]

La experiencia de Soluciones mostró a Cooke aislado políticamente, cuestionado por diversos sectores del peronismo y víctima del juego pendular de Perón que,

para ratificar a la distancia su rol de conductor, autorizaba y desautorizaba a diestra y siniestra. Mostró a un Cooke que, tratando de plantar una tendencia revolucionaria dentro del peronismo, salía a la búsqueda de nuevos interlocutores por fuera del Movimiento. En este sentido, podemos remitirnos a relaciones que exceden el colectivo de Soluciones. Por ejemplo, la relación que Cooke había establecido con el Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV); organización que, por otra parte, comenzaba a tener una activa participación en las acciones de la Resistencia Peronista. Para el PCA, en cambio, Soluciones constituía otro paso en pos del viejo objetivo estratégico: el Frente Democrático Nacional y Antiimperialista, a esa altura una paralizante mezcla de ilusión y receta.

Asimismo, el PCA por esos años comenzaba a plantear la tesis del "giro a la izquierda" de las bases peronistas, lo que llevaba a patrocinar toda iniciativa supuestamente tendiente a acelerar ese proceso de radicalización. Esta tesis sería ratificada por el XII Congreso del PCA, realizado en Mar del Plata entre el 22 de febrero y el 3 de marzo de 1962. Y fue alentada por el mismísimo Victorio Codovilla.

Cooke, en ese tiempo, planteaba la idea de un Frente de Liberación Nacional. Vale decir que al principio pesaba más la experiencia de la Revolución Argelina que la de la Cubana. Su idea del Frente de Liberación Nacional está presente en La lucha por la liberación nacional, el trabajo que leyó en el Congreso de la Liberación, en Buenos Aires, en noviembre de 1959. Cooke consideraba que el peronismo no podía ser en sí mismo ese frente, pero que sí debía ser su eje articulador. Claro está, para Cooke, el PCA debía ser parte. Entre otros motivos porque estimaba que el PCA estaba en condiciones de realizar aportes metodológicos y doctrinarios.

Además, en ese tiempo, comenzó a barajar la posibilidad de que el PCA modificara su visión de los movimientos nacionales. Situación que, como vimos en la carta a Perón del 3 de marzo de 1962, podrá constatar pocos años más tarde, pero en otros Partidos Comunistas de Nuestra América, no precisamente

en el argentino.

A pesar de sus críticas, duras pero consideradas, Cooke siempre reconoció los méritos de la militancia comunista argentina que, por lo general, eran opacados por los deméritos de su conducción o de su línea política. Por todo esto, la crítica de Cooke al PCA siempre conservó un costado “pedagógico”; buscaba convencer y no defenestrar. Aun en el momento en que percibió que el PCA, con su composición pequeño-burguesa, con su inserción cómoda en las instituciones del sistema, con su matriz liberal a cuestas, con su desacertada idea del semifeudalismo supérstite en la Argentina que lo llevaba siempre a priorizar espacios de disputas interburguesas, estaba por debajo de las definiciones del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS); lo que era mucho decir en las décadas del 50 y el 60.

En concreto: Cooke nunca dejó de considerar la posibilidad de que el PCA se sumergiera en el Jordán de una praxis a contramano de su propia historia, y que lavara su pecado original y otros pecados derivados: haber apoyado a la Unión Democrática en 1946 y el golpe de Estado de 1955. Cooke no estará vivo cuando el PCA vuelva a cometer desatinos de la misma índole (por ejemplo, frente a la Dictadura Militar de 1976). El partido más importante de la izquierda argentina en la década del 50 y a principios de la del 60, a su modo, también era un hecho maldito. Un pigmeo, vertebrado y poseedor de cristales divergentes (pero en desuso).

Como vimos, Cooke se detuvo reiteradamente en situaciones que juzgó como desfasajes contraproducentes para un proyecto emancipador, en circunstancias signadas por una falta de correspondencia que invariablemente remitían a una disociación de fondo entre teoría y práctica. Por ejemplo: desfasajes entre pueblos revolucionarios y dirigencias moderadas (que, por lo general, devenían contrarrevolucionarias), entre militantes abnegados y direcciones oportunistas, entre la incompatibilidad objetiva del peronismo con el sistema de dominación y su compatibilidad subjetiva, entre las tendencias objetivas (o los hechos) y la acción consciente. Y así como consideraba que la ideología del peronismo no

estaba en correspondencia con su realidad como experiencia popular, de alguna manera juzgaba que la experiencia práctica y teórica del PCA no estaba en correspondencia con la ideología radical que invocaba.

En ese sentido, según Daniel Campione: "Cooke reivindicaba en términos prácticos la independencia política de la clase obrera frente a la burguesía, mientras que el PCA levantaba esa independencia en términos teóricos, pero la desmentía con su política concreta".[123] Con relación al contexto que inauguró la Revolución Cubana, Campione nuevamente exhibía al PCA protagonizando una situación de desfasaje, otra circunstancia signada por la falta de correspondencia. Al respecto, decía: "El PCA, aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional y con el de Cuba en especial, adopta una línea de acción que retarda el avance y la integración de las masas".[124]

Es posible que las taras políticas más importantes del PCA en las décadas del 50 y el 60, su abandono a los procesos evolutivos, su reformismo, pudieran derivar de la tendencia a extender el principio de coexistencia pacífica a la lucha de clases a nivel mundial. Esta idea llevó al PCA a retacear su apoyo a las luchas anticoloniales y antiimperialistas en uno de sus momentos históricos de mayor auge.

Finalmente, el semanario Soluciones fue clausurado por el presidente Frondizi en el marco del Plan Conintes, al llegar al número 24. Cabe destacar el carácter represivo y autoritario del gobierno de Frondizi, contra las versiones —reactualizadas por el gobierno de Mauricio Macri, presidente de la Argentina entre 2015 y 2019— que tienden a presentarlo como un gobierno respetuoso de las libertades civiles.

De forma inmediata, los hacedores de Soluciones tomaron la decisión de lanzar una nueva publicación: Coincidencia para la liberación nacional, que jamás vio la luz porque la policía decomisó la tirada completa del primer y único número. Allí se publicó una carta de Cooke enviada desde La Habana, con el título: "1º

de Mayo en La Habana”.[125]

Más allá de la clausura, lo cierto es que se perfilaban diferencias insalvables al interior del grupo, que hacían inviable la continuidad del proyecto. Cooke, a partir de una lectura crítica y totalizadora de la realidad nacional y cada vez más influenciado por la experiencia cubana, comenzaba a sugerir la posibilidad de la lucha armada como alternativa, aunque no inmediata. Pero lo más importante es que el planteo de Cooke comenzaba a superar las limitaciones del programa clásico de liberación nacional.

Alicia, acompañando el punto de vista de Cooke, insistía en convertir a Soluciones en un medio que fuera creando un clima favorable a la lucha armada. El grupo de Viñas y Alcalde, que luego conformaría el Movimiento de Liberación Nacional (MALENA), comenzaba a adoptar una línea similar; línea que, por supuesto, era anatema para la severidad antidialéctica del PCA.

En ese contexto, el PCA realizó una serie de propuestas en contra de la lucha armada, invocando la inexistencia de condiciones objetivas. Además, debemos tener en cuenta la desconfianza y hasta el repudio que se generaba contra todo lo que, desde la izquierda, se hacía al margen del Partido. Pero el problema principal, sin dudas, era la concepción estratégica del PCA, basada en la “teoría” de la revolución democrático-burguesa que constituía, para Cooke, una “obstrucción” teórico política, de la que estaban exentos los trabajadores.

De todos modos, en la década del 60, la crítica de Cooke al PCA giró sobre tópicos diferentes: su pacifismo legalista, su línea pro-soviética, su distancia respecto del guevarismo.

La revista Che, en la que participaron fundamentalmente los sectores escindidos del Partido Socialista Argentino (PSA), aunque también hombres y mujeres del

peronismo y del PC, con Pablo Giussani, David Tieffenberg y Abel Alexis Latendorff a la cabeza, retomó en algunos aspectos la tradición de Soluciones. Si bien Che superó ampliamente a Soluciones desde lo estético —y fundamentalmente desde lo ideológico y lo político—, compartía con ella el intento temprano de integrar al peronismo a una cultura de izquierda. Muy similar es el caso de la revista Liberación, la posterior publicación del MALENA.

---

119 La línea de “clase contra clase”, impuesta por la IC, abonó una serie de errores estratégicos de los partidos comunistas en nuestra América. Por ejemplo, llevó a un distanciamiento de los comunistas con la lucha de Augusto César Sandino en Nicaragua.

120 Mario Rapoport sostuvo que, a mediados de 1945, Agilberto Azevedo, un importante dirigente del PCB, afirmó, haciéndose eco de una posición de Prestes, que los comunistas argentinos habían cometido “un serio error al alinearse contra Farrel-Perón”. Véase: Rapoport, Mario, Política y diplomacia en la Argentina. Las relaciones con EE. UU y la URSS, Buenos Aires, Editorial Tesis, 1987, p. 24. Por su parte, Isidoro Gilbert recordaba que Pablo Neruda en su libro Confieso que he vivido, “reconoce haber sido intermediario de Codovilla para convencer a Prestes […] sobre lo correcto del papel del PCA” y que “El Caballero de la esperanza” le señaló: “Perón es un caudillo, pero no es un jefe fascista”. Véase: Gilbert, Isidoro, El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la Inteligencia soviética en la Argentina, Buenos Aires, Planeta, 1994, p. 112.

121 Entrevista del autor a Isidoro Gilbert, diciembre de 1998.

122 Ibidem.

123 Campione, Daniel: “Los comunistas somos nosotros”: Cooke y el Partido Comunista Argentino”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 63.

124 Ibidem, p. 65.

125 Publicado en la revista Coincidencia Para la liberación nacional, Año 1, N.º 1, 9 de junio de 1960. El artículo llegó a nuestras manos porque el periodista Isidoro Gilbert conservó las pruebas de galera. Publicado por primera vez en: Mazzeo, Miguel, John William Cooke, Textos traspapelados (1957-1961), Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000. También en: Cooke, John William, Obras completas, Tomo III [Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos], Buenos Aires, Colihue, 2009, pp. 24-25. [Eduardo Luis Duhalde compilador].

De los Uturuncos al año 1961

Debemos olvidar los sueños, abandonar nuestras viejas creencias y nuestras amistades de antes. No perdamos el tiempo en estériles letanías o en

mimetismos nauseabundos.

Frantz Fanon

En la provincia de Tucumán, desde los días posteriores al golpe de 1955, venía actuando uno de los tantos comandos de la Resistencia esparcidos por el país: el Comando 17 de Octubre. El mismo estaba relacionado con el Comando Nacional Peronista, pero tenía un vínculo más directo con Cooke, sobre todo a partir de 1957, cuando este, después de la fuga del penal de Río Gallegos, estaba en pleno ejercicio de la delegación. Entre otras tareas, el comando se encargaba de hacer llegar a Buenos Aires cargamentos de explosivos obtenidos en las canteras de Bolivia.

Según Ernesto Salas, después del fracaso de la huelga general de enero 1959: "En Tucumán, por intermedio de Cooke, Abraham Guillén, un anarquista español veterano de la Guerra Civil, se reunió con Manuel Mena (el Gallego) y la dirección del Comando 17 de Octubre y les planteó el camino de la lucha armada para lograr el retorno de Perón. En octubre el primer grupo se instaló en el monte".[126]

Como dato relevante para comprender la experiencia de los Uturuncos, hay que tener presente el contexto político y social en la que se desarrolló. Ya hemos hablado lo suficiente sobre la situación nacional a partir de la llegada de Frondizi al gobierno; sin embargo, la aplicación del Plan Conintes es un dato insoslayable y nos parece valida la reiteración. Respecto de la situación local hay que

considerar que, a mediados del año 1959, se desarrolló en Tucumán una huelga de los trabajadores de la Federación de Obreros Tucumanos de la Industria del Azúcar (FOTIA). La respuesta de las patronales, del gobierno provincial y del gobierno nacional fue muy dura, hubo represión y muertos, pero finalmente el conflicto fue coronado con un triunfo gracias a la combatividad de los trabajadores. El Comando 17 de Octubre estuvo muy activo en los días del conflicto.

Sin mayores esfuerzos en su acción perlocucionaria, Guillén logró comprometer al comando con el proyecto de iniciar la lucha armada. Mena y Genaro Carabajal (Alhaja) pasaron a conformar el Estado Mayor del Movimiento Peronista de Liberación-Ejército de Liberación Nacional (MPL-ELN). Más tarde conocido como Uturuncos (hombres-tigre en quechua), a partir de la popularización del nombre de guerra de otro de sus jefes, Juan Carlos Díaz, el Uturunco. En efecto, el grupo inicial de los Uturuncos constituyó una derivación del Comando 17 de Octubre.

El grupo comenzó sus actividades a fines de octubre de 1959. La primera acción de cierta envergadura fue el asalto a la guardia del Ferrocarril Mitre en San Miguel de Tucumán. Por falta de experiencia y de preparación, por carencia de recursos, la acción resultó muy mal ejecutada. Las armas obtenidas en el asalto se perdieron en la retirada y, al poco tiempo, el grupo se vio cercado por las fuerzas de seguridad. Muchos terminaron detenidos en la cárcel de Concepción.

Pero el grupo no se amilanó por el traspié. Con el agregado de otro contingente proveniente de la provincia de Santiago del Estero, conducido por Félix Serravalle (comandante “Puma”), se decidió tomar la comisaría de Frías en Santiago del Estero. El 25 de diciembre, guiados por Carabajal, un grupo de hombres con birretes con la sigla MPL-ELN tomó la comisaría. Después se instalaron en el monte, en el Cerro Cochuma. Pero, nuevamente, el despliegue de las fuerzas de seguridad y las deserciones (muchos eran jóvenes menores de 20 años) provocaron sucesivas caídas. Aunque severamente golpeada, la guerrilla de los Uturuncos siguió en pie un tiempo más.

En los primeros meses del año 1960 se sumó a los Uturuncos un grupo de militantes provenientes de Buenos Aires. Salas cuenta:

(el Gallego Mena) se hallaba en Buenos Aires, desde antes de la toma de Frías, para verlo a Cooke, que le ofrecía contactos peronistas ansiosos por ir a luchar a Tucumán. Ahora estaba en un departamento que el Gordo y Alicia le habían conseguido en la calle Leandro N. Alem, cerca de la estación Retiro.

Alicia era su más entusiasta apoyo; gracias a ella, Mena estaba por reclutar para la guerrilla a un grupo de jóvenes de los barrios de Florida, Vicente López y San Martín. [...]

También formaban parte de los grupos contactados por Alicia en Buenos Aires varios militantes del barrio de Pompeya que se reunían en el taller mecánico La Blanqueda, en Avenida Roca…”.[127]

Otro de quienes se refirió a la repercusión de la guerrilla de los Uturuncos en la militancia de Buenos Aires fue Envar el Kadri: “También apareció, en esa época, el grupo Uturuncos [...]. Cooke era uno de los inspiradores. En Buenos Aires, los muchachos de la juventud se entusiasmaron, organizaron grupos de apoyo y empezaron a soñar con unírseles: hacían gimnasia, corrían, dejaban de fumar o de ir al cine para mandarles plata”.[128]

Los nuevos contingentes le permitieron a la guerrilla de los Uturuncos mantener alguna actividad. Mena decidió asumir directamente la conducción del grupo e intentó llegar al monte acompañado del periodista Enrique Oliva, pero fueron interceptados por la fuerzas de seguridad y terminaron detenidos. El operativo represivo se intensificó en las ciudades. Las detenciones y los allanamientos

hicieron cada vez más difícil continuar con el proyecto, y el grupo guerrillero se disolvió poco después a instancias de Mena. Salas arriesga la hipótesis de un posible vínculo con la experiencia del Ejército Guerrillero Pueblo (EGP) de Jorge Ricardo Masetti.[129]

De alguna manera, las dificultades de la guerrilla de los Uturuncos fueron las dificultades del peronismo intransigente o combativo y —claro está— las del propio Cooke, durante el período 1956-1959. Hacia 1963 Emilio Morales destacaba la falta de centralización, la espontaneidad, las dificultades para relacionar la lucha armada con la labor de los sindicatos; también se refería a la heterogeneidad del grupo guerrillero:

Detrás de cada uno de estos grupos (se refiere a los que participaron de la guerrilla de los Uturuncos), se encontraban las disidencias que operaban dentro del peronismo. John William Cooke parece ser la cabeza visible de aquellos que creen en la lucha armada como única salida revolucionaria para el país. La lucha de este dirigente contra la dirección de su propio partido, es el episodio que enmarca y termina por definir el movimiento de Uturunco y el terrorismo urbano. Cada uno de los triunfos parciales de Cooke sobre la derecha del peronismo, se transforma en un triunfo —y en nuevas acciones— de los elementos más radicalizados de ese partido. No nos parece casual que a su derrota política, haya seguido la detención del "extremista" John William Cooke.[130]

Más adelante, señalaba cómo las acciones de los Uturuncos terminaron por aislar a Cooke de la dirección del peronismo:

En lugar de consolidar el prestigio de Cooke dentro de la dirección peronista, el suceso de Frías hizo que se volviera contra él la mayoría absoluta de ese organismo. De manera que se detuvo en el acto cualquier intento de apoyar a "Puma" y a los demás jefes de los grupos, dispuestos ya a emprender la acción. Los otros frentes de lucha armada contra el gobierno no llegaron a concretarse

nunca. La dirección peronista derrotó en su propio seno al grupo de Cooke y abandonó a su suerte a Uturunco y los suyos.[131]

El año 1961 constituyó un punto de inflexión. El mismo Cooke lo señaló con toda claridad en la carta que le envía a Alhaja[132] desde Cuba, decía: “El mundo del 61 no es el del 55, ni siquiera el del 59. Saltando el cerco doméstico de las pequeñas cosas que todo lo nublan, el panorama de todas partes se aclara rápida y positivamente en el sentido de las revoluciones populares” (Obras completas, Tomo III, pp. 51). En esta carta Cooke proponía desarrollar una línea de trabajo que apuntaba a definir un trazo revolucionario, a impulsar la formación de cuadros (insiste en Cuba como una escuela excepcional) y a la clarificación del nivel ideológico de las masas. Sostenemos que esta línea de trabajo condicionará su militancia hasta su muerte, en 1968.

Podemos afirmar que hacia 1961 Cooke realizó una triple constatación. Para fundamentarlo tomamos como referencia la carta a Perón del 24 de julio y la carta a Alhaja del 18 de agosto.

En primer lugar, Cooke explicaba: “Nada se puede resolver en el país si las masas peronistas no se movilizan revolucionariamente”; [...] “los únicos que pueden dar por el suelo con el capitalismo imperialista somos los peronistas, cuanto más humildes de condición, más peligrosos”. [...] “Como izquierda, sintiéndonos de izquierda, somos una fuerza de futuro” (Obras completas, Tomo II, p. 478). Esto planteaba la necesidad de una dirección revolucionaria, ya que la experiencia inmediatamente anterior había demostrado cómo la clase obrera argentina, con toda su rebeldía y su potencial, seguía expuesta a la dirección burguesa y al reformismo. Cooke, retomando algunos planteos del “Informe General y Plan de Acción” de 1957, reconocía que la vía insurreccional (huelga general que deviene insurrección) requería de una organización político-militar de cuadros y de una definición ideológica que asumiera sin tapujos el carácter de izquierda del movimiento.

Desde Cuba, en carta del 24 de julio de 1961, Cooke le dijo a Perón:

¿Qué somos, desde el punto de vista de nuestra orientación? Lo único que es posible: un partido de izquierda. Los que dicen que eso de izquierdas y derechas no tiene razón de ser es porque son reaccionarios; para el resto de la gente, la palabra izquierda tiene un significado muy claro, y doblemente claro en la Argentina, donde la izquierda fue cipaya —es decir, no fue izquierda— pero ya la confusión se desvaneció. Si postulamos la revolución social y la liquidación de los lazos coloniales, somos de izquierda, y ocultándonos esa realidad no progresamos nada. El límite de nuestra ideología lo damos nosotros mismos, lo mismo que las diferenciaciones con respecto al comunismo y otros movimientos izquierdistas. Pero como izquierda, sintiéndonos de izquierda, somos una fuerza de futuro; como un extraño bicho que es de izquierda y busca congraciarse con la derecha, duraremos lo que Ud. dure y luego vendrá la diáspora, fraccionados en partículas, sin nada que ofrecer. (Obras completas, Tomo II, pp. 494 y 495).

Cooke constataba por un lado la incompatibilidad “objetiva” del peronismo con el sistema y, por el otro, la ausencia de una incompatibilidad “subjetiva” o ideológica.

Esta carta es clave para comprender la posición de Cooke, el signo distintivo del cookismo, porque está cargada de definiciones ideológicas y políticas categóricas. Cooke le planteó a Perón: 1) la contraposición entre un peronismo de “figuración y calculo”, sin “angustia”, y un peronismo revolucionario; 2) que la ambigüedad e indefinición del peronismo lo malogran como movimiento emancipador y lo convierten en base de maniobras de las políticas reaccionarias, en fin: que el vacío ideológico y la confusión política, la ausencia de fines y formas, es uno de los grandes problemas del Movimiento; 3) que en el peronismo existen tendencias reaccionarias, pro-occidentales y cristianas, y “anticomunistas” que indefectiblemente lo anulan como movimiento de liberación porque, para Cooke, la ideología “occidental y cristiana” no era simplemente un delirio de fanáticos, sino una realidad material: su función era justificar los intereses del colonialismo, de la burguesía transnacional y local y

de sus aliados; 4) que la debilidad del Movimiento se explica a partir de la existencia de una capa burocrática que no hace más que reproducir la ideología del sistema; 5) que la Revolución Cubana constituye una línea divisoria desde el punto de vista ideológico y geopolítico y que había que tomar partido, cuanto antes mejor, porque los tiempos se habían acelerado (tengamos presente también que en el año 1961, en la Conferencia de Belgrado, en Yugoslavia, nace el Movimiento de Países no Alineados); 6) que los planteos en torno a la unidad del peronismo remiten a una posición oportunista; 7) que la idea de la reconstrucción del frente de 1945 expresa tendencias reaccionarias y/o una incapacidad para asumir el dilema que impone esa frustración estructural: consolidar una alternativa burguesa, que en el mejor de los casos apele a un nacionalismo retórico que encubra su pro-imperialismo y su pro occidentalismo, o construir una fuerza revolucionaria y socialista; 8) que la burguesía nacional "se dio vuelta", 9) que los comunistas "somos nosotros".[133]

Con pocos días de diferencia, el 18 de agosto de 1961, le escribió a Vicente Trípoli para comentarle que el Movimiento "naufraga en la indefinición ideológica" y que, al igual que el país, era una "selva espesa y enmarañada" (Obras completas, Tomo III, p. 53).

En segundo lugar, en la carta a Alhaja, Cooke planteaba que: "El ajedrez electoral no resuelve nada", "las variantes electorales son trampas groseras" (Obras completas, Tomo III, pp. 51). El pueblo no depositaba muchas expectativas en los procesos electorales. Para Cooke la táctica electoral pasaba a ser secundaria y debía estar subordinada a las conveniencias de una estrategia más amplia. Estas convicciones terminarán siendo corroboradas un año más tarde, cuando el gobierno de Frondizi desconozca el triunfo de Andrés Framini, dirigente textil de la "línea dura", en las elecciones para la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Desde otra perspectiva, Cooke entendía que las variantes electorales tendían a beneficiar a la burocracia política y sindical del Movimiento, a la línea "blanda". Tampoco servía el "golpe militar peronista". La tentación pustchista estuvo presente con cierta fuerza en el peronismo hasta 1960, aunque nunca haya sido compartida por Perón quien desconfiaba profundamente de sus camaradas de armas. Con el fallido asalto al Regimiento 11 de Infantería de Rosario, dirigido por el general Miguel Ángel Iñiguez, jefe

del Comando Organizativo Revolucionario (COR), el "golpe peronista" perdió peso como alternativa.

Después de la Revolución Cubana el pustchismo será visto por los distintos sectores revolucionarios del peronismo —incluido Cooke, claro está— como uno de los rostros de la política reformista puesto que, desde algunos sectores del peronismo y de la izquierda, comenzaba a asumirse que no se podía destruir el Estado burgués semicolonial con los instrumentos de ese mismo Estado, mucho menos en un solo acto.

En tercer lugar, Cooke sostenía: "La revolución social, es decir, la revolución socialista, avanza rápidamente en el Continente a partir de Cuba. La diferencia está en si la hace esta generación o llega aburridamente en una vuelta del cohete de Gagarin o Titov. De cualquier manera, llegará. Pero nosotros la queremos en esta generación y con sangre criolla" (Obras completas, Tomo III, pp. 51). La Revolución Cubana —al asumir la forma de un proceso indefinido, sin etapas separables (democrático-burguesa, socialista)— había convertido en superflua la discusión sobre la naturaleza de la revolución, colocando en el centro del debate el problema del poder político.

Cooke asumió —¡en 1961!— que la tarea principal consistía en "construir la vanguardia de la revolución para realizar la insurrección popular, por un método, por otro, o por varios" y agregaba: "Lo fundamental es tener cuadros, y muchos cuadros". Cooke ya era un crítico de la burguesía y no desvinculaba la liberación nacional de los cambios drásticos en las relaciones de propiedad. En esa época, ya planteaba la necesidad de la acción consciente de las masas en la lucha de clases, es decir, que ya era claramente socialista. Un socialismo que supondrá y abarcará el anticolonialismo, el antiimperialismo y el nacionalismo; y que, a partir del planteo de la necesidad de exceder el régimen del capital, permitirá la efectiva realización de estos últimos, estrechando el espacio para las ambigüedades. O sea, la revolución concebida como "socialista y antiimperialista". Y el socialismo, en su proceso de construcción, que daba cuenta del imperialismo en cada paso, lejos del etapismo que consideraba que en

primera instancia había que expulsar al imperialismo para luego avanzar al socialismo.

En el Capítulo 8 mencionamos las iniciativas de algunos y algunas jóvenes peronistas que hacia 1960 llevaron a cabo las primeras acciones armadas de carácter urbano. En julio de 1961 los hermanos Santucho fundaron en la provincia de Santiago del Estero el Frente Revolucionario Indo-americano Popular (FRIP). Ese mismo año, Ángel Bengoechea (el Vasco) —quien, como veremos, mantuvo una estrecha relación con Cooke y con Alicia— iniciaba las primeras experiencias de acciones armadas de carácter urbano. Otra etapa se iniciaba en la historia de las luchas populares en la Argentina.

---

126 Salas, Ernesto José, Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2015, p. 68.

127 Ibidem, pp. 131, 132 y 133.

128 Testimonio de Envar “Cacho” El Kadri en: Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973, Buenos Aires, Norma, 1997, Tomo I, p. 63.

129 Salas, Ernesto, José, Uturuncos, el origen de la guerrilla peronista, Op. cit., p. 171.

130 Morales, Emilio: “Uturunco y las guerrillas en la Argentina”, en: revista El Obrero, Año II, N.º 2, diciembre-enero de 1964, p. 37.

131 Ibidem, p. 47.

132 En la carta a Alhaja Cooke sostiene que en Cuba “aprenderán en muy poco tiempo lo que durante años no podrán aprender allá [se refiere a Buenos Aires] ni en ninguna parte”: Ver: Carta de John William Cooke a Alhaja. [Obras completas, Tomo III, pp. 49-52].

133 Véase: Obras completas, Tomo II, pp. 475-497. Un año después, en Carta a Perón del 18 de octubre de 1962, dirá: “Los comunistas, en la Argentina, somos nosotros, porque el imperialismo yanqui no se guía por definiciones filosóficas sino por hechos prácticos; y el movimiento de masas que pone el peligro las inversiones, el orden social y la ‘seguridad’ hemisférica [sic], eso es el comunismo” Véase: Obras completas, Tomo II, p. 562].

La Revolución Cubana:

¿descubrimiento o constatación?

La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte con el poder imperialista.

Ernesto Che Guevara

Según el testimonio de Manuel Gaggero, Cooke llegó a Cuba en abril de 1960 invitado por el Movimiento 26 de Julio para participar en una reunión latinoamericana de solidaridad con la Revolución Cubana. A poco de descender del avión, fue detenido por los servicios de seguridad cubanos. Un diplomático argentino malintencionado había lanzado la versión de que se trataba de una persona peligrosa. Perón y el peronismo no ofrecían muchas garantías. La relación con regímenes como los de Stroessner, Pérez Jiménez, Trujillo y Franco tornaba compleja la decodificación del peronismo en clave progresista. Y Cooke venía de ser el colaborador más cercano de Perón. Sin embargo, explicó su situación y se estrenó en la isla en las explicaciones sobre la naturaleza del peronismo. Fue convincente. Los hombres de la seguridad cubana sospecharon de una confusión. Mientras se cercioraban de la identidad del huésped, Cooke solicitó una máquina de escribir. Quería aprovechar ese tiempo irremediablemente perdido y avanzar en la redacción de un artículo para una publicación de la que era corresponsal. Mientras tecleaba y fumaba, desde atrás, le tocaron el hombro y escuchó una voz que, con indudable acento y argot argentinos, en tono socarrón, le preguntó:

—¿Qué tal Cooke? ¿Está en cana?

Cooke le contó a Gaggero que se dio vuelta casi sonriendo, y vio por primera vez al Che.[134]

La relación entre Cooke y el Che será muy estrecha, habrá una conexión vital entre ellos. La afinidad, además de evidenciarse en los proyectos compartidos, se ponía de manifiesto en sus personalidades, en sus gustos, en sus formas de expresión, etcétera. Uno no elige a cualquiera para compartir el riesgo, un posible error o un fracaso. Como se verá más adelante, Cooke tenía muy en claro el significado de la opción por el Che. Sabía que se trataba de una opción metapolítica, existencial. El vínculo con Alicia será igual, incluso más profundo. De alguna manera, Cooke y Alicia habían elegido atar sus destinos al del Che.

Mientras tanto, para evitar futuros inconvenientes, Emilio Aragonés Navarro, uno de los dirigentes más importantes de la Revolución Cubana y futuro embajador cubano en Argentina, le facilitó un salvoconducto.[135] Otro dirigente revolucionario, Ricardo Alarcón, se encargó de facilitar la inserción de Cooke y Alicia.

Unos meses después, Cooke le escribió a Perón y le reseñó enfervorizado su actividad en Cuba:

Mientras tanto continúo mi trabajo. No solamente lo que se refiere a la difusión de nuestra verdad, sino que colaboro en medio de una lucha difícil y esforzada. Doy conferencias y escribo artículos y estoy preparando un libro sobre la Revolución Cubana, con destino a la gente de nuestro país: para que lo que aquí se hace se conozca bien y, de paso, se saquen las conclusiones generales aplicables a todos nuestros pueblos semicoloniales (Obras completas, Tomo II, p. 472).

Cooke se encargó de difundir “la verdad del peronismo” en Cuba y “la verdad de

Cuba” entre los peronistas. En La Habana se encontró con el escritor argentino Martínez Estrada que, como él, estaba interesado en difundir la verdad de Cuba, y, a su modo, también estaba en pleno peregrinaje, en una transición hacia una estación que sería postrera y que horrorizaría al establishment literario argentino, con Victoria Ocampo y la revista Sur a la cabeza. Martínez Estrada había ganado el Premio de Casa de las Américas en 1960. El vínculo con él, la reivindicación que hizo Cooke del autor de Radiografía de La Pampa, La cabeza de Goliat y Muerte y transfiguración del Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina, entre otras obras, y las críticas que esta le acarrea[136], también sirvieron para corroborar su condición de hereje de dos iglesias.

La transición en Cooke llegó a su punto de consumación. Simplificando, podríamos decir que la misma tiene como punto de partida a Perón y como punto de llegada al Che. Planteamos que la asunción de un nacionalismo con perfiles netamente revolucionarios, basados en el carácter inseparable del antiimperialismo y el anticapitalismo, que el cambio en su visión del peronismo (que tendía cada vez más a no minimizar las contradicciones internas del movimiento y a oponerse a quienes reproducían la política y la ideología de las clases dominantes dentro de él), su acercamiento a posiciones revolucionarias, socialistas y marxistas; en buena medida, fueron un proceso previo a su experiencia cubana. De hecho, se trató de un proceso que desembocó en la experiencia cubana.

Cooke residió en Cuba desde abril de 1960 hasta febrero de 1963. Pero en ese lapso de su estadía, y antes de regresar a la Argentina, pasará un corto tiempo en París. Son los años iniciales de la Revolución. Debemos tener presente que cuando Cooke llega a la isla, Fidel todavía no se asumía como marxista leninista y la revolución no se definía como socialista. Son esos, precisamente, los años de las grandes definiciones y las grandes gestas de la Revolución Cubana, el tiempo en que las acciones, las palabras, los pensamientos y los sentimientos se combinan y dan forma a un auténtico espacio utópico. Los años de la Primera y la Segunda Declaración de la Habana; de la invasión imperialista pergeñada por la CIA en Playa Girón, en la Bahía de los Cochinos, en abril de 1961; de “la crisis de los misiles” de octubre de 1962.

Allí está Cooke, (también Alicia) combatiendo como simple miliciano. Roberto Baschetti transcribe su carné:

Milicias Nacionales Revolucionarias. "Mártires de la Revolución". 8va. Estación. Nº 35 M.N.R. Nº 194. Exp. Nº 145. Certifico que el compañero John William Cooke Lenzi, cuyo retrato, firma y huellas dactilares aparecen al dorso, es miembro de las Milicias M.N.R. "Mártires de la revolución". Habana 15 de noviembre de 1960.[137]

Desde su arribo y durante buena parte de su estadía en Cuba, Cooke también desarrolló diversas tareas de defensa de la Revolución Cubana, entre otras, combatió a la contrarrevolución "interna". Gerardo Bavio, refiere que el 4 de junio de 1962:

Me encontré con John W. Cooke en su habitación del Hotel Riviera, donde vivía con Alicia Eguren. Me recibió con uniforme miliciano y barba crecida. Acababa de regresar de las sierras del Escambray, donde estaba participando en la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias infiltradas con apoyo de Estados Unidos. John era más que un intelectual revolucionario. Era un combatiente, un conductor político de armas llevar.[138]

En esos primeros años, el criterio del gobierno revolucionario cubano, en particular de Fidel y del Che, era formar a militantes que no provinieran del PCA. Dada la orientación reformista de la mayoría de los Partidos Comunistas de Nuestra América, sus cuestionamientos a la lucha armada y su subordinación a la política exterior soviética, los cubanos preferían centrar los esfuerzos (y los escasos recursos) en otras organizaciones, peronistas y de izquierda no pro soviéticas. Consideraban, con razón, que la formación de estos grupos generaría efectos políticos inmediatos. En ese contexto se insertaron Cooke y Alicia. Cabe aclarar que la palabra que se utilizaba por aquellos años no era "formación", sino

una más marcial y menos pedagógica: “reclutamiento”. En rigor de verdad, la experiencia era formativa en un sentido integral, militar, ideológica, política y ética.

En 1962, a instancias de Cooke y de Alicia, arribó un nutrido y heterogéneo grupo de argentinos a Cuba. Allí estaban los militantes más cercanos a ellos: Guillen, Gaggero, entre otros; junto a los que provenían de la experiencia de los Uturuncos y del peronismo en general, de la Juventud Peronista, etcétera, y también militantes de izquierda como el Vasco Bengoechea del grupo trotskista Palabra Obrera, dirigido por Nahuel Moreno. (Aunque para esa época Bengoechea ya tenía discrepancias insalvables con Moreno).

Ernesto Salas comenta que en el “campamento argentino” se plantearon diferencias de opinión: “Algunos de los militantes marxistas no lograban entender qué hacían allí los peronistas y los trataban como analfabetos políticos”[139]. El conflicto será destrabado por la oportuna intervención de Alicia y el Che. Una vez acordado un “pacto de convivencia”, y en un contexto más distendido, Bengoechea planteará sus diferencias con el Che respecto de las posibilidades de la guerrilla rural en la Argentina. El Vasco y su grupo coincidían en que había que lanzar la lucha armada sin dilaciones, pero consideraban que, en países donde el sujeto de la revolución socialista era la clase trabajadora, el medio más adecuado para la lucha armada eran las grandes urbes industriales. Y ese, decían, sin lugar a dudas era el caso de la Argentina. A su regreso romperán definitivamente con Moreno y crearán las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN)[140]. Bengoechea planificó la organización de un foco urbano y otro rural, en la provincia de Tucumán; más en sintonía con la estrategia del Che, dado que su objetivo era servir de apoyatura al EGP de Masetti. Nada de esto pudo concretarse. El 21 de julio de 1964, Bengoechea junto a otros tres miembros de su organización manipulaban explosivos muy poderosos y un accidente produjo una detonación que los despedazó y, literalmente, deshizo el departamento de la calle Posadas al 1186, en el centro de la ciudad de Buenos Aires.

A partir de ese momento, muchos argentinos comenzaron a llegar a Cuba para recibir formación política y militar: Norma Arrostito, Joe Baxter, Fernando Abal Medina, Juan García Elorrio, Emilio Jáuregui, Domingo Menna, Carlos Olmedo, Gustavo Rearte, Milton Roberts, Marcos Osatinsky, Mario Roberto Santucho, Elías Seman, Raimundo Villaflor, Ismael Viñas, Francisco "Paco" Urondo, Benito Urteaga, entre otros y otras. Por supuesto, ya estaban Jorge Ricardo Masetti y Rodolfo Walsh, entre otros hacedores de Prensa Latina.

Se ha sostenido que en Cuba "el ideario desprolijo" de Cooke "adquiere la savia de una ideología definida".[141] Existe un lugar común que plantea que la Revolución Cubana constituye un punto de inflexión en su pensamiento y que juzga que los efectos de la misma obraron prácticamente como una iluminación mística sobre el revolucionario argentino. Nosotros preferimos hablar de "confirmación" o "constatación" más que de "descubrimiento". Confirmación de un camino socialista y una estrategia revolucionaria. Confirmación de uno de los destinos posibles para el peronismo en aquellos años, tan posible como el "final inglorioso". También se ha planteado que la formación marxista de Cooke corresponde a su etapa cubana, pero hemos visto que ya había comenzado con anterioridad.

Cabe dar cuenta también de los planteos de quienes sostienen que la Revolución Cubana se impuso —a Cooke y a muchos y muchas más— como modelo estratégico por la ausencia de referencias locales. Consideran que algo muy parecido ocurrió con la Revolución China y la Revolución Vietnamita (a veces incluyen a la Revolución Argelina). Claro está, jamás toman en cuenta a la Revolución Rusa porque, evidentemente, siguen viendo en ella a un modelo universal. "El modelo universal", el único e impar.

Por ejemplo, Julieta Pacheco afirma que, a comienzos de la década del 60, "una fracción de la pequeña burguesía se activó, pero al no encontrar un referente local que le permitiera adoptar una estrategia adecuada a las condiciones estructurales argentinas, tomó como modelo la propuesta exitosa de la Revolución Cubana y los movimientos de liberación en el mundo".[142] Agrega

más adelante: “La izquierda argentina se encontraba atravesada por dos obstáculos principales a la formación del partido revolucionario [...]: la influencia de la lucha armada y la preponderancia del peronismo en el seno de la clase obrera”.[143] Esto equivale a decir que el verdadero obstáculo para la izquierda es la realidad o la historia mismas. Se trata de un punto de vista que denota una concepción dogmática de los procesos revolucionarios, donde pesan más los “programas” que las praxis. Una mirada que oscila entre el objetivismo y el subjetivismo extremos, porque intenta explicar la historia apelando alternativamente a las debilidades objetivas o subjetivas. Las primeras instituyen posibilidades estructurales por encima de la praxis de hombres y mujeres reales, las segundas alimentan las claudicaciones, los errores y los fracasos. Así, más que explicar la historia explican por qué esta no acontece según su criterio. La historia se convierte en un permanente déficit: de conciencia, de partido, de programa. Desde los emplazamientos que ansían revoluciones a la medida del dogma, el peronismo y el guevarismo constituyen ejemplos de “debilidades subjetivas”. Entonces, el cookismo, que procede de una particular fertilización cruzada de ambos, constituiría la debilidad subjetiva más grande de nuestra historia. En fin…

Pero volviendo a Cooke, al poco tiempo de instalarse en Cuba, en la carta del 7 de agosto de 1960, le propuso a Perón: “Valorar al Peronismo de acuerdo al sistema de pensamiento que se emplea en Cuba”. Esa fue justamente la tarea que asumió en allí, la que tendrá efectos importantes en la isla. Servirá para que se modifique la visión del peronismo que se tenía dentro y fuera de Cuba: en lugar de una típica dictadura latinoamericana, autoritaria, pro imperialista, pro occidental: un movimiento de liberación nacional tercermundista. Cooke no ahorró en analogías entre la Revolución Cubana y la experiencia del gobierno peronista, entre Fidel y Perón. En la carta arriba citada, Cooke agregaba: “Hace tres meses que estoy en la Habana, y he podido tomar contacto con dirigentes de todos los países latinoamericanos. Esta es la meca revolucionaria, y todos vienen a beber en el manantial” (Obras completas, Tomo II, ver: pp. 453, 456 y 462).

Cooke persistió en esta línea de trabajo. El 3 de marzo de 1962, le contaba a Perón que había mantenido contactos con Salvador Allende (con quien estableció una sólida amistad), Julião, Nuflo Chaves, Vivián Trías, Fabrizio

Ojeda, entre otros dirigentes, a los que consideraba los “aliados reales del peronismo”. Agregaba: “Con todos he hablado, explicando el significado del Peronismo, leyéndoles párrafos de sus documentos, aclarándoles muchas deformaciones de la propaganda antiperonista de izquierda y de derecha” (Obras completas, Tomo II, p. 509).

Cooke intervino en la Conferencia de los Pueblos, realizada en Cuba en enero 1962, mientras se desarrollaba en Punta del Este la Conferencia de Cancilleres. En la carta a Perón del 3 de marzo de 1962 le comentaba que allí pudo ver “hasta qué punto el peronismo se está divorciando de la realidad histórica [...]. Me refiero a la conducción en el país. Son ‘occidentales, cristianos y anticomunistas’, justo lo que necesita el imperialismo” (Obras completas, Tomo II, p. 505).

Por otra parte, el 15 de junio de 1962, Cooke le escribió otra carta a Perón, en la que le contaba de la realización, en Cuba, de un acto-asado conmemorativo del 25 de mayo con los residentes argentinos. Ese día Cooke habló en representación de los argentinos y el Che, en representación del gobierno cubano. En la misma carta, se ofreció a viajar a Madrid para “ayudarlo a formarse una composición de lugar” respecto de la Revolución Cubana. Perón no le respondió (Véase: Obras completas, Tomo II, p. 533). El 30 de septiembre le escribió, esta vez, desde París, a la espera de un guiño para bajar a Madrid. Insistió el 18 de octubre, fue más explícito:

Traigo a Europa la misión de transmitirle, en nombre de la Revolución Cubana, una invitación fraternal y amplia. El comandante Fidel Castro lo invita a que visite Cuba, por el tiempo y las condiciones que Ud. desee. Además, lo invita a que se vaya a vivir a Cuba, donde Ud. será acogido como corresponde a su jerarquía de líder del pueblo argentino (Obras completas, Tomo II, p. 570).

El guiño de Perón nunca llegó y Cooke regresó a Cuba, seguramente embargado por la desilusión, fastidiado.

Cooke deseaba fervientemente que Perón se instalara en Cuba, consideraba que ese solo gesto serviría para despejar toda sospecha respecto de su condición de auténtico líder del Tercer Mundo. Entendía que Cuba le ofrecía al General el más amplio mirador de un mundo que cambiaba a pasos agigantados. Cuba estaba en el ojo de la tormenta socialista y descolonizadora. En contraposición, Madrid, la España franquista, la España del Opus Dei, aparecía como una cárcel y Perón, a lo sumo, podía contar allí con una mísera “ventana” en Puerta de Hierro. Allí, Perón estaba lejos de los escenarios mundiales donde se disputaba poder y desde donde se podía incidir en el curso de los acontecimientos. Para Cooke, su permanencia en Madrid era una absurda concesión a Occidente, porque, desde su punto de vista, Perón no era Rómulo Bentancourt, o Víctor Raúl Haya de la Torre; es decir, no era un “antiimperialista arrepentido”.

En la carta del 18 de octubre de 1962 lo llamó “El prisionero de Puerta de Hierro” y procuró ser bien gráfico: “Es como si Eisenhower hubiese dirigido y planeado el desembarco de Normandía desde un campo de concentración alemán”. Y remató, más adelante: “Ud. no es un exiliado común: es un doble exiliado. Exiliado de su Patria y exiliado del mundo revolucionario donde se decide la historia y donde tiene sus hermanos de causa” (Obras completas, Tomo II, pp. 557 y 558).

Cooke realizó las gestiones necesarias y logró comprometer al gobierno cubano, aunque, como vimos, no tuvo éxito con Perón. Volvió a insistirle en 1965, le explicó las ventajas de una radicación definitiva en Cuba; ventajas políticas y prácticas. Perón volvió a negarse, eludió los ejes propuestos por Cooke y expuso argumentos de “conducción táctica”, o cargó las tintas en la falta de unidad y solidaridad dentro del movimiento peronista.

A riesgo de ser repetitivos insistimos en que la transición a la que hacemos referencia está condicionada por las políticas implementadas por la Revolución Libertadora (Fusiladora), por el contexto generado por las acciones y la mística de la Resistencia peronista, por la percepción de Cooke respecto de los cambios

estructurales en la Argentina: cambios en el modelo de acumulación de capital, en el papel de las FFAA, en el rol de la burguesía nacional. También por la constatación de la imposibilidad de remozar el frente policlasista de 1945, lo que convertía a la "conciliación de clases" y al proyecto que aspiraba a limitar la "desmesurada ambición del capital" en ilusiones vanas. Ahora había que ir más allá de las medidas del 45-55. Había que "socializar".

Cooke tampoco pasa por alto los cambios a nivel mundial. Por un lado, la consolidación del bloque socialista; por el otro, el avance del proceso de descolonización de los pueblos de Asia y África. Asimismo, considera los cambios en la política exterior de los Estados Unidos respecto de Nuestra América, sobre todo a partir del impacto de la Revolución Cubana. No debemos olvidar que tras la versión "blanda" de la política imperial representada por la Alianza para el Progreso a principios de la década del 60, se pasó rápidamente a la geopolítica del poder militar, a la integración de los servicios de inteligencia y las contrarreformas estructurales. Cooke no dejará de analizar las relaciones de fuerza a nivel internacional. A partir de ese análisis, y en pos de la necesaria actualización del viejo objetivo de la liberación nacional, justificará la adopción del socialismo como la ideología adecuada a las circunstancias.

En ese sentido, como sostiene Juan A. Bozza: "Testigo de circunstancias históricas en las que coincidieron la proscripción del peronismo y la avanzada de la diplomacia hemisférica 'anticomunista' de los EE. UU., Cooke fue el intelectual que hizo el aporte más significativo a una teoría y una estrategia donde convergían peronismo y socialismo".[144]

Ahora bien, la posición de Cooke estuvo lejos de constituir una excepción; por el contrario, su caso debería ser considerado como uno de los emergentes del proceso de transición del que hablamos, ya que, de hecho, desplazamientos en el mismo sentido pueden corroborarse en una gran cantidad de militantes peronistas. En particular, en el caso de los trabajadores jóvenes, que comenzaban a sugerir caminos alternativos y autónomos respecto de las estructuras políticas y sindicales del peronismo (o del "justicialismo"), que seguían insistiendo con la

letanía de la “función social del capitalismo”. Caminos anticoloniales, antiimperialistas y anticapitalistas.

A partir del análisis de la situación argentina, Cooke llegaba a la conclusión de que se hacía cada vez más inviable la reedición del viejo frente de clases de 1945. Consideramos que, a medida que sus análisis y experiencias le confirmaban la improbabilidad de una “solución intermedia” como la que expresaban los gobiernos nacionalistas más o menos reformistas que impulsaban un capitalismo nacional con políticas redistributivas del ingreso, sus planteos se fueron radicalizando y se fueron tornando abiertamente socialistas. Cooke no se limitaba al peronismo, también analizaba la situación del APRA peruano, del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia, de Acción Democrática (AD) en Venezuela, etcétera.

Cooke sostuvo una noción próxima a la de la “actualidad de la revolución”, la idea fundamental de Lenin, según Lukács. Consideraba que la clase trabajadora, en una situación anterior a la de la década del 60, había tenido que desempeñar el papel de “clase complementaria”, apuntalando a los sectores progresistas (la burguesía nacional, un sector de las Fuerzas Armadas, entre otros) en su enfrentamiento objetivo a las clases y sectores reaccionarios. Pero lo “posible” a partir de 1959, la “tarea del momento” para Cooke, era la revolución socialista con dirección de la clase trabajadora. Lo que hacía posible la transición de una situación a otra era la constatación de la imposibilidad de remozar el frente de 1945 y la imposibilidad de que la burguesía argentina asumiera las tareas “democrático-nacionales”, ya que esta clase había perdido todo interés objetivamente nacional (o, en caso de existir ese tipo de interés en algunas franjas de la burguesía local, exigía una disposición de absoluta subordinación de parte de la clase trabajadora).

Entonces, esta situación condicionaba el proceso liberador de la Argentina, haciendo que la liberación nacional y la emancipación social se constituyeran en un asunto indivisible.

De forma igualmente determinante, pesaban las experiencias que corroboraron la inviabilidad de las distintas tácticas puestas en práctica por el peronismo desde 1955 con el objetivo de recuperar el poder: pustchs militares (el general Juan José Valle en junio de 1956, el general Iñiguez en noviembre de 1960); elecciones, (las que llevaron a Frondizi a la presidencia) y huelga general con insurrección (la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre en enero de 1959). Finalmente, en la carta dirigida por Cooke a Alhaja el 18 de agosto de 1961, podemos ver un rescate del sentido de la experiencia de los Uturuncos, sin que por eso haya dejado de señalar las que consideraba importantes deficiencias.

En ese sentido, Cooke le decía a Alhaja:

En la lucha revolucionaria siempre es igual. El que triunfa es un héroe nacional; el derrotado es un provocador. La historia, por lo demás, la escriben los triunfadores. Si Lenin no hubiera tomado el poder en Octubre hubiera quedado como un espía alemán. Si Fidel no hubiese triunfado en Sierra Maestra, dirían de él hoy que fue un loquito, niño bien, que desató la represión contra el movimiento obrero.

[...] Ustedes intentaron ser “el motor que pusiera en movimiento, que desencadenara, que largara a andar al grande”, para decirlo con las palabras de Fidel al referirse a ellos mismos al embarcarse en el Granma. Es indudable, sin embargo, que un núcleo inicial, por pequeño que sea, debe tener disciplina militar rígida, una dirección política ÚNICA e indiscutida, una organización vertical sin vacilaciones (Obras completas, Tomo III, p. 50).

Con esta aclaración no pretendemos impugnar algo tan evidente e indiscutible como las repercusiones de la Revolución Cubana en la Argentina, en Nuestra América, en el mundo colonial, incluso en los países centrales. Solo queremos destacar el peso decisivo de las experiencias de lucha de los trabajadores y el pueblo, así como de los debates ideológicos y políticos en el proceso local de formación de una conciencia nacional, revolucionaria y socialista. Esta era la

situación ineludible a partir de la cual un militante revolucionario, Cooke y unas cuantas personas más, asimilaban la experiencia cubana y otras prácticas revolucionarias.

Por ejemplo, en 1962 viajaron a Cuba dirigentes como Augusto Vandor, Rosendo García y Paulino Niembro. Poco después, se consolidaban como la expresión consumada del núcleo duro de la burocracia sindical. Cuba no oficiaba milagros. En materia de conciencia revolucionaria, solo podía acelerar procesos, nunca generarlos. Rodolfo Walsh, en ¿Quién mató a Rosendo?, comenta sobre esta visita: “Se dice que (Vandor) ha llorado en Cuba, al contemplar la revolución del pueblo [...], pero luego le ha dicho a Ernesto Guevara: ‘Nosotros nunca podremos hacer lo que han hecho ustedes’. Eso es realismo”. Respecto de Rosendo García, dice: “El comentario más favorable que le arrancó la gira por Cuba fue que los cubanos eran ‘unos locos lindos’”.[145] Niembro, por su parte, no hizo concesiones. Será un anticastrista “puro” desde la primera hora.

Plantear una influencia determinante y unilateral es algo característico de los enfoques superficiales, elitistas y superestructurales, es vicio de las teorías conspirativas, sean de derecha o izquierda. Por lo general, se trata de enfoques de derecha, reaccionarios, no exentos de cierta neurosis que conduce a la creación de fantasmagorías protectoras, defensores de la teoría de los dos demonios, expresiones tardías y extemporáneas de la Doctrina de la Seguridad Nacional de gente que, como decía Jauretche, “está muy apurada por Occidente”.[146] Y, agregamos, que se niega a reconocer la evidencia de que la lucha de clases y la resistencia a la opresión (en todas sus expresiones) son materias del orden de los hechos históricos y no del orden de la teoría. Por ejemplo, tratar de explicar la historia argentina de las décadas del 60 y el 70 a partir de nociones tales como la “infección del peronismo”, la “infiltración comunista”, la “amenaza comunista” (más específicamente castrista), y ver ahí las causas de la “violencia subversiva perpetrada por bandas terroristas” y la “guerra interna”.[147] O reducir a una figura tan compleja y rica como la de Cooke a la condición de un “agente cubano”, una correa de transmisión de la estrategia cubana o del “modelo cubano” en la Argentina. En efecto, a pesar de sus deficiencias más notorias, la clave interpretativa basada en la Doctrina de la Seguridad Nacional sigue siendo frecuentada.

Siguiendo un criterio similar podríamos plantear que, a comienzos del siglo XIX, las colonias españolas en el nuevo continente fueron víctimas de la infiltración bolivariana y sanmartiniana, que incitó a la violencia y desató la Guerra de la Independencia. Que el apacible orden colonial se vio alterado por el accionar de un grupo de conspiradores que instrumentaron una revolución independentista a espaldas del pueblo, ajena a sus objetivos. También podríamos hablar de la "influencia destructiva" de la filosofía de Rousseau, de sus capacidades de introducir divisiones y antagonismos en sociedades casi perfectas, armónicas y jerárquicas.

En Peronismo y revolución, Cooke decía que "lo que hace que una ideología sea foránea, exótica, antinacional, no es su origen sino su correspondencia con la realidad nacional y sus necesidades". Y se refería al impacto decisivo de la traducción (Cooke usa el término más peronista de "transvasamiento") de las ideas de Rousseau, de los enciclopedistas franceses, de los comuneros españoles y de la revolución norteamericana en los patriotas que llevaron adelante la revolución americana (Obras completas, Tomo V, pp. 155 y 156).

En relación con Cuba, el propio Cooke ofrecía una respuesta a las teorías conspirativas; en carta a Perón del 3 de marzo de 1962, afirmaba: "La fuerza de la revolución cubana no está en la acción de misteriosos agentes sino en sus resonancias emocionales y en su ejemplo práctico" (Obras completas, Tomo II, pp. 500 y 501).

El pensamiento de la rancia derecha argentina, desde la Ley de Residencia (1902) a nuestros días, tiende a negar las contradicciones sociales y a descalificar la lucha de clases asignándole un rasgo de "extranjería" o "invención". Esto es: la lucha de clases o las revoluciones concebidas como mercancía de exportación de un alto grado de homogeneidad con baja diferenciación del producto respecto de su origen. Como commodities rusas, chinas, cubanas o venezolanas; como expresión de "fuerzas extrañas" o "ideologías exóticas". La matriz reaccionaria sigue considerando que los

internacionalismos pueden ejercer su influencia —siempre maléfica y perniciosa— al margen de las realidades históricas locales, sin coordinación con fuerzas sociales y políticas nacionales. Claro está, tampoco posee el interés de aprender de las experiencias de otros pueblos, menos si estas tienen componentes emancipatorios.

Y, sabemos, Perón no fue ajeno a estos tópicos. En 1947 le había escrito al Papa Pío XII: “Me empeño por arrancar de la miseria del laicismo y del materialismo no solo a los niños sino también a las clases proletarias desorientadas por ideologías exóticas y proclives a los utopismos comunistas”[148]. El General sabía bien a quién se dirigía. Eugenio Pacelli, o Pío XII, era un verdadero cruzado de Occidente. De todos modos, recuérdese que Perón no siempre debe ser escuchado o leído literalmente. Y además Pío XII terminó excomulgando a Perón en 1955.

Sería infinita la lista de los que, en el último medio siglo, se disputan la patente: cristianos de base, indígenas, liberales-radicales, anarquistas, nacionalistas revolucionarios, comunistas, castro-guevaristas, zapatistas o chavistas.

Consideramos que, para Cooke, con la Revolución Cubana, “la ideología del proletariado encontró en las tradiciones revolucionarias no marxistas, los asideros necesarios para enraizarse, (además) en Cuba, la relación del marxismo y el leninismo con las tradiciones nacionales revolucionarias no tuvo un carácter externo, superficial”.[149]

El intento de articular el marxismo, básicamente en una versión filoguevarista, con la tradición nacional constituyó uno de los gestos más característicos de la intervención de Cooke. Vale tener presente que en Cuba…

la ideología del proletariado no apareció ante el pueblo cubano como algo ajeno,

impuesto a la nación. La articulación del marxismo y el leninismo con las tradiciones revolucionarias precedentes, desde Mella hasta Fidel Castro, había brindado los asideros necesarios para que las ideas de Marx, Engels y Lenin pasaran a formar parte de esa herencia cultural de las masas humildes que, a juicio de Martí, eran los jefes de las revoluciones si estas eran verdaderas [...] La fase nacional-liberadora y antiimperialista iniciada por Martí, y la socialista, que exigían los nuevos tiempos, debían sucederse ininterrumpidamente, bajo una misma dirección revolucionaria.[150]

Al terminar de asumir en Cuba lo que venía rumiando desde hacía rato —que la liberación nacional y la revolución social en Nuestra América pasaban a ser procesos inescindibles— Cooke superaba las ilusiones (y los límites) del nacionalismo reformista, del populismo, de los programas centrados en la liberación nacional. Al mismo tiempo, asumía que los movimientos de masas en Nuestra América tenían dos únicas alternativas, o bien profundizaban los procesos revolucionarios (en sentido anticapitalista) o bien caían y/o se desvirtuaban.

Desde esta concepción era lógico que el peronismo se presentara a los ojos de Cooke como la primera fase (y no una etapa en el sentido del etapismo) de una revolución inconclusa, que solo podía realizarse plenamente a partir de una dirección revolucionaria. El peronismo era rescatado, entonces, como un "entarimado" histórico que, a pesar de sus falencias, había contribuido a que los trabajadores desarrollaran el sentido de clase y la conciencia de sus potencialidades, condición necesaria para el desarrollo de una ideología revolucionaria.

Cooke colaboraba activamente con el Che. Resultan evidentes las coincidencias y las contribuciones recíprocas. Ambos se oponían al reformismo pacifista de buena parte de la izquierda tradicional de Nuestra América, particularmente de los Partidos Comunistas y al fetichismo de la democracia burguesa en los países periféricos. Ambos buscaban la integración práctica de una estrategia armada de carácter continental apoyada por los "focos guerrilleros" y por Cuba.

---

134 Véase: Gaggero, Manuel, Justo: “Dos modelos latinoamericanos”. En: Fin de Siglo, “Dossier Cooke”, Buenos Aires, enero de 1988.

135 Además de la relación con Cooke, Emilio Aragonés Navarro tendrá vínculos directos con Perón. Según le comentó al periodista Isidoro Gilbert: “Al General yo lo visitaba con cierta frecuencia en Madrid; antes lo hacía Osmany Cienfuegos, en vida de John William Cooke”. Citado por: Gilbert, Isidoro, El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la Inteligencia soviética en la Argentina, Op. cit., p. 299.

136 Véase: González, Horacio: “Identidades: John William Cooke, el Heredero”. En: Nuevo Sur, 11 de junio de 1989, Suplemento “Las Palabras y las Cosas”, p. 8.

137 En: Baschetti, Roberto: “John William Cooke: una historia de vida y lucha”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 22.

138 Bavio, Gerardo: “Cooke y el Che. Recuerdos, realidad y ficción”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 107.

139 Salas, Ernesto José, Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista, Op. cit., p. 166.

140 Véase: Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Las primeras experiencias

guerrilleras en la Argentina: la historia del "Vasco" Bengoechea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2006.

141 Szpunberg, Alberto, "Historia de una pasión liberadora fortalecida por el tiempo. El pensamiento vivo de un militante". En La Opinión Cultural, Buenos Aires, 9 de septiembre de 1973, p. 3.

142 Pacheco, Julieta, Nacional y popular, El MALENA y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969), Buenos Aires, Ediciones de RyR, 2012, p. 136.

143 Ibidem, p. 136

144 Bozza, Juan A.: "El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969". En: revista Sociohistórica, Cuadernos del CIHS (Centro de Investigaciones Socio Históricas de la UNLP), Número 9710, La Plata, Ediciones Al Margen, 2002, p. 155.

145 Véase: Walsh, Rodolfo, ¿Quién mató a Rosendo?, Op. cit., p. 42.

146 Carta de Arturo Jauretche a Hernán Benítez (fecha y lugar ilegibles). En: Cichero, Marta, Op. cit., p. 117.

147 Existen varios trabajos representativos de estos enfoques. Por lo general se trata de investigaciones periodísticas, más concretamente del subgénero "partes

de inteligencia retrospectivos”. Véase, por ejemplo: Yofre, Juan Bautista, Fue Cuba. La infiltración cubano-soviética que dio origen a la violencia subversiva latinoamericana, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

148 Perón, Juan Domingo: “Carta al Papa Pío XII, Buenos Aires, 28 de marzo de 1947”. En: Cichero, Marta, Op. cit., pp. 46 y 47.

149 Oliva Miranda, Francisco: “La articulación del pensamiento de Marx, Engels y Lenin con las tradiciones nacionales”. En: revista Cuba Socialista, N.º 3, La Habana, s/f, 1996, pp. 45 y 56.

150 Ibidem, p. 53.

La Tricontinental y la

Conferencia de la Organización

Latinoamericana de Solidaridad (OLAS)

Porque el hombre nuevo no es una imagen en los altares, es una vivisección permanente.

Alicia Eguren

En enero de 1966 se realizó en Cuba la Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (Conferencia Tricontinental). Participaron más de ochenta países y organizaciones revolucionarias y hubo casi ochocientos representantes acreditados. Cooke presidió la delegación argentina, compuesta por militantes del peronismo revolucionario, del PCA y de varias organizaciones de izquierda. Entre quienes están Carlos Lafforgue, Alcira de la Peña y Abel Alexis Latendorf.

Por cierto, la delegación argentina no era la que más miradas concitaba. En estos ámbitos la relevancia de una delegación estaba en relación directa al grado de desarrollo de las luchas sociales del pueblo que representaba y sus capacidades de repercutir en el mundo Occidental. En 1966 y 1967 los ojos estaban puestos en Vietnam, en Palestina y Yacer Arafat, en las Panteras Negras y Stokely Carmichael, en las distintas organizaciones de la izquierda chilena representadas por Salvador Allende y, va de suyo, en los países socialistas, principalmente la Unión Soviética, China y Cuba, el país anfitrión.

En el transcurso de la Conferencia, Cooke le escribió a Perón: le habló de las distintas representaciones, de la delegación de la Argentina, de los acuerdos de la

Conferencia, de la constitución de la organización Tricontinental. Y le decía:

Y a mí se me encoge el corazón de pensar que Ud., que planteó como posibilidad histórica de este período una política común a un mundo que recién comenzaba a ser alumbrado, que desde el gobierno y en las más desfavorables condiciones anunció la necesidad de una voz y una política propia para el mundo de la dependencia y el subdesarrollo, que en la globalidad de un mundo que parecía férreamente predeterminado por las superpotencias distinguió la emergencia de fuerzas tremendas destinadas a alterar todas las correlaciones de política establecida, no está aquí como protagonista (Obras completas, Tomo II, p. 626).

Para él, Perón era el gran ausente de la Conferencia, pero sobre todo era el gran ausente de la política que ella representaba. No podía aceptar la autoexclusión del espacio geoestratégico del que, de alguna manera, había sido precursor un par de décadas atrás, con anterioridad a la Conferencia de Bandung, que se realizó precisamente en 1955, el año de la caída del gobierno peronista. Para Cooke, Perón tenía la talla de un líder del tercer mundo, pero constataba que el General no era plenamente consciente de esa condición y que por eso se negaba sistemáticamente a jugar los roles que se derivaban de ella. Veía a Perón preso de concepciones políticas mezquinas, localistas y mediocres.

En ese espacio coincidían los líderes del tercer mundo, los líderes de los movimientos políticos de liberación y de los movimientos revolucionarios. Entre otros, estaban presentes Salvador Allende, Rodney Arismendi, Amílcar Cabral, Pedro Medina Silva, Luis Augusto Turcios Lima, Cheddy Jagan, Nguyen Van Tien. Además, adherían a la Tricontinental figuras de la talla de Lázaro Cárdenas, Fidel Castro, Gamal Abdel Nasser, Kwane Nkrumah, Sekou Toure, Mao Tse Tung y Ho Chi Min. Pero Perón no se encontraba allí. Perón no adhería. A los ojos de Cooke, Perón estaba ausente del futuro. Claro que, de manera inevitable, estaban presentes el peronismo y la Argentina, a través de Cooke, que habló en la Conferencia, sin mandado y sin representación, salvo los que emanaban de la delegación argentina.

Perón le respondió con una carta “spenceriana”, el 25 de enero de 1966, en la que cuestionó indirectamente los argumentos de Cooke. Mientras Cooke propiciaba la lucha abierta contra el imperialismo norteamericano, Perón, apelando al fatalismo evolutivo, sostenía que los imperialismos (así, en plural, porque incluía a la Unión Soviética) se destruirían solos, por agotamiento y descomposición; decía que no valía la pena precipitarse, que había que actuar dentro del orden natural de las cosas. Otra vez mostraba su predilección por el tiempo. Frente al ímpetu revolucionario de Cooke, Perón exageraba el tono arzobispal: inteligencia, sabiduría, prudencia.

En julio de 1967 Cooke estaba de nuevo en Cuba como presidente de la delegación argentina en la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad con la Revolución Cubana (OLAS), que comenzaba a sesionar el último día de ese mes bajo la presidencia honoraria del Che, quien se encontraba en Bolivia. Junto a Cooke participaron Fernando Abal Medina, Norma Arrostito, Joe Baxter, Juan García Elorrio, Carlos Lafforgue, Roberto Quieto, Jorge y Arturo Lewinger; Juan Carlos Coral por el PSA e Ismael Viñas por el Movimiento de Liberación Nacional (MALENA).

Un aspecto no menor del mar de fondo de la Conferencia fue la disputa entre la línea pro soviética (moderada), representada por la mayoría de los Partidos Comunistas, y las corrientes castristas que se identificaban con el trazo grueso de la letra de la Segunda Declaración de la Habana. Estas últimas estaban representadas por diferentes organizaciones y movimientos que coincidían en la lucha armada como vía para llegar al poder y construir el socialismo, al tiempo que se oponían a las concepciones etapistas, dado que consideraban inviables los caminos burgueses a la democracia y al desarrollo económico y social. Su posición partía de reconocer que no había posibilidades de liberación nacional sin revolución socialista, y que esta exigía formas de violencia revolucionaria. Además, las corrientes castristas y las corrientes pro chinas, a diferencia de la línea pro soviética, sostenían la existencia de condiciones revolucionarias en todo el Continente. Y establecían que, en caso de faltar esas condiciones, la misma lucha armada debía encargarse de crearlas.

En su discurso, Cooke sostuvo que los planteos sobre la unidad, basados en fórmulas vagas e indefinidas, eran inconcebibles, típicos de un nacionalismo timorato y policlasista que, como hemos señalado, para él no solo era inviable desde fines de la década del 50, sino que también era susceptible de convertirse en reaccionario y contrainsurgente. Este tipo de nacionalismo se caracterizó por plantear la unidad de Nuestra América en términos estáticos, mientras que el planteo revolucionario se caracterizaba por su concepción dinámica de la unidad. En los términos de Cooke, Cuba venía a reparar "nuestra derrota como nación" y, al retomar lo planteado por la delegación argentina en la Tricontinental, decía que la solidaridad "debía dejar de ser un atributo del espíritu para transformarse en una categoría revolucionaria" (Obras completas, Tomo III, p. 260).

Como sabemos, finalmente la estrategia insurreccional común fracasó. Consideramos que, entre otras cosas:

Por el hecho de concebir la lucha revolucionaria en términos de fórmulas estandarizadas y simplificadas, y de categorías muy abarcadoras y abstractas de aplicación continental, que venían a reemplazar la carencia de una teoría general y que solían pasar por alto los términos nacionales (por ejemplo: las características de las formaciones económico-sociales de los diferentes países de Nuestra América), con la consiguiente idealización de la guerrilla rural.

Por ofrecer soluciones técnicas a problemas políticos. En líneas generales, en la OLAS se adoptó el criterio sostenido por Regis Debray, que planteaba que toda política revolucionaria debía expresarse en una línea militar coherente y precisa.

Por confundir la revolución con la guerra, lo que condujo a la deformación militarista de muchas organizaciones revolucionarias y a la negación del peso determinante de las vinculaciones orgánicas con el movimiento popular.

Porque al pretender la nivelación de las singularidades nacionales se repitieron los viejos errores de la concepción internacionalista en su versión más simplificada y estereotipada. Se universalizó de manera acrítica la experiencia cubana, lo mismo que había ocurrido con la experiencia de la Revolución Rusa. De este modo, la Revolución Cubana terminó funcionando como coartada y no como ejemplo.

Sería sumamente injusto hacer partícipe a Cooke de estos errores. Sin dejar de situarse siempre en las coordenadas propuestas por la OLAS y la Tricontinental, especialmente en lo que se refiere a la opción por la lucha armada, él jamás adhirió a las fórmulas estandarizas, nunca pensó en las armas como reemplazo de la política (de masas) y, de alguna manera, fue un crítico temprano del militarismo. Más adelante desarrollaremos su posición con relación al foquismo.

Sin abjurar del sentido general de la estrategia guevarista en el plano continental, diversas fuerzas revolucionarias se encargaron de reformularla a finales de la década del 60. La consolidación del proyecto revolucionario en el plano nacional pasó a ser la condición sine qua non para construir sobre fundamentos más sólidos esa estrategia continental. Asimismo, se revalorizó el papel de la clase trabajadora y de los grandes centros urbanos. Por eso, Cooke puede ser considerado un precursor de esta reformulación de la estrategia guevarista. Las organizaciones revolucionas surgidas en la Argentina a fines de las décadas del 60 y el 70, en especial las FAP y el PB, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), con matices, expresaron esta línea. También en esto fueron “herederas” de Cooke.

Él era consciente de los condicionamientos geopolíticos que imponía la Guerra Fría. Sabía que en la áspera lucha contra el imperialismo norteamericano era imposible desechar las alianzas y los alineamientos tácticos con la Unión Soviética. Pero su apuesta fuerte siempre fue a favor del Tercer Mundo. Consideraba que solo el Tercer Mundo era capaz de desplegar las formas de solidaridad más generosas y activas sin el lastre del juego de gran potencia mundial que cautivaba a la Unión Soviética y que la llevaba a priorizar sus

propios intereses. Debemos tener presente que, en estos asuntos, Cooke supo diferenciarse en un primer momento de la visión del propio Che. Vale decir que, a partir del 1965, el Che terminará coincidiendo con Cooke.

Sin dudas, esta experiencia dejó enseñanzas muy valiosas. Pensar la unidad de Nuestra América, la unidad revolucionaria, exige partir del reconocimiento de las semejanzas, pero también de las diferencias. Un plan continental debe procesar las experiencias pretéritas sin la pretensión de resucitar fórmulas antiguas. Es decir, no debe crear convencionalismos de la acción revolucionaria, no debe reproducir los vicios del viejo y malentendido internacionalismo proletario (de cepa soviética o no), que subestimaba la importancia de las realidades y experiencias nacionales. En síntesis: no debe suprimir las particularidades; por el contrario, debe articularlas de cara al objetivo común. La derrota no alteró ninguna de las verdades de fondo, hoy más vigentes que nunca. La unidad sin mezquindades, la solidaridad apasionada, solo son posibles entre revolucionarios.

Después de la Conferencia de la OLAS, Cooke regresó a la Argentina, previo paso por Europa. En Londres se enteró de la caída del Che en Bolivia. Para aquellos y aquellas que abogaban por una humanidad emancipada de sus cadenas, la noticia tuvo un efecto devastador. Para Cooke, además, se sumaba el dolor por la pérdida del amigo y compañero, y el sentimiento de derrota ante la obligada postergación de proyectos en los que había comprometido toda su dedicación, sus fuerzas y su tiempo (que, aunque él no lo sabía, comenzaba a ser escaso).

Con la caída del Che quedaba flotando en el aire el interrogante que planteó mejor que nadie el poeta Juan Gelman en Pensamientos:

El comandante Guevara entró a la muerte por su

cuenta pero

ustedes

¿qué habrán de hacer con esa muerte?

pequeños míos

¿Qué?

Una nueva generación de militantes no tardó en responder.

Provocadores, simuladores y revolucionarios

No propiciamos doctrinas de odio, luchamos por una causa de amor cuyo objetivo es el hombre americano. Pero no daremos el alto el fuego hasta que la infamia, el privilegio y el colonialismo no sean definitivamente borrados de esta tierra generosa.

Gustavo Rearte

Poco antes de las elecciones presidenciales de 1963, las que llevarían al candidato de la UCRP Arturo Illia a la presidencia de la Nación —con el 21% de los votos y el peronismo y el frondicismo proscriptos—, se produjo un nuevo "giro a la izquierda" de Perón. Héctor Villalón se convirtió en el nuevo delegado del Comando Superior Peronista en reemplazo del neurocirujano Raúl Matera. Perón también creó un "cuadrunvirato" presidido por Rubén Sosa (un ex juez correntino vinculado a Villalón) e integrado por Andrés Framini, Ilda Pineda y Julio Antún. Poco después, volvería a virar y nombraría delegado a Alberto Iturbe, mientras que el "cuadrunvirato" se convertirá en un "heptunvirato", dominado por representares del vandorismo. Villalón se encargó de difundir en la Argentina la orden de Perón de votar en blanco en las elecciones del 7 de julio.

Aunque, como vimos, el General no se instaló en la Cuba revolucionaria, sí trató de conservar algunos vínculos políticos y, sobre todo, aquellos contactos que podrían reportar algún apoyo "material". Cooke ni siquiera pudo consolidarse en el rol de intermediario entre Perón y Cuba. A pesar de su experiencia en la isla, a pesar de sus contactos directos con Fidel y el Che y, sobre todo, de sus éxitos a la hora de desmontar la leyenda negra sobre el peronismo, o su silencioso y estratégico trabajo orientado a la formación de "cuadros", el General no recurrió a Cooke. Por el contrario, optó por la controvertida figura de Héctor Villalón. Se trataba, lisa y llanamente, de un aventurero. Tal vez algo mucho peor que eso.

Villalón se entrevistó con Cooke en París, a instancias de Perón, en noviembre de 1962. Para ese tiempo, Villalón era más un fascista admirador de la OAS francesa que un revolucionario socialista. Seguramente, Cooke no pudo evitar el sentimiento de humillación. Anclado en París, esperaba un guiño de Perón para bajar a Madrid. Pero el General, adiestrado en los desaires desacreditadores e inhabilitantes, le envió un vocero que era un personaje oscuro, sin credenciales militantes ni antecedentes revolucionarios y, para colmo de males, "avalado" para ocupar los espacios y para jugar los roles que le correspondían con todo derecho y justicia al propio Cooke.

Entonces, detestaba a Villalón con fervor. En cada mención a este individuo, en cada referencia directa o indirecta, tanto en sus cartas como en los testimonios de terceros, vemos que nunca puede evitar el aluvión de improperios. Por ejemplo, en la carta a Perón del 12 de septiembre de 1964, emitía un juicio lapidario:

Él es un revolucionario de carnaval, la caricatura de un revolucionario; yo soy un revolucionario en serio —aunque hasta ahora, ¡ay!, algo infortunado— que no oculto mi pensamiento. Pero aunque me canse de repetir que no creo en las salidas electorales, en soluciones evolutivas y propugne, concretamente, la liquidación del capitalismo, lo que jamás podría hacer sería prometer la toma violenta del poder para mañana o el mes que viene, jugar a la insurrección y tratar de que crean que tengo un dispositivo militar y subversivo; el día que lo tuviese, trataría de que no se sepa, y jamás procuraría dar la sensación de que lo tengo cuando carezco de él. Es la diferencia del revolucionario y el provocador de la acción y la simulación de la acción" (Obras completas, Tomo II, p. 589).

En la misma carta lo llamaba "ladrón", "indeseable", un "tremendista revolucionario", carente de toda base teórica y moral. A pesar de todo, Cooke priorizaba el proyecto estratégico sin anteponer cuestiones personales: lo recibió en Cuba, le brindó contactos.

Pero la historia suele ser enrevesada. Villalón, como delegado de Perón en el marco del "giro a la izquierda", alentaba objetivamente a la línea combativa, a la tendencia revolucionaria del peronismo. Por ejemplo, influyó decididamente en la creación del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) a partir de directivas del General. Desde esa posición, Villalón logró seducir y convocar a algunos de los sectores más combativos del peronismo. En Cuba los convenció y los comprometió en la conformación de una corriente combativa en el peronismo; ofrecía "la revolución a corto plazo, dirigida por Perón, con dinero a chorros y el apoyo cubano, chino, albanés, etcétera", tal como Cooke le comentó al General en la carta arriba citada (Obras completas, Tomo II, p. 589). Además, en Cuba, Villalón obtuvo una licencia del gobierno revolucionario para comercializar tabaco cubano (habanos) en Europa, con el fin de obtener recursos para financiar las actividades del movimiento. Se trataba de la contribución material de la Revolución Cubana al peronismo. Tiempo después, la licencia fue revocada por manejos turbios de parte del mismo Villalón. Lo más intolerable para Cooke era ver como los vínculos entre Perón y la Revolución Cubana se reducían a un ordinario negocio de exportación-importación.

El MRP contaba con la adhesión o la simpatía de algunos de los dirigentes sindicales más combativos, enfrentados a Vandor. Muchos de esos dirigentes fueron los mentores del programa de Huerta de Grande, votado por un plenario nacional de las 62 organizaciones gremiales peronistas, en 1962. El programa retomaba la línea del programa de La Falda, de 1957, daba cuenta del "giro a la izquierda del peronismo" y profundizaba sus perfiles combativos, antiimperialistas y, sobre todo, los antiburocráticos. Además, el plenario cuestionó abiertamente a los dirigentes "colaboracionistas", en particular a Vandor, y fijó, además, una línea de apoyo a la Revolución Cubana.

El programa de Huerta Grande planteaba:

• Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.

• Implantar el control estatal sobre el comercio exterior.

• Nacionalizar los sectores claves de la economía: siderurgia, electricidad,

petróleo, frigoríficos.

• Prohibir toda exportación directa e indirecta de capitales.

• Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.

• Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.

• Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.

• Implantar el control obrero de la producción.

• Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.

• Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el Pueblo Argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos a la producción.[151]

Asimismo, el MRP generaba expectativas en amplios sectores de la juventud.

Villalón sostenía que, en 1964, se produciría el retorno de Perón a la Argentina, en un clima revolucionario donde el MRP debería jugar un papel determinante. Por ejemplo, una de las tareas asignadas al Movimiento era la creación de unas "Fuerzas Armadas Peronistas". El planteo chocaba con las posiciones del vandorismo que, aunque coincidían en la meta del retorno, insistían en que Perón debía regresar al país como "pacificador", como "prenda de unidad" y otras figuras similares, al tiempo que desechaba la movilización y la confrontación abierta. Muchas acciones de Vandor tenían como objetivo poner en evidencia que Perón no quería o no podía regresar al país y que, por lo tanto, la "conducción local" debía tomar la iniciativa.

Esta posición de abierto desafío al General se vería ratificada en el "Plenario de

Avellaneda", realizado en enero de 1965 a instancias de Vandor. Allí se señaló que los peronistas tenían los "pantalones largos", que ya era tiempo de manejarse solos y se defendió la existencia de un partido que respondiera a una conducción local. Se planteó que para estar con Perón había que estar contra Perón.

A comienzos de 1964, Vandor viajó a Madrid y logró convencer a Perón de que desplazara a Villalón y Sosa y desautorizara al MRP. Uno de los argumentos era que Villalón estaba involucrado en un plan para asesinarlo. Pero Gustavo Rearte, el principal dirigente del MRP, también viajó a Madrid y refutó los argumentos de los vandoristas (en particular los de Iturbe); y así logró que Perón autorizara el funcionamiento del MRP. Finalmente, el MRP se constituyó formalmente el 5 de agosto de 1964.

Cooke respetaba a Gustavo Rearte quien, a pesar de su juventud, tenía una larga trayectoria militante. Había sido dirigente sindical, Secretario General del gremio de los Jaboneros y Perfumistas a los 25 años, protagonista de la Resistencia Peronista y mentor de la primera guerrilla urbana. Supo ser perseguido y encarcelado en reiteradas oportunidades, tanto por los gobiernos civiles (semidemocráticos) como por las dictaduras militares, desde 1955 hasta su muerte. En 1961 fue baleado por las fuerzas de seguridad en la intersección de las calles Rodríguez Peña y Sarmiento en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Logró sobrevivir a nueve perforaciones en los intestinos. Rearte era, además, un autodidacta que había adquirido una sólida formación intelectual.

Por otra parte, en el MRP militaban dirigentes con perfiles bien distintos a los de Villalón. A decir verdad, ubicados en las mismas antípodas: Nicanor Reyes, Julio Troxler, Jorge Rulli y un conjunto de compañeros y compañeras de gran valía y a quienes Cooke apreciaba.

Eduardo Gurrucharri, ex militante del MRP, brinda un testimonio de un encuentro entre Cooke y Rearte, que le tocó presenciar:

Conservo fresco el recuerdo de la tarde-noche en que Carlos Lafforgue, dirigente de la Juventud Universitaria Peronista y de ARP (Acción Revolucionaria Peronista), detuvo su fitito (un auto Fiat 600) en la esquina porteña que habíamos pactado. Me senté en el asiento trasero y Gustavo Rearte acomodó como pudo su metro ochenta y su físico bien trabajado junto al conductor. Fuimos hasta un departamento en Vicente López. Cuando entramos Cooke se paró sonriente. Saludó afectuosamente a Rearte, con quien no se tuteaba, y nos presentaron; yo tendría 21 años.[152]

En esa reunión, según refiere Gurrurchari, Rearte propuso un acuerdo entre Acción Revolucionaria Peronista (ARP), la organización creada por Cooke, de la que hablaremos en el próximo capítulo, y el MRP. La idea no le disgustaba a Cooke. El problema era Villalón. Cooke se negaba a tratar con él. Según Gurrucharri, ante la propuesta de Rearte, Cooke respondió: "Villalón es un delincuente y yo no trato con delincuentes".[153] Tenía razón. En 1967 el MRP expulsó a Villalón cuando este, después de ser detenido por utilización de documentos falsos, brindó información a la policía, "gentilmente", sin ofrecer demasiada resistencia.

Pero había otros asuntos que dilataban el acuerdo entre ARP y el MRP. A diferencia del grupo promotor del MRP, Cooke no se opuso a la participación electoral en 1963. Además, el MRP asumió una línea antivandorista muy dura, que Cooke no compartía. Por cierto, Él no fijó posición en la disputa entre "leales y vandoristas", porque la consideraba una querella menor. Le costó mucho a Cooke asumir el significado adquirido por la figura de Vandor, cuando ya era algo evidente para la mayor parte de sus compañeros.

Él tenía una relación personal afectuosa con Vandor. Una relación cimentada en situaciones adversas, en la cárcel, en los primeros tiempos de la Resistencia Peronista, antes de que despuntaran el cookismo y el vandorismo como praxis antagónicas. En su conversación con Gasió, cuenta Gazzera:

Quien más conversaba con Vandor en la cárcel era el compañero John William Cooke, que era un ideólogo de izquierda. Vandor, a quien la ideología no le quitaba el sueño, allí en la cárcel comenzó a tener interés por ella, gracias a Cooke. De allí es que nació entre Cooke y Vandor una sólida amistad, con permanentes encuentros, ya en libertad. Hablaban de política entre ambos (sic) y después se armaban juegos de truco. Cooke era un noctámbulo; se acostaba más o menos a las 6 de mañana y antes se servía el desayuno, que era lo mismo que la cena: tocino y huevos fritos.[154]

Cada vez que se le hacía notar que Vandor formaba parte del sistema, que era el “enemigo”, Cooke, según el testimonio de Amanda Peralta, solía responder: “Me acuerdo cuando este muchacho se cruzaba la cordillera en alpargatas para ir a recibir las instrucciones a Chile”.[155] En el fondo, él sabía mejor que nadie que las cosas habían comenzado a ser diferentes una vez agotado el ciclo de la Resistencia Peronista. Cooke sabía que, a veces, el héroe, si no ratifica esa condición día a día, o bien puede salir de la historia para ser evocado con respeto, o bien se puede convertir en un traidor.

Todo cambió a partir del 13 de mayo de 1966, cuando los militantes de ARP, Domingo Blajakis y Juan Carlos Salazar, fueron asesinados en la Pizzería-Confitería La Real de Avellaneda. En aquella ocasión, algunas de las figuras más emblemáticas de la burocracia sindical, la plana mayor de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), coincidieron en el local con militantes sindicales combativos, antiburocráticos, vinculados a ARP, el “grupo de Avellaneda”, sobre que el que volveremos más adelante.

De un lado, junto a Vandor, estaban Armando Cabo, Emilio Héctor Barreiro, Máximo Castillo, Rosendo García, Nicolás Severo Gerardi, Norberto Imbelloni, José Petraca, Julio Safi, Juan Taborda. Del otro lado, en una mesa, estaban Francisco Alonso (“el Negrito”), Domingo Blajakis, Francisco Granato, un tal “Horacio”, Juan Carlos Salazar, Raimundo Villaflor y Rolando Villaflor. Lo que comenzó como un intercambio de insultos, devino en pelea a las trompadas y

esta, a su vez, en abierto tiroteo. Las trompadas se repartieron parejas. Pero los tiros partieron de un solo lado.

Rodolfo Walsh, en Quien mató a Rosendo[156], demostró la responsabilidad de Vandor, Cabo, Taborda y el resto de la patota sindical en la muerte de Blajakis y Salazar… y de Rosendo García. Aunque la muerte de García fue presentada como un accidente —la bala que lo atravesó provino de la posición de Vandor—, Walsh aportó un conjunto de evidencias que permiten sostener que el objetivo de Vandor era doble: por un lado, eliminar a los delegados opositores, por el otro, resolver una interna con García, Secretario General Adjunto de la poderosa UOM y Secretario General de la filial Avellaneda, que venía buscando proyectarse políticamente. Por cierto, se había lanzado como candidato a gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Aspiraba a sacar partido de la semilegalidad vigente mientras que Vandor apoyaba el golpe de Estado en ciernes.

Según el relato de Walsh:

A John William Cooke el teléfono lo despertó después de medianoche: el Griego estaba herido. Eran amigos, en 1956 habían compartido una de sus tantas cárceles. Corrió al hospital, cuando llegó había un acta de defunción con la hora precisa: una menos veinte. Le contaron. Cooke mantuvo su acostumbrada serenidad, observó cómo el Fiorito se iba poblando con los notables del peronismo oficial, diputados, senadores, dirigentes, cómo crecía en los cuchicheos la ola de consternación que tan eficazmente iba a utilizar el vandorismo: Rosendo había muerto a las doce y veinte.

—Disparen —dijo.

—Pero si nosotros estábamos desarmados.

—Disparen —dijo Cooke—. Les van a tirar con todo Buenos Aires.[157]

En efecto, cuando Cooke llegó al Hospital Fiorito acompañado de Roberto Sinigaglia (abogado y militante de ARP) no tardó mucho en percatarse del dispositivo que se estaba poniendo en funcionamiento. Un aceitado dispositivo de encubrimiento basado en la connivencia entre la Justicia, la Policía, el poder político y sindical, con el soporte imprescindible de los grandes medios de comunicación, expertos en distorsionar la realidad, siempre prestos a difundir las versiones más acordes con sus intereses.

Los sobrevivientes del grupo agredido comenzaron a ser buscados por la policía. Algunos se refugiaron por un tiempo en el departamento de Cooke.

Un mes más tarde, un golpe de Estado dio inicio a la dictadura del General Juan Carlos Onganía. De inmediato, el flamante régimen aportó nuevos motivos para la convergencia entre ARP y el MRP.

El golpe militar del 28 de junio de 1966 se autodenominó Revolución Argentina y fue encabezado por la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas. Esta designó como presidente al general Juan Carlos Onganía, quien contó con el apoyo de los grupos económicos más poderosos, la burguesía terrateniente, la oligarquía diversificada y la burguesía trasnacional. Y también, al comienzo, de la burocracia sindical. Onganía, quien se atribuyó el “consenso tácito” de la sociedad, disolvió el parlamento y los partidos políticos, al tiempo que reemplazó la Constitución Nacional por un Estatuto de la Revolución Argentina.

A pesar de una inicial retórica “nacionalista”, el “Onganiato” profundizó el modelo desarrollista (“modernización” y “racionalización”) y consolidó el papel

del capital monopólico trasnacional, al mismo tiempo buscó el disciplinamiento de los trabajadores con el fin de incrementar la tasa de explotación. La política del ministro de Economía, Adalbert Krieger Vasena, atentó contra las pequeñas y medianas empresas de capital nacional, cerró ingenios azucareros en Tucumán, suspendió la personería jurídica de los sindicatos.

Inspirada en la Doctrina de la Seguridad Nacional, la dictadura militar diversificó los recursos represivos del Estado y combinó la exaltación de la cultura occidental y una moral ultracatólica con la apología de la tecnocracia como sucedáneo de la política.

Las Fuerzas Armadas intentaron resolver la crisis de hegemonía a favor de las clases dominantes por la vía política autoritaria. La respuesta popular se hizo esperar unos años, pero cuando dijo presente fue arrolladora.

El trabajo Peronismo y revolución, escrito por Cooke en un par de semanas y a pocos meses del golpe de Estado, es una pieza de literatura política militante excepcional. Es un trabajo sin fisuras, desde el título. Certero en toda la línea: en la caracterización de la naturaleza del golpe militar, de los intereses de los principales actores y su ideología; en la prospectiva respecto de lo que consideraba una segunda etapa del régimen post 1955; en sus análisis sobre el significado histórico del peronismo, el real, y los posibles (antagónicos: integración o revolución); en su visión sobre la burocracia y sus funciones, etcétera.

Para Cooke, la Revolución Argentina era una expresión de las limitaciones del sistema de dominación. Conceptuaba a la dictadura militar como la última trinchera de un sistema exhausto. Clausurados los caminos institucionales, sin subterfugios seudodemocráticos, con un Perón sin demasiado margen para sus juegos pendulares, Cooke intuía un contexto que, tarde o temprano, favorecería a las fuerzas revolucionarias dentro y fuera del peronismo; entre otras cosas porque los burócratas y los políticos profesionales y derechizados del peronismo

perderían espacio político. Como correspondía a su talante, no arriesgó plazos ni pormenores del proceso histórico. Simplemente, identificó una tendencia que se corroboró poco después de su muerte.

Pero además del contexto impuesto por la dictadura militar, fueron determinantes las visiones compartidas por Cooke y Rearte respecto de los fundamentos materiales, sociales y geopolíticos del golpe. La designación del Mayor Bernardo Alberte como delegado de Perón generó mejores condiciones para un proceso de confluencia de las organizaciones del peronismo revolucionario y, aunque Alberte fue desplazado por el General poco tiempo después, ese proceso ya se había puesto en marcha y no pudo detenerse.

En 1967, Cooke y Rearte coincidirán en apoyar el proyecto continental del Che y su experiencia en Bolivia. Sacarán conclusiones similares de su derrota. Y entonces Cooke, Rearte y Alberte, en 1968, promovieron la organización de un “Congreso clandestino del peronismo revolucionario”, para el 19 de agosto. El objetivo era construir una herramienta política de y para la izquierda peronista, que contuviera a organizaciones político-militares, sindicatos combativos y el movimiento estudiantil. El proyecto nunca se concretó, pero los encuentros y los debates que tuvieron lugar en el Congreso hicieron sentir sus efectos en los años posteriores.

Según el testimonio de Gurrucharri, Cooke, que ya estaba muy enfermo, se apareció en el Congreso, lo que generó una ola de entusiasmo entre quienes asistieron. Relata que “cuando Cooke entró el salón del sindicato de Farmacia donde deliberábamos, apoyado en el brazo de su compañera Alicia Eguren, Ricardo (Gil Soria) se puso de pie y tras él lo hicimos todos; le tributamos un aplauso largo, de ritmo lento y asordinado por las circunstancias en que nos encontrábamos. Fue entonces que lo vi por última vez”.[158]

Se puede trazar una analogía entre las circunstancias de Cooke como delegado y el derrotero del MRP. Dichas circunstancias, prácticamente, atravesaron los

mismos estadios. Primero, un optimismo desmedido basado en la creencia de los poderes mágicos que emanaban de la autorización del Perón. Luego, las dificultades a la hora de "ejercer", en la práctica, en el "teatro de operaciones", esa autorización y para lograr que otros sectores del movimiento la reconocieran y le asignaran un valor similar. Finalmente, el desengaño, al corroborar que fueron instrumentados por Perón. Como afirma Gurrucharri: "El MRP había servido a la postre como instrumento de Perón en su propósito de disciplinar a Vandor, y así los reconoció el propio General al agradecerle al Dr. Sosa los servicios prestados como delegado".[159] En efecto, para Perón el MRP era un medio para "destruir la trenza de Vandor".

Gustavo Rearte sobrevivió a Cooke un lustro más y asistió al auge de masas posterior al Cordobazo. En ese lapso siguió siendo uno de los principales referentes del peronismo revolucionario y la izquierda peronista. Fundó el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17) y el periódico En Lucha, entre muchas otras cosas más. Falleció de leucemia el 1 de julio de 1973, a los 41 años.

---

151 "Programa de Huerta Grande. Plenario Nacional de las 62 organizaciones. Huerta Grande, Córdoba, 1962". En: Baschetti, Roberto (Recopilación y prólogo), Documentos de la Resistencia Peronista. 1955-1970, Op. cit., p. 118.

152 Gurrucharri, Eduardo: "Sobre los orígenes del peronismo revolucionario: Gustravo Rearte y John William Cooke". En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2004, p. 27.

153 Ibidem, p. 28.

154 Testimonio de Miguel Gazzera. En: Gasió, Guillermo, Op. cit., p. 13.

155 Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Entrevista a Amanda Peralta, Mimeo, Buenos Aires, 2005, p. 32. [Gentileza de los autores].

156 Véase: Walsh, Rodolfo, Op. cit.

157 Ibidem, p. 71.

158 Ibidem, p. 35.

159 Ibidem, p. 26.

Acción Revolucionaria Peronista (ARP):

sobre el foquismo, Antonio Gramsci y el partido

… las conquistas de la experiencia y de la conciencia pueden quedar cubiertas y vivir subterráneamente por largos períodos, pero son de las que nunca se pierden.

Adolfo Gilly

A poco de regresar de Cuba, en declaraciones a la revista Primera Plana, Cooke afirmaba: "Vengo dispuesto a insuflar un inquietante aire subversivo a los pulmones del peronismo, cuyos cuadros dirigentes están aburguesados. [...] Estoy al margen de la reorganización actual del peronismo. Soy un militante más del movimiento que quiere cambiar expresiones y formas de actuación y no luchar por posiciones".[160] Estos cambios tenían que ver específicamente con la formación política de la militancia popular y con el desarrollo de las ideas y los métodos revolucionarios. Para eso había creado ARP, para profundizar las luchas populares y para sostenerlas en el tiempo. Para difundir en el seno de la clase trabajadora y el movimiento popular una ideología que asumiera horizontes mucho más ambiciosos que los del peronismo oficial, centrados en la democracia social, la legalidad, la evolución y otros del mismo tenor.

Esta organización comenzó a adquirir forma a fines de 1962, poco antes del regreso de Cooke de Cuba, salió a la luz oficialmente a fines de 1963 y desapareció prácticamente con su muerte, en septiembre de 1968, el mismo día en que las fuerzas de seguridad descubrieron un destacamento guerrillero de las FAP en Taco Ralo, en Tucumán. Vale decir que ARP comenzó a desaparecer con la muerte de Cooke, porque el sello aparecerá en un par ocasiones más con posterioridad a septiembre de 1968.

Definida como organización tendencial dentro del peronismo, ARP proponía la lucha armada como método, con entonaciones cercanas, ora al foquismo, ora a la guerra popular prolongada, y con connotaciones rurales o urbanas en uno y otro caso. Por cierto, algunos miembros de ARP se prepararon para lanzar una guerrilla rural con el fin de entroncar con la guerrilla del Che en Bolivia. Pero, como vimos, la muerte del Che cerró este proyecto. Del grupo de combatientes que participarán del intento guerrillero de Taco Ralo en 1968, varios provenían de ARP: Amanda Peralta, Orlando Tomás, José Luis Rojas y el responsable de la conducción militar, Néstor Verdinelli.

Fiel expresión del pensamiento de Cooke, ARP diagnosticaba un “desequilibrio” en las organizaciones sindicales y políticas del peronismo. Esto es: un no estar a la altura de las posibilidades como movimiento plebeyo, un autoboicotearse permanentemente la propia potentia. ARP, desde sus mismos orígenes, buscó desarrollar una inserción sindical.

Al poco tiempo de constituirse, ARP logró consolidar un aparato militar relativamente importante, con una capacidad técnica y logística nada desdeñable en las condiciones reinantes. Asimismo, ARP llegó a desarrollar un importante aparato “internacional”, a partir de los vínculos políticos construidos por Cooke y Alicia en Cuba y del respaldo otorgado por el Che.

El gran interrogante que signó los primeros pasos de la organización fue: ¿cuándo lanzar la lucha armada? Podría decirse que casi toda la política argentina entre 1955 y 1976 estuvo atravesada por el interrogante sobre “los tiempos”: ¿cuándo es el momento?, el momento del golpe de Estado, el momento del paro general que hiciera posible la insurrección popular, el momento de la huelga general revolucionaria, el momento de la rebelión, etcétera; y, por supuesto, el momento de lanzar la lucha armada.

En relación con esta última, Cooke era bastante cauteloso y planteaba que aún quedaban muchas batallas políticas por librar al interior del peronismo y que las

propuestas revolucionarias como las de ARP debían lograr mayor arraigo dentro del peronismo y del movimiento de masas. Tempranamente y sin mucho éxito, ARP trató de comprometer a Perón y al peronismo en acciones armadas.

Por cierto, el MRP de Gustavo Rearte tuvo más apoyo dentro del peronismo. Concretamente, más apoyo de Perón. Esto, que en primera instancia podría ser considerado una ventaja fue, en realidad, una gran desventaja para el MRP, que se vio rápidamente subordinado a la estrategia del General.

En el proceso de formación de ARP se puede identificar la confluencia de distintos grupos. El núcleo de la organización, y de la dirección, lo constituían Cooke y su entorno personal: Alicia, Gaggero, Jorge Gil Solá, Lafforgue, Norberto Liffschitz, Sinigaglia, Tristán, entre otros.

Luego había un grupo de militantes de base, obreros ligados a las actividades sindicales en la zona sur del Gran Buenos Aires, el ya mencionado “grupo Avellaneda”. En general eran de origen peronista —con algún ex militante del PCA— y habían hecho la experiencia de la Resistencia Peronista, por lo que se habían formado (y curtido) en sus rigores. Habían conocido a Cooke cuando era delegado de Perón. Sin menoscabo de su perfil sindical, estaban mejor predispuestos a la lucha armada; una inclinación que se reforzó después de las elecciones de 1962 y del fracaso del Operativo Retorno de diciembre de 1964. Podemos incluir en este grupo a Domingo Blajakis (alias Mingo, el Viejo, el Griego, o el Químico), unos de los principales referentes del grupo, ex militante del PCA; a Francisco Alonso (el Negrito), Francisco Granato, Rolando Villaflor, Raimundo Villaflor (el Negro), quien se convertirá en el principal referente del grupo después de 1966; y a Juan Carlos Zalazar y Ángel Taborda, entre otros. Este grupo se reunía regularmente con Cooke desde 1963. Unos de los lugares de encuentro era la casa de Raimundo Villaflor en la localidad de Sarandí, en Avellaneda. Algunas versiones consideran como miembro de este grupo a Bruno Cambareri, que en el año 1971 murió en la operación cuyo objetivo era la liberación de cuatro militantes revolucionarias detenidas en la Cárcel del Buen Pastor (entre las que se encontraba Amanda Peralta). Otras versiones dicen que

Cambareri ingresó a las FAP en 1970 de la mano de Raimundo Villaflor pero que no provenía de ARP. Esta última parece ser la más acertada.

Recordemos que Blajakis y Salazar fueron asesinados por las balas vandoristas en La Real, en Avellaneda, en mayo de 1966; lo que constituyó un duro golpe para la organización. El mismo Cooke en persona se encargó de presentarle a Rodolfo Walsh a sus compañeros del "grupo Avellaneda", que comenzaron a colaborar con el escritor en la investigación que derivó en el libro ¿Quién mató a Rosendo?

Enrique Arrosagaray, en su libro Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero, reproduce fragmentos de una entrevista que le realizó a Rolando Villaflor en 2005.

ENRIQUE ARROSAGARAY: En ese momento (se refiere a 1966), ¿qué eran políticamente ustedes? Me refiero a vos, a tu hermano, al Griego y a los demás.

ROLANDO VILLAFLOR: Era el grupo pesado de Acción Revolucionaria Peronista.

EA: Ustedes tenían la sensación, en ese momento, de que "el jefe" era Cooke.

RV: Indiscutido.

EA: ¿Y Alicia Eguren?

RV: Muy inteligente, muy respetada. Pero nosotros teníamos un jefe que era John William Cooke.[161]

Con relación a los efectos que los trágicos sucesos de La Real del 13 de mayo de 1966 tuvieron sobre el grupo de Avellaneda, Arrosagaray plantea:

De alguna manera, los hechos de La Real permitieron que “el grupo Avellaneda” de la A.R.P. entienda mejor, en carne propia, algunas características sobre la connivencia entre políticos, jueces y sindicalistas. Esto ayudó, de hecho, a impulsar su radicalización.

En vez de amedrentarlos, se propusieron avanzar y profundizar sus posturas políticas. El viaje a Cuba que harán muy pocos meses después de estos hechos, fue un escalón en su futuro político inmediato.

El objetivo final del viaje fue el de hacer instrucción militar y de hecho, formación política. Todos coinciden en que el hombre que tuvo la idea de ese viaje y que lo implementó, fue John William Cooke.[162]

Coincidimos plenamente con el análisis del autor. No olvidemos el cambio en la visión de Cooke respecto de Vandor después de los sucesos de La Real.

Luego, retomando el relato del proceso de formación de ARP, corresponde agregar al grupo proveniente de la FARN, vinculado al Vasco Bengoechea. Si bien, como vimos, hubo contactos previos en Cuba, la relación de ARP con este grupo comenzó como un acto solidario después del estallido del edificio de la calle Posadas. ARP brindó ayuda a militantes vinculados al malogrado proyecto de Bengoechea. Entre otros, a David Ramos y a Amanda Peralta.

También estaba el “equipo militar”, cuya figura más destacada era Néstor Verdinelli, que provenía del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), orientado por Jorge Abelardo Ramos. Verdinelli, siendo un joven estudiante universitario en la provincia de Santa Fe, se vinculó al cookismo a instancias del referente local, Guido “el Gringo” Agnellini (que aparece en algunos testimonios

como “Agneli”). También formaban parte del “equipo militar” José Luis Rojas y militantes provenientes del grupo de Bengoechea: Carlos Banegas y Juan Carlos Bardoneschi, además de Amanda Peralta.

En 1966 Verdinelli y Peralta fueron expulsados de ARP, acusados de colaborar con la burocracia sindical (en particular, con el dirigente Eustaquio Tolosa) por su participación —inconsulta— en una huelga de los trabajadores portuarios. Todos los testimonios coinciden en señalar que Alicia fue la encargada de expulsarlos.

ARP también integró a grupos cristianos, entre otros, a los que estaban conectados con el ex seminarista Juan García Elorrio, que editaba la revista Cristianismo y Revolución.

Finalmente, debemos considerar los vínculos con organizaciones y grupos estudiantiles y con algunos cuadros que provenían del PCA.

El peronismo no se había caracterizado por asignarle demasiada relevancia al “trabajo político en el sector estudiantil”. Los sectores más combativos y radicalizados, en líneas generales, compartieron esta postura. La universidad era un ámbito difícil para el peronismo. Como dijimos, el medio universitario consideraba execrable la condición de peronista. Claro está, esta situación comenzó a modificarse en la segunda mitad de la década del 60. A contrapelo de esta tradición, Cooke siempre le asignó importancia al estudiantado y a la universidad.

Fernando Amato y Christian Boyanovsky Bazán, en su libro Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada, hacen referencia al impacto que tuvo en un grupo de estudiantes una charla que dio Cooke en La Plata y que fue organizada por la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). Allí participaron estudiantes de

diferentes facultades de la UNLP, el rosarino ex militante del PCA, Kenneth Bar Bennett; el estudiante de Medicina Arsenio Fernández; los peruanos del colectivo Amauta, Samuel Agama, César Bacca, Jorge Carpio, entre otros y otras. Según el relato de Amato y Boyanovsky Bazán:

Ricardo Gil Soria, responsable del frente estudiantil de Cooke, armó la reunión. Los universitarios estaban con la boca abierta. El Gordo hablaba sentado en una silla apostada entre dos camas. Con su sonrisa, el pelo negro lustroso, decía exactamente lo que los jóvenes querían escuchar. Hablaba del peronismo, de Perón, del marxismo, de la llamada línea nacional, y Carpio Pensaba: "Es el Mesías".[163]

En realidad, se puede afirmar que ARP era un paraguas político, una especie de "organización madre" u "organización útero", para todos estos grupos que actuaban con relativa autonomía. Todos eran cookistas. Pero su pertenencia orgánica era muy laxa, porque además lo era su línea política; lo que se puede corroborar en las dificultades que se presentan a la hora de establecer el carácter del vínculo que ARP tenía con diferentes organizaciones, colectivos o individuos. ARP prácticamente actuaba, en los hechos, como un grupo propagandístico descentralizado que aportaba a la construcción de una red militante.

También tuvo algún nivel de desarrollo en el Gran Buenos Aires (con Rubén Palazzesi, alias "el Cabezón" o "Pocho"), La Plata, Córdoba Santa Fe (con el mencionado Agnellini), Mar del Plata (con René Izus), Paraná, Neuquén, y Bahía Blanca.

Antes de la muerte de Cooke, los grupos que conformaban ARP comenzaron a desgranarse y fueron conformando nuevas organizaciones o se fueron sumando a otras preexistentes. El caso de las FAP es un ejemplo. Con la muerte de Cooke, el proceso se hizo más pronunciado. Varios testimonios coinciden en señalar que el problema de fondo era la falta de decisión a la hora de lanzar la lucha armada.

En la ya citada entrevista de Sergio Nicanoff y Axel Castellano del año 2005, Amanda Peralta decía:

Mi opinión, totalmente personal es que el gran problema de ARP fue ser muy dependiente de los cubanos, y que, de alguna manera, esperaban que la logística viniera de allá [...]. Pienso que el equipo militar era una forma de tener algo para mostrar, es decir, esto está, pero no había una voluntad real de ponerlo en marcha.[164]

¿Respondía esta "demora" a una cuestión de logística? Hay otros aspectos que nos parecen más importantes. ARP, más que un instrumento político, se conformó como una corriente ideológica de confluencia de diversos grupos. Y Cooke era el gran referente ideológico de esa corriente. En sentido estricto, las iniciativas políticas (y o político-militares) no provenían de ARP, sino de algunos de sus grupos, por lo cual su existencia como estructura política era muy endeble. Podemos afirmar que los referentes de cada grupo "negociaban" con Cooke. Pero, además, está presente una idea fuerza muy representativa del cookismo, un punto de vista antivanguardista, que planteaba la opción por una praxis política orientada a favorecer el despliegue de los procesos de autoconciencia popular; esto es: la iniciativa política de los trabajadores. Esta iniciativa, claro está, contemplaba la creación de sus propias instancias organizativas. Esta posición luego se expresará fundamentalmente en el "alternativismo", en particular en las FAP-PB.

Pero volvamos a las posiciones sustentadas por Cooke en aquellos años de ARP.

En su primera carta a Perón desde Cuba, el 7 de agosto de 1960, señalaba que la Revolución Cubana era un ejemplo de diversas cosas; entre otras: de que el "imperialismo no era invencible", de que "la profundización del proceso revolucionario despierta la reacción de los monopolios y sus maquinarias, pero también crea las energías para defender lo conquistado por el pueblo" y, también, un ejemplo de que "los ejércitos profesionales pueden ser derrotados"

(Obras completas, Tomo II, p. 455). ¿Ese último ejemplo servía para todo el mundo, sin distinción?

Aquí cabe relativizar la impronta "foquista" de Cooke. En primer lugar, porque nunca pensó en las acciones militares como medio para ganar el apoyo popular, mucho menos en los términos del método exclusivo, y jamás concibió a las luchas sociales como una cuestión de fuerza física. Por otra parte, se cuidó de subestimar el poder (no solo "de fuego") de las Fuerzas Armadas y del conjunto de las fuerzas de seguridad en la Argentina. Lo estratégico para Cooke era el trabajo de masas y no encontramos ningún indicio que marque una tendencia a la subordinación de lo político a lo militar. Por supuesto, reivindicó la lucha armada, pero como un método más y en el marco de una concepción integral de la lucha contra el sistema de dominación burgués; es decir: la lucha armada estrechamente vinculada a la lucha de masas.

La "política insurreccional", inicialmente promovida por Cooke, nunca fue del todo desechada y no fue reemplazada por el foquismo. Cooke siempre cuestionó las concepciones que priorizaban el accionar de las vanguardias.

Asimismo, también se opuso a las visiones que singularizaban al Che como un mero impulsor del foco guerrillero. Entendía que el guevarismo contenía una propuesta mucho más profunda, desde lo político y lo ético.

En los hechos, Cooke ni siquiera pensó el foquismo como un momento inicial del proceso revolucionario. Por cierto, esa sí fue la posición de muchas de las organizaciones revolucionarias que surgieron después de su muerte y que, entre otros aspectos, se inspiraban en sus ideas; pero no se lo puede responsabilizar a Cooke por eso.

Samuel Amaral propone la fórmula "foquismo de masas", otro oxímoron que

tiene, al menos, el mérito de incentivar el debate y la reflexión. Se trata de una figura a través de la cual el autor da entender que Cooke buscó conciliar lucha armada y lucha política, la organización de la coerción y la organización de la hegemonía.[165] Creemos que Amaral tiende a asimilar lucha armada a foquismo, que de ningún modo son lo mismo y hasta pueden tener consecuencias bien distintas.

Por otra parte, nos parece un tanto exagerada la apreciación de Richard Gillespie respecto de ARP, organización a la que considera “un comité organizador, unido solo por una casi fe religiosa en el foquismo”.[166] Por otra parte, consideramos que no es lícito derivar un planteo foquista de las afirmaciones de Cooke sobre la necesidad de “crear conciencia” en el pueblo.[167] Si, como argumenta Gillespie, “Cooke, mucho más que Guevara, enfatizaba que la lucha armada necesitaba ser coordinada con las luchas de masas [...] y veía a la clase trabajadora como la mayor fuerza revolucionaria de la Argentina”[168]; ¿qué aspectos debemos considerar para determinar el carácter foquista de sus planteos?

Finalmente, la impronta gramsciana de Cooke contrarresta cualquier afinidad con el foquismo. Podría decirse que esta impronta tiene la aptitud de reducir al foquismo a una simple cuestión metodológica, accesoria, circunstancial. En ningún caso Cooke aceptará su esencialización y su universalización.

Por ejemplo, en su intervención en la inauguración de un ciclo de conferencias organizado por la Federación de Estudiantes de Córdoba, el 4 de diciembre de 1964, (que figura en La lucha por la liberación nacional) Cooke propuso una crítica pareja a la “burocracia oportunista” y al “tremendismo revolucionario”. La primera remitía al reformismo, a la pequeña política en los marcos del sistema; el segundo, sin dudas, al foquismo.

Para Cooke, “entre la no violencia del burócrata y la violencia sin base teórica y sin base moral del tremendismo, la única diferencia viene a ser la violencia, pero despojada de su carácter instrumental, transformada en inmediatez, en respuesta

por sí misma” (Obras completas, Tomo V. p. 194). Cooke se oponía de plano a las formas elitistas, verticalistas —formas que reproducían, con sus modos particulares, la burocracia y el foquismo—, porque ponía el énfasis en la “política de masas”.

Respecto de la burocracia y sus taras, en la segunda mitad de la década del 60 estaba muy fresco el fracaso del Operativo Retorno. Cooke, poco antes del mismo, le había planteado explícitamente a Perón que su retorno dependía de la movilización popular, que si el Operativo quedaba en manos de la burocracia resultaría un fracaso.[169] La burocracia invocaba a Perón con fines oportunistas, gastaba la consigna “Perón Vuelve” de tanto pronunciarla o escribirla en las paredes, pero no la acompañaba con las acciones correspondientes o, a la hora de hacer el balance de las pocas acciones que se concretaban, sacaba deliberadamente conclusiones erróneas. Por ejemplo, el 17 de octubre de 1964 hubo un acto por el retorno de Perón en Plaza Once. Para Cooke había sido un fracaso, juzgaba escasa la concurrencia (entre 50.000 y 70.000 personas) y al examinar su composición, señalaba el predominio del activismo político y sindical y la exigua presencia de las bases.

Tampoco consideró a las movilizaciones que se dieron alrededor de la visita del General Charles De Gaulle, a principios de octubre de 1964, como un signo demasiado auspicioso del retorno del General. Perón había recomendado recibir a De Gaulle “como si fuera él mismo”. De Gaulle poseía el aura de líder de una “Resistencia” y promovía un singular “tercerismo”, una forma de mantener la ilusión de potencia mundial de Francia, no subordinada al juego de los Estados Unidos y, claro está, tampoco aliada de la Unión Soviética. Una “tercera posición” sin connotaciones excesivamente antiimperialistas y anticoloniales. El General francés fue recibido por sectores del peronismo con el cántico: “De Gaulle, Perón: tercera posición”. Finalmente, hay que agregar que las tomas de fábrica de mitad de año, más que crear un clima favorable al retorno, habían servido como una demostración de fuerza del vandorismo. Para Cooke, la pauta era bien clara: lo que fortalecía a la burocracia mantenía alejado a Perón del país.

Cooke consideraba que las direcciones burocráticas (y otras supuestamente combativas, verbigracia: Villalón) obstaculizaban el regreso de Perón, lo saboteaban. Todo esto quedó en evidencia el 2 de diciembre de 1964, cuando el avión que traía de regreso a Perón a la Argentina (el vuelo 901 de Iberia) quedó detenido en el aeropuerto del Galão a pedido del gobierno argentino y el General fue obligado a retornar a Madrid.

Sin entrar en el debate sobre la violencia política o sobre la crítica de las armas, digamos que para Cooke la violencia era concebida como la partera de la historia y no como la historia misma. Y si bien fue el precursor de una conjunción —a todas luces sartreana— entre patria, libertad, humanismo y violencia, los modos de plasmarla y ejercerla que propuso difirieron notoriamente de los formatos elitistas y militaristas.

La impronta gramsciana puede reconocerse en varios pasajes de su intervención. No hablaba de construcción de hegemonía, pero se aproximaba bastante a esta noción. Por ejemplo, cuando afirmaba:

Una línea seudorevolucionaria busca solo apoteosis totales, por encima de cualesquiera sean las condiciones que se den en un momento dado: tampoco concibe la revolución como proceso, la concibe como suceso fulminante, sin que antes medien los sacrificios y las tareas revolucionarias que no lucen, la acción anónima de miles de militantes (Obras completas, Tomo V. p. 196).

En el mismo sentido, Cooke insistió en la importancia que tenían la teoría y la autocrítica para una fuerza revolucionaria. Asimismo, exponía la necesidad de que la clase trabajadora creara una visión del mundo propia.

Una de las condiciones para que la clase obrera asuma la conducción del proceso nacional, para que tome el poder, es el rechazo de las formas ideológicas que

corresponden a la organización económico social vigente y la creación de una visión del mundo propia: eso es la teoría revolucionaria.

[...] Lo que la masa trabajadora necesita no es que la halaguen, que le dediquen loas enternecedoras, que le digan que tiene razón, sino que sus direcciones políticas le vayan explicando cómo tiene que tener razón, que vayan ayudándola en el esfuerzo por conocer el mundo a través de sus propios valores y no de valores ajenos. (Obras completas, Tomo V. p. 198).

En su intervención no mencionaba al “espíritu de distinción, escisión o separación” gramsciano, pero estaba planteando prácticamente lo mismo: la ruptura de la clase trabajadora respecto de la visión del mundo y los valores de las clases dominantes, el deseo de las clases subalternas y oprimidas puesto en una praxis que les permitiera dejar de ser subalternizadas para pasar a construir un proyecto propio.

Para Cooke, de alguna manera, el peronismo era el inestable terreno donde el espíritu de escisión —espíritu espontáneo y práctico de las bases— era contrarrestado por las fuerzas de la subalternización, encarnadas en la burocracia y, también, en el propio Perón.

Existe un dato imposible de soslayar. Esta especie de llamamiento a no desvincular la acción armada de la lucha de masas no tiene nada de abstracto. La conferencia en la que Cooke se explayaba sobre estos fundamentos es del 4 de diciembre de 1964. En las postrimerías del mismo año en el que sufría un duro revés la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo del Pueblo (EGP), encabezado por Jorge Ricardo Masetti, en la provincia de Salta; y en el que la terrible explosión del departamento de la Calle Posadas malogró el intento de desarrollar un experimento de lucha armada por parte de las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN), encabezadas por el Vasco Bengoechea.

Por la presencia en Cooke en Cuba entre 1960 y 1963, por su cercanía con el Che, es harto difícil suponer que Cooke no haya estado al tanto del proyecto del EGP. Seguramente desconocía el trazo fino, pero no podía estar al margen del plan continental del Che dado que él y Alicia eran piezas importantes. Ambos apoyaron al EGP, aunque las coincidencias distaban de ser plenas. Tenía diferencias de tipo táctico, pero sobre todo de concepción, aunque las consideraba secundarias. Lo más importante para él era revindicar a aquellos y aquellas que daban el paso de tomar las armas para luchar contra un orden opresor, injusto, inhumano. Los vínculos con la segunda experiencia aparecen más difusos, por lo menos en lo que hace a sus prolegómenos. Por el contrario, como vimos, múltiples sobrevivientes del grupo del Vasco Bengoechea establecerán contactos con Cooke y se sumarán a ARP. Cooke apoyó estas iniciativas, pero con reservas. Esto significa que estuvo en desacuerdo no solo con aspectos tácticos, sino también con algunas concepciones de fondo, pero siempre primaba el rescate de los revolucionarios que tomaban las armas para luchar contra un orden injusto. A veces el planteo ético conspiraba contra la necesaria crítica política.

Cooke no asociaba la toma del poder con el mero control del aparato del Estado por un grupo revolucionario. Para él la toma del poder debía ser la consecuencia de un largo proceso caracterizado por la creciente autonomía organizativa e ideológica de la clase trabajadora y del conjunto de las clases populares y no el resultado del voluntarismo de un reducido grupo de “iniciados” autodesignados como “vanguardia”. Esto es: la toma del poder como el corolario de una “reconciliación” y no de un “rescate”. Para él, el rol de las vanguardias auténticas (así, en plural) era dar un ejemplo de reconciliación en el seno del pueblo y no ofrecerse como agentes de rescate apelando a la jactancia eficientista.

A su regreso de Cuba, Cooke planteó la necesidad de un partido revolucionario. Para él, el partido era el ámbito donde la historia dejaba de ser espontánea, el espacio capaz de articular en una misma estrategia a las diferentes formas de lucha de la clase trabajadora y de los sectores populares en general. Como vimos, ARP no fue concebida como un partido, pero sí como una organización “tendencial” dentro del movimiento peronista, cuya tarea era contribuir a la

creación de dicho instrumento a partir de una tarea de concientización. La idea central de Cooke remitía a un tipo de organización política vinculada al proceso histórico, a la experiencia y al desarrollo de la conciencia de la clase trabajadora. En relación al tema del partido esta es, en líneas generales, su posición más representativa. Se la puede identificar, por ejemplo, en la conferencia "El retorno de Perón", del 4 diciembre 1964, en la ciudad de Córdoba (Obras completas, Tomo V).

Pero existen unos pocos pasajes donde se puede entrever un planteo diferente. Por ejemplo, en un artículo de 1966, titulado "Definiciones" y publicado en la revista Cristianismo y Revolución[170], Cooke dejaba entrever la posibilidad de que el peronismo se transformara en un partido revolucionario, que oficiara de "príncipe moderno", a partir de la acción de las diversas vanguardias.

La operación implicaba pensar roles ímprobos para Perón, dado que el agente principal de la conversión revolucionaria del peronismo terminaba siendo una especie de líder de masas rojo. Aquí Cooke se contradecía con su planteo más general: exageraba su confianza en lo que, en La Lucha por la liberación nacional, concretamente en su último texto político de 1967 titulado "La Revolución y el peronismo", había denominado "el papel positivo" de Perón y en las simpatías del General "pre marxista" respecto de las "fuerzas que representan al futuro" (Obras completas, Tomo V, p. 228.). También proponía un atajo imposible: que la vanguardia se redujera a un liderazgo, y que Perón lo ejerciera. Lo que sucedió es que la experiencia cubana también le sirvió a Cooke para confirmar cómo una dirección política, un liderazgo, podían contribuir a convertir los planteos reducidos a una minoría (planteos antiimperialistas, socialistas) en consignas masivas y en un proyecto popular.

Cooke pensaba en un primer momento en el Perón de carne y hueso, luego, desilusionado, se referirá al mito Perón. Constató que el Perón de carne y hueso era un límite para la autonomía de los trabajadores, en particular para las organizaciones revolucionarias del peronismo. Los interrogantes eran: ¿cómo exceder ese límite?, ¿cómo incrementar la autonomía política de los sectores

revolucionarios del peronismo al tiempo que se invocaba el significante Perón y se aceptaba su liderazgo político?, ¿cómo zafarse de esa encerrona política prácticamente coconstitutiva de la izquierda peronista? Como diría Agustín Tosco, poco después de la muerte de Cooke: "Si nos proclamamos socialistas no podemos tener un líder como Perón".[171]

En casi todos los materiales consultados, ARP aparece básicamente como un instrumento de hegemonía y como tal reviste un carácter polifacético. Ni partido ni ejército. ARP era vista como una organización de vanguardia llamada a producir "hechos de vanguardia", una más en los marcos del peronismo, y en los marcos del más extenso y dispar campo popular.

---

160 Cooke, John William, Primera Plana, 14 de enero de 1964. Citado por Galasso, Norberto, Op. cit., p. 159

161 Arrosagaray, Enrique, Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero, Buenos Aires, Catálogos, 2006, pp. 94.

162 Ibidem, pp. 110 y 111.

163 Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian, Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, p. 41.

164 Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Entrevista a Amanda Peralta, Op. cit., p. 32.

165 Amaral, Samuel, “En las raíces ideológicas de Montoneros: John William Cooke lee a Gramsci en Cuba”. En: Temas de historia argentina y americana, 17, pp. 48 y 49. Recuperado de: http://bibliotecadigital.uca/repositorio/revistas/raíces-ideológicas-de-montoneros.pdf. Chequeado el 30 de diciembre de 2015.

166 Gillespie, Richard, John William Cooke. El peronismo alternativo, Buenos Aires, Cántaro, 1989, p. 35.

167 Véase: Gillespie, Richard, Op. cit., p. 67.

168 Gillespie, Richard, Op. cit., p. 67.

169 A los fines del Operativo Retorno se constituyó una comisión integrada por Vandor, Iturbe, Carlos Lascano, Jorge Antonio, Delia Parodi y Andrés Framini. La línea vandorista, si bien no tenía el control total de la comisión, tenía peso decisivo.

170 Véase: Cooke, John William, “Definiciones”. En: Cristianismo y Revolución, N.º 2/3 octubre-noviembre de 1966.

171 Amantea, Adriana; Lanot, Jorge y Sguiglia, Eduardo, Tosco. Escritos y discursos, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 253.

Marx en Avellaneda

Cronopios de todos los países ¡Uníos! Contra los tontos, los dogmáticos, los siniestros, los amarillos, los acurrucados, los implacables.

Julio Cortázar

Hablar de Avellaneda en la década del 60 no implica solo hacer referencia a una localidad del conurbano bonaerense, que era un importante distrito industrial de la Argentina, sino que también nos exige dar cuenta de una forma de sociabilidad popular y una realidad existencial, específicamente la realidad y las relaciones sociales que produjeron un tipo de sujeto de clase y político. Un sujeto definido en un sentido bien amplio. Un sujeto que fue, al mismo tiempo, abigarrado y variopinto. Un sujeto que, más allá de sus contradicciones, logró convertirse en materialidad crítica y se expresó como tal. Un sujeto jamás concebido como esencia preconstituida.

El "grupo Avellaneda" tiene un significado muy especial porque remite a materialidades sensibles y a cuerpos afectivos. Porque exhibe a trabajadores venciendo la dispersión, construyendo lo que podríamos denominar "conocimiento crítico", procesando reflexivamente la información. Los muestra disputándole la inteligibilidad de la realidad social a las "vanguardias", produciendo y cambiando su sociedad.

Su sola existencia refuta la hipótesis de la "infiltración marxista", sostenida por los sectores de la derecha del peronismo y la derecha en general. Por otro lado, muestra que los procesos a través de los cuales la clase trabajadora y el pueblo asumen una teoría revolucionaria (o una "concepción" revolucionaria, o un conjunto de "saberes revolucionarios") nunca responden a las operaciones externas y abstractas, sino que se dan en la praxis, en procesos que generan

discursos afectivos, creadores de empatía. La conciencia teórica y la acción revolucionaria se retroalimentan, y así se genera una infraestructura cultural y, junto con ella, las nuevas categorías que aportan a comprender/transformar la realidad. Ese parece ser el camino que conduce a las cúspides de la dialéctica (donde moran sus mayores posibilidades revolucionarias) y a la radicalidad crítica. Una dialéctica que es una auténtica “dialógica”.

Este grupo puede verse como la expresión de una decodificación (o una “traducción” o una “resemantización”) plebeya, barrial, del marxismo. Un marxismo configurado ya no a partir de la estricta fidelidad al logos sino como un saber-hacer para la vida y devenido en imprescindible elemento de transformación de la realidad (de la que proviene siempre el criterio de verdad). Un marxismo aprendido en la dialéctica de la historia; en bares, a la salida del trabajo; entre cigarrillos, vino barato, ginebra y naipes. Entre el humo y el hollín de la urbe proletaria. Un marxismo que no huye de lo que hiede, que no teme adosar a sus soportes racionales las facultades de la tradición y los sentimientos, que desea dialogar y comprometerse con los otros y las otras. Un marxismo que enmienda a la Ilustración. El logos revestido de humanidad. Y la humanidad socializada.

Inevitablemente, las categorías que le servían como punto de partida (y las mismas condiciones históricas) no le permitieron a ese marxismo deslastrarse de algunos fundamentos “modernos” y de sus falencias epistemológicas, pero aun así, en ese tipo de espacios de intersubjetividades de calidad (es decir: espacios de relaciones comunitarias y profundamente humanas o de “relaciones directamente sociales”, Marx dixit), algunos de esos fundamentos terminaban siendo repensados y cuestionados, por lo general de manera espontánea, y se generaba el clima propicio para comenzar a superar esas falencias.

En estos espacios tenían (y tienen) lugar las captaciones más genuinas del principio revolucionario del marxismo. Constituyeron (y constituyen) verdaderos locus de comprensión, ámbitos de legitimidad hermenéutica.

Así fue el marxismo de Cooke, como el del grupo Avellaneda: más atento a la “lógica de las cosas” que a la “lógica de las ideas”; más consustanciado con las luchas y la vida real que con los sistemas y las categorías ontológicas; más preocupado por la validez empírica que por la coherencia conceptual. A todas luces, un marxismo impuro e inconsistente, porque las categorías se liberaban de todo formalismo y de toda abstracción, y porque era la vida la que le daba sentido a los conceptos y la que fundaba la posibilidad de conocer. Al mismo tiempo, fue un marxismo menos codificado y menos rutinario. Precisamente por eso, pudo desarrollar su pulso revolucionario. En fin: un marxismo más indeterminado y abierto, sin un a priori doctrinario. Un marxismo para darse, perderse, crecer y reencontrarse.

A diferencia de lo que sucede con otros espacios del peronismo o del nacionalismo, la introducción del marxismo no respondía aquí a la influencia de militantes de clase media, de universitarios y de intelectuales (en el sentido tradicional) que “comprendían” a los trabajadores y lograban influirles. En todo caso, el vínculo con esos sectores se dio a posteriori, cuando este grupo ya había adquirido perfiles propios y radicalizados, a partir de la experiencia de la Resistencia Peronista.

En estos espacios de participación en la lucha de clases y, por lo tanto, de autoformación, autocomprensión y corealización de la solidaridad de la clase trabajadora, la actividad política (incluyendo la actividad conspirativa) y la vida cotidiana se amalgamaban. No se pueden identificar ni vanguardias externas que imponen, ni comités centrales infalibles que “educan”, ni organizaciones oportunistas que siguen (y deifican) las tendencias espontáneas. En estas coordenadas exentas de violencia teórica y pedagógica deberíamos inscribir el magisterio político de Blajakis y, más tarde, el de Villaflor.

Se trataba de espacios de “revelación” donde el “mensaje” no estaba escindido de su realización. Espacios en los que la clase trabajadora, partiendo de su grado de conciencia real, asumía horizontes revolucionarios, pasaba de los objetivos económicos a los políticos y, con escasos recursos teóricos, podía convertirse en

seguidora creativa del marxismo.

La clase trabajadora se movía con solvencia en los confines del lenguaje marxista, para ser más precisos, donde este adquiere connotaciones específicamente políticas. De esta manera, se iba desarrollando una auténtica perspectiva “nacional y proletaria”. La lucha de clases, a diferencia de lo que ocurría en otros espacios de la izquierda peronista, no era abarcada desde las posiciones contaminadas por el nacionalismo burgués radicalizado o desde el populismo. Aquí no “enseñaba” la inteligencia burguesa. No había lugar para la subjetividad del dominador. Básicamente por eso la burocracia (política y sindical) no los toleraba.

Asimismo, en estos espacios, la clase trabajadora podía plantearse la necesidad de un programa revolucionario junto con la posibilidad de elaborarlo colectivamente y a través de un proceso deliberativo. Podía plantearse la necesidad de una organización política junto con la posibilidad de construirla democráticamente y al calor de las luchas populares.

De esta manera, el marxismo dejaba de ser un cuerpo abstracto y rígido, un saber impostado, y se convertía en un componente fundamental de la praxis política popular, un instrumento de conocimiento y transformación. Sin dudas, en este proceso, algunas de sus categorías solían perder rigurosidad formal, pero ganaban en rigurosidad (y operatividad) revolucionaria.

Estos espacios que nos muestran a la clase trabajadora comprendiendo la realidad y desarrollando una conciencia revolucionaria “por sí misma” fueron mucho más usuales de lo que la literatura académica suele mostrar y de lo que la izquierda tradicional suele reconocer. Ocurre que es harto difícil investigarlos con los medios convencionales de las ciencias sociales o con los recursos que puede proveer el dogma de la religión de los epígonos. Como en casi todas las experiencias históricas en las que el proyecto socialista se encarnó en la praxis de las bases y en la vida cotidiana de los de abajo, no queda otro camino que

rastrear las huellas de estos espacios en la memoria colectiva, en el lenguaje y en el asfalto. La última dictadura militar (1976-1983) y su continuidad neoliberal se encargaron de destruir sistemáticamente tanto a la subjetividad como a la materialidad que constituyeron a esas experiencias.

Además, estas experiencias suelen ser negadas, encubiertas, destituidas compulsivamente de su universalidad y declaradas insignificantes, porque la autodefinición y la autocomprensión en torno a ellas alimentan las insurgencias y las iniciativas políticas populares, porque ponen en juego modos de comprensión no colonizados, diferentes a los del populismo o la izquierda dogmática.

No fue casual que el grupo Avellaneda haya formado parte de la “red cookista”. Tampoco fue casual que un escritor como Walsh haya captado el significado más profundo de esta pequeña y maravillosa colectividad política.

Un marxismo “original”

El marxismo es la concepción del mundo que se supera a sí misma.

Henri Lefebvre

Pocas veces se le reconoce a John William Cooke la pertenencia a la tradición marxista argentina. Su inalterada identificación con el peronismo tornó compleja, cuando no directamente impensada, su inclusión en esa tradición. Cabe destacar, por otro lado, que en las décadas del 60 y el 70, una parte del peronismo —específicamente la denominada “izquierda peronista” (el “peronismo revolucionario” o la “tendencia revolucionaria del peronismo”)— incorporó algunas nociones básicas del marxismo. En ocasiones, porque militantes y activistas formados en la izquierda se acercaron al peronismo con sus bagajes. Por ejemplo, los casos mencionados de Rodolfo Puiggrós o Eduardo Astesano. Inclusive podríamos incorporar a Jorge Abelardo Ramos. También es el caso de una generación más joven, formada en el marxismo o en proceso de formación, que en la primera parte de la década del 60 rompió con los partidos de izquierda, principalmente con el PCA. Sirva como ejemplo el caso el grupo nucleado en torno a la revista La Rosa Blindada, dirigida por Carlos Alberto Brocato y José Luis Mangieri. Esta publicación, con la que Cooke supo colaborar con un trabajo en 1965, contó con la participación del poeta Juan Gelman, de Oscar Terán y de Carlos Olmedo; este último será uno de los fundadores de las FAR.

En otras ocasiones, el camino se dio a la inversa. Sin ir más lejos, Cooke es un caso testigo. La corta experiencia de la revista Nacionalismo Marxista. Columnas de liberación nacional resulta adecuada para ejemplificar los dos itinerarios. Ahora bien, la utilización de un manojo de categorías marxistas “sueltas” —hábito que algunos sectores del peronismo compartían con otros movimientos nacionalistas— no es suficiente para justificar una membresía siempre difícil de reconocer en la Argentina.

Sin dudas, Cooke llegó al marxismo siendo ya un hombre maduro y después de vivir una experiencia política muy intensa. Más allá de sus alusiones juveniles, complementarias en líneas generales, aunque bien documentadas, el Cooke marxista despuntó hacia fines de la década del 50. Su participación en la efímera Nacionalismo Marxista… puede considerarse una primera estación de ese recorrido formativo. Pero Cooke se hizo marxista desde el peronismo, en el marco de un proceso histórico que ponía en evidencia las limitaciones de los movimientos populistas o nacional-populares "desde arriba" ("nacional-estatales"), pero también en un contexto de crisis de la hegemonía de las concepciones estalinistas dominantes en Nuestra América desde la década del 30. Tengamos presente que José Stalin murió en 1953, y en 1956 se produjo la invasión de la Unión Soviética a Hungría.

Esto es, Cooke llegó sin el lastre de las viejas fórmulas dogmáticas (y reformistas, y hasta liberales, para el caso argentino) a un marxismo que, además, estaba deslastrándose de ellas, a un marxismo que estaba recuperando lo mejor de su tradición crítico-revolucionaria; por ejemplo: una clave antideterminista.

En ese sentido, Samuel Amaral sostiene: "El descubrimiento de ese otro marxismo desde una experiencia política ajena a la tradición leninista fue lo que le confirió originalidad a la visión de Cooke".[172] O, en términos de Daniel Campione, "Cooke se eleva por encima de casi todos los que, 'intelectuales' o 'políticos', se movieron en la intersección entre peronismo e izquierda".[173]

La autoreferencia podría servir para fundar una filiación, sino fuera porque Cooke estuvo siempre más predispuesto al ejercicio concreto que a la declamación de su marxismo. En un reportaje que le hiciera el periodista Carlos Núñez para la revista uruguaya Marcha, el 23 de abril de 1964, Cooke aclaraba:

Al marxismo se llega. Uno no nace, entero y armado, como marxista. Sucede que no concibo la posición teórica como un simple problema teórico. El concepto del marxismo está vinculado siempre al concepto de revolución. Considero que la posición marxista correcta es aquella que haga la revolución posible en determinadas condiciones, si no tales definiciones se convierten en factores superestructurales, pasan a ser apenas modalidades burguesas. El burgués las adopta y hasta puede sentirse confortado con la sensación de ser un "hombre de izquierda"[174] (Obras completas, Tomo III, p. 118).

Para Cooke, el marxismo fue una fuente inagotable de reflexión y nunca objeto de retórica u ornamento intelectual.

En el año 1964, fue invitado a sumarse al grupo CONDOR (Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria), formado por Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña, Ricardo Carpani, Rubén Bortnik, Alberto Belloni y Eduardo Luis Duhalde. El grupo, cuya figura de mayor peso y trayectoria intelectual era Hernández Arregui (sin dudas, el mentor principal), asumió públicamente una definición favorable al marxismo como método y guía para la acción. Pero Cooke, sin dejar de reivindicar el marxismo, sin dejar de internalizarlo en sus análisis y en su praxis, eligió no sumarse.

Al respecto, Eduardo Luis Duhalde propuso la siguiente interpretación:

Hernández Arregui, cuyo enorme mérito era ser el puente por el cual militantes de izquierda hacían su inserción en el peronismo, reivindicaba una adscripción al materialismo dialéctico, que parecía dar fuerza en la permanencia en el afuera del movimiento de masas de quienes veían que lo determinante era "la percepción científica de los fenómenos". Cooke, por su parte, camino obligado para la radicalización revolucionaria del peronismo y la incorporación a los análisis del instrumental marxista, se negaba a una definición a favor del marxismo, pareciendo contradecir su indudable instrumental de análisis.[175]

Además de las diferencias entre un intelectual politizado (Hernández Arregui) y un político-intelectual (Cooke) podemos identificar otros aspectos sobresalientes. Cooke, intelectual orgánico situado en terreno de la organización de la hegemonía, consideraba que las definiciones teóricas no eran centrales para la construcción política en el seno del movimiento popular. Y que, en determinadas condiciones y en el marco de determinadas disputas, podían restar más de lo que sumaban. En todo caso, las definiciones debían ir de la mano de las experiencias colectivas, de los procesos formativos y autoformativos de las bases. Y agregaba: "Como hombres honrados, si cualquiera nos pregunta si somos marxistas, contestamos que sí. Pero nos parece contraproducente suscribir una declaración de marxismo".[176] Unos años antes había planteado que "los pueblos no asimilan las nuevas concepciones en abstracto, como pura teoría, sino combinadas con la acción".[177] Para Cooke, las ideas se asimilaban en la lucha de clases, que las moldeaba, las enriquecía, las proyectaba y las masificaba. De nada servía aferrarse al purismo filosófico.

Asimismo, Cooke necesitaba desplegar una crítica al marxismo argentino de su tiempo, al que se ejercía en el PCA y en otros espacios; pero, al decir de Daniel Campione:

… con cuidado de no incurrir en ningún tópico de tono antimarxista, lo que hubiera conspirado bastante directamente con su perspectiva de radicalización del peronismo. Al mismo tiempo debía procurar eludir el lenguaje más abiertamente marxista, para no avalar su propia exclusión del peronismo. [...] J.W.C. transitaba todo el tiempo por un desfiladero demasiado estrecho.[178]

Paradójicamente, el marxismo proclamado de Hernández Arregui era menos copioso que el marxismo sin hipérbole de Cooke. Esta cuestión amerita un desarrollo más extenso, pero vale la pena dejar planteadas algunas posiciones.

El marxismo de Hernández Arregui se conformaba con materiales poco homogéneos y “eclécticos”. Pero esta condición, que nosotros consideramos una gran ventaja y no una restricción, no necesariamente garantiza una mirada “original” y antidogmática.

El marxismo de Hernández Arregui combinaba, contradictoriamente, una veta humanista (influenciada por Rodolfo Mondolfo) con una fuerte impronta de marxismo de manual, con su correspondiente carga de economicismo y determinismo. Sus referencias a la dialéctica rozan el engelsianismo-leninismo del DIAMAT. Es cierto que en su obra se pueden detectar algunos puntos de vista divergentes, por ejemplo, en Peronismo y socialismo[179] hay más presencia luxemburguista (aunque limitada al tema del imperialismo) y alguna impronta de Lukács.

Pero el marxismo de La formación de la conciencia nacional[180], su obra más emblemática, nos parece prácticamente “accesorio” y bastante impreciso. También creemos que la presencia de Frantz Fanon termina siendo complementaria. Los rasgos de telurismo, de maniqueísmo (las lecturas en claves dicotómicas más que dialécticas), la apelación permanente a nociones meta-históricas, las visiones estáticas, la romantización de algunos actores históricos (verbigracia: el ejército y los sindicatos de su tiempo), etcétera, redondean una composición que adolece de marxismo por muchas cuestiones; una fundamental: el análisis de clases está desdibujado. Habría que sumarle a todo esto, su olvido de la burguesía transnacional y de la burocracia sindical, una matriz dirigista y una visión etapista compartida con el nacionalismo populista y con la izquierda reformista, concretamente con el PCA. Finalmente, en La formación de la conciencia nacional, uno de los “autores marxistas” más citados es… ¡José Stalin! Esta obra fue publicada originariamente en 1960 y pasó prácticamente inadvertida. Fue reeditada en 1973, cuando se convirtió en uno de los ensayos políticos más leídos de nuestra historia.

Aunque Hernández Arregui contraponía la experiencia histórica a la “ideología”, no hacía más que precipitarse en la “ideología”. Leía la experiencia histórica a la

luz de otra ideología, la antiliberal. En esta línea, y trascendiendo lo estrictamente metodológico, se puede decir que Hernández Arregui entendía al marxismo principalmente como un “sistema de ideas”. En líneas generales, concebía la política básicamente como una lucha de ideas. No casualmente el grupo CONDOR se proponía influir ideológicamente en el Ejército, contribuir a la nacionalización de las capas medias y elevar el nivel político de dirigentes y militantes. Similar era el ánimo del “Colorado” Ramos y la parte de la “Izquierda Nacional” que lo tenía por referente intelectual, ideológico y político. Sin dejar de reconocer la importancia que estas tareas pueden llegar a tener en determinados contextos históricos, lo cierto es que a la hora de pensar la praxis de las clases subalternas y oprimidas se sobredimensionaba la eficacia de los saberes ilustrados… Entonces, ¿el marxismo de Hernández Arregui es solidario de la historia o de la ontología?

Nuestra crítica no pretende negar la enorme calidad literaria, la eficacia política y la relevancia histórica de este ensayo. Para nosotros se trata de una pieza clave en la historia del pensamiento emancipador de Nuestra América. Valoramos su aporte a la conformación de un “imaginario militante” en los años 70, pero queremos marcar un contraste con la obra y el pensamiento de Cooke. Y también queremos mostrar dos modos diferentes de ejercer, vivir y sentir el marxismo.

Entonces, una cosa es autodefinirse como marxista, mostrar adhesión pública a la ley de la unidad y la lucha de contrarios, a la ley del salto de la cantidad en calidad o a ley de la negación; o creer que a través de terminologías lógico-formales se puede abarcar la dialéctica. Y otra cosa absolutamente diferente es ubicarse, con la razón y las vísceras, en la dinámica de los antagonismos y la lucha de clases con el fin de favorecer la autoemancipación de la clase trabajadora, y de entender/cambiar el mundo.

No se puede decir que Hernández Arregui haya tomado las categorías clásicas del marxismo para ponerlas en movimiento en el torbellino de la realidad argentina, pero sí se puede decir esto de Cooke; su marxismo es, propiamente, una filosofía de la praxis. Tal vez Cooke no “volaba” tan lindo como los

cóndores, pero caminaba bastante bien.

Con este tipo de imágenes queremos resaltar que la praxis es la categoría central para abarcar el marxismo de Cooke. Un marxismo que, como dijimos, carece de un a priori doctrinario; lo que significa que "la verdad" nunca preexiste a la lucha de clases y que la dogmática no tiene ningún tipo de privilegios. La "revelación" siempre se concreta en la praxis, el "mensaje" no puede escindirse de su realización. Entonces, el militante popular que dispone de los instrumentos propios del marxismo nunca habla y actúa con autoridad dogmática.

El marxismo de Cooke es perfectamente compatible con la noción de autoemancipación. Y además es un marxismo que profundiza las dimensiones subjetivas y utopizantes. Es abierto e incompleto, perturbador y herético; un antídoto eficaz contra la pérdida del sentido de la realidad.

El marxismo de Cooke tuvo la rara virtud de mostrarle al pueblo principios nuevos que extrajo del propio pueblo. Supo superar la dicotomía entre las categorías para el análisis y las categorías para la lucha. Sin dudas, se trata de una dicotomía falsa que de ningún modo puede hallarse en Marx, pero que no dejó (y todavía no deja) de ser común en el marxismo.

También fue resultado de una interpretación que dio cuenta —como pocas en su tiempo— de los procesos de asimilación a los diferentes contextos sociales, culturales, políticos, epistemológicos, en fin: históricos. Porque el marxismo invoca una universalidad, al tiempo que para poner en práctica sus categorías principales es necesario fondear en materialidades concretas; es decir, en particularidades. El marxismo nos coloca frente al desafío de un universalismo particularista, y Cooke asumió, como pocos militantes populares en la Argentina, ese desafío. Por lo tanto, no debería interesarnos demasiado discutir las evidentes perspectivas hegelianizantes, historicistas y existencialistas del marxismo de Cooke. Y antes de signarlas como "taras" habría que analizar el contexto histórico de su actuación porque puede que, a pesar de sus limitaciones,

terminen luciendo como estímulos.

A los fines de justipreciar la originalidad del marxismo de Cooke, también podemos proponer un contraste con la figura de Rodolfo Puiggrós que, a diferencia de Hernández Arregui, era un marxista formado en el PCA, que rompió tempranamente con el partido y adhirió al peronismo. Sin dejar de valorar su trayectoria intelectual y política, y reconociendo sus aportes historiográficos, Puiggrós también quedó atado a las viejas fórmulas del marxismo hegemónico en las décadas del 30 y el 40. Y si bien encontró al "aliado necesario"; es decir, al "burgués progresista" en situaciones y figuras diferentes a las propuestas por el PCA, no dejó de persistir en su búsqueda. Asimismo, como Hernández Arregui y Ramos, confió en "la reunión de las masas y las armas" (del ejército regular); pero no profundizaremos en este tema.[181]

En alguna medida, el marxismo de Hernández Arregui, el de Puiggrós y, sobre todo, el de Ramos no fueron mucho más allá de una radicalización del viejo forjismo y sus temas. Se trataba de un marxismo asimilado a esquemas binarios y simplistas que ofrecían una interpretación general de la historia que daba respuestas inmediatas (pero absolutamente insuficientes) a todos los problemas políticos.

Ramos constituye el caso más extremo, por eso creemos que valen algunos paralelismos que realzan las diferencias con Cooke. Por ejemplo, mientras Ramos veía signos alentadores en el golpe de Estado 1966 y especulaba sobre el carácter "nacional" de la dictadura militar, de la Revolución Argentina encabezada por Onganía, Cooke consideraba que se trataba de un golpe militar a la medida del capital transnacional, del Pentágono y de los sectores pro "occidentales y cristianos" del peronismo. Mientras que las posiciones de Ramos respecto de la figura de Perón, en aspectos nodales, se acercaban a las de la ortodoxia peronista, las de Cooke constituyeron el núcleo de la heterodoxia. No fue casual que el derechista Comando de Organización (CdO) haya valorado la obra de Ramos. No olvidemos que era un antiguevarista que estaba a la espera

de los buenos y prácticos oficios burgueses y progresistas de un caudillo militar nacionalista “aliado” a la clase trabajadora. Mientras que Cooke era guevarista en un sentido muy amplio, lejos de cualquier simplificación del “guevarismo”, y en lugar de adecuarse al grado de desarrollo de la conciencia política de la clase trabajadora argentina, buscaba trascenderlo a partir de la experiencia de lucha y autodeterminación de la misma clase.

Para terminar este capítulo, no podemos dejar de señalar que, por el estilo, por el marco de referencias teóricas y hasta por sensibilidad, Hernández Arregui era un intelectual “antiguo” en la década del 70. Mientras que Cooke era, a todas luces, un intelectual “nuevo” en la década del 60. El marxismo de Cooke tiene la impronta (directa o indirecta, eso, a esta altura, importa muy poco) de Frantz Fanon, de Pier Paolo Passolini, de Herbert Marcuse; también la del Che y todo de lo que empezó a significar Guevara para una generación de revolucionarios del mundo entero. Tiene la impronta del cristianismo de liberación y la teoría de la dependencia, y también del psicoanálisis, de las “ciencias sociales”, de las vanguardias artísticas, etcétera. En algunos aspectos cabe la filiación con el marxismo de Silvio Frondizi, que, al igual que en el caso de Puiggrós, también es tema para otro trabajo.[182]

Y hay, además, una paradoja que no podemos saltearnos: Hernández Arregui, el intelectual que era “antiguo” en la década del 70, se convirtió en el ensayista político más leído por una generación marcada a fuego por el 68. Para muchos y muchas jóvenes, él (más específicamente su libro La formación de la conciencia nacional) prácticamente fue la llave de acceso a la “nueva izquierda”.

Nótese que a lo largo de este capítulo nos negamos a hablar de un marxismo “moderno” y optamos por expresiones como marxismo “original” o “nuevo”. Si bien el marxismo de Cooke compartía con todos los marxismos del siglo XX (incluyendo a las versiones más creativas y heterodoxas) un conjunto de fundamentos de la modernidad burguesa y occidental, creemos que se pueden detectar en él algunos elementos de una contramodernidad o una transmodernidad; es decir, elementos que, de algún modo, cuestionan a la

modernidad y van más allá de ella; elementos generados por una praxis que priorizó siempre la experiencia de las bases y los sujetos, y se hizo cargo de sus acciones y sus significados (la "ortopraxis") por sobre la pureza ideológica o teórica y los argumentos rígidos.

---

172 Amaral, Samuel, Op. cit., p. 17.

173 Campione, Daniel: "Los comunistas somos nosotros": Cooke y el Partido Comunista Argentino". En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 51.

174 Para completar la información, véase: Núñez, Carlos: "William Cooke. La revolución que no realizó el peronismo". En: Revista Marcha, Montevideo, 23 de abril de 1965, p. 14.

175 Duhalde, Eduardo Luis: "Introducción". En: Cooke, John William, Obras completas, Tomo I, Op. cit., p. 14.

176 John William Cooke, citado por Duhalde, Eduardo Luis, "Introducción". En: Cooke, John William, Obras completas, Tomo I, Op. cit., p. 16.

177 Cooke, John William: "Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina". En: revista Pasado y Presente, Buenos Aires, Año IV (2/3) nueva serie; 1973, p. 394.

178 Campione, Daniel: “Los comunistas somos nosotros”: Cooke y el Partido Comunista Argentino”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., pp. 72 y 73.

179 Véase: Hernández Arregui, Juan José, Peronismo y socialismo, Buenos Aires, Corregidor, 1973.

180 Véase: Hernández Arregui, Juan José, La formación de la conciencia nacional, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.

181 Para una aproximación al derrotero ideológico y político de Rodolfo Puiggrós, véase: Acha, Omar, La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

182 Para una aproximación al derrotero ideológico y político de Silvio Frondizi, véase: Tarcus, Horacio, El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Buenos Aires, El Cielo Por Asalto, 1996.

Marxismo “explícito” e “implícito”

¡Oh los que de la mente os sentís sanos, mirad bien la doctrina que velada

se encuentra de mi verso en los arcanos!

Dante Alighieri

Cooke identificaba un “marxismo oficial” que caracterizaba a partir de un gesto teórico —con inevitables consecuencias políticas— que consistía en congelar las categorías en la prehistoria del dogmatismo y en una patología: “La fijación táctica antidialéctica”. De este modo, reivindicaba indirectamente la existencia de otro marxismo (para ser más precisos: otros marxismos). Específicamente, aquel que priorizaba a los sujetos sobre las estructuras y que ponía el énfasis en la categoría de la praxis. Solamente por esto, ya era un marxismo en mejores condiciones de atravesar algunas de las principales taras de la modernidad, el racionalismo y el eurocentrismo.

Los aspectos nodales de su pensamiento dan cuenta de un momento peculiar de la historia argentina que, en Cooke, se tradujo en preocupaciones relacionadas con la sociedad civil popular (“las bases” como “poderes colectivos” o “poderes populares”), además de las que usualmente se centraban en la sociedad política. Vale aclarar que aquí no nos apartamos del punto de partida gramsciano y que concebimos la distinción entre sociedad civil y sociedad política desde lo estrictamente metodológico y no desde lo orgánico. Como su análisis político no podía dejar de lado los aspectos “estructurales”, entonces, buscó desentrañar lógicas y construirse una mirada totalizadora.

Por consiguiente, Cooke, lector de Marx, intentó un “análisis de clases”; y, lector temprano de Gramsci en la Argentina, empleó en forma reiterada conceptos tales

como: lo nacional-popular, unidad entre teórica y práctica, autoconciencia, entre otros. Así procedió desde el momento en el que la sociedad civil popular se constituyó en objeto de sus preocupaciones estratégicas; desde el instante en que el proyecto socialista —concreto, posible, para la Argentina— irrumpió en su horizonte político. Para resaltar la originalidad de su iniciativa cabe tener presente que la versión en castellano de los Quaderni di carcere, de Gramsci se publicó recién en 1958.

Por supuesto, Cooke no dejó de reconocer que el poder económico le había asegurado a la burguesía el manejo del aparato del Estado, pero entendía, con el auxilio de Gramsci, que el sistema había cavado sus "trincheras" en el suelo de la sociedad civil. La burguesía había impuesto su concepción del mundo al conjunto de la sociedad y había generado consenso alrededor de sus sistemas ideológicos y políticos. Esto explica el hecho de que Cooke le asignara un rol singular a la ideología, ora concebida como falsa conciencia, ora como el lugar en el que las clases populares podían desentrañar las lógicas de los conflictos estructurales.

En síntesis: él reconocía el peso de la sociedad civil a la hora pensar el cambio revolucionario; reconocimiento que se manifestó con transparencia cuando planteó la necesidad de captar el nivel de arraigo de la ideología liberal-burguesa, la ideología dominante, en las masas; y cuando señaló que la oligarquía y el imperialismo tenían su maquinaria en el plano de las superestructuras. Nuevamente, las resonancias gramscianas son evidentes en ambas indicaciones.

Resulta entonces un tanto inexacta su identificación como "peronista jacobino", más allá de que muchas veces esta calificación remite a una metáfora superficial que elude las implicancias conceptuales y semánticas más fuertes. Porque, a diferencia del jacobinismo, Cooke se propuso superar los marcos de clase burgueses y las prácticas centralizadoras.

Un posible recorrido por los principales textos de "marxismo explícito" de Cooke podría ser el siguiente.

En primer lugar, no hay que desechar algunas referencias puntuales, aunque espaciadas, en sus trabajos previos a 1959. En sus intervenciones parlamentarias, en cartas, documentos y otros materiales, es posible rastrear las primeras estaciones de un proceso formativo.

Por ejemplo: en 1946, en el debate por la derogación de la Ley de Residencia, Cooke se remitía a la discusión parlamentaria de 1904. Elogió el discurso de Alfredo Palacios, pero no pasó por alto la base positivista, determinista y cientificista del marxismo del PSA, un marxismo basado en la trilogía Spencer-Darwin-Marx. Como vimos y seguiremos viendo, el marxismo de Cooke se conformó en contraposición a los significados acarreados por los dos primeros nombres que, sobre todo en Nuestra América (y particularmente en la Argentina), condicionaron el derrotero de un tipo de marxismo carente de imaginación dialéctica, que derivó en prácticas de encubrimiento cognitivo de la realidad y de un tipo de socialismo muy poco (o nada, o anti) socialista. Un socialismo confeccionado por figuras áridas y estériles, malogradas por las justificaciones universalistas, por el cientificismo, la ideología del progreso y el productivismo; figuras por lo general confundidas respecto del lugar que ocupaban la burguesía y la clase trabajadora en el marco del proceso histórico, defensoras de la "necesidad histórica" del imperialismo, partidarias del colonialismo, el racismo, entre otras aberraciones del mismo tenor.

En el debate sobre la iniciativa para la sanción de una ley de Represión de actos de Monopolio o tendientes al monopolio, Cooke sostuvo que el fenómeno de la concentración de capital, el papel de los monopolios en la económica mundial y sus efectos en los países periféricos, solo podían comprenderse en su justa dimensión si se abordaban con el auxilio del marxismo. Como señalábamos en el capítulo referido a su desempeño como diputado nacional, Cooke fundamentó su intervención en Marx (El Capital), en Lenin (Imperialismo, fase superior del capitalismo) y Hilferding (El capital financiero). Citó también a Paul Sweezy, a

Stalin, Karl Mannheim, entre otros. Ya en la década del 40 se pueden apreciar algunos fundamentos leninistas de su antiimperialismo.

Retomó tópicos similares en 1947, cuando presentó un informe sobre el Presupuesto general de gastos y cálculo de recursos para el año 1948 y sobre Financiación del Plan de Gobierno 1947-1951. Recordemos: citó el Prólogo de Engels a la tercera edición de El Capital y, nuevamente, a Lenin y a Hilferding.

En 1951, en su rechazo al pedido de licencia formulado por el presidente Perón, expuso una síntesis de los logros del gobierno. Si bien se trató de una pieza discursiva con un eje antiimperialista, Cooke utilizó conceptos tales como "plusvalía" en su acepción marxista.

También debemos considerar las diversas referencias al marxismo en las cartas de Cooke. En las primeras a Perón se puede identificar una mirada de la realidad argentina que toma en cuenta elementos de un "análisis de clase"; la utilización del concepto de dialéctica en una acepción bastante próxima al marxismo; sus referencias a la conciencia y sus articulaciones con los procesos sociales; el bosquejo de una dinámica de las negaciones y las superaciones. En la que le escribió el 28 de agosto de 1957, Cooke planteaba:

El peronismo solo puede ser desalojado por la supresión de las causas que lo determinan como Movimiento Revolucionario; ya sea por un régimen que supere los problemas que él plantea y que ha resuelto en su oportunidad, ya sea porque pierda su carácter de representativo de las fuerzas populares que pugnan por reconquistar el poder perdido (Obras completas, Tomo II, p. 300).

Luego están sus apelaciones a Lenin, particularmente en materia de política insurreccional. En carta a Perón del 14 de noviembre de 1957, sostenía que los componentes de una fórmula revolucionaria eran: un "partido revolucionario",

unos “jefes revolucionarios”, un “mito revolucionario” y una “ocasión”. Tomaba los casos de Marx y Engels, de Louis Auguste Blanqui, Mijaíl Bakunin y Giuseppe Mazzini, que contaron con algunos de los ingredientes de la fórmula, pero no logaron combinarlos a todos (Obras completas, Tomo II, p. 320). El planteo de Cooke, en lo que se refiere al mito, tenía connotaciones sorelianas. En esa misma carta, también citaba a Mao Tse Tung a modo de auxilio para su propia situación: reivindicaba la estrategia de guerra prolongada con campañas de decisión rápida y consideraba que el peronismo había actuado exactamente al revés; es decir, con una estrategia de guerra relámpago y con campañas de decisión lentas. Aprovechó a Mao para criticar el “dualismo de las direcciones estratégicas” y los golpes dados en una sola dirección (Obras completas, Tomo II, p. 322).

A partir de 1959, sobre todo en La lucha por la liberación nacional, nuevamente se puede percibir en los escritos de Cooke el recurso al análisis de clase y los planteos leninistas respecto de la cuestión del imperialismo. En este documento proponía su fórmula de la indisolubilidad de la cuestión nacional y la cuestión social: “La liberación nacional y la revolución social no son dos asuntos independientes o paralelos, sino un solo problema indivisible” (Obras completas, Tomo V, p. 185). En la misma línea, sentaba las bases de lo que serán sus críticas al reformismo y a la burocracia. También proponía la distinción entre la lucha contra el sistema y la lucha contra una variante del mismo, lo que establecía una ruptura con los formatos burgueses de la democracia, que, por otra parte, en Nuestra América, durante buena parte del siglo XX, ni siquiera eran respetados por las clases dominantes. Por supuesto, consideraba que solo las luchas contra el sistema pueden tener un sentido transformador. En cuanto a la dictadura del proletariado, la rechazaba como solución y la consideraba inadecuada para el país. Su idea, en ese momento, estaba más cerca de un amplio Frente Nacional y Popular.

Asimismo, planteaba los siguientes tópicos enlazados al marxismo y, en general, correspondientes a una “cultura de izquierda”: la necesidad de la teoría, la crítica al “empirismo” y al “reformismo” de la burocracia y la importancia de la autocrítica para una fuerza revolucionaria.

La lucha por la liberación nacional también proponía algunos temas gramscianos: allí insistía en la necesidad de crear una visión del mundo propia y en la importancia de que la clase trabajadora perciba el mundo con valores propios; algo que podríamos relacionar, nuevamente, con el "espíritu de escisión" propuesto por el revolucionario sardo.

A partir de 1960, como es lógico, aparecieron en sus cartas referencias a Fidel y al Che. Junto a la fechada el 11 de septiembre de 1960, Cooke le envió a Perón la Primera y la Segunda declaración de La Habana, y le explicaba: "En la proclamación de derechos [...] Ud. verá que figuran los de la Constitución Justicialista de 1949, que nosotros sancionamos y cumplimos" (Obras completas, Tomo II. Op. cit., p. 469).

Por otra parte, un componente central del marxismo de Cooke, era la dimensión anticolonial y antioccidental. Eso lo diferenciaba de la vieja izquierda, pero también de ciertas interpretaciones "convencionales" del guevarismo y del marxismo sustentadas por algunas expresiones antiguevaristas de la "izquierda nacional". En líneas generales, lo diferenciaba del trasfondo moderno del marxismo del siglo XX.

Con la carta antes citada, se iniciaba el extenso "monólogo" de Cooke, donde desarrollaba la idea de la guerra de guerrillas, insistía en las analogías entre el peronismo y la Revolución Cubana centradas en algunas políticas puntuales, en la mística, en la crítica a las formas de la democracia burguesa, profundizaba sus críticas a la burocracia, citaba a Plejanov, etcétera.

Su carta a Perón del 24 de julio de 1961, desde Cuba, claro está, rebosaba de definiciones inspiradas en concepciones y categorías marxistas. Vale decir que esta carta estaba muy en sintonía con los Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina[183], del mismo año. Uno de sus ejes era la crítica al determinismo de

los partidos comunistas a las concepciones reformistas y etapistas. En concreto, la línea política de los partidos comunistas se caracterizaba por una paciente espera de las condiciones objetivas y del necesario tránsito por la etapa democrático-burguesa, lo que implicaba reconocerle un rol progresivo a la burguesía nacional. Cooke entendía que, en el nuevo contexto, no tenía entidad una burguesía (ni siquiera una franja de ella) dispuesta a jugar ese papel. Entonces, consideraba que para lograr objetivos sociales mínimos eran necesarias políticas radicales: “Tendremos que quitarle a los que tienen [...]. Por fuerza tendremos que ser más radicales, más revolucionarios en las medidas” (Obras completas, Tomo II, pp. 488, 489).

En otras cartas a Perón, las definiciones eran más teóricas. Por ejemplo, en la carta del 30 de septiembre de 1962, desde París, Cooke le escribió: “Lo que caracteriza a la visión revolucionaria es su índole dialéctica, el análisis de la historia como serie de desarrollos contradictorios influenciados, cualitativamente diferentes en sí, pero ligados en su continuidad” (Obras completas, Tomo II, p. 544). Sin embargo, la definición no se ajustaba demasiado a los parámetros evolucionistas que el General prefería.

También en carta del 18 de octubre del mismo año Cooke proponía una crítica al determinismo de algunos comunistas que “tranquilos porque Marx demostró que la burguesía sucumbirá a manos del proletariado, viven beatíficamente en la felicidad de estar del bando vencedor y dejan que la historia se mueva por su cuenta (algo así como la ‘predestinación’ de los protestantes)” (Obras completas, Tomo II, p. 559). En esta misma carta recuperaba el legado leninista como fundamento de las políticas antiimperialistas y anticoloniales y señalaba las diferencias con las políticas del estalinismo. Además, consideraba que el marxismo-leninismo de la Revolución Cubana se diferenciaba de sus otras versiones (sobre todo la soviética) por su predisposición antidogmática.

En la últimas cartas a Perón también se puede apreciar cómo Cooke desentrañaba algunos de los fundamentos del pensamiento burgués; por ejemplo: la suposición de que “el todo” es siempre una suma de las partes y que, por lo

tanto, se podía parcelar la realidad; es decir, lo contrario a un enfoque holístico; la aplicación de enfoques mecanicistas para explicar cualquier relación entre variables; la homogenización del sujeto de análisis compulsivamente objetivado bajo unas reglas de pensamiento único; etcétera.

Incluso en el “borrador”, Algunas bases para el programa del Movimiento Peronista, de agosto de 1961, Cooke planteaba la relación entre peronismo y marxismo en los siguientes términos:

El peronismo no debe quedarse rezagado ni estar temeroso de ir a buscar la verdad allí, donde esté. Si todo el mundo hoy día habla de marxismo, alguna importancia tendrá. Existe y hay que conocerla. Los antimarxistas furibundos o los que tengan miedo de que se los sospeche de comunistas y de que les echen encima la jauría, podrían saber que es muy feo hablar y dar conferencias, pastorales y discursos explicando algo que no se conoce, guiados por lo que otros opinan, ignorancia que pasa inadvertida porque el marxismo es largo y difícil de estudiar [...]. Marx estudió a fondo el sistema capitalista y en su crítica demostró su injusticia exhibiéndolo en su verdadera esencia de rapiña (Obras completas, Tomo II, p. 70).

A modo de justificación, recordaba que los jesuitas franceses —en especial los de las décadas del 50 y el 60— leían y escribían sobre Marx; tal el caso de Jean Yves Calvet, entre muchos otros.

Por otro lado, en sus artículos escritos desde Cuba y sobre Cuba, “Primero de mayo en la Habana”, “Desde La Habana, Cuba”, “Cuba ante la Invasión”, “La campaña oligárquico imperialista en la actualidad”, entre varios materiales producidos en 1960 y 1961, Cooke reforzaba su planteo del carácter inescindible de la liberación nacional y la revolución social y su opción por la estrategia guevarista. Además, retomaba tanto la idea de la actualidad del socialismo en Nuestra América como su crítica al elitismo y su rescate del carácter colectivo de las revoluciones; así como se podía percibir su preocupación respecto del rol de

individuo en la historia.

La “carta al presidente Eisenhower” de febrero de 1960 es otra extraordinaria pieza de la literatura antiimperialista. En la misma línea se inscriben otros trabajos, reportajes, documentos, cartas, entre 1960 y 1968. Claro está, en la mayoría es ostensible la opción por la lucha armada.

En ese sentido, en Apuntes para una ideología de la Revolución Cubana, un texto de noviembre de 1960, Cooke se refería a las “versiones rudimentarias del materialismo dialéctico (que) con ribetes científicos nos presentan verdaderos bodrios donde la realidad es metida ‘a patadas’ en el cepo que se destinó de antemano”.[184]

También en Bases para un programa de liberación nacional, escrito en Cuba en 1961, afirmaba que las teorías eran “guías, instrumentos para la acción, no cartabones para mediar las valías del plan” (Obras completas, Tomo III, p. 74).

Sin dudas, uno de los principales trabajos de “marxismo explícito” de Cooke es Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina, de 1961 pero recién publicado en 1973, preparado para informar a Fidel y al Che sobre las posiciones del PCA. Allí abundan las referencias a Marx, Engels y Lenin, pero también a Luxemburgo y Gramsci. Corresponde aclarar que este último no gozaba de una amplia difusión en el marco de la cultura de izquierda de fines de los 50 y principios de los 60, por desconocimiento (recodemos que la primera versión en castellano de una parte de obra de Gramsci llega a la Argentina recién en 1958) o porque para el marxismo oficial la obra del sardo era anatema.

Al estudiar la recepción temprana de Gramsci en la Argentina, se suele hacer referencia a Héctor P. Agosti, uno de los intelectuales más importantes del PCA y al grupo de Pasado y Presente, a Juan Carlos Portantiero[185], a José Aricó, entre

otros. Casi nunca a Cooke. La presencia de Gramsci en Cooke no es aleatoria, es sintomática, al igual que el olvido posterior de la izquierda académica, por lo general autorreferencial y siempre más pendiente de los aportes sistemáticos de las “ciencias sociales”. Lo mismo cabe para la omisión de izquierda partidaria que suele ser sectaria, también, en sus reivindicaciones retrospectivas.

El Gramsci de Cooke poco se asemeja al Gramsci “reformista” o “populista” muy a tono con las modas académicas de la década del 80 en la Argentina. También podemos ver en Cooke una recepción de Gramsci en clave de una política revolucionaria. Cobra importancia el Gramsci antideterminista, que aportaba categorías para ejercer la crítica a la pasividad y al reformismo de los Partidos Comunistas. Corresponde aclarar que en el contexto de la década 60, era prácticamente inevitable que en la crítica al determinismo se filtrara una cuota de voluntarismo.

Finalmente, en los Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina se pueden identificar algunas concepciones cercanas a una idea de la organización como proceso, junto con la indeclinable confianza respecto de las iniciativas de las bases y su permanente opción por la democracia de base. El cookismo expone aquí sus costados más luxemburguistas. Cooke, como Rosa, parecía estar más preocupado por los vínculos con el proceso histórico real que pendiente del fatalismo del objetivo final.

También en los Apuntes para la militancia de 1964-1965, Cooke plasmaba su visión historiográfica, su adhesión al revisionismo histórico. Además, deslizaba nuevamente una crítica a la burocracia e insistía en la importancia del autoconocimiento para la clase trabajadora. Criticaba al PSA y a su principal mentor, el Dr. Juan B Justo, y también volvía sobre el PCA. En sus críticas a esta última organización afirmaba: “El marxismo no es una doctrina que dé respuesta automática a cada situación; es un método para conocer la realidad social y guiar las actividades tendientes a cambiarla; según como se utilice se llegará o no a interpretaciones y a líneas de acción correctas” (Obras completas, Tomo V, p. 295).

Por otra parte, en algunos pasajes de Peronismo y Revolución[186], de 1966, Cooke destacaba la función mistificadora de la ideología e introducía la noción de “mediación”; es decir, concebía la ideología no solo como un hecho de las subjetividades individuales, sino desde un punto de vista “relacional”, como un hecho objetivo. En ese sentido, escribía: “En el Estado moderno, la ideología no es simple justificación, sino, además, una mediación en el interior mismo de las contradicciones de clase” (Obras completas, Tomo V, p. 111).

Además, identificaba la pérdida de unidad real entre las relaciones de producción y las relaciones políticas, típicas de las sociedades modernas, y la realización de su unidad en el terreno de lo imaginario. Decía al respecto:

La ideología expresa la relación del hombre con las condiciones de su vida, tal como él las vive; por medio de ella se inserta en el sistema de relaciones que existen entre la base económica de la sociedad y la superestructura, cohesionando en su conciencia los diversos niveles objetivos de la vida social. Pero actualmente, utilizada por las clases dominantes, no registra directamente esas relaciones, sino que da [...] una representación invertida de ellas. Para tomar una forma contemporánea de condicionamiento ideológico: las ideologías que difunden los medios de comunicación de masas (especialmente la TV), imprimen en el público la imagen de una igualdad formal entre individuos, variados pero idénticos, que aparecen integrados en la comunidad política abstracta de la Nación (Obras completas, Tomo V, p. 113).

Para Cooke la ideología “privatiza” la sociedad civil y “despolitiza a las clases dominadas” (Obras completas, Tomo V, p. 113). Este proceso de despolitización popular era para él una necesidad objetiva del régimen de dominación, pero su eficacia provenía de la contribución de la burocracia peronista, política y sindical. Analizaba que el régimen de dominación necesitaba a la burocracia para desorientar a los trabajadores y anular sus impulsos revolucionarios, y que buscaba denodadamente integrarla para garantizar su reproducción. Por eso definía al vandorismo como un repliegue hacia la despolitización de los

trabajadores (Obras completas, Tomo V, p. 114).

Cooke cuestionaba a las ideologías “como un hecho puramente subjetivo” y, por el contrario, consideraba que “la ideología es una estructura que existe objetivamente como componente de la vida en relación, (y que) el pensamiento revolucionario puede analizar prescindiendo de los particularismos de cada individual aislado”; a la ideología burguesa le oponía la “conciencia revolucionaria” (Obras completas, Tomo V, p. 125). Más específicamente lo que él denominaba “la conciencia social de la clase trabajadora”, es decir, la conciencia de las relaciones que imperaban en la sociedad que les permitiría a los trabajadores “desechar las falsas representaciones con lo que se oculta su propia realidad existencial, su condición de oprimido(s) y el carácter de la opresión…”. (Obras completas, Tomo V, p. 113). En concreto: la conciencia de clase como antídoto contra la función mistificadora de la ideología burguesa, uno de los pilares de la hegemonía burguesa.

Como vimos, Cooke no concebía un lugar “externo” para la teoría revolucionaria, sino que establecía una relación dialéctica entre esta y la conciencia social de los trabajadores; conciencia generada en la lucha, en la acción concreta. Ni más ni menos que el procedimiento de la praxis.

Otra pieza de “marxismo explícito” de Cooke es el artículo menos conocido, titulado “Bases para una política cultural revolucionaria”, publicado en la revista La Rosa Blindada en 1965.[187] Allí, no solo reafirmaba que una verdadera política revolucionaria debía estar fundada en la unidad entre teoría y práctica, y que esa unidad se aprehendía a través del “desarrollo histórico de la conciencia crítica”, sino que, además, se detenía en las categorías marxistas de “alienación” y “trabajo enajenado”, reflexionando sobre la tergiversación de su sentido original por parte del “marxismo oficial”, del determinismo que “enjauló a la dialéctica”.

Este último artículo, al igual que en los trabajos antes mencionados, demostraba la filiación de Cooke con el marxismo heterodoxo: en ellos destacaba la

genialidad de Lukács al abordar el tema de la alienación antes de conocerse los Manuscritos económicos-filosóficos de 1844 de Marx, recuperaba las "evasiones hacia la heterodoxia de Henri Lefebvre y las meditaciones clarividentes de Gramsci". Así, Cooke iba delimitando su marxismo y lo iba diferenciando del otro, en el que "el conocimiento teórico de la filosofía marxista suele no originar una práctica revolucionaria sino una actitud alienada con justificaciones prestigiosas" (Obras completas, Tomo III, p.220). Además, criticaba el desdoblamiento de Marx, inspirado en los planteos de Louis Althusser y el marxismo estructuralista que comenzaba a estar en boga en la década del 60. Al respecto, sostenía: "La tesis del presunto desdoblamiento de los 'dos Marx' (con sus variantes de viraje o evolución desde el idealismo humanista primaveral a la sequedad de la materia, la economía y la ciencia) me parece uno de los mitos más desprovistos de sustentación" (Obras completas, Tomo III, p. 220).

Por otra parte, en "Definiciones", un texto publicado en la revista Cristianismo y Revolución, de octubre-noviembre de 1966, Cooke definía al peronismo revolucionario como una "vanguardia", cuya función era "reconciliar la política del movimiento con el verdadero papel que este tiene en el enfrentamiento de las fuerzas sociales". Reiteraba el tema del desfasaje y la falta de correspondencia, esto es: el problema de las estructuras políticas y sindicales del peronismo que estaban ubicadas varios escalones por debajo de su calidad como movimiento de masas.

Cooke explicaba la razón de ser del peronismo revolucionario por el hecho de que la hegemonía del régimen de dominación, con su control del aparato estatal y cultural, inhibía y retrasaba la toma de conciencia de las masas con respecto a las razones de la tragedia que sufrían y respecto de la política que podía ponerle fin. Desde la óptica de Cooke, la función del peronismo revolucionario consistía en realizar los ajustes necesarios, pero desde "abajo", desde el movimiento de masas y no desde las "estructuras". De esta manera, reformuló el rol tradicional de las vanguardias, acercándose a una noción luxemburguista de las mismas, y priorizando el momento de la autodeterminación popular. También definía la política revolucionaria como "acción esclarecida por el pensamiento crítico" y llamaba a dar el paso que iba de la rebeldía a la revolución. Asimismo, volvía sobre el tema de la antinomia peronismo-antiperonismo como forma concreta de

la lucha de clases.[188] Como vimos, un planteo discutible y también contradictorio respecto de su visión sobre la lucha de clases al interior del peronismo.

La preocupación básica de Cooke era la de interpretar el proceso histórico argentino y prever su desarrollo, pero nunca a la manera de los horóscopos; la faena que eludía (o en la que erraba) la izquierda argentina. Por otra, parte el marxismo oficial funcionaba como una especie de descripción formal de ciertas esencias trascendentes y constantes en la historia; es decir, como lo que Pierre Bourdieu denominaba un "designador rígido" que al nominar y clasificar introducía "divisiones tajantes, absolutas, indiferentes a las particularidades circunstanciales y a los accidentes individuales".[189]

En ese mismo sentido, para Cooke lo "real" era un proceso abierto. Él reconocía a los marxistas argentinos "oficiales" como sus interlocutores (a veces como objeto de "negación dialéctica"), reconocimiento que, en líneas generales, no se dio en el sentido inverso. De este modo Cooke, como todos los herejes (que además son heterodoxos), quedó al margen de la lógica de la convivencia y del nicho de los intercambios intrínsecos de "los próximos", de ese ámbito sectario y alienante de los enjuiciamientos intermarxistas.

Para el marxismo académico, o para el marxismo de los partidos de la izquierda dogmática, la obra de Cooke ni siquiera merece ser categorizada dentro de un canon de segundo orden. Sus textos no llegan a ser considerados "deuterocanónicos", no se les reconoce siquiera importancia documental. Seguramente será porque no reflejan directamente la palabra de algún "Dios".

De todos modos, más allá de este racconto relativamente detallado, creemos que el Cooke marxista debe buscarse en sus análisis de la realidad argentina (y también en los que, de un modo u otro, se refieren a Nuestra América y al mundo), en su práctica militante y no tanto en sus escritos más "teóricos", donde el tema sea el propio marxismo. Cooke estuvo muy lejos de ser un especialista en marxología. Para el caso de sus escritos, puede resultar adecuada una lectura

“sintomática” que ponga en acto lo que solo se presenta como posibilidad (mejor: como potencialidad), tal como proponía Louis Althusser para detectar y analizar una “filosofía” en los textos políticos (no directamente filosóficos) de Lenin. Desde la óptica althusseriana, los textos políticos de Lenin contenían más filosofía que los trabajos pretendidamente filosóficos como Materialismo y empiriocriticismo.

---

183 Cooke, John William: “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”. En revista Pasado y Presente, Buenos Aires, Año IV (2/3) nueva serie; 1973, p. 395. [Este texto no figura en las Obras completas].

184 Cooke, John William: “Apuntes para una ideología de la Revolución Cubana”. En: revista Retruco, La Plata, Año 9, N.º 29, septiembre-octubre de 1997, p. 21. [Este texto no figura en las Obras completas].

185 Adriana Petra en su tesis doctoral Intelectuales Comunistas en la Argentina (1945-1963), comenta que Portantiero consideraba a John William Cooke “el representante del más serio intento por elaborar una teoría revolucionaria para las masas peronistas y con quien se podía de hecho confluir, como había quedado demostrado con la experiencia del periódico Soluciones…” En: Petra, Adriana, Op. cit., p. 362.

186 El nombre originario de este trabajo fue El peronismo y el golpe de Estado (informe a las bases del movimiento). Fue publicado por primera vez por Acción Revolucionaria Peronista (ARP) en 1966. En 1971 fue reeditado por Gránica Editor a instancias de Alicia Eguren y en 1985 por la editorial Parlamento.

187 Cooke, John William: “Bases para una política cultural revolucionaria”. En: revista La Rosa Blindada, Buenos Aires, Año 1, N.º 6, septiembre/octubre de

1965, pp. 16-22. Véase: Obras Completas, Tomo III.

188 Véase: Cooke, John William: “Definiciones”. En: revista Cristianismo y Revolución, N.º 2/3, Buenos Aires, octubre/noviembre de 1966, pp. 14 y 15.

189 Bourdieu, Pierre, Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, (Colección Argumentos), Barcelona, Anagrama, 1997, p. 79.

El signo de las determinaciones dialécticas

Cooke tendría entonces 45 años. Lo que me impresionó de él, además de su afabilidad que acortaba distancias con el interlocutor, fue su velocidad mental. Describía un problema, lo analizaba en partes e iba rápidamente al aspecto principal, al meollo, de cuya resolución

dependía el resultado.

Eduardo Gurrucharri

Cooke se limitaba al reconocimiento del marxismo como "guía para la acción". En su caso se planteó una situación paradójica: su utilización del marxismo con el fin de comprender/transformar la realidad argentina, un uso fecundo y esclarecedor en muchos aspectos, sirvió para alejarlo de la tradición marxista "oficial", históricamente mucho más comprometida con la fidelidad a los conceptos y a las categorías que a un proyecto de transformación radical de la realidad; es decir, lo alejó de la ortodoxia que convertía a las definiciones en factores estructurales. El periodista uruguayo Carlos Núñez, en la ya citada entrevista de 1964 para la revista Marcha, decía que "el nombre de Cooke representó siempre la clave más accesible a la izquierda latinoamericana para un deseo no siempre confirmado en los hechos" (Obras completas, Tomo III, p. 117).

Resulta evidente que el marxismo de Cooke se corresponde con una etapa de su actuación, sin duda la más significativa, que se inició en 1959. Richard Gillespie considera al período 1959-1968 como la cuarta etapa de Cooke, caracterizada por su "conversión al marxismo cubano".[190] En efecto, aunque Gillespie tiende a simplificar un proceso histórico que, como vimos, se caracterizó por un conjunto de determinaciones nacionales y que incluyó un copioso trabajo de traducción, nos parece atinado firmar que el año 1959 inaugura el momento específicamente marxista de Cooke. Un marxismo que, más allá de las obvias coincidencias, fue

diferente al “marxismo cubano” y presentó sus propias especificidades.

Sostenemos que Cooke produjo una utilización fecunda del marxismo (una “recreación”), entre otras cosas porque en sus principales escritos y en su práctica (sobre todo la posterior a 1959) entran en consideración algunas de las principales determinaciones de la dialéctica: básicamente, el reconocimiento de la interacción sujeto/objeto, la necesaria unidad de teoría y práctica y el reconocimiento de la “totalidad concreta” como categoría “propiamente dicha de la realidad”.[191]

Hablamos de totalidad no como el todo homogéneo que propone la ontología moderna (que es una de sus acepciones, por cierto, la hegemónica), sino como conocimiento social crítico, ya no de entes aislados sino de toda la realidad, incluyendo también la que está oculta. Utilizamos la categoría de totalidad como comprensión crítica, que también busca rendir cuentas con los fundamentos filosóficos y axiológicos del mundo moderno y que denuncia sus fetiches y sus complicidades con los diversos órdenes opresivos. La totalidad de la realidad social y la posibilidad de conocerla no funcionan aquí como una certeza (porque la totalidad es incognoscible), sino como una presuposición, como una hipótesis o un modelo, como una herramienta de trabajo.

En este sentido, sabemos que la “totalidad concreta” es siempre una representación parcial (y no una “visión transparente”). Su ventaja consiste en que favorece el despliegue de un pensamiento relacional y rompe con el pensamiento sustancialista. Partimos de una idea de la totalización que sirve tanto para criticar la totalización de la realidad propuesta por la ontología moderna (una totalización totalitaria) como para anunciar la posibilidad de varios horizontes para la realidad.

La mayor parte de los escritos revolucionarios de John William Cooke combinan espíritu crítico y sentido pedagógico y desfetichizante. Esta característica, que sin dudas no respondía solamente a tópicos de estilo, puede considerarse como

una consecuencia directa de su condición de intelectual orgánico del campo popular.

Su pensamiento, sólido y proclive a la producción de efectos, reflejó el anhelo por una unidad dialéctica que se expresó en dos niveles. Por un lado, la unidad entre los intelectuales y las clases subalternas y, por el otro, la unidad entre teoría y práctica. Claro está, utilizamos aquí el concepto de intelectual en sentido gramsciano. Partimos de una definición integral y distinguimos cuatro facetas: el "creador" de un nuevo saber o investigador, el educador o docente, el organizador de la hegemonía y el organizador de la coerción. Gramsci consideraba a Lenin un modelo de intelectual orgánico, precisamente por combinar esas facetas. De algún modo, con más "éxito" en unas que en otras, Cooke supo asumir todas esas funciones.

Las funciones que Cooke le asigna a una dirección revolucionaria en Apuntes para la militancia, a saber: "Extender y ahondar ese conocimiento directo, elaborar críticamente los datos de la realidad contemporánea y presentar conclusiones que aclaren su sentido, extraer y generalizar las enseñanzas que deja la acción colectiva" (Obras completas, Tomo V, pp. 250 y 251) son, ni más ni menos, las funciones de cualquier intelectual orgánico.

De este modo, el rol del intelectual era, entonces, el que se le asignaba usualmente a una vanguardia auténtica: aportar a la comprensión del movimiento real como un proceso que nunca fluye por los cauces unívocos de las verdades implacables. El conocimiento, como señalamos, nunca aparece en Cooke como algo ajeno a la praxis concreta, sino como el resultado de la relación dialéctica entre la práctica (las prácticas) y el pensamiento crítico. Así expresó en Peronismo y revolución: "Ese conocimiento no es exterior a la práctica de las masas, sino experiencia directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico" (Obras completas, Tomo V, p. 21).

No coincidimos con Gillespie cuando le niega cualidades de organizador y

convierte a la obesidad en elemento explicativo de las limitaciones de Cooke a la hora de poner en práctica una política revolucionaria. Para Gillespie, Cooke estaba físicamente incapacitado para asumir un compromiso político revolucionario.[192] El testimonio de Julio Ghizzardi, compañero de Cooke en la jefatura del Comando Chile en 1957, está en la misma línea. Contaba Ghizzardi que el Bebe había padecido parálisis infantil (como dijimos, no existen evidencias al respecto) y que la enfermedad le sirvió para desarrollar "una inteligencia prodigiosa". Y agregaba: "Pero para político, era demasiado intelectual, y para intelectual, demasiado político".[193] Creemos que este testimonio roza el lugar común. O peor, subyace en él la imagen del revolucionario como un ser física y psíquicamente perfecto, autosuficiente y… hombre. La imagen remite a unas vanguardias revolucionarias como clubes de superdotados y a las revoluciones como procesos impolutos donde no hay lugar para lo deforme y lo inestético. Y también, a una división del trabajo militante que abonó una serie de taras en la izquierda, principalmente el elitismo, que siempre es reaccionario.

La autopercepción de Cooke siempre fue la de un hombre político, que amaba el movimiento y adoraba su tiempo. Algo que se puede percibir no solo en su actuación (que, va de suyo, es más políticamente intensa según la etapa de su vida que tomemos como referencia), sino también cuando habla de los intelectuales, en cuyas filas prefiere no embanderarse.

Carlos Núñez, en la entrevista de Marcha, decía que Cooke era "un hombre fornido cuya persistente inquietud desmiente la tradición abúlica de los obesos" (Obras completas, Tomo III, p. 117). Según consta en un escrito de 1975, tomado del archivo personal de Alberto "Quito" Burgos, Cooke "carecía de toda aptitud física para el combate militar, pero esto no le impidió vestir el uniforme de miliciano y tirarse en una trinchera".[194]

Debemos reconocer que somos absolutamente legos respecto de las patologías y de la estética de las figuras históricas revolucionarias, pero sabemos que el peruano José Carlos Mariátegui fundó y dirigió la revista Amauta y que se las

ingenió para hacerla llegar al último rincón de la intrincada geografía peruana y a toda Nuestra América, que contribuyó decididamente a la creación del Partido Socialista de Perú (PSP) y la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP), que influyó en el movimiento estudiantil e indígena, en fin: prácticamente fundó el socialismo de Nuestra América, desde una silla de ruedas.

También sabemos que Gramsci debió cargar con un cuerpo maltrecho, lo que no lo inhibió de ser el teórico político marxista más importante en la entreguerra y uno de los más importantes de la historia. Gramsci, además, fue un militante activo, un hombre de acción, que pasó los últimos años de su vida en una cárcel fascista, en contraste con otros marxistas mucho más saludables pero rastreros o circunscriptos a las intervenciones "filosóficas". Recordemos también que el asma no le achicó el horizonte al Che, incluso algunos autores, invirtiendo el planteo de Gillespie, erigen la enfermedad en motor de sus actos.

Rosa Luxemburgo, por su parte, era una mujer diminuta, de apariencia frágil y, además, cojeaba. El talento teórico de Rosa es indiscutible, pero… ¿se puede negar su condición de "mujer de acción"? Finalmente, y como decía un poeta, uno es "incapaz de ser alma sin sus vísceras". Tal vez sea hora de superar el lugar común que establece un vínculo entre inmovilidad física, limitaciones políticas y capacidades intelectuales. ¿Por qué el fracaso político o la derrota sirven para realzar, al mismo tiempo, la invalidez y la inteligencia?

Es harto probable que, sin la mediación de extensas y necesarias aclaraciones, el Cooke maduro rechazara el calificativo de intelectual. Posiblemente esta posición pueda verse como un repudio a su juvenil intelectualismo pretencioso. Pero además hay otras cosas. En él se manifestaba cierto antiintelectualismo temprano, luego muy característico de la denominada "nueva izquierda" (concretamente en sectores de la izquierda peronista, por ejemplo, en las FAP) de la que, como hemos planteado, fue uno de sus precursores. Puede considerarse, también, como un innecesario corolario del "culto a la acción", o del énfasis puesto en "las bases"; y, sobre todo, como una expresión de rechazo a las formas "dirigistas", en las que un grupo reducido de poseedores de supuestos

saberes políticos “teóricos” se impone al conjunto de los “legos”.

Ahora bien, lejos estuvo Cooke de hacer la apología de la sordidez. Se trataba del rechazo a una definición y unas funciones tradicionalmente iluministas, ideologicistas y elitistas de los intelectuales en la Argentina, en particular los de izquierda. También estaba presente en Cooke la idea de que la función de los intelectuales está orientada fundamentalmente a las capas medias, a la pequeña-burguesía. Es una función que no descartaba, porque consideraba que un proceso revolucionario no podía prescindir de esos sectores, pero, al mismo tiempo, no dejaba de reputarla menor y acotada.

De alguna manera, esta desconfianza de los sectores revolucionarios emergentes en la década del 60 era una respuesta al PCA. Cooke, entre otras cosas, le cuestionaba al PCA su “ceguera intelectualista” (se refirió a algunos de sus cuadros como “fiscales de biblioteca”); el hecho de que el partido privilegiara la idea sobre la acción, una idea que podía ser progresista en la formulación pero que podía convivir plácidamente con el “conservatismo de las acciones”[195]; su falta de compromiso a la hora de apuntalar a los sectores potencialmente más revolucionarios del peronismo desde la compresión y la tolerancia que supuestamente debían derivarse de su mayor y más sólida preparación teórica; su pedagogía mal entendida, que se expresaba en suficiencia y pedantería: creer que su función era ensañar y negarse a desarrollar la capacidad de aprender del pueblo, de las clases subalternas y oprimidas. Cooke sostenía en Apuntes para la militancia que “la teoría política no es una ciencia enigmática cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados, sino un instrumento de masas para desatar la tremenda potencia contenida en ellas” (Obras completas, Tomo V, p. 251).

Por lo tanto, el antiintelectualismo también expresaba un cuestionamiento explícito o implícito a uno de los rasgos más característicos de la sociedad capitalista: la división del trabajo, la separación del saber y el hacer. Entonces, si el intelectual era un “especialista” y su campo específico era la superestructura, terminaba alejado de la totalidad de la praxis (que es siempre un saber-hacer

colectivo) y sus funciones estaban signadas por la abstracción, el individualismo, la alienación y la especialización corporativa (principalmente académica), colocándose al margen de toda función social crítica y transformadora. Sin dudas, el antiintelectualismo debe verse, entre muchas otras cosas, como expresión de un grado elevado de politización de la cultura.

En términos gramscianos, la función fundamental de los intelectuales es la de generar en los miembros de la clase a la que están vinculados "orgánicamente" una toma de conciencia respecto de sus intereses (como clase) y una visión del mundo homogénea y autónoma. Cooke asumió esa función. Esa conciencia y esa visión eran la condición para que la clase trabajadora, convertida en clase en-sí/para sí, ejerciera una función emancipadora (que él consideraba "objetiva").

Como vimos, Cooke sostenía que el "programa del 45" debía ser renovado, ya que el concepto de justicia social en un momento ascendente del modelo mercado-internista dominado por la burguesía nacional (insistimos: que incluía a sectores de la oligarquía diversificada) no tenía el mismo sentido que en una economía en crisis dominada por el capital monopólico transnacional.

Así, para él, si el peronismo no profundizaba la "revolución", estaba condenado a la desaparición, entendida como el resultado de una falta de correspondencia en dos planos: a) entre la concepción y el rol objetivo y b) entre las estructuras del peronismo y los requerimientos del momento histórico que atravesaba la Argentina. Nuevamente: debemos tener presente que, en Cooke, una y otra vez se reiteran las imágenes del peronismo que remiten a los desfasajes y a las faltas de correspondencias: "Gigante invertebrado y miope", "un león atado con redes para cazar mariposas", etcétera.

Para Cooke estaba claro que el "Programa del 45" no estaba de acuerdo con las necesidades históricas. Le decía a Carlos Núñez en la entrevista de Marcha:

Lo que perdió a la dirección del peronismo fue no advertir que el frente del 45 estaba roto. El frente policlasista ya no existía en el 55; a partir de entonces, la lucha de clases se agudizó. Perón tenía que ser el jefe del proletariado cuando la burguesía quería ya la entrega al imperialismo. El ejército, que pudo sí en Latinoamérica desempeñar un papel en la lucha de liberación, ya no desempeñaba ese papel. La burguesía y el Ejército, que en 1945 eran antiimperialistas, ya no querían antiimperialismo. Perón fue la última revolución democrático-burguesa. La experiencia histórica ha demostrado que ya no hay burguesía antiimperialista en América Latina (Obras completas, Tomo III, p. 118).

Por otra parte, para Cooke, el "sentido crítico" planteaba la imperiosa necesidad del "autoconocimiento" de los sujetos sociales potencialmente transformadores y antisistémicos en general y los del peronismo en particular. Autoconocimiento que, en el caso del peronismo, debía servir como punto de partida para replantear las líneas políticas que veía como inoperantes. Decía en Apuntes para la militancia:

Para saber cuáles son nuestras fallas y llegar a sus causas hay que tener una visión global de la Argentina, de las fuerzas que chocan en su seno, de las características que revisten estos conflictos. Y, dentro de ese marco histórico, examinar el significado del peronismo, con qué tendencias sociales es irreductiblemente antagónico, qué políticas lo condenarán a frustrarse y cuáles sirven al objetivo de realizarnos como destino nacional (Obras completas, Tomo V, p. 251).

Como vimos, para él la ideología del peronismo no estaba en correspondencia con su rol "objetivo" como movimiento histórico. En concreto: no estaba a la altura de su potencial revolucionario como movimiento popular estructurado en torno a la clase trabajadora.

A mediados de la década del 60, corroboró algo que sabía desde hacía tiempo y

que había intentado contrarrestar apelando a todos los medios a su alcance: el peronismo durante el período 1945-1955 solo había elaborado una doctrina coyuntural; es decir no había logrado elaborar una visión del mundo crítica, coherente y, mucho menos, alternativa a la de las clases dominantes. Agregamos nosotros: una doctrina coyuntural que, utilizando una expresión gramsciana, no dejaba de ser una concepción del mundo impuesta por el ambiente externo, y "mecánicamente". Esta circunstancia explicaba, según el mismo Cooke, no solo el estancamiento, la pérdida de vitalidad y la caída del peronismo hacia 1955, sino también la supervivencia de una heterogeneidad que no se expresaba en una síntesis política superadora, sino en la falta de cohesión, en la ausencia de certezas estratégicas, en fin: en el gigantismo combinado con el carácter invertebrado y miope del peronismo.

Una y otra vez Cooke volvía sobre el tema de los desfasajes cuando pensaba el peronismo. Percibía una "inadecuación" entre las representaciones formadas sobre el fenómeno (su existencia real y concreta) y los conceptos (su forma nuclear interna), entre la lógica subjetiva de los protagonistas y las lógicas del proceso histórico; como lo llamaba: "Un desajuste entre la rebeldía popular y las estructuras encargadas de transmutarlas en acción revolucionaria" (Obras completas, Tomo V, p. 257). Esas estructuras, en lugar de incentivar los saltos cualitativos, los retrasaban, o se oponían a los mismos. "Falta de correspondencia", "inadecuación", "desajuste", son los términos a los que apelaba Cooke en Apuntes para la militancia, que sintetizaron su visión del peronismo a mediados de la década del 60 y que, como vimos, venía desarrollando desde principios de la década.

Los análisis políticos de Cooke se caracterizaron por una tendencia a la acentuación de la unidad concreta del todo. El autoconocimiento es, al mismo tiempo, el conocimiento de la totalidad y refuerza la unidad de la teoría y la práctica. En sus Apuntes para la militancia, sostenía que:

Los hechos son conservadores por sí mismos, son reaccionarios. Son experiencia, la simple experiencia. Son las consecuencias de sus causas

profundas. El conocimiento es buscar las causas, las relaciones reales que hay por debajo de los hechos [...]. Pero no se puede hacer desde el vacío: hay que hacerlo como conocimiento comprometido, como parte de la lucha, o sea: el conocimiento y la teoría que es el conocimiento de la acción, el conocimiento de la práctica (Obras completas, Tomo V, p. 314).

Vemos como Cooke percibía una relación dialéctica entre autoconocimiento y praxis que derivaba de un cuestionamiento de los pilares en los que se sostenía la ideología burguesa que comenzaba, de este modo, a ser identificada como "ajena" por los trabajadores.

El autoconocimiento, que es el conocimiento de la totalidad, aparecía para Cooke como un requisito indispensable para que la conciencia real del pueblo, objetivamente incompatible con el sistema (y, en buena medida, identificada por él con el peronismo), se convirtiera en conciencia posible; es decir, para que la rebeldía espontánea, la huida de la opresión, se convirtiera en revolución.

Así, para él, el autoconocimiento llevaría al momento de la negación que daría lugar a la superación del peronismo. ¿Por qué? Porque, tal como sostenía en La lucha por la Liberación nacional, específicamente en la citada conferencia que dictó en Córdoba en diciembre de 1964: "El peronismo no es una alienación de la clase trabajadora sino el nucleamiento donde esta confluye y se expresa, la organización a través de la cual hace sus experiencias y da sus batallas" (Obras completas, Tomo V, p. 200). O, como sostenía en Apuntes para la militancia, el peronismo no era simplemente "un hecho de la superestructura política" y mucho menos la "alienación del proletariado", sino "una forma política que toma un hecho económico y social" (Obras completas, Tomo V, p. 306). Nuevamente la impronta gramsciana es innegable. También la impronta luxemburguista. Cooke sabía que una praxis revolucionaria, cuando disputa la adhesión masiva de las clases subalternas, no pierde el tiempo en querellas con sistemas filosóficos sino que confronta directamente con las creencias populares más arraigadas, con aquellas que naturalizan la realidad y las relaciones sociales impuestas por el capitalismo, que favorecen el conformismo de los de abajo; sin

dejar de recuperar, al mismo tiempo, los “núcleos de buen de sentido” que anidan en el universo de lo “plebeyo” y “lo popular”.

En términos de Ernesto Goldar, el peronismo era percibido por Cooke como un proceso “objetivo-subjetivo que se preservaba a sí mismo a través de diferentes modos de negaciones y de ‘negaciones de negaciones’”.[196] Por lo tanto, para Cooke era una cuestión determinante que la lucha ideológica tuviese lugar en el marco del peronismo, aún en sus márgenes, pero no en sus regiones exteriores. Tomando como referencia Historia y conciencia de clase, obra clásica de Lukács, podríamos decir que, para Cooke, el peronismo era percibido, desde parámetros dialécticos, en el torbellino de “un proceso de transición de una determinación a otra en un transcurrir caracterizado por una ininterrumpida superación de las contraposiciones”.[197]

---

190 Véase: Gillespie, Richard, Op. cit., p. 18.

191 Lukács, György, Historia y conciencia de clase, Sarpe, Madrid, 1985, p. 84.

192 Véase: Gillespie, Richard, Op. cit.

193 Véase: Cichero, Marta, Op. cit., p. 217.

194 En: Korol, Claudia: “Cooke y el Che. En el cruce de caminos”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 85.

195 Cooke, John W.: “Aportes para una crítica del reformismo en la Argentina”, Op. cit., p. 395.

196 Goldar, Ernesto, John William Cooke y el peronismo revolucionario, Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 23.

197 Lukács, György, Op. cit., p. 76.

Crítica de la razón burocrática

El desprecio por la ideología de la clase trabajadora es una promesa segura de traiciones.

Rodolfo Walsh

En contraposición a la mirada cookista, la "razón burocrática" se caracterizaba (y se caracteriza) por escindir teoría/práctica y sujeto/objeto. Es decir, se caracterizaba por dificultar el conocimiento de la realidad y el autoconocimiento de la clase trabajadora. Para Cooke todas las limitaciones de la burocracia —lo que la convertía en una capa reproductora de la ideología y de los valores de la clase dominante y en sostén de su proyecto de dominación— podían derivarse de una falencia clave: la carencia de una visión propia y totalizadora.

Como vimos al comienzo de este trabajo, Cooke inicialmente reducía el problema de la burocracia a aspectos de orden moral. Con el tiempo, con la experiencia adquirida en el terreno de las luchas sociales y políticas, con su enriquecimiento teórico, su lectura del fenómeno adquirió nuevas dimensiones. Hacia mediados de la década del 50 todavía consideraba que la burocracia era un problema de determinados individuos. A fines de esa misma década comenzará a percibirla como un sistema de conducción negador de las potencialidades revolucionarias del peronismo. Constatará el hecho de que la burocracia podía cuestionar a un patrón en particular pero no al sistema de dominación, opresión y explotación en su conjunto.

El empirismo era uno de sus rasgos más característicos: los burócratas se movían en el ámbito de las apariencias de los sucesos, no iban al fondo de las cosas y generalizaban rápidamente partiendo de datos superficiales. La burocracia peronista concebía al peronismo como sujeto y no como objeto de su propio

conocimiento. Por lo tanto, la visión del burócrata tampoco estaba en correspondencia con la realidad objetiva de la función que el peronismo cumplía (o podía cumplir) en las décadas del 50 y el 60. De este modo la burocracia peronista, política y sindical, no tuvo —no podía tener— una política de poder. Una política de poder en sentido transformador. Esta burocracia actuaba, entonces, como agente del poder de la burguesía y como una de las alternativas del régimen de dominación (posiblemente la menos confiable pero, al fin y al cabo, una alternativa propia de las clases dominantes o afín a ellas).

En la carta a Perón del 15 de junio de 1962, Cooke se refería a uno de los modus operandi de la burocracia que consistía en constituirse en retaguardia en los momentos de alza de la lucha de clases y en vanguardia en los momentos de la negociación (Véase: Obras completas, Tomo II, p. 520). En su madurez, utilizará el concepto de burocracia para designar a los dirigentes no revolucionarios y que comparten la misma "visión del mundo" de la clase dominante.

Cabe señalar que Cooke no enfocaba la cuestión a partir del tema de la necesidad de "permanentes" como causa primera de la burocracia. No lo hacía porque, en primer lugar, prácticamente no se remitía al proceso de burocratización de una organización revolucionaria, sino a la burocracia política y sindical que representaba a la ideología y al polo burgués en el seno del peronismo; y, en segundo lugar, porque para Cooke el instrumento político resultaba indispensable.

Por esto, precisamente, nunca llegó a plantearse con claridad la elección —que supo señalar Ernest Mandel— entre el desarrollo de la autonomía obrera real, asumiendo el riesgo de la burocratización en potencia, o mantener las organizaciones obreras sometidas a la ideología burguesa. Claro está, toda la praxis de Cooke propone una identificación con la primera opción.

Para Mandel la "dialéctica de las conquistas parciales" y el fenómeno del fetichismo en una sociedad capitalista avanzada, fundada en un alto grado de la

división del trabajo, constituían los pilares que explicaban la existencia de la burocracia. Por lo tanto, sostenía:

No puede uno contentarse criticando el aspecto burocrático contrarrevolucionario sin ver al mismo tiempo el aspecto positivo que permite a la clase obrera afirmar un mínimo de conciencia de clase, en el seno de una sociedad capitalista muy poderosa; es solamente sobrepasado el estadio de la acción individual pura que ella puede crear una fuerza colectiva.[198]

Para Mandel se tornaba necesario “un mínimo de desarrollo de las fuerzas productivas y un mínimo de democracia obrera, para que pueda haber un combate contra la burocratización”.[199]

Para el caso argentino de las décadas del 50 y el 60, se puede afirmar que ese “mínimo” estuvo garantizado por los proyectos desarrollistas que favorecieron —valga la redundancia— el desarrollo de las fuerzas productivas, y por la existencia de las comisiones internas de fábrica (y por los efectos mismos de la experiencia peronista) que mantuvieron niveles importantes de participación obrera.

Cooke registraba la dimensión dialéctica de las organizaciones de masas en el marco del régimen capitalista. No subestimaba la importancia objetiva de estas organizaciones y les reconocía un carácter “dual”.

Con respecto al movimiento peronista, admitía la ausencia de un discurso político “racional” y la sistemática negativa a asumir definiciones ideológicas claras. Eliseo Verón sostenía que, en el caso del peronismo:

No hubo ningún “pacto” específicamente ideológico que comprometiera a las partes en la adopción de un cuerpo más o menos coherente de tesis sobre la organización de la sociedad, el papel de la política y del Estado y, en particular, la relación “correcta” entre gobernantes y gobernados. El peronismo careció de Sagradas Escrituras (lo que fue su ventaja y también su drama). Hubo solamente un acuerdo —a menudo tácito, pero siempre muy sólido— acerca del carácter a priori verdadero del discurso de un determinado enunciador: el líder llamado Juan Perón.[200]

El autoconocimiento, entonces, se planteaba para Cooke como necesario en función del objetivo. La autoconciencia revolucionaria no solo serviría para poner al peronismo “a la altura de la historia” sino para evitar un destino que, a la luz de las nuevas condiciones estructurales y superestructurales de la Argentina desde finales de la década del 50, parecía inevitable: su integración al sistema (su “final inglorioso”), para lo cual ni siquiera era necesario abjurar de aquella “doctrina coyuntural” o “espontánea”. Esta última posibilidad no hizo más que concretarse en la historia argentina posterior, valgan como ejemplo las subsiguientes vicisitudes del peronismo.

En el marco de una concepción dialéctica, no correspondía predeterminar las condiciones en las que se iba a desarrollar el proceso revolucionario. Porque la revolución para Cooke era un proceso y no el resultado de un plan implacable. En ese sentido, sostenía que “no se busca aplicar un sistema apriorístico, sino emplear los recursos más efectivos para reclamos concretos de las necesidades”.[201]

Su concepción estratégica se apartaba de las elaboraciones conceptuales que tendían a “anticipar” y a “representar” en el terreno especulativo la integridad del proceso de lucha popular y revolucionaria. Se percibe claramente en él una pasión por lo concreto (que no se traduce en empirismo, sino en praxis) que comenzaba a ser un sello característico de un conjunto de ámbitos políticos y culturales en la Argentina de la década del 60.

Para el caso de la experiencia teórico-política en la última etapa de su vida, no podemos dejar de señalar el desarrollo de ensayos paralelos muy significativos para la comprensión del clima de ideas de ese tiempo histórico. El período que va de fines de los años 50 a mediados de los 60 asistía a la consolidación de una nueva izquierda cultural a partir del replanteo de la relación entre la teoría y la práctica, entre los intelectuales y la política, lo que entre otras cosas llevó a que la figura de Sartre se instalara de manera determinante en la cultura y la política argentinas. Esta izquierda cultural se caracterizó por su marcado sesgo antiliberal, por el redescubrimiento de autores como Roberto Arlt o Leopoldo Marechal y por acentuar un conjunto de perfiles contrapuestos a los del grupo Sur, representante de la cultura hegemónica, liberal y elitista. El grupo nucleado alrededor de la revista Contorno (1953-1959) puede ser un buen ejemplo.[202]

Durante la década del 60 se fue consolidando una nueva figura intelectual, más integral y que tendía a legitimar su condición (su razón de ser misma) a través de la praxis política. Por supuesto, desde ciertas ópticas remozadas en los ambientes académicos en las décadas del 80 y el 90, esta nueva figura encarnaba la negación de las particularidades usualmente identificadas con lo intelectual.

En 1965 Cooke sostenía que el peronismo aún no era revolucionario, pero que llegaría a serlo por los efectos de la lucha de clases en su interior. ¿Cómo vislumbraba el rol de Perón? Lo consideraba a la luz de una doble fractura: a) entre la burocracia y las masas y b) entre la burocracia y Perón. Esta situación unificaba objetivamente a las masas con Perón en contra de la burocracia; es decir, que llevaría al viejo líder a elegir el camino revolucionario…

Cooke, claro está, falleció antes del desenlace, pero su análisis —inexacto a la luz de los acontecimientos posteriores a Ezeiza del 20 de junio de 1973— no dejó de acumular algunas evidencias confirmatorias durante el período 1969-1972. Evidencias muy efectivas en aquel contexto histórico, aunque a la distancia puedan tildarse de superficiales o falsas.

En el marco de una situación de crisis de hegemonía, la única posibilidad de que la clase obrera superara su tradicional accionar impugnador y sustituyera al régimen imponiendo una hegemonía alternativa a la del bloque dominante —en concreto: que abandonara el campo de la resistencia e iniciara el contraataque— dependía de la consolidación de una dirección y una política revolucionaria.

El hecho de que Cooke actuara en el contexto de un movimiento de masas lo llevó a insistir tanto en el "saber" de quienes dirigían como en el "sentir" de las masas. Como vimos, estaba muy lejos de concebir al marxismo como una teoría en relación de externalidad respecto de la clase trabajadora, por el contrario, para él, el marxismo como concepción del mundo, como filosofía de la emancipación y la liberación humana, debía construirse en la dialéctica de teoría-praxis, teoría/sentimientos.

Al igual que Gramsci, asumió una posición alejada tanto del dirigismo como del culto a la espontaneidad revolucionaria. En La lucha por la liberación nacional (recordemos: el documento que leyó en el Congreso de la Liberación Nacional, en Buenos Aires, en noviembre de 1959) sustenta una dialéctica del saber y el sentir, de lo dirigido y lo espontáneo, de las "acciones cuidadosamente planificadas hasta aquellas que surjan de la iniciativa y el ingenio de las masas" (Obras completas, Tomo V, 189). Decía, en el mismo documento, que "la lucha revolucionara es acción enriquecida por el conocimiento. Compenetración de la realidad" (Obras completas, Tomo V, 197). Vale recordar que estos planteos son anteriores a las definiciones favorables al socialismo y al marxismo de la Revolución Cubana.

Cooke era consciente de las perspectivas políticas que abrirían una alianza entre los intelectuales y los trabajadores. A menos de un año de su muerte, el "Cordobazo" y el proceso que esta rebelión popular desencadena, lo confirmarían.

Sostenía que, en una sociedad como la argentina, el autoconocimiento del

peronismo (y de la clase trabajadora) entrañaba el conocimiento de la sociedad como un todo. Nuevamente se puede detectar la impronta de Historia y conciencia de clase, de Lukács. Al partir Cooke de una matriz dialéctica, los componentes de la díada peronismo/sistema no podía aparecer como objetos inmutables. La relación entre ambos implicaba interacción y transformación mutua. Desde esta perspectiva teórica, comprendía las limitaciones del peronismo como expresión de las limitaciones y los condicionamientos de la realidad social. Pero también, desde esa misma perspectiva, daba cuenta de las potencialidades del peronismo y de las posibilidades latentes de la realidad social.

Para Cooke, el peronismo como fenómeno social no asumía características objetivamente impugnadoras del sistema o se recubría de potencialidades revolucionarias a partir de un gesto voluntarista y subjetivo. No fue Cooke el caprichoso demiurgo de la radicalización del peronismo en las décadas del 60 y el 70, sino un emergente de la misma. Los roles efectivos y potenciales del peronismo estaban relacionados con las formas de objetividad concreta en las que se desarrolló como fenómeno social, con sus funciones en la “totalidad determinada” en la que funcionó. En ese sentido, decía Lukács:

Esa constante transformación de las formas de la objetividad de todos los fenómenos sociales en su interrumpida interacción dialéctica, el origen de la cognoscibilidad de un objeto partiendo de su función en la totalidad determinada en la que funciona, es lo que hace a la consideración dialéctica de la totalidad —y a ella sola— capaz de concebir la realidad como acaecer social.[203]

Fue un razonamiento análogo el que condujo a Cooke a considerar con detenimiento un nivel de determinación: el de los requerimientos de las formaciones sociales capitalistas y la lucha de clases sobre el régimen político. Cooke situaba la semilegalidad político-institucional del período 1955-1966 (y la “ilegalidad” absoluta posterior también) en su justa dimensión. La desmitificación de la legalidad burguesa y la democracia liberal se convertirá en uno de los puntos de partida más característicos de la política revolucionaria en

la Argentina de la década del 70. Uno de los ejes de la crítica de Cooke al PCA giró precisamente en torno a este respeto casi metafísico por la legalidad burguesa, que lo había condenado a la pasividad.

Cooke consideraba que la izquierda tradicional estaba presa de una filosofía y una política de lo aislado: captaba cada suceso, cada episodio, pero no la totalidad. Confundía la parte con el todo. Caía en el fetichismo. Mucho menos estaba en condiciones de aprehender el plano de lo “relacional”, al igual que la burocracia. Se lamentaba, además, de que el prisma dialéctico se pusiera en funcionamiento para lectura de los más diversos objetos y procesos, menos para el peronismo que, para una parte de la izquierda, era un ente fijo e inmutable, siempre

abordado desde perspectivas burdamente idealistas.

Ubicados en el plano que nos permite navegar entre la reivindicación crítica y el intento de exégesis (y alejados del horizonte de la autopsia o del exorcismo) no nos resulta difícil detectar algunos gestos políticos imperecederos de Cooke: la fe en las clases subalternas y oprimidas entendida como el requisito indispensable para una transformación social profunda; la acción, la praxis, como forma de unión: de una unión dinámica consolidada alrededor de la lucha popular; su convicción en la capacidad de “las bases” reflejada en la acción de ofrecer la propia dirección política a los trabajadores, a los y las que siempre intentó promocionar al interior del movimiento peronista y en todos los espacios en los que le tocó actuar e incidir; su capacidad para captar las pequeñas variantes de la historia; su forma de concebir la inercia como una circunstancia que siempre contribuye con lo que es y lo que está.

En síntesis, John William Cooke puede considerarse como uno de los escasos representantes de una tradición estratégica o, si se prefiere, de una cultura política, que siempre parte de la crítica radical de lo dado para vincular dialécticamente la práctica cotidiana con la meta futura; en fin, un exponente de

una política con la cabeza y el corazón puestos en la praxis de las clases subalternas y oprimidas.

---

198 Mandel, Ernest, La burocracia, Buenos Aires, Ediciones La Espiral, 1971, p. 9.

199 Mandel, Ernest, ibidem, p. 51.

200 Verón, Eliseo y otros, El discurso político. Lenguajes y acontecimientos, Buenos Aires, Hachette, 1987, p. 92.

201 Cooke, John William: “Apuntes para una ideología de la Revolución Cubana”, Op. cit., p. 21

202 Formaron parte de Contorno Ismael Viñas, Ramón Alcalde, Adelaida Gigli, Noé Jitrik, Oscar Masotta, Adolfo Prieto, León Rozitchner y Juan José Sebreli, entre otros y otras.

203 Lukács, György, Op. cit., p. 88.

Historia y política.

La lectura del pasado de Cooke: el revisionismo histórico

La verdadera génesis no está en el comienzo sino en el fin. Y este solo se vuelve visible, cuando la sociedad y la existencia devienen radicales.

Ernst Bloch

El revisionismo histórico suele aparecer asociado al nacionalismo político argentino, casi como un epifenómeno del mismo. La historiadora Marysa Navarro Gerassi, refiriéndose a los más perennes aportes del nacionalismo, señalaba que los que producían intelectualmente dentro de esta corriente "impulsaron el desarrollo de un importante movimiento, el revisionismo histórico".[204]

Arturo Jauretche identificaba aportes en la misma dirección cuando diferenciaba al nacionalismo de lo que denominaba la "posición nacional", especie de substrato cultural básico, concepto metapolítico y hasta metahistórico que priorizaba la aprehensión de una realidad temporal y espacial propia e intransferible. Esta "posición nacional" le sería solo adjetiva al nacionalismo.

Si bien, para Jauretche, el nacionalismo como movimiento político era blanco de duras críticas y frondosos cuestionamientos que tomaban en cuenta su autoritarismo, su carencia de un pensamiento económico básico (cuando no un notorio liberalismo y una adhesión a los postulados de la teoría neoclásica), su moralismo, su desvinculación de la idea de nación respecto de la idea de pueblo, sus tendencias aristocratizantes y elitistas y un largo etcétera, reconocía que este sector aportaba una contribución fundamental al revisionismo histórico.[205]

Juan José Hernández Arregui, en La formación de la conciencia nacional, planteaba algo similar, al afirmar que el revisionismo histórico había sido un aporte del nacionalismo de derecha de cara a la formación de una conciencia nacional.[206]

Pero sucede que el nacionalismo nunca constituyó un corpus político, ideológico y teórico homogéneo, por lo tanto, se torna necesario diferenciar sus distintas expresiones. Se suele identificar un nacionalismo de derechas, que puede ser tanto “clerical”, “fascista”, “doctrinario” o “republicano”; un nacionalismo “democrático” o “forjista” y, finalmente, uno de “izquierda” o “revolucionario”. De este modo, a cada expresión del nacionalismo político le correspondería una forma de revisionismo histórico. Navarro Gerassi propone tres etapas sucesivas:

1) Durante los primeros años la influencia extranjera llegó al máximo y el nacionalismo recibió la fuerte lección del fascismo, 2) a mediados de la década del treinta, el catolicismo, que había sido un elemento significativo desde los días de La Nueva República, se convirtió en el ingrediente esencial y priva al fascismo de mucho de su atractivo; 3) finalmente, se añaden dos principios fundamentales: “rosismo” y “antiimperialismo”.[207]

Existe una versión que sostiene que Cooke tomó contacto con el revisionismo a través de José María Rosa, quien fue su profesor en la Universidad de La Plata y luego uno de sus grandes amigos. Otras versiones más verosímiles, a las que ya hemos hecho referencia, afirman que el Bebe asumió el revisionismo a partir de su relación con César Marcos. No es descabellado pensar en estímulos desde varios lugares. Como señalábamos al comienzo, hacia principios de la década del cuarenta, al igual que su padre y su tío, Cooke era radical y no precisamente militante del ala yrigoyenista. Este es un dato incontrastable.

Norberto Galasso cita algunos testimonios que muestran que, antes de conocer a

Marcos, alrededor del año 1943, él era “cipayo, inglés a muerte, antirosista, aliadófilo”.[208] Al no provenir de la tradición radical yrigoyenista, su acercamiento al revisionismo implicaba asumir esta tradición desde el peronismo; es decir, retrospectivamente. A diferencia de los nacionalistas en versión forjista que llegaban al peronismo desde el yrigoyenismo, el camino que recorrió Cooke se dio en un sentido inverso.

Con el correr de los años, Cooke se fue interesando cada vez más por la historia, en particular por la argentina. Durante el primer gobierno peronista, siendo diputado, desarrolló vínculos con intelectuales como René Orsi, Atilio García Mellid, Jauretche, Scalabrini Ortiz, José María Rosa, entre otros escritores y activistas políticos, bien atentos a la historia nacional.

En 1951 Cooke ya estaba vinculado con las actividades del Instituto “Juan Manuel de Rosas” de Investigaciones Históricas. De ese año data una de sus primeras producciones históricas, una conferencia dictada en el salón del Instituto titulada “Esteban Echeverría: radiografía de un mito”. Una nota sin firma en el Nº 9 del Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas comentaba:

El martes 26 de agosto próximo pasado tuvo lugar la interesante conferencia que el diputado nacional Dr. John William Cooke pronunció en el salón de actos del Instituto con el sugerente título de “Esteban Echeverría, radiografía de un mito”.

El orador fue presentado por el Dr. José María Rosa (h), quien destacó las relevantes condiciones del joven parlamentario que, desde todas las posiciones en que le ha tocado actuar, ha dado elocuente testimonio de su versación histórica y de sus incorruptibles posiciones revisionistas, puestos de manifiesto numerosas veces en el propio recinto de la Cámara de Diputados…[209]

El tema central de la conferencia de Cooke fue sobre el significado de la

reivindicación de la figura de Echeverría por parte de radicales, conservadores, socialistas y comunistas; esto es, la construcción de Echeverría como figura icónica de la "inteligencia" argentina y como precursor de la matriz política liberal que cumplía la función de articular diferentes espacios políticos aparentemente disímiles, pero aunados por el hecho de compartir una serie de fundamentos ideológicos y políticos básicos. Así, el Bebe puso en evidencia esa operación político-historiográfica y proponía algunos argumentos para demostrar lo infundado del panegírico. Decía que "Esteben Echeverría no tiene ninguna importancia. Tiene importancia solamente ahora, como elemento nucleador, como centro de atracción, como pretexto para una determinada acción política e ideológica".[210]

En 1954, Cooke participó en la ciudad de La Plata de la creación de la Comisión Popular por la Repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas y ese mismo año se convirtió en vicepresidente del Instituto que era, sin dudas, la institución más representativa de los revisionistas argentinos. Mantuvo el cargo incluso después del golpe de 1955, a título honorífico. Vale aclarar que, por aquellos años, el revisionismo distaba mucho de ser la corriente historiográfica oficial del peronismo.

La influencia del revisionismo histórico hizo que Cooke analizara al peronismo en clave antiimperialista e yrigoyenista (y también a la inversa: el yrigoyenismo en clave peronista), como se refleja en muchos de sus textos, por ejemplo, en "Algunas bases para el programa del Movimiento peronista" (Obras completas, Tomo III) o en Apuntes para la militancia (Obras completas, Tomo V).

Estos textos muestran una estrecha relación entre revisionismo histórico y relato político. En ese tiempo, era muy común en la cultura política argentina (de izquierda a derecha) que un documento político, incluso un programa, estuviera precedido por un análisis histórico. Además, para Cooke, una política revolucionaria conjugaba dialécticamente pasado, presente y futuro. O sea: la política revolucionaria, el presente de luchas populares, pero también de contradicciones, era el punto de partida insoslayable y el eje articulador de las

distintas dimensiones temporales.

1955 fue un punto de inflexión, también, para el revisionismo. Al respecto, Tulio Halperín Donghi sostenía:

El gobierno surgido de la revolución que en nombre de todas las tradiciones argentinas [...] había derrocado al peronismo se definía finalmente como continuador de la de Mayo y Caseros; la expresión misma de la "segunda tiranía" empleada por entonces para la etapa que la revolución acababa de cerrar, mostraba que la identificación entre el peronismo y la tradición rosista, sino era clara aun para los adictos al movimiento vencido en 1955, parecía evidente para sus vencedores [...]. Así el esfuerzo de revisión histórica gana por primera vez el apoyo no retaceado de un vasto movimiento político.[211]

Arturo Jauretche dirigió una mirada en muchos sentidos similar a la de Halperín con relación al año 1955 y a sus efectos sobre el revisionismo: "El factor decisivo del triunfo de la revisión histórica ha sido la realidad nueva del país [...] esa realidad es la que ha permitido encarnarse en la conciencia pública y hacerse ya opinión del país sin necesidad de universidad, escuela, prensa y contra ella".[212]

El peronismo proscripto, la resistencia popular a la Revolución Libertadora (Fusiladora), el Almirante Isaac Rojas identificando al depuesto régimen peronista como la "Segunda Tiranía", produjeron una coyuntura política que reforzó la asociación del derrocado de 1955 con el derrotado de 1852. Así se originaba una apropiación popular y una reelaboración antioligárquica de un tema típicamente liberal o "gorila".

Cabe mencionar que la asociación de la figura de Perón con la de Rosas era anterior a 1955. Ya en 1943 (Perón era Secretario de Guerra y aún no había

asumido al frente a la Secretaría de Trabajo Previsión) un humorista gráfico del periódico socialista La Vanguardia, Antonio Guinzó, alias Tristán, proponía en sus dibujos esta asociación que volvió a aparecer con renovada fuerza en un ciclo de conferencias dictado por el dirigente del PSA, Américo Ghioldi, en la Casa del Pueblo y en el Teatro Marconi, en noviembre y diciembre de 1945. En febrero de 1946, días antes de las elecciones que le dieron el triunfo a Perón, estas conferencias fueron publicadas bajo el título Alpargatas y Libros en la historia argentina. Ghioldi sostenía que para conocer y comprender a Perón era necesario hacer lo propio con Rosas. Alpargatas y libros… reinstalaba con nuevas connotaciones la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie. Al igual que su "ilustre" antecesora, la fórmula alpargatas y (o) libros remitía a dos campos irreconciliables. En efecto, la pareja barbarie/alpargatas entroncaba con la línea Rosas/Perón y se oponía a la pareja civilización/libros que entroncaba a su vez la línea de Mayo/Caseros/Septiembre.

Entonces, se daba una situación en la que el revisionismo, o lo que es mejor, un sector de él (incluido Cooke) que había apoyado al peronismo desde 1945, aparecía en la situación posterior a 1955 potenciado por el apoyo y la adhesión (antes inexistente o por lo menos no manifiesta) que le otorgaba un movimiento político de masas.

El revisionismo, ahora despojado de sus elementos más reaccionarios y tradicionalistas (aunque no de todos), se aggiornó al posibilitar la incorporación de nuevos adeptos que, provenientes de tradiciones políticas de izquierda (tengamos presente el cuestionamiento y el abandono de la matriz liberal por parte de algunos sectores de la izquierda argentina después de 1955), simpatizaron con esta tradición, por obra y gracia de un nuevo contexto socio-político. Para ellos, acercarse al peronismo era también alejarse del "mitrismo".

Pero esta situación política también alteraba la conciencia de los revisionistas "viejos". El aggiornamiento del peronismo aparecía como resultado de un doble proceso condicionado por una misma coyuntura política, se produjeron cambios internos favorecidos por aportes externos. En ese sentido, Halperín afirmaba:

Ellos representaban en el revisionismo posterior a 1955 uno de los efectos de la paulatina reorientación del movimiento peronista, puesto que provienen del reducido grupo que desde posiciones de izquierda han simpatizado con él [...]. Otros llegaban a la historia con un bagaje esencialmente periodístico; unos y otros tenían en común un elemento cultural que había faltado por entero a sus antecesores: el enfoque marxista.[213]

El revisionismo, en muchos aspectos, constituyó un relato épico e idealista de la historia nacional; varias de sus propuestas pueden resultar atractivas desde el punto de vista literario, pero no dejan de ser arbitrarias, a veces excesivamente arbitrarias. Por cierto, vale aclarar que la siempre necesaria tarea de desmitificación no debería confundirse con la operación racionalista que tiende a la negación sistemática de la carga simbólica de los significantes históricos. Además, la historiografía que se asume como "profesional" o "científica" no es menos mitológica, con el agravante de que cree en un solo mito excluyente, el mito de la modernidad que tiene a la ciencia como uno de sus baluartes fundamentales. Y ocurre que la modernidad no es toda la realidad.

La lectura del pasado de Cooke no se apartaba de las coordenadas del revisionismo en su versión populista estandarizada: esquemas binarios, predilección por las tramas estatales, celebración de los vínculos verticales, elogio de los grandes hombres (rara vez de las "grandes mujeres"), búsqueda retrospectiva del burgués progresista, entre otras. Prácticamente no incorporó nociones del marxismo a sus análisis históricos, lo que nos plantea un contraste con sus escritos políticos, conceptualmente más densos, complejos y dialécticos.

Ahora bien, consideramos que este contraste, o mejor: esta especie de "asincronía historiográfica y política" (en rigor de verdad otro desfasaje, otra falta de correspondencia, esta vez entre dos planos de su conciencia) está conectada con un plano estrictamente secundario que pasa por alto lo fundamental. Para comprender la lectura del pasado de Cooke, y para no descalificar livianamente al revisionismo apelando a argumentos estrictamente

historiográficos e ideológicos, se torna necesario contextualizarlo. Según Pablo Pozzi y Ernesto Salas:

A pesar de las contradicciones, el revisionismo propuso, sin embargo, temáticas novedosas a la historia nacional. Surgido con la crisis del sistema liberal, su importancia aumentó con su masificación. Esta fue resultado de la necesidad que tenía la burguesía industrial y la clase obrera de un pasado diferente en la etapa de formación del movimiento nacional y popular. Esa aceptación y esa apropiación, no se hizo explícita hasta después de la caída del gobierno de Juan Domingo Perón en 1955 y la constitución posterior del movimiento peronista frente a las políticas restauradoras. A partir de ese momento, la clase obrera y el pueblo apropiarían para sí la reelaboración antioligárquica y antiimperialista del revisionismo modificándolo a su vez, y lo utilizarían para cohesionarse y enfrentar una hegemonía constituida a partir de la percepción basada en el liberalismo.[214]

El revisionismo histórico logró difusión masiva en sectores de las clases medias y en estratos obreros y populares. La corriente resaltó el conflicto en la historia, poniendo el énfasis en lo nacional o a nivel de clase (aunque diluido por lo general en la oposición pueblo-oligarquía) según las distintas versiones, tornándolo funcional a las luchas que libró el campo popular en las décadas del 60 y el 70. Nuevamente según Pozzi y Salas:

En el período 1955-1976, el revisionismo constituyó la forma de entender el pasado de una parte importante del pueblo argentino. Esto se debió a que constituyó una herramienta lo suficientemente válida para disputar la hegemonía cultural e ideológica en un período histórico también determinado: el de mayor clarificación de los enfrentamientos sociales de la etapa posperonista.[215]

Creemos que centrarse en un objeto historiográfico descarnado, señalando sus falencias metodológicas y teóricas e identificando sus mistificaciones, puede aportar muy poco al conocimiento de sus efectos políticos y culturales. En

síntesis, la connotación es fundamental para comprender el papel de las lecturas del pasado en los procesos políticos y sociales.

La lucha de clases es también una lucha por el sentido. Las relaciones sociales antagónicas de fuerza son también relaciones sociales antagónicas de sentidos respecto de las condiciones materiales de vida. Siguiendo este criterio, podemos sostener que la lectura del pasado propuesta por el revisionismo consolidó en las décadas del 60 y el 70 la posición de la clase trabajadora y al pueblo, que sus representaciones del pasado "sirvieron" a la clase trabajadora y al pueblo en su lucha de por el control de las condiciones simbólicas y materiales frente a las clases dominantes.

Además, debemos tener en cuenta que Cooke (el Cooke maduro) señalaba los límites de las luchas nacionales y, al mismo tiempo, rescataba su importancia en el contexto de las revoluciones socialistas. También revalorizaba críticamente retazos de la tradición burguesa (nacionalista, democrática, progresista) a la que veía como herencia necesaria que debía asumir la clase trabajadora. Se reiteraba así, en el plano historiográfico, una secuencia típica del cookismo: asumir no para "fijar", sino para trascender e integrar como "momento". Para él se tornaba necesario el conocimiento de la historia argentina —en especial la historia del pueblo argentino, la historia de los de abajo— en función de la revalorización crítica de la tradición nacional revolucionaria. La experiencia cubana reforzó, sin dudas, esta concepción.

Por otra parte, en algunos textos su visión se apartaba del revisionismo tradicional y asumía connotaciones más plebeyas. Por ejemplo, en el discurso que pronunció en Cuba el 25 de mayo de 1962, conocido con el título "La conciencia nacional es también conciencia histórica", establecía vínculos entre la guerra de la independencia y la guerra revolucionaria. Exaltaba la gesta de los esclavos que se rebelaron en Haití, de las masas que acompañaron a Túpac Amaru y a Micaela Bastidas, y reivindicaba una tendencia democrática-nacional de Mariano Moreno, Bolívar, San Martín Hidalgo, Morelos y Monteagudo. Decía allí: "La conciencia latinoamericana es conciencia nacional y,

simultáneamente, sin escisión posible, conciencia de clase” (Obras completas, Tomo III, p .115). Pero la línea de este relato fue más bien excepcional porque no es la que predominaba en la mayoría de sus textos históricos e historiográficos.

Desde este, nuestro tiempo, ¿qué más decir respecto de la experiencia del revisionismo historiográfico?

Sencillamente, estimamos que debemos trabajar para construir una herramienta político-cultural del mismo signo; es decir, que sirva para disputar la hegemonía, que no invoque las “reglas del oficio” y de la “alta episteme” contra la politización y la “baja doxa”, que no idealice la condición neutral y abone las escrituras consensualistas con sus consabidos territorios indefinidos, desprovistos de pasiones fuertes y plagados de letanías sobre los matices y los grises. En síntesis, una herramienta que sirva para pensar políticamente la historia, para volver a deducir “deberes” de la historia. Debemos intentar escribir una historia “dentro de la historia”.

Asimismo, no debemos precipitarnos en la asincronía motivacional y afectiva. Reivindicar al revisionismo historiográfico —en sus formulaciones y relatos de hace 50 o 40 años— como una lectura del pasado funcional a un proyecto popular actual constituye un gesto nostálgico, folklórico, conformista, pusilánime y, claro está, reaccionario. Remite tanto a una materialidad del pasado como a la composición de una novela bienpensante, a un relato repleto de lugares comunes que han perdido toda significación expresiva; un relato políticamente correcto que carece de posibilidades de trascender la materialidad actual. Asimismo, alude a una actitud típicamente melancólica en el sentido de que coloca la libido sobre un objeto que no está o está muerto. No se puede pasar por alto el ambiente de sentido y/o los “segundos sentidos” que rodeaban y rodean a las palabras.

Es tan antihistórica la incomprensión del rol contrahegemónico del revisionismo

en el contexto de las décadas 60 y 70 como el intento de rehabilitarlo en la actualidad como una lectura del pasado afín a un proyecto emancipador.

Para cerrar este capítulo, no podemos dejar de señalar que la "vieja historia" es indefectiblemente vieja y la "nueva historia" es insoportablemente trivial. Amén del sustrato ontológico compartido por ambas. Las intuiciones de la vieja historia ya no alcanzan para dinamizar a la sociedad como fuente de opresión (historiografía liberal o historiografía revisionista de derecha) o como fuente de resistencia y de lucha (historiografía marxista o historiografía revisionista, en particular sus formatos más radicales) mientras que, por su parte, la nueva historia desprecia toda intuición.

En la actualidad, prácticamente todas las corrientes historiográficas poseen horizontes de sentido que no exceden la mera facticidad. Tienden puentes al pasado desde el presente (un presente al que suelen devaluar) porque este les ofrece una estructura cómoda y segura para hacer el trayecto, una y otra vez, de una orilla a otra. Nos parece una opción mucho más interesante la que propone arrojarse al río e intentar cruzarlo nadando, asumiendo el riesgo de que la correntada nos arrastre. De algún modo, esa fue la opción de Cooke.

Hoy, buena parte de quienes se dedican a estudiar la historia gastan su tiempo en representar una complejidad que es irrepresentable. Muchos lo saben, pero no dicen nada por miedo a la deslegitimación epistemológica. Luego, se escudan en las "aproximaciones", que es una forma de capturar un fragmento del proceso para matarle el deseo y la dinámica y proceder luego a su vivisección en el laboratorio.

Hoy, la mayoría de los historiadores prefieren cambiar el pasado en lugar de cambiar el mundo. Neoliberales, neorevisionistas, muchos marxistas y "profesionales", no quieren hacer la historia, ni quieren apropiarse de ella. Los que todavía insisten en cambiar el mundo, en su gran mayoría, abogan por el pensamiento puro o por alguna forma de fatalismo libertador y huyen

despavoridos del mito o de las racionalidades "no modernas" (contramodernas o transmodernas). Se tornan vanguardistas tristes, deshumanizados, convencidos de que los sujetos de ese cambio solo pueden ingresar al paraíso a las patadas. Esa es la única forma que encuentran para hacer la historia, con sus instrumentos supuestamente diseñados para abreviarla. La mayoría de las veces solo logran apropiarse de la propia aberración. La historia, en este tiempo, es una de las disciplinas más colonizadas que conocemos. Y no se trata de una cuestión de contenidos.

Más allá de las crisis de las filosofías generales que hay en ella, hoy casi nadie ansía una nueva y se la repudia y se le teme por anticipado. Los historiadores huyen de la posibilidad de una filosofía general de la historia como de la peste misma. Le tienen pánico al "deber ser". Entonces, ella se aleja cada vez más de los instrumentos críticos viejos y nuevos, de las utopías portadoras de alteridad.

En nuestros días, la historia tiende a ser una disciplina insoportablemente empírica, conservadora y formal que solo aspira a describir fenoménicamente la realidad. La minuciosidad se confunde con el rigor científico y el rigor científico se confunde con una pedante (y absurda) tarea de desmitificación. La historia como "instancia crítica desmitificadora" de la que hablaba René Rémond. Suponiendo que tal objetivo se logre y que finalmente se erradiquen todos los mitos, ese sería precisamente el fin de la cultura (de todas las culturas), sería el fin de la historia a manos de una dinámica acultural impuesta por una máquina de indiferenciar y estandarizar las identidades. En este sentido, el fervor desmitificador de los historiadores "profesionales" puede ser un camino apto para disolver personalidades históricas y culturales. Mientras tanto, los historiadores neorevisionistas insisten con unos mitos desfasados (que además dejan intactos algunos fundamentos metafísicos de la modernidad) y con un lenguaje que ha perdido su vieja energía.

De este modo, contribuyen a la consumación del gran proyecto del capitalismo. Aportan a una ideología que no se interesa por el porqué de los objetos (fetichismos varios); una ideología de lo efímero basada en olvido de la historia.

Contradictoriamente, buena parte de la producción historiográfica contemporánea está basada en el olvido de la historia. Es una historia para consumir, masivamente o en pequeños cenáculos. Es una historia que interpela a consumidores. No es una historia para generar alguna solidaridad relevante, nacional y de clase. Ese fue precisamente uno de los méritos innegables del revisionismo histórico en las décadas del 60 y el 70. Sin dudas, el costado que Cooke más valoraba. Y nosotros también.

Cuando algún historiador, o mejor un colectivo o una generación de historiadores, asuma el proyecto de producir las categorías y los conceptos para escribir una historia compatible con un pensamiento transmoderno, transontológico y posmetafísico; una historia que sirva para achicar la brecha entre una filosofía local libertaria y los mitos identitarios del pueblo, puede que nosotros asumamos orgullosos la condición de historiadores. Por ahora, nos declaramos ensayistas o, simplemente, escritores; mientras buscamos los vestigios en la oscuridad, empecinados en elegir nuestros antecedentes y en determinar de quienes somos o queremos ser continuidad.

---

204 Navarro Gerassi, Marysa, Los nacionalistas, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968, p. 17.

205 Jauretche, Arturo, Política nacional y revisionismo histórico, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1982, p. 146.

206 Véase: Hernández Arregui, Juan José, La formación de la conciencia nacional, Op. cit. Específicamente el Capítulo III: “El nacionalismo de derecha en la Argentina”, pp. 165-281.

207 Navarro Gerassi, Marysa, Op. cit., p. 92. Los primeros años remiten a la

década del 20. La Nueva República fue una revista de fines de la década del 20 que convocó a intelectuales nacionalistas que apoyaron el golpe de septiembre de 1930.

208 Galasso, Norberto, Op. cit., p. 12.

209 "El Dr. John W. Cooke demostró que Echeverría pudo ser recordado como una buena persona". En: Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas, Año IV, N.º 9, Buenos Aires, 18 de septiembre de 1951, p. 4.

210 Ibidem, p. 4.

211 Halperín Donghi, Tulio, El revisionismo histórico argentino, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, pp. 6 y 7.

212 Jauretche, Arturo, Op. cit., p. 10.

213 Halperín Donghi, Tulio, El revisionismo histórico argentino, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, pp. 46 y 47.

214 Pozzi, Pablo y Salas, Ernesto, "La historia argentina, el revisionismo y la búsqueda de la hegemonía cultural", Cuadernos del Centro de Estudios Universitarios José Carlos Mariátegui, N.º 1, Buenos Aires, octubre de 1992, p. 5.

215 Ibidem, p. 5.

Perón: realidad y mito

¡Di tu palabra y rómpete! Y yo respondí:

¡Ay! ¿Esta es mi palabra? ¿Quién soy yo? Espero a uno más digno que yo; no soy digno ni aun de romperme contra él.

Friedrich Nietzsche

Cooke alentaba la acción consciente de las masas. Ahora bien, como vimos, él sabía que la misma, en el peronismo, exigía un proceso de autoconocimiento, fundamentalmente de su poder colectivo. Y también una autodeterminación de los fines, o por lo menos, un conocimiento cabal de ellos para discernir si estaban en el horizonte de su deseo. La clase trabajadora debía dejar de ser solo “la columna vertebral” y pasar a ser también el “cerebro”. En ese intersticio reinaba la burocracia, con sus métodos para alejarla de su poder colectivo.

Cooke no siempre le atribuía este tipo de funciones a Perón, al menos no en forma directa. De hecho, jamás lo escribió sobre el papel, sino sobre el agua, como reza el epitafio de John Keats. Sin embargo, como veremos, existen varios testimonios de que muchas veces lo expresó oralmente y apelando al exabrupto. Por lo pronto, recordemos aquello que Cooke sí escribió sobre el papel en 1954 en torno al suicidio del presidente del Brasil: “Vargas muerto puede hacer la revolución que no hizo en vida”.

Por lo general, el Bebe sostenía que el problema no era estratégico, sino de ejecución. “Estrategia correcta y tácticas ridículas”, “la táctica se devora a la estrategia”, le dijo a Perón desde París, el 30 de septiembre de 1962 (Obras completas, Tomo II, pp. 540, 541). Tendía a recargar las tintas en las estructuras intermedias, en las mediaciones. Por ejemplo, en la carta a Hernández Arregui del 28 de septiembre de 1961, sostenía que Perón era “el más revolucionario de

los dirigentes peronistas” (Obras completas, Tomo III, p. 92).

Por momentos era optimista y confiaba en que el Perón real “esté a la altura”, que saliera de las formulaciones generales y asumiera posiciones concretas políticamente radicalizadas. Lo rescataba del desfasaje y la falta de correspondencia, asociándolo a la masa revolucionaria: el jefe revolucionario y las masas revolucionarias no se corresponden a las direcciones conservadoras, reformistas, negociadoras. Incluso, recurría al término “maldición” para caracterizar esta situación. Se trataba de la otra dimensión maldita del peronismo, ya no de cara al país burgués, sino de cara al país trabajador. Exageraba, calificaba a Perón de premarxista, ubicándolo de esta manera en una especie de estadio previo y contiguo al marxismo.

Rozaba el simplismo: proponía resolver el problema del peronismo a partir de una sustitución de direcciones: los burócratas reemplazados por los revolucionarios; una solución típica de algunas expresiones del trotskismo, de antes y de ahora. En algunos trazos Cooke, en su afán de acercamiento al líder, incluso parecía compartir la misma lógica instrumental de Perón o al menos le adjudicaba los rudimentos de una ética revolucionaria. Le exigía definiciones ideológicas y la creación de estructuras políticas aptas para la disputa del poder, para que las bases peronistas y el movimiento popular en su conjunto pudieran asumir las tareas de la hora y para desterrar del peronismo a las direcciones conservadoras.

Era muy común en Perón la apelación a la figura del Papa como modelo de conducción política. Posiblemente, se trate de uno de los modelos más reñidos con la ética porque consiste en “actuar como Providencia”, ubicarse en el lugar del padre eterno que bendice a diestra y siniestra, urbi et orbe; en colocarse por encima de las rencillas sustanciales y, en todo caso, intervenir en las menores; en no embanderarse en ninguna tendencia en pugna y llevar a los buenos y a los malos hacia el objetivo final.[216] Estrategia es la conducción del conjunto, por lo que mientras que el que decida sea el conductor estratégico, puede haber varios “comandos tácticos” que actúen por separado y sean autónomos unos respecto

de los otros. Pero, ¿es posible seguir la sugerencia de Pericles y obrar de modo que todo resulte “en su medida y armoniosamente” cuando estas tendencias en pugna son la expresión de intereses de clase, antagónicos e irreconciliables? Cooke estaba en las antípodas de este modelo papal. Para él, la política no estaba separada de la ética y la filosofía. Para Perón, la política era un modelo formal.

Después de la muerte de Cooke, algunos sectores de la izquierda peronista creyeron que las iniciativas tácticas (las propias en especial) podían influir en las decisiones estratégicas del líder, que podían llegar a torcer su voluntad. Se trataba de una evidente ilusión y el desengaño llegó en junio de 1973, en Ezeiza, con masacre incluida (aunque algunas personas se percataron un poco más tarde). ¿Pero acaso no se dejó llevar Perón también por una ilusión cuando creyó que sus poderes de líder unificador eran más fuertes que la realidad de la lucha de clases en la Argentina a comienzos de la década del 70? Una lucha de clases que atravesaba al propio peronismo.

El gran problema era, sin dudas, la conducción “externa” de Perón y su estrategia tendiente a diluir los antagonismos sociales sustantivos. Una conducción externa respecto de un proceso revolucionario, radical, anticapitalista. La fórmula cookista, asumida por las corrientes denominadas “alternativistas” (sobre todo las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base), podría enunciarse de la siguiente manera: “interioridad” respecto del peronismo, “externalidad” respecto de (la conducción de) Perón.

En sus momentos de mayor escepticismo, y de realismo y lucidez, Cooke reconocía que todo lo que él mismo supo cuestionar, el “mito” Perón, el “nombre mágico”, el Perón “conjuro emotivo y simple valor sentimental”[217]; en fin, todo lo que, supuestamente, podía servir para debilitar a Perón, al real, en los hechos terminaba siendo más útil de cara a una política revolucionaria. Porque más allá de las recónditas esperanzas de Cooke, Perón solo le podía servir a una política revolucionaria como mito. Como mito era más funcional a la consolidación de un poder colectivo y a la congregación de los gestos de resistencia al régimen y al sistema. Como mito le aportaba al universo plebeyo familiaridad y

transparencia; podía tolerar el desarrollo de una racionalidad popular desde las bases; y podía ser signo auspicioso de una energía revolucionaria o, por lo menos, de un entorno no hostil a un proceso revolucionario. No es casual que Cooke le recordara a Perón la posibilidad —y la proximidad— de la muerte, tal vez como recurso impaciente para despabilarlo y acelerar un proceso de definiciones y de creación de estructuras políticas con el fin de evitar que, cuando ya no estuviera en esa coyuntura planetaria, el peronismo se terminara deshilachando.

En carta del 3 de marzo de 1962, le expresaba: “Lo que hace falta es una definición dónde Ud. le diga a todo el movimiento, sintéticamente, que somos revolucionarios en el exacto significado: liberación nacional y revolución social (entendida como la única revolución social posible en esta hora: la que termine con el régimen capitalista)”. También, le preguntaba al General: “Cuándo Perón no esté, ¿qué significará ser peronista? Cada uno dará una respuesta propia, y esas respuestas no nos unirán sino que nos separarán” (Obras completas, Tomo II, p. 508).

En la misma misiva, Cooke no pudo evitar el reproche abierto y formuló su más célebre pedido a Perón:

Si eligió ciegos, sus razones habrá tenido, que no puedo adivinar; pero, por favor, deles un bastón blanco a cada uno para que no se los lleve por delante el tráfico de la historia, porque seremos todos los que quedaremos con los huesos rotos. Defina al movimiento como lo que es, como lo único que puede; un movimiento de Liberación nacional, de extrema izquierda en cuanto se propone sustituir el régimen capitalista por formas sociales de acuerdo a las características propias de nuestro país (Obras completas, Tomo II, p. 514).

Cooke detectó tempranamente la feroz guerra de significados, las estrategias incompatibles que subyacían a la fina capa de los lenguajes inciertos del peronismo. Esa fina capa de lenguaje incierto —corteza de signos abigarrados—

podía conjurar la lucha de clases (incluyendo sus manifestaciones al interior del peronismo), pero negaba de plano al peronismo como movimiento transformador. No daba certezas respecto de quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos. Además, la capa de lenguaje era tan fina que podía romperse en cualquier momento; era una superficie tan frágil como el papel de arroz. Por eso Cooke le exigía a Perón una palabra ideológica, política y geopolíticamente clara: "¡Dígalo Ud.!", (y le ofrenda las palabras a las que Perón jamás se aferrará, palabras que el General ora desechará, ora manipulará). Le pedía que actualizara y completara las bases doctrinarias. Pero la fuerza de Perón emanaba precisamente de su capacidad de deslizarse por esa fina capa de lenguaje incierto. Esa capa que, combinada hábilmente con los silencios, le permitió manejar con excepcional flexibilidad los alineamientos políticos, en el gobierno o en el exilio, y desarrollar una tecnología política de alta escuela. Hasta que se tornó insostenible.

Cooke rechazaba esos lenguajes malditos que otorgaban y despojaban (alguna potencia) a la vez. Pretendía que el lenguaje peronista se aclarara y quería que Perón otorgara sin despojar… Algo absolutamente imposible.

En ocasiones, el Bebe corría o destruía esa fina capa de lenguaje; recurría a operaciones de desenmascaramiento. Por ejemplo, cuando criticaba la traslación del planteo de la Tercera Posición del campo de la geopolítica al campo ideológico y social, y que se expresaba en consignas como: ni capitalismo ni socialismo (¿y entonces qué?), o ni yanquis ni marxistas: peronistas; todas sostenidas por los sectores más reaccionarios y fascistoides del peronismo. La estrategia discursiva de Cooke era exactamente la contraria a la de Perón: sus palabras son dardos que van directo al blanco y brotan de un manantial de convicciones, las del General son elípticas y retozan en regiones más descreídas. Él lo sabe y también sabe que a Perón le molesta.

En la carta del 11 de agosto de 1964 le decía: "Hacía tiempo que no le escribía (de lo que Ud. tal vez se alegrase)" (Obras completas, Tomo II, p. 581). Se dedicó, entonces, a aclarar el sentido de las palabras más recias, buscaba la

precisión en la definición. Y, de algún modo, lo invitaba a Perón a que hiciera lo mismo; convite que el General eludía con estudiada finura de baqueano erudito. Cuando Cooke hablaba, decía de qué hablaba. Por ejemplo, cuando hablaba de izquierda, hablaba de anticapitalismo y no de la "izquierda" de las encíclicas papales; cuando hablaba de socialismo, hablaba de redistribución primaria del ingreso, de socialización de los medios de producción, de emancipación del trabajador, de superación de la división del trabajo capitalista, del fin de la alienación y no precisamente de redistribución secundaria del ingreso, de controlar el capitalismo "exacerbado" o de burgueses piadosos; cuando hablaba de antiimperialismo hablaba de lucha frontal contra los Estados Unidos, y de apoyo a las luchas anticoloniales del tercer mundo. Insistía en la necesidad de la equivalencia entre peronismo y revolución, para que esos términos significaran algo.

Asimismo, se entusiasmaba con cada cambio en el lenguaje del peronismo (en las bases); veía signos auspiciosos. Ahora bien, para Perón el peronismo era uno de los tantos "sistemas periféricos" posibles para poder cabalgar sobre un proceso evolutivo inmanejable. Por otro lado, ¿de qué hablaba Perón cuando se refería a los "infiltrados", a la necesaria "depuración", a la "unidad del movimiento"?

Resulta lógico que, en sus últimos años, a Cooke le costara ver al Jefe (en rigor de verdad, al ex jefe) como entidad ajena a las direcciones conservadoras y oportunistas, ajena a los partidarios de las "conciliaciones". El Bebe podrá corroborar, con desazón, que Perón prefería la "simulación" de los sectores moderados y de la burocracia al sentimentalismo del pueblo y el "elemento revolucionario". Por eso, mientras se realizaba la Conferencia de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, en enero de 1966, le escribió resignado desde Cuba: "Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética" (Obras completas, Tomo II, pp. 622 y 623).

León Rozitchner llegó a Cuba en el año 1962 para dar clases de filosofía en la Universidad de La Habana. En el mismo período en que dictaba sus clases y escribía en simultáneo Moral Burguesa y Revolución, conoció a Cooke. Según le contó a Néstor Kohan en una entrevista de 1998: “Nos hicimos muy pero muy amigos”. Entre otras cosas Rozitchner recordaba:

Él era muy crítico de Perón. Me mostró las cartas, tenía copia de todo. Lo único que no podía hacer, para seguir siendo peronista, era revelar la verdad y decir públicamente que Perón era un cabrón [...]. Yo le planteé mis críticas en Cuba y él me reconocía que Perón era un hijo de puta pero que había que pincharlo al viejo para ver si se podía inscribirlo en un campo determinado, diferente, de izquierda y no de derecha. Y no fue viable porque Perón era de derecha. El punto ciego, no solo de Cooke sino de toda la izquierda peronista, era que lo que decía no podía escribirlo y publicarlo.[218]

Similar es el testimonio de José Vazeilles, un veterano militante del MLN (MALENA) que participó en la Conferencia de la Tricontinental y de la OLAS, que compartió espacios de militancia con ARP, con Cooke, Alicia y Sinigaglia. Sostenía Vazeilles que estos últimos estaban convencidos de que Perón “jamás” modificaría su “juego mezquino”. Y comentaba que sus compañeros de ARP describían la situación apelando a la siguiente “metáfora teatral”: “En el primer acto Perón nos caga a nosotros, en el segundo, los militantes se cagan en él y en el tercero, los que resultan bien, pero bien cagados son, como siempre, los trabajadores y el pueblo”.[219]

Cabe la pregunta: ¿a un líder político de las características de Perón, podía interesarle el destino de la fuerza política que condujo en vida, después de su muerte? Los luchadores populares, los militantes revolucionarios, alguien que pretende contribuir desde su situación particular a la construcción de un proyecto universal de dimensiones utópicas, por lo general, se sabe parte modesta de un proyecto que lo antecede y que lo trasciende. A lo largo de su militancia desarrolla un sentido de responsabilidad por el futuro, por las generaciones venideras. Sabe bien que Ítaca no es la meta sino el camino. Que la libertad es

acción, no estado. Sabe también que solo se regresa a Ítaca para volver a partir. Claro está, nada de esto necesariamente va en contra de los liderazgos fuertes y carismáticos, de las personalidades políticas avasallantes. Pero el jefe revolucionario, aún siendo una figura resplandeciente, nunca lo es todo. Y siempre es un "servidor" o una "servidora". En ese sentido, Cooke decía en una carta a Perón de octubre/noviembre de 1964: "Somos aspirantes a servir y no a posiciones" (Obras completas, Tomo II, p. 607).

¿Era ese el caso de Perón? En términos hegelianos, Perón tenía la formación del amo. Entonces, ¿no estaba Cooke asignándole un horizonte de trascendencia del que el viejo General carecía? En su carta a Alicia del 21 de agosto de 1968, la misma que se suele designar como su "testamento", escribía, por ejemplo: "Yo viviré, como recuerdo, durante el tiempo que me tengan en su memoria las personas que de veras me han querido; y en la medida en que he dedicado mi vida a los ideales revolucionarios de la libertad humana, me perpetuaré en la obra de los continúen esa militancia" (Obras completas, Tomo III, p. 264). Nos resulta inevitable establecer un vínculo con Leandro N. Alem y con sus palabras redactadas a modo de testamento en 1896: "Adelante los que sigan", "que se rompa pero que no se doble". Perón conservó el estilo hasta último momento. Su testamento político se resumió en la fórmula "mi único heredo es el pueblo".

El Perón real frenaba la política revolucionaria, desarmaba a la clase trabajadora, aunque la talla de su liderazgo, su desbordante presencia y sus astucias podían confundir. El Perón real terminó siendo la masacre de Ezeiza, el 20 de junio de 1973. Terminó siendo maldito para el pueblo. A partir de allí algunas palabras del General comenzaron a adquirir un sentido más transparente. Otras palabras, cuyos sentidos eran unívocos, comenzaron a predominar en su relato, además de las ya citadas: "infiltrados", "necesaria depuración", otras aún más explícitas tales como "proscribir sin piedad", "delincuencia anarco-trotskista" o "delincuencia anarco-marxista", "extremistas", "problema policial" (en relación con las organizaciones armadas)… El Perón real se salió bruscamente de las formulaciones generales y rumbeó para el peor flanco: occidental, cristiano, anticomunista y "decididamente antimarxista". Por cierto, Cooke intuía desenlaces de esas características, finales ingloriosos, desastres inapelables, peronistas que no se saludan como caballeros sino que se degüellan como

enemigos irreconciliables[220], etcétera. Pero él no estaría allí para ver cómo el Perón real se engullía al Perón mítico de un solo bocado.

El concepto de “vanguardia estratégica” (que desarrolló Rozitchner) sirve para marcar las diferencias de fondo entre Cooke y Perón: cada uno le asignaba un sentido diferente. Rozitchner decía que para los revolucionarios marxistas (para Cooke), la vanguardia estratégica era “el grupo más consciente, orgánico, decidido, que se pone a la cabeza en las luchas de la clase obrera”. Mientras que, desde la óptica de Perón, la vanguardia estratégica (la izquierda peronista) cumplía una función distinta: “simple medio de una astucia de guerra”, un “dispositivo”, en fin: “fuerza sacrificable”.[221]

Cuando Perón regresó a la Argentina en noviembre de 1972, después de su largo exilio, recordó a Cooke. Sobre eso, cuenta Miguel Bonasso:

El 25 de noviembre, Perón realizó su primera y única conferencia de prensa en el país, que limitó deliberadamente a los corresponsales extranjeros. Ante una pregunta concreta, hizo una defensa de su primer delegado John William Cooke, a pesar de que “se le atribuían ideas de izquierda”. “Para compensar las ideas ultraconservadoras de (Jeronimo) Remorino —agregó, con un guiño malicioso— que fue secretario de Julito Roca”.[222]

El General recordaba a Cooke como un “contrapeso”, como un mero instrumento de su estrategia política. Esa fue la forma innoble de “reivindicarlo” que ensayó Perón.

Cooke entendía la política como desborde y ruptura; Perón, como un juego de equilibrio y compensaciones. Para Cooke la política era la revolución permanente; para Perón, fiel admirador de Napoleón, era simplemente guerra virtual.

En 2004, el historiador Felipe Pigna entrevistó al empresario peronista Jorge Antonio, el ex compañero de cárcel y de fuga de Cooke. Le hizo la siguiente la pregunta: "¿Qué relación tenía Perón con Cooke? ¿Le creía o lo usaba?". Antonio respondió: "Lo usaba. Le tenía mucha desconfianza. La ideología de Cooke perturbaba a Perón. Perón no era comunista ni parecido. Y Cooke, su tendencia era bien de izquierda. Perón usaba a los hombres de acuerdo a su estrategia. Él llevaba una estrategia de alta escuela".[223]

---

216 Véase: Fragmento de la carta del General Juan Domingo Perón al Doctor Mario Juan Errecalte, Madrid, 7 de febrero de 1966. Citada por: Pavón Pereyra, Enrique, Diario Secreto de Perón, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1986.

217 Véase, por ejemplo, Carta de John William Cooke a Juan Domingo Perón del 24 de julio de 1961. En: Obras completas, Tomo II, Op. Cit., pp. 474-497

218 Entrevista a León Rizitchner del 15-04-1998. En: Kohan, Néstor (compilación y estudio introductorio), La Rosa Blindada una pasión de los 60, Buenos Aires; La Rosa Blindada, 1999, p. 48, [Nota al pie].

219 Véase: Vazeilles, José Gabriel, Memorias de la militancia, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2006, p. 120.

220 En la carta a Perón de 3 de marzo de 1962, Cooke planteaba: "entre un partidario de las 'conciliaciones que propugnan los obispos y un revolucionario no hay otro campo de entendimiento: estamos en diferentes barricadas y como la lucha es muy aguda, no nos saludaremos como caballeros medievales, sino que nos degollaremos como corresponde a enemigos irreconciliables" [Obras

Completas, Tomo II, p. 508]

221 Rozitchner, León, Op. cit., p. 265.

222 Bonasso, Miguel, El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo, Buenos Aires, Plantea, 1997. Jerónimo Remorino fue ministro de Relaciones Exteriores durante los primeros gobiernos de Perón. En la década del 30, la "década infame", durante el primer gobierno de la coalición conservadora denominada "Concordancia" (1932-1938), fue colaborador del vicepresidente Julio Argentino Roca (hijo).

223 Pigna, Felipe: "Entrevista a Jorge Antonio", revista Noticias, enero de 2004. En: El Historiador. Entrevistas. Entrevista a Jorge Antonio. www.elhistoriador.com. ar/entrevistas/a/antoniuo.php. Chequeado el 3 de marzo de 2016. Cabe señalar que la ideología de Cooke seguramente "perturbaba" también a Jorge Antonio, un hombre de ideas conservadoras, que en su citado libro de memorias ¿…Y ahora qué?, intercalaba citas de José Antonio Primo de Rivera (fundador de la Falange Española) y de José María Escrivá Balaguer (fundador de Opus Dei) con parrafadas enteras que no ocultaban su profunda admiración por la Alemania nazi y por dictadores como Marcos Pérez Jiménez, Alfredo Stroessner o Leonidas Trujillo..

Notas para una biografía

de Alicia Eguren

"Una mujer; un ser sujeto como ella a programaciones ancestrales y que, sin embargo, vivía en un plano insólito de la realidad, inserta en la conspiración como un hábitat natural, lejos de todos los preconcebidos destinos de la feminidad".

Gioconda Belli

Alicia Graciana Eguren Viva, "la flaca", nunca logró pasar desapercibida. Ese fue su signo distintivo junto al inconformismo y la vocación de caminar por realidades grandes. Parecía más alta de lo que era en realidad (su metro sesenta y cinco era engañoso), poseía unos ojos castaños oscuros, grandes e indiscretos. Era inteligente y apasionada, atractiva y seductora. Alicia hacía todo con determinación. Caminaba con determinación, hablaba con determinación, sonreía con determinación y, sobre todas las cosas, amaba y militaba con determinación.

En la carta del 14 de noviembre de 1957, Cooke le comentaba a Perón que Alicia tenía una "tendencia natural hacia la ironía, y por eso es que, automáticamente, somete todos los valores a riguroso e implacable examen". (Obras completas, Tomo II, p. 323).

Como precursora —ella también— de lo que para muchos constituye el oxímoron del que hablamos al comienzo de este libro (la izquierda peronista o el peronismo revolucionario), como quasi pitonisa de una generación que se planteó el problema del poder en forma concreta y como mujer (en ese, su tiempo, un poco más patriarcal y misógino que este), se vio obligada a romper

con un conjunto de convenciones y a radicalizar el giro inquisitivo en diferentes planos. Alicia Eguren se entregó a la desobediencia en cuerpo entero. Nunca le perdonaron tanta trasgresión. Viene siendo negada desde la izquierda, tergiversada y acotada desde el neopopulismo y, a la vez, condenada por el moralismo de quienes no pueden abarcar su osadía y su independencia.

Desde 1955, fue la compañera inseparable de Cooke, incluso se casaron el 14 de noviembre de 1957, en Montevideo, Uruguay. Fueron inseparables desde uno de los costados más valiosos que puedan concebirse en una relación. Sus vidas pertenecían a una misma causa, justa y humana.

Por eso le decían, despectivamente, con mucho de macartismo y muy poco de sabia ironía, "la cookeskaia", en alusión a la compañera de V. I. Lenín, Nadiesha Krupskaia. Por cierto, cuando Alicia tuvo que buscar una figura de la Gran Revolución de Octubre análoga −sobre todo en las desdichas− a la de su compañero, la halló en Trotsky más que en Lenin. En todo caso, deberían haberla llamado "la Cookedova" por Natalia Sedova, la compañera de Trotsky. Para Alicia, Cooke era el Trotsky del peronismo. No hay que hacer un gran esfuerzo para imaginar quien representaba para ella —con o sin razón— el papel de Stalin.

Según la versión de Raúl Lagormarsino:

Cooke antes de Alicia, se casó con dos o tres mujeres. Una vez yo le había prestado mi casa de Mar del Plata para que fuera con una mina. A los pocos días me llama y me dice:

—Raúl, ¡me agarré un metejón con esta mina! Me voy a casar.

—Pero hombre —le digo— ¡si estás casado!

—No, yo no estoy casado. Hicimos no sé qué en Uruguay. ¿Por qué no vas y me la sacás de casa?

La otra casi me mata. Y yo con el discursito: “Mirá, es un hombre que no te conviene”.

Hasta que se casó con Alicia. ¡Bárbara! Alicia le arregló la vida, le ordenó la casa. El gordo tenía un solo traje. Y cuando lo mandaba a la tintorería se metía en la cama. ¡Y había que ver en que piso vivía, en la calle Santa Fe! No le importaba. Estaba lleno de manchas, manchaba todo con cenizas. Alicia le alfombró la casa, se la hizo pintar, con muy mal gusto —al principio—, pobre Alicia.[224]

El testimonio pone de relieve un papel “doméstico” (y domesticador) de Alicia, una capacidad de mejorar los aspectos de la vida cotidiana de John. que según diversos testimonios era absolutamente incapaz de resolver las cuestiones prácticas más elementales. Por ejemplo, en la citada entrevista de Sergio Nicanoff y Axel Castellano del año 2005, Amanda Peralta contaba que

El Gordo era una gran cabeza pensante que, como decía él, “los objetos lo agredían”. Abría una puerta y le pegaba en los dedos de la mano, escribía a máquina y se le rompía la máquina de escribir, que estaba siempre haciéndose arreglar, porque el Gordo la rompía. Era muy niño el gordo. En esa época, en algún momento, le mandan el pedido de captura y lo guardamos en el departamento de García Elorrio [...] El gordo estaba guardado, se suponía que en el más absoluto de los secretos, hasta que un día el mozo del boliche de abajo le dice a Juan (García Elorrio): “Así que el doctor Cooke está parando en su casa”. Iba a tomar el café con leche con medialunas al boliche de abajo. Después no le

dejábamos la llave, para que no hiciera eso, pero ponía el felpudo para trabar la puerta, dejar abierto y se escapaba a comprar chocolates. El Gordo era así.[225]

Alicia también intentará, sin éxito, que Cooke baje de peso, que deje de fumar. El de Alicia sería un dominio típicamente "femenino", según el lugar común machista. De todos modos, no se puede pasar por alto que Lagomarsino, antes de comentar como Alicia le ordenó la casa a Cooke dice que "le arregló la vida". Pero Alicia siempre supo que no le quedaba bien el traje de Penélope. Ella era Odiseo. O, como se la definió muchas veces: "la Pasionaria" argentina.

Alicia y John no respetaron los modos maritales de la época. ¿Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre? La analogía corresponde. Y nos complace. Por cierto, Alicia y John visitaban a Simone y Jean-Paul cuando estaban de paso por París. En un par de cartas Cooke define su relación con Alicia como "extraña", signada por los factores propios de un compromiso político revolucionario en las décadas del 50 y el 60. Mabel Bellucci señaló que Eguren-Cooke prefigura un modelo de pareja-activista, "propio del consenso de la década del setenta, momento en el cual se fue diluyendo la impronta machista del varón luchador y la mujer ajena al mundo público de su compañero".[226] En el documental: Alicia y John el peronismo olvidado, de Carlos Castro (Buenos Aires, 2009), Isidoro Gilbert, afirma que Alicia y John eran como un "matrimonio de bolcheviques de los años 20".

Sin dudas el modelo era disruptivo en las décadas del 50 y el 60. Pero en la década del 70 los catálogos de moral de la izquierda seguían siendo lapidarios en ciertos aspectos y, si bien Alicia se adelantó al tipo revolucionario femenino de la década del 70, su perfil aun con su carga ascética seguía siendo "sensual", por lo tanto, seguía siendo intolerable. No se trató solo de un modelo de "pareja activista" (que, por cierto, lo fue), Alicia era algo más que una mujer militante y debió asumir costos muy altos y vivir expuesta a la imputación de indecencia y libertinaje. Aún hoy carga con ese estigma.

María Seoane afirma que las diferencias en la pareja conformada por Alicia y John,

no fueron los ímpetus místicos de Alicia [...] frente a la razón laica, desprovista de íconos, de John. No fueron las certezas o los errores políticos, ni siquiera los atajos hacia el ideal revolucionario. Fue la manera de amar. John podía amar a Alicia y también a la política; de alguna manera esos amores competían y se complementaban. Ella solo amaría sin tregua a la revolución, a él en tanto era "esa revolución" soñada; a sus amantes pasajeros, luego, por la misma razón.[227]

Alicia contrastaba política, ideológica, cultural y estéticamente, con las mujeres militantes de la política burguesa del peronismo que no tenían ningún rasgo sobresaliente y que estaban condenadas a los segundos planos. Hacia 1958, la personalidad de Alicia, genera conflictos en el Partido Peronista Femenino. Cooke, el delegado Cooke, es acusado de querer destruirlo por intermedio de su compañera. Perón mismo toma cartas en el asunto y se lo hace saber. Perón le escribe el 26 de abril de 1958: "Las mujeres no trabajan como los hombres, sino que, en esto como en las demás cosas, utilizan los pequeños medios y se sirven del olvido universal". (Obras completas, Tomo II, 361). Alicia no estaba muy de acuerdo en quedar relegada —por ser mujer— a los espacios decisorios de segundo orden. Prefería otros medios, no tan pequeños, y no podía dejar de invocar lo universal. Ella ya se había hecho universal. Un par de meses después, el 18 de junio, el General vuelve a insistir: "Según las cartas que recibo, hay un poco de mar de fondo contra usted y Alicia" (Obras completas, Tomo II, 373). Cooke le responderá en carta del 1º de septiembre de 1958 aclarándole que Alicia se limitaba a "labores de preparación de Agitprop" (agitación y propaganda), que no estaba participando en la organización de la Rama Femenina, y que los cuestionamientos hacia ella (y por elevación, hacia él) provenían de algunos sectores del peronismo. (Obras completas, Tomo II, 391). Siendo una "peronista histórica", Alicia era "moderna". Como Cooke.

Pero Alicia también era distinta, en muchos aspectos, a las militantes de izquierda de la década del 70 que, en muchos casos, ganaron espacios

“performando” una estética masculina. Por otra parte, esta “estética” no pocas veces era una imprescindible estrategia de resistencia contra la supremacía masculina que, en casos como el de Alicia, nunca implicaba resignar posiciones. No creemos, como dice Mabel Bellucci, que Alicia luciera una estética masculinizada. La vemos más como profeta que como sacerdotisa, y consideramos que ese carácter, inconcebible aún hoy para una mujer, le exigía una gestualidad severa, arrebatada, y una oratoria apocalíptica que suelen estar asociadas a lo masculino.

Política e ideológicamente es imposible separar a Alicia de Cooke, por el trayecto compartido y no por una relación de subalternidad o acompañamiento secundario.

Alicia conoció a Cooke en una conferencia dictada por este en 1946 en el Centro de Estudios Argentinos (CEA), dirigido por Ricardo Guardo, diputado y presidente de la Cámara de Diputados durante el primer gobierno de Perón y, como vimos, coautor con John de un Proyecto de Reforma Constitucional. El naciente peronismo los convocaba. Volvieron a coincidir en la casa del historiador nacionalista Ernesto Palacio, citados por una corriente historiográfica: el revisionismo histórico. Pero su historia en común comienza en 1955 y termina con la muerte de Cooke en 1968. Una transición significativa es inmanente a esta relación. Una transición que va de un nacionalismo populista, cada vez menos productivo, al socialismo revolucionario o, para sintetizar, de Juan Domingo Perón a Ernesto Che Guevara.

En una carta desde la prisión, muy probablemente desde la cárcel de la calle Las Heras, en 1955, John le escribió:

Stupity:

Cuando Ud. llegó a lo de Palacio, con su sombrero coronado de flores de durazno (¿o serían jazmines?), me dio la sensación de un bello junco a la espera del vendaval que lo abatiese inmisericorde.

Ud. me dirá, señora, que desde entonces han pasado diez años y —¡ay!— muchos vendavales. No haga caso del almanaque, señora, que es una obra mezquina de burócratas del Tiempo. Son otros equinoccios los que rigen para nosotros.

Yo le voy a contar la verdadera historia, la auténtica y real.

De lo de Palacio fuimos a su casa, y hablamos de presidentes depuestos y de políticos, en la penumbra propicia de un crepúsculo de primavera. Comimos “chez moi”, Ud. leyó versos. Desde entonces, su adorable sonrisa de conejo iluminó mis felices noches de conspirador en desgracia… (Obras completas, Tomo IV, p. 75).

Este es solo un fragmento de una maravillosa carta de amor. Alicia (que para John era “Stupity”, “Conejo”, o “Calamity”) la leerá desde una celda en la Penitenciaría de mujeres de Olmos. La Revolución Libertadora (Fusiladora), la había catalogado como una “presa peligrosa”.

En la carta del 11 de abril de 1957, Cooke le habla de Alicia a Perón:

Le adjunto recorte de la revista Qué, donde se habla de los presos políticos y se hace mención del caso de mi novia, Alicia Eguren. La pobrecita está bastante enferma, pero cuando después de noviembre le ofrecieron la opción se negó a aceptarla por solidaridad conmigo, a pesar de mi insistencia en que saliese del

país. […] Los Servicios de Informaciones la tienen fichada como “organizadora peligrosa” y la energía y agresividad de sus declaraciones ante ellos contribuye a que se opongan a que se la deje en libertad. […] Yo no la conocía sino por haberme sido presentada hace diez años. Después del 21 de septiembre se presentó ante mí y me rogó que la incorporase al movimiento para luchar por la vuelta de Perón, ofreciéndose para las cosas más peligrosas (Obras completas, Tomo II, p. 85).

Luego le cuenta la actuación de Alicia ya fuera de la cárcel, organizando células femeninas y reuniones con distintos grupos de activistas, clandestinos en su inmensa mayoría. Define su vínculo con Alicia —en el contexto de la Resistencia Peronista— como un “idilio triste y profundamente alegre al mismo tiempo”.

Meses después, el 14 de noviembre de 1957, le comunica de su casamiento. Y que, después de una corta luna de miel, están de nuevos presos. La relación de Alicia y John tuvo muy pocos remansos de “normalidad”. En Buenos Aires, esos remansos tuvieron como escenario el departamento de John, ubicado en la Avenida Santa Fe al 1183. Paradojas de la historia argentina, desde esa calle y ese barrio históricamente asociados a las clases dominantes, Alicia y John contribuyeron a construir la izquierda peronista. En enero de 1959 fue el cuartel general de la huelga y la insurrección, después fue uno de los principales perímetros para facilitar los enlaces con la Revolución Cubana, refugio de luchadores perseguidos y permanente centro de conspiración revolucionaria.

Alicia nació el 11 de octubre de 1924 en la ciudad de Buenos Aires en el seno de una familia que cultivaba un tipo nacionalismo laico y democrático, especialmente su padre, el contador Ramón Eguren. Su madre, Herculina Petrona Viva, era química farmacéutica. Pocos meses después del nacimiento de Alicia la familia se instaló en el barrio de Boedo, en la calle Castro Barros 1134.

Como podemos apreciar, Alicia nació en un medio privilegiado, en el seno de

una familia de clase media acomodada y culta de la ciudad de Buenos Aires. Fue educada para ocupar lugares expectantes en la sociedad, al igual que su hermana Martha (Kika), nacida en 1932. Sus padres, además, fueron un sólido soporte durante toda su vida: acompañaron su militancia; estuvieron presentes en los momentos más difíciles; trataron de garantizarle (a ella y a su hijo) las mejores condiciones en los peores contextos: persecuciones, allanamientos, requisas, clandestinidad, cárcel. Su padre falleció en 1971 y su madre en 1981.

Lo cierto es que Alicia, hacia las décadas del 40 y del 50, comulgaba con este tipo de nacionalismo, pero sus intereses giraban principalmente en torno a lo filosófico y lo literario. Se sostiene que adhirió al yrigoyenismo y que su familia era forjista, pero esto es, por lo menos, dudoso. Como hemos visto, el peronismo favoreció la identificación retrospectiva. Si muchas personas recorrieron el trayecto que iba de Hipólito Yrigoyen a Juan Domingo Perón, otras optaron por el camino inverso, incurriendo consciente o inconscientemente en la tergiversación de la propia historia militante. Recordemos que también se dijo que Cooke había sido yrigoyenista y forjista, cuando en realidad se revistió en las huestes de un alvearismo poco plebeyo. Alicia misma alimentó esta creencia en sus notas biográficas sobre Cooke. También debemos considerar que un libro, La Vida de Hipólito Yrigoyen, del escritor Manuel Gálvez, publicado a mediados de la década del treinta, cambió la mirada de muchos nacionalistas católicos respecto del viejo caudillo.

Lo más probable es que, por aquellos años, el ámbito de militancia de Alicia haya sido la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES), grupo vinculado a la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN). Una estudiante de Filosofía y Letras, nacionalista, cristiana, con ímpetus místicos, de seguro tuvo que haber leído a Gálvez. Pero nada de esto alcanza para corroborar una “militancia en el yrigoyenismo”.

Si el machismo, en líneas generales, era un rasgo patente de todo el espectro político argentino en la primera parte de la década del 40, en los ámbitos del nacionalismo deslumbrado por las formas autoritarias de gobierno, estaba

exacerbado. No era para nada común la participación de las mujeres en esos ambientes de gomina y cachiporras. Alicia tuvo que hacerse un lugar, abrirse camino entre hombres que consideraban a las mujeres animales domésticos y/u objetos sexuales. Esa circunstancia también fue forjando su personalidad.

Siendo estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires organizó una conferencia con el Padre Leonardo Castellani, referente intelectual del nacionalismo y candidato a diputado por la ciudad de Buenos Aires en 1946 por la ALN que apoyaba a Perón. Pablo José Hernández refiere que José María Rosa (quien, como vimos, fue un buen amigo de Cooke) le contó en 1977 que el cura, que promediaba la cuarentena, se enamoró perdidamente de Alicia.[228] Según Sebastián Randle, biógrafo de Castellani, el cura "quedó encantado con la mocosa (sic) que tenía modos increíbles para la época".[229] Durante un tiempo frecuentaron juntos confiterías y otros lugares públicos, lo que rozó el escándalo. Se los podía ver en bares, en inmediaciones de la Facultad, en Viamonte y Reconquista. Alicia tuvo que marcar distancias. Y el cura tuvo que volver al estricto carril de sublimación femenina en la figura de la virgen María. El cura Castellani era un personaje contradictorio. Estudioso de la obra del filósofo y teólogo danés Søren Kierkegaard y del existencialismo, vivió toda su vida entre libros al tiempo que formaba parte de la organización política que lanzó la consigna: ¡Alpargatas sí, libros no! Siendo que invariablemente se autoproclamó de derecha, durante la última dictadura militar, denunció el secuestro del escritor Haroldo Conti.

Mientras cursaba su carrera en la Facultad de Filosofía y Letras, Alicia asistió a un taller de filosofía dictado por Héctor Álvarez Murena. Álvarez Murena representaba lo más avanzado en materia de "cultura filosófica" en la Buenos Aires de la década del 40. En su taller, Alicia tomó contacto con la obra de Martin Heidegger, Theodor Adorno, Herbert Marcuse y, por supuesto, Sartre. Entre otras iniciativas intelectualmente innovadoras, Álvarez Murena también fue el primer traductor al castellano de Walter Benjamín.

Alicia egresó de la Facultad de Filosofía y Letras como Doctora en Filosofía y

Letras a fines de 1946 y ejerció la docencia en las universidades de Buenos Aires, Cuyo, Del Litoral, La Plata y Rosario. Entre 1949 y 1952, publicó cinco libros de poemas: El canto de la tierra inicial (1949), Dios y el mundo (1950), El talud descuajado (1951) Aquí, entre magras espigas (1952). Se puede decir que algunas de sus composiciones estaban un tanto estremecidas de idealismo telúrico y evangélico y que la influencia más notoria era del romanticismo. En sus últimos dos libros podemos encontrar las mejores composiciones líricas de Alicia, su mejor versión como poeta.

En 1946 se incorporó al Servicio Exterior de la Nación y en 1947 fue designada Segunda Secretaria de la Embajada argentina en Londres. En 1948 Alicia se casó, en Inglaterra, con Pedro Catella, Cónsul en la Embajada argentina en Londres. Pero la relación con Catella no funcionó y Alicia, embarazada, decidió regresar sola a Buenos Aires. El 22 de noviembre nació Pedro Gustavo Catella Eguren (“Pedrito”), y se fueron a vivir con los padres de Alicia en la casa del barrio de Boedo.

Entre 1948 y 1949 colaboró con quienes hacían la revista Nombre sin llegar a publicar nada, escribió una obra de teatro (La pregunta) y un ensayo dedicado al pensamiento de Juan Bautista Alberdi (inhallables hasta la fecha). A partir de julio de 1949, con el escritor Armando Cascella, editó y codirigió la revista Sexto Continente, un sitio de expresión del nacionalismo en sus diferentes versiones, desde el más retrógrado de Carlos Ibarguren, Alberto Ezcurra Medrano y Monseño Derisi hasta el más avanzado de Raúl Scalabrini Ortiz, Miguel Ángel Asturias y José Vasconcelos, que bregaban por la unidad de Nuestra América. Este tipo de adhesiones le garantizaba cierta presencia en distintos espacios oficiales, académicos y no académicos.

Alicia fue tildada de profesora “flor de ceibo”, el rótulo que utilizaban los opositores al peronismo para defenestrar a aquellas personas que formaban parte de lo que consideraban un ambiente cultural oficial indolente y mediocre. Estos cuestionamientos tenían una fuerte carga elitista, cientificista y eurocéntrica, pero no por eso dejaban de tener visos de verdad. En tiempos del primer

peronismo, la universidad pública se caracterizó por una marcada presencia del nacionalismo clerical. Los experimentos pedagógicos más avanzados discurrieron por otros carriles menos convencionales, por ejemplo: la creación de la Universidad Obrera Nacional (UON). Pero, aun así, esta forma de juzgarla es injusta, por lo menos en el caso de Alicia y de un extenso grupo de intelectuales. No corresponde generalizarlos. Su adhesión al nacionalismo primero y luego al peronismo, no la alejó de las corrientes filosóficas más avanzadas de su tiempo ya que, como vimos, Alicia pasó por los talleres de Álvarez Murena y estuvo tempranamente influenciada por la filosofía existencialista.

También en el año 1949 siguió de cerca la creación del Partido Peronista Femenino, aunque no asumió compromisos orgánicos. En el Congreso de Filosofía celebrado ese mismo año, Perón proponía su propio relato acerca del "fin de la historia" y hablaba de una transición a la "superación de la lucha de clases".

El reencuentro de Alicia con Cooke se produce en 1955, en un escenario de derrumbe. Como vimos, poco antes del golpe de septiembre y del derrocamiento del gobierno Perón, Cooke es designado interventor del Partido Peronista de la Capital Federal. En un momento político que no habilitaba ninguna forma de oportunismo, Alicia establece contacto con Cooke y "se pone a su disposición". Cooke, talentoso y desmedido, contrastaba con el resto de la dirigencia política y sindical peronista: burócratas y meros apéndices del Estado, melindrosos y aburridos, ceremoniosos estrechadores de manos y acomodaticios. Perón, que lo había relegado por autónomo y perturbador, lo convoca en el momento infausto.

Existe un testimonio donde la escritora María Granata, militante peronista devenida desarrollista, hace referencia a un encuentro con Alicia:

A Alicia Eguren la conocí en casa de Estela Lastra, mujer de Bonifacio Lastra, que no era peronista. Era un grupo nacionalista de Barrio Norte… Me dio su

libro de poemas. Era muy buena poeta. Tenía un tono místico que también lo tenía en la mirada. Una mirada asombrada, como si mirara lejos. Ya trabajaba en la resistencia. Me entregó ese libro, fue muy fugaz el encuentro...[230]

La relación entre Alicia y Cooke, una relación de herejes, de "excéntricos", se consolida en la clandestinidad. Recordemos: Cooke es detenido en octubre de 1955, pasa todo el año 1956 en prisión y hasta marzo de 1957 deambulará por distintas cárceles del país, cuando se produce la espectacular fuga a Chile desde Río Gallegos.

En ese tiempo Alicia también conoció la cárcel, poco después del golpe de 1955. Estaba "marcada" por el Servicio de Inteligencia Naval (SIN). Un comando conjunto del Ejército y Marina conducido por el General Juan José Uranga, rodeó la manzana de la casa del barrio de Boedo donde se encontraba Alicia y con altoparlantes amenazaron con volarla si ella no se entregaba. Intentó una temeraria fuga por las terrazas, pero fue imposible. Alicia fue tratada con especial saña por estar vinculada a Cooke. Fue "interrogada" en el SIN, pero ni las torturas y la enfermedad pudieron menoscabar su carácter. Alicia, sin dejar de ser el "bello junco a la espera del vendaval", siempre fue una mujer "dura", "indomable", "rebelde". (Todos los testimonios coinciden en calificativos de esa índole). Supo ser una de las presas "lieras" del peronismo, en la Cárcel del Buen Pastor o en la Penitenciaría de mujeres de Olmos. Según el abogado Fernando Torres,

Había un problema porque estaban presas las mujeres de la Resistencia, por los hechos posteriores a septiembre de 1955, como Norma Kennedy, Lala García Marín (la tía Lala) y Alicia Eguren y las presas viejas, como Delia Parodi y Juana Larrauri, que estaban presas por haber sido legisladoras… y no querían lola. Las otras las volvían locas a las monjas de Humberto I. Tanto, que un día las llevaron a La Plata, a la cárcel de Mujeres de Olmos, porque todos los días había peleas con "las jerarcas". Conspiraban permanentemente, hacían lío por la requisa, por lo paquetes, por todo. Las legisladoras buscaban el modo de salir cuanto antes y sus compañeras batifondeaban (sic) desde la mañana hasta la

noche. Yo las defendía a todas. En la sala de abogados me encontraba con los dos grupos, con las lieras y las moderadas. ¡Unas discusiones![231]

Como ya vimos, en noviembre de 1956 Perón designó a Cooke como su delegado y “heredero”. Alicia y Cooke comparten la patriada de la resistencia y todos los pormenores vinculados a la firma del pacto entre Perón y Arturo Frondizi, para pasar, poco después, a organizar la “insurrección” que hiciera posible el retorno del primero y para dirigir la oposición “dura” al gobierno del segundo. Alicia participa activamente en la coordinación estratégica de la resistencia peronista. Viaja por Sudamérica. Es “el correo” de Cooke y, en menor de medida, de Perón. Ella misma es la encargada de hacerle llegar al General el Informe General y Plan de Acción.

Junto a John, forma parte del círculo íntimo de Perón en los primeros años de su exilio, en los tiempos en que John era el delegado y el niño mimado del General. Un círculo íntimo en el que ya aparecía Estela Martínez de Perón, “Isabel”. La relación de Alicia con Isabel —al igual que su relación Perón— no fue de las mejores. María Seoane, a partir del testimonio de Astrid Rusquellas, amiga de Alicia, refiere la siguiente anécdota: “Un día, Perón invitó a Alicia y John a comer; Isabel había cocinado tallarines. Al final del encuentro, cuando ya se iban, el General les preguntó qué les había parecido su nueva esposa: ‘Cocina muy bien’, fue la respuesta de Alicia, suficiente para que Isabel supiera que esa mujer jamás sería su amiga”.[232]

Alicia, padece, junto a Cooke, la imposibilidad de ejercer la delegación y de ser la palabra de Perón.

Dijimos que el año 1959 es un punto de inflexión, para Alicia, Cooke y muchos más. Después de la toma del Frigorífico Lisandro de La Torre, a principios de año, Cooke pierde gravitación en el peronismo. Es desplazado, definitivamente. Poco antes de la toma del frigorífico Perón había creado el organismo destinado a desautorizarlo: el Consejo Superior. Después de la huelga, el Consejo Superior

tilda a Cooke de loquito, terrorista y “comunista”. También triunfa la Revolución Cubana. Y para Cuba parten ella y Cooke. Al producirse la invasión imperialista, Alicia —como Cooke— participa activamente de la defensa de la Revolución. Ulises Estrada fue designado por el gobierno revolucionario como instructor de Alicia.

Seguramente debió sortear no pocos obstáculos para lograr ser tenida en cuenta como combatiente porque, en general, los cubanos no entrenaban mujeres de otros países. Amanda Peralta cuenta que en una ocasión, al poner de manifiesto su deseo de viajar a Cuba para recibir instrucción militar, Alicia le dijo: “Yo sé la instrucción que se les da a las mujeres, es una instrucción para señoras gordas, vos sabés mucho más de lo que te pueden enseñar los cubanos. No vayas”.[233] Y no fue.

Dijimos que Cuba revolucionaria, más que un descubrimiento, fue una confirmación: la revolución como uno de los destinos posibles para el peronismo. También fue la confirmación de la “insituabilidad” del peronismo y de sus posibilidades de recreación. En efecto, eran tiempos en que se podía pensar una dimensión trascendente del peronismo. Era la época dorada de la ontología de lo posible y del “poder ser” del peronismo. Aunque en el “movimiento”, predominaba la mueca servil y conciliatoria, por abajo corría, purificador, el Jordán de las bases. El peronismo todavía aparecía como un universo lleno de desiertos y zonas inexploradas.

El impacto de la revolución cubana es descomunal, pero pesa más, mucho más, el lugar hermenéutico de Alicia y Cooke. Cuba se decodifica desde la reciprocidad dialéctica y no desde el determinismo unilateral. Entonces, gravitan los elementos “locales” que ya hemos mencionado: la condición de revancha clasista de la Revolución Libertadora (Fusiladora), la heroica Resistencia Peronista, los cambios en el modelo de acumulación de capital, la imposibilidad de remozar el frente de clases de 1945 y la inviabilidad de las tácticas puestas en práctica por el peronismo para recuperar el poder.

A lo que debemos sumarle el hecho de que, después del 1955, afloren prístinas las contradicciones insalvables al interior del peronismo: la clase trabajadora peronista se presenta como lugar de construcción de una universalidad emancipadora, pero también como el lugar donde tenía arraigo un particularismo burgués y reaccionario.

La confrontación, la lucha de clases en todas sus dimensiones: he aquí el marco de la radicalización política de Alicia, Cooke y de toda una generación de militantes y activistas entre los que cabe mencionar, a modo de ejemplo por su representatividad, a Gustavo Rearte y a Raimundo Villaflor, entre otros y otras. No se trató de imitación de un modelo, o de un simple estado de espíritu desproporcionado. “Antes de la Revolución Cubana nosotros ya estábamos radicalizados”, dijo Gerardo Bavio, viejo militante y compañero de Alicia.[234] Unos años después del asesinato del Che, Alicia sostuvo que lo había conocido a último momento pero que en realidad lo conocía de memoria porque lo tenía asimilado antes de cruzarse con él, “yo comprendía su pedagogía en carne viva”, comentó alguna vez.

Nuevos horizontes e interlocutores se imponen. Alicia participa en el congreso de Palabra Obrera, de filiación Trotskista. Se vincula al Movimiento de la Liberación Nacional (MALENA) de Ismael Viñas, al Partido Comunista (PCA) y al Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV). El marxismo comienza a ser valorizado como herramienta y se va convirtiendo en el clima de sus ideas. Un marxismo praxeocéntrico, no concebido como determinismo limitado. Abraham Guillen, el veterano de la Guerra Civil Española, le habla de alienación, del Marx de los Manuscritos y de la guerra popular. La opción por la lucha armada comienza a dividir aguas. Porque el método era inseparable de la ideología. Como Cooke, con Cooke, Alicia se hace de izquierda criticando la moderación, el reformismo y el patrón liberal de la izquierda vernácula.

Su militancia se reparte en tareas de difusión, organización y apoyo logístico a distintas experiencias. Colabora activamente con los Uturuncos. Desde Buenos Aires se encarga de nutrir a la incipiente guerrilla con armas, enseres y

combatientes. En ese contexto, Alicia toma contacto con José Frazzi y Julio Robles, que se sumaron al proyecto guerrillero y realizaron diversas tareas.

A partir del testimonio de Julio Robles y José Frazzi, Salas refiere que:

… Desde Buenos Aires, militantes que eran preparados por José Frazzi y trasportados por Julio Robles, viajaron, entre otros, Juan Unamuno, Tito Arroyo, "Barquinazo" (un ex boxeador del barrio de San Martín) y el "Sombra". Entretanto, el comando político que formaban Enrique Oliva y Abrahan Guillen conseguía apoyos y dinero para la guerrilla, logrando la colaboración de figuras tan disímiles como Silvio Frondizi, José María Rosa y Adolfo Silenzi de Stagni.[235]

Una vez clausurada la experiencia de los Uturuncos, Alicia reúne militantes de pequeñas organizaciones y núcleos de izquierda (por lo general escindidos de los partidos que adoptaron una línea reformista) y organiza grupos para su entrenamiento en Cuba. Inicialmente, tiene menos éxito a la hora de convocar peronistas. Por ejemplo, el comandante "Alhaja" no se mostró interesado en viajar a Cuba, posición compartida por un espacio que había adherido a la experiencia de los Uturuncos pero marcaban sus reparos frente al proceso cubano y ratificaban su fe peronista y nacionalista. Paralelamente, Alicia apoya el intento del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), en Salta, en 1963-1964. Por cierto, a instancias del Che, en el marco del proyecto revolucionario continental del Che, trabaja en el reclutamiento de militantes de diversas organizaciones argentinas para recibir formación política y militar en Cuba. Se vincula a Manuel Piñeiro Losada ("Barba Roja"), responsable de la inteligencia cubana y luego del Departamento América.

En 1962, cuando en Cuba estallan los conflictos en el "campamento argentino", Alicia se presentó acompañada por el Che. José Frazzi, entrevistado por Salas, refiere que la situación venía poniéndose muy tensa…

… Hasta que Alicia nos juntó a todos, éramos como setenta, había muchos cubanos de alta graduación y se mandó una arenga como de media hora. Les dice: “Porque ustedes están acá por estos compañeros que no tienen el nivel que tienen ustedes, porque ellos han hecho el 9 de junio, han hecho esto, han hecho esto; los puso en su lugar. “Ustedes tienen que respetar”, les dijo, “porque estos compañeros no son revolucionarios todavía, tienen inquietudes, pero han estado en tal lado, van a ser grandes revolucionarios”. Alicia hablaba muy bien, era socióloga.[236]

En 1962/3 es una de las fundadoras de Acción Revolucionaria Peronista (ARP), una organización que, como vimos, fue concebida como grupo de acción y concientización en el marco del movimiento peronista pero independiente de sus estructuras “oficiales”.

En 1964 viaja a Chile para colaborar con la campaña de su amigo Salvador Allende, candidato presidencial del Frente de Acción Popular (FRAP).

Según testimonio de quien fuera un destacado dirigente del Sindicato de Farmacia, Aldo Ferraresi, Alicia

… viajaba al interior del país y estaba siempre en contacto con el movimiento obrero, y a la vez cumplió también funciones para coordinar el movimiento estudiantil. Alicia compartía largas reuniones en el Sindicato de Farmacia, con otros resistentes como Juan García Elorrio, Jorge Di Pasquale, Rodolfo Ortega Peña, Leopoldo Marechal y Arturo Jauretche. Se discutía mucho sobre las acciones que había que desarrollar y Julio Troxler enseñaba a confeccionar explosivos caseros, en presencia de Alicia y de dirigentes jóvenes como Gustavo Rearte y Jorge Rulli.[237]

En 1966 forma parte del consejo de redacción de la revista Cristianismo y Revolución. Un año después, junto al Mayor Alberte y Mabel Di Leo, participa de la revista Con Todo. Ese mismo año regresa a Cuba junto a Cooke, quien encabeza la delegación argentina que participa de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

Varios testimonios coinciden en señalar que la carta de Perón al movimiento peronista con motivo de la muerte del Che, fue instigada y hasta redactada por la misma Alicia. La carta decía:

“Con profundo dolor he recibido la noticia de una irremplazable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por la liberación [...] Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica: ha muerto el comandante Ernesto “Che” Guevara. Su muerte me desgarra el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor: un ejemplo de conducta, desprendimiento, espíritu de sacrificio, renunciamiento. La profunda convicción en la justicia de la causa que abrazó, le dio la fuerza, el valor, el coraje que hoy lo eleva a la categoría de héroe y mártir. He leído algunos cables que pretenden presentarlo como enemigo del peronismo. Nada más absurdo...[238]

Cuando Cooke muere a los 48 años, el 19 de septiembre de 1968, Alicia no juega el papel de viuda de una celebridad ni de albacea político-literaria.

Después del desgranamiento de ARP, Alicia es cada vez menos orgánica de un grupo en particular, pero se constituye en referente de un espacio más amplio que incluye al peronismo revolucionario y a otros grupos de la nueva izquierda.

Ocurre que el cookismo prefiguró tanto algunos planteos de la FAR, (esto que afirmamos se puede apreciar en el “Reportaje a las Fuerzas Armadas Revolucionarias: ‘Los de Garín’”, de diciembre de 1970[239]), como la “alternativa

independiente” lanzada por la FAP en 1972. También a grupos que se separaron de la organización Montoneros, en particular Montoneros Columna Sabino Navarro y Montoneros Columna de Recuperación Cooke-Pujadas.[240] Alicia supo ser una de las expresiones más límpidas del cookismo.

Alicia siguió militando con los viejos compañeros, como Carlos Lafforgue, Astrid Rusquellas, Rodolfo Ortega Peña y Luis Eduardo Duhalde. Por ejemplo, con Raimundo Villaflor, histórico compañero de ARP y más tarde uno de los referentes de la FAP, recorre las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe.

Entre 1971 y 1972 publica los trabajos de su compañero de vida y militancia, incluyendo la Correspondencia Perón-Cooke, principalmente porque adquieren una vigencia inaudita. Ella lo sabe mejor que nadie. La muerte de Cooke no va en detrimento de su actividad militante. Pero los testimonios de quienes fueron sus amistades, coinciden en señalar que Alicia se torna taciturna, que sus ojos se empozan, se quedan sin asombro y dejan de irradiar la luz de los días compartidos con John. Unas pocas fotografías pueden servir para corroborarlo.

Alicia continuó trabajando en la delineación de la izquierda peronista. En 1969 participó del Segundo Plenario Nacional del Peronismo Revolucionario, realizado en Córdoba y colaboró en la elaboración del documento Estrategia y Táctica Revolucionaria. Alicia se identificará especialmente con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB), con el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17) y el Frente Revolucionario Peronista (FRP), grupos que estaban asumiendo, desde el peronismo, definiciones marxistas. La identificación también debe hacerse extensiva a las FAR, que desde 1970 venían realizando un camino inverso, desde el marxismo al peronismo, pero confluyendo en posturas similares. Además, Alicia siempre sitió admiración por Carlos Olmedo, uno de los fundadores y el principal referente de las FAR, inclusive llegó a considerarlo un “sucesor” de Cooke. Por supuesto, también cultivó las relaciones con Montoneros, en espacial con Sabino Navarro, pero además conocía desde antes a muchos de sus principales cuadros, ya sea porque habían pasado por Cuba y/o porque habían pertenecido a ARP, Fernando

Abal Medina, Norma Arrostito, por ejemplo.

El 4 de octubre de 1971 lanza su "Carta Abierta al General". Este documento tendrá una inmensa repercusión en los espacios de la izquierda peronista, será reproducido y difundido por varias organizaciones y grupos. Entre otras cosas, Alicia sacaba a relucir su historia militante y se distanciaba de lo que llamaba "neopopulismo con fraseología socialista". Decía (le decía a Perón): que el enemigo estaba en las "líneas interiores", y que el peronismo estaba huérfano de dirección revolucionaria, que carecía de dirección "independiente", que no era cierto que hubiese "un solo peronismo", por el contrario había "un peronismo integrado, burgués, proimperialista, minoritario, pero con la fuerza de los aparatos integrados al sistema" y también "un peronismo revolucionario, en desarrollo, al cual se suman nuevas generaciones de muchachos y muchachas que se acercan al movimiento por su identificación con las luchas del movimiento obrero, contra el sistema y contra sus burocracias". Y remataba frontal: "En sus manos está acelerar el proceso revolucionario en el país y en el continente o troncarlo, disolverlo y multiplicar sus dificultades". [241] Alicia retomaba a Cooke pero, fiel a su propio estilo, lo hacía en un tono de inusual crudeza. Frente a Perón, ella siempre fue mucho menos condescendiente. Lo que no conspiró contra su compromiso de casi dos décadas en función del retorno del General. Alicia propuso, por ejemplo, organizar Comandos de Defensa de Perón. Finalmente, a instancias de Juan Manuel Abal Medina, se reencontrará con Perón en la casona de Gaspar Campos, al concretarse el ansiado retorno del General, a fines de 1972. La charla, breve y despolitizada, giró sobre tópicos privados, remembranzas de viejos tiempos, el recuerdo de John, y poco más. Verá a Perón por última vez en Madrid, en mayo de 1973.

Viaja una vez más a Chile. Desde noviembre de 1970 la Unidad Popular está en el gobierno y su amigo Allende es el presidente de la República. Toma contacto directo con "la vía chilena al socialismo", no desconoce la trascendencia histórica del experimento, pero también es consciente de sus debilidades y del poder de sus enemigos. En esa ocasión se reúne con Miguel Enríquez, líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Asimismo, inicia su participación en el semanario Nuevo Hombre, publicación dirigida por Enrique Walker y en la que escribían Pablo Damiani, Antonio Caparrós, Nicolás Casullo, Eduardo L. Duhalde, Rodolfo Ortega Peña, Vicente Zito Lema y varios militantes presos en la cárcel de Villa Devoto, Armando Jaime y Mario Franco, por ejemplo.

En Nuevo Hombre Alicia publica asiduamente. Durante todo el año 1971 y comienzos de 1972 aparecen con su firma los siguientes artículos: “De la Conferencia de París a la resurrección del Justismo”; “Los herederos de San Martín”; “Solo la verdad nos hará libres. El día del renunciamiento y otras infames patrañas”; “Complicidad en la operación exterminio”; “Ya tiene candidato el pueblo. Farsa macabra. Acto I. Un carnaval tenebroso”; “El ciervo acorralado”; “Mercenarios, torturadores y libertadores”; “En este 17”; “Ave César o el arte de negociar. Análisis exclusivo de la actual coyuntura política”; “Los monstruos que vos engendrasteis”; “Viva la patria revolucionaria”; “De la guerra sucia a la guerra mugrienta”; “Política de principios, la mejor política. Respuesta a Rucci”; “Como Venezuela, no”; “Pulgarcito (selección de sus papeles)”; “Unidad en la lucha, Solidaridad: con los explotados y los combatientes. Organización para la revolución”; “En estas navidades”; “La hora de los ratones del reloj parado y la hora de la verdad”. Por supuesto, desde las páginas de Nuevo Hombre, da a conocer la “Carta al general Perón”.

La publicación se identificará en 1973 con el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS). Impulsado por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), el Grupo Praxis y el FRP, el FAS fue constituido a mediados de 1972. Alicia integrará la dirección del FAS junto a Simón Arroyo, Silvio Frondizi, Manuel Gaggero, Armando Jaime, Oscar Montenegro. Ella actúa como puente entre las organizaciones de la izquierda peronista —del peronismo revolucionario y de la Tendencia— y organizaciones marxistas no peronistas. Esa tarea de articulación política será la obsesión del resto de sus días.

El 29 de agosto de 1973 Alicia participa del acto de las FAP-17 y el PB-17, en la

Federación de Box, junto a Envar El Kadri, el Mayor Alberte, Sebastián Borro, Carlos Caride, Jorge Di Pascuale, entre otros. En noviembre del mismo año, participa en el Congreso del FAS realizado en el Chaco y es una de las oradoras principales.

En 1973, junto con Silvio Frondizi, Jorge Di Pascuale y Agustín Tosco, formó parte del Consejo asesor del diario El Mundo orientado por PRT-ERP que fue clausurado meses después, al igual que Nuevo Hombre.

A partir de la masacre de Ezeiza, Alicia comienza a sufrir amenazas. Nada nuevo para una mujer curtida como ella, pero el clima ahora estaba mucho más pesado, con una carga de violencia inédita. Alicia era una crítica implacable de la burocracia sindical. Cuenta Walsh que, en el entierro de Zalazar, a pocas horas de los sucesos de La Real, Alicia formuló una acusación contra el vandorismo "apenas velada".[242] Años más tarde, a través de una llamada telefónica le advierten de la posibilidad de ganarse "cinco agujeros en medio de las tetas"[243] en caso de persistir con sus juicios reprobatorios sobre José Ignacio Rucci y la CGT.

En junio vuelve a ser oradora en el VI Congreso del FAS en Rosario, con Silvio Frondizi, Ortega Peña, Tosco, entre otros.

Desde el año 1974 comienza a vivir en la semiclandestinidad.

Su adhesión de la lucha Armada no debería confundir. Para Alicia, igual que para Cooke, la base de una revolución se forjaba en la lucha de masas. Fue una crítica implacable de toda forma de elitismo y militarismo. Propició, además, las formas frentistas.

Por cierto, hay que tener presente que, en reiteradas ocasiones, Alicia fue tildada de “basista” y que más allá de sus relaciones con un dilatado espectro político que iba de la totalidad de la izquierda peronista al PRT-ERP, sus simpatías estaban con sus viejos compañeros de ARP, muchos de ellos ahora en las FAP-PB, cuya figura más emblemática era Raimundo Villaflor, también con Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, directores de las revistas Militancia peronista para la liberación y luego de De Frente con las bases peronistas en las que Alicia también participaba. El primero, además, era diputado del unipersonal “bloque de base”. Eduardo Luis Duhalde, hacia el año 2001, hablaba de una organicidad práctica que a mitad de 1974

… llevó a que iniciáramos un proceso de discusión tendiente a la creación de una nueva estructura política única, entre las FAP-PB, nuestro grupo político, y algunas individualidades como Alicia Eguren y pequeños grupos militantes como el “Peronismo de los trabajadores” de Norberto Franco. El grueso del esfuerzo para esa unidad estaba dado en una mesa de discusión y elaboración con el Negro Raimundo Villaflor y Jorge Di Pacuale, Ortega y yo. El 31 de julio de 1974, el asesinato de Ortega Peña por la Triple A, y la brutal espiral represiva que le siguió, con su serie espeluznante de asesinatos colectivos, puso fin a aquellos esfuerzos unificadores.[244]

Alicia, con lucidez preclara, tomó conciencia de una situación complicada: la mayor parte de la TRP estaba compuesta por jóvenes y su pertenencia al peronismo, era muy nueva. Consideraba que si el choque con la realidad del peronismo posterior a Ezeiza (que apestaba a fascismo y razzia) era duro para los viejos militantes, para los jóvenes la contradicción era indigerible, se prestaba a la confusión y sembraba dudas respecto del futuro. Alertó a los jóvenes respecto de Perón. Ella sabía bien que el peronismo era un “río difícil” y muchas veces “descorazonante” y que la idealización de Perón conducía al abismo (o a vivir en el perpetuo desgarro). La brecha generacional no suturó. Las precauciones de “los viejos” y “las viejas” no se tuvieron en cuenta. Por supuesto, la “teoría del cerco” le parecía de una candidez imposible. Previno a los que la sostenían: “cuando salten el cerco, del otro lado va a estar Perón esperándolos con una ametralladora”.

Aunque estrechó sólidos vínculos con el PRT-ERP y participó activamente del FAS, en 1975 apoyó la iniciativa que dio forma al Partido Auténtico (PA). Con la intención de alimentar esa nueva experiencia contribuyó, junto a Alberte y Mabel Di Leo, en la fundación de la Agrupación 26 de julio.

Como decíamos al comienzo, Alicia nunca logró pasar desapercibida. Fiel a su estilo, tenía que revelarse contra las "supuestas" condiciones femeninas: pragmatismo, cautela e "instinto de conservación". Sus amistades y sus compañeros la recuerdan siempre "expuesta", primero al terrorismo paraestatal de la Triple A y, después del golpe del 24 marzo de 1976, al terrorismo de Estado impuesto por Fuerzas Armadas. Es más, Alicia repudiaba a los que consideraban la alternativa del exilio.

Gerardo Bavio se encontró casualmente con Alicia en Buenos Aires a mediados de 1976, ya con la Dictadura Militar en el poder implementando su plan de exterminio y con el terrorismo de Estado expandiendo vertiginosamente sus tentáculos. Sin dudas, era un momento para extremar los mecanismos de seguridad. Pero Alicia caminaba por la Avenida Corrientes, cerca del Barrio del Abasto

… venía con Jouvet, uno de los sobrevivientes de la guerrilla de Salta. Conversamos mientas caminábamos. Recuerdo sus críticas a Montoneros: el abandono de la acción de masas [...] "Se están aislando del pueblo —decía—, después de que avanzaron con las propuestas políticas como la del Peronismo Auténtico están dejando apagar los fueguitos que encendieron". Alicia coincidía con el pensamiento que seguramente hubiera tenido John y con el que expresaba entonces Rodolfo Walsh.[245]

Aunque no deja de ser un lugar común, sí puede hablarse de "instinto maternal" (como en otros casos podría hablarse perfectamente de "instinto paternal"),

porque en enero de 1976 había viajado a Cuba con su hijo Pedro. Había partido de Argentina unos meses antes y recorrieron varios países de Nuestra América. Pasaron por Panamá, donde Alicia se encontró con otro viejo amigo: Omar Torrijos. El ex jefe de la custodia del General Perón en las épocas del exilio panameño era ahora el presidente de Panamá. Realizó las gestiones con "Barba Roja" para instalar a Pedro en la isla y, en contra de todas las advertencias y ruegos, regresó a Argentina. María Seoane se pregunta: "¿Por qué Alicia se mostraba intolerante con quienes partían al exilio si ella misma había llevado a su hijo a Cuba para protegerlo? ¿Temía que Pedro fuera secuestrado y se la extorsionara, se la obligara a entregarse y traicionar a sus compañeros a cambio de su vida?".[246] Es muy probable.

Alicia decía que ella sabía lo que era el exilio de una revolución derrotada. Le costaba tomar la decisión de salir del país. Durante meses vivió perseguida, durmiendo en hoteles diferentes cada noche. Día a día, hora tras hora, el dolor se le hacía más hondo, la Triple A ya había asesinado a muchos de sus compañeros, la Dictadura Militar venía a profundizar esa práctica, a masificarla y a sistematizarla, sumándole todo el aparato y los recursos del Estado. Se entera de que el Mayor Alberte fue arrojado desde el sexto piso, que Paco Urondo cayó acorralado en Mendoza. María Seoane, transcribe un poema de Alicia dedicado a este último y que muy probablemente sea el último poema que compuso:

El militante

cuando se esfuma

saqueado en sus latidos

se lleva lo soñado

se va diluyendo

para hacerse ave.

Sus ojos

alucinan a la noche

encendiendo el fragor

en la luminosidad

lentamente

percibimos el canto

racimos de la floresta

en pétalos de la rebeldía.

El militante

sigue musicando

la calle y el sueño.

El ardor

es lo que se renueva

en la espuma de su antigua mirada

para volverse a quedar

en los aromas.

El militante vive

en los otros

y se queda

alumbrando a los que llegan.[247]

La Embajada de Cuba, a instancias del mismo Fidel Castro y de “Barba Roja”, intercede para que Alicia salga del país. El aislamiento se le hacía cada vez más intolerable y la llevó a revisar su posición respecto del exilio. Alicia comenzó a

rumiar esa posibilidad. Pero ya era tarde.

El 26 de enero de 1977, Alicia conversaba con Fermín Chávez en el Café Casablanca en la esquina de Riobamba y Avenida Rivadavia. Chávez, al igual que resto de sus amigos y compañeros, insistió en que tenía que salir del país en forma urgente. Alicia parecía dispuesta a ceder. Pocas horas más tarde fue secuestrada por un grupo de tareas de la Escuela de la Mecánica de la Armada (ESMA). Como detenida desaparecida pasó por Campo de Mayo y por la ESMA. Fue torturada, le colocaron grilletes en las manos y en las piernas y la arrojaron al Río de Plata en uno de los vuelos de la muerte, en el mes de abril. Tenía 52 años. En esa temporada en el infierno Alicia no entregó un nombre, una dirección, nada. La humanidad de Alicia estaba acorazada.

Sería injusto decir que fue derrotada. El triunfo es el criterio de verdad de los burócratas. Por otra parte, estos no son apuntes para un epitafio póstumo. Reivindicar su itinerario, recuperar y revalorizar sus huellas, puede servirnos para conjurar su desaparición, pero sobre todo para rehabilitar un país y un tiempo con posibilidades vitales.

---

224 Testimonio de Raúl Lagomarsino. En: Cichero, Marta, Op. cit., pp. 140 y 141. Otros testimonios contradicen la afirmación de Lagomarsino sobre el “gusto” de Alicia, por el contrario, resaltan su “refinamiento” que ejercía en diversos órdenes, incluyendo el humor y el exabrupto. Puede que Lagomarsino se haya confundido con una pareja anterior de John. Al margen, sus juicios en materia estética deberían ser relativizados.

225 Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Entrevista a Amanda Peralta, Op. cit., p. 26.

226 Bellucci, Mabel: “Alicia Eguren. La voz contestataria del peronismo”. En: Rebelión, 8 de septiembre de 2003. Tomado de: www.rebelión.org/hemeroteca/argentina/030908Bellucci.htm. Chequeado en diciembre de 2015.

227 Seoane, María, Bravas. Alicia Eguren de Cooke y Susana Pirí Lugones. Dos mujeres para una pasión argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2014, p. 93. Unas pocas líneas más adelante la autora se pregunta: “¿Hubo un momento en que Alicia se resignó a admirar, pero no desear a John? ¿Hubo un momento en que John aceptó, finalmente, que ella no le pertenecía más allá de las tribunas, espacios lejanos a sábanas y lechos calientes? ¿Él sintió celos de otros hombres? ¿Ella, de su relevancia política, definitivamente más crucial como intelectual y organizador? Y si eso ocurrió, según cuentan quienes los conocieron, ¡acaso esos dilemas se atenuaron por la turbulencia de sus vidas?”. (pp. 93 y 94). Ahora bien, notamos que, en general, este tipo de interrogantes giran sobre el comportamiento de Alicia y pasan por alto el de Cooke. De algún modo, naturalizan el “libre albedrío en materia sexual del hombre” (que Cooke supo ejercer) y condenan el de la mujer. En ese caso no cabe hablar de “infidelidad”, el término no se corresponde con el vínculo y “el pacto” entre Alicia y Cooke. Pero de todas formas vale tener presente el punto de vista de machista que naturaliza la infidelidad en el hombre y condena la de la mujer.

228 Hernández, Pablo José, Los “zurdos” y Castellani, Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2012, pp. 24-28.

229 Randle, Sebastián, Castellani, Buenos Aires, Vértice, 2003. Citado por Hernández, Pablo José, Op. cit., p. 26.

230 Cichero, Marta, Op. cit., p. 232.

231 Testimonio del Abogado Fernando Torres. En Cichero, Marta, Op. cit., p. 229.

232 Seoane, María, Op. cit., pp. 133 y 134.

233 Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Entrevista a Amanda Peralta, Op. cit., p. 29.

234 Entrevista del autor a Gerardo Bavio, octubre de 1998.

235 Salas, Ernesto José, Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2015, pp. 144 y 145.

236 Entrevista a José Frazzi. En: Salas, Ernesto José, Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista, Op. cit., p. 166.

237 Testimonio de Jorge Ferraresi, citado por: Seoane, María, Op. cit., p. 123.

238 Carta de Perón al movimiento peronista con motivo de la muerte del "Che" Guevara. Madrid, 24 de octubre de 1967. En: Baschetti, Roberto, (Recopilación y prólogo), Documentos de la Resistencia peronista. 1955-1970, Op. cit., p. 273.

239 "Reportaje a la Fuerzas Armadas Revolucionarias: 'Los de Garín'". En: Cristianismo y Revolución, Nº 28, Buenos Aires, abril de 1971. En: Baschetti, Roberto, (compilador), Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al

gobierno popular, La Plata, De la Campana, 1995, pp. 145-178.

240 Véase: “Montoneros Columna Sabino Navarro. Cartilla para militantes N.º 1”, Octubre de 1973 y “Montoneros Columna de Recuperación Cooke-Pujadas. Material de discusión-debate interno”. Marzo de 1974. En: Baschetti, Roberto (Compilador), Documentos (1973-1976). De Cámpora a la Ruptura, Volumen I, La Plata, De la Campana, 1996, pp. 523-535.

241 Eguren, Alicia, “Carta abierta al General”. En, Nuevo Hombre, Buenos Aires, 12 de octubre de 1971. Tomado de: https://www.facebook.com/elortiba/posts. Chequeado el 9 de febrero de 2016.

242 Walsh, Rodolfo, ¿Quién mató a Rosendo?, Op. cit. p. 82.

243 Seoane, María, Op. cit., p. 268.

244 Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo M., De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, La Plata, De la Campana, 2003, p.10.

245 Bavio, Gerardo: “Cooke y el Che. Recuerdos, realidad y ficción”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 126.

246 Seoane, María, Op. cit., p. 330.

247 Ibidem, p., 141 y 142.

El hecho maldito

Cada acto histórico no puede ser realizado sino por el "hombre colectivo", o sea que presupone el agrupamiento de una unidad "cultural social", por la que una multiplicidad de voluntades disgregadas, con heterogeneidad de fines, se funden para un mismo fin, sobre la base de una concepción (igual) y común del mundo.

Antonio Gramsci

La guerra de Cooke era una guerra de posiciones, con dirección política y retaguardia sólida. Cooke concebía la política como praxis orientada a la conformación de un poder real popular para confrontar con el poder real del Capital y sus instituciones y valores. En el peronismo coexistían una experiencia plebeya, resistente, impermeable a los mitos de Occidente y al patriarcado bondadoso; y una experiencia que por momentos rozó la soberanía popular, con una ilusión de poder (bastante eficaz, por cierto). Cohabitaban la perspectiva del pueblo y la perspectiva del Estado (no necesariamente de la nación). Convivían la mística y la idolatría. La primera servía para ampliar el campo de lo "posible político", la segunda lo restringía. La primera hacía practicable una intervención eficaz de la clase trabajadora en la lucha de clases, la segunda la bloqueaba. La primera contribuía a generar el clima para modificar las relaciones antagónicas a favor del polo dominado, la segunda creaba los compartimientos estancos y la atmósfera enrarecida apta para inocular altas dosis de conformismo y resignación en la clase trabajadora (para petrificar sus sueños) y para fortalecer al polo dominante. La primera remitía a las coyunturas y conflictos que constituían a la clase trabajadora como sujeto histórico, la segunda la subsumía en las estrategias de integración y regulación del sistema de dominación.

La experiencia plebeya, la perspectiva popular y la mística convertían al peronismo en el hecho maldito del país burgués. Lo erigían en receptáculo de rebeldías heterogéneas y de identidades execradas por el orden dominante, desde

trabajadores, villeros, y pobres, hasta mujeres, homosexuales y lisiados. La experiencia plebeya, la perspectiva popular y la mística le permitían al peronismo escapar del ajustado perímetro de lo decible y hacían posible la invención popular.

La ilusión de poder, la perspectiva estatal y la idolatría lo delineaban como un hecho más de la política burguesa argentina; posiblemente, el avance histórico más importante en materia de armonías: con fábricas, escuelas, iglesias y comisarías; con ciudadanos propietarios y propietarios ciudadanos. La comunidad organizada. Una vía argentina para la modernización incluyente. Lo verosímil y lo teóricamente permitido por los discursos anteriores, por la historia previa. Y decimos "teóricamente permitido" porque, a pesar de su ostensible estrechez, el horizonte no dejaba (y no deja) de ser inaceptable para un sector de las clases dominantes y sus aliados (por lo general una infaltable franja impiadosa de las capas medias) que aspiraban (y aspiran) a una modernización excluyente y más conservadora aún. Se trataba (y se trata) de sectores con baja tolerancia a la "esclavitud emancipada" del Estado moderno y "democrático", esto es: a la más mínima existencia políticamente democrática de lo social; incapaces de admitir cualquier comunidad y hasta cualquier apariencia de comunidad.

Creemos que la figura de Cooke posee carácter emblemático, entre otras cosas porque representa a todas aquellas personas que con su praxis, sobre todo en las décadas del 60 y el 70, intentaron enriquecer lo decible en la política argentina desde el peronismo. Y lo hicieron desde el peronismo, porque entendían que ese entarimado histórico era imprescindible para dotar el advenimiento de lo nuevo con una política de poder, para hacer de lo nuevo emancipatorio un nuevo posible.

El peronismo era un hecho maldito porque, como decía Carlos Olmedo hacia 1968, a pesar de haber sido una experiencia "incompleta", en algunos aspectos "ilusoria" y "acotada", la participación en el poder o al menos la aproximación, había sido vivida como una realidad por el pueblo argentino.[248] La sola

enunciación de esa posibilidad alcanzaba (y alcanza todavía) para romper con la idea de la “unidad nacional”. El “auge de masas”, el estado de rebeldía popular de fines de la década del 60 y principios de la del 70, no puede desvincularse del incremento de las expectativas de igualdad material, social y política generadas por el peronismo durante la década en que gobernó; no puede desvincularse del espacio de entendimiento intersubjetivo gestado por el peronismo y que portaba una crítica implícita a un orden de explotación y dominación. En este sentido, cabe hablar del peso de ciertas “objetividades inmateriales”.

El peronismo era un hecho maldito no porque creaba una grieta (recurriendo a un término muy a la usanza política de la década de 2010), sino porque la ponía en evidencia. Esa grieta lógica del país capitalista, periférico, atrasado, dependiente, desigual. El poder de Perón y de las dirigencias peronistas provenía de su destreza para mostrarse como los únicos capaces de suturar esa grieta; más concretamente, de hacerla tolerable y disimularla. La indeterminación ideológica y el vacío programático eran la materia adherente segregada por la burocracia y por Perón.

El peronismo, por lo menos durante un tiempo, expresó situaciones tensas y contradictorias. Fue un campo que podía presentar encrucijadas: lo que servía para un avance colectivo y lo que lo frenaba; lo nacional-popular “desde abajo” y lo nacional-estatal “desde arriba”; la política de masas y la política de aparatos. Estas tensiones y estas contradicciones entre sectores y visiones eran la verdadera norma, no la solidaridad, como muchas veces se sostiene. Es decir, que se presentaban opciones: reaccionarias, reformistas, que restringían lo posible, pero también aquella que planteaba tanto la radicalización como la propia negación del contenido populista. Esta última, sobre todo, se dio cuando comenzó a descreerse en procesos de liberación nacional conducidos por un frente liderado por alguna fracción de la burguesía o por algún sector o corporación que la reemplace (verbigracia, las Fuerzas Armadas, sobre todo en los países periféricos).

Cooke, y una buena parte de la militancia peronista radicalizada, vislumbraron el

agotamiento de una situación de acumulación populista y su contradictoria permanencia como ideología, que se expresaba en la reedición del programa del 45. Y en ese sentido, en la carta a Hernández Arregui del 28 de septiembre de 1961, el Bebe decía: “Nuestro movimiento popular —y el Peronismo en primer término— se debate en medio de contradicciones ideológicas que no reflejan las reales contradicciones de la sociedad argentina” (Obras completas, Tomo III, p. 90). Sin el sostén de la primera (la situación de acumulación populista), el mantenimiento de la segunda (la ideología del 45) pasaría a justificar proyectos cada vez más alejados de la soberanía nacional y la justicia social. La identificación de este desfasaje impulsó el recorrido dialéctico de Cooke (y unos cuantos y unas cuantas más).

Por eso, él asumió (en los términos de Lukács) la noción “actualidad de la revolución”, vislumbró un posible no arbitrario (un posible determinado, una de las bifurcaciones) y comenzó a pensar en el sentido estratégico de lo posible. Enfatizaba, de este modo, el significado histórico de los movimientos de masas y concebía la política como acción positiva.[249] El periplo del peronismo, que va de aquellos vigores catalíticos a su posterior constitución como fuerza regresiva (o reformista, en el mejor de los casos), no convierte en lícita la sospecha contrafáctica de que el neoliberalismo, la “economía popular de mercado” o el “capitalismo con decisión nacional”, eran el destino obligado del peronismo. Sí nos parece correcto sostener, con Cooke, que el “final inglorioso” era una de sus posibilidades. Agregamos: el “final inglorioso” se puede relacionar a la no superación del populismo. Y también con su reedición bajo nuevos formatos (neopopulistas) después del agotamiento de su experiencia neoliberal. Sin la posibilidad de abrigar contradicciones sustanciales, el populismo persistirá como praxis de simulación de lo popular, como un arte de fingir. Y el peronismo seguirá delineándose como el ámbito donde medrarán los simuladores.

Cooke, y la izquierda peronista en su conjunto, pueden verse como emergentes históricos del desborde de los conflictos de una alianza social policlasista y de las dificultades o, lisa y llanamente, la imposibilidad de sintetizar las contradicciones estructurales. En fin, como emergentes de un pueblo que vio clausurada la posibilidad de profundizar (o simplemente mantener) las políticas nacionalistas y las reformas sociales en el marco del capitalismo dependiente y

sus estructuras.

En su intento de exceder el populismo, el Bebe reconocía que no existía otra posibilidad que partir del proceso de colectivización y de articulación de voluntades disgregadas que dinamizaba la lucha de clases en la Argentina en las décadas del 50 y el 60 (sus herederos directos plantearán más o menos lo mismo en la década del 70). Claro está, el peronismo era un dato fundamental de ese proceso.

Cooke asumió el objetivo de dotar de una subjetividad trascendental (de un elemento utópico) a esa objetividad situacional. Y supo manejarse permanentemente con la hipótesis de que "lo espontáneo" podía ser la forma embrionaria de "lo consciente".

Vale aclarar que consideramos que la conciencia de "pueblo" puede estar muy bien y que, en determinadas circunstancias históricas, puede resultar fundamental como plafón para el desarrollo de una conciencia clasista. Como se habrá apreciado, en este libro recurrimos reiteradamente al concepto de pueblo. Creemos que el significado que le hemos asignado es lo suficientemente preciso para evitar equívocos. Pero debemos tener presente que es un concepto de una flexibilidad excesiva y puede servir (y, de hecho, ha servido y sirve) para limitar la conciencia de clase y para encontrarles a los trabajadores lugares subordinados en el universo capitalista, cuando no para explotarlos y reprimirlos abiertamente.

El punto de vista de Cooke era bien distinto. Su idea de pueblo contenía una dimensión clasista pero no caía en el clasismo estrecho y economicista; reconocía la heterogeneidad de la sociedad civil "de abajo", la diversidad del sujeto popular en Nuestra América, y trataba de dar cuenta de sus dimensiones culturales, políticas e identitarias, además de las materiales. Para Cooke todas estas dimensiones, entrelazadas, eran imprescindibles para la constitución del pueblo como clase en sí/para sí.

248 [Olmedo, Carlos] “Notas para una valoración de la situación nacional”, 1968. Legajo 320, Carpeta Bélico, Mesa DS, Archivo DIPBA, Comisión Provincial por la Memoria. Citado por: González Canosa, Mora: “Un sendero guevarista: pervivencias y torsiones en los orígenes de las ‘Fuerzas Armadas Revolucionarias’ (1966-1970)”. En: revista www.izquierdas.cl, N.º 15, abril de 2013. Chequeado el 10 de febrero de 2016.

249 Angus Stewart analizaba la “dinámica” de los movimientos denominados populistas y decía que en determinadas situaciones: “El ala urbana del movimiento ha del volverse, con toda probabilidad, independiente y autónoma. Así, luego de la caída de Perón y el desarrollo posterior de la economía argentina, el peronismo fue modificado hasta transformarse en un movimiento cuasi-obrero…”. En: Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest, Op.cit., p. 231.

Cooke: hereje de dos iglesias

La realidad es siempre la verdad.

Juan Domingo Perón

¿Por qué rescatar hoy la figura de John William Cooke? ¿En qué intersticios del presente percibimos los destellos de su vieja militancia? ¿Cómo explicar la abrupta reaparición de ese pasado? ¿Cuáles son los imperativos de su legado? Cooke es, posiblemente, la impronta de un sueño que revisita la memoria, la cicatriz de un proyecto emancipatorio que no fue, la memoria de los logros y los fracasos de una historia colectiva, un bagaje de sabiduría de luchas derrotadas, de sabiduría periférica. Una memoria ejemplar confeccionada con retazos de heroicidades horizontales y masivas, con cuotas de la intrepidez de hombres y mujeres "ordinarios" a los que la praxis (acción y conciencia) y el vínculo inmediato con la vida de las clases subalternas y oprimidas convertían en luchadores y en organizadores extraordinarios. El trajinar de Cooke nos remite a la épica de a gente simple, la que supo conmover a Lukács.

Cooke es "caballito de batalla" para oponernos a las memorias del poder que construyen el pasado desde las asimetrías del presente y "punta de lanza" para restituir la memoria crítica de los oprimidos. Es un componente más de una comunidad de memoria y discurso, necesaria para consolidar una identidad y reconocernos en el colectivo, para fortalecer y expandir la organización popular, para construir un nuevo imaginario sintético y eficaz para la libertad y la igualdad, para modelar la autoimagen y la lengua común de una izquierda antiimperialista y anticapitalista nueva, para constituirnos como pueblo y sujeto y dar a luz un proyecto común. Es punto de partida "metodológico", brújula en el tropel de nuestras incertidumbres y contingencias.

Se trata, entonces, del rescate de un pasado que no es tradición consolidada sino pasado próximo, presente histórico. Cooke hace menos complicada la tarea de las nuevas generaciones militantes (nos referimos particularmente a las que poseen alguna predisposición revolucionaria) y alivia las dificultades de este proceso de desarrollo intrauterino, ya que se trata de una figura que aporta a la superación de la tensión entre la herencia y la necesidad de inventar. Cooke permite que las desavenencias del presente aniden en un pasado que las ilumina un poco. Por supuesto, no se trata de edificar burdos historicismos a modo de conjuro o de invocar al pasado para que resuelva los problemas del presente.

Nuestro interés por la figura de Cooke no parte (no podría partir jamás) de inquietudes académicas sino políticas, aunque vale la insistencia, intentamos alejarnos de la exaltación acrítica y la reivindicación folklórica.

Percibimos, apesadumbrados, que desde algunos espacios políticos y culturales el rescate de su figura puede parangonarse con aquel cuarteto que recreaba el estilo de la vieja guardia tanguera y que, dirigido por el maestro Feliciano Brunelli[250], tocaba el tango haciendo notar su carácter "histórico", su pertenencia exclusiva al pasado. Estas reconstrucciones no por casualidad fueron auspiciadas por intereses estrictamente comerciales.

Por esa línea, que se suele designar con el término revival, transitan las recuperaciones de memorias indefinidas, imaginarios agotados y de instrumentos inútiles, supuestamente de cara a un proyecto de y para el campo popular. Es indefectible que nos convoquen a preservar porciones de algún orden anterior. Suelen caracterizarse por la insistencia en torno a la viabilidad del populismo o de una especie de neocorporativismo social-cristiano y otras formas —los más sutiles venenos burgueses de agonía prolongada— que no modifican las condiciones de existencia de las clases subalternas y oprimidas y que se distinguen por hablar en nombre de ellas (he aquí condensados, tal vez, algunos de los significados más esclarecedores del concepto "populismo"). Aunque intenten disimularlo, los modos de percepción capitalocéntricos les afloran en las palabras y, sobre todo, en las opciones. En este marco se hacen visibles las

vacilaciones hijas de la derrota, y descollan los especialistas en mistificaciones y los custodios de acervos míticos.

Así, por ejemplo, se construye, arbitrariamente y alterando los procesos históricos (el trastorno cronológico en sí mismo sería inocuo), un Cooke peronista “superador” del Cooke guevarista; un Cooke “auténtico”, el de las décadas del 40 y el 50; el “verdadero”, el sensato. ¿Acaso el Cooke maduro no incluye, y sobre todo “supera dialécticamente”, al joven? Mientras que una operación complementaria e igual de arbitraria desdibuja al de la década del 60 al insertarlo en un conjunto contradictorio: el “campo nacional” entendido como espacio común y conciencia compartida de fuerzas sociales objetivamente antagónicas, restándole importancia al hecho de que las clases dominantes invocan el interés nacional como un sucedáneo del clamor por el orden social, y lo conminan así a la promiscuidad y niegan sus intolerancias sustanciales.

Este tipo de construcciones (fantasmagorías que, lamentablemente, aún conservan cierta eficacia, sobre todo en los momentos de recomposición material y simbólica del sistema de dominación) hablan de las constelaciones bajo las que se desarrollan: un presente de resignaciones y transacciones para roer un poco la galleta del Estado. Hayden White consideraba a las reconciliaciones producidas en el ocaso de las tragedias como las más sombrías, ya que son de la índole de las resignaciones de las personas a las condiciones impuestas.

También están quienes no toman en cuenta las faltas de correspondencias evidentes, quienes persisten en relaciones rotas, porque confían en los poderes del ritual y en su capacidad de cohesión. Esos son los que, aferrados a las viejas simbologías que no exigen la coherencia con prácticas transformadoras, pretenden conjurar la incertidumbre política con estampas milagreras y con un lirismo cursi. Constituyen las huestes de idiotas útiles de los neoliberales, al igual que los nacionalistas de derecha de la década del 30 lo fueron de los liberales.

Justamente de estas reposiciones y de estas mitologías se alimenta un sector del marxismo argentino −que probablemente perdure en la historia como producción discursiva de elites académicas− que se considera heredero de una tradición de izquierda “heterodoxa” e inmaculada. O sea: esta izquierda se nutre de las imágenes y los mitos populistas para construir su propia imagen, distorsionada claro está, de Cooke. Operación que indefectiblemente la lleva a justificar su exclusión del panteón marxista. El purismo la conduce a una búsqueda retrospectiva del marxista argentino portador de la línea correcta y del lirio blanco, lo que la encamina directamente hacia la idealización de grupos minúsculos y anecdóticos y, sobre todo, inofensivos. Dueños de los artefactos para medir pertenencias políticas, y sobre todo teóricas, dadores exclusivos de las credenciales marxistas, su culto insincero de la heterodoxia no logra ocultar su vocación por las verdades absolutas. Gesto típico de esta izquierda es la negación de la posibilidad de los desarrollos intersticiales.

Pero tanto unos como otros (populistas y puristas de la izquierda dogmática) se quedan en los primeros escarceos, en los rencores prescriptos, en una perturbación (angustia) inicial y pasajera que no quieren prolongar a riesgo de afectar su “orden” y verse así desposeídos de sus mundos perfectos y pequeños, coherentes e insignificantes. A su modo, ambos −como decía Joseph de Maistre− son libremente esclavos, hacen lo que quieren pero no trastornan ni inquietan los planes generales de las clases dominantes.

Paula Halperín, en su análisis de la película Los Hijos de Fierro (de Fernando “Pino” Solanas y Octavio Getino, finalizada en 1974, aunque iniciada en 1972), muestra una mirada crítica hacia la figura de Cooke que partió justamente de los códigos y las regiones indefinidas del populismo y que la izquierda dogmática no tiene en cuenta:

La figura del negro, mezcla de Cooke y Hernández Arregui, ideólogo más radicalizado que el resto y que desaparece sin más hacia el final del film, es muchas veces criticado por el Hijo Mayor por su cerrazón y su falta de flexibilidad política en su crítica a las acciones sindicales de los burócratas, dice

el Negro: —aquí el problema es político, no gremial! Contesta el Hijo Mayor: —los gremialistas tienen sus grandes limitaciones. No pueden alzarse contra el gobierno sin perder el gremio. Hay que unirse para que la gente esté unida...[251]

Mientras la ideología populista ocultaba (y oculta) campos de batallas y pretendía (y pretende) ligar a militantes de base con burócratas sindicales y políticos, los planteos de Cooke se destacan por cuestionar radicalmente este tipo de “síntesis” inviables. Por otro lado, él no consideraba la adhesión al peronismo como algo esencial y metapolítico, sin necesidad o posibilidad de explicación. No hay en Cooke una celebración del primitivismo político y de la orfandad ideológica, no hay celebración de alienaciones populares (disfrazada de romanticismo), que es lo que hacen muchos compañeros del “campo nacional y popular”.

Cooke percibe las contradicciones del campo popular (en su tiempo, reflejadas en gran medida en el seno del Movimiento peronista[252]), las tensiones entre lo hegemónico y lo contrahegemónico en ese mismo campo e intenta operar en la contradicción para saldarla a favor de los impulsos heréticos, potenciándolos. El revolucionario auténtico se instala siempre en el seno de esa contradicción. Cabalga en ella junto a lo que está en proceso de conformación. Aspira a la preforma.

Se nos ocurre que la identificación de esas tensiones puede verse como el primer paso para salirse de la mirada populista. Cooke busca en las prácticas del peronismo los elementos críticos del orden establecido. O sea, en él, el peronismo resistente está en contra del otro peronismo, es parte de otra tradición.

El Cooke más genuino debe buscarse en la política de los organismos de base (de la clase obrera principalmente) y no en la política nacional burguesa del peronismo oficial, que, igual que la izquierda tradicional, lo consideraba un componente externo, solo que, por lo general, bajo la figura del “infiltrado”. Se trata de un Cooke que, de seguro, es y será dato molesto para todos aquellos que

prefieren sumarse a una política nacional, burguesa, neopopulista y neodesarrollista, en lugar de construir una política popular.

Por otro lado, y volviendo a Los Hijos de Fierro, no podemos dejar de señalar la contradicción que implica la conciliación propuesta en el diálogo citado por Halperín en el marco de un género como el gauchesco, que se caracteriza precisamente por una lógica de guerra y por presentar antagonismos radicales, donde ciertas alianzas suelen ser imposibles.

Como ejemplo: corría 2004... En un afiche callejero, donde se destaca el rostro de José Ignacio Rucci[253], se lee una sentencia: "Él no hubiera votado la ley de flexibilización laboral". Estamos frente a una típica superstición populista que, en algún punto, entronca con el horizonte de la narración de Los Hijos de Fierro. No necesitamos tomar como referencia la actuación que en los 90 tuvieron los dirigentes sindicales vinculados a Rucci en los 70 para explicar por qué sí él hubiese votado esa ley tan nociva para los intereses de los trabajadores. El pensamiento de Cooke aporta a la dilucidación de la cuestión: se trata de la continuidad de una lógica, la de la burocracia, la lógica de la adaptación al poder. Incluso debemos especular con la posibilidad de una superficial oposición y ensayar una explicación de los modos que aprovecharía para mantenerse funcional a la lógica de los sectores que impulsaron la reforma.

Nosotros no queremos quedarnos con símbolos moribundos y con las ceremonias de los cultos antiguos que, al decir del historiador francés Jules Michelet, están llamadas para consagrar las nuevas solemnidades. Debemos interrogar todos los silencios y todos los olvidos.

Nuestro interés surge, entonces, de la constatación de la hegemonía de la cultura neoliberal y sus valores: la indeterminación, el pragmatismo y el naturalismo de los que viven su dominio como realización. Las clases dominantes han impuesto determinadas condiciones de "normalidad", le han asegurado un rumbo fijo al devenir. De este modo, todo proyecto de transformación radical está en conflicto

con el futuro, lo desafía y se le opone. Nosotros, para liberarnos del sometimiento a las visiones estrechas y transitorias, de la cualificación y del reblandecimiento, estamos obligados a constituirnos como anomalía. Obligados a entrever los espacios vacantes donde insertar palabras y prácticas originales.

En este mismo sentido, el historiador uruguayo Félix Real de Azua decía:

Hurgar en la historia es, ni más ni menos, que hurgar en la vida de nuestros muertos. Los más queridos y los más odiados, los anhelados y los temidos. El historiador se inmiscuye en las tumbas para hacer hablar a los ociosos, para que le cuenten sus placeres y sus glorias, sus miserias y mezquindades, sus intenciones, sus victorias y sus fracasos. El historiador es un autopsista de los pensares fenecidos.[254]

Nosotros no estamos de acuerdo con esta afirmación. Nuestro presente hace que cualquier intento de autopsia −típica modalidad académica y/o dogmática− se convierta en asesinato liso y llano de lo que late y respira. Porque Cooke exhibe una vitalidad renovada. Está aquí, no como la reliquia que nos interesa o como la fuerza antigua que presiona y condiciona nuestros pasos, tampoco como reservorio de todas las respuestas. No. Entre otras cosas, porque han cambiado las preguntas y los riesgos. Cooke está como dato molesto ante nuestro desarme moral e intelectual, como hito insoslayable de las tradiciones revolucionarias en la Argentina, como ejemplo de intelectual operativo, funcional a los intereses mediatos e inmediatos de las clases populares.

Cooke, en los márgenes de distintas tradiciones, excomulgado de toda estética populista y marxista ortodoxa, está como el nombre de la convergencia y el encuentro de herejes de distintas iglesias; como el nombre de una intersección de nuevas preocupaciones. Está como representante de una época que soñaba futuros mientras se esforzaba por despertarse; como figura que desautoriza todos los sectarismos de la izquierda popular, aunque todavía cueste darse cuenta.

La vigencia de Cooke es, por lo menos en parte, un catálogo de nuestras limitaciones: porque desde la izquierda se sigue definiendo al pueblo en forma negativa (claro, nunca en forma explícita) como quienes "no conocen" de la teoría (la verdad revelada), los "inconscientes", lo que convierte a buena parte de la sociedad civil popular en sospechosa. Porque se sigue restringiendo el campo de los cambios radicales a saberes específicos y determinados que no están en condiciones de integrar a otros saberes. Porque se niegan los problemas que la teoría no prescribe. Porque la "síntesis" se concibe, al modo idealista, siempre a posteriori, siempre sabiendo lo que viene, sin dejarle lugar al "salto dialéctico" (la dialéctica real no conoce de antemano lo que viene y convive con la tragedia). Porque se prescinde de la creatividad popular. Porque no está lo suficientemente desarrollada la vocación por la participación de las masas en las soluciones definitivas. Porque a la izquierda aún le resulta oneroso concebir a la Nación como preludio de lo social y le cuesta pensar en ideas alternativas (a las dominantes) de Nación y de razón. Porque se sigue considerando que la subjetividad es un epifenómeno de las redes causales objetivas y al sujeto como agente del determinismo objetivo, sin tomar en cuenta la especificidad de sus acciones. Porque se confunde el concepto con la jerga. En fin, porque no se han superado los designios de una matriz iluminista y eurocéntrica de la cultura que refuerza las tendencias ilustradas y teoricistas de la izquierda y el molde determinista de sus discursos autoreferenciales.

Algunos sectores de la izquierda argentina se parecen a los poetas malditos franceses que Cooke contrastaba con el Che, poetas combatientes de armas tomar, que después de las derrotas de la Revolución de 1848 (Baudelaire) y de la Comuna de París de 1871 (Rimbaud y Paul Verlaine) y la frustración que trajeron aparejadas, en un contexto de confusión y decadencia −recordemos que Arthur Rimbaud se convirtió en el lecho mortuorio−, experimentaron repugnancia por el género humano, asumieron que estaban condenados a padecer el insoportable mundo burgués y renegaron de la vida misma. Viraron al egocentrismo, a los "paraísos artificiales". Terminaron inmovilizados por el hastío y el spleen, por "el tedio de la vida" del que hablaban Baudelarie, Paul Valery o Isidore Ducasse (el Conde de Lautréamont). Baudelaire clamaba para que la Muerte (la "Vieja Capitana") se lo lleve al cielo o al infierno. Rimbaud desistía de la poesía definitivamente mientras que la poesía de Verlaine se

tornaba cada vez más oscura. Cedieron en masa a la fatiga de la razón. Actitud que, debemos reconocer, no dejaba de tener por lo menos un toque idealista, romántico. En última instancia estos poetas consideraban que sin expectativas revolucionarias no había sentido posible para la vida. Pero lo fundamental, y lo injustificable, era que habían perdido la confianza en el pueblo.

En su bosquejo Apuntes sobre el Che, cuando Cooke marcaba las diferencias entre los poetas malditos y el Che, establecía un ítem “a desarrollar”, a partir de la siguiente frase: “El repudio a la vida, la fascinación por la muerte, fue una de las formas en que se expresó la reacción de todo el movimiento artístico frente a las consecuencias de la derrota” (Obras completas, Tomo III, p. 283).

John William Cooke interpela a los intelectuales que minimizan las perspectivas de las luchas actuales por la ausencia de un proyecto contrahegemónico, como si este fuera factible, incluso simplemente imaginable, sin el desarrollo de estas luchas. Cooke se opone al marxismo entendido como un determinismo limitado. No considera a la subjetividad —o a la conciencia— como un epifenómeno de las redes causales objetivas. Así, el sujeto no aparece como agente del determinismo objetivo, sino que reivindica la especificidad de la acción del sujeto. ¿Cuál es la naturaleza de la subjetividad revolucionaria? ¿Cómo surge? De la praxis. Cooke, influenciado por el joven Lukács, asume una posición cercana al praxeocentrismo, con sus ribetes activistas, voluntaristas. Se trata de la praxis como acción revolucionaria. No de la simple acción de transformar la naturaleza. No de la adaptación del sujeto a las condiciones del objeto (gesto típico de toda burocracia).

Ya hemos señalado la filiación con Luxemburgo. Agregamos más elementos que la corroboran: la animadversión compartida hacia los planes y recetas que debían signar el desenvolvimiento de las movilizaciones populares, la explicación siempre dialéctica y viva que consideraba a la organización como el resultado de la lucha, la negativa a considerar a la “evolución” del Estado burgués como creadora de condiciones para los cambios revolucionarios, la certeza de que la praxis “acelera” las condiciones objetivas. Cuando Lenin decía que era más útil

pasar por la experiencia de una revolución que escribir sobre ella, o cuando Luxemburgo decía que “históricamente los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del comité central más astuto”, prefiguraban aquella controvertida, aunque rigurosa, afirmación de Cooke en su trabajo La lucha por la liberación nacional: “Es preferible ser derrotado o muerto con el Che Guevara, que acertar y triunfar con Vittorio Codovilla” (Obras completas, Tomo V, p. 236). O aquella otra sentencia, menos conocida y menos “sacrificial”, que figura en la carta a Héctor Tristán del 9 de agosto de 1961: “Mejor entender el maravilloso mundo del futuro, con nuestra poderosa fuerza obrera, que quedarse como los radicales hablando pavadas” (Obras completas, Tomo III, p. 47). La elección es la misma y denota toda una cosmovisión: la opción por el riesgo de dar pasos en falso en/con las bases en un movimiento popular cuyo signo sea la autenticidad a ser implacables en la soledad y la insignificancia con la más preclara dirección.

Cooke nos interpela. Irónicamente, nos diagnostica un pathos nacional comatoso y la conducta neurótica a través de la cual intentamos resolver los conflictos en forma imaginaria, se burla de los que, con el aire de las figuras de El Greco, apelan al marxismo como símbolo de distinción intelectual y nos recuerda que la confianza en el pueblo y en sus organizaciones autónomas es estratégica, que los cambios radicales (sí, las revoluciones) implican la afirmación del pueblo como sujeto de poder. Marginal y fuera de su ámbito, Cooke, como Walter Benjamin, asume a la distancia el papel de analista de la neurosis general.

Para Cooke cabe lo que él mismo decía sobre el Che: “Seguirá formando parte de nuestra circunstancia mientras haya quienes compartan ese proyecto para la transformación del mundo, que él enriqueció teóricamente y sirvió hasta las últimas consecuencias” (“Apuntes sobre el Che”. Obras completas, Tomo III, p. 268).

En un mismo sentido, Oscar Masotta decía: “En el psicoanálisis más vale una reafirmación de lo inútil, lo que tiene que ver con el goce. Pero el campo de lo inútil no puede ser recuperado por el proyecto de izquierdas; es algo difícil de

recuperar, salvo por parte de una izquierda ultra lúcida; pero la izquierda ultra lúcida no existe”.[255] ¿Podremos nosotros alguna vez contribuir a la gestación de esa izquierda ultra lúcida y contradecir el pesimismo de la afirmación de Masotta? Difícil saberlo… por ahora, solo sabemos que Cooke será un insumo necesario.

El discutido juego de las ucronías: (“si Evita viviera sería...”) deja en parte de ser un juego cuando uno indaga por los espacios presentes desde los que se resignifica una figura histórica. En los últimos tiempos, además de los ejercicios folklóricos y superficiales, además de los rituales monótonos de las efemérides cuasi oficiales, hemos detectado una importante cantidad de jóvenes que se interesan por Cooke, que leen sus textos, que designan con su nombre distintos colectivos políticos y culturales. La mayoría milita en organizaciones sociales, en colectivos populares. En la base. Y esto no es un dato aleatorio.

Todo lo demás tiende expresar un desfasaje y una falta de correspondencia entre el horizonte de sentido antiimperialista y anticapitalista al que remite una figura como la de Cooke y unos compromisos presentes con proyectos que no trascienden los marcos del sistema de dominación y tienden a perpetuarlo.

Como no podía ser de otra manera, una figura como la de Cooke solo podía ser rehabilitada desde una identidad de la resistencia. No casualmente su nombre ha comenzado a resonar en las gargantas de esos jóvenes y esas jóvenes que lo recuperan junto con las antiguas experiencias plebeyas y la conciencia que habita las regiones subterráneas.

Cooke no puede estar ausente como basamento de una construcción ideológico-política que haga posible el desarrollo creativo y autosuficiente de una izquierda radical en la Argentina. Porque no se puede fundar una tradición revolucionaria en una historia pura y lineal cuyo signo más evidente es la esterilidad. Desarrollo creativo significa: ni dogmático, ni inspirado en situaciones históricas hipostasiadas, ni en métodos modelizados. Mientras que, por su parte, el

desarrollo autosuficiente remite a un devenir no espasmódico y libre de las determinaciones unilaterales de los factores externos. Aunque sin negar todo lo que estos últimos puedan aportar como ejemplos, acicates y también desde otros aspectos más prosaicos.

---

250 La agrupación se llamaba “Cuarteto del 900” y la integraban, entre otros. Aníbal Troilo y Elvino Vardaro.

251 Halperín, Paula, Historia en celuloide: Cine militante en los 70 en la Argentina. Estudios críticos sobre historia reciente. Los 60 y 70 en Argentina, Parte III, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo N.º 32, enero de 2004, pp. 29-30.

252 Tal vez la contradicción más inoportuna se planteaba entre lo que Perón significaba para la clase obrera argentina y lo que Perón era.

253 Secretario General de la Confederación General del Trabajo (CGT) a comienzos de la década del 70. Representante de la burocracia sindical. Pieza clave en la política de pacto social impulsada por Perón en su último gobierno. Fue muerto por la organización Montoneros (que no reivindicó la operación) en septiembre de 1973.

254 De Azúa, Félix, citado por: Eira, Gabriel, “La construcción del pasado”. En: revista Alter, N.º 7, quinta época, 2002, Montevideo, p. 34. [Tomado de: periódico El País, Madrid, 5 de julio de 2000, contratapa]

255 Masotta, Oscar, Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan, Buenos Aires, Paidós, 2015, p. 210. La relación entre Cooke y Masotta, la comparación de sus

biografías, itinerarios e ideas, amerita un ensayo específico.

Breve nota sobre política y poética:

Peronismo y parodia

La parodia es una manera de responder a un modelo que siempre te lo pintan como perfecto, cuando la verdad del modelo es su

propia imperfección.

Leónidas Lamborghini

Cooke estaba convencido de la eficacia política de cierta poesía y de la eficacia poética de cierta política. Sabía de las afinidades subterráneas entre ellas. Nos referimos a la poesía y la política no codificadas, es decir, como intervenciones plenas de emotividad y como verdad, sin simulacros. La poesía y la política como comunicaciones intensas, osadas y constantes; como "encarnaciones", en el sentido que le asignaba Baudelaire. La poesía que no es imitación pasiva. La política que no es gestión de lo que es y de lo que está (o mero efecto de un momento simbólico y subjetivo concebido verticalmente y como pura repetición). Así, poesía y política se perfilaban como dos frentes de lucha.

Creemos que no resulta arbitrario afirmar que Cooke —como Leopoldo Marechal, por ejemplo— supo detectar la poética de los hechos de la Resistencia y propuso un vínculo estrecho entre poesía y Resistencia. Después del golpe de 1955, la poesía en sus expresiones no opacadas por el lirismo sobrecargado comenzó a delinearse como un bastión contra la colonización de los imaginarios plebeyos-populares. El vínculo poesía-resistencia se puede rastrear en todas las estaciones del itinerario de Cooke, tanto en sus escritos como en sus acciones. En buena medida, su pasión militante puede ser considerada como el fruto de su espíritu poético. Él no recurrió a la rapsodia para ocultar la falta de ideas; por el contrario, la utilizó como un registro más para exponer nuevas ideas con claridad y valentía; recurrió a ella como un medio apto para visibilizar tramas ocultas.

En ese espíritu poético podemos hallar los fundamentos de su amor por las verdades desnudas de artificios, de su coherencia, de su humor, de su generosidad y de su desprecio por los burócratas de todas las especies. Por cierto, a través de los cuestionamientos hacia ellos se canalizaba su repudio a la normalidad aplastante, a los rituales paralizantes y a las personas que, por algún formato de "seguridad" (material, política, cultural, etcétera), aceptaban convertirse en tiesos accesorios al servicio de alguna objetividad, en dadores de materialidad a significados ajenos.

Ya lo hemos visto, inmediatamente después del golpe de 1955, alentando las actividades del Centro de Escritores, Intelectuales y Artistas del Pueblo (CEIPAP), encabezado por el vate José María Castiñeira de Dios, o poniendo en circulación poemas de Alicia Eguren y María Granata a modo de abreviados y explosivos panfletos contra la Revolución Libertadora (Fusiladora). Vimos también la fuerte

—y temprana— presencia de Baudelaire, sus apelaciones a los poetas malditos, también a Jorge Luis Borges y Homero Manzi. Y si bien el gusto de Cooke estaba consustanciado con los experimentos vanguardistas y alejado de las estéticas blindadas, no desdeñaba a poetas que, con escasos recursos, con poética fealdad, lanzaban dardos certeros, decían grandes verdades y comunicaban hondas emociones. Luego, cabe destacar el hecho de que algunos pasajes de la prosa del propio Cooke no están desprovistos de registros poéticos: algunas de sus cartas, especialmente las que están dirigidas a Alicia (pero también pasajes enteros de las que tenían como destinatario a Perón), sus "Apuntes sobre el Che", entre otros.

Pero, además, existe una circunstancia muy significativa que no podemos pasar por alto. Cooke escribió en 1966 un prólogo al poema La payada de su amigo Leónidas Lamborghini, (1927-2009).[256] El poema, que había sido compuesto hacia 1960, circuló durante un tiempo en una versión mimeografiada. Se imprimió el 27 de junio de 1966, un día antes de que el golpe de Estado,

encabezado por el general Onganía, iniciara la dictadura militar de la Revolución Argentina. En 1965 Lamborghini había lanzado su trabajo Las patas en la fuente, obra vanguardista y transgresora en varios planos, políticos y poéticos, dentro y fuera del peronismo. Asimismo, en 1967, ARP, a instancias de Cooke y con un prólogo del cura Hernán Benítez, publicó un nuevo trabajo de Lamborghini: las Coplas al Che. En 1972, La payada formó parte del libro Partitas, publicado por la editorial Corregidor, que incluía otras composiciones como “Villas” (dedicada a Frantz Fanon) o “Eva Perón en la Hoguera”.[257] Lamentablemente, en Partitas, Lamborghini no incluyó el prólogo de Cooke.

En La payada, como en buena parte de su obra, Lamborghini recupera la tradición gauchesca, principalmente a Bartolomé Hidalgo, Estanislao del Campo, Hilario Ascasubi, José Hernández. En líneas generales dicha tradición proponía unas texturas reveladoras de la creatividad popular, sin ocluir las dimensiones vinculadas al mundo de lo material y el mundo del poder. En sentido estricto Lamborghini proponía una reescritura del género. En función de ese objetivo recurría, además, a la poesía clásica y barroca y a las cadencias del tango más afines a la urbe proletaria, con su oralidad característica.

En paralelo, en ambientes más prosaicos, se ensayaban reescrituras similares; es decir, en las que lo nacional y popular demandaba una subjetividad revolucionaria y en las que se consolidaba una visión que presentaba a la clase trabajadora como heredera de las masas gauchas rebeldes del siglo XIX. Así, lo gauchesco se actualizaba, se urbanizaba y se radicalizaba. Los “matreros” regresaban ya no como figuras espectrales, como los “gauchos embalsamados” del nacionalismo de derecha, sino como revolucionarios y revolucionarias. Eran una irrupción que hilvanaba retrospectivamente todas las discontinuidades pretéritas de las clases subalternas y oprimidas. Unas discontinuidades fugaces y verdaderas que se caracterizaban por denunciar la continuidad histórica del dominador, la continuidad de la mentira. De esta manera, comenzaba a consumarse un tiempo propicio para la intersección entre la historia y el acontecimiento. A partir del derrocamiento del peronismo, apelando a los modos de la logopea, tanto en poesía como en prosa, se fue construyendo un lenguaje original que desplegó todo su potencial y mostró su eficacia en la primera parte de la década del 70.

La payada desarrolla un contrapunto entre "El Letrista proscripto" y "El Letrista de Sesquicentenario" donde se entrecruzan lo paródico y lo trágico. Lamborghini construye un diálogo que denuncia una realidad opresiva para el pueblo, al tiempo que propone una búsqueda de las formas para contrarrestarla y superarla. En sentido estricto: construye una dialéctica bufa de la derrota y la resistencia, del llanto y la lucha, de la frustración y la esperanza. En efecto, el mar de fondo es la proscripción del peronismo y la Resistencia Peronista, el gobierno de Frondizi y el plan Conintes. Si bien el poema se puso en circulación seis años después de ser compuesto, la decisión de Lamborghini de publicarlo con un prólogo de Cooke demuestra tanto sus certezas respecto de la vigencia del fondo del texto como su confianza en que sus palabras podían adquirir los nuevos sentidos.

Parodiando los versos iniciales del Martín Fierro, "El Letrista proscripto" comienza diciendo:

—Me detengo un momento fondo

/monetario internacional;

en el fondo:

de bolas tristes

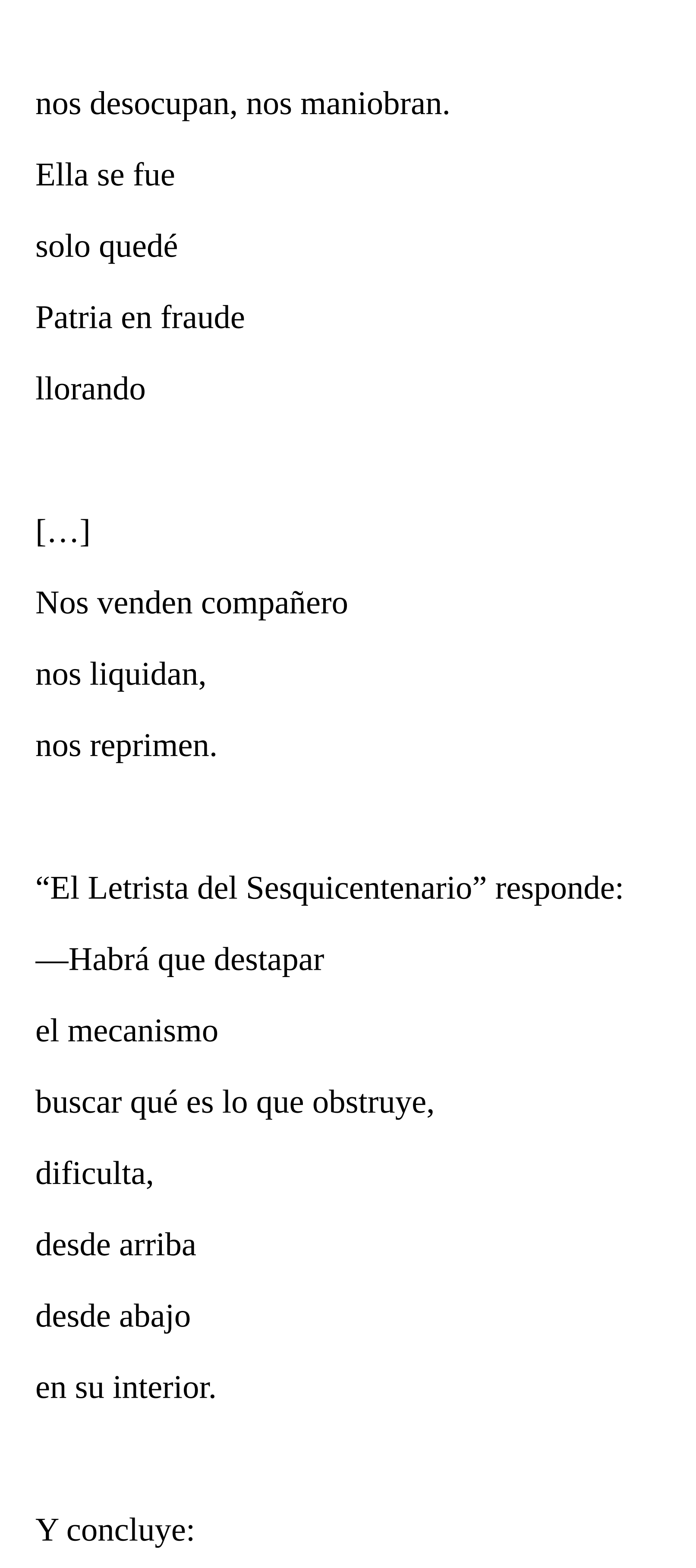
tango,

de bolas melancólicas.

Y más adelante:

Nos burlan compañero,

/nos engañan



nos desocupan, nos maniobran.

Ella se fue

solo quedé

Patria en fraude

llorando

[…]

Nos venden compañero

nos liquidan,

nos reprimen.

“El Letrista del Sesquicentenario” responde:

—Habrá que destapar

el mecanismo

buscar qué es lo que obstruye,

dificulta,

desde arriba

desde abajo

en su interior.

Y concluye:

—Poder

Poder;

a la oscura noche

del yo proscripto

circunscripto

digamos ¡Chau!

buscando

forzando

alcanzando

una

la salida

No es casual que Cooke haya sido convocado para escribir el prólogo. Varios testimonios coinciden en que lo hizo “de un tirón”, en unos pocos minutos. Cuentan que la escritura fue tan intempestiva como la decisión del autor de lanzar el poema a rodar. Cooke y Lamborghini compartieron situaciones históricas con intensidades y sensibilidades similares. Para Cooke, la poesía de Lamborghini era “una bofetada a los payasos solemnes”.[258]

En efecto, se puede identificar una identidad sustancial entre ambos. Si Lamborghini entendía la parodia como una “relación de semejanza y contraste”[259], como una forma de “asimilar la distorsión del sistema y devolvérsela multiplicada”[260], como un “canto paralelo”[261], que es algo bien distinto a la imitación burlesca; Cooke la concebirá de modo muy similar. Porque, de algún modo, el Bebe propuso parodiar al peronismo bajo las mismas coordenadas. ¿Acaso su relación con el peronismo no fue de semejanza y

contraste? ¿Acaso no asimiló la distorsión del peronismo y se la devolvió multiplicada? Un gesto que convirtió a Cooke en maldito para el país burgués, pero también para el peronismo burgués. ¿Acaso su praxis no puede ser considerada como un canto paralelo?

La parodia que presenta Cooke es una repetición con un importante grado de diferenciación, por lo tanto sin mímesis apacible, sin simulacro, sin burla. Su parodia busca interpretar y justipreciar la realidad, derribar todas las imposturas y denunciar todo lo que en la sociedad argentina y en el peronismo era pura pose y ceremonia hueca, por eso es esclarecedora y carece de afinidad con los ejercicios ilusionistas. Es una versión transgresora, con una carga irónica destacable, pero de ningún modo es una versión satírica.

Cooke desarrolla una crítica al capitalismo y propone una reescritura del peronismo, con palabras nuevas y con otra sintaxis. Y su reescritura es “intratextual” y pretende actualizar un género auténticamente “bajo”. Impulsa los deslindes nítidos; por eso, como nadie, pone en evidencia lo que peronismo tenía de caricaturesco, de realismo cínico, de sobreactuación de una “bajeza”, de atajo para pillos. Denuncia sus ficciones de corto vuelo. Coloca sobre el tapete sus imaginarios pusilánimes, todo aquello que ocultaba un horizonte que no iba más allá de la organización, desde el Estado, del avance moderado de capital, en fin: sus límites como movimiento emancipador de los de abajo.

Si el lugar de Lamborghini en la poesía argentina fue el de un “descolocado” y un “solicitante”, esto es: un inconformista, el lugar de Cooke en la política argentina en general y en peronismo en particular fue prácticamente el mismo. Cooke contrasta con la política argentina de las últimas décadas, uno de cuyos rasgos más patentes —con excepciones honrosas y, por ahora, periféricas— es la aceptación de las reglas y las situaciones preestablecidas por el sistema y el consecuente conformismo.

En 1973 la revista Peronismo y Socialismo, que dirigía Hernández Arregui,

dedicó buena parte de su primer número a Cooke. En una extensa nota, el Comité de Redacción lo reconocía como hito fundacional de la línea intransigente del peronismo y planteaba que había tenido la (mala) suerte de los precursores: "incomprensión y hasta soledad". Quienes hacían Peronismo y socialismo sostenían, casi a modo de desagravio, que toda la militancia revolucionaria estaba en deuda con él y que su ideario ganaba "terreno palmo a palmo en el peronismo después de su muerte".[262] Pero el optimismo militante del Comité de Redacción omitía señalar que, en esa encrucijada histórica, también ganaba terreno en el peronismo un "ideario" antagónico, y que, además, persistían en su militancia revolucionaria algunas zonas plagadas de ambigüedades políticas y simbólicas que conspiraban contra su promesa emancipadora. Por cierto, Peronismo y socialismo decidió modificar su nombre y pasó a llamarse Peronismo y liberación.

En ese primer número de Peronismo y Socialismo también se publicó un artículo de Lamborghini sobre Cooke. Al margen de algunos lugares comunes sobre la figura de Cooke, que circulaban con cierta profusión a comienzos de la década del 70, el poeta era riguroso en lo esencial. Escribió: "No diremos que nos queda su espíritu; hay un legado más completo: la formidable, centelleante obra ensayística donde campea el poderío de un pensamiento teórico político que, avalado por una práctica concreta junto a las masas, impresiona ante todo por su lozanía, por su actualidad".[263]

---

256 La obra de Lamborghini incluye, entre otros títulos: Saboteador Arrepentido (1955), Al público, diálogos 1º y 2º (1960), Las patas en la fuente (1965), Coplas al Che (1967), El solicitante descolocado (1971), Partitas (1972), Verme y 11 reescrituras de Discépolo (1988), Odiseo confinado (1992), Tragedias y parodias (1994), El jardín de los poetas (1999), Carroña última forma (2001), Trento (2003) y La experiencia de la vida (2003).

257 Decía Lamborghini: "El 27 de junio de 1966, fue impresa en mimeógrafo y repartida así en algunos medios. Por juzgarla de interés, la doy hoy a conocer, ahora, en libro". En: Lamborghini, Leónidas, Partitas, Buenos Aires, Corregidor,

1972, p. 6.

258 Véase: Cooke, John William, Prólogo a Lamborghini, Leónidas: La payada, Buenos Aires, mimeo, s/f. [1966].

259 Véase: Porrua, Ana, Variaciones vanguardistas. La poética de Leónidas Lamborghini, Rosario, Beatriz Viterbo, 2001.

260 Véase: Lamborghini, Leónidas: “El gauchesco como arte bufo”. En: Tiempo argentino, Buenos Aires, 23 de junio de 1985; y en: AA.VV., Historia Crítica de la Literatura Argentina, Vol. 2, Buenos Aires, Emecé, 2003.

261 Véase: Pérez, Alberto Julián, Literatura, peronismo y liberación nacional, Buenos Aires, Corregidor, 2014. Especialmente el Capítulo 11: “Leonidas Lamborghini: peronismo/parodia/poesía”.

262 Comité de Redacción: “Alrededor de John William Cooke”. En: Peronismo y Socialismo, N.º 1, Buenos Aires, septiembre de 1973, p. 13.

263 Lamborghini, Leonidas: “John William Cooke”. En: Peronismo y Socialismo, N.º 1, Buenos Aires, septiembre de 1973, p. 19.

John William Cooke y René Salamanca.

Sobre La astucia de la razón

y lo “apócrifamente auténtico”

A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos

Jorge Luis Borges

En La astucia de la razón, una novela del año 1990, el escritor José Pablo Feinmann propone una ficción que tiene a Cooke como uno de sus personajes centrales. El autor construye un diálogo entre Cooke y René Rufino Salamanca. Este último fue, en los comienzos de su itinerario político-sindical, un destacado dirigente del gremio metalúrgico, delegado de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). Luego pasó a formar parte del gremio de los mecánicos, el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), siempre en la provincia de Córdoba.

Nacido en la localidad cordobesa de Las Varillas, en 1940, desde muy joven Salamanca se vinculó a la actividad política y sindical de su provincia. Fue uno de los fundadores de la Agrupación Sindical Felipe Vallese, en el gremio de los metalúrgicos, y de la Agrupación Clasista 1º de Mayo, en el gremio de los mecánicos. Pero sobre todas las cosas, Salamanca fue una cabal expresión del sindicalismo clasista, antipatronal, antiburocrático y democrático, un hombre de izquierda que en 1968 se incorporó al prochino Partido Comunista Revolucionario (PCR), pero que siempre conservó, en el plano gremial, el apoyo de una buena parte de los trabajadores que se identificaban con el peronismo.

En 1972 Salamanca fue elegido secretario de la seccional Córdoba del SMATA,

una de las más importantes del país por aquellos años.

Las clases dominantes argentinas tenían bien en claro el significado de un dirigente obrero y popular como Salamanca, por eso la Dictadura Militar, en su caso particular, actuó con extrema celeridad y lo secuestró el mismo día del golpe, el 24 de marzo de 1976. Desde ese día, posiblemente uno de los más aciagos de toda nuestra historia, permanece desaparecido.

Feinmann también construye un diálogo entre Cooke y Hugo Hernández, un personaje de ficción, por pasajes una especie de alter ego del autor, pero no en el resto de la novela.

Más allá de que Feinmann se haya encargado en otros trabajos suyos de aclarar que esos diálogos eran ficcionales y, por lo tanto, no cabe hablar de un recurso innoble desde el punto de vista historiográfico, el primero, el diálogo entre Cooke y Salamanca circula en Internet y en otros espacios como si fuese una versión verídica y literal, como un testimonio histórico en sentido estricto. Y, salvo que se trate de personas vinculadas a medios académicos, u otros similares regidos por estrictos principios formales, suele interesar muy poco el carácter ficcional de este diálogo a la hora de considerarlo una fuente esclarecedora, útil para discernir la significación histórica de Perón y el peronismo y, en general, para problematizar y comprender la historia argentina de las últimas cinco décadas. Es probable que eso ocurra por diversos motivos que van de la destreza literaria de Feinmann al grado de verosimilitud contextual del diálogo. O porque, como decía el escritor Alberto Laiseca, no hay “nada más ficcional que el realismo, donde todo lo que escribimos está bajo luz del recorte ideológico”.[264] Entonces, hablamos de una verosimilitud que, como veremos, no tiene que ver precisamente con aquellos aspectos que podríamos denominar “heurísticos”, sino con la capacidad del autor para moverse con soltura en la frontera de lo probable, utilizando hábilmente los ornamentos característicos de las verdades aparentes y metiendo la totalidad en lo que el citado Laiseca llamó “la bolsa insondable del etcétera”.[265] Feinmann no compone lo que Jorge Luis Borges llamaba un “carnaval inútil”, no cae en el vicio de algunos “libros parasitarios”,

es decir; no coloca a “Don Quijote en Nueva York”.[266]

No nos parece descabellado analizar el relato de Feinmman a la luz de la historia. Tal vez la usual decodificación de la “ficción histórica” de Feinmann en clave de “realidad histórica” provenga del hecho de que, tanto Cooke como Salamanca, siguen habitando los pliegues de la memoria profética de los rebeldes por venir. Sus nombres conservan potencial subversivo y de ningún modo pueden asociarse al pesimismo respecto de las posibilidades que abren el protagonismo popular consciente y la acción humana. Cooke y Salamanca son la antítesis del desencanto y sus figuras, si consideramos el orden vigente, constituyen una denuncia. Por lo tanto, en ellos, se torna estrecho el vínculo entre el pasado y el presente.

Va de suyo que conviene evitar la asociación metafísica y positivista entre realidad-verdad y ficción-mentira. En lo posible, hay que hacerlo sin precipitarse en algunas exageraciones típicas de los formalistas. En La Astucia de la razón, la frontera entre la realidad y la ficción no son nítidas. A no olvidarse: “nada más ficcional que el realismo”. Como tampoco son nítidas las fronteras entre la historia y la política o entre la literatura y la política. Para nosotros un análisis histórico-político no tiene que ser extra estético. Todo lo contrario. Pero Feinmann no propone recursos “desorbitados” y eso hace compleja la tarea de discernir entre lo que es imaginación literaria e imaginación histórica.

El relato de Feinmann presenta a cuatro jóvenes estudiantes de la carrera de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Todos rebozan de ideas, energía, confianza, pasión intelectual y cierto fervor especulativo. En noviembre de 1965, Pedro Bernstein, Ismael Navarro, Pablo Epstein y Hugo Hernández se trenzan en un debate trasnochado y visceral sobre el sentido final de la filosofía.

Bien avanzada la narración, prácticamente en la mitad del libro (en el capítulo VI), uno de ellos, Hernández, el personaje de aparición más tardía, el personaje

demorado, interviene de modo decisivo. Su función en el relato consiste, de alguna manera, en saldar esa discusión sobre el sentido último de la filosofía. O colocarla en un punto más alto, proponer una superación.

Hernández le va a plantear a sus compañeros que la frase que expresaba el sentido último de la filosofía no había sido dicha o escrita por ningún filósofo sistemático, de esos de los que da cuenta la historia de la filosofía, sino que había sido pronunciada por el militante revolucionario argentino John William Cooke, que era claramente un intelectual, pero no un filósofo en sentido estricto. Como Hernández había sido testigo de ese momento culmine de la filosofía, se convierte en el narrador principal del capítulo; los otros personajes prácticamente no intervienen en este, se limitan a escuchar el relato de Hernández.

Feinmann parte de una circunstancia real y bien documentada: la conferencia dictada por Cooke en Córdoba el 4 de diciembre de 1964, en la sede de la FUC ("Universidad y país"), en cuyos argumentos se sustenta una parte del relato. En un primer momento, dicha conferencia tendría lugar en el aula magna de la Facultad de Arquitectura, pero las autoridades la prohibieron.

Hernández, enterado de la conferencia de Cooke, decide viajar desde Buenos Aires a Córdoba junto a otros compañeros de la Unión Nacional de Estudiantes (UNES), agrupación política de la que era dirigente. Van a Córdoba en procesión, como quienes van detrás de un profeta o de un oráculo.

Hernández describe a Cooke:

La voz de Cooke era brillante y potente, era, sin más, la brillante voz de un hombre brillante, y Cooke era así, tal como ahora lo veíamos y tal como lo habíamos visto antes, algunos en persona, otros en fotos siempre borrosas, algo

clandestinas, Cooke era así, es decir, era gordo y usaba barba, y usaba, también, un lenguaje agudo, conceptual, pero asimismo dramático y hasta épico…”.[267]

Lo que Feinmann-Hernández comentan en un principio es lo que se puede leer en esa conferencia de Cooke.

Pero luego Feinmann construye (“inventa”) una historia que ubica en el momento inmediatamente posterior a la charla de Cooke. Sucede que Hernández, casi por casualidad, termina sumándose a una reunión informal, con vino de damajuana y empanadas, que tiene lugar en el local del gremio de los mecánicos cordobeses, en la calle 27 de abril. Feinmann construye esa historia “como si” fuera la reconstrucción de “la historia”.

En esa reunión participan Cooke, Salamanca y otra figura histórica real, Antonio Marimón, alias El Flaco, un intelectual vinculado a Salamanca, autor en la década del 80 de la novela El antiguo alimento de los héroes[268], junto a otros miembros del sindicato. Por cierto, es Marimón quien invita a Hernández a subir a uno de los autos que se dirigen al local sindical después de la conferencia de Cooke.

De este modo, Hernández, primero es testigo de una conversación antológica de la historia política argentina y, más tarde, se convierte en protagonista exclusivo de otra circunstancia más íntima dónde Cooke pronuncia la frase que develaría el sentido último de la filosofía.

Hernández, entre otros, “registra” los siguientes pasajes de la charla Cooke-Salamanca:

“Mirá, Gordo”, dice Salamanca, “el problema es este: los obreros son peronistas, pero el peronismo no es obrero”. A lo que Cooke responde: “Si el peronismo fuera obrero como los obreros son peronistas, la revolución la haríamos mañana mismo”. Salamanca insiste: “Tenemos que conducir a la clase obrera al encuentro con su propia ideología, compañero. Que no es el peronismo”. “Estás equivocado”, dice Cooke. “Eso es ponerse afuera de los obreros. Eso es hacer vanguardismo ideológico, Salamanca…”

El debate continúa, Salamanca es punzante, rasca donde pica. No vacila. No necesita recurrir a palabras impresionantes. Sus argumentos poseen una carga de legitimidad extraordinaria que enriquece el diálogo. Salamanca era un hijo auténtico de la clase trabajadora argentina, un descendiente de campesinos devenido obrero industrial urbano, un hombre del Interior, un “cabecita negra”, revolucionario y de izquierda. No se trata de un pequeño burgués intelectualoide atiborrado de prejuicios liberales, de un “gorila de izquierda”. Una porción importante de su mundo cultural no era ajena a la de la clase trabajadora argentina. De algún modo su condición representaba las limitaciones del peronismo. Pero, al mismo tiempo, era un crítico de las prácticas sectarias y elitistas de la izquierda, de las organizaciones cuya praxis se asemejaba a una fábrica: recibir una línea en cuya elaboración no se había participado y aplicarla a pie juntillas. El discurso de Salamanca no se organizaba a partir de la articulación de consignas.

Pero Cooke es preciso e irrebatible. Sabe de antemano todas las respuestas porque conoce las preguntas desde hace rato. La conversación llega a su clímax cuando Cooke exclama: “me cago en Perón, Salamanca” (Hernández-Feinmann aclaran, con mucho tino, que se trata de una afirmación teórica, de ningún modo de un insulto). Tras lo cual Salamanca dice: “Nosotros también nos cagamos en Perón”. Pero Cooke insiste: “No, compañero, no estamos de acuerdo. Porque ustedes se cagan en Perón de una manera y yo y los peronistas como yo de otra. Porque para ustedes, compañero, cagarse en Perón es quedarse afuera. Afuera de Perón y de la identidad política del proletariado. Mientras que, para nosotros, cagarnos en Perón es rechazar la obsecuencia y la adulonería de los burócratas del peronismo…”. Y cierra: “Porque Perón, Salamanca, va a tener que aceptar lo que realmente es, lo que el pueblo hizo de él: el líder de la revolución nacional y

social en la Argentina. Ésa es, entonces, compañero, en suma, mi manera de cagarme en Perón”.[269]

Se puede decir que lo medular del diálogo ficcional entre Cooke y Salamanca se refiere al sentido de la sentencia escatológica: “me cago en Perón”. En primer lugar, cabe destacar que lo fecal remite a una coincidencia de fondo: la revolución no puede pensarse sin apelar a la corporalidad. Hay que poner el cuerpo. Luego, ambos estaban de acuerdo en que esa afirmación tan categórica significaba cuestionar el rol de Perón, que consistía en escindir al pueblo de lo que podía como pueblo, en succionarle o desviarle la potentia.

¿Creía realmente Cooke, en 1964, que a Perón se le podía imponer esa condición de líder revolucionario o que el general terminaría aceptándola como un hecho consumado? Creemos que existe evidencia suficiente para sostener que Cooke, en ese tiempo, no consideraba seriamente esa eventualidad. Por el contrario, era plenamente consciente de todos los equívocos que poblaban al peronismo. Solo basta con ver sus textos de la época. En este pasaje en particular, e hilando más fino, puede hablarse de un exceso de arbitrariedad en la articulación de ficción y realidad histórica, de recurso literario y contenido. Feinmann construye un inverosímil Cooke “movimientista”. Le asigna a Cooke una posición extemporánea que será característica de la organización Montoneros a comienzos de la década del 70. Cabe agregar: extemporánea y ajena al Bebe, que fue un precursor del “alternativismo”.

Lo cierto es que Perón tenía formas más eficaces de “cagarse en Cooke” y en todo lo que significaba Cooke por aquellos años.

Pero la cosa no termina ahí. También por pura casualidad, Hernández se da cuenta de que Cooke se alojaba en el mismo hotel, uno con un nombre a contramano de los acontecimientos: Hotel Mitre. Un nombre paradojal, como el propio nombre de Cooke. Es por esto que caminan y conversan varias cuadras en medio de una fresca madrugada cordobesa. Por un momento parece que la

voluntad de Cooke se toma un descanso. Un breve recreo de inacción. Pero no.

En esa charla íntima, en las calles de la docta, Hernández asiste a una "confesión" de Cooke. Las confesiones de madrugada con la complicidad de las sombras suelen ser de una eficacia literaria categórica. Después de la conferencia y de la charla con Salamanca, después de las empanadas y el vino, atravesando calles apacibles, en compañía de un muchacho que lo idolatra y lo venera, Cooke aparece relajado y abre su corazón. Con la ironía de un veterano, sentencia: "Una certidumbre es siempre un viaje". "Pero no hay muchos viajes, pibe. Porque solo hay tres certidumbres" [...] "Uno cree en Dios, en la revolución o en el suicidio". Luego le manifiesta su admiración por Jorge Luís Borges —otra paradoja—, le dice: "Cómo escribe ese gorila, eh". Y le cuenta que tradujo, del castellano al inglés, un cuento de Borges que trata sobre irlandeses y marxistas, solo para su solaz, y trae a colación una frase como signo de perfección: "An angry looking scar crossed his face", o sea: "le cruzaba la cara una cicatriz rencorosa". Así comienza el cuento "La forma de la espada", de 1942, que figura en Ficciones y trata básicamente sobre la traición y la cobardía.[270]

También le comenta que estaba cansado de ser Cooke. Afirmación que para Hernández-Feinmann es absolutamente borgeana. Y le dice que "un revolucionario es un buen traductor. Un tipo que traduce al lenguaje de la política a los signos de su tiempo".[271] En el relato de Hernández-Feinmann, Cooke aparece como un hombre auténtico, vital, pasional, generoso y profundo. Y todo indica que, en verdad, así era el Bebe.

Al finalizar el trayecto, al pie de la entrada del Hotel Mitre, Cooke lanza la frase que, según Hernández, condesaba revolución, dialéctica, la tesis XI de Marx sobre Feuerbach: en fin, la Historia misma, el sujeto apropiándose de su sustancia, asumiendo su voluntad histórica de ser. Cooke pronuncia la frase demorada que develaba el sentido último de la filosofía y lo hace hegelianamente, aunque más por la forma que por el fondo. Lo hace apelando a una formula poética, rotunda, pero en verdad poco especulativa y fervorosamente empírica (que, como sabemos, también es sartreana). Cooke le

dice a Hernández mientras la palmea el hombro: “Porque el peronismo, pibe… el peronismo es el hecho maldito del país burgués”.[272]

Feinmann muestra a Cooke como un genuino representante de una forma de filosofar propia de Nuestra América. Una forma colectiva, humana, compasiva, visionaria. Cooke representa el rechazo de la filosofía como exaltación de la idea pura y la reivindicación de todo aquello que pretende convertirla en praxis. Esto es, sencillamente, la opción por la articulación entre la idea y la realidad. La certeza de que las revoluciones son acontecimientos originales e irrepetibles.

¿Exageran Hernández-Feinmann al asignarle ese significado tan relevante a la sentencia cookista? No demasiado. Porque, aunque Hernández-Feinmman no lo digan de este modo estricto, están planteando que para Cooke una “universalidad”, pongamos por caso: la revolución socialista, para poner en práctica sus categorías principales necesita fondear en materialidades concretas, es decir, en particularidades, pongamos por caso: el peronismo en los tiempos de Cooke (y en tiempos inmediatamente posteriores a su muerte) o un momento cualquiera de coagulación de la memoria colectiva. La frase de Cooke es una crítica a las aproximaciones sistemáticas (a las teorías dizque revolucionarias) más atadas a las verdades sintácticas y que hacen agua, precisamente, a la hora de fondear en materialidades concretas.

Lo que la frase Cooke reclama es la fidelidad a las verdades semánticas, al tiempo que dice que es inevitable exponerse a los riesgos, a los accidentes, a los errores implicados en toda praxis colectiva que busca exceder el capitalismo y construir una sociedad emancipada de todas sus cadenas y sus miserias.

Claro está, esa materialidad concreta, ese momento de coagulación de la memoria colectiva, ese deseo social, hoy, ya no se llama peronismo. Va de suyo que existe el peronismo, y probablemente existirá por mucho tiempo, pero irremediablemente será otra cosa distinta (y antagónica) a un espacio real de transformación radical de la realidad. Como ya hemos señalado, el peronismo

hace tiempo que no presenta resquicios en los que puedan desarrollarse dimensiones similares a la de los años 60 y 70. Ya no cuenta como territorio retorcido y preñado de dilemas y promesas liberadoras para los de abajo. De esa categoría de promesas que permiten achicar la distancia entre el deber ser y el ser. Ya no lo habitan instantes de peligro, apenas la promesa amarreta de desarrollar estrategias de integración subordinada de los de abajo al sistema de dominación.

¿Feinmann construye una ficción verosímil —relativamente verosímil, por cierto — o ficciona un testimonio de alguna persona real? Una lectura atenta nos lleva a aceptar la primera alternativa, salvo que medie un testimonio (o varios) plagado de inexactitudes. Nos explayamos. Hablamos de la construcción de una ficción “relativamente verosímil” porque, además de la mencionada escasez de recursos desorbitados, existen algunos elementos endebles desde el punto de vista histórico, y no estamos hablando solo de lo que puede ser materia de interpretación, sino también de los datos crudos.

Ya hemos planteado la falta de correspondencia histórica de un Cooke “movimientista”, pero también hay otras cosas. En primer lugar, Salamanca, en 1964, no formaba parte del gremio de mecánicos, sino que revestía en el gremio metalúrgico, por lo tanto, el local del SMATA no era el mejor escenario para ese encuentro. Luego, aunque sabemos que Cooke era un hombre alejado de ciertos convencionalismos sociales y de toda pose solemne, no nos parece muy creíble el tono de extrema confianza del diálogo Cooke-Salamanca. Cuesta imaginar al joven dirigente cordobés de 24 años tuteando a Cooke, llamándolo, “Gordo”, a mediados de la década del 60 y sin tener una relación íntima. Antonio Marimón, por su parte, tenía 20 años y por ese tiempo era un estudiante que asistía un seminario de Literatura de Noe Jitrik donde se leía a Cortázar, especialmente Rayuela. O sea, el personaje Hernández tiene aproximadamente la misma edad que Marimón y es solo unos pocos años más joven que Salamanca. No se percibe esa cercanía en el relato, por el contrario, se nota cierta distancia generacional. También nos resulta incierto un Cooke que habla de sí mismo en tercera persona, como solía hacerlo Perón.

Feinmann coloca delante de Cooke a un Salamanca que, evidentemente, no existía en 1964. El Salamanca del diálogo se parece más al que se incorpora al PCR en 1968, al dirigente posterior al Cordobazo, al que ingresa con toda su experiencia a la planta de la fábrica IKA-Renault, al que gana la seccional Córdoba del SMATA en 1972, se convierte en Secretario General del gremio y alcanza proyección nacional; y no al joven "metalúrgico" de 24 años que era en 1964.

Finalmente, si nos atemos a la versión de Marimón en El antiguo alimento de los héroes, específicamente al relato el "El ausente", todo indica que la relación entre él y Salamanca se inició el mismo día del Vivorazo, el 15 de marzo de 1971. Ese día Marimón traspasa por primera vez la "pesada puerta de roble" de la casa de los mecánicos, en la calle 27 de abril. Un lugar "mitológico".

Marimón traza, además, un perfil de Salamanca que nos remite a los comienzos de la década del 70. Ese perfil es el que toma Feinmann, pero para situarlo a mediados de la década del 60. Podemos leer en "El ausente": "Era una virtud suya ordenar la confusión, imponer su propia seguridad" [...] Lo cierto es que era caudillo nato, un político que poseía el don de atraer las vibraciones y convertirlas en acontecimientos" [...] "Su voz era metálica tirando a aguda y su estilo directo, de orador de masas obreras".[273]

En realidad, Marimón se distancia del narrador. El personaje que habla es "Rubén" y nunca queda claro si se trata de un nombre de guerra, un alter ego o un "doble de riesgo" de Marimón (suponemos que se trata de esto último). Lo que sí está claro es el rol de ideólogo que le asigna Feinmann en su novela, claro está, con un desfasaje histórico de poco más de un lustro. Dice Marimón/Rubén: "…me extenuaba para ser eficaz y me enorgulleció como ningún otro un elogio de un delegado de fábrica: René es el cuerpo, pero aquel flaco, —y me señaló— es el espíritu".[274]

El libro de Marimón, como el de Feinmann, está atravesado por el contrapunto

entre literatura y política. Como bien señaló Beatriz Sarlo respecto de El antiguo alimento de los héroes: “Alguien se prepara para ser escritor, en Córdoba, a fines de los años sesenta [...] Alguien se prepara para ser escritor y, de pronto, encuentra en su camino a la política”.[275]

En su libro Cabecita negra. Ensayos sobre literatura y peronismo, Mariano Pacheco analiza la película Los traidores de Raymundo Glayzer y afirma que: “Resulta interesante reparar en las ventajas que otorga la ficción para construir un personaje de tipo ‘realista’ (en el sentido marxista del concepto, es decir, que logra ofrecer un ‘tipo’, concretar en sí una determinada cantidad de elementos y contradicciones sociales)”.[276] Cooke y Salamanca son personajes de este tipo. Por esta condición de “símbolos supremos” de los personajes, disminuye el riesgo de que las ideas los opaquen o que directamente se los engullan. La eficacia del relato de Feinnman radica, principalmente, en su capacidad para conciliar una tesis filosófica y política con el arte, la idea con el lenguaje, el contenido con el código, logrando un equilibrio entre la realidad y la ficción absoluta, entre las circunstancias históricas y la imaginación. Recurriendo a la terminología de Pierre Menard, podemos afirmar que Feinmann se aproxima a una creación “apócrifamente auténtica”.[277] Además, debemos reconocer que Feinnman parte de personajes “directos”, que carecen de toda plasticidad entre otras cosas porque son generosos, porque no mienten. Ambos expresaban, cada uno a su modo, la lucha de clases en las fábricas y en el sindicalismo y a una clase trabajadora politizada, con iniciativa y con cierto grado de independencia respecto de la hegemonía ideológica y cultural del capitalismo. Entonces, ni Cooke, ni Salamanca son materia moldeable hasta la deformidad, como Perón, por ejemplo, que resulta mucho más maniobrable literariamente como suele ocurrir con las figuras egocéntricas y ambiguas. ¿Es válido afirmar que el relato aporta más a la reflexión histórica y política y menos a la literatura? ¿Acaso la clave en la que se lo decodifica usualmente no podría presentarse perfectamente como la mejor evidencia? Nosotros creemos que no tiene mucho sentido plantear una escisión tan tajante entre política y literatura, menos en la Argentina. Como V. I. Lenin, creemos en las posibilidades transformadoras de la “acción literaria”.

En el mismo libro, en el capítulo VIII, Feinnman inventa un diálogo entre Karl Marx y Felipe Varela, que a nadie se le hubiese ocurrido confundir con un

momento histórico. Es cierto que los datos disponibles lo hacen absolutamente inverosímil. Todos sabemos que Marx nunca estuvo en el Pozo de Vargas, en la provincia de La Rioja, en el Norte argentino, en las vísperas de una batalla que sellaría la derrota del Caudillo federal catamarqueño alzado contra el proyecto porteño. Pero el diálogo, en ciertos aspectos de fondo, es igual de atractivo que el anterior. Y los personajes también son del tipo "realista". Vale tener presente que la batalla del Pozo de Vargas fue en 1867, el mismo año en que se publicaba El Capital. No es una simple coincidencia. Es una encrucijada.

El Marx que Feinmann coloca frente a frente con Varela elude el estereotipo fácil. El Marx que no comprendió a Simón Bolívar perfectamente podría no haber sentido ninguna empatía con Varela. Pero Feinmann no construye un Marx fríamente determinista y colonialista, empecinado en la concreción de un proceso objetivo y unilineal, previsto e idealizado. No se basa exclusivamente en el Marx de inicios de la década del 1850, en el joven Marx. En última instancia se trata de Marx, no de Juan Bautista Justo o de Vittorio Codovillla. En la versión de Feinmann, Marx aparece atormentado, desdichado; expresando una contradicción lacerante entre la "necesidad histórica" y la opción por los oprimidos. Y así como el Marx real mostró siempre su admiración por Espartaco, por Müntzer, por la Comuna de París, entre otros derrotados, el Marx de Feinmann detesta al sanguinario de Bartolomé Mitre, pero no puede dejar de verlo como el portador de un "orden superior" e "inevitable", como una traumática pero ineludible estación de paso. Simpatiza abiertamente con Varela, pero al mismo tiempo no puede evitar considerarlo una especie de rémora, una antigualla, una expresión de unas bases materiales insuficientes frente al desarrollo de las fuerzas productivas, el progreso, la modernidad, la razón o la realidad misma (si nos atenemos al punto de vista de Hegel y de Perón). O sea: Marx se presenta solidario con la alteridad, pero resignado ante la ontología totalizante de la teleología. El quijotesco caudillo Varela, solo cabe en su teodicea grandiosa como momento a ser superado.

Para Marx, Varela estaba derrotado de antemano, sentenciado por la historia, por una razón que, a la corta o la larga (por medios lineales o apelando a alguna "astucia"), terminaría imponiéndose. Desde un punto de vista ético y moral Marx está con los oprimidos, pero desde el punto de vista "científico" está

convencido de que la contradicción se resolverá a favor de la necesidad y la inevitabilidad histórica. Marx separa la perspectiva cognoscitiva de la perspectiva ética. No considera el trasfondo colonialista, no ético y absolutamente inmoral, de la primera. Por cierto, en la invención de Feinmann, Marx aparece hablando para “los otros” (cuya suerte considera ya decidida), mientras que Varela simplemente habla con Marx.

Marx asigna prioridad a los principios teóricos, a unas supuestas “verdades universales” (¡leyes!), a una especie de demiurgo material (que se parece mucho a un remedo de la idea absoluta que se desarrolla a sí misma) en fin, a unas abstracciones. Aferrado a una visión teleológica de la historia, saturado de siglo XIX, no contempla las “posibilidades históricas”. No considera las especificidades, las situaciones concretas, los desarrollos desiguales y combinados (o directamente, desconectados). No toma en cuenta lo meramente tendencial e hipotético; o peor, no quedan claras las diferencias entre las categorías tendenciales y las categorías lisa y llanamente fatalistas. No logra percibir la potencia de los formatos colectivistas, la capacidad de autodeterminación de los de abajo. Parece olvidar que la verdad es una cuestión de praxis y que los hombres y mujeres pueden transformar sus circunstancias. No puede articular la realidad con los ideales, porque es portador de una filosofía que poseía algunos sustratos que colisionaban con las condiciones que ofrecían las realidades periféricas. O porque tiene internalizado un conjunto de instrumentos hermenéuticos inadecuados para la dinámica de la historia que transcurría en los márgenes. Puede que hacia 1867 esa haya sido la elección de Marx, pero esto es solo una conjetura.[278]

Entonces, desde la batalla del Pozo de Vargas y desde la aparición de El Capital, desde el apócrifo encuentro entre Marx y Varela (la realidad y la ficción se reparten aquí la carga simbólica en forma pareja), queda instalada la necesidad de una frase que proponga la superación de esa y otras contradicciones derivadas, que ofrezca una perspectiva cognitiva que supere la falacia reduccionista, descontextualizada y a-crítica de la racionalidad instrumental euro-céntrica y que sea capaz de incluir al extenso conjunto de dimensiones de una realidad histórica heterogénea, discontinua… En la Argentina, la frase se demorará un siglo, hasta que, finalmente, la termine pronunciando Cooke,

descarnado y altisonante, espontáneo e hiperbólico, en una madrugada cordobesa, con aliento a empanadas y vino tinto.

A modo de cierre queremos destacar que, posiblemente, el dialogo ficcional entre Cooke y Salamanca sea mucho más eficaz que otros relatos “reales”. Sobre todo cuando se trata de sintetizar algunos problemas irresueltos de la argentina contemporánea. Y lo es a pesar de sus elementos más falibles y hasta evitables, como sus “leves anacronismos” o sus hechos parciales; de sus detalles indocumentados y de sus costados interpretativos más discutibles.

---

264 Véase: Laiseca, Alberto: “Para leer el Matadero”. En: diario Página/12, Suplemento Radar, 25 de marzo de 2017, p. 27. [Se trata de una conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional en el año 2007].

265 Ibidem.

266 Véase: Borges, Jorge Luis, “Pierre Menard, autor del Quijote”. En: Ficciones. En Obras completas, Tomo I, Buenos Aires, Emecé, 1996, p. 446.

267 Feinmann, José Pablo, La astucia de la razón, Buenos Aires, Planeta, 2014, pp. 144, 145.

268 Marimón, Antonio, El antiguo alimento de los héroes, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

269 Ibidem, pp. 155,156,157,158.

270 Véase: Borges, Jorge Luis, Op. cit., pp. 491-495.

271 Feinmann, José Pablo, Op. cit., pp. 1166, 167, 168, 169.

272 Ibidem, p. 170.

273 Marimón, Antonio, Op. cit., pp. 134, 135, 137.

274 Ibidem, p. 138.

275 Sarlo, Beatriz: “Sobre El antiguo alimento de los héroes”. En Marimón, Antonio, Op. cit, p. 224.

276 Pacheco, Mariano, Cabecita negra. Ensayos sobre literatura y peronismo, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2016, p. 264.

277 Véase: Sazbón, José, Historia y representación, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 334.

278 Por supuesto, existen pasajes de la obra de Marx, cuyos alcances teóricos y éticos muy vastos, en los que esta tensión aparece resuelta de otro modo. Es decir, sin caer en un evolucionismo de tipo unidireccional, más cerca de la noción de “desarrollo desigual”, de la opción por las “posibilidades históricas”,

de los análisis contextuales. Por ejemplo, pasajes en los que Marx se opone de plano a quienes querían convertir lo que él consideraba un “esbozo histórico sobre la génesis del capitalismo en Europa occidental”, en una “teoría histórico-filosófica sobre la evolución general” (nótese la contraposición entre “esbozo” y “teoría”); donde muestra sus simpatías con los populistas rusos; donde se refiere a las posibilidades regeneradoras que presentaba la tradicional comuna campesina rusa (“una forma elevada”) en la transición al socialismo; etcétera. Véase: Petruccelli, Ariel, Ciencia y utopía. En Marx y en la tradición Marxista, Buenos Aires, Herramienta-El Colectivo, 2016.

John William Cooke:

pensamiento nacional

y pensamiento emancipador

"La Nación del Estado es, pues, una representación caricaturesca de la substancia de la nación. Todo lo que en esta es contradictoriedad, conflicto, inestabilidad, fluidez, posibilidad de un mundo diferente, aparece en aquella como acuerdo, armonía, permanencia, rigidez: como clausura dentro de los límites de lo establecido."

Bolívar Echeverría

La figura de John William Cooke es inasimilable para algunas configuraciones de la tradición nacional-popular; concretamente para la expresión que constituye su versión canónica y hegemónica: policlasista, neodesarrollista, semicorporativa, seudomodernizadora, estatalista y filoburguesa. La versión que no impugna el orden existente (el sistema capitalista, la sociedad burguesa), la que reduce lo posible a lo dado y la que asume la gestión progresista del ciclo económico como horizonte. Una versión incompatible con el pensamiento emancipador y el discurso crítico, dado que está constituida como discurso apologético de la organización de una sociedad en función del proceso de acumulación de capital o, por lo menos, como relato aquiescente con la misma. En fin: una expresión de la totalización de la "socialidad" burguesa y de un sentido histórico que se da por concluido. Un discurso del poder. Un lenguaje producido por la burguesía y, por lo tanto, mistificador de la autodeterminación nacional y cosificador del sujeto popular. El nacionalismo que criticaba Frantz Fanon en Los condenados de la tierra: no explicado, enriquecido ni profundizado y que conduce a un callejón sin salida.[279]

Esta configuración, apelando a legitimidades fundadas en supuestas esencias

históricas (ethos, sentimientos, costumbres), tiende a atribuirse a sí misma la práctica nacional y el discurso nacional. Se reserva esto íntegramente para sí misma. Toda acción y toda narrativa nacional desplegada por fuera de sus dominios aparece de antemano condenada a habitar las regiones del olvido o, directamente, es ubicada en la zona reservada para la "extranjería", el "cipayismo" y… ¡la "sinarquía"!; o para los denominados "idiotas útiles de siempre" que, supuestamente, "le hacen el juego". La capacidad de producir y administrar los sintagmas —y la discursividad en general— sobre lo nacional que posee esta configuración proviene de su destreza para reproducirse en el abajo instalando principios de unificación e igualación, y de su influencia en los imaginarios de diversas instituciones de la sociedad civil y el Estado: organizaciones políticas y religiosas, sindicatos, universidades, editoriales, algunos medios de comunicación, etcétera.

Desde luego, existen configuraciones no hegemónicas (y alternativas) de dicha tradición que remiten a la totalización de una "socialidad" no capitalista. Configuraciones ajenas al espectro ideológico burgués y que se niegan a compartir su objetividad (que se relacionan tanto a las condiciones productivas y reproductivas impuestas por el capital como a las significaciones burguesas coaguladas). Configuraciones transgresoras del canon característico del significar dominante. Configuraciones disidentes que desafían la visión de lo nacional-popular impuesta por la configuración hegemónica, que invitan a discutirla, que resisten sus principios de unificación e igualación y sus determinaciones procapitalistas, que incorporan sintagmas que provienen de horizontes no reconocidos por esta configuración "oficial" y que prefiguran otros proyectos políticos. Configuraciones estructuralmente críticas y desmitificadoras para las cuales el sentido histórico es principalmente una búsqueda.

Por ejemplo, existen configuraciones de lo nacional-popular liberadas del relato estatal, burgués y desarrollista que además buscan articularse con las formas de contrasociedad, tanto de manera retrospectiva, de cara a la construcción de sus imaginarios históricos y sus genealogías rebeldes, como prospectiva, en la elaboración de sus proyectos políticos de cara al futuro. En este tipo de configuraciones, lo nacional-popular no puede ser asimilado por una alternativa burguesa y no nutre los imaginarios colectivos afines a la subordinación popular

y a la apropiación del capital de las condiciones de la praxis social. De manera similar, la crítica al orden neocolonial y al eurocentrismo no corre el riesgo de ser incorporada a ninguna concepción burguesa de la cultura, la educación (y la vida en general). El antiimperialismo, excediendo las posiciones exclusivamente culturalistas y fundadas en atavismos, intenta dar cuenta de los mecanismos de la competencia y de las lógicas de la acumulación capitalista a nivel mundial. El antiimperialismo, más que en elites políticas virtuosas y "patrióticas" que gestionan el Estado nacional en representación de las clases subalternas, pasa a fundarse en el autogobierno de los de abajo.

A diferencia de las configuraciones hegemónicas de lo nacional-popular, estas configuraciones críticas y disidentes no remiten a identidades conformistas y arrinconadas en los límites orgánicos del nacionalismo burgués y del fetiche del desarrollo capitalista nacional. No expresan un consenso corporativo, un acuerdo circunstancial de intereses privados, sino un compromiso colectivo con la emancipación de las clases subalternas y oprimidas de la nación. A diferencia del nacionalismo retórico que apela a la utopía emancipadora y a la épica plebeya para después mostrarse incapaz de trascender las acciones compatibles o abiertamente favorables a las clases dominantes, las configuraciones alternativas de lo nacional-popular están predispuestas a asumir las consecuencias del lugar epistemológico que reivindican.

Vale aclarar que estas configuraciones disidentes se manifiestan tanto en imaginarios como en realidades concretas, aunque persisten marginadas y subsumidas (cuando no ocultas) en el espacio de heterogeneidad extrema de la configuración hegemónica que, en algunas circunstancias históricas, no desestima la posibilidad de considerar a las primeras como "anticuerpos" necesarios que deben ser integrados, a pesar de que, como hemos señalado, no esté en condiciones de asimilarlas a su propia síntesis.[280] Las configuraciones disidentes también permanecen como estrato profundo de vida social espontáneamente anticapitalista y comunitaria, y como politicidad (y potentia) popular que se resiste a ser enajenada por el capital.

En rigor de verdad corresponde aclarar que, en general, estas configuraciones alternativas no lo son en un sentido estricto. Por ahora son solo esbozos de futuras configuraciones, o posibles insumos para las mismas. En este, nuestro tiempo, solo se ponen de manifiesto algunos elementos fragmentarios, retazos. Siguiendo a Antonio Gramsci, podríamos pensar la precariedad de las configuraciones alternativas de lo nacional-popular por el grado de disgregación y por el carácter episódico que signa la historia de las clases subalternas y oprimidas, y por la intensa e incesante intervención de las clases dominantes en pos de la ruptura de cualquier tendencia hacia la unificación de las primeras.[281]

Por lo tanto, resulta evidente que el denominado campo nacional-popular, un espacio dinámico de disputa de sentidos y proyectos, ha sido y es objeto de constantes reconfiguraciones y, si bien presenta momentos de fijación en su transcurrir histórico, no debería considerarse como un espacio fijo. Las tendencias a eternizar (y reificar) lo que fue un momento de fijación y aferrarse a él, sin dar cuenta de la variabilidad contextual, solo puede tener sentidos conservadores. Ocurre a menudo que lo que puede desempeñarse como matriz cultural resistente en un determinado tiempo, no necesariamente replica esas funciones en otro. Podemos considerar, a modo de ejemplo, la poesía gauchesca, ciertas versiones de la historiografía revisionista y al peronismo de izquierda o a la izquierda peronista.

Todo aquello que en un período histórico expresó el rechazo a las lógicas abstractas que subordinaban las formas concretas de la vida, puede devenir una nueva lógica abstracta. Aquello que supo esclarecer y desfetichizar, deviene factor de encubrimiento y fetichización. Lo que fue “energía suprasocial comunitaria”[282], el motor de los conflictos sustantivos, deja de serlo. La elaboración teórica se empobrece. Las tradiciones pueden ser traicioneras, sobre todo las que se caracterizan por la fascinación por los sortilegios pragmáticos.

La configuración hegemónica de la tradición nacional-popular idealiza un momento de fijación relacionado con circunstancias históricas donde fue posible la solidaridad relativa entre las clases y grupos sociales con intereses históricos

antagónicos. Es decir, esta configuración opta por erigirse sobre una solidaridad interclasista relativa, sobre la coincidencia del interés permanente de algunas fracciones de la burguesía argentina y el interés temporal y circunstancial (ni general, ni permanente) de las clases subalternas y oprimidas. Esas circunstancias históricas, además, funcionan como su horizonte. El anhelo de reeditarlas constituye uno de los fundamentos de su proyecto político.

En esta maniobra idealizadora, la matriz hegemónica de la tradición nacional popular queda en deuda con el historicismo que constituye uno de sus pilares filosóficos más distintivos. Porque, de alguna manera, roza la idea de una razón permanente, igual a sí misma, válida para todas las personas, para todos los tiempos y para todos los paisajes; porque opta por una narración más centrada en las ideas que en las cosas; porque comete el peor pecado en los términos de su propia religión: sustituye lo real. Un pecado de leso iluminismo, un pecado contra la conciencia histórica. Una "exaltación teórica".

La nación es un "objeto" inacabado, es una praxis. Se está constituyendo (y se está historizando) todo el tiempo. Desde abajo, como ámbito de fraternidad y como horizonte plebeyo que intenta deslastrarse de las incrustaciones coloniales e imperialistas, como diversidad subalterna, como reconstrucción del pueblo desheredado, como producción de significados que resisten espontáneamente o impugnan la objetividad capitalista, en los términos de Bolívar Echeverría: "como forma de organización espontánea de los distintos aspectos de una existencia social en tanto que totalidad comunitaria"[283]; pero también desde arriba (principalmente desde el Estado), como espacio de dominación, de separación, enajenación, control y fortalecimiento de esas incrustaciones, como diversidad entre clases y sectores sociales con intereses antagónicos, como objetividad capitalista basada en la solidaridad supraclasista. Solo en el primer caso la conciencia nacional se corresponde a procesos de formación de una autoconciencia nacional.

Cooke parece ser incompatible con las fórmulas y los imaginarios sostenidos por la versión convencional y fosilizada de tradición nacional-popular.

Principalmente porque es una figura que muestra los límites y las contradicciones de quienes se consideraban (y se consideran) administradores exclusivos del énfasis en la singularidad de la realidad nacional, que lo utilizan para justificar la participación subordinada de las clases subalternas y oprimidas en bloques de poder dirigidos por algunas fracciones de las clases dominantes.

Por eso Cooke no puede funcionar como “significante comodín”. Se trata de una figura cuyos sentidos más profundos no se pueden desplazar fácilmente. Por su contenido y por su significación ideológica y pragmática, es una figura difícil de traficar. Su pensamiento carga demasiadas propuestas para el presente y el futuro, propuestas para construir alternativas de poder auténticas de y para los trabajadores. Cooke pesa como pasado por el futuro que proyectó y sigue proyectando. Entonces, es pasado inconveniente. Su letra no es inofensiva y todavía quema. Cooke es un escándalo teórico e histórico. Se resiste a la condición de “clásico”, persiste moderno. Cooke es la expresión de una dignidad revolucionaria siempre dispuesta a rearticularse con lo que bulle desde abajo. Esto explica en buena medida la oquedad de aquellas expresiones políticas que intentan reeditar un peronismo de izquierda y que, en esa faena extemporánea, apelan a Cooke.

En 2011 Sebastián Skolnik se refería un “cookismo trucho”. Una especie de neocookismo condenado a ser “más estético y retórico que materialista”. Skolnik afirmaba que “las experiencias plebeyas o de radicalización no pasan por ninguno de los cánones o de las categorías con las que el peronismo de izquierda piensa lo heredado. En la actualidad, es difícil pensar que la clase obrera sea el sujeto de la revolución. No lo piensa realmente nadie. Y, sin embargo, apelar a un cookismo sin hacer la elaboración política de qué significa lo plebeyo hoy, y mistificarlo en fórmulas mágicas heredadas es un obstáculo real para asir el problema. El neocookismo formula una apuesta ficticia a que el peronismo mismo (o las formas que se articulan alrededor del peronismo o las construcciones que vayan sucediendo en el peronismo) va a radicalizar el proceso. Es una trampa porque en realidad, lamentan el desborde más que fomentarlo. En este sentido, se parece bastante a la visión de la burocracia que denunciaba Cooke”.[284]

De este modo, las puertas para ingresar al panteón de los “pensadores nacionales” no siempre (en realidad casi nunca) han estado abiertas de par en par para Cooke, básicamente porque impugnó el modelo del “acuerdo nacional” y supo ir más allá de los confines establecidos por la revolución burguesa radical, la ampliación democrática del desarrollo capitalista y el nacionalismo defensivo, sustrayéndose a la ilusión de la incesante perfectibilidad de la sociedad burguesa.

Cooke no centró su propuesta en la eliminación de los “abusos” de la sociedad capitalista sino en la transformación de las relaciones de producción y propiedad. No concibió la transformación de la sociedad burguesa como un proceso pedagógico, sino como un proceso revolucionario. Buscó desanclar la iniciativa de la lucha de clases del mar de fondo de la burguesía y su alianza reformista. Colocó el enfrentamiento social y político en un plano más elevado.

Cooke no recurrió al adjetivo “nacional” como cifra del espectro ideológico burgués y no invocó peculiaridades insoslayables a modo de conjuro contra la lucha de clases y los contenidos anticapitalistas. No antepuso la dimensión nacional a la dimensión clasista de la vida social, la autodeterminación nacional a la autodeterminación (y al autogobierno) de las clases subalternas y oprimidas. No antagonizó la nación con el socialismo; por el contrario, los reconoció como planos que debían ser inseparables y sugirió posibles puntos de confluencia. Desde fines de la década del 50, fue delineando una crítica a las formas mistificadas de la autodeterminación nacional. Entonces, no cayó en el antiimperialismo retórico y acotado a las regiones secundarias. Supo detectar al Imperio operando en las estructuras de poder interiores: económicas, sindicales, políticas, culturales.

Captó tempranamente un conjunto de circuitos, interdependencias y unificaciones funcionales, por eso asumió el socialismo como el único camino posible para resolver la “crisis argentina”. Aportó una mirada estratégica, desde el peronismo, sí, pero también —y fundamentalmente— alternativa al peronismo. De esta manera, se aproximó a la noción de “sistema mundial” como

unidad de análisis, no se centró pura y exclusivamente en los componentes locales. Por ende, todas las fuerzas sociales se le presentaban como “internas”. Asimismo, se alejó de la Nación del Estado y del capital y dio cuenta de una serie de códigos culturales e históricos de la nación de los de abajo, de la nación como resistencia y socialidad anticapitalista.

Entonces, como Cooke cuestionó la predisposición a separar lo nacional de la lucha de clases, se negó con énfasis a considerar al imperialismo y al colonialismo (internos o externos) como hechos desvinculados del capitalismo que los reforzaba. “El Bebe” no estaba de acuerdo con la composición del sujeto popular como un sujeto no clasista y repudió la maniobra que lo subsumía en un espacio que expresaba la trascendencia de la particularidad burguesa. En su idea del “frente nacional” el componente plebeyo era determinante. Y si bien este frente podía (y debía) integrar a otros sectores, el liderazgo estaba reservado para los de abajo.

Como en la mayoría de las formulaciones del pensamiento nacional, Cooke partía de considerar la contradicción imperialismo-nación como la principal. Ahora bien, a partir de determinado momento de su itinerario, asumió que el capitalismo periférico difícilmente podía escindirse del imperialismo, que sin un cambio radical de sus estructuras su hado sería la permanencia en una fase de eterna transición. En esa encrucijada Cooke marcó la diferencia con las versiones del pensamiento nacional que apostaban a la nacionalización del capitalismo y al desarrollo de un nicho de acumulación (capitalista) endógeno, desenganchado del proceso de acumulación mundial como camino para exceder la condición periférica. También dejó establecida sus discrepancias con quienes concebían la contradicción entre imperialismo y nación como una contradicción entre un capitalismo puro y extranjerizante y un capitalismo impuro y nacional. Cooke asumió una determinación anticapitalista: prefirió la impureza inherente al proceso de construcción del socialismo en Argentina y en Nuestra América. En esa impureza, precisamente, reconoció un signo de la raigambre y la radicalidad del socialismo.

Cooke supo diferenciar y extraer de las invocaciones a la “posición nacional” el componente de manipulación de una identidad cultural plebeya por parte de aquellas facciones de las clases dominantes y del Estado que aspiraban a ampliar su base hegemónica. Luego, expuso ese componente. Lo puso en evidencia. Mostró el grado de abstracción de ese tipo de nacionalismo (y este tipo de antiliberalismo), los modos verticales de la solidaridad interclase que promovía, su condición de instrumento de justificación del statu quo. Denunció el destino opresor de una narrativa que no estaba a la altura de la realidad. Solía decir que un movimiento podía ser policlasista, pero jamás una ideología.

Para Cooke, la articulación de las coordenadas clase/nación era la base del conocimiento de la totalidad y del autoconocimiento de la clase trabajadora. El punto de partida para desarrollar una estrategia de poder autónoma, alejada del horizonte del “buen capitalismo”, el “culturalismo telúrico” y otras identidades conformistas y arrinconadas. Vale traer a colación a Rene Zavaleta Mercado que decía que “el nacionalismo sin el concepto de lucha de clases no sería sino otra forma de alienación”[285]; y también a Eric Hobsbawm, que sostenía que “la adquisición de conciencia nacional no puede separarse de la adquisición de otras formas de conciencia social y política”.[286]

Asimismo, Cooke reclamó ese énfasis en los hechos concretos para el marxismo que, de este modo, se desprendía de su universalismo abstracto, de todos sus formalismos —que los tenía, al igual que la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular— y encontraba su sentido más recóndito en la historia de las clases subalternas y oprimidas, en sus experiencias, en sus luchas, en sus resistencias contra la opresión y la explotación, en sus rebeldías. Por lo tanto, el marxismo de Cooke se diferenciaba del marxismo dogmático y se relacionaba directamente con la insubordinación del mundo periférico.

Cooke, como la izquierda revolucionaria (peronista o no) que emergió después de su muerte, pueden verse como la expresión de una crisis de la conciencia burguesa dominante en la clase trabajadora. Una crisis que devino menos de la influencia directa de las figuras y las organizaciones revolucionarias que de la

experiencia histórica popular —del proceso de la lucha de clases—, sobre todo desde 1955 y, con particular intensidad, a partir del Cordobazo, el 29 de mayo de 1969. Cooke y esa izquierda llevaron hasta sus últimas consecuencias las implicancias prácticas de las trilogías: pan, patria y poder para el pueblo, o independencia económica, soberanía política y justicia social. No las leyeron en clave occidental y antimarxista. Quisieron transformar la rebeldía innata de los trabajadores de Argentina en autoconciencia histórica. No se identificaron con los lugares comunes del peronismo (por ejemplo: "las veinte verdades del peronismo"), sino con sus contenidos socializantes, con sus núcleos semánticos más disruptivos, con su léxico clasista espontáneo, con sus costados malditos; supieron leerlos como emergentes de la lucha de clases y los convirtieron en punto de partida para una transformación radical, desde abajo, esto es: los potenciaron como condiciones de transformación.

Hace algún tiempo, el periodista Tomas Eloy Martínez hacía referencia a un duelo simbólico entre Jorge Luís Borges y Juan Domingo Perón. En este duelo veía una síntesis que consideraba representativa de medio siglo de historia argentina. Cooke y las manifestaciones más auténticas del peronismo revolucionario relativizaron ese duelo simbólico porque instalaron un antagonismo mucho más profundo. Tan pero tan profundo, que los motivos del duelo entre Borges-Perón no pueden dejar de verse como meros formalismos estéticos. Borges y Perón compartían abstracciones demasiado importantes, podría decirse que en el fondo creían en los mismos espejismos. ¿En qué duelos simbólicos podemos entreverar a Cooke?

No debe extrañarnos que ciertos "lugares de la memoria" sigan vedados para Cooke, concretamente: el sitial del "pensador nacional" fundamental. Su itinerario herético lo ubica en los márgenes del mismo y, de alguna manera, nos plantea la necesidad de reinterpretar y trascender las viejas tradiciones y genealogías y, sobre todo, la necesidad de crear unas nuevas. Lo que para Cooke —y para nosotros— era un punto de partida, para otros era (y es) un punto de llegada. Los proyectos políticos del presente, y nos referimos específicamente a los que invocan contenidos populares y objetivos revolucionarios, no pueden hacerse cargo de esa herencia, de esas porciones de pasado irresueltas. Porque no son en verdad populares y revolucionarios o porque —por ahora— no llegan a

ser proyectos.

El denominado “pensamiento nacional” como expresión de la versión hegemónica de la tradición nacional-popular reclama para sí una identidad histórica y una matriz “autónoma” a la hora de pensar el mundo, al tiempo que adhiere a una perspectiva situada, desde Argentina, desde Nuestra América, desde la periferia; en concreto, la “posición nacional” mencionada. También reivindica el carácter heterogéneo de la cultura popular. Pero esa identidad, esa matriz y esa perspectiva son harto imprecisas. Sus manifestaciones concretas en los procesos históricos han sido muy disímiles. Luego, la reivindicación de lo heterogéneo propuesta desde la versión hegemónica de la tradición nacional-popular suele ser un mecanismo para contrabandear valores, pensamientos y proyectos de las clases dominantes. Entre otras cosas, porque se trata de una heterogeneidad no concebida como superposición de diversos tiempos históricos, sino como alianza entre diversas clases sociales con fines políticos. Entonces, cabe preguntarse: ¿Autonomía en relación con qué? ¿Cuáles son las implicancias políticas del pensamiento nacional en tanto lugar de enunciación inscripto en un espacio-tiempo determinado, pensamiento situado (o epistemología periférica) y expresión de la “posición nacional”? ¿Qué amalgamas y solidaridades habilita la heterogeneidad que se reivindica? ¿Hasta qué punto son compatibles las distintas “vertientes” del pensamiento nacional? ¿Qué porciones de lo universal son sometidas al proceso de nacionalización y cuáles son desechadas?

La “posición nacional” con sus simplificaciones, con sus maniqueísmos, con su elasticidad y con su pereza intelectual, integra fragmentos sociales, identidades y proyectos políticos que limitan las posibilidades de construir un sujeto colectivo emancipador. A las particularidades socioculturales locales les asigna un carácter homogéneo y un estatus inmaculado frente a lo universal. No establece una diferencia tajante entre los elementos culturares democráticos y los elementos culturales conservadores que contiene toda “cultura nacional”.

La “posición nacional”, a partir de una esencialización de lo nacional, funciona

como referencia epistemológica, ideológica y política que busca integrar lo antagónico y resolver lo contradictorio de modo antidialéctico. Concibe la autoafirmación en términos estrictamente culturalistas y nativistas. Escinde el "gorilismo" de la lucha de clases. Por eso identificó e identifica una oligarquía nacional, un nacionalismo agrario, una burguesía nacional, un liberalismo nacional, un fascismo nacional y una izquierda nacional. Por eso puede reconocer en Leopoldo Lugones, entre otras figuras igual de reaccionarias, a un precursor del antiimperialismo; o rescatar como "pensadores nacionales" a ideólogos de las fracciones más reaccionarias de burguesía, fascistas convictos y confesos como Nimio de Anquín, referentes de los grupos parapoliciales de la extrema derecha en la década del 70, como Carlos A. Disandro.

De este modo, la "posición nacional", una vaga etiqueta de amplio poder cubritivo, termina componiendo un embutido. Luego, se funda en una identidad autosuficiente y deshistorizada, una identidad que en el fondo no es más que una expresión del tiempo compulsivamente uniformador del capitalismo. De ahí la opción de sus cultores por las bajadas de líneas y otras prácticas elitistas, en particular las que se suelen denominar como "conducción" y "adoctrinamiento", que indefectiblemente devienen en burocracia y dogmatismo. El sujeto colectivo que se construyó y se construye en torno a la "posición nacional" es el sujeto que reclaman los proyectos neodesarrollistas, neosocialcristianos (y neocoloniales) y las fracciones burguesas que —ocasionalmente— los sostienen. Es un sujeto dócil a los aparatos de poder, cosificado bajo el formato nacional-estatal.

En rigor de verdad, para la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular, lo nacional es solo nacional-estatal. La conciencia que invoca es más estatal que nacional-latinoamericana. Es, principalmente, estatal y estatalizadora. Su meta es la cohesión social para el desarrollo de un capitalismo nacional integrador. Celebra la asociación de los de abajo pero los quiere "en caja". En el mejor de los casos, los quiere relativamente independientes pero funcionales a las regulaciones estatales. En el peor de casos, los quiere subordinados y subordinadas a los formatos más degradados de la política como el patronazgo y el clientelismo. Al sufrir un proceso de estatalización, los significados críticos de la tradición nacional-popular, sus "joyas del pensamiento", se malogran, se convierten en simulacro o parodia.

Invocando a Arturo Jauretche la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular ha afirmado y afirma que la "posición nacional" consiste en aportar soluciones nacionales a los desafíos de nuestro tiempo, en emplear las ideas —sin pedirles partida de nacimiento— a favor del avance del pueblo y la consolidación de la soberanía. No es necesario un gran esfuerzo hermenéutico para percibir la ambigüedad y la generalidad de esta definición (y la indigencia del arsenal teórico, conceptual y metodológico subyacente). La situacionalidad que se reivindica peca de abstracta, se queda en el punto de partida. Es una obviedad topográfica que conduce a la exaltación del localismo y que puede servir para justificar situaciones muy diversas. La argentinidad es definida a través de fórmulas generales e indeterminadas. ¿Acaso no hay una argentinidad dominante y otra dominada, subalterna y oprimida? ¿una argentinidad de la mercancía-capital y una argentinidad de la "socialidad" comunitaria? Más aun, corresponde utilizar el plural en los interrogantes y decir, por un lado: "argentinidades dominantes" y "argentinidades de la mercancía-capital" y, por el otro: "argentinidades dominadas, subalternas y oprimidas" y "argentinidades de la 'socialidad' comunitaria". ¿Qué destino tienen las argentinidades dominadas, subalternas y oprimidas, y las argentinidades de la "socialidad" comunitaria, en los marcos del sistema capitalista? "Razonar sobre realidades" decía Jauretche. Evidentemente apelaba a un principio formal. Proponía un recorte de la realidad que le mataba el movimiento, que dejaba afuera porciones significativas de la misma y que le servía para construir un estereotipo. Más que el realismo, promovía una forma de naturalismo. La configuración hegemónica de la tradición nacional-popular tiende a "recordar" realidades conocidas, prefiere las verdades en reposo.

Invocando a Raúl Scalabirini Ortiz o a Víctor Raúl Haya de la Torre, la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular recomienda "volver a la realidad" como "un imperativo inexcusable", pero desde la "virginidad mental". También sugiere "buscar la realidad", "no inventarla". Asimismo, considera que las ideas son un lastre para captar los contenidos esenciales en una realidad determinada, que las ideas (por lo general unos "productos importados") van en contra de la cultura. Esta configuración asume el emplazamiento de un marcado empirismo para fundar una supuesta autoctonía y lo que entiende por "su" rigor epistemológico. Esta estrategia encuentra su fórmula más precisa en

los versos del Martín Fierro: “Aquí no valen dotores / Solo vale la esperiencia”. Además, el empirismo y la relativización de los contenidos, en concreto: la negación de toda referencia teórica, la ausencia de una tensión sustancial entre teoría y práctica (la práctica separada de la teoría), le otorgan a esta configuración una gran flexibilidad ideológica y política.

Frente al dogmatismo característico de un tipo de teoría que no revisa los hechos, la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular se aferra a unos hechos no revisados por la teoría.

Concebidos de este modo, la “posición nacional” y el “pensamiento nacional” tienen como principal (y prácticamente único) fundamento la reivindicación de la especificidad del ámbito sociopolítico, el “nosotros” desde el cual se piensa. Se trata de un lugar común y, como tal, muy seguro, libre de todo riesgo, a salvo de las preguntas molestas. Por eso es un signo de su impotencia crítica. Claro está, ese nosotros pretende erigirse en continente de sectores e intereses antagónicos, incluyendo a los que forman parte de la “Santa Alianza” entre empresarios, burócratas, jerarcas eclesiásticos y fuerzas represivas. Asimismo, soslaya la lucha de clases (cuyo lenguaje, por cierto, no desconoce) y no supera los esquemas axiológicos de las clases dominantes. Su norte es la convivencia de las clases antagónicas, la conciliación de clases y la pasividad de las masas (o su movilización controlada), para hacer avanzar un proyecto de modernización.

Es saludable revisitar a Jauretche.[287] Es un autor insoslayable a la hora del examen retrospectivo, a la hora repensarnos como sociedad (o como nación/pueblo). Lo mismo cabe para muchas figuras del mismo tenor, especialmente para Raúl Scalabrini Ortiz o para Manuel Ugarte. Pero, a riesgo de caer en la reivindicación de los harapos intelectuales, no conviene olvidar que: “hay vida después de Jauretche”. Este “pensador nacional” fue muy prolífico cuando se dedicó a explicar y a combatir el dominio extranjero exterior, pero tendió a reprimir el análisis de ciertas facetas del dominio extranjero interior. Su visión sobre la dependencia argentina ya estaba desfasada en la década del 60/70, entre otras cosas: no avanzaba en la explicación de los

procesos de acumulación en la periferia; no daba cuenta, por ejemplo, de los mejores aportes de la teoría de la dependencia.

Hace ya mucho tiempo que las debilidades teóricas del nacionalismo populista del siglo XX han quedado expuestas de manera inapelable, tanto en la teoría como en la práctica. Entre otras, la falta de sentido crítico de su concepción del imperialismo, su maniqueísmo simplificado hasta el estereotipo, su aceptación a-crítica (en ocasiones vergonzante) del horizonte impuesto por la modernidad capitalista que subordina la reproducción social de los seres humanos a la reproducción del capital, etcétera. Pero, sobre todo, estas debilidades vienen siendo padecidas por militantes populares, a quienes les achica el espectro de posibilidades cognoscitivas, les impone altos índices de adecuación al orden establecido y, en consecuencia, torna conformistas. Cualquier intento de reedición acrítica de este tipo de nacionalismo no hace más que clausurar la aventura del pensamiento nacional crítico, esto es: autónomo, creativo y emancipador. Por otra parte, no deja de ser sintomático que algunas figuras y temas de ese nacionalismo hayan exhibido (y exhiban) un alto grado de compatibilidad con los proyectos denominados neodesarrollistas.

La versión canónica del pensamiento nacional, no puede ser otra cosa que un pensamiento mistificador que oculta relaciones sociales asimétricas, relaciones de dominación y, en ocasiones, pedagogías de la humillación. Poco de pensamiento “crítico”, no solo porque su filo impugnador de las relaciones capitalistas de producción y reproducción está mellado, sino también porque se aferra a unos contenidos coagulados en el lenguaje (y en la vida en general). Y “nacional” en un sentido débil, cuanto más procapitalista y estatal, más débil. Mucho de tradicionalismo, de viejas formulas y letanías. Poco nacionalismo económico y social concreto. Agresivo en la superficie, débil en el fondo. Un torrente de groseras supersticiones políticas con proliferación de verticalismo y discursos paternalistas. Folklore, en la peor acepción. Mañas encubridoras y, para peor, adquiridas en la experiencia del dominio social directo, en la gestión de lo instituido. Un racimo de fórmulas gauchipolíticas en estilo campestre, un conjunto de saberes pillos, aptos para el desenvolvimiento público de políticos oportunistas, burócratas sindicales, punteros, algunos dirigentes sociales y algunos sacerdotes, entre otros intermediarios del poder. Nacionalismo desfasado

y a contramano, sin bases reales estructurales y orgánicas, aliado de corporaciones transnacionales; nacionalismo que no tiene más remedio que devenir pura gesticulación para llegar al paroxismo de la morisqueta.

Hace más de 40 años, Noe Jitrik constataba la existencia en la cultura argentina de "una fuerte fascinación por el 'populismo' como sistema de eliminación mística de la complejidad del proceso…".[288] Claro está, Jitrik se refería a los procesos históricos. Consideramos que esa modalidad le cabe perfectamente a la versión canónica del pensamiento nacional. Hace décadas que esta tradición no atraviesa un proceso de reconstitución epistemológica. Se ha tornado repetitiva. Vale decir que existen versiones nuevas y más sofisticadas de esta versión del pensamiento nacional, más al uso de los espacios académicos, con otras arquitecturas conceptuales, con otros soportes eruditos y teóricos, aunque con consecuencias políticas similares a las versiones más toscas.

Por supuesto, también hay vida después del "posmarxismo" y de las resignificaciones positivas del populismo. Estas últimas, más allá de que presenten algunas apariencias seudocríticas, son incompatibles con el pensamiento crítico. Estas resignificaciones se muestran, por lo menos, ambiguas ante la posibilidad de una nueva forma de reproducción social. Las nuevas teorías apologéticas del populismo presentan una visión distorsionada del capitalismo, desdibujan su falta de idoneidad sistémica a la hora de garantizar la reproducción social de los de abajo, confían en la política (populista) como el medio más eficaz para una reorientación distributiva y para un intercambio "racional" entre medios de producción y medios de subsistencia. De este modo, la configuración hegemónica de lo nacional popular, el pensamiento nacional en su versión canónica, se van delineando como discursos encubridores: de la opción por el sostenimiento del proceso de reproducción del capital (la valorización del valor), y de una posición evasiva frente a la contradicción fundamental del sistema capitalista.

¿Cuáles son algunas de las consecuencias prácticas de la versión canónica del pensamiento nacional? Al pretender conciliar hegelianamente el pensamiento

con la realidad, pone el acento en la actividad de la conciencia y deja intacta la realidad. Cabe tener presente que, en la Segunda Tesis sobre Feuerbach, Karl Marx decía que el problema de la verdad del pensamiento no es teórico sino práctico. O sea: su verdad solo puede ponerse de manifiesto (y comprobarse) en la práctica. Esta versión canónica del pensamiento nacional se autorepresenta como una sustancia espiritual trascendente que evoluciona y se adecua a cada época histórica. Pero no existe tal sustancia ni tal evolución. En todo caso lo que "evoluciona" es el mundo en su inmanencia.

El lingüista Valentín N. Volóshinov, un discípulo marxista de Mijaíl Bajtín decía que "la clase dominante busca adjudicar al signo ideológico un carácter eterno por encima de las clases sociales"[289], de este modo el signo ideológico ingresa en un proceso de degradación, deviene alegoría y deja de aportar al proceso de comprensión.

La versión canónica del signo ideológico, que remite a la configuración hegemónica del pensamiento nacional, asienta la reflexión y los discursos sobre unos vínculos entre Nación, Estado y sociedad que son extemporáneos. Se trata de un pensamiento anacrónico, estéril y esterilizante. Por lo tanto, no genera praxis ni autoconciencia, sino ilusión. Remite a generalidades y no a procesos activos. Trata a las verdades de ayer como si fueran las verdades de hoy. Se ensaña con espantajos y se torna rígido. No se constituye como otredad, sino como tautología, en una forma cultural objetivada que apela a valores caducos sin capacidad de crear. En los términos de Bolívar Echeverría: una "hermenéutica" de lo que ya no es.[290] En fin, un "pensamiento" anulado y absorbido por el poder. Un "pensamiento" portador de una "épica popular", sí, pero confeccionada a la medida del orden establecido. El pueblo narrado en tercera persona.

Solo las configuraciones alternativas del pensamiento nacional-popular están de condiciones de asumir la tarea de actualizar el patriotismo (y de revitalizar el proceso de formación de una autoconciencia nacional) dando cuenta de los modos actuales del colonialismo y de los métodos más adecuados para desafiar

al eurocentrismo, echando luz sobre la dependencia en esta fase del capitalismo.

Las imágenes colectivas que promueve la versión canónica del pensamiento nacional conforman una intersubjetividad legitimadora del poder de las clases dominantes, favorecen los acomodamientos, disuaden las rupturas, promueven el contrasentido de aluviones zoológicos estatalizados y de cabecitas negras conformistas y electoralizados. Si bien las fracciones más poderosas de la clase dominante repudian todo tipo de pensamiento nacional, en los momentos de alza de la lucha de clases, en las coyunturas de extrema polarización social y política, aceptan la versión canónica del pensamiento nacional en tanto superestructura idónea para alcanzar tipo de unidad nacional que pone a resguardo su dominación.

Así, en los marcos de la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular, el "pensamiento nacional" se parece más a un pensamiento formalizador que a una lengua viva. Se desdibuja como matriz epistemológica periférica, se erige en un pensamiento antidialéctico y cae en la abstracción. Por lo tanto, está expuesto a los procesos de sustancialización y tiende a ser conservador y acrítico. No fortalece la conciencia popular respecto del imperialismo real: soslaya aspectos vinculados a la matriz económica extranjerizante y extractivista, promueve el anticolonialismo y el antiimperialismo abstracto que, hace casi cien años, denunciaba Raúl Scalabrini Ortiz con toda la autoridad de quien sugería los caminos para el desarrollo de una política anticolonialista y antiimperialista concreta apta para su tiempo.

Frente a las reactivaciones de la tradición liberal conservadora, procolonial y proimperialista[291] con sus modelos abiertamente antinacionales/antipopulares que promueven los procesos autodenigratorios y el desprecio por los valores colectivos autóctonos, al tiempo que siembran la tristeza y la desolación, todo el corpus de la versión hegemónica de la tradición nacional-popular recobra vigor, genera empatía con la clase trabajadora, adquiere atributos resistentes y pasan a segundo plano sus tendencias a la transacción, sus zonas compatibles con el sistema de dominación y sus mecanismos de alienación popular. Es más, si

consideramos un contexto político signado por la ausencia absoluta de recursos reflexivos y por el pragmatismo fácil que ve “quijotadas” en todo intento por dejar de perpetuar el mundo que nos rodea, ese corpus adquiere cierto “lustre teórico”, aun a pesar de su inconsistencia crítica y de la certeza de sus funciones legitimadoras de procesos políticos reformistas que, indefectiblemente, más temprano o más tarde, se toparán con el techo impuesto por el sistema e iniciarán un retroceso por la vía del estancamiento o la derechización.

Como decíamos al comienzo, las configuraciones contrahegemónicas de la tradición nacional-popular tienden a ser marginadas, anuladas o integradas por la configuración hegemónica. Pero, al mismo tiempo, las reactivaciones de la argentinidad individualista, impiadosa y reaccionaria generan un contexto para repensar lo nacional-popular en clave descolonizadora radical, para sistematizar las voces dispersas que por abajo nombran lo nacional de manera original.

Solo un pensamiento emancipador, esto es, anticolonial, antiimperialista, anticapitalista, antipatriarcal, socialista, crítico y dialéctico, puede asumir sin ambigüedades las perspectivas autónomas y situadas para construir una epistemología propia.

Solo un pensamiento emancipador puede administrar con solvencia y coherencia los patrimonios socioculturales populares de la historia de Nuestra América.

Solo un pensamiento emancipador puede superar el “complejo de Próspero”.

Solo desde una praxis emancipadora y socialista se puede recuperar el potencial autónomo del pensamiento nacional-popular latinoamericano. Solo ese tipo de praxis tiene la capacidad de fusionar las demandas nacionales con las demandas de clase y diferencia.

Solo un pensamiento emancipador puede seleccionar los fragmentos críticos del pensamiento nacional y actualizarlo, eludiendo la mera reiteración, integrándolo como una particularización y como forma concreta en la que habita la verdad que hace posible la recreación de totalidades desde una condición periférica y en clave liberadora.

El pensamiento emancipador es una revelación iluminadora que sabe conmover permanentemente nuestros pensamientos previos. Es un pensamiento que sabe cuestionar el logos vigente y favorece los procesos de autoafirmación popular. Por eso es el único pensamiento crítico.

Cooke es la expresión de una articulación entre lo nacional y lo plebeyo, entre lo universal y lo autóctono. Una articulación que no se consuma en planos discursivos o simbólicos, sino que se basa en la praxis. Porque, para Cooke, las imágenes divergentes de la nación (las que eran innegociables con las clases dominantes) se generaban en la praxis de las clases subalternas y oprimidas. En efecto, la clase trabajadora jamás concurre a la lucha desprovista de sus rasgos culturales constitutivos. Esos rasgos juegan un papel importante. Bien lo sabía Cooke, por eso dedicó buena parte de su vida a proyectar políticamente los elementos de la cultura democrática y socialista contenidos en la tradición nacional-popular.

Por todo esto, la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular tiene que borrar a Cooke de su genealogía. O, para integrarlo, tiene que mutilarle o anestesiarle la parte más significativa de su praxis. O tiene que disciplinarlo para despojarlo de su condición anómala. En todo caso podrá disimular su diferencia radical para incorporarlo como presencia vacía y superficial (el “cookismo trucho” arriba mencionado).

Cooke es un “ángel” rebelde, insumiso, irreverente; un “ángel caído”. “El Bebe”,

(al igual que Alicia Eguren) no puede insertarse en la línea de continuidad propuesta por la configuración hegemónica de la tradición nacional-popular porque representa un momento de desmesura inasimilable para la misma. Es más, consideramos que esta configuración está condenada a desenvolverse como si Cooke no hubiese existido jamás.

Y, en la Argentina, no se puede ni se podrá hacer una política auténticamente nacional-popular como si Cooke no hubiese existido. Porque Cooke es una estación fundamental de una configuración alternativa de lo nacional-popular. Una configuración anticapitalista, revolucionaria y socialista.

Tenemos aquí un antecedente insoslayable y un signo incontrastable que nos confirma la posibilidad de pensar lo nacional-popular en clave de pensamiento emancipador (crítico). Uno de los principales precursores de las praxis articuladoras de una voluntad colectiva nacional-popular.

---

279 Véase: Fanon, Frantz, Los condenados de la tierra, México, FCE, 2007.

280 Esta modalidad de integración subordinada de lo que de antemano se sabe inasimilable no es ajena a la cultura política (una auténtica “pragmática”) del peronismo. Existen muchas afirmaciones del General Juan Domingo Perón que dan cuenta de ella, por ejemplo. la que sigue: “La izquierda es ácida como el vinagre, pero al mismo tiempo es el complemento indispensable de toda buena ensalada. No se olviden de ponerla, para que tenga gusto. Pero recuerden que la ensalada la tenemos que comer nosotros”. Véase: revista Así, 26 de junio de 1971, Año 6, N.º 269, pp. 2-7. El recuerdo de Perón (del 25 de noviembre de 1972) de la figura de Cooke como un “contrapeso” ideológico posee el mismo sentido.

281 Véase: Gramsci, Antonio, Cuadernos de la cárcel, vol. 6, México, Era, 2000.

282 Así definía Nicolás Casullo al peronismo del periodo 1945-1975. Véase: Casullo, Nicolás, Peronismo, militancia y crítica (1973-2008), Buenos Aires, Colihue, 2008.

283 Echeverría, Bolívar, El discurso crítico de Marx, México, FCE/Itaca, 2017, p. 240. Sostiene este autor que “la vida efectiva de la dimensión ‘histórico cultural’ o ‘nacional’ tiene lugar en medio de una lucha constante, la que se entabla entre su capacidad de conservar y generar comportamientos sociales incompatibles con la valorización e impugnadores de ella, por un lado, y la acción modeladora-represora de la cotidianidad productiva y consuntiva que proviene del desarrollo del capital ‘nacional’, por otro” (p. 260).

284 Skolnik, Sebastián: “Diez años de 2001”. Conferencia en la Cátedra Libre “Ernesto Che Guevara”, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 29 y 30 de septiembre de 2011. En: Redondo, Nilda; Urioste, Alejandro; Matta, Eduardo; Moro, Diana; Melchor, Daniela, (compiladores y editores), El Che y otras rebeldías, Antología II, Cátedra Libre Ernesto Che Guevara, Ed. UNLpam, Santa Rosa, 2014, pp. 242-243.

285 Zavaleta Mercado, Rene, La autodeterminación de las masas, Buenos Aires, CLACSO-Siglo del Hombre Editores, 2009, p. 47.

286 Hobsbawm, Eric, Naciones y nacionalismo desde 1780, Barcelona, Crítica, 2000, p. 139.

287 También es saludable revisitar a quien anticipó muchos de los tópicos

“metodológicos” de la obra jauretcheana: Manuel Ortiz Pereyra, autor, en La Tercera Emancipación y Por nuestra redención cultural y económica, textos publicados respectivamente en 1926 y 1928.

288 Jitrik, Noe: “Las desventuras de la crítica”. Texto publicado en Marcha (2ª época), México, 1980 y presentado como “La ‘cultura’ en el retorno del peronismo al poder”, en el Center for Latin American Relations, New York, el 22 de abril de 1976. En: Jitrik, Noe, Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio, la literatura, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, p. 206.

289 Volóshinov, Valentín Nikoláievich, El marxismo y la filosofía del lenguaje, Buenos Aires, Godot, 2018, p. 51.

290 Véase: Echeverría, Bolívar, El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución, México, Itaca, 2013, p. 43.

291 Especialmente la Dictadura Militar (1976-1983), el periodo menemista (1989-1999) y durante el gobierno de la coalición derechista Cambiemos (2015-2019).

La desgracia del conspirador

La estética del fracaso es la única duradera. Quien no comprende el fracaso está perdido.

Jean Cocteau

Cuando analizamos el período 1969-1973, se nos impone la ausencia de Cooke. Una ausencia prepotente. Como se sabe: nadie se muere en las vísperas. Nadie, salvo Cooke, que falleció el 19 de septiembre de 1968, el mismo día en el que las fuerzas de seguridad descubrían el campamento de guerrilleros de las FAP en Taco Ralo, en la provincia de Tucumán. Meses antes del estallido de esa formidable rebelión popular (obrero-estudiantil) que fue el "Cordobazo" que, además, inició un ciclo histórico caracterizado por el "auge de masas" en la Argentina, posiblemente el más importante de toda nuestra historia. Cooke fue el gran ausente de ese auge de masas, del "Rosariazo" (los dos "Rosariazos"), del "Tucumanazo", del "Mendozazo", del "Vivorazo", del "Devotazo", etcétera. Ausente del desarrollo de las principales organizaciones políticas revolucionarias. Ausente del clasismo, del poder obrero, de la experiencia de las comisiones intersindicales. Se va justo cuando la historia comenzaba a acelerarse y los acontecimientos se tornaban prolíficos. Unos acontecimientos que poseían la extraordinaria aptitud de reconciliarlo con todo aquello que lo había afligido durante años. Pero él ya no estaba.

Cooke murió dos años antes de que su amigo Salvador Allende, al frente de la Unidad Popular, llegara a la presidencia de Chile e iniciara la "vía chilena al socialismo". La "Vieja Capitana" vino a por él, cuando el dilema que planteó en 1962, "apoteosis o desastre", parecía encaminarse a una resolución cercana a su deseo. Cooke murió en las vísperas de una situación preapoteótica que terminó en una terrible y dolorosa derrota. El proceso histórico que se desencadenó justo después de su muerte consolidó su perfil de precursor. Gerardo Bavio planteaba la siguiente pregunta contrafáctica ¿hubiera sobrevivido Cooke a la Triple A?[292]

Por todo lo que significaba, muy probablemente hubiera encabezado la lista de los condenados a muerte.

Alguna vez se conjeturó que los ojos de Cooke pudieron haber visto el Cordobazo, aquel 29 de mayo de 1969. Que su mirada se posó en cada fogata, en cada barricada, que no se privó de una panorámica de las agitadas calles cordobesas que se le sucedían una tras otra como las páginas de un texto de su autoría. La afirmación, aunque poética, no es del orden estrictamente metafórico. En efecto, en su carta-testamento a Alicia, Cooke dispuso la "donación de mis ojos, de mi piel, etcétera" (Obras completas, Tomo III, p .263).

Un día, poco tiempo después de la muerte de John, una mujer tan conmovida como agradecida se presentó ante Alicia y su hijo Pedro para conocer a los parientes del donante cuyas retinas le permitían seguir viendo. La literalidad de la comunicación entre los ojos de Cooke y el Cordobazo es, de todos modos, secundaria. Aquí importa más el orden estricto que impone la metáfora. Porque, en verdad, muchas personas apreciaron el Cordobazo con sus ojos. Sus ideas, su persistente praxis, ya comenzaban a ser filtro y tamiz para una generación revolucionaria emergente.

El primer aniversario de la muerte del Che, el mismo año de la muerte de Cooke, marcó un antes y un después en la cultura política de la izquierda en todo el mundo, por los acontecimientos de ese año y por todo lo que esos acontecimientos retomaban y proyectaban de años anteriores. El 68 trazó la línea que separaba la vieja de la nueva izquierda. Las diferencias eran de índole filosófica, teórica, política, metodológica, cultural, axiológica, de sensibilidades, de perfiles militantes. Lo que no quiere decir que la separación, en los hechos, haya sido siempre clara y tajante. Eran comunes las combinaciones entre filosofías viejas y sensibilidades nuevas, entre metodologías viejas y valores nuevos, y así.

El 68 es la cifra de la emergencia de un movimiento contracultural de carácter

universal que suele sintetizarse apelando a los siguientes ítems: el cuestionamiento a la hegemonía del capital, dentro y fuera de la fábrica, por parte de una generación de trabajadores jóvenes; el rechazo al trabajo monótono, a las formas autoritarias y verticales de encuadramiento social y político, y al modelo dominante de consumo y producción.

El 68 es el año de la Primavera de Praga y de la ofensiva del Tet (en Vietnam), del Mayo Francés y de la matanza de la plaza de Tlatelolco (en México), del Congreso Eucarístico de Medellín y de atletas afrodescendientes haciendo el saludo black power en los Juegos Olímpicos.

En el 68, el peruano José María Arguedas, al recibir el premio Inca Garcilaso de la Vega, pronunciaba su célebre discurso: “No soy un aculturado”. Y la nueva izquierda, en la Argentina y en toda Nuestra América, quería ser una izquierda no aculturada.

El mundo se sacudía arisco en 1968. Pero, como decía Horacio González:

1968 no era 1968 en la Argentina, sino un intermedio anticipador, un espacio para movimientos incompletos, apenas insinuados. Cosas que se desnudaban, cosas que se deshilachaban [...]. No tuvimos el 68 cuando correspondía. Al contrario, ese fue un año de anteproyectos, de amenazas calculadas y de promesas. Año puente, año como para deslizarse como por un nexo circunstancial que lleva al corazón de las cosas.[293]

Entre otros anteproyectos, amenazas calculadas y promesas del 68 argentino podemos mencionar el surgimiento de la CGT de los Argentinos (CGTA), en el congreso de la CGT del 28 y el 29 de marzo. Alrededor de ella se generó un espacio donde comenzaron a confluir tendencias combativas, antipatronales, antiburocráticas. No solo participaron de la CGTA algunos sindicatos

enfrentados al vandorismo; esta central tuvo la virtud de convocar a los estudiantes, a los intelectuales, a los artistas y a un abanico de organizaciones sociales y políticas. Ahí estuvieron Raimundo Ongaro, Raimundo Villaflor y Rodolfo Walsh, uno de los principales hacedores del semanario CGT. También, cabe destacar la realización de la muestra “Tucumán Arde”, un signo de la politización de los artistas y de un sector de las “capas medias”.

Como vimos, en 1968 Cooke participó del “Congreso clandestino del peronismo revolucionario”, en la sede del legendario Sindicato de Farmacia, en Rincón al 1000. Se realizó un 19 de agosto, justo un mes antes de su muerte, y fue su última actividad pública. Jorge Pérez, uno de los asistentes al Congreso, se refiere a un breve intercambio de palabras con Cooke.

Me intereso por su salud y contesta que lo disculpe, que ahora solo dice frases célebres. Me puse contento, al contemplar su expresión irónica pensé que estaba casi recuperado. No lo estaba. Cooke se burlaba de la muerte y de los acartonados manuales de historia. En su lenta agonía, eran tan digno como había sido en sus años de plenitud.[294]

Por esos días póstumos Cooke, que no perdía la sonrisa apacible y burlona, solía comentarles a sus ocasionales interlocutores: “Me he pasado la vida intentando construir células y ahora estoy luchando para evitar que se reproduzcan”.[295]

En el documental Alicia y John, el peronismo olvidado, Pedro Gustavo Catella Eguren, el hijo de Alicia, define a Cooke como una “figura fantástica” y cuenta que la noche anterior a la operación, el Bebe se había puesto un pijama de seda color borravino, colocó en el tocadiscos su Fox-Trot favorito, “Sweet Georgia Brown” (compuesto por Pinkard Maceo y Kenneth Casey en 1925), y bailó con ampulosidad y extraña dicha durante media hora. Popularizado por las primeras orquestas de Jazz, los orígenes del Fox-Trot se remontan a una danza de los esclavos negros de los Estados Unidos, que consistía en imitar los pasos de los animales. Por cierto, la traducción de Fox-Trot es “trote del zorro”. Esa fue la

forma íntima que Cooke eligió para despedirse. Sabía que tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir a la operación.

Tal vez recordó las flaquezas de Rimbaud en el lecho mortuorio, y para preservar su condición de maldito, para seguir libre de cadenas hasta el final, en su carta-testamento dejó instrucciones precisas para Alicia: “En caso de que mi estado se agrave y entre en coma, debes ocuparte de que bajo ningún pretexto ni artimaña se me acerque personal eclesiástico, monjas, etcétera o se intente suministrarme sacramentos, exorcismos, etcétera. La prohibición incluye a los sacerdotes que sean amigos personales” (Obras completas, Tomo III, p. 263).

Unos pocos años después de su muerte, la Unidad Básica “John William Cooke” propuso instituir el 19 de septiembre como el Día de la Resistencia; los fundamentos, plasmados en un volante, eran los siguientes:

En el lapso de veintitrés años cumplió todos los papeles posibles que puede desempeñar un político salvo el de burócrata: diputado nacional, prisionero, profesor universitario, periodista, exiliado, fugado, clandestino, conductor máximo del movimiento —por expresa voluntad de Perón—, activista revolucionario, guerrillero combatiente y teórico fundamental.[296]

La moción no encontró muchos partidarios. Según Eduardo Jozami, en la década del 70, quienes con toda justicia podían ser considerados sus herederos, en particular la denominada Tendencia Revolucionaria del Peronismo, no “reivindicaron excesivamente a Cooke. Quizá porque su coherencia doctrinaria no aportaba demasiado para justificar la teoría del cerco o las otras contorsiones tácticas que la coyuntura imponía. Quizá, también, porque el distanciamiento se había iniciado, de algún modo impreciso, en los últimos años de la vida del Bebe”.[297]

Agregamos nosotros: no tenía mucho sentido invocar a Cooke como justificativo del esquematismo, del fatalismo histórico, de las ideas y los métodos estereotipados, de las políticas sustentadas en reglas impecables y organigramas perfectos, de la ceguera cortoplacista. Quienes concibieron la revolución y el socialismo como intervención de minúsculos destacamentos de combate y no como acción masiva de la clase trabajadora y el pueblo; quienes relegaron a un segundo plano la conciencia forjada en la participación en la lucha de clases; quienes en pos del objetivo final se desentendieron del proceso histórico real, comenzaron a cimentar el olvido de Cooke.

---

292 Bavio, Gerardo: “Cooke y el Che. Recuerdos, realidad y ficción”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 125.

293 González, Horacio: “¡MARCOOKE! Marcuse y Cooke en la Argentina del 68”. En: revista El Porteño, N.º 77, Buenos Aires, mayo de 1988, p. 49.

294 Pérez, Jorge: “John William Cooke: Un revolucionario”. En: Mazzeo, Miguel, (Compilador) Pensar a John William Cooke, Op. cit., p. 39.

295 Baschetti, Roberto: “John William Cooke: una historia de vida y lucha”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 25

296 Citado por: Jozami, Eduardo: “Actualidad de Cooke”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 10.

297 Jozami, Eduardo: “Actualidad de Cooke”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 11.

Cincuenta años de soledad

No las frágiles nieblas de la memoria ni la seca transparencia, sino los tizones de las vidas quemadas que forman una costra sobre la ciudad, la espina hinchada de material vital que no se escurre más, el atasco del pasado presente futuro que bloquea las existencias calcificadas en la ilusión del movimiento: esto encontrabas al término del viaje.

Ítalo Calvino

El 26 de septiembre de 2014, en una emotiva ceremonia, las cenizas de John William Cooke fueron arrojadas al Río de la Plata —nuestro Aqueronte barroso— desde el paredón de la Costanera Norte en la Ciudad de Buenos Aires. Habían estado durante largos años bajo la custodia de Juan Carlos “Trapito” Álvarez, compañero de Cooke, que las había recibido de Alicia. Luego reposaron en el panteón de la familia Abal Medina. Con este acto se estaba cumpliendo la voluntad postrera de Cooke. En su mencionada carta-testamento le había solicitado a Alicia: “Si no fuese posible disponer integralmente del cadáver por medio de donación y hay que hacerlo de otra manera, entonces que lo cremen. Y que las cenizas no se conserven ni se depositen, dispérsalas poéticamente al viento, tíralas al mar, (transo con que las tires al Río de la Plata; lo mismo da otro río y a una laguna)” (Obras completas, Tomo III, p .264). Cooke, finalmente, se hizo barro en el mismo río en el que los marinos argentinos arrojaron viva a Alicia, 37 años antes. Un río donde se sedimentan nuestras peores derrotas y nuestros mejores sueños. El Mar Dulce hacia donde somos diaria y sutilmente arrastrados a la deriva, como decía Martínez Estrada.

A pesar de la emotividad de la ceremonia no pudimos desentendernos de algunas presencias y de algunas ausencias. Recordamos algunas figuras político-literarias de Cooke: merengue decorativo, cuadros tímidos, paternalismos equilibristas, barloteo ideológico, politiqueros peronistas, administradores prudentes del buen sentido, burgueses con veleidades progresistas, etcétera. No pudimos escapar de

los estímulos externos. La diversidad es buena en varios órdenes de la vida, pero hay una línea a partir de la cual se convierte en promiscuidad. En algunas ocasiones esa línea es imperceptible, en otras no tanto. Nos invadió la duda y de pronto nos acometió una sensación de incomodidad. Era la incomodidad de un ritual que no trascendía sus aspectos formales y que, con sus repeticiones, no nos ayudaba a pensar y nos adormecía. El ritual de un culto pervertido o, como mínimo, inútil. ¿Qué tipo de identidad pretendía renovar el ritual?, ¿de qué grupos? Era la incomodidad por no sentir ninguna solidaridad mística con buena parte de los presentes. Como planteó Diego Sztulwark, en relación con esta ceremonia: "El mensaje sigue siendo el mismo: La revolución será homenajeada".[298] Agregamos nosotros: sí, será homenajeada una y otra vez como una de las formas más eficaces de exorcizarla, de condenarla al puro pasado, de presentarla como algo ajeno al presente. Jamás se piensa en retomarla y honrarla como proyecto aquí y ahora. Reaccionamos. Nos preguntamos: ¿No estaremos frente a una operación de doble despojo: un despojo poético de unas cenizas con el que se consumaba el deseo del propio Cooke y otro despojo prosaico, que junto con las cenizas arrastraba todo lo que podía comprometernos con un cambio radical, profundo, revolucionario? Esas presencias que incomodaban, sin dudas, hubiesen preferido un ritual con una momia y no con cenizas. Por eso incomodaban.

Sabemos que la racionalidad de la política impone transacciones… pero, ¿tantas?; que impone olvidos… pero, ¿tantos? Porque ¿qué tiene que ver Cooke con la república burguesa, con la democracia representativa y delegativa de "baja intensidad", con un "capitalismo con decisión nacional", con la regulación de la plusvalía y la "corrección" de los abusos del capitalismo? ¿Qué tiene que ver Cooke con las lógicas de los punteros políticos, con las lógicas de control y subordinación que conforman un vínculo perverso y paralizante para los de abajo?

¿Qué tiene que ver Cooke con quienes no han hecho más que profundizar la dispersión popular y han promovido una politización vertical y en cuenta gotas? Cooke supo reprobar con lucidez y crudeza toda política que cupiera en los marcos mezquinos de los partidos burgueses, de la centroizquierda y de las encíclicas papales.

Y ahora resulta que, quien supo exhibir, a partir de su propia experiencia política directa y con argumentos sólidos, las limitaciones de los acuerdos policlasistas en la Argentina y, en buena medida, en el resto de los países de Nuestra América; quien cuestionó a los proyectos y liderazgos abocados a absorber las contradicciones de clase —sin ninguna intención de iniciar un camino que tendiera a suprimirlas— termina rehabilitado por quienes impulsan esos mismos acuerdos, esos mismos proyectos y esos mismos liderazgos, 50 años después.

¿Cómo no sentirse frente a un acto de profanación o ante un tributo a la superstición? Entonces, es indispensable identificar las inflexiones históricas más intensas para advertir el instante exacto de la coherencia y la incoherencia, la contradicción o las "afinidades electivas" (o la falta de las mismas).

Pero las ausencias también nos imponían una reflexión. ¿Por qué una parte importante de quienes hoy continúan con más coherencia y responsabilidad la militancia antiimperialista y anticapitalista de Cooke no estaban allí? Imposible no sospechar de una distorsión en el entramado que vincula el pasado con el presente y el presente con el pasado. Tal vez las organizaciones y movimientos populares que siguen trabajando en función de transformaciones radicales, que están convencidos de la necesidad de exceder los límites del "progresismo", piensen que no valga la pena dar una disputa por Cooke. Tal vez consideren que fue un pensador demasiado doméstico, poco universal. Un ángel con alas de plomo. Que fue peronista o algo muy parecido a eso. Tal vez crean que es ajeno e incompatible con sus imaginarios. O, tal vez, sus imaginarios no están del todo consolidados. Todavía son endebles e inseguros. Se debaten entre el neopopulismo y alguna forma de dogmatismo. O, simplemente, no fueron tenidos en cuenta por el descuido o la mezquindad política de quienes se erigieron, últimamente, en administradores de su herencia.

Hace más de quince años Horacio González afirmaba que "toda la política argentina medida frente a Cooke muestra su carácter incompleto y desdichado".[299] Lamentablemente, en el fondo, todo sigue igual.

Hoy no hay hechos malditos. Hechos malditos de verdad, malditos hasta los tuétanos. Por lo menos no a gran escala. Hay sí, alguna sobreactuación de la condición maldita, pero, como sucede con toda exageración, no es muy convincente. De hecho, solo sobreviven como simulacros (de hechos malditos) porque la impiedad, la ignorancia y los prejuicios ancestrales de la derecha argentina los mantienen vivos, casi como “hechos caprichosos”. Cooke decía que “los gorilas no admiten sutilezas”, y también sabía decirlo sin apelar al lenguaje de las fábulas: “irracionalidad clasista” (Obras completas, Tomo II, p. 519). Por eso, tratar de comprender la realidad tomando como punto de referencia la falta de sutileza de los “gorilas” puede generar importantes distorsiones.

Cooke fue un perseguidor de una síntesis de todas las tradiciones populares de la Argentina. Sería una salida cómoda decir: “una síntesis entre peronismo y socialismo/marxismo”, entre nacionalismo e internacionalismo o entre pragmatismo e ideología. Pero nos quedaríamos patinando en la superficie. En realidad se trata de mucho más que eso, Cooke persiguió una síntesis entre pasado y futuro, acción y reflexión (o práctica y teoría), pasión y razón, rebeldía y revolución, entre las alpargatas y los libros, entre la posibilidad y la amenaza, entre la Reforma Universitaria de 1918 y el 17 de Octubre de 1945, entre Simón Bolívar y Ernesto “Che” Guevara, entre el “Chacho” Ángel Vicente Peñaloza y Felipe Vallese, entre Manuel Ugarte y Herbert Marcuse, entre Rosa Luxemburgo y Evita, entre la Spartakusbund y el Movimiento 26 de Julio, entre el póquer y el truco.

Cooke estuvo a la altura de la utopía que asumió. No fue un soñador inofensivo. Vivió en los valores a los que esa utopía remitía. Seguramente, cabe lo mismo para muchos de quienes estaban en la Costanera Norte el 26 de septiembre de 2014, cuando se esparcieron sus cenizas en el río, compañeros y compañeras de gran valía, seguramente bien dispuestos para cuando llegue la hora de las batallas fundamentales. Pero no cabe lo mismo para otros. Para quienes, poco a poco, se fueron vaciando de esperanzas, se acostumbraron a no producir hechos y se predispusieron a recibir cada vez menos. Para quienes se parecen a John

Falstaff, el personaje de Shakespeare que, corrompido por su aburguesamiento, se torna oportunista y cínico. Quienes habitan la casa de los ciegos, se hacen pasar por ciegos, pero ven. Pero igual estaban y el ritual los igualaba. El ritual embellecía a los peores y resignaba a los mejores, los perpetuaba (nos perpetuaba) invertebrados y miopes. En efecto, muchas de las contradicciones que desvelaron a Cooke siguen presentes, son constitutivas de una política popular.

Aunque la figura de Cooke ha sido asociada a la "figura chaplinesca del antihéroe"[300], siempre pensamos que Cooke encaja a la perfección en la figura del héroe de Henry Miller. Para el escritor norteamericano, el héroe es el que ha vencido sus miedos. Se puede ser héroe en cualquier ámbito, sin necesidad de pedestales. "Su virtud singular consiste en que se ha identificado con la vida, identificado consigo mismo. Como ha dejado de dudar y de interrogar; acelera el flujo y el ritmo de la vida. El cobarde, por el contrario, parece detener el flujo de la vida".[301] El héroe —va de suyo que lo mismo cabe para la heroína— de ningún modo es el esbelto semidiós platónico, no es el hegeliano instrumento de las realizaciones más elevadas de la historia (o de la "astucia de la razón"), no es el engendro de Thomas Carlyle. Mucho menos es la persona que sostiene una doble identidad y que oculta su mejor condición tras algún disfraz humillante. No casualmente John fue el héroe de Alicia. Lo que no es poco decir.

Entonces, poco importa la muerte burocrática en una cama del Hospital de Clínicas. Cooke fue un héroe: con su bigotito, su panza y su gomina, con su desaliñado uniforme de miliciano y la mano fofa en la ametralladora; en su banca de diputado, en la Resistencia Peronista, en las Sierras del Escambray, en la Bahía de los Cochinos y en sus denodados esfuerzos por construir una fuerza revolucionaria con arraigo popular en la Argentina. En reiteradas ocasiones Cooke se refirió al sentido heroico de la vida, sabía muy bien cuáles eran sus principales coordenadas.

Nosotros creemos que hay que sobrecargar a Cooke de recursos que nos obliguen a repensar aspectos nodales de una política emancipatoria y que nos

impongan un trabajo de reactualización. Hay que pensar a Cooke con una impaciencia similar a la del gnóstico a la espera de la revelación de un oráculo. Asumimos la herencia de lo que nos parece un coherente desenvolvimiento de la praxis de Cooke. Tratamos de reconstruir el devenir de lo que fue un pensamiento en devenir. Por lo tanto, nos parece políticamente insostenible la maniobra que pretende fundar una herencia en un corte sincrónico que congela el momento que más se ajusta a los compromisos presentes. Cooke sabía mejor que nadie que la supervivencia del museo era peor que el odio y la desmemoria, que era la tumba definitiva.

Somos conscientes, también, de que ya no alcanza ni con la fenomenología ni con la dialéctica. Que para gestar un pensamiento crítico y emancipador hay que salirse de la doxa heredada. Que hay que crear nuevos marcos categoriales porque los precedentes son insuficientes. Pero para semejante tarea hay que tener los pies en la tierra; esto es, asumir nuestras raíces y partir siempre de la experiencia histórica y de los saberes emancipatorios acumulados por el pueblo argentino y por todos los pueblos de Nuestra América.

Por eso creemos que es necesario valorar el aporte teórico-práctico de Cooke a la tradición revolucionaria de Nuestra América, incluyendo sus aportes al marxismo. Y sabemos que se trata de un aporte teórico anómalo, porque en Cooke —que, sin dudas, era un teórico— no habita ninguna teoría; tal vez algún insumo para formular una.

Insistimos en la importancia que tiene reconocer a Cooke como una figura histórica que sintetizó distintas tradiciones populares y revolucionarias de la Argentina y de Nuestra América, pero que, sobre todas las cosas, expresó una síntesis plebeya, espontánea y elaborada “desde abajo” de esas tradiciones. Y que, además de expresarlas, contribuyó a sistematizarlas y a proyectarlas.

Igual de importante es reconocer su solapada e irremediable pertenencia a nuestra época y, probablemente, a las venideras. Pertenencia ora cálida y

compañera, ora incómoda o lacerante. Porque, como dijo alguna vez Horacio González: “John William Cooke fue nuestro gran filósofo de la praxis”.[302] Lo que, entre otras cosas, significa que Cooke le asignó prioridad a los cuerpos en lucha y no a los sistemas, que concibió al socialismo como proyecto vital y no como canon, que pensó la revolución como un proceso de desarrollo de la autoconciencia, la organización y la movilización popular, siempre desde “las bases”.

---

298 Sztulwark, Diego: “Cooke”. En: anarquiacoronada.blogspot.com/2014/09.Cooke.htlm. Chequeado el 5 de enero de 2016.

299 González, Horacio: “Cooke el cincel de una derrota”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit., p. 9.

300 Duhalde, Eduardo Luis: “Prólogo”. Véase: Cooke, John William, Obras completas, Tomo III, Op. cit., p. 6.

301 Miller, Henry, El mundo del sexo, Córdoba, Ediciones del Subsuelo, s-f., p. 59

302 González, Horacio, “Presente de Cooke en la historia de las ideas argentinas”, Op. cit., p. 33.

Epílogo:

"Cooke es el hecho maldito del peronismo burgués"

"Un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y lo que cualquiera de ellos". Con estas bellas reflexiones, Jean Paul Sartre finaliza esa suerte de autobiografía que tituló Las Palabras. Libro que leí y comenté en su momento con Miguel Mazzeo, en una época en la que leímos, ambos, muchísimos libros del filósofo, narrador y dramaturgo francés (¿sería porque la editorial Losada había puesto gran parte de su obra en las mesas de saldo de las librerías de la calle Corrientes?). Recuerdo que una vez, alentando mis lecturas "existencialistas" de entonces, Mazzeo me dijo: "El que fue un gran lector de Sartre fue John William Cooke".

Para entonces ya había leído Cooke de vuelta (el gran descartado de la historia argentina), con ensayos de Horacio González, Daniel Campione, Roberto Baschetti, Claudia Korol y el propio Mazzeo, entre otros y otras; y los Textos traspapelados de Cooke, que Miguel compiló y presentó. Libros publicados, los dos, por La Rosa Blindada, en 1999 y 2000, respectivamente. También había leído, a instancias de Mazzeo, La Rosa Blindada: una pasión de los 60, cuya compilación y estudio introductorio estuvo a cargo de Néstor Kohan y en el que aparece publicado ese texto impresionante de "El Bebe": "Bases para una política cultural revolucionaria", donde repasa con maestría los Manuscritos Económico-filosóficos de 1844 de Karl Marx.

Si comento estas pequeñas anécdotas no es por regodeo narcisista, sino porque veo en el de Mazzeo un gesto setentista que, como una rareza de la época, no tiene que ver con la nostalgia sino con la actualización de las tareas de la intelectualidad revolucionaria o, al menos, de aquella que no niegue su intervención específica en el campo de batalla de la teoría y, por lo tanto, de la praxis. Porque Mazzeo, contra los prestigiados académicos primero, y el estrellato mediático-progresista después, supo sostener —bastante en soledad,

por cierto— una apuesta por intervenir en un campo muy desprestigiado en su propio “ecosistema”.

Marcados por un fuerte componente local y reivindicativo, los nuevos movimientos sociales estuvieron impregnados desde sus comienzos por el virus del anti-intelectualismo de los intelectuales pequeño-burgueses que contuvieron en su interior. Más cerca del legado de Marx (pero también del de Cooke, Carlos Olmedo y Mario Roberto Santucho) y de toda la corriente comunista y libertaria, Mazzeo mantuvo de modo estoico su postura sobre la necesidad de construir y sostener un pensamiento crítico, asumiendo que la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual es la base sobre la que se edifica la asimetría política, social, económica y cultural del capitalismo. Y, retomando a sus impugnadores de tiempos pretéritos, asumió el desafío de no “festejar” los gestos populistas de quienes, en nombre de un pragmatismo sin sentido, buscaban no asumir los desafíos de romper ese destino de oralidad al que, en cada momento histórico, se pretende condenar a los proletarios del mundo.

No en vano, en su libro Conjurar a Babel. La nueva generación intelectual argentina a diez años de la rebelión popular de 2001 (2012), plantea —entre otras cuestiones— que la nueva generación intelectual rechaza el “formato sencillo” de los “divulgadores”, que se precian de ser populares porque hablan “para que el pueblo entienda”. Lejos, de todos modos, del iluminismo intelectualista tan típico de las viejas izquierdas, lo que Mazzeo hace es romper la contundencia, buscando siempre que la función intelectual tenga como horizonte “achicar la brecha” pero porque son más quienes pueden asumir esas funciones, y no porque se las diluya. En Conjurar a Babel afirma: “Ocurre muchas veces que el ‘formato sencillo’ no es más que el lenguaje de una escuela política innoble, el lenguaje del dominador, que como es de suponer, suele ser poco apto como despertador de conciencias”.

¿Y qué tiene que ver todo esto con Cooke?, podrá preguntarse quien lee estas líneas. Poco, a simple vista, y mucho, si de lo que se trata es de apropiarse de un “legado de Cooke”. Porque Mazzeo se formó y aportó a la formación de nuevas

camadas de “intelectuales orgánicos”, no solo con libros y artículos: los que escribió y leyó, los que prestó y recomendó; o con sus cursos de formación y “Cátedras libres”: los que organizó, las que impartió, sino también con las conversaciones.

Por ejemplo, extensas conversaciones con Guillermo Cieza (autor del prólogo del libro que tienen entre manos) y Jorge Pérez, entre otros mencionados en la presentación de este libro, a través de quienes le llegaron parte de las historias sobre Cooke. También las intensas y extensas mateadas que —sabe bien este cronista— Mazzeo sostuvo durante algunos años junto a Manuel Suárez, uno de esos militantes polimorfos, ya entonces en vías de extinción. O con el propio José Luis Mangieri, a quien tuve el placer de conocer (gracias a Miguel) y con quien —indirectamente— tuve la posibilidad de trabajar, ya que uno de mis primeros “empleos” fue poner la “mesita” en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, no para una agrupación siendo estudiante, sino para “hacerme unos mangos”, siendo “piquetero”, vendiendo libros de La Rosa Blindada, a instancias de la triple solidaridad de Mazzeo, Mangieri y la Cátedra Libre de Derechos Humanos, donde estaba (y aún persiste) la, para nosotros emblemática, Graciela “Vicki” Daleo.

Si cuento estas breves anécdotas, insisto, no es por intimismo, ni por autoreferencialidad, sino para dar cuenta de un modo poco convencional de introducir a las nuevas generaciones a la vida intelectual, que Mazzeo de algún modo heredó —y resignificó— y supo luego retransmitir hacia los más jóvenes, o sumar a los “nuevos” a ese tránsito junto con los “viejos”.

Retomando el libro, quisiera destacar el hecho de que Mazzeo, revisitando a Cooke, contribuye a volver a instalar en el imaginario de las militancias actuales cierta vocación —presente en el período de luchas anterior al de la “década larga”— de pensar en una política desde el llano, plebeya, de base, pero no por eso sin vocación de masas. Desde una izquierda nueva, o que se pretende tal, Mazzeo retoma, a veces sin pronunciarlo de este modo, el inmenso desafío de recrear un imaginario ligado a un nacionalismo popular-revolucionario, que no

es más que otro modo de nombrar las apuestas socialistas de manera situada, sin dicotomizar los componentes de la “cuestión nacional” y el internacionalismo (par que incluye, en su seno, el Latinoamericanismo y el anti-colonialismo). Y qué duda cabe de que “el Gordo” Cooke fue uno de sus máximos referentes.

Porque a pesar de toda la “vuelta del peronismo” de los últimos años, Cooke es un indigerible, aun para el propio peronismo oficial, que recientemente llegó hasta incorporar los nombres de Alicia Eguren y Juan José Hernández Arregui (ver “Declaración de Formosa” del Partido Justicialista, junio de 2016), pero no el del “Bebe”. Es que Cooke es el hecho maldito del peronismo burgués.

La reivindicación “nacional-popular” (“no populista”) que realiza Mazzeo de Cooke, y a través de él de un costado (el irreverente y con vocación revolucionaria, es decir, socialista) del peronismo, tiene clara coherencia con muchos de sus otros trabajos. No solo los de los años dedicados al estudio de ese “tío latinoamericano” que es José Carlos Mariátegui (recordemos que los formalistas rusos insistían en destacar que la transmisión intergeneracional no se producía de “padres a hijos” sino de “tíos a sobrinos”), a quien Mazzeo consagró lecturas y reflexiones que van desde su primer libro (Volver a Mariátegui, 1995), hasta una de sus últimas publicaciones (El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de “socialismo práctico”, 2013), donde no solo vuelve sobre sus retornos al Amauta, sino también a sus libros donde intentó contribuir a dotar de una “teoría revolucionaria” a determinadas experiencias de la “corriente autónoma” de los movimientos sociales de la Argentina (o “Nueva Nueva Izquierda”, según él mismo la denominó). ¿No está claramente presente cierto “espíritu cookiano” en muchos de sus trabajos? Me refiero fundamentalmente a la saga ¿Qué (no) hacer? (2005) y El sueño de una cosa: introducción al poder popular (2007), o Poder popular y Nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo (2011).

“La nación es un producto activo”, sostiene en el primero de los libros mencionados. Y agrega: “Nosotros consideramos que la nación puede ser (en realidad, puede volver a ser) un espacio proyectado de la emancipación, el locus

de una dialéctica de la emancipación”. Y agrega en El sueño de una cosa que el “sujeto popular” no es una entelequia, ni una abstracción ajena a contradicciones (léase: el pueblo en el que se “armonizan” los antagonismos de clase), sino una forma de designar “el fundamento que configura una ética de la liberación, aquello que es sostén y propósito del proyecto emancipador, ese que, por lo general, a algunos nos gusta llamar socialista”.

Planteos que, por su temática, aparecen con mayor nitidez en el último de los libros citados. “La memoria de las antiguas luchas sirve si colabora con la apertura de un nuevo ciclo de la conciencia nacional, popular y revolucionaria; si ilumina la praxis de los que se proponen rediseñar la Nación, el Estado y la sociedad”, comenta a la hora de pensar esa dialéctica que jamás se detiene: la de la historia.

Una década antes, a propósito de El tiempo y sus mudanzas, la última novela escrita por Manuel Suárez y publicada en 2004, Mazzeo escribía: “Manuel reacciona al diagnóstico pesimista. Está convencido de que el tiempo muda”. Tal vez pensando en Cooke, después de leer estas herejías, uno pueda leer (o releer), el libro de Manuel, no el de Cortázar, sino el de Suárez, y meditar sobre su final: “En el patio, el sol es un recuerdo con promesa de retorno, la luna prosigue su balanceo en sus hojas alimonadas, el jazmín brilla salpicado de frescuras; un gallo sin horario saluda el crepúsculo. Hoy casi termina, mañana se anuncia…”.

Hemos atravesado el desierto neoliberal con intensa creatividad. Hemos salido de la década neodesarrollista un poco mareados, tal vez, pero con algunas certezas y unas cuantas convicciones. El crepúsculo de los ídolos se desvanece. ¿Se anuncia el mañana de una Nueva Nueva Nueva Izquierda? No lo sabemos, pero yuxtaponiendo imágenes podemos traer ante nosotros la del último Cooke, agonizante, mientras el destacamento de la guerrilla rural de las Fuerzas Armadas Peronistas se alista en Taco Ralo.

Las continuidades no son lineales y las derrotas no son solo derrotas, sino lo que

hacemos con ellas. Lo mismo sucede con los grandes personajes del pasado. No son entes objetivos, sino imágenes sujetas a lo que hagamos con ellas.

Sin lugar a duda, hoy el aporte de Mazzeo respecto de Cooke, como ayer fue con Mariátegui, es un insumo insoslayable para las nuevas generaciones de intelectuales y militantes que no deseamos quedar atrapados bajo la sombra nostálgica de un supuesto "pasado glorioso", sino que buscamos en aquellas palabras intempestivas de Cooke reactualizar el imaginario revolucionario que nos permita medirnos con la época… y dejarla atrás ante un nuevo amanecer.

Mariano Pacheco

Alta Gracia, Córdoba, 25 de agosto de 2016

Bibliografía general

Obras de John William Cooke

Cooke, John William, Obras completas, Tomo I (Acción parlamentaria), Buenos Aires, Colihue, 2007. (Eduardo Luis Duhalde compilador).

Cooke, John William, Obras completas, Tomo II (Correspondencia Perón-Cooke), Buenos Aires, Colihue, 2008. (Eduardo Luis Duhalde compilador).

Cooke, John William, Obras completas, Tomo III (Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos), Buenos Aires, Colihue, 2009. (Eduardo Luis Duhalde compilador).

Cooke, John William, Obras completas, Tomo IV (Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos), Buenos Aires, Colihue, 2010. (Eduardo Luis Duhalde compilador)

Cooke, John William, Obras completas, Tomo V (Peronismo y revolución. Apuntes para la militancia. La lucha por la liberación nacional/Informe a las bases), Buenos Aires, Colihue, 2011. (Eduardo Luis Duhalde compilador).

Cooke, John William: "Apuntes para una ideología de la Revolución Cubana". En revista Retruco, La Plata, Año 9, Nº 29, septiembre - octubre de 1997.

Cooke, John William: "El caso Nell, clave para el proceso político argentino". En: Baschetti, Roberto, (Recopilación y prólogo), Documentos de la Resistencia Peronista, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Cooke, John William, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974.

Cooke, John William: "Llamado a los bobalicones". En: Militancia, Nº 16, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1973.

Cooke, John William: "Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina". En

revista Pasado y Presente, Buenos Aires, Año IV (2/3) nueva serie; 1973, p. 373-401. Nota introductoria de Juan Carlos Portantiero: “Introducción a un inédito de Cooke”.

Cooke, John William: Perspectivas de una economía nacional, Córdoba, Ediciones la docta, s-f.

Cooke, John William: “Definiciones”. En: Cristianismo y Revolución, Nº 2/3, Buenos Aires, octubre-noviembre de 1966.

Cooke, John William: “Prólogo” a Lamborghini, Leónidas: La payada, Buenos Aires, mimeo, s/f. (1966).

Entrevista a John William Cooke: “Diez preguntas a J. W. Cooke”, s/f. En revista Así, Nº 128, 16 de junio de 1958.

Cooke, John William: “Repudiemos al Grupo de Ocupación con el VOTO EN BLANCO”. En: Palabra Argentina, Año 1, Nº 34, Buenos Aires, 25 de julio de 1957.

Obras sobre John William Cooke

AA.VV., Dossier “Cooke”. En: Fin de Siglo, Nº 7, Buenos Aires, enero de 1988.

Álvarez Guerrero, Osvaldo, Las máscaras del poder (Lebensohn - Cooke), Buenos Aires, CEAL, 1992. (2 Volúmenes).

Amaral, Samuel, “En las raíces ideológicas de Montoneros: “John William Cooke lee a Gramsci en Cuba”. En: Temas de historia argentina y americana, 17, p. 17. Recuperado de: http://bibliotecadigital.uca/repositorio/revistas/raíces-ideológicas-de-montoneros.pdf. Chequeado el 30 de diciembre de 2015.

Artola, Sebastián: “Ensayo, crítica y peronismo. A propósito de ‘Perspectivas de una economía nacional’ de John William Cooke”. En: La Biblioteca, ciudad y cultura, Nº 7, Buenos Aires, primavera de 2008.

Baschetti, Roberto: “John William Cooke: una historia de vida y lucha”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina),Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999. Y también: Cooke, John William, Obras completas, Tomo I (Acción parlamentaria), Buenos Aires, Colihue, 2007. (Eduardo Luis Duhalde compilador).

Bavio, Gerardo, “Cooke y el Che. Recuerdos, realidad y ficción”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

Baschetti, Roberto: “De Perón al Che. Encuentros y desencuentros entre el peronismo y la izquierda 1945-1967”. En: AA. VV, Che el argentino, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 1997.

Bellucci, Mabel: “Alicia Eguren. La voz contestataria del peronismo”. En: Rebelión, 8 de septiembre de 2003. Tomado de: www.rebelion.org hemeroteca/argentina/030908Bellucci.htm. Chequeado en diciembre de 2015.

Bernetti, Joge Luis: “Un ejército desarmado”. En: Panorama, Buenos Aires, 5 de octubre de 1971.

Bonasso, Miguel: “Aparece hoy en Buenos Aires. Un lúcido ensayo de J. W. Cooke analiza la crisis política actual”. En: La Opinión, Buenos Aires, 20 de agosto de 1973.

Bozza, Juan A.: “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”. En: Sociohistórica, Cuadernos del CIHS (Centro de Investigaciones Socio Históricas de la UNLP), Número 9710, La Plata, Ediciones Al Margen, 2002.

Brienza, Hernán, John W. Cooke: el peronismo revolucionario,

Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.

Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas: “El Dr. John W. Cooke demostró que Echeverría pudo ser recordado como una buena persona”. En: Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas, Año IV, Nº 9, Buenos Aires, 18 de septiembre de 1951.

Brunati, Luis Pedro, “Cooke. Convencidos de que navegamos”. En: Margen

Izquierdo Nº 2, Buenos Aires, abril-mayo de 1990.

Campione, Daniel: “Los comunistas somos nosotros: Cooke y el Partido Comunista Argentino”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

Caro Figueroa, Gregorio: “A propósito de un libro de Richard Gillespie. John William Cooke: ignorado, condenado y luego mitificado”. En: Todo es Historia, Nº 288, Buenos Aires, junio de 1991.

Chávez, Fermín: “Introducción II”. En: Gillespie, Richard, J. W. Cooke. El peronismo alternativo, Op. cit.

Cichero, Marta, Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez sobre violencia política, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Cieza, Guillermo: “Cooke no es una marca de jeans”. En: Retruco, Nº 30, Buenos Aires, septiembre de 1998.

Comité de Redacción: “Alrededor de John William Cooke”. En: Peronismo y Socialismo, Nº 1, Buenos Aires, septiembre de 1973.

Corbiere, Emilio, “El Parlamento como arma”. En: Fin de SigloNº 7, “Dossier Cooke”, Buenos Aires, enero de 1988.

Eguren, Alicia: “Notas para una biografía de John”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 9, del 15 al 21 de septiembre de 1971.

El Kadri, Envar; Mattini, Luis, y Peralta, Amanda (Panelistas): “John William Cooke y la militancia revolucionaria en Argentina”, Buenos Aires, Agrupación John William Cooke. Charla-Debate del 25 de junio de 1998 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sede Ramos Mejía.

Falco, Alejandro: “La balada del Gordo y el pibe Lolito”. En: Utopías del Sur, Nº 23, Buenos Aires, primavera de 1989.

Feinmann, José P.: “Cooke: Peronismo e Historia”. En: revista Envido, Nº 8, Buenos Aires, marzo de 1973.

Fernández, Gabriel: “Cooke: Triunfar en Hollywood. Sobre la herencia del gran revolucionario entre piqueteros y asambleístas. Pueblo y región. Interpretación de las décadas recientes. Populismo y socialismo”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2005.

Gaggero, Manuel Justo: “Encuentro con el Che: aquellos años”. En. AA.VV., Che, el argentino, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 1997.

Gaggero, Manuel, Justo: “El hecho burgués del país maldito”. En: Nuevo Sur, Buenos Aires, 8 de abril de 1990.

Gaggero, Manuel, Justo: “Dos modelos latinoamericanos”. En: revista Fin de Siglo, Nº 7, “Dossier Cooke”, Buenos Aires, enero de 1988.

Galasso, Norberto, Cooke: de Perón al Che. Una biografía política, Rosario, Homo Sapiens, 1997.

Galasso, Norberto: “El Bebe Cooke: un revolucionario”. En: Jotapé, Nº 8, Segunda Época, Buenos Aires, octubre de 1987.

Gaude, Cristian Leonardo, El peronismo republicano. John William Cooke en el Parlamento Nacional, Buenos Aires, Universidad Nacional de General de General Sarmiento. Instituto de Desarrollo Humano. Licenciatura en Ciencias Políticas, 2014.

Gil, Germán Roberto, La izquierda peronista (1955-1974), Buenos Aires, CEAL, 1989.

Gillespie, Richard, J. W. Cooke. El peronismo alternativo, Buenos Aires, Cántaro, 1989.

Goldar, Ernesto: “John William Cooke. De Perón al Che Guevara”. En: revista Todo es Historia, Nº 288, junio de 1991.

Goldar, Ernesto: “Una muralla de coherencia”. En: Fin de Siglo, Nº 7, “Dossier Cooke”, Buenos Aires, enero de 1988.

Goldar, Ernesto, John William Cooke y el peronismo revolucionario, Buenos Aires, CEAL, 1985.

González, Horacio, “Presente de Cooke en la historia de las ideas argentina”. Cuaderno de Cátedra Nº 1. Cátedra Libre John William Cooke, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario, 22 de septiembre de 2003.

González, Horacio: “Cooke, el cincel de una derrota”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

González, Horacio: “Identidades: John William Cooke, el Heredero”. En: Nuevo Sur, 11 de junio de 1989, Suplemento “Las Palabras y las Cosas”.

González, Horacio: “¡MARCOOKE! Marcuse y Cooke en la Argentina

del 68”. En: revista El Porteño, Nº 77, Buenos Aires, mayo de 1988.

González, Horacio: “La revolución en tinta limón: recordando a Cooke”. En: revista Unidos, año 4, Nº 11, 1986.

Gurucharri, Eduardo: “Sobre los orígenes del peronismo revolucionario: Gustavo Rearte y John William Cooke”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke, Op. cit.

Jozami, Eduardo: “Actualidad de Cooke. 1968-1988”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

Korol, Claudia: “Cooke y el che. En el cruce de caminos”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

Lindner, Franco, Cooke: el heredero maldito de Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

López, Artemio: “John William Cooke. Hacia una teoría del populismo”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta. El gran descartado de la historia argentina, Op. cit.

Mazzeo, Miguel, “Notas para una biografía de Alicia Eguren”. En: Casa de las Américas 245, La Habana, octubre-diciembre de 2006.

Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke,

Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2005.

Mazzeo, Miguel, John William Cooke. Textos traspapelados, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000.

Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina),Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999.

Mazzeo, Miguel: “John William Cooke, El signo de las determinaciones dialécticas”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Cooke de vuelta (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

Núñez, Carlos: “William Cooke. La revolución que no realizó el peronismo”. En: revista Marcha, Montevideo, 23 de abril de 1965.

Olivera, Juan José: “La paradoja en el pensamiento político argentino: El caso del anecdotario Arturo Jauretche-John William Cooke”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke, Op. cit.

Peralta, Amanda: “Introducción I”. En: Gillespie, Richard, J. W. Cooke. El peronismo alternativo, Op. cit.

Pérez, Jorge: “John William Cooke: Un revolucionario”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke, Op. cit.

Perón, Juan Domingo: “Carta de Juan Domingo Perón a John William Cooke, Ciudad Trujillo, 18 de enero de 1959”. Carta que no figura en Perón-Cooke. Correspondencia, Tomo I y II, tanto en las ediciones de Papiro (1972) como en la de Parlamento (1984-1985). En el Tomo II, en ambas ediciones, se pasa de la carta fechada el 14 de enero a otra del 5 de febrero de 1959. Tampoco figura en: Cooke, John William, Obras completas, Tomo II (Correspondencia Perón-Cooke), Buenos Aires, Colihue, 2008. (Eduardo Luis Duhalde compilador). Original en el archivo de Héctor Tristán. Gentileza de Fermín Chávez. Publicada en: Mazzeo, Miguel, John William Cooke, Textos Traspapelados (1957-1961), Op. cit.

Ranalletti, Mario, “De Frente (1953-1956). Una voz democrática y antiimperialista en la crisis final del primer peronismo”. En: Girbal-Blacha,

Noemí y Quatrocchi-Woisson, Diana (Compiladoras), Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

Recalde, Aritz, El pensamiento de John William Cooke en las cartas a Perón (1956-1966), Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2009.

Rodríguez, Esteban: “Palabras mágicas”. En: Mazzeo, Miguel

(Compilador), Pensar a John William Cooke, Op. cit.

Salas, José Ernesto, “Cuando John William Cooke fue acusado de traicionar la revolución”. En: Mazzeo Miguel (Compilador), Cooke de vuelta, (El gran descartado de la historia argentina), Op. cit.

Seoane, María, Bravas. Alicia Eguren de Cooke y Susana Pirí Lugones. Dos mujeres para una pasión argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Sorín, Daniel, John William Cooke. La mano izquierda de Perón, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Suplemento especial de El Mundo: “John William Cooke. Peronismo Revolucionario. Contra la burocracia y la obsecuencia. Contra la patronal y el imperialismo. Por la patria socialista”. En: diario El Mundo, Buenos Aires, 1974, s/f.

Sztulwark, Diego: “Cooke”. En: anarquiacoronada.blogspot.com/2014/09.Cooke.htlm. Chequeado el 5 de enero de 2016.

Suárez, Manuel: “Introducción”. En: Mazzeo, Miguel (Compilador), Pensar a John William Cooke, Buenos Aires, Op.cit.

Szpunberg, Alberto, “Historia de una pasión liberadora fortalecida por el tiempo. El pensamiento vivo de un militante”. En La Opinión Cultural, Buenos Aires, 9 de septiembre de 1973.

Obras en general

AA.VV, Che el argentino, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 1997.

AA.VV, Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90.Buenos Aires, Kohen & Asociados Internacional, Colección Teoría Crítica, 1994.

AA.VV., Historia Crítica de la Literatura Argentina, Vol. 2, Buenos Aires, Emecé, 2003.

Acha, Omar, La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

Althusser, Louis, Lenin y la filosofía, México, Serie Popular Era, 1981.

Amante, Adriana; Lanot, Jorge y Sguiglia, Eduardo, Tosco. Escritos y discursos, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian, Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina.Buenos Aires, Norma. Tomo I (1966-1973), 1997. Tomo II, (1973-1976), 1998. Tomo III, (1976-1978), 1998.

Antonio, Jorge, ¿…Y ahora qué?, Buenos Aires, Ediciones Verum et milita, 1966.

Aricó, José, La cola del diablo, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Arrosagaray, Enrique, Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero, Buenos Aires, Catálogos, 2006.

Arrosagaray, Enrique, Los Villaflor de Avellaneda, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 1993.

Bardini, Roberto, Tacuara. La pólvora y la sangre, México, Océano, 2002.

Baschetti, Roberto (Compilador), Documentos (1973-1976). De Cámpora a la Ruptura, Volumen I, La Plata, De la Campana, 1996.

Baschetti, Roberto (Compilador), Documentos (1970-1973), De la guerrilla peronista al gobierno popular, La Plata, De la campana, 1995.

Baschetti, Roberto (Recopilación y prólogo), Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Basualdo, Eduardo, Estudios de Historia Económica Argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad, Buenos Aires, FLACSO- Siglo XXI, 2006.

Baudelarie, Charles, Las flores del mal, Buenos Aires, EFECE, editor, 1977.

Belli, Gioconda, La mujer habitada, Buenos Aires, Emecé, 2006.

Belloni, Alberto, Del anarquismo al peronismo. Historia del Movimiento Obrero Argentino, A. Peña Lillo Editor, Colección La Siringa, Buenos Aires, 1960.

Benítez, Hernán, La Aristocracia frente a la revolución (pasajes seleccionados). En: Releyendo al Padre Hernán Benítez, Ediciones Felipe Varela, Buenos Aires, s/f.

Benjamín, Walter, Sobre el concepto de la historia. Tesis y fragmentos, Piedras de Papel, Buenos Aires, 2007.

Bonasso, Miguel, El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo, Buenos Aires, Plantea, 1997.

Bourdieu, Pierre, Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, (Colección Argumentos), Barcelona, Anagrama, 1997.

Buchrucker, Cristian: “Unidad y diversidad en las corrientes internas del justicialismo”. En: Miguens, José Enrique y Turner, Frederick C.: Racionalidad del peronismo. Perspectivas Internas y Externas que replantean un debate inconcluso, Buenos Aires, Planeta, 1983.

Burgos, Raúl, Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Campione, Daniel: “Del intervencionismo conservador al intervencionismo populista. Los cambios en el aparato de Estado: 1940-1946”. En: revista Taller, Vol. 2, Nº 4, agosto de 1997.

Carulli, Liliana y otras, Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972, Buenos Aires, Biblos, 2000.

Chávez, Fermín, Alpargatas y libros. Diccionario de peronistas de la cultura, Buenos Aires, Theoría, Tomo I (2003) y Tomo II (2004).

Chávez, Fermín: "Nacionalismo y marxismo". En: revista Nacionalismo Marxista. Columnas de Liberación Nacional, Año 1, Nº 1, 14 de julio de 1957.

Cioran, Emile M., La caída en el tiempo, Barcelona, Planeta/De Agostini, 1986.

Colectivo El Topo Blindado, Lucha Armada. Guía Hemerográfica. Publicaciones político-peridísticas argentinas. 1959-1983, Buenos Aires, Colectivo El Topo Blindado, 2012.

Debray, Regis: "El castrismo: la gran marcha de América Latina". En: revista Pasado y Presente, Año 2, Nº 7-8, Córdoba, octubre de 1964 - marzo de 1965.

Denaday, Juan Pedro: "Comando de Organización: un peronismo plebeyo, combativo y nacionalista (1961-1976)". En: Quinto Sol, Vol. 20, Nº 1, enero-abril de 2016.

Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo M., De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, La Plata, De la Campana, 2003, p.10.

Eguren, Alicia: "De la Conferencia de París a la resurrección del Justismo". En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 5, del 18 al 24 de agosto de 1971.

Eguren, Alicia: "Los herederos de San Martín". En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 6, del 25 al 31 de agosto de 1971.

Eguren, Alicia: "Solo la verdad nos hará libres. El día del renunciamiento y otras infames patrañas". En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 7, del 1 al 7 de septiembre de 1971.

Eguren, Alicia: "Complicidad en la operación exterminio". En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 8, del 8 al 14 de septiembre de 1971.

Eguren, Alicia: "Ya tiene candidato el pueblo. Farsa macabra. Acto I. Un

carnaval tenebroso”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 9, del 15 al 21 de septiembre de 1971.

Eguren, Alicia: “El ciervo acorralado”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 10, del 22 al 28 de septiembre de 1971.

Eguren, Alicia: “Mercenarios, torturadores y libertadores”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, del 29 de septiembre al 6 de octubre de 1971.

Eguren, Alicia: “Carta al general Perón”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 12, del 6 al 12 de octubre de 1971.

Eguren, Alicia: “En este 17”. En: Nuevo Hombre, Año 1, Nº 13, del 13 al 19 de octubre de 1971.

Eguren, Alicia: “Ave César o el arte de negociar. Análisis exclusivo de la actual coyuntura política”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 14, del 20 al 26 de octubre de 1971.

Eguren, Alicia: “Los monstruos que vos engendrasteis”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 15, del 27 de octubre al 2 de noviembre de 1971.

Eguren, Alicia: “Viva la patria revolucionaria”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 16, del 3 al 9 de noviembre de 1971.

Eguren, Alicia: “De la guerra sucia a la guerra mugrienta”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 17, del 10 al 16 de noviembre de 1971.

Eguren, Alicia: “Política de principios, la mejor política. Respuesta a Rucci”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 19, del 24 al 30 de noviembre de 1971.

Eguren, Alicia: “Como Venezuela, no”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 20, del 1 al 6 de diciembre de 1971.

Eguren, Alicia: “Pulgarcito (selección de sus papeles). En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 21, del 8 al 14 de diciembre de 1971.

Eguren, Alicia: “Unidad en la lucha. Solidaridad: con los explotados y los combatientes. Organización para la revolución”. En: Nuevo Hombre, Buenos

Aires, Año 1, Nº 22, del 15 al 21 de diciembre de 1971.

Eguren, Alicia: “En estas navidades”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 23, del 22 al 28 de diciembre de 1971.

Eguren, Alicia: “La hora de los ratones del reloj parado y la hora de la verdad”. En: Nuevo Hombre, Buenos Aires, Año 1, Nº 24, del 29 de diciembre al 11 de enero de 1972.

Eira, Gabriel, “La construcción del pasado”, en: revista Alter, Nº 7, Montevideo, quinta época, 2002.

Falcone, Jorge, Pensando la patria sin copiarse. Reflexiones desde el nacionalismo revolucionario sobre la lucha popular en la Argentina del siglo XXI, Buenos Aires, El Colectivo, 2010.

Falcone, Jorge, Canto hereje, Buenos Aires, Ediciones Baobab, 2005.

Fanon, Frantz, Los condenados de la tierra, México, FCE, 2007.

Frölich, Paul, Rosa Luxemburg. Vida y obra, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2013.

Frondizi, Silvio, La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica, Vol. I y Vol. II., Buenos Aires, Praxis, 1960.

Funes, Susana y Jáuregui, Rubén, “Agustín Tosco, dirigente sindical revolucionario”. En: Hechos y Protagonistas de las Luchas Obreras Argentinas, Año 1, Nº 6. Buenos Aires, 1984.

Galeano, Eduardo, Nosotros decimos no, México, Siglo XXI, 1989.

Gasió, Guillermo (Investigación. Diálogos. Edición con la colaboración de Camila Charvay), Miguel Gazzera: Memorias de las 62 organizaciones peronistas (1957-1974), Buenos Aires, mimeo, s/f.

Ghioldi, Américo, Alpargatas y libros en la historia argentina,

Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1946.

Gilbert, Isidoro, El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la Inteligencia soviética en la Argentina, Buenos Aires, Planeta, 1994.

Girbal Blacha, Noemí y Quatrocchi Woisson, Diana (Compiladoras), Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

Gillespie, Richard, Soldados de Perón. Los Montoneros, Planeta, Buenos Aires, 1987.

Godio, Julio, La caída de Perón, Tomo II, Buenos Aires, Centro

Editor de América Latina, 1985.

González, Horacio, Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX, Buenos Aires, Colihue, 1999.

González Canosa, Mora: "Un sendero guevarista: pervivencias y torsiones en los orígenes de las 'Fuerzas Armadas Revolucionarias' (1966-1970)". En: revista www.izquierdas.cl, Nº 15, abril de 2013. Chequeado el 10 de febrero de 2016.

Gramsci, Antonio, Introducción a la filosofía de la praxis, México, Fontamara, 1999.

Gramsci, Antonio, El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

Gramsci, Antonio, Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

Gurrucharri, Eduardo, Un militar entre obreros y guerrilleros,

Buenos Aires, Colihue, 2001

Halperín Donghi, Tulio, El revisionismo histórico argentino, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

Halperín, Paula, Historia en celuloide: Cine militante en los '70 en la Argentina. Estudios críticos sobre historia reciente. Los '60 y '70 en Argentina, Parte III, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo Nº 32,

enero de 2004.

Hernández, Pablo José, Los “zurdos” y Castellani, Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2012.

Hernández Arregui, Juan José, La formación de la conciencia nacional, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.

Hernández Arregui, Juan José, Peronismo y socialismo, Buenos Aires, Corregidor, 1973.

Hofstadter, Richard: “Estados Unidos”. En: Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest (compiladores), Populismo. Sus significados y características nacionales, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1970.

Horkheimer, Max, Sociedad en transición: estudios de filosofía social, Barcelona, Planeta/De Agostini, 1986.

James, Daniel, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976), Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

James, Daniel: “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”. En: revista Desarrollo Económico, v. 21, Nº 83, octubre-diciembre de 1981.

Jauretche, Arturo, Política nacional y revisionismo histórico, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1982.

Kohan, Néstor (compilación y estudio introductorio), La Rosa Blindada una pasión de los60, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999.

Laclau, Ernesto, La razón populista, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Lamborghini, Leónidas: “El gauchesco como arte bufo”. En: Tiempo Argentino, Buenos Aires, 23 de junio de 1985.

Lamborghini, Leónidas, Partitas, Buenos Aires, Corregidor, 1972. Lamborghini, Leónidas, Coplas al Che, Buenos Aires, ARP, 1967. Lanusse, Lucas, Cristo Revolucionario. La Iglesia militante,Buenos Aires, Editorial Vergara, 2007.

Lanusse, Lucas, Montoneros, el mito de los 12 fundadores, Buenos Aires, Editorial Vergara, 2005.

Lefebvre, Henri, El marxismo, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Lenin, V. I., Un paso adelante, dos pasos atrás (Una crisis en nuestro partido),Pekín, Ediciones en Lengua Extranjera, 1977.

Lenin, V. I., ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento, Pekín, Ediciones en Lengua Extranjera, 1975.

Lenin, V. I., Tres artículos de Lenin sobre los problemas nacional y colonial, Pekín, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1974.

Lenin, V. I., Las tesis de abril, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1969.

Lenin, V. I., Materialismo y empiriocriticismo, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1966.

Lenin, V. I., El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1963.

Licht, Silvia, Agustín Tosco y Susana Funes, Historia de una pasión militante. Acciones y resistencia del movimiento obrero (1955-1975), Buenos Aires, Biblos, 2004.

Lukács, György, Lenin (la coherencia de su pensamiento), prólogo de Néstor Kohan, traducción al español de Jacobo Muñoz. En: www.rebelión.org. Chequeado el 20 de abril de 2011.

Lukács, György, Táctica y ética. Escritos tempranos (1919-1929), Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005.

Lukács, György: “Observaciones críticas a la crítica de la Revolución Rusa de Rosa Luxemburg”. En: Luxemburgo, Rosa, Crítica de la Revolución Rusa, Buenos Aires, Quadrata, 2005.

Lukacs, György, Historia y conciencia de clase,Madrid, Sarpe, 1985.

Luxemburgo, Rosa, Crítica de la Revolución Rusa, Buenos Aires, Quadrata,

2005.

Luxemburgo, Rosa, Obras escogidas, Buenos Aires, Ediciones

Pluma, 1976, tomos I y II.

Luxemburgo, Rosa, Introducción a la economía política, Cuadernos de Pasado y Presente/35, México, Siglo XXI, 1975.

Mandel, Ernest, El capitalismo tardío, México, Ediciones Era, 1979.

Mandel, Ernst, Control obrero, consejos obreros y autogestión (Antología), México, Ediciones Era, 1974.

Mandel, Ernest, La burocracia, Buenos Aires, Ediciones La Espiral, 1971.

Marianetti, Benito, Argentina, realidades y perspectivas, Buenos Aires, Platina, 1964.

Mao Tse-Tung, El libro Rojo, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.

Mao Tse-Tung, Acerca de la práctica. Sobre la contradicción. Sobre el tratamiento correcto de la contradicciones en el seno del pueblo.¿De dónde vienen la ideas correctas?,Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1969.

Mariátegui, José Carlos, Ideología y política, Lima, Biblioteca

Amauta, 1978.

Martínez Estrada, Ezequiel, Radiografía de la pampa, Buenos Aires, Eudeba, 2011.

Martínez Estrada, Ezequiel, La cabeza de Goliat, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.

Marx, Carlos: “Carta al director de Otiechéstvennie Zapiski”. En: Marx, Karl y Engels Friedrich, Correspondencia, Tomo III. En: Archivo Marx/Engels: www.marxists.org,julio de 2001. Chequeado el 2 de febrero de 2012.

Marx, Carlos, El capital. Libro I, Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción, México, Siglo XXI, 2001.

Marx, Carlos, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), 1857-1858, Tomos I, II y III, México, Siglo XXI, 1997.

Marx, Carlos, El capital, Tomo I. Volumen I, Libro primero. El proceso de producción del capital, México, Siglo XXI, 1988 y El capital, Tomo I. Volumen II, Libro primero. El proceso de producción del capital, México, Siglo XXI, 1990.

Marx, Carlos, Manuscritos de 1844. Economía, filosofía y política, Buenos Aires, Cartago, 1984.

Marx, Carlos, Crítica al programa de Gotha, Buenos Aires, Anteo, 1973.

Marx, Carlos, La Guerra Civil en Francia, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968.

Marx, Carlos, “Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los trabajadores”. En: AA.VV, La primera internacional y el triunfo del marxismo leninismo, Buenos Aires, Editorial Porvenir, 1965.

Marx, Carlos, El XVIII Brumario de Luis Bonaparte, Buenos Aires, Claridad, s/f.

Marx, Carlos y Engels, Federico, Materiales para la historia de América Latina, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1987.

Marx, Carlos y Engels, Federico, La Sagrada Familia. O crítica de la crítica. Contra Bruno Bauer y consortes, Buenos Aires, Claridad, 1975.

Masotta, Oscar, Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan, Buenos Aires, Paidós, 2015.

Massardo, Jaime, “Antonio Gramsci, Ernesto Guevara: Dos momentos de la filosofía de la praxis”. En: International Gramsci Society Newsletter, Nº 9, marzo de 1999, suplemento electrónico 2.

Mazzeo, Miguel, El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de “socialismo práctico”, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2013.

Mazzeo, Miguel, Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la

Revolución de Mayo, Buenos Aires, Herramienta/El Colectivo, 2011.

Meinville, Julio, El judío en el misterio de la historia, Buenos Aires, Theoría, 1959.

Meinville, Julio, El comunismo en la revolución anticristiana,

Buenos Aires, Theoría, 1961.

Meinville, Julio, El poder destructivo de la dialéctica comunista, Buenos Aires, Theoria, 1962.

Miguens, José Enrique y Turner, Frederick C.: Racionalidad del peronismo. Perspectivas Internas y Externas que replantean un debate inconcluso, Buenos Aires, Planeta, 1983.

Miliband, Ralph: “Análisis de clases”. En: Giddens, Anthony, Turner,

Jonathan y otros, La teoría social hoy, México, Alianza, 1991.

Miller, Henry, El mundo del sexo, Córdoba, Ediciones del Subsuelo, s.f.

Morales, Emilio: “Uturunco y las guerrillas en la Argentina”, en: revista El Obrero, Año II, Nº 2, diciembre-enero de 1964.

Nadra, Fernando, La religión de los ateos: reflexiones sobre el estalinismo en el Partido Comunista Argentino, Buenos Aires, Puntosur, 1989.

Navarro Gerassi, Marysa, Los nacionalistas, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968.

Neiburg, Federico, Los intelectuales y la invención del peronismo, Alianza, Buenos Aires, 1988.

Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina: la historia del “Vasco” Bengoechea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2006.

Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, Entrevista a Amanda Peralta, mimeo,

Buenos Aires, 2005.

Nietzsche, Federico, Así hablaba Zaratrusta, Madrid, EDAD, 1998.

Pacheco, Julieta, Nacional y popular. El MALENA y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969), Buenos Aires, Ediciones ryr, 2012.

Palieraki, Eugenia, ¡La revolución ya viene! El MIR Chileno en los años sesenta, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2014.

Pavón Pereyra, Enrique, Diario Secreto de Perón, Buenos Aires,

Sudamericana-Planeta, 1986.

Peña, Milcíades, Industria, Burguesía industrial y liberación nacional, Buenos Aires, Fichas, 1974.

Peralta Ramos, Mónica, Acumulación de capital y crisis política en Argentina (1930-1974), México, Siglo XXI, 1978.

Pérez, Alberto Julián, Literatura, peronismo y liberación nacional, Buenos Aires, Corregidor, 2014.

Perón, Juan Domingo: “Cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos”, (discurso pronunciado desde los balcones de la Casa Rosada el 31 de agosto de 1955). En: El pensamiento del peronismo, Buenos Aires, El Ateneo, 2010.

Perón, Juan Domingo, Conducción política, Buenos Aires, s/d, 1974. (Con un Apéndice de actualización doctrinaria).

Perón, Juan Domingo, La fuerza es el derecho de las bestias,

Montevideo, Cicerón, 1958.

Perrault, Gilles, La orquesta roja, Buenos Aires, Emecé, 1973.

Petra, Adriana, Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la

Educación. Doctorado en Historia. Tesis Doctoral, 2013.

Pigna, Felipe: “Entrevista a Jorge Antonio”, revista Noticias, enero de 2004. En: El Historiador. Entrevistas. Entrevista a Jorge Antonio. www.elhistoriador.com.ar/entrevistas/a/antonio.php. Chequeado el 3 de marzo de 2016.

Piñeiro Iñiguez, Carlos, Hernández Arregui, Intelectual peronista. Pensar el nacionalismo popular desde el marxismo, Instituto Di Tella- Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

Polese, Rubén Adrián, Vencedores Vencidos. La resistencia peronista en el partido de Lanús, Buenos Aires, El Colectivo, 2014.

Porrúa, Ana, Variaciones vanguardistas. La poética de Leónidas Lamborghini, Rosario, Beatriz Viterbo, 2001.

Pozzi, Pablo y Salas, Ernesto, “La historia argentina, el revisionismo y la búsqueda de la hegemonía cultural”, Cuadernos del Centro de Estudios Universitarios José Carlos Mariátegui, Nº 1, Buenos Aires, octubre de 1992.

Prieto, Ramón: “Análisis crítico”. En: Correspondencia Perón-Frigerio, 1958-1973, Buenos Aires, Macacha Güemes, 1975.

Prieto, Ramón, El pacto, Buenos Aires, En Marcha, 1963.

Puiggrós, Rodolfo, Historia crítica de los Partidos Políticos, Buenos Aires, Hypamérica, 1986.

Ramos, Jorge Abelardo, El marxismo de indias, Barcelona, Biblioteca Universal Planeta, 1973.

Ramos, Jorge Abelardo, Marxismo para latinoamericanos, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.

Ramos, Jorge Abelardo, Revolución y contrarrevolución en Argentina, (Tomos I y II) Buenos Aires, Distal, 2000.

Ramos, Jorge Abelardo, Ejército y semicolonia, Buenos Aires,

Sudestada, 1968.

Rapoport, Mario, Política y diplomacia en la Argentina. Las relaciones con EE.UU y la URSS, Buenos Aires, Editorial Tesis, 1987.

Rot, Gabriel, Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo, Buenos Aires, El cielo por Asalto, 2000.

Rozitchner, León, Perón entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012.

Rimbaud, Arthur, Prosas e iluminaciones, Buenos Aires, Libros del Río Nuevo, 1994.

Salas, Ernesto, Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista, Buenos Aires, Puntosur, 2015.

Salas, Ernesto, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Tomos I y II, Buenos Aires, CEAL, 1990.

Senén González, Santiago, El sindicalismo después de Perón, Buenos Aires, Galerna, 1971.

Senén González, Santiago, Breve historia del sindicalismo argentino, Buenos Aires, Alzamor Editores, 1974.

Seoane, María, El burgués maldito. La historia secreta de José Ber Gelbard, el jefe de los empresarios nacionales, último ministro de Economía de Perón y principal lobbista político de la Argentina en los años 70, Buenos Aires, Planeta, 1998.

Sidicaro, Ricardo, La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001),Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

Tarcus, Horacio, El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Buenos Aires, El Cielo Por Asalto, 1996.

Terán, Oscar, Nuestros Años Sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

Thwaites Rey, Mabel: “La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso”. En: AAVV, Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90, Op. cit.

Torre, Juan Carlos, La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Vazeilles, José, Memorias de la militancia, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2006.

Verón, Eliseo y otros, El discurso político. Lenguajes y acontecimientos, Buenos Aires, Hachette, 1987.

Villegas, Abelardo, Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano, México, Siglo XXI, 1972.

Villegas, Osiris, Guerra Revolucionaria comunista, Buenos Aires, Pleamar, 1963.

Walsh, Rodolfo, ¿Quién mató a Rosendo?, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 2015.

Walsh, Rodolfo, Operación masacre, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 2004.

Yofre, Juan Bautista, Fue Cuba. La infiltración cubano-soviética que dio origen a la violencia subversiva latinoamericana, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Zavaleta Mercado, René, Lo nacional-popular en Bolivia, México, Siglo XXI, 1986.

Periódicos y revistas consultadas

Coincidencia para liberación nacional

Cristianismo y Revolución

De Frente

La Hora

Militancia peronista para la liberación

Mundo peronista

Nacionalismo marxista.

Columnas de liberación nacional

Nuevo Hombre

Soluciones

Personas Entrevistadas

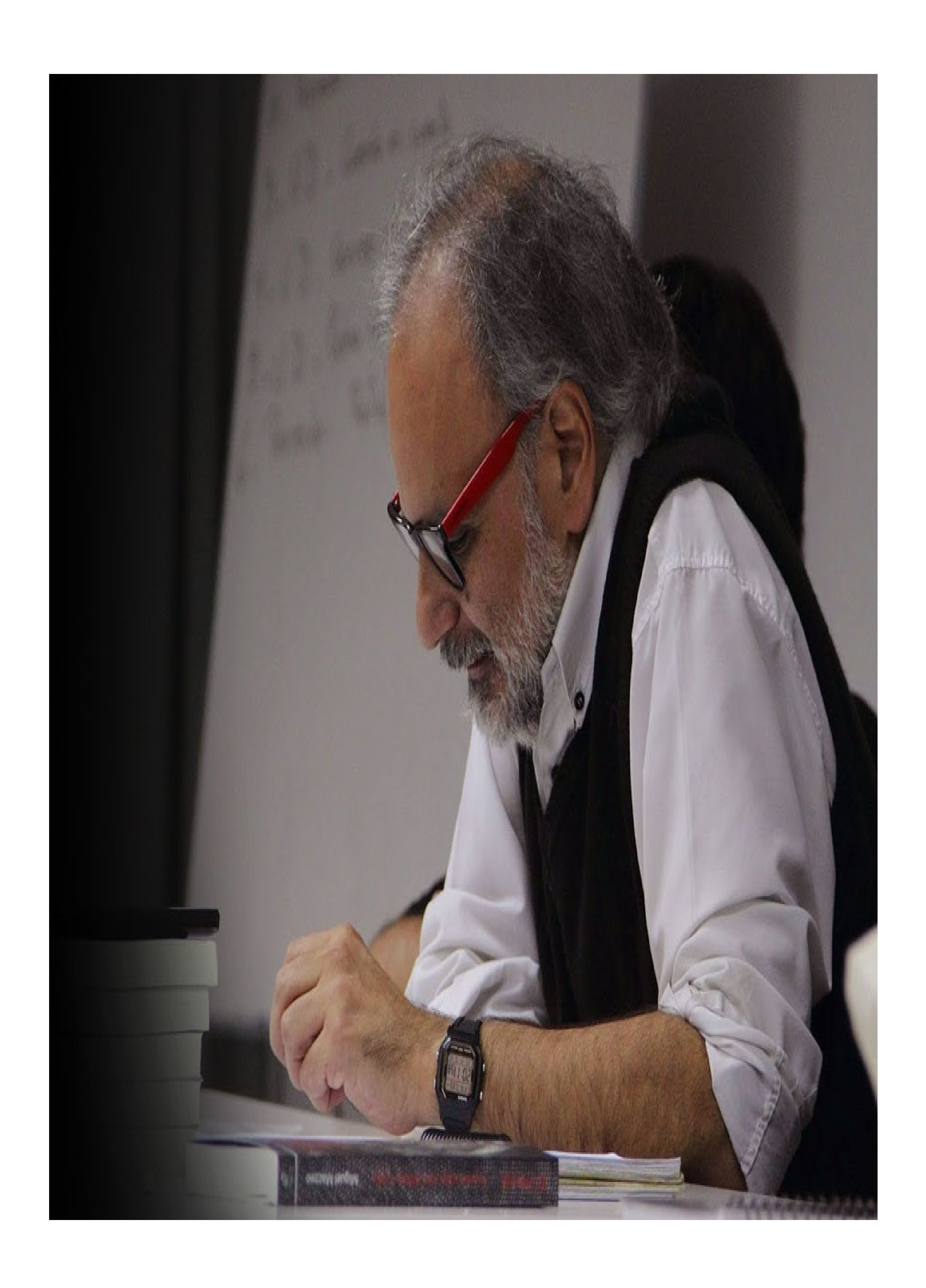
Aldo Casas Gerardo Bavio Fermín Chávez Envar El Kadri Isidoro Gilbert Carlos Lafforgue

José Luís Mangieri León Rozitchner Aurora Venturini

Películas

Alicia y John, el peronismo olvidado. Año: 2009. Dirección: Carlos Castro. Guion: Graciela Maglie y Carlos Castro. Intérpretes: Carlos Portaluppi (John William Cooke) y Ana Celentano (Alicia Eguren). Duración: 81 minutos. Producido por el Centro Cultural "Caras y Caretas".

Sobre el autor



Miguel Mazzeo nació y vive en Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Es Profesor de Historia (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es docente e investigador en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en la Universidad de Lanús (UNLa) e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. También ejerce como docente en espacios de formación (escuelas, cursos y seminarios) de distintas organizaciones populares y movimientos sociales de Argentina y Nuestra América. Ha participado, como expositor y coordinador, en diversas Cátedras Libres en Buenos Aires y en el interior del país.

Obra:

Piqueteros. Notas para una tipología, publicado por Manuel Suárez Editor (Buenos Aires) en 2003 y por la Editorial Quadratta y el Instituto de Pensamiento y Políticas Públicas con el título: Piqueter@s. Breve historia de un movimiento popular argentino (Buenos Aires) en 2014.

¿Qué (no) Hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios,publicado por la editorial Antropogafia (Buenos Aires) en 2005, por Anarres (Buenos Aires) en 2011 y por Quimantú (Santiago de Chile) en 2015.

El Sueño de Una cosa. Introducción al poder popular, publicado por la editorial El Colectivo (Buenos Aires), por la Fundación Editorial El perro y la rana (Caracas) en 2007 y por Tiempo Robado Editoras (Santiago de Chile) en 2014 con el título Introducción al poder popular. El sueño de una cosa (edición corregida y aumentada).

Invitación al descubrimiento, José Carlos Mariátegui y el Socialismo de Nuestra América, publicado por El Colectivo (Buenos Aires) y por Minerva (Lima) en 2008.

Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo,publicado por El Colectivo/Ediciones Herramienta (Buenos Aires) en 2011.

Conjurar a Babel, Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual argentina, publicado por El Colectivo/Dialektik (Buenos Aires) en 2012.

El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de "Socialismo práctico", publicado por Fondo de Cultura Económica (Lima) en 2013.

Entre la reivención de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina, publicado por Puño y Letra (Rosario), 2014.

Por su libro José Carlos Mariátegui y el socialismo de Nuestra América, publicado por Fondo Editorial William Lara (Caracas) en 2014, obtuvo la Mención Honorífica del Premio Libertador al Pensamiento Crítico.

Fue uno de los fundadores, en el año 1991, de la Agrupación Universitaria José Carlos Mariátegui (La Mariátegui) y de la Corriente Estudiantil de Unidad Popular (CEUP), ambas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Asimismo, participó en la organización del Encuentro de Organizaciones Sociales (EOS) desde 1997, de la Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas (COPA) desde 2001 y de la Coordinadora de Organizaciones de Movimientos Populares Autónomos (COMPA), desde 2010. A fines de los 90 se vinculó a los Movimientos de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón del sur del Gran Buenos Aires donde desarrolló tareas de formación, entre otras. Fue militante del Frente Popular Darío Santillán (Argentina) desde su fundación en 2004 hasta 2013.

Índice de contenido